

**LA ESPADA DE LA VERDAD**

**VOLUMEN 4**

*La Amenaza del Custodio*

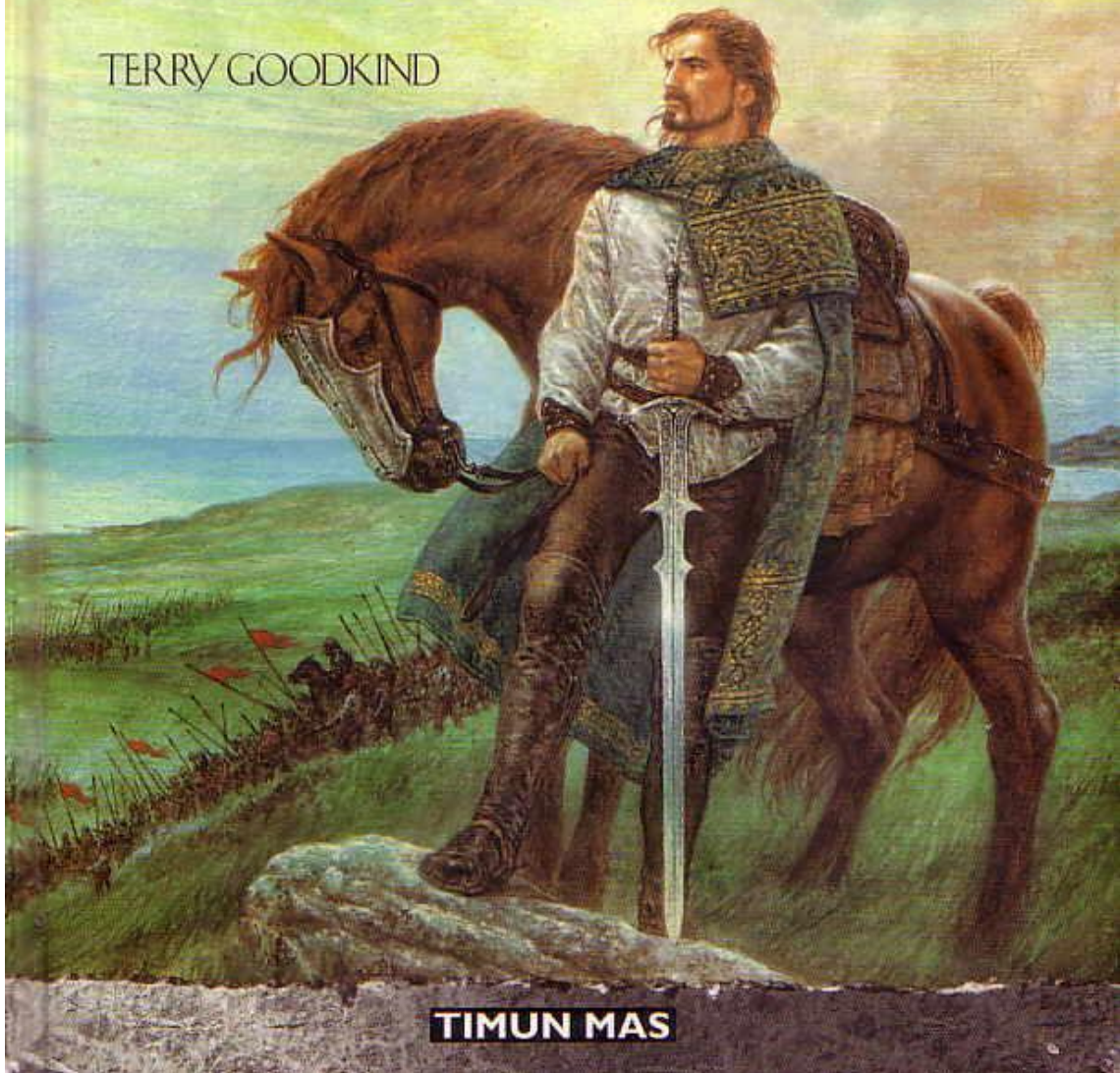
**TERRY GOODKIND**

LA ESPADA DE  
LA VERDAD

VOLUMEN 4

# LA AMENAZA DEL CUSTODIO

TERRY GOODKIND



El destino de Richard y Kahlan  
El propósito de las Hermanas de la Luz

El destino ha separado a Richard y Kahlan. El primero debe enfrentarse a su peor pesadilla en el Palacio de los Profetas, donde las Hermanas de la Luz lo entrenan para que se convierta en mago. Pero el verdadero propósito de las Hermanas al formar a futuros magos no es lo que parece.

Por su parte, la Madre Confesora regresa a su hogar, pero Aydindril ya no es lo que era. Aquellos en quienes confiaba la traicionan. Kahlan luchará para salvar su dignidad y también su vida.

Ambos se verán obligados a sacrificar lo que más aman para salvar el mundo de los vivos, y ni siquiera Zedd, el gran mago, podrá ayudarles en este nuevo reto.

*La amenaza del Custodio* es el cuarto volumen de **La Espada de la Verdad**, una de las más grandes sagas de fantasía épica de los últimos tiempos, que ha hecho de Terry Goodkind un autor tan reconocido como Robert Jordan o Tad Williams.

ISBN 84-480-3227-6



9 788448 032272

# 1

—Tienes que cortarme el brazo.

Zedd le bajó la manga del vestido de satén celeste, cubriendo la herida que se resistía a curarse y el leve resplandor verde que desprendía la piel de Adie.

—No pienso cortarte el brazo, Adie. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

El mago volvió a colocar la lámpara de cristal tallado encima de una mesita auxiliar con incrustaciones en plata de motivos florales, junto a la bandeja que contenía pan moreno y un estofado de cordero a medio comer. Después, atravesó la habitación con el suelo cubierto de alfombras y retiró con un delgado dedo las pesadas cortinas bordadas. A través de la ventana bordeada de escarcha, atisbó la oscura calle casi sin verla. El resplandor del fuego que ardía en la antesala arrojaba una cálida y tenue luz por la puerta doble, que estaba abierta. Considerando la multitud que atestaba el comedor, había bastante silencio.

Pese a hallarse en lo más crudo del invierno, o quizá justamente por eso, El Cuerno del Carnero estaba haciendo su agosto. Con tanto frío y nieve, las cunetas de la carretera ya no eran un lugar apropiado para dormir, pero el comercio no podía paralizarse por algo tan nimio como el mal tiempo. Mercaderes, carreteros y viajeros de toda ralea abarrotaban ésa y todas las posadas de Penverro.

Él y Adie podían considerarse afortunados por haber encontrado alojamiento, o quizás el afortunado había sido el posadero; afortunado de que alguien accediera a pagarle el precio de escándalo que pedía por sus mejores habitaciones.

Pero para un mago de Primera Orden como Zedd, el dinero no representaba ningún problema. Tenía otros problemas mucho más serios. El zarpazo que el skrin había propinado a Adie en un brazo no curaba. De hecho empeoraba, y de nada serviría tratar de sanar la herida con más magia, pues justamente la magia era el problema.

—Escúchame, viejo mago —le dijo Adie, incorporándose en el lecho sobre un codo—. Puede ser el único modo de detenerlo. Lo has intentado y no es culpa tuya. Pero si no hacemos algo, moriré. ¿Qué es un brazo comparado con mi vida? Si no tienes valor para hacerlo, dame un cuchillo y yo misma lo haré.

—No lo dudo, mi querida Adie —repuso un Zedd ceñudo—, pero me temo que no serviría de nada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella con un ronco susurro.

El mago cogió del cuenco con el canto dorado un trozo de cordero ya frío y se lo metió en la boca antes de remangarse un poco el lujoso atuendo y sentarse en el borde de la cama. Mientras iba masticando, le cogió la mano buena. Parecía muy delgada y frágil, pero el mago sabía que Adie era dura como el hierro.

—Adie, ¿conoces a alguien que sepa algo de este tipo de contaminación?

—¿Por qué dices que no serviría de nada? —inquirió a su vez la mujer, haciendo caso omiso de la pregunta del mago.

—Respóndeme —le instó Zedd, dándole palmaditas en la mano—. ¿Conoces a alguien que sepa algo sobre esto?

—Se me ocurren algunos nombres, pero supongo que todos habrán muerto ya. Si tú, que eres un mago, no lo sabes, ¿quién lo sabrá entonces? Los magos son sanadores. —Adie retiró la mano—. ¿Y por qué dices que no serviría de nada cortarme el brazo? —Tras un momento de silencio, abrió mucho los ojos—. ¿Quieres decir que es demasiado tarde para...

Zedd se levantó y le dio la espalda. Apoyando una mano en su huesuda cadera, consideró las opciones. Pero no había mucho que considerar.

—Piensa un poco, Adie, y no te precipites. Esto sobrepasa mis conocimientos y es muy grave.

Zedd oyó cómo la cama chirriaba cuando Adie volvió a recostarse en las almohadas y luego lanzaba un cansino suspiro.

—En ese caso, puedo darme por muerta. Al menos me reuniré, por fin, con mi amado Pell. Vamos, vete. No pierdas más tiempo. Llevo muchos días en cama y ya te he retrasado demasiado. Debes ir a Aydindril. Por favor, Zedd, no quiero ser responsable de lo que puede ocurrir si no llegas a Aydindril. Ve a ayudar a Richard y déjame morir en paz.

—Adie, te lo ruego, haz lo que te pido y trata de pensar en alguien que pueda ayudarnos.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había cometido un error. Con un estremecimiento se preparó

para lo que sabía que se le venía encima.

—¿Ayudarnos? —Nuevamente la cama chirrió.

—Sólo quería decir que...

La mujer lo cogió por la manga de su elegante atuendo y lo obligó a dar media vuelta. Mostraba una expresión grave y ceñuda. Entonces tiró de él para forzarlo a sentarse en la cama. A la luz de la lámpara los ojos de Adie parecían más rosa que blancos, aunque Zedd pudo percibir un ligero tinte verde.

—¿Ayudarnos? —repitió Adie, en un áspero susurro—. ¡Y tú eres el que te quejas de los insignificantes secretos que guarda una hechicera! Suéltalo o lamentarás haberme arrastrado a esta empresa.

Zedd lanzó un cansino suspiro. En el fondo no importaba; de todos modos no habría podido ocultárselo mucho tiempo más. Así pues, se subió la manga oscura de la túnica.

En el brazo, justo en el mismo lugar en el que Adie había recibido el zarpazo, aparecían unos turbios círculos del tamaño de monedas de oro, negros, con el mismo leve resplandor verde que mostraba el brazo de la mujer. Adie se lo quedó mirando sin decir nada.

—Los magos usamos la magia de la empatía para curar a los demás. Absorbemos el dolor y la esencia del trastorno, ya sea una enfermedad o una herida. Hemos superado las pruebas del dolor, por lo que tanto en esto como en otras cosas somos capaces de soportar lo que absorbemos de los demás. Gracias al don lo soportamos y transmitimos fuerza al herido o enfermo, para que la magia cure lo que no funciona. Nuestra armonía interior corrige el desequilibrio. Tanto una enfermedad como una herida son aberraciones, y la magia restituye los flujos de poder en una persona como es debido. Dentro de unos límites, claro está. —El mago le acarició una mano y prosiguió—. No somos la mano de la Creación, pero ella nos da el don para que lo usemos cuando sea conveniente.

—Pero... ¿por qué tienes el brazo como el mío?

—Existe una barrera que impide el paso de la enfermedad o la herida en sí. Solamente absorbemos el dolor y la falta de armonía que provoca, para así transmitir fuerza y curar a la persona a la que queremos ayudar. —El mago cogió el brocado de plata del puño y volvió a bajarse la manga—. De algún modo, la contaminación del skrin logró traspasar esa barrera.

—En ese caso, ambos debemos cortarnos el brazo —sentenció Adie con expresión de preocupación.

—No —repuso Zedd después de humedecerse la lengua—. Me temo que eso no serviría de nada. Cuando trato de sanar a alguien soy capaz de percibir el foco de la enfermedad o de la herida, o sea, de la falta de armonía. —Nuevamente el mago se puso en pie y le dio la espalda—. Aunque la herida la tienes en el brazo, la magia del skrin te ha contaminado todo el cuerpo. Y también a mí —añadió, bajando la voz.

Zedd oyó las risas ahogadas que procedían del comedor de la planta baja. Una alegre música subía hasta ellos después de traspasar las elegantes y suntuosas alfombras de colores. Un bardo estaba cantando una tonada subida de tono acerca de una princesa que se disfrazaba de moza de taberna para evitar casarse con el detestable príncipe al que su padre, el rey, la había prometido. Tras desenmascarar a su pretendiente como bribón y avaro oportunista, la princesa decidía que, pese a los pellizcos en el trasero que debía soportar, prefería seguir siendo moza de taberna a princesa y vivía una alegre existencia. La multitud expresó ruidosamente su aprobación golpeando las mesas con las jarras al ritmo de la tonada.

—Nos hemos metido en un buen lío, viejo mago —dijo Adie a su espalda suavemente.

—Sí, es cierto —repuso Zedd, asintiendo con aire ausente.

—Lo siento, Zedd. Perdóname por habernos puesto a los dos en esta situación.

—Lo hecho, hecho está. No es culpa tuya, sino mía, por no pensar antes de usar magia para tratar de curarte. Es el precio que he de pagar por pensar con el corazón y no con la cabeza. —También era el precio por violar la Segunda Norma de un mago, pero no lo dijo.

Los pesados pliegues de su túnica se arremolinaron a su alrededor al dar media vuelta para mirarla a la cara.

—Adie, piensa. Tiene que haber alguien que sepa algo sobre lo que nos ha ocurrido, alguien que sepa de skrins. Mientras acumulabas conocimientos sobre el inframundo, ¿conociste a alguien que pueda saber algo? Aunque sea muy poco, puede darme la pista que necesito para salvarnos a ambos.

Adie se recostó en los almohadones mientras pensaba. Al fin movió la cabeza de un lado al otro.

—Yo era joven cuando visitaba a mujeres con el don. Todas ellas eran más viejas que yo, y a estas

alturas ya estarán muertas.

—¿Ninguna de ellas tenía hijas? ¿Hijas que también poseyeran el don?

Adie alzó la vista hacia él y una leve sonrisa brotó en su rostro surcado por finas arrugas.

—¡Sí! Una, que me enseñó las cosas más importantes acerca de los skrins, tenía hijas. Tres hijas. — Adie se apoyó sobre el codo bueno y su sonrisa se hizo más amplia—. Las tres poseían el don. Entonces eran aún pequeñas, pero tenían el don. Ahora serán más jóvenes que yo. Si su madre vivió lo suficiente, seguramente les enseñó lo que sabía. Así actúan las hechiceras.

Pese al dolor sordo que la extraña magia le causaba en los huesos, Zedd se movió con una vivacidad fruto de la excitación.

—¡Pues debemos encontrarlas! ¿Dónde viven?

Adie se tumbó de nuevo sobre los almohadones con un gesto de dolor y se cubrió con una manta hasta el pecho.

—Nicobarese. Viven en una remota zona de Nicobarese.

—Córcholis. —Zedd lanzó un suspiro—. Eso está muy lejos, y en la dirección contraria. ¿Se te ocurre alguien más? —El mago se acariciaba el imberbe mentón con los dedos pulgar e índice.

Adie susurró para sí mientras iba levantando uno a uno los dedos de una mano cerrada.

—Hijos —murmuró—, sólo tenía hijos. No, no sabía nada acerca de los skrins —agregó, levantando otro dedo. Finalmente alzó el último, al tiempo que decía—: No tenía hijas. Lo siento, Zedd —se disculpó, dejando caer las manos a ambos lados—. Esas tres hermanas son las únicas que podrían saber algo, y viven en Nicobarese.

—¿Dónde aprendió su madre lo que sabía? Quizá podríamos ir allí.

Tras alisarse la manta sobre el estómago, la mano de Adie le resbaló a un lado.

—Sólo la Luz lo sabe. Que yo sepa, el único lugar en el que podemos hallar respuestas es Nicobarese.

—Pues iremos a Nicobarese —decidió Zedd, apuntando a lo alto con un enjuto dedo.

—Zedd, en Nicobarese está la Sangre de la Virtud. Mi nombre aún se recuerda y no precisamente con cariño.

—Eso fue hace mucho tiempo, Adie. Desde entonces se han sucedido dos reyes.

—Eso no significa nada para la Sangre.

Zedd se frotó el mentón, pensativo.

—Bueno, nadie sabe quienes somos; hemos ocultado nuestra verdadera identidad para escondernos del Custodio. Así pues, seguiremos siendo dos acaudalados viajeros. Y seguiré llevando estas ridículas ropas —añadió con gesto agrio. La idea de que ambos llevaran un lujoso atuendo había sido de Adie, y a Zedd no le gustaba ni pizca.

—Parece que no tenemos elección —repuso la mujer, encogiéndose de hombros—. Lo que debe hacerse, debe hacerse. Tenemos que ponernos en marcha. —El esfuerzo de incorporarse en el lecho la hizo gruñir.

—Estás débil y necesitas descansar. Voy a buscar un medio de transporte; alquilaré un coche o algo así. Ya no podemos seguir montando a caballo. Después de todo —dijo, enarcando una ceja y dirigiéndole una traviesa sonrisa—, si llevamos esta ropa tan llamativa y fingimos ser acaudalados viajeros, lo mejor será que viajemos en coche.

Adie lo miró mientras se contemplaba en el alto espejo de cuerpo entero. El mago extendió las prendas en toda su amplitud y examinó su volumen. La túnica era de una pesada tela granate con mangas negras abullonadas. Los puños de las mangas presentaban tres hileras de brocado plateado. Alrededor del cuello y por el pecho se veían bandas de brocado dorado bordado del modo más tosco. A la cintura llevaba un ostentoso cinturón de satén rojo con hebilla dorada. El efecto global era de tan mal gusto, que Zedd gruñó interiormente.

Bueno, era necesario. Zedd describió un arco con el brazo a la altura de su cintura e hizo una exagerada reverencia.

—¿Cómo me veo, mi querida señora?

Adie cogió una rebanada de pan moreno de la bandeja y respondió:

—Ridículo.

Zedd se irguió de inmediato y agitó un dedo hacia ella.

—¿Tengo que recordarte que lo elegiste tú?

—Bah. Simple venganza. Tú elegiste el mío. Solamente quería desquitarme.

El mago se paseó por la habitación alfombrada, enfurruñado, refunfuñando que ella había salido mucho mejor parada.

—Descansa un poco. Yo voy a conseguirnos un transporte.

Adie dio un mordisco al pan.

—No te olvides del sombrero —dijo la mujer, hablando con la boca llena.

Zedd se quedó helado y se estremeció. Entonces giró sobre sus talones y exclamó:

—¿Córcholis, mujer! ¿También tengo que ponerme ese sombrero?

—Según el hombre que nos vendió la ropa, hace furor entre los nobles —dijo Adie tras masticar y tragar el pan.

Zedd protestó lanzando un sonoro suspiro, pero cogió de mala gana el sombrero que descansaba en la mesa de mármol situada junto a la puerta doble que conducía a la salita.

—¿Mejor? —preguntó, encasquetándose el sombrero sobre su ondulada melena blanca.

—La pluma está torcida.

El mago cerró los puños pero, al fin, alzó las manos y se colocó bien el blando sombrero, enderezando la larga pluma de pavo real.

—¿Contenta ahora?

Adie sonrió, y Zedd creyó que seguramente se reía a su costa.

—Zedd, si he dicho que te veías ridículo es porque eres un hombre tan apuesto, que esa ropa tan elegante se ve ridícula al tratar de mejorar la perfección.

En el rostro de Zedd apareció una sonrisa, y dirigió a la mujer una leve reverencia.

—Caray, muchas gracias, milady.

—Zedd, ten cuidado —le aconsejó Adie, al tiempo que partía en dos una rebanada de pan.

Ante el inquisitivo ceño del mago, la mujer se explicó:

—Si te disfrizas con esas ropas, como la princesa de la canción, es posible que te pellizquen el trasero.

—No permitiré que ninguna moza descarada se tome libertades que solamente te corresponden a ti —repuso el mago con un malicioso guiño.

Dicho esto, se ladeó el sombrero y, tarareando una alegre tonada, salió por la puerta. «Un bastón —pensó—. Tal vez debería llevar un bastón. Decorado, por supuesto. Un caballero debe llevar un bastón como es debido.»

## 2

El aire cálido ascendía por la escalera junto con el murmullo del atestado comedor. De la cocina emanaba el aroma de diversas carnes asadas que formaba una agradable mezcla con el penetrante olor del tabaco de pipa. Zedd bajó los escalones frotándose el estómago, preguntándose si tendría tiempo de echarse algo más a la boca.

En el descansillo había un alto cesto que contenía tres bastones. Zedd sacó el más decorado; un bastón recto y negro con una intrincada cabeza trabajada en plata. A continuación golpeó suavemente el llamativo bastón contra la madera del descansillo para comprobar la longitud y el peso. Era algo pesado, aunque sería un accesorio muy adecuado.

El posadero, maese Hillman, era un rechoncho personaje con las mangas blancas arremangadas por encima de sus codos con hoyuelos, ataviado con un delantal de un blanco cegador. Cuando llegó a la base de la escalera, maese Hillman lo vio y corrió hacia él, apartando a empujones a todo aquel que se interponía en su camino. Las redondas y sonrosadas mejillas del posadero aún sobresalieron más cuando su pequeña boca describió una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Maese Rybnik! ¡Qué placer volver a veros tan pronto!

Zedd a punto estuvo de darse media vuelta para ver con quién hablaba el posadero antes de

acordarse de que ése era el nombre que había dado. Había dicho al posadero que se llamaba Ruben Rybnik y que Adie, a quien había presentado como Elda, era su esposa. Ruben era un nombre que siempre le había gustado mucho. Ruben. Sonaba bien al decirlo para sí. Ruben.

—Por favor, maese Hillman, llamadme Ruben.

—Naturalmente, maese Rybnik. Como deseáis —repuso el posadero con un deferente cabeceo.

—Últimamente me he dado cuenta de que necesito un bastón. ¿Hay modo de convenceros de que os desprendáis de éste? —Zedd le mostró el elegante bastón.

—Por vos cualquier cosa, maese Rybnik. —El posadero abrió ambos brazos en un amplio gesto—. Mi sobrino los fabrica, y yo dejo que se los muestre a mis refinados clientes. Pero justamente ése es especial, y muy caro. —En vista de la escéptica expresión de Zedd, alzó el bastón y se inclinó hacia él para hablarle confidencialmente—. Permitidme que os lo muestre, maese Rybnik. No se lo enseño a nadie. Podría dar una idea equivocada de mi establecimiento, ¿comprendéis? Mirad. ¿Lo veis? Se gira y por la banda de plata, se abre.

El posadero separó ambas partes apenas unos centímetros para desvelar una reluciente hoja.

—Más de medio metro de acero kelta. Una protección discreta para un caballero. Pero, si solamente deseáis un bastón, quizá lo encontréis demasiado costoso.

Zedd empujó la delgada hoja y la giró. El mecanismo de precisión emitió un suave chasquido cuando ambas partes encajaron.

—Será perfecto. Me gusta el aspecto. No es demasiado ostentoso. Añadidlo a mi cuenta. —Los caballeros acaudalados no preguntaban el precio.

Maese Hillman movió la cabeza arriba y abajo.

—Por supuesto, maese Rybnik, por supuesto. Permitidme que os felicite por vuestra elección. Es un bastón de lo más elegante. —El posadero se enjugó las manos limpias y rollizas con el borde del delantal y luego hizo un gesto con el brazo hacia el comedor—. ¿Puedo ofreceros una mesa, maese Rybnik? Desocuparé una de inmediato. Echaré a quien sea. Dejadme que yo me ocupe de...

—No, no —protestó Zedd, haciendo un gesto con su nuevo bastón—. Esa vacía, en la esquina cerca de la cocina, será perfecta.

El posadero miró con inquietud la mesa que señalaba Zedd.

—¿Ésa? Oh no, señor, permitidme que os ofrezca una mucho mejor. Tal vez cerca del bardo. Estoy seguro de que os gustará oír una animada tonada. Podéis pedirle cualquier canción, pues se las sabe todas. Decidme cuál es vuestra favorita y le diré que os la cante.

—Prefiero con mucho los maravillosos olores que salen de vuestra cocina que las canciones —le confesó Zedd, inclinándose hacia él y dirigiéndole un guiño.

Maese Hillman se hinchó de orgullo y señalando la mesa en cuestión con un amplio gesto del brazo, guió a Zedd hacia allí.

—Me hacéis un gran honor, maese Rybnik. Nunca nadie había mostrado tal preferencia por mi cocina. Ahora mismo os traigo algo.

—Ruben, por favor. ¿Recordáis? Me encantaría comer una tajada del asado que estoy oliendo.

—Sí, maese Rybnik, por supuesto. —Retorciendo una esquina del delantal, el posadero se inclinó sobre la mesa mientras Zedd se sentaba contra la pared—. ¿Cómo se encuentra la señora Rybnik? Mejor, espero. Rezo por ella cada día.

—Me temo que sigue igual —suspiró Zedd.

—¡Vaya, qué lástima! Seguiré rezando por ella. Ahora mismo os traigo un plato de asado —dijo, dirigiéndose ya hacia la cocina.

Cuando el hombre se hubo marchado, Zedd apoyó su nuevo bastón contra la pared, se quitó el sombrero y lo arrojó encima de la mesa. El bardo, un hombre con una calva incipiente, estaba sentado en un taburete en una pequeña plataforma, encorvado sobre su laúd en una postura que parecía una deformación permanente. Rasgueaba el instrumento con energía mientras entonaba una alegre canción sobre las aventuras de un carretero; narrando su viaje por pésimas carreteras, de una mala ciudad a la siguiente, comiendo mala comida y tratando con mujeres aún peores, y de cómo le gustaba el reto de superar empinadas colinas y serpenteantes pasos, pese a la lluvia torrencial o las tormentas de nieve.

El mago se fijó en un hombre al otro lado de la sala, sentado solo en un reservado con la espalda apoyada en la pared, que ponía los ojos en blanco y agitaba la cabeza mientras escuchaba una inverosímil

aventura tras otra. En la mesa, delante de él, se veía un látigo cuidadosamente enrollado. En otras mesas, los hombres se creían la canción y acompañaban al bardo golpeando con las jarras en las mesas. Algunos, borrachos, trataban de pellizcar a las risueñas camareras en el trasero, pero éstas eran demasiado ágiles.

En otras mesas se veían hombres y mujeres primorosamente acicalados —probablemente mercaderes y sus esposas—, que hablaban entre ellos sin prestar oídos a la canción. En la zona más tranquila del comedor se sentaba la elegante nobleza con sus relucientes espadas. En un espacio vacío entre el bardo y el solitario personaje sentado en el reservado, algunas parejas bailaban; algunas de las mujeres eran camareras que habían recibido una propina por un baile. El mago notó despechado que, pese a que eran muchos los hombres tocados con sombrero, todos eran más sobrios y ninguno estaba adornado con una pluma.

Zedd metió la mano en un bolsillo para contar las monedas de oro. Dos. El mago suspiró. Fingirse acaudalado salía muy caro. Se preguntaba cómo los realmente acaudalados se lo podían permitir. Bueno, tendría que hacer algo al respecto si quería hallar un medio de transporte hasta Nicobarese. Adie ya no podía montar a caballo; estaba demasiado débil.

Maese Hillman abrió la puerta de la cocina brincando sobre sus pies ligeros. El posadero colocó frente a Zedd una bandeja con el borde dorado llena a rebosar de cordero asado e hizo una breve pausa antes de enderezarse para colocar sendos dedos en los bordes de la bandeja y girarla. Rápidamente sacó un trapo limpio y eliminó una mancha de la mesa. Zedd decidió que, aunque tenía hambre, sería mejor que comiera pausadamente o maese Hillman saltaría sobre él para limpiarle el mentón.

—¿Queréis que os traiga una jarra de cerveza, maese Rybnik? Invita la casa.

—Por favor, llamadme Ruben, ése es mi nombre. Una taza de té sería espléndido.

—Naturalmente, maese Rybnik, naturalmente. ¿Deseáis algo más aparte de la taza de té?

Zedd se inclinó ligeramente hacia el centro de la mesa, y maese Hillman lo imitó.

—¿Cuál es el actual cambio de oro a plata?

—Cuarenta coma cinco, cinco a una —respondió el posadero sin dudarle ni un instante. Al darse cuenta, carraspeó—. Eso creo. Al menos, eso es lo que recuerdo. La verdad, no llevo la cuenta —añadió, con una sonrisa de disculpa—. Pero creo que es eso. Cuarenta coma cinco, cinco a una. Sí, creo que es correcto.

Zedd fingió pensárselo. Al fin, sacó una de sus dos monedas de oro y la empujó sobre el tablero hacia el posadero.

—Parece que me he quedado sin cambio. ¿Seríais tan amable de descambiármela? La quisiera dividida en dos bolsas; de una de ellas tomad una moneda de plata y cambiadla por monedas de cobre. Luego ponedlas en una tercera bolsa. Podéis quedaros la calderilla.

Rápidamente, maese Hillman hizo dos profundas reverencias.

—Por supuesto, maese Rybnik, por supuesto. Muchas gracias.

El posadero cogió la moneda tan deprisa, que Zedd apenas la vio desaparecer. Cuando se hubo marchado, el mago se dedicó al cordero asado mientras observaba a los parroquianos y escuchaba la canción. Casi había terminado cuando maese Hillman regresó y le tapó la visión de la multitud con su ancha y redonda cabeza.

—Aquí tenéis la plata, maese Rybnik —anunció, dejando dos pequeñas bolsas encima de la mesa—. Diecinueve en la bolsa marrón claro y veinte en la marrón oscuro. —Zedd se las guardó en la túnica mientras el posadero sacaba otra bolsa, verde y más pesada, y la empujaba sobre la mesa—. Y aquí están las monedas de cobre.

Zedd le agradeció sus servicios con una sonrisa.

—¿Y el té?

El hombretón se golpeó la frente con la mano.

—Perdonadme. Con el cambio del oro se me ha ido el santo al cielo y lo había olvidado. —Uno de los nobles estaba haciendo gestos con una mano tratando de llamarle la atención. El posadero agarró del brazo a una camarera que salía de la cocina con una bandeja llena de jarras—. ¡Julie! Trae a maese Rybnik una taza de té. Rápido, querida. —La muchacha dirigió a Zedd una sonrisa y una inclinación de cabeza antes de marcharse a toda prisa con la bandeja. Un sonriente Hillman se volvió hacia el mago—. Julie os traerá el té, maese Rybnik. Si puedo hacer algo más por vos, sólo tenéis que pedirlo.

—Pues sí. Podríais llamarme Ruben.

Maese Hillman soltó una risita con aire ausente y asintió.

—Por supuesto, maese Rybnik, por supuesto. —Dicho esto, salió pitando hacia el noble.

Zedd cortó otro pedazo de cordero y lo ensartó con el tenedor. Le gustaba el nombre de Ruben. No debería haberle dado al posadero ningún apellido. Mientras comía a mordiscos la carne ensartada en el tenedor, miró cómo Julie cruzaba el atestado comedor zigzagueando entre las mesas.

Mientras masticaba, observó cómo servía las jarras de cerveza en una mesa ocupada por unos bulliciosos parroquianos, todos ellos ataviados con largos abrigos. Cuando dejaba la última jarra enfrente del último de los hombres, éste le dijo algo. El barullo era tal, que la moza tuvo que inclinarse hacia él para oírlo. De pronto, todos los hombres estallaron en risas. Julie se enderezó y estrelló la bandeja en la cabeza del hombre. Mientras se marchaba, toda ufana, el hombre la pellizcó. Julie soltó un grito, pero siguió adelante.

Al pasar junto a la mesa de Zedd, se inclinó hacia él y le sonrió.

—Ahora mismo os traigo vuestro té, maese Rybnik.

—Ruben, por favor. He visto lo que ha ocurrido —dijo, señalando con un dedo la mesa de los ruidosos—. ¿Tienes que aguantar cosas de éstas todo el tiempo?

—Oh, ése es Oscar. Es inofensivo, casi siempre, pero es el hombre más malhablado que conozco y, creedme, esta taberna está llena de malhablados. Ojalá que cuando abriera la boca para soltarme su sucia bazofia le diera el hipo. —La muchacha se apartó un mechón de cabello de la cara y agregó—: Y ahora quiere otra jarra más. Lo siento, hablo demasiado. Ahora os traigo el té, maese Ryb...

—Ruben.

—Ruben. —Julie le dirigió una bonita sonrisa antes de marcharse a toda prisa.

Mientras esperaba, Zedd comía y observaba la mesa de los ruidosos. No era más que un pequeño deseo. ¿Qué mal podría haber? Julie regresó con el té y una taza. Mientras las dejaba sobre la mesa, Zedd le indicó que se inclinara más hacia él con un gesto del dedo.

Ella así lo hizo, tensando los cordeles del delantal a su espalda.

—¿Sí, Ruben?

El mago le tocó delicadamente la parte inferior de la barbilla.

—Eres una mujer realmente encantadora, Julie. Oscar no debería hablarte nunca más con grosería ni tampoco tocarte. —Su voz se convirtió en un suave pero poderoso susurro, que pareció arrancar chispas al mismo aire—. Cuando le sirvas la cerveza, pronuncia su nombre, míralo a los ojos, como yo te estoy mirando ahora, y tu deseo te será concedido, pero no recordarás habérmelo pedido ni que yo te lo concediera.

Julie se irguió, parpadeando.

—Lo siento, Ruben, ¿qué habéis dicho?

El mago sonrió.

—He dicho que muchas gracias por el té y te preguntaba que si conoces a alguien con un tiro de caballos y tal vez un coche para alquilar.

—Oh. Bueno... —Nuevamente la muchacha parpadeó y miró alrededor, mientras se mordía el labio inferior—. La mitad de los hombres que hay aquí, me refiero a la mitad de los hombres que no van tan elegantemente vestidos como vos, son carreteros. Algunos transportan mercancías y son asiduos que simplemente se detienen a descansar. Pero ésos y esos otros... —dijo señalando unas pocas mesas—, es posible que se alquilen. Si es que lográis despejarlos.

Zedd le dio las gracias, y la moza fue a por la cerveza. El mago la contempló mientras atravesaba el comedor con la bandeja y la colocaba frente a Oscar. El hombre la miró con una lasciva mirada de borracho. Julie lo miró a los ojos y Zedd vio como sus labios pronunciaban su nombre. Oscar abrió la boca para hablar, pero en vez de palabras, lo que salió de su boca fue hipo y una pompa que se elevó en el aire y reventó. Todos sus compañeros estallaron en carcajadas. Zedd miró con el entrecejo fruncido. «Qué raro», pensó.

Cada vez que Oscar abría la boca para decir algo a Julie, hipaba y soltaba pompas. Los hombres se reían a carcajadas y acusaban a la camarera de haber puesto jabón en la cerveza, aunque todos convenían en que se lo tenía merecido. Julie dejó a los hombres riendo cuando el hombre solitario en el reservado la llamó. Él le pidió algo, la moza asintió y se dirigió a la cocina.

Al pasar junto a Zedd, señaló con un movimiento de cabeza al hombre solo.

—Es posible que tenga un tiro. Huele más a caballo que a hombre. —La muchacha soltó una risita—. Eso no ha sido muy amable. Perdonadme. Es que no puedo conseguir que gaste en cerveza. Ahora me ha pedido que le lleve té.

—Yo tengo más del que puedo beber. Voy a compartirlo con él. De este modo te ahorraré un viaje —añadió, guiñándole un ojo.

—Gracias, Ruben. Tomad otra taza.

Zedd se llevó a la boca el último pedazo de asado mientras inspeccionaba la sala. Los hombres se habían calmado y Oscar ya no hipaba; todos escuchaban al bardo cantar una triste balada acerca de un hombre que había perdido a su amada.

El mago cogió la tetera y las tazas y se levantó de la mesa. Al acordarse del sombrero, maldijo entre dientes y regresó para recuperarlo, cogiendo de paso el bastón. Deliberadamente pasó junto a Oscar y lo miró atentamente. No se explicaba lo de las pompas. Bueno, ahora se veía bien, aunque achispado.

El mago se detuvo junto al reservado ocupado por el hombre solo y alzó tetera y tazas.

—Me han servido más té del que puedo beber. ¿Puedo compartirlo con vos?

El hombre alzó hacia él una mirada adusta e intimidadora bajo unas pobladas cejas. Zedd sonrió. Realmente el tipo olía como un caballo. El hombre separó sus poderosos brazos que mantenía cruzados, apartó el látigo arrollado a un lado de la mesa e indicó por señas a Zedd que tomara asiento antes de volver a cruzarse de brazos.

—Bien, encantado, gracias. Me llamo... Ruben.

Zedd arrojó el sombrero sobre la mesa y enarcó las cejas, invitando al hombre a que se presentara.

—Ahern —dijo éste con voz resonante y profunda—. ¿Qué quieres?

Zedd colocó el bastón entre las rodillas con una mano, mientras que con la otra tiraba de sus pesados ropajes tratando de deshacer un grueso pliegue que se había formado bajo su huesudo trasero.

—Bueno... solamente deseaba compartir el té, Ahern.

—¿Qué quieres en realidad?

—Me pareció que tal vez necesitaras trabajo —contestó el mago, al tiempo que le servía una taza.

—Ya tengo.

—¿De veras? ¿De qué tipo? —Zedd se sirvió.

Ahern descruzó los brazos y se recostó, evaluando a su nuevo compañero de mesa. Pero los ojos de Zedd no revelaron nada. El hombre llevaba un abrigo largo que cubría unos imponentes hombros así como una camisa de franela verde oscuro. Una espesa melena, de pelo casi todo gris, le cubría hasta las orejas y parecía no haber visto un peine en mucho tiempo. El rostro, curtido por los elementos, presentaba profundas arrugas así como el típico enrojecimiento provocado por la acción del viento.

—¿Por qué lo quieres saber?

Zedd se encogió de hombros mientras tomaba un sorbo de té.

—Para juzgar si puedo hacerte una oferta mejor. —Por supuesto Zedd podía conseguir por arte de magia cualquier cantidad de oro que el hombre le pidiera, pero decidió que ésa no era la mejor táctica. Así pues, tomó otro sorbo y esperó.

—Transporto hierro desde Tristen hasta aquí, a los herreros de Penverro y a veces hasta Winstead. Los keltas fabricamos las mejores armas de toda la Tierra Central.

—No es eso lo que he oído. —El ceño de Ahern se hizo más pronunciado. Zedd cruzó las manos sobre la cabeza plateada de su bastón—. Lo que he oído es que los keltas forjan las mejores espadas de las tres tierras, no sólo de la Tierra Central. —El bardo empezó a entonar una nueva canción sobre un rey que perdió la voz y tuvo que transmitir sus órdenes por escrito. Pero, como nunca había permitido a ninguno de sus súbditos que aprendiera a leer, perdió su reino—. Una carga muy pesada para esta época del año.

—Todavía es peor en primavera —repuso Ahern con un amago de sonrisa—. Por el barro. Entonces es cuando se distingue a un bocazas de un buen carretero.

—¿Tienes trabajo estable? —inquirió Zedd, empujando la taza llena un poco más cerca del hombre.

—Lo bastante para alimentarme —repuso Ahern, quien por fin cogió la taza.

—Me diste la impresión de estar habituado a usar esto —comentó el mago, levantando el extremo del látigo.

—Hay diversos modos de lograr que un tiro de caballos dé lo mejor de sí. Esos idiotas —dijo, señalando con el mentón a los parroquianos— creen que pueden conseguir lo que sea con unos cuantos

latigazos.

—¿Y tú no?

—No. Yo uso el látigo para llamar la atención de los caballos, para decirles qué quiero de ellos y por dónde deben ir. Mi tiro trabaja para mí porque lo he entrenado para que trabaje, no porque le dé latigazos. En un camino muy estrecho quiero un tiro que comprenda lo que quiero, no uno que salte al notar un latigazo. Ya hay suficientes desfiladeros sembrados con huesos tanto de hombres como de caballos, y yo no quiero añadir los míos.

—Parece que conoces bien tu trabajo.

—¿Y a qué tipo de «trabajo» te dedicas tú? —preguntó Ahern, señalando con la taza el ostentoso atavío de Zedd.

—Árboles frutales. Cultivo las frutas más sabrosas de todo el mundo, sí señor —respondió Zedd, alzando un dedo hacia lo alto.

Ahern soltó un gruñido.

—Quieres decir que posees tierras que otros trabajan para que produzcas las frutas más sabrosas de todo el mundo.

—Sí, supongo que sí —dijo Zedd, riéndose entre dientes—. Al menos, ahora es así. Pero empecé de otro modo. Durante años trabajé yo solo, luchando por salir adelante. Cuidaba los frutales día y noche, tratando de producir las mejores frutas que nadie hubiera probado. Muchos de los árboles no lograban dar buen fruto. Fraculé muchas veces y pasé hambre.

»Pero al fin salí adelante. Ahorraba hasta la última moneda de cobre y así pude ir comprando cada vez más tierra. Plantaba los árboles, los cuidaba, recogía la fruta, la llevaba al mercado y la vendía yo solo. Con el tiempo, mi fruta fue ganando fama de ser la más sabrosa y llegó el éxito. En los últimos años contrato a otros para que cuiden los campos de frutales, pero sigo trabajando para que mi fruta siga siendo la mejor. Supongo que tú también esperas tener éxito en tu trabajo.

Zedd, orgulloso de la historia que acababa de inventarse, se recostó en la silla. Ahern le tendió la taza para que le sirviera más té.

—¿Y dónde tienes los campos?

—En la Tierra Occidental. Me trasladé allí antes de que se alzara el Límite.

—¿Y qué te trae por aquí?

Zedd se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Bueno, mi esposa no goza de buena salud ¿sabes? Ambos nos hemos hecho viejos y, ahora que el Límite ya no existe, ella desea visitar de nuevo la tierra en la que nació. Allí conoce a sanadores que podrán curarla. Yo haría cualquier cosa por ella. Está demasiado enferma para seguir viajando a lomos de un caballo, por lo que quisiera contratar a alguien que nos llevara. Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Parece que habéis emprendido un largo viaje —dijo Ahern, dulcificando el gesto—. ¿Adónde os dirigís?

—A Nicobarese.

Ahern golpeó la taza contra la mesa, derramando parte del té.

—¿Qué? —exclamó. Entonces bajó la voz y aproximó el cuerpo hacia Zedd. Su fornido abdomen quedó apretado contra el borde de la mesa—. ¡Pero si estamos en lo más crudo del invierno!

—Creí que habías dicho que la primavera es la peor estación —comentó el mago, pasando un dedo por el borde de la taza.

Ahern gruñó y miró al tal Ruben con recelo.

—Eso está en el noroeste, al otro lado de las montañas Rang'Shada. Si venís de la Tierra Central y queréis ir a Nicobarese, ¿qué sentido tiene cruzar primero las Rang'Shada? Ahora tendréis que volverlas a cruzar.

Esas palabras tomaron por sorpresa a Zedd, que tuvo que devanarse los sesos para hallar una respuesta. Al fin dijo:

—Yo nací en el norte, cerca de Aydindril. Nos dirigíamos allí, a visitar mi tierra natal, antes de emprender viaje a Nicobarese en primavera. Nuestra idea era cruzar las montañas por el sur y luego ir hacia el noreste, a Aydindril. Pero Elda, mi esposa, enfermó, por lo que decidí que sería mejor llevarla enseguida a los sanadores.

—Hubiera sido mucho mejor ir a Nicobarese primero, antes de cruzar las montañas.

Zedd cruzó las manos sobre el bastón.

—Bueno, Ahern, ¿sabes cómo enmendar un error, para volver atrás y hacer lo que sugieres?

Ahern rió de mala gana.

—Supongo que no. —Tras un momento de reflexión, lanzó un cansino suspiro—. Voy a decirte algo, Ruben; es un viaje muy largo. Vas a meterte en problemas, y yo no quiero tener nada que ver con eso.

—¿De veras? —Zedd arqueó una ceja y, deliberadamente, recorrió la sala con la mirada—. Dime una cosa, Ahern, si la empresa te parece tan formidable, ¿cuál de estos hombres crees que estará a la altura del trabajo? ¿Quién es mejor conductor que tú?

Ahern escrutó a la multitud con gesto agrio.

—Yo no digo que sea el mejor conductor que hay aquí, pero la mayoría de estos tipos son unos fanfarrones con la cabeza hueca. No creo que ni uno solo de los presentes pudiera lograrlo.

Zedd rebulló en el banco mostrando su irritación.

—Ahern, creo que simplemente estás tratando de aumentar el precio.

—Y yo creo que tú estás tratando de rebajarlo.

Una leve sonrisa apareció en los labios del mago.

—Opino que no es un trabajo tan difícil como lo pintas.

—¿Crees que es fácil? —le espetó Ahern, nuevamente ceñudo.

Zedd se encogió de hombros.

—Ya estás conduciendo tu vehículo en invierno. Yo sólo te pido que lo conduzcas en otra dirección. Eso es todo.

Ahern se inclinó hacia adelante, y los músculos de la mandíbula se le tensaron.

—¿La dirección en la que quieres ir es el problema! Para empezar, corren rumores de guerra civil en Nicobarese. Y lo peor es que, a no ser que desees perder semanas en los pasos del sur, el camino más recto es atravesar Galea.

»Hay conflictos entre Galea y Kelton —añadió, bajando la voz—. He oído que se lucha en la frontera. Algunas ciudades de Kelton han sido saqueadas. La gente de Penverro está nerviosa, pues la ciudad se halla muy cerca de la frontera con Galea. Eso es lo que se dice. Ir a Galea es meterse en la boca del lobo.

—¿Que hay lucha dices? No son más que habladurías. La guerra ha acabado. Las tropas de D'Hara han regresado a su hogar.

—No se trata de incursiones de soldados de D'Hara —lo corrigió el carretero, meneando lentamente la cabeza—, sino de galeanos.

—¡Paparruchas! Los keltas creen que los galeanos los atacan cada vez que un campesino vuelca un farol y el granero se incendia, y los galeanos ven a keltas cada vez que los lobos se llevan a un cordero. Me encantaría saber cuánto han costado todas las flechas que se han disparado a las sombras. Si Kelton o Galea atacaran, el Consejo Supremo cortarían la cabeza a quien hubiera dado la orden de ataque, fuera quien fuera. —Zedd agitó un dedo en dirección a Ahern—. ¡No sería tolerado! —exclamó, golpeando el suelo con el bastón.

—Yo no sé nada de política y menos aún sobre esas malvadas Confesoras —se defendió Ahern, algo intimidado—. Yo sólo sé que quien atravesase Galea se expone a recibir una lluvia de flechas. Lo que quieres no es tan fácil como te imaginas.

Zedd empezaba a cansarse de ese juego. No tenía tiempo para eso. No podía quitarse de la cabeza algo que Adie había dicho acerca de la Luz. Decidido a resolver la discusión de un modo u otro, apuró el té de un sorbo.

—Gracias por la conversación, Ahern, pero ya veo que no eres el hombre capaz de llevarnos a Nicobarese.

Dicho esto, el mago se levantó e hizo ademán de asir el sombrero. El carretero colocó una de sus enormes zarpas sobre el brazo de Zedd, instándolo a que se volviera a sentar. Entonces se inclinó nervioso hacia adelante.

—Mira, Ruben, los tiempos son duros. La guerra con D'Hara ha afectado al comercio. Kelton se libró de lo peor de la guerra, pero muchos de nuestros vecinos no, y resulta difícil hacer negocios con gente muerta. Ya no hay tantos cargamentos como solía haber, pero sobran los hombres dispuestos a

transportarlos. No puedes culparme por tratar de obtener el mejor precio cuando se presenta una buena oportunidad. —El carretero enarcó las cejas mientras se inclinaba más hacia Zedd—. Es como cuando tú tratas de obtener el mejor precio por la mejor fruta.

—La mejor fruta, ciertamente. —Zedd agitó con impaciencia la mano hacia la sala—. Cualquiera de esos hombres estaría encantado de llevarnos. Y cualquiera de ellos se jactaría de ser el mejor conductor, igual que tú. Estás tratando de subir el precio al máximo y estás en tu derecho de hacerlo, pero basta ya de juegos. Ahern quiero saber por qué debería pagar tu precio.

Con la yema de un grueso dedo Ahern empujó su taza hasta el centro de la mesa, indicando que volviera a llenársela. Antes de hacerlo, Zedd se alisó las mangas. El carretero atrajo la taza hasta el refugio de sus enormes brazos mientras se inclinaba hacia adelante. Entonces echó una mirada en todas direcciones.

Todos los presentes miraban al bardo, que cantaba una canción de amor a una de las camareras. El rapsoda le sostenía una mano mientras le cantaba su amor eterno. La muchacha tenía el rostro arrebolado. Con la otra mano sostenía la bandeja a la espalda y reía tontamente con la mirada clavada en el suelo.

Ahern se sacó de debajo de la camisa de franela verde una cadena con un medallón plateado.

—Es por esto por lo que pido el precio máximo.

Zedd contempló ceñudo la regia imagen del medallón.

—Parece galeano —comentó.

—Lo es. En primavera y verano D'Hara puso cerco a Ebinessia. Los galeanos perecían lentamente sin nadie que los ayudara; todo el mundo estaba demasiado ocupado luchando contra los ejércitos de D'Hara, por lo que los abandonaron a su suerte. Los galeanos necesitaban armas.

»Yo transporté montones de armas y la tan necesaria sal por los pasos más aislados. La guardia de Galea se había ofrecido a escoltar a cualquiera que se arriesgara a realizar ese viaje, pero pocos lo intentaron. Esos pasos remotos son muy traicioneros.

—Una acción muy noble de tu parte —opinó Zedd, enarcando una ceja.

—De noble nada. Me pagaron más que generosamente. Simplemente no me gustaba que estuvieran atrapados como ratas, especialmente sabiendo lo que hacen los soldados de D'Hara a los vencidos. Sea como sea, me dije que con algunas espadas keltas tendrían mejor oportunidad de defenderse, eso es todo. Como ya he dicho, tratamos de sacar el mayor provecho.

Zedd alzó la mano posada sobre el bastón y señaló el medallón que Ahern había vuelto a esconderse bajo la camisa.

—¿Qué es ese medallón?

—Cuando el cerco se levantó, fui llamado a comparecer ante la corte de Galea. La reina Cyrilla en persona me entregó el medallón. Dijo que por haber ayudado a su pueblo a defenderse siempre sería bienvenido en Galea. —El hombre se golpeó el medallón por encima de la camisa—. Es un pase real. Con él puedo ir adondequiera en Galea, y nadie puede impedirlo.

—Así pues, ahora tratas de poner precio a algo que no lo tiene —dijo Zedd, mirándolo fijamente a los ojos.

—Lo que yo hice no fue nada —repuso Ahern, entornando los ojos—. Los galeanos sufrieron todas las penurias de la guerra. Yo los ayudé porque lo necesitaban y porque me pagaron bien. No reivindico que sea un héroe. Lo hice por ambas razones. Seguramente, con una sola no hubiera bastado. Ahora tengo el pase que me ayudará a ganarme la vida. Bueno, no veo nada malo en ello.

—Tienes razón, Ahern —lo calmó Zedd, recostándose en el respaldo—. Después de todo, los galeanos pusieron un precio en oro a lo que hiciste por ellos. Yo haré lo mismo, si puedo. ¿Cuánto pides por llevarnos a Nicobarese?

El carretero hizo rodar la taza de té, que entre sus manazas parecía diminuta.

—Treinta monedas de oro. Ni una menos.

—¡Caramba, caramba! —repuso Zedd, enarcando una ceja—. ¿No te vendes un poco demasiado caro?

—Yo puedo llevaros hasta allí, y ése es mi precio. Treinta monedas.

—Veinte ahora y diez más cuando llegemos a Aydindril.

—¡Aydindril! No habías dicho nada de Aydindril. No quiero tener nada que ver con Aydindril ni con sus brujos y Confesoras. Además, para ir allí tendríamos que volver a cruzar las Rang'Shada.

—De todos modos las tendrás que cruzar para regresar aquí. ¿Qué más te da hacerlo por el norte? Apenas te desviarás. Si no te gusta mi oferta, te ofrezco veinte por llevarnos a Nicobarese, y allí estoy seguro de que encontraré a alguien que estará encantado de llevarnos a Aydindril por diez monedas, si es que mi esposa necesita un vehículo una vez curada. Si quieres treinta, tuyas son si te comprometes a llevarnos a Nicobarese y luego a Aydindril. Ésa es mi oferta.

Ahern continuó haciendo rodar la taza entre las manos.

—De acuerdo —dijo al fin—. Veinte ahora y diez más cuando lleguemos a Aydindril. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no lleses ese sombrero. —Ahern señaló con el dedo el sombrero rojo de Zedd—. La pluma asustaría a los caballos.

Una amplia sonrisa distendió las arrugadas mejillas de Zedd.

—Yo también tengo una condición —dijo, ante lo cual Ahern ladeó la cabeza—. Tendrás que decirle a mi mujer que es tu condición.

—Hecho. —El carretero le devolvió la sonrisa, pero se desvaneció tan rápidamente como había brotado—. No será nada fácil ascender hasta las montañas, internarnos en ellas y cruzarlas, Ruben. Tengo un coche que compré con lo que gané en la operación de Ebinissia. Le pondré patines para que podamos movernos más fácilmente sobre la nieve. Y ahora es hora de pagar —añadió, dando golpecitos a un lado de la taza.

Los dedos del bardo volaban sobre las cuerdas tocando una fascinante balada sin palabras. Casi todo el mundo seguía el ritmo con los pies añadiendo un acompañamiento como de tambor. Zedd metió la mano en la túnica y la cerró alrededor de las dos bolsas que contenían monedas de plata. Contemplaba el comedor sin verlo.

A continuación repitió lo que últimamente le tocaba hacer con demasiada frecuencia: dirigió un cálido flujo de magia hacia las monedas de plata para convertirlas en oro.

¿Qué otra opción tenía? Si fallaba en su empresa, el mundo de los vivos perecería. Ojalá que no estuviera tratando de justificarse por un acto que sabía peligroso.

—No hay nada sencillo —murmuró.

—¿Qué?

—He dicho que sé que no será un viaje sencillo. —Con estas palabras dejó caer sobre la mesa la bolsa marrón oscuro llena de oro—. Aquí tienes, veinte ahora, como hemos acordado.

Ahern abrió la bolsa y metió dos gruesos dedos dentro para contar las monedas mientras Zedd contemplaba ociosamente a la gente disfrutar de la comida, la bebida y la música. Se moría de impaciencia por partir hacia Nicobarese.

—¿Es una especie de broma?

El mago centró de nuevo su atención en Ahern. El hombre sacó de la bolsa una moneda cogiéndola con dos dedos y la arrojó sobre la mesa. La moneda, de un color apagado, giró hasta que por fin cayó sobre una de sus caras con un sonido tan apagado como su color. Zedd la miró incrédulo.

La moneda era como cualquier otra, pero era de madera en vez de oro.

—Yo... yo... bueno...

Ahern había volcado el resto de las monedas de oro en su gran mitón y las estaba metiendo de nuevo en la bolsa.

—Además —dijo el carretero—, sólo hay dieciocho. Faltan dos. Y no pienso aceptar monedas de madera.

Zedd sonrió con aire indulgente mientras sacaba la bolsa de color marrón claro.

—Lo siento, Ahern —se disculpó, al tiempo que recogía las monedas de madera de la mesa—. Me he equivocado de bolsa. Ésa es la que contiene mi moneda de madera. Nunca me desharía de ella, naturalmente. Para mí vale más que una de oro.

El mago miró el interior de la bolsa. Diecisiete. Y dos de ellas también eran de madera. En total, debería haber diecinueve. La cabeza le daba vueltas mientras trataba de buscar una explicación a lo ocurrido. ¿Acaso maese Hillman había tratado de engañarlo? No, sería un robo demasiado burdo. Además, ni un tonto trataría de hacer pasar una moneda de madera por una moneda de oro.

—Bueno, ¿dónde están las dos monedas que faltan?

—Oh, sí, sí. —Zedd sacó dos monedas de la segunda bolsa y las puso encima de la mesa.

Ahern las añadió a la bolsa marrón oscuro, que cerró con fuerza y luego se embutió en un bolsillo.

—Ahora estoy a tu servicio. ¿Cuándo deseas partir?

Las monedas de plata que se habían convertido en madera en vez de oro no preocupaban al mago, pues a eso podría hallarse una u otra explicación. Pero tres monedas habían desaparecido, y eso sí que lo preocupaba. De hecho, lo preocupaba hasta el tuétano.

—Me gustaría partir lo antes posible. Enseguida.

—¿Quieres decir mañana?

—No —lo corrigió Zedd, agarrando el sombrero—. Quiero decir ahora mismo. Mi esposa... —se explicó ante la perpleja cara del carretero—... no hay tiempo que perder. Debo llevarla cuanto antes junto a los sanadores.

Ahern se encogió de hombros.

—Bueno, acabo de volver de Tristen y tengo que dormir un poco. Será un viaje largo y duro. —De mala gana Zedd asintió—. Primero montaré los patines en el coche, lo que me llevará un par de horas, a menos que alguno de estos tipos me ayude.

—¡No! —exclamó Zedd, golpeando el suelo con el bastón—. No digas a nadie qué estás haciendo ni adónde te diriges. Ni siquiera digas que vas a partir. —Al ver el ceño de Ahern, enmudeció de golpe y se dijo que sería mejor que lo tranquilizara—. Tú mismo has dicho que será un viaje peligroso; no añadamos más peligros.

El imponente Ahern se puso de pie y bajó la mirada hacia el supuesto mercader con recelo, mientras se ponía el abrigo que le llegaba hasta los pies.

—Primero me convences para que os lleve hasta el maldito país de los brujos y las Confesoras, y ahora esto. Me parece que debería haber hecho más preguntas. —El hombre se ató en un flojo nudo los extremos del cinturón de su abrigo—. Pero un trato es un trato. Prepararé el coche y compraré algunas provisiones antes de echarme unas horas. Me reuniré con vosotros aquí mismo tres horas antes de amanecer. Mañana al mediodía ya habremos cruzado la frontera y estaremos en Galea.

—Tengo una yegua en los establos. Será mejor que la llevemos con nosotros. Pásate por allí y cógela antes de reunirte con nosotros. —Zedd despidió al hombre con un distraído movimiento del bastón—. Tres horas antes del amanecer.

Tenía la mente ocupada en otros asuntos. Esto era más serio de lo que creía. Era imperativo que encontraran ayuda lo antes posible. Tal vez la mujer con las tres hijas había estudiado en algún sitio, quizás en algún lugar más cerca que Nicobarese. Tal vez podrían averiguar lo que necesitaban saber sin tener que ir hasta allí. El tiempo era esencial.

«Sólo la Luz lo sabe», había dicho Adie al enterarse de las malas noticias sobre el skrin. La «Luz» era una referencia habitual al don, pero también era una oscura referencia a algo completamente distinto. Zedd golpeaba el bastón contra el suelo. ¿Por qué Adie tenía siempre que hablar usando acertijos de hechicera?

Mientras Ahern se dirigía a la puerta, el mago se levantó y se encaminó a la escalera.

### 3

Al abrir la puerta, Zedd se sorprendió al encontrarse con una nube de humo que olía a creosota. Por la ventana abierta entraba un aire helado y salía el humo. Adie estaba sentada en el lecho, arropada hasta el cuello con una manta, peinándose el pelo liso, negro y gris que le rozaba el cuello.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué sucede?

—Tenía frío y traté de encender un fuego —respondió la mujer, señalando con el cepillo.

Zedd lanzó un vistazo a la chimenea.

—Necesitas madera Adie. No puedes encender fuego sin madera.

En vez del reproche que esperaba, sus palabras fueron acogidas con una expresión de inquietud.

—Había madera —explicó Adie—. Usé mi magia para tratar de encender un fuego desde la cama.

Pero sólo conseguí provocar una humareda y chispas. Abrí la ventana para que se marchara el humo. Cuando miré a la chimenea, la leña ya no estaba.

—¿Que no estaba? —Zedd se acercó a Adie.

—Sí —contestó ésta y volvió a peinarse—. Algo va mal. Algo le pasa a mi don.

—Lo sé. —Zedd le acarició el pelo con una mano—. Yo he tenido un contratiempo similar. Debe de ser debido a la contaminación. —El mago se sentó, le cogió el cepillo y lo dejó sobre el lecho—. Adie, ¿qué puedes decirme sobre esta contaminación, sobre el skrin? Necesitamos respuestas.

—Ya te he dicho todo lo que sé. El skrin es una fuerza que se mueve en la frontera que separa el mundo de los vivos y el mundo de los muertos.

—Pero ¿por qué tu herida no sana? ¿Por qué mi magia es incapaz de curarla? ¿Por qué desapareció la leña cuando usaste magia?

—El skrin pertenece a ambos mundos. ¿Es que no lo ves? —Adie meneó la cabeza, frustrada—. El skrin posee magia de ambos mundos, por lo que funciona en ambos. Posee Magia de Suma y Magia de Resta. Al tocarnos la fuerza que es el skrin, nos contaminó con su Magia de Resta.

—¿Quieres decir que, en tu opinión, la contaminación de la Magia de Resta está corrompiendo nuestra magia? ¿Nuestro don?

—Exactamente. Es como si hubieras limpiado las cenizas de una chimenea con las manos desnudas y después, sin lavártelas, colgaras sábanas blancas recién limpiadas para que se secan. Pero tienes las manos manchadas de ceniza, por lo que tiznas las sábanas blancas y húmedas. La ceniza se pega a las sábanas limpiadas.

Zedd consideró el problema en silencio durante un rato.

—Adie —susurró al fin—, tenemos que limpiarnos las manos como sea. Tenemos que librarnos de la contaminación.

—Tienes un talento increíble para exponer lo obvio, viejo mago.

Zedd se tragó la réplica y cambió de tema.

—Adie, he alquilado un coche para que nos lleve a Nicobarese, pero cada día estás más débil, y pronto yo estaré tan mal como tú. No sé si podemos esperar. Si hay otro modo, si existe otra persona que viva más cerca y que pueda ayudarnos, debo saberlo.

—No hay otro modo. No existe nadie más.

—Bien, pero ¿qué me dices acerca de esa mujer con tres hijas? Tal vez estudió en algún lugar más cercano que Nicobarese. Tal vez podríamos ir allí.

—Sería inútil.

—¿Por qué?

Adie se quedó mirándolo, pero al fin cedió.

—Porque estudió con las Hermanas de la Luz.

Zedd se puso bruscamente de pie.

—¿Qué? ¡Córcholis y recórcholis! —exclamó, caminando impaciente del lecho a la chimenea y de vuelta al lecho—. Lo sabía. Lo sabía.

—Zedd, estudió con ellas para aprender, y luego regresó a su hogar. Ella no era una Hermana. Las Hermanas de la Luz no son tan... irrazonables como crees.

Zedd se detuvo para mirarla detenidamente con un solo ojo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Adie lanzó un suspiro de resignación antes de responder:

—El hueso redondo de skrin, el que me fue entregado por una moribunda en su lecho de muerte, el que te dije que era tan importante, el que perdí en mi casa... bueno, la mujer que me lo dio era una Hermana de la Luz.

—¿Y qué estaba haciendo ella en el Nuevo Mundo? —inquirió Zedd en tono mesurado.

—No estaba en el Nuevo Mundo. Cuando la encontré, yo estaba en el Viejo Mundo.

Zedd se puso en jarras al tiempo que se inclinaba hacia la hechicera.

—¿Cruzaste el valle de los Perdidos? ¿Fuiste al Viejo Mundo? Eres como una caja llena de secretos.

Adie se encogió de hombros.

—Ya te he contado que busqué a mujeres con el don para aprender de ellas todo lo que pudiera.

Algunas de esas mujeres vivían en el Viejo Mundo. Aproveché mi única oportunidad para cruzar el valle una vez para aprender lo que necesitaba saber y luego regresar.

Adie se arrojó con la manta y prosiguió:

—Las Hermanas, bueno algunas, me enseñaron lo poco que sabían. Fue poco pero muy importante. Las Hermanas creen que deben saber cosas sobre el Custodio, o el Innombrable que es como lo llaman ellas, para mantener a otras almas fuera de su alcance.

»No estuve mucho tiempo en su palacio; únicamente me hubieran permitido quedarme si me convertía en una de ellas, pero por un tiempo dejaron que estudiara allí y aprendiera de los libros que guardan en las criptas. En algunas de las Hermanas no hubiera confiado para nada, pero otras me ayudaron mucho.

Mascullando, Zedd volvió de nuevo a pasear, inquieto.

—Las Hermanas de la Luz son fanáticas que están muy equivocadas. ¡A su lado, los miembros de la Sangre de la Virtud parecen hombres razonables! —Aquí se detuvo para preguntar—: Cuando estabas allí, ¿viste a alguno de sus muchachos? ¿Viste si tenían a alguien con el don?

—Estaba demasiado ocupada estudiando. No fui allí para embarcarme en discusiones teológicas con las Hermanas. Si realmente tenían algún pupilo, me mantuvieron alejada de él. Estoy segura de que, si tenían algún muchacho, sería de su mundo.

»No son tan insensatas como para romper la tregua. Temen lo que los magos de este lado les harían si la violaran. Las Hermanas me enseñaron lo que sabían y dejaron que estudiara en las criptas, pero nunca me permitieron ver a ningún muchacho ni me dijeron si tenían alguno.

—¡Pues claro que no tenían ninguno! —exclamó Zedd—. Ya apenas nace nadie con el don. Demasiados magos murieron en las guerras. Somos una raza en extinción.

»Como Primer Mago nunca me negaría a enseñar a alguien nacido con el don, como ocurría hace miles de años. Y tampoco lo haría ninguno de los magos a los que yo he entrenado. ¡Y las Hermanas lo saben perfectamente! ¡Conocen las reglas! No les está permitido hacerse cargo de un poseedor del don a no ser que todos y cada uno de los magos se nieguen a enseñarle. Romper las reglas equivaldría a una sentencia de muerte para cualquier Hermana que osara cruzar el valle.

—Lo saben, Zedd. Y no se toman la amenaza a la ligera.

—¡Más les vale! Cuando era joven me topé con una de ellas y envié un aviso a la Prelada. —El mago flexionó los puños mientras miraba a la nada—. Sus métodos son bárbaros. Son como niños enseñando cirugía. Si supiera cómo evitar esas malditas torres, iría hasta allí y reduciría el Palacio de los Profetas a cenizas.

»Las Hermanas de la Luz hacen solamente lo que es mejor para las Hermanas de la Luz —afirmó, fulminando con la mirada a Adie.

—Es posible, pero han jurado seguir las reglas, la tregua, al igual que tú, por lo que debes dejarlas en paz.

El mago, que seguía con la mirada fija, negó con la cabeza.

—¿Cómo pudieron dejar que otros nacidos con el don murieran por motivos egoístas...? Si hubieran estado a la altura de sus responsabilidades como hechiceros, las Hermanas de la Luz nunca habrían tenido necesidad de existir. No habrían sido necesarias.

»Nunca se les ocurriría dejar que un mago enseñara a una joven hechicera a usar su don — prosiguió, mientras que con una bota devolvía a la chimenea una brasa apagada—. Pero se creen capaces de enseñar a un joven mago a usar el suyo.

—Zedd, estoy de acuerdo contigo, pero escúchame: las causas y las guerras muertas y enterradas no son asunto nuestro. El velo está rasgado y la piedra de Lágrimas está en el mundo de los vivos. Eso sí debe preocuparnos.

»Acudí a esas mujeres para aprender. Aunque la magia que aprendí allí, y que te he enseñado, no sea suficiente para eliminar la contaminación, al menos la ha frenado. Debemos librarnos de ella o nos matará.

Bajo el escrutinio de esos blancos ojos, Zedd se calmó.

—Claro. Tienes razón, Adie. Tenemos problemas mucho más urgentes.

—Me alegro de que seas lo suficientemente sabio como para no hacer oídos sordos a un sabio consejo.

Zedd se masajeó los músculos de la nuca, que le dolían.

—¿Crees de verdad que la mujer con las tres hijas sabría algo acerca de la contaminación que sufrimos? Es un viaje muy largo para basarlo únicamente en una corazonada y en la esperanza.

—Estudió muchos años con las Hermanas de la Luz. A ellas les gustaba y querían que se quedara y se convirtiera en Hermana, pero ella no compartía sus creencias, y finalmente regresó a su hogar. No sé hasta dónde llegaban sus conocimientos, pero si las Hermanas sabían algo acerca de la contaminación y se lo enseñaron, no tengo duda de que ella transmitiría ese conocimiento a sus propias hijas. Y, por mucho que deteste la idea, tenemos que ir a Nicobarese para encontrarlas.

Cuando Zedd vio que Adie se abrigaba con la manta, cerró la ventana. Acto seguido, se arrodilló frente a la chimenea, apiló en el hogar leña menuda y luego los troncos preparados ya en un cubo. Se disponía a usar su magia para encender el fuego cuando se lo pensó mejor y, en vez de eso, prendió un palito en la lámpara. Entonces se puso en cuclillas y acercó la llama a la leña menuda.

—Zedd, amigo mío —dijo Adie dulcemente—. No soy una Hermana de la Luz. Sé que lo estás pensando, pero te aseguro que no soy una de ellas.

Eso era justamente lo que Zedd se había estado preguntando.

—¿Me lo dirías si lo fueras?

Adie se quedó en silencio. Zedd miró por encima del hombro y la vio sonreírle.

—Las Hermanas de la Luz valoran la honestidad por encima de casi cualquier otra cosa. Se enorgullecen de estar al servicio de su Creador —explicó Adie.

El fuego prendió. Zedd, de pie frente a la mujer, la miraba sin devolverle la sonrisa.

—No es ningún consuelo.

Adie le cogió una mano y le dio cariñosos golpecitos con la otra.

—Zedd, yo te diría la verdad. Estoy en deuda con algunas de ellas por lo que hicieron por mí, pero te juro por el alma de mi amado Pell que no soy una Hermana de la Luz. Nunca permitiría que se llevaran a alguien del Nuevo Mundo que poseyera el don mientras hubiera un mago dispuesto a enseñarle. Si de mí dependiera, nunca permitiría que se llevaran a un muchacho y lo sometieran a sus reglas.

Zedd alisó el borde de una alfombra con un pie.

—Sé que no eres una de ellas, querida. Es sólo que me hiere la sangre al pensar en lo que esas mujeres hacen a los nacidos con el don, cuando yo podría enseñarles el gozo de su talento. Es un don, pero ellas lo tratan como si fuera una maldición.

—Veo que tienes un nuevo bastón. Y muy elegante, por cierto —comentó la mujer, mientras que con el pulgar le acariciaba el dorso de la mano.

—No quiero ni pensar en lo que maese Hillman piensa cobrarme por él —rezongó Zedd.

—¿Has conseguido un transporte?

—Sí. Un hombre llamado Ahern nos llevará. Será mejor que procuremos dormir un poco. Nos esperará con su coche tres horas antes del amanecer.

»Adie —añadió con gesto sombrío—, hasta que lleguemos a Nicobarese y consigamos librarnos de esta contaminación, será mejor que pensemos detenidamente en las consecuencias antes de usar la magia.

—¿Estamos seguros aquí?

De la neblina de tenue luz brotó una suave mano que le acarició una mejilla para tranquilizarla.

*Aquí estás segura, Rachel. Ambos estáis seguros. Ahora y siempre. Estáis a salvo.*

Rachel sonrió. Se sentía segura. Nunca se había sentido tan segura. Era un tipo de seguridad distinto del que sentía cuando estaba junto a Chase; era más bien como la que había sentido en brazos de su madre. Nunca antes había sido capaz de recordar a su madre, pero ahora la recordaba y también recordaba cómo se sentía cuando la abrazaba y la estrechaba contra su pecho.

El miedo que habían pasado ella y Chase mientras corrían para atrapar a Richard empezaba a desvanecerse, así como la terrible zozobra por si lograrían o no llegar hasta él a tiempo. El terror provocado por la gente que había intentado detenerlos, las luchas que Chase tuvo que librar, el horror de la sangre derramada, toda la sangre que Rachel había visto... Todo eso estaba desapareciendo.

Mientras estaba de pie junto al centelleante estanque, las manos se tendieron de nuevo hacia ella. Eran manos acompañadas de dulces sonrisas tranquilizadoras. Esas manos la ayudaron a desabrocharse los botones de su sucio y sudoroso vestido y a quitárselo. La niña hizo un gesto de dolor cuando el vestido

le rozó la magulladura en el hombro que le había hecho, al tirarla al suelo, un hombre que los perseguía.

Las sonrisas se tornaron tristes miradas de inquietud por su dolor. Las suaves y gentiles voces le susurraban palabras de consuelo, mientras que las resplandecientes manos le acariciaban el hombro. Cuando se alejaron, la magulladura había desaparecido. Ya no sentía ningún dolor.

*¿Mejor ahora?*

—¡Sí, sí! Mucho mejor. Muchas gracias.

Las manos le quitaron los zapatos y los calcetines. La niña se sentó en una roca bañada por el sol y sumergió los pies desnudos en la calmante agua. Sería maravilloso bañarse en ella y desprenderse de todo el sudor y la suciedad.

Las manos se acercaron a la piedra que le pendía de una cadena al cuello, pero súbitamente se alejaron, como si las asustara.

*No podemos quitarte eso. Debes hacerlo tú sin nuestra ayuda.*

Pese a la tranquilizadora calidez y seguridad que le transmitía el maravilloso paraje en el que se encontraba, pese al consuelo y la paz que había hallado, pese a su deseo de hacer lo que los suaves murmullos le pedían, una voz se alzó en su mente. Era Zedd que le decía que debía guardar la piedra y no entregarla a nadie por ninguna razón, pues era muy importante.

La niña apartó los ojos de las ondas concéntricas que creaban sus propios pies para posarlos en esos dulces semblantes.

—No quiero quitármela. ¿Puedo dejármela puesta?

Nuevamente los rostros sonrieron, más ampliamente.

*Pues claro que sí, Rachel, si es lo que deseas. Si es lo que te hace feliz.*

—Prefiero seguir llevándola. Eso me haría feliz.

*Pues la seguirás llevando. Ahora y para siempre, si ése es tu deseo.*

La niña esbozó una sonrisa de paz y seguridad mientras se sumergía en la calmante agua. Estaba tan bien allí. Rachel flotó sobre las aguas y se dejó llevar. Sentía cómo todas sus preocupaciones se desprendían de ella junto con la suciedad. Cuando le parecía que era imposible sentirse más segura ni más feliz, al momento siguiente el bienestar aumentaba, y no dejaba de hacerlo.

Rachel movió los brazos por el agua dorada limpiadora y curativa para nadar hasta el otro lado del estanque, donde recordaba que había dejado a Chase. Lo encontró sumergido en el agua casi hasta el cuello, con la cabeza inclinada hacia atrás apoyada en un suave felpudo de hierba en la orilla. El guardián tenía los ojos cerrados y una maravillosa sonrisa en la cara.

—¿Papá?

—Sí, hija —susurró él sin abrir los ojos.

La niña nadó hasta él. Chase levantó un brazo, y Rachel se deslizó bajo él. Era tan agradable sentir cómo la abrazaba y la consolaba.

—Papá, ¿tendremos que abandonar algún día este lugar?

—No. Dicen que podemos quedarnos para siempre.

—Me alegro mucho —repuso la niña, acurrucándose contra él.

Luego durmió, durmió de verdad, como ya no recordaba que hubiera hecho antes, tan segura y protegida, durante todo el tiempo que quiso. Cuando se vistió, su ropa estaba limpia y parecía brillar como si fuera nueva. La ropa de Chase también brillaba. Rachel bailó en corro cogida de la mano de otros niños. Eran niños resplandecientes, cuyas voces y risas resonaban alegres. También ella rió con una felicidad que le era desconocida.

Cuando tuvo hambre, ella y Chase se tumbaron en la hierba, rodeados por la cálida neblina y los resplandecientes rostros sonrientes, y comieron cosas dulces y deliciosas. Cuando estaba cansada, dormía, y nunca tenía que preocuparse de dónde lo hacía, pues por fin estaba completamente a salvo. Y cuando quería jugar, los otros niños jugaban con ella. La querían. Todo el mundo quería a Rachel. Y ella quería a todo el mundo.

A veces paseaba sola. Unos vaporosos rayos de sol atravesaban los árboles. Los relucientes prados estaban llenos de flores silvestres que la suave brisa mecía, como luminosas manchas de color que titilaran.

Otras veces paseaba de la mano de Chase. La niña era feliz de que él también estuviera satisfecho. Ahora ya no tenía que pelearse con nadie; también él estaba a salvo y decía que había hallado la paz.

A veces Chase se la llevaba de paseo y le mostraba el bosque en el que decía que había pasado su infancia, donde había jugado cuando era tan pequeño como ella. Rachel sonreía encantada al ver la mirada de felicidad en los ojos de Chase. Lo amaba y se sentía realizada ahora que sabía que, al igual que ella, el guardián había hallado por fin la paz.

La mujer alzó la vista y sus finos labios apenas esbozaron una sonrisa. No había oído nada y no necesitaba volverse para escrutar la oscuridad casi absoluta. Sabía que él estaba allí, al otro lado de la puerta. Y sabía cuánto tiempo llevaba allí.

Con las piernas aún cruzadas, se elevó suavemente sobre un cojín de aire por encima del suelo cubierto de paja. Los exangües brazos del muchacho oscilaron al quedar colgando, como un hilo de pesca lastrado. Desprovisto tanto de vida como de rigidez, su espalda se inclinó hacia atrás sobre el brazo de la mujer. En la otra mano ésta sostenía la estatua.

La mujer descruzó las piernas, extendió hasta el suelo los pies calzados con chinelas y se apoyó sobre ellos. Cuando el muchacho se deslizó de su brazo, el peso muerto de su cabeza golpeó contra el suelo. Brazos y piernas cayeron torcidos hacia un lado. El chico llevaba ropas mugrientas. Asqueada, la mujer se limpió las manos en la falda.

—¿Por qué no entras, Jedidiah? —La voz de la mujer resonó en la fría piedra—. Sé que estás ahí. No trates de esconderte.

Lentamente la pesada puerta se abrió con un chirrido y una oscura figura avanzó hasta situarse al alcance de la luz de la vela que ardía encima de una desvencijada mesa, único mobiliario de la pieza subterránea. Jedidiah se quedó mirando en actitud relajada y silenciosa, mientras el resplandor anaranjado se desvanecía de los ojos de la mujer hasta adquirir de nuevo su pálido color azul con motas violeta.

La mirada del joven se posó en la estatua que ella aún sostenía.

—Su propietaria me ha enviado a buscarla. La quiere de vuelta.

—¿Lo sabe? —inquirió la Hermana con una sonrisa más amplia—. No importa —añadió, encogiéndose de hombros—. Toma, ya no la necesito... de momento.

El rostro de Jedidiah era una máscara de placidez mientras recogía la estatua.

—No le gusta que «tomes prestadas» sus cosas.

La mujer acarició la mejilla del joven con un dedo.

—No es a ella a quien sirvo. Me importa un pepino qué le gusta y qué no.

—Harías bien en que te importara un poco más.

—¿De veras? —Su sonrisa se iluminó—. Yo podría darte el mismo consejo. Poseía el don —dijo, girando el cuerpo para coger un brazo del muchacho que yacía en el suelo sin vida. Lentamente sus ojos volvieron a posarse en los de Jedidiah, y la sonrisa desapareció por completo, como si sólo hubiera sido un espejismo—. Ahora es mío —anunció con un susurro cargado de veneno.

Un ligero gesto de perplejidad distorsionó la perfecta máscara del joven.

—¿Crees que para eso necesito la ceremonia, Jedidiah? ¿El ritual en el bosque Hagen? —Lentamente negó con la cabeza—. Ya no. Eso es sólo la primera vez, porque somos hembras, y el han femenino no puede absorber el han masculino. Pero ahora que poseo el don de un hombre, puedo absorber el de otros sin necesidad del ritual.

»Y tú también, Jedidiah —susurró, acercando su rostro al del joven hasta casi tocarlo—. Con el quillion tú también puedes. Yo podría enseñarte. Es tan sumamente fácil. Simplemente le enseñé el rito de unión para tratar de revelarle su han. —La mejilla de la Hermana rozó la de Jedidiah mientras le susurraba al oído—. Pero no sabía cómo controlar su don. Creé un vacío en el quillion. —La mujer se apartó para estudiar los ojos del joven—. Ese vacío le succionó la vida y también el don. Ahora me pertenece a mí.

Jedidiah estudió los ojos de la mujer un momento antes de echar un vistazo al cuerpo.

—No recuerdo haberlo visto.

—No juegues conmigo, Jedidiah —siguió susurrando ella casi pegada al joven mago—. Lo que realmente quieres saber es dónde lo he encontrado y por qué las Hermanas no, si realmente poseía el don.

Jedidiah se encogió de hombros con indiferencia.

—Si poseía el don, ¿por qué no lleva collar?

—Porque era aún muy joven —contestó la Hermana, ladeando la cabeza—. Su han era demasiado

débil para que las demás Hermanas lo detectaran. Pero no demasiado débil para mí —añadió, ladeando la cabeza al otro lado. Acto seguido rozó con su nariz la nariz del joven—. Estaba aquí mismo, en la ciudad, bajo sus mismas narices. Probablemente era el fruto de un devaneo de uno de vosotros. Sois unos chicos muy malos.

—Muy eficiente. Así te ahorras tener que escribir un informe y contestar preguntas curiosas.

—Sé buen chico y deshazte de él por mí —le pidió la Hermana, bajando la vista hacia el cadáver—. Lo encontré viviendo en la miseria cerca del río. Tíralo allí. Nadie hará preguntas.

—¿Me estás pidiendo que te haga el trabajo sucio? —Jedidiah enarcó una ceja.

La mujer le acarició el cuello, donde llevaba el rada'han.

—No cometas el error de tomarme por una simple Hermana, Jedidiah. Ahora poseo el don masculino, igual que tú. Y sé cómo usarlo. Ni te imaginas cómo aumenta ese poder cuando añades el han de otro.

—Parece que te estás convirtiendo en una Hermana que hay que tener en cuenta. Cualquiera persona sensata iría con mucho cuidado contigo.

—Eres muy listo, Jedidiah —lo felicitó ella, dándole suaves cachetes en la mejilla.

»¿Sabes, Jedidiah? —añadió con un ligero frunce de preocupación, mientras deslizaba las manos hasta la cintura del joven—. Es posible que creas que tu don te hace muy poderoso, pero creo que deberías empezar a preocuparte. Hasta ahora nadie ha desafiado tus habilidades ni el lugar que por derecho te corresponde entre los magos de palacio. Pero se acerca uno nuevo, uno que llegará pronto. Jamás has conocido a nadie como él. Creo que, cuando llegue, dejarás de ser el orgullo de palacio.

El semblante del joven no reveló ninguna emoción, pero poco a poco se fue poniendo colorado.

—Bueno, has dicho que te gustaría enseñarme —dijo, levantando la estatua.

La Hermana agitó un dedo frente a su cara.

—No, no, no. Ése es mío. Tú elige a otro cualquiera. Cualquiera don aumentará tu poder, pero ése es mío.

Jedidiah agitó la estatua frente al rostro de la Hermana.

—Es posible que la propietaria de esto tenga algo que decir. Tiene sus propios planes para el nuevo.

—Lo sé —repuso ella con una sonrisa torcida—. Y tú vas a mantenerme informada de sus planes.

—¿Por qué debería hacerlo? —inquirió Jedidiah enarcando una ceja.

La sonrisa de la mujer se amplió a ambos lados de la boca.

—Te tengo reservado algo muy especial. —Las manos de la Hermana se enseñorearon de los dos lados de las caderas de Jedidiah, notando la firmeza de sus juveniles músculos bajo la túnica—. Eres bueno con las manos, tienes un talento especial para trabajar objetos de metal. Quiero que hagas algo por mí, algo imbuido de magia. He oído que ése es uno de los talentos de tu don.

—¿Qué quieres: una chuchería, un amuleto tal vez, en oro o en plata?

—No, no, mi querido muchacho. Quiero que trabajes acero. Para empezar, reúne el acero de un centenar de puntas de espada. Pero deben ser espadas muy especiales. Tómalas de la armería. Deben ser puntas de espadas antiguas que hayan sido usadas y hayan atravesado carne en combate.

—¿Y qué quieres que haga luego?

—Ya hablaremos de eso más tarde —respondió ella, deslizando hacia arriba una mano por la parte interior del muslo.

La mujer sonrió al notar el rápido efecto de su caricia.

—Debes de sentirte muy solo desde que Margaret se marchó. Muy, muy solo. Creo que necesitas una amiga que te comprenda. ¿Sabías que el han masculino te proporciona una comprensión única del macho? Ahora veo con una nueva luz qué es lo que os gusta a los hombres. Creo que tú y yo vamos a ser muy buenos amigos y, como mi amigo especial, voy a darte la recompensa antes de realizar el trabajo.

La Hermana le lanzó un hilo de magia hacia donde sabía que tendría un efecto más contundente. Jedidiah sonrió ampliamente mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos, dejó escapar un gutural gruñido y luego una exclamación ahogada. Jadeando, agarró con ambas manos las nalgas de la mujer, la atrajo hacia así y la besó con furia.

La Hermana apartó con los pies el cadáver del muchacho mientras permitía que Jedidiah la tumbara sobre el suelo cubierto de paja.

## 4

El carcaiyú se fue haciendo más grande. La flecha esperaba tan sólo que la cabeza plana y oscura se levantara. Detrás de su hombro izquierdo resonó un grave gruñido.

—¡Silencio! —susurró Richard.

El gar enmudeció. El carcaiyú alzó la testa. Con un silbido, la flecha abandonó el arco. Agitando las alas, el pequeño gar brincaba sobre las almohadillas de los pies. Tenía toda su atención puesta en el vuelo de la flecha.

—Espera —murmuró Richard. El gar se quedó inmóvil.

El proyectil dio en el blanco con un fuerte impacto. El gar chilló de júbilo. Agitando las alas extendidas, brincó más alto y miró al humano. Richard se inclinó hacia él y señaló con un dedo la arrugada nariz de la criatura.

—De acuerdo, pero tráeme la flecha.

Tras inclinar rápidamente la cabeza en gesto de aquiescencia, el gar alzó el vuelo. A la tenue luz del alba Richard contempló cómo se abalanzaba sobre el animal muerto como si temiera que pudiera escapar. El aire se llenó de pelos cuando las zarpas del gar empezaron su labor de desgarrar. La oscura silueta descendió y las alas se plegaron a la espalda mientras se encorbaba sobre su presa, gruñendo y haciéndola pedazos.

Richard apartó la vista y se fijó en las delgadas nubes que mudaban de color a medida que el cielo se iluminaba. La hermana Verna no tardaría en despertar. Pese a que ella insistía en que no era necesario, Richard seguía montando guardias.

Finalmente la mujer se dio por vencida, pero Richard sabía que la enojaba que no diera su brazo a torcer. Lo cierto era que se enojaba por cualquier cosa. Desde que el día anterior cruzaran el valle, estaba más quisquillosa de lo habitual. La consumía una silenciosa furia.

Richard echó un vistazo hacia el pequeño gar para comprobar si seguía comiendo. Era un verdadero misterio cómo se las había apañado para seguirlo por el valle de los Perdidos. Antes de llegar al valle consideraba un error seguir alimentándolo, pero se sentía responsable por él. Cada noche, cuando hacía guardia, el gar se reunía con él y Richard le cazaba algo para que comiera. Al cruzar al Viejo Mundo creyó que ya no volvería a verlo, pero de algún modo había conseguido llegar.

El pequeño gar sentía auténtica devoción por él. Mientras estaba de guardia comía con él, jugaba con él y dormía a sus pies, o encima de ellos. Al acabar la guardia desaparecía sin chistar. Richard jamás lo vio en otro momento que no fuera durante su guardia. Era como si instintivamente supiera que debía mantenerse alejado de la Hermana. Richard estaba casi seguro de que la mujer trataría de matarlo si lo veía, y tal vez el gar lo presentía.

La inteligencia de esa pequeña bestia peluda no dejaba de sorprenderlo. Aprendía más rápidamente que cualquier animal que Richard hubiera visto. Kahlan ya le había dicho que los gars de cola corta eran listos, y ahora comprobaba cuánta razón tenía.

Sólo tenía que enseñarle las cosas una o dos veces para que las entendiera. Ahora estaba aprendiendo a comprender las palabras y trataba de imitarlas, aunque no parecía poseer la capacidad del habla. No obstante, algunos de los sonidos que emitía se asemejaban mucho a palabras.

Richard no sabía qué hacer con el pequeño gar. Tal vez ya era hora de que abandonara el nido y aprendiera a cazar solo y a sobrevivir, pero la bestia no lo dejaba. Lo seguía, aunque sin ser visto, fueran adónde fueran, incluso a través del peligro. Tal vez era aún demasiado joven para arreglárselas solo. Tal vez veía a Richard como su única oportunidad de supervivencia. O tal vez lo veía como una madre sustituta.

En el fondo, Richard no deseaba que el gar se marchara. Mientras atravesaban la Tierra Salvaje se habían hecho amigos. El gar le ofrecía un amor incondicional, nunca lo criticaba ni discutía con él. Era agradable tener un amigo. ¿Cómo podía negar esa misma sensación al gar?

Un aleteo lo devolvió a la realidad. El gar aterrizó pesadamente en el suelo delante de él. Había

ganado mucho peso desde que Richard lo encontró, y el joven juraría que había crecido casi quince centímetros.

Los tendones que se adivinaban bajo la piel rosada de su pecho y su abdomen se habían tensado, y los brazos ya no eran todo pellejo y huesos como cuando lo encontró, sino que ahora estaban más musculosos.

El joven prefería no pensar en lo grande que llegaría a hacerse. Ojalá que para entonces ya se hubiera independizado. Si tenía que cazar para alimentar a un gar de cola corta adulto no le quedaría tiempo para hacer nada más.

Tras limpiar la sangre del astil en el pelaje del muslo, el gar dirigió a Richard su horrenda pero radiante sonrisa sangrienta y le tendió la flecha. Richard señaló a su espalda.

—No la quiero. Guárdala en su sitio.

El gar introdujo la flecha en el carcaj apoyado contra un tocón, pasando el brazo por encima del hombro de Richard. A continuación sus facciones se crisparon, como si preguntara si lo había hecho bien. Richard sonrió y le dio palmaditas en la repleta barriga.

—Buen chico. Lo has hecho muy bien.

El gar se dejó caer feliz a sus pies, donde empezó a lamerse la sangre de las garras y de su crespo pelaje. Al acabar, apoyó sus largos brazos en el regazo del humano y recostó encima la cabeza.

—Necesitas un nombre. —El gar lo miró y ladeó la cabeza muy atento—. Nombre. Mi nombre es Richard —dijo, dándose golpecitos en el pecho. El gar hizo lo propio en el pecho de Richard—. Richard. Richard.

—Raaaa —gruñó entre sus afilados colmillos. Giró la cabeza al otro lado y agitó las orejas.

—Muy bien. Rich... ard.

Nuevamente la bestia dio golpecitos a Richard en el pecho y dijo en un gutural gruñido, esta vez sin mostrar todos los colmillos:

—Raaaa gurrrr.

—Rich... ard.

—Raaaach aaarg.

El joven se echó a reír.

—No está mal. Vamos a ver, ¿cómo vamos a llamarte?

Richard reflexionó, tratando de hallar un nombre adecuado. El gar se sentó y en su frente aparecieron profundas arrugas mientras clavaba la mirada en su protector. Después de un momento, le cogió la mano y le golpeó con ella el pecho.

—Raaaach aaarg —dijo. A continuación llevó la mano de Richard a su propio pecho y se golpeó levemente diciendo—: Grrratch.

—¿Gratch? —El joven se incorporó, muy sorprendido—. ¿Te llamas Gratch? ¿Gratch? —insistió, dando golpecitos al gar.

La criatura asintió y se dio leves golpes en el pecho mientras repetía:

—Gratch. Gratch.

Richard se sentía un tanto perplejo; nunca se le había ocurrido que el gar podía tener un nombre.

—Muy bien, Gratch, pues. —Nuevamente el joven se dio golpecitos en el pecho y dijo—: Richard. —Tras lo cual sonrió y propinó al gar una palmada en el hombro al tiempo que decía—: Gratch.

El gar extendió las alas y se golpeó el pecho enérgicamente con las garras abiertas.

—¡Grrrratch!

Richard rió, y el gar se lanzó sobre él, emitiendo una gutural risita mientras ambos luchaban en el suelo. La pasión del gar por la lucha sólo era superada por su pasión por la comida. Gar y humano se revolcaron en el suelo, riendo y peleando, aunque suavemente.

Richard era más delicado que Gratch. El gar solía coger el brazo de Richard en su boca, aunque afortunadamente nunca lo mordía. Tenía unos colmillos afilados como cuchillos que podrían atravesarle fácilmente el brazo, y además lo había visto partir hueso con esos dientes.

El joven dio por finalizado el combate sentándose sobre el tocón. Gratch se sentó a horcajadas sobre él, rodeándolo con brazos, patas y alas, y acurrucándose contra uno de sus hombros. El gar sabía que, cuando amaneciera, Richard se marcharía.

El joven vio un conejo por el rabillo del ojo entre los matorrales, a cierta distancia, y pensó que tal

vez a la hermana Verna le gustaría desayunarse con un poco de carne.

—Gratch, necesito un conejo.

El gar saltó de su regazo mientras Richard cogía el arco. Una vez hubo disparado, dijo a Gratch que le llevara el conejo pero sin comérselo. El gar había aprendido a cobrar piezas de caza y le encantaba hacerlo; Richard siempre le daba los restos después de despellejar y destripar la pieza.

Tras despedirse del gar Richard regresó al campamento. Su mente conjuró la visión de Kahlan en la torre y recordó lo que le había dicho. No podía quitarse de la cabeza esa imagen de Kahlan siendo decapitada. Sus palabras habían sido: «Si debes, pronuncia estas palabras, pero no hables de esta visión. "Cuando la amenaza de la sombra desaparezca, de todas tan sólo quedará viva una, nacida con la magia de sacar a la luz la verdad. Pero la aciaga sombra del reino de los muertos acecha. Si la vida quiere tener una esperanza, la de blanco deberá ser ofrecida a su gente, para darles felicidad y jolgorio."».

Obviamente «la de blanco» era Kahlan, y también sabía qué significaba «darles felicidad y jolgorio».

Asimismo pensó en la profecía que la hermana Verna le había contado, la que decía: «Él es el portador de la muerte, y así se llamará a sí mismo». A decir de la Hermana, esa profecía aseguraba que el poseedor de la espada era capaz de resucitar a los muertos, conjurar el pasado en el presente. Desazonado, Richard se preguntó qué podría significar eso.

En el campamento encontró a la hermana Verna en cuclillas junto al fuego, cocinando una torta de cereal. Al percibir ese aroma, su estómago protestó. El paraje, escasamente arbolado, empezaba a despertar al nuevo día, cuya llegada los sonidos de animales e insectos se encargaban de anunciar. Desde los altos árboles de exiguo follaje cantaban grupos de pequeños pájaros oscuros, mientras que las ardillas grises correteaban por las ramas persiguiéndose. Richard ensartó el conejo en un pincho que luego colgó sobre el fuego, mientras la hermana Verna continuaba ocupada con la torta.

—Te he traído el desayuno. Creí que te gustaría comer algo de carne.

La única respuesta fue un gruñido.

—¿Sigues enfadada conmigo por salvarte la vida?

Pausadamente la mujer agregó otra ramita a las llamas.

—No estoy enfadada contigo por salvarme la vida, Richard.

—Creí que habías dicho que el Creador detesta las mentiras. ¿Piensas que él te cree? Yo no.

El rostro de la mujer se puso tan colorado, que Richard pensó que su rizada cabellera iba a arder.

—No blasfemes.

—¿Acaso mentir no es una blasfemia?

—Richard, no entiendes por qué estoy enfadada.

El joven se sentó en el suelo, se cogió los tobillos y cruzó las piernas.

—Quizá sí que lo entiendo. Se suponía que tú debías protegerme y no al revés. Tal vez sientes que has fallado. Pero yo no lo creo. Ambos nos limitamos a hacer lo que debíamos para sobrevivir.

—¿Tú crees? —Un abanico de finas arrugas se desplegó alrededor de los ojos de la mujer al entrecerrarlos—. Si mal no recuerdo, cuando Bonnie, Geraldine y Jessup conducen a la gente al otro lado del río de aguas envenenadas, algunas personas mueren.

—De modo que es cierto que leíste el libro —repuso Richard, risueño.

—¡Ya te lo dije! Corrimos un riesgo del todo insensato. Podríamos haber muerto los dos.

—No teníamos otra opción.

—Siempre tienes una opción, Richard. Eso es lo que trato de enseñarte. Los magos que crearon el valle de los Perdidos también creyeron que no tenían otra opción y solamente lograron empeorar las cosas. —La Hermana se sentó sobre sus talones—. Usaste tu han sin ser consciente de las consecuencias.

—¿Qué otra opción teníamos?

Con las manos sobre las rodillas, la mujer se inclinó hacia adelante.

—Siempre tenemos otra opción, Richard. Esta vez tuviste suerte de no matarte al usar tu magia.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

La hermana Verna cogió una alforja y empezó a rebuscar en el interior hasta sacar una bolsa de tela verde.

—Tienes sangre de la bestia en el brazo. ¿Te picó alguno de los bichos?

—En las piernas.

—Enséñamelo.

Richard se subió las perneras y le mostró las picaduras hinchadas y enrojecidas. La mujer meneó la cabeza y, susurrando para sí, sacó de la bolsa primero una botella y luego otra.

A continuación recogió un palito del suelo, lo mojó en la pasta blanca que contenía una de las botellas y la extendió sobre la parte plana de la hoja de un cuchillo. El palito lo arrojó al fuego. Entonces cogió otro, lo mojó en la pasta oscura que contenía la segunda botella y la mezcló con la anterior sobre la hoja del cuchillo, tras lo cual la extendió por el filo. Después también arrojó al fuego el segundo palito, que aún tenía algo de pasta. Richard se estremeció cuando una bola de fuego al rojo vivo explotó y salió disparada hacia lo alto, disipándose a medida que se elevaba para, finalmente, convertirse en una hirviente nube de humo negro.

—Claro y oscuro, tierra y cielo —dijo la Hermana, alzando el cuchillo para mostrarle la pasta gris que cubría la hoja—. Magia que curará lo que, de otro modo, te mataría antes de acabar el día. Tienes un talento especial para meterte en líos, Richard. A cada paso que das, te metes en uno peor. Vamos, ven aquí, acércate.

Richard hundió los talones y bordeó el fuego.

—¿Estabas tratando de decidir si debías o no ayudarme?

—Claro que no. Las pastas están hechas con una poderosa magia, una magia muy compleja que contrarrestará el efecto de la ponzoña que te inyectaron los insectos. Si te la aplico demasiado pronto, te matará. Y, si me demoro demasiado, serán las picaduras las que te maten. Debe ser el tipo de magia correcto en el momento adecuado. Simplemente estaba esperando que llegara ese momento.

Richard quería discutir con ella, pero en vez de eso dijo:

—Gracias por ayudarme. —Antes de inclinarse sobre las picaduras, la Hermana frunció el entrecejo—. ¿Hermana, por qué has dicho que empeoraba las cosas?

—Estás actuando de un modo temerario. Usar magia es peligroso no sólo para los demás, sino también para quien la conjura.

Richard hizo un gesto de dolor cuando la mujer pasó el cuchillo por encima de una de las picaduras, primero en un sentido y luego en el otro, cortando en forma de aspa. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cómo puede ser peligroso para mí?

La Hermana se concentró mientras se inclinaba sobre la pierna del joven murmurando un ensalmo y rozando con el cuchillo la carne hinchada. Richard tuvo que hacer esfuerzos para no pegar un brinco cuando cortó la siguiente picadura. Aunque eran superficiales, los cortes le escocían terriblemente.

—Es como encender fuego en el corazón de un bosque seco de yesca. Tú te encuentras en el centro del fuego, en el centro de lo que tú mismo has provocado. Lo que hiciste fue estúpido y peligroso.

—Hermana Verna, tan sólo trataba de seguir vivo.

—¡Y mira los resultados! —exclamó ella, dándole con un dedo en una de las dolorosas picaduras—. Si no te curo, morirás. —Una vez hubo acabado con las piernas, pasó a los brazos—. Cuando esas bestias nos atacaron, creíste que nos salvabas, pero todo lo que hiciste solamente sirvió para aumentar el peligro.

Al acabar sostuvo el cuchillo sobre el fuego. Una delgada lengua de fuego blanco brotó con furia del acero y consumió los restos de la pasta. La Hermana mantuvo el cuchillo sobre las llamas hasta que no quedó nada de la pasta ni de la lengua de fuego blanca.

—Si no hubiera actuado, Hermana, ahora estaríamos muertos.

—¡Yo no digo que hicieras mal en actuar! —La mujer agitó el caliente acero en su dirección—. ¡Lo que digo es que no actuaste de la forma correcta! ¡Usaste un tipo de magia equivocado!

—Usé la única que tenía: la espada.

La Hermana arrojó el cuchillo, que fue a clavarse con un ruido sordo en uno de los leños.

—Es peligroso actuar sin conocer las consecuencias de la magia que uno conjura.

—Bueno, todo lo que tú hacías era inútil.

La hermana Verna se balanceó hacia atrás hasta quedar sentada sobre los talones, lo miró fijamente un momento y enseguida se volvió para colocar de nuevo las botellas en la bolsa verde.

—Lo siento, Hermana. No quería decir eso. No lo pensaba de verdad. Lo único que quería decir es que tú no eras capaz de sentir el camino y que yo sabía que, si nos quedábamos allí, no saldríamos con vida.

Se oyó el sonido de las botellas entrechocando en el interior de la bolsa. Era como si no lograra colocarlas justo como ella quería.

—Richard, tú crees que lo que debes aprender con nosotras es a controlar el don, a usar la magia. Ésa es la parte sencilla. Lo difícil es saber qué tipo de magia usar, cuánta, cómo, cuándo y las consecuencias de hacerlo. La clave de todo es el cuándo, cómo, cuánto y qué; como la magia que acabo de aplicar a las picaduras.

»Sin esos conocimientos, eres como un ciego que blandiera un hacha en medio de un grupo de niños —prosiguió, mirándolo muy seria—. No tienes ni idea del peligro que creas cuando usas magia. Nosotras trataremos de enseñarte a mirar antes de blandir el hacha.

—Nunca lo había visto de ese modo —fue la réplica de Richard, mientras arrancaba hierbas a sus pies.

—Tal vez debería estar enfadada conmigo misma, y no contigo, por ser tan estúpida. Me creí inmunizada contra cualquier engaño para hacerme caer en una trampa. Te doy las gracias por salvarme, Richard.

El joven se enrolló un largo tallo de hierba alrededor de un dedo.

—Sentí tanto alivio al encontrarte... Creí que estabas muerta. Me alegro de que no sea así.

La mujer había sacado todas las botellas de la bolsa y las había dejado en el suelo.

—Podría haberme perdido en ese encantamiento por toda la eternidad.

—¿Qué quieres decir?

Al joven le pareció que había más botellas de las que podrían caber en esa bolsa, pero él mismo había visto cómo las sacaba de allí.

—Otras veces hemos tratado de rescatar a algunas Hermanas. Hemos visto a Hermanas y a sus pupilos perdidos en hechizos de embeleso. La primera vez que crucé el valle vi a una. Pero nunca hemos sido capaces de rescatarlas. Algunas Hermanas incluso han muerto en el intento. Tú usaste magia.

La mujer empezó a meter de nuevo las botellas en la bolsa.

—Usé la espada. La espada posee magia, ya lo sabes.

—No. No usaste la magia de la espada, sino tu han, aunque no te dieras cuenta de ello. Usar el han guiándose por el deseo, pero sin saber que se hace, es la cosa más peligrosa que existe.

»Cuando me llamaste, te oí. Las Hermanas hemos tratado de llamar a otras, pero nunca nos han oído. Ni una sola vez.

—Simplemente no sabíais cómo hacerlo. Tú tampoco podías oírme hasta que atravesé una especie de brillante muro que te rodeaba. Entonces sí pudiste hacerlo. El truco consiste en atravesar primero ese muro.

—Eso ya lo sabemos, Richard —objetó ella suavemente, apartando botellas a ambos lados para hacer sitio—. Hemos probado todo tipo de magia, pero nunca hemos sido capaces de atravesar el muro de uno de esos encantamientos, ni romperlo. Ni siquiera hemos podido captar la atención de las Hermanas atrapadas en ellos. Nadie había podido ser liberada de un encantamiento de embeleso. Gracias, Richard. —Finalmente la Hermana colocó la última botella y se volvió para mirar al joven a la cara.

Él se encogió de hombros al tiempo que se deshacía del tallo de hierba arrollado alrededor de un dedo.

—Bueno, era lo mínimo que podía hacer para compensarte.

—¿Compensarme por qué?

—Bueno... —Richard estaba muy ocupado bajándose las perneras de los pantalones—... antes de salvarte, podríamos decir que te maté.

—¿Qué hiciste qué? —inquirió la Hermana, inclinándose hacia él.

—Me estabas haciendo daño con tu magia, con el collar.

—Lo siento, Richard. Estaba hechizada y no era dueña de mis actos. No era mi intención hacerte daño.

—No, no me refiero a eso. Fue antes. En la torre blanca.

La mujer se aproximó aún más a él y le dijo, haciendo rechinar los dientes:

—¿Entraste en una torre? ¿Estás loco o qué? ¡Ya te dije qué son esas torres! ¿Por qué eres tan...

—Hermana, no tenía opción.

—Otra vez con las mismas. Te advertí de lo peligrosas que son esas torres. ¡Te avisé que te

mantuvieras alejado de ellas!

—Escúchame; caían rayos por todas partes y no podía escapar. Yo... bueno, no se me ocurrió otra solución. Me zambullí a través de un arco y me refugié en el interior de una torre.

—¿Es que eres incapaz de seguir ni la más simple de las indicaciones? ¿Siempre tienes que comportarte como un niño?

Richard la miró sin alzar la cabeza.

—Ésas fueron exactamente tus palabras. Entraste en la torre. Yo estaba convencido de que eras tú. Estabas furiosa conmigo, tanto como ahora, y empleaste esas mismas palabras.

El joven apretó los dientes y se señaló con un dedo el collar que llevaba al cuello.

—Usaste esto para lanzarme contra el muro e inmovilizarme. ¿Puede hacer eso el collar, Hermana?

—Sí. —La Hermana se sentó, mucho más calmada ya—. Nosotras no poseemos el poder de un mago, el han masculino. El collar aumenta nuestro poder para que seamos más fuertes que quien lo lleva puesto. De ese modo podemos enseñarle.

—Después lo usaste para causarme dolor. Era un dolor muy real, igual que el que me provocaste cuando estabas atrapada. Pero mucho más fuerte, y no acababa. ¿Puede hacer eso el collar, Hermana? —preguntó Richard, muy enfadado.

La hermana Verna arrancó una mata de hierba y empezó a limpiarse las manos con ella, eludiendo la mirada del joven.

—Sí —contestó al fin—. Pero no era más que una visión, Richard. No era real.

—Yo te dije que dejaras de hacerme daño o te obligaría a ello. Pero tú seguías, por lo que conjuré la magia de la espada y rompí el vínculo de poder que me retenía. Tú te pusiste furiosa y dijiste que acababa de cometer mi último error y que ibas a matarme por osar oponerme a ti. Ibas a matarme, Hermana.

—Lo siento, Richard —susurró la mujer, que alzó la vista hacia él—. Siento que tuvieras que pasar por eso. —Su voz se hizo más enérgica para preguntar—. ¿Y bien? ¿Qué me hiciste o, mejor dicho, qué hiciste a la visión de mí?

El joven se inclinó hacia adelante y rozó con la yema del dedo índice el hombro de su acompañante.

—Te corté en dos con la espada. Justo por aquí.

La Hermana se quedó petrificada y palideció ligeramente. Pero, con un esfuerzo, recuperó la compostura.

—No quería hacerlo —se disculpó Richard, arrancando de nuevo briznas de hierba que crecían a sus pies—, pero estaba convencido de que ibas a matarme.

—No lo dudo, Richard. Pero te repito que sólo era una visión. De haber sido real, las cosas no habrían sucedido así. No hubieras podido matarme.

—¿A quién estás tratando de convencer, Hermana? ¿A mí o a ti misma?

—Las cosas que viste no son como en la vida real, Richard —repuso ella, devolviéndole ahora la mirada—. Son simples ilusiones.

Richard lo dejó pasar. Dio la vuelta al conejo para que se tostara por el otro lado y apartó a un lado la bandeja de hierro con la torta de cereales para que se enfriara.

—Sea como sea, cuando te vi de nuevo no sabía si eras una visión o eras real, pero deseaba de verdad que estuvieras viva. Yo no quería matarte. Además —añadió, alzando la vista y sonriendo—, te había prometido que lograríamos cruzar el valle de los Perdidos.

—Sí, lo prometiste. Tus palabras las dictaba más el deseo que la sensatez.

—Hermana, me limité a hacer lo posible por sobrevivir y ayudarte a ti también a hacerlo.

La mujer suspiró y sacudió la cabeza.

—Richard, sé que estás tratando de hacerlo lo mejor posible, pero debes comprender que lo que tú crees que es lo mejor, no necesariamente lo es. Estás apelando a tu han sin saber lo que haces ni darte cuenta de que lo haces. Estás corriendo unos riesgos que ni te imaginas.

—¿De qué modo estaba usando mi han?

—Los magos hacen promesas que su han se esfuerza por cumplir. Tú me prometiste que me ayudarías a cruzar el valle, que me salvarías. Pero al hacerlo te acogiste a una profecía.

—¿Cuándo hice yo una profecía? —Richard frunció el entrecejo.

—No sólo la hiciste, sino que usaste tu han sin ser consciente de ello, recurríste a una profecía sin conocer su contenido; hiciste algo en el pasado que te ayudará en el futuro.

—¿De qué estás hablando?

—Destruiste los bocados de los caballos.

—Ya te dije entonces por qué lo hacía. Son muy crueles.

La Hermana negó con la cabeza.

—Justamente de eso estoy hablando; crees que lo hiciste por una razón, pero en realidad el propósito de esa acción era otro. Tu consciente simplemente trata de racionalizar lo que tu han está haciendo. Cuando huíamos del valle, yo creí que tu idea era descabellada y traté de frenar mi caballo. Pero no pude porque no tenía bocado.

—¿Y qué?

—Porque destruiste los bocados en el pasado fuiste capaz de mantener una promesa en el futuro. Eso es usar una profecía. Estás blandiendo el hacha a ciegas.

Richard la miró con escepticismo.

—Me parece que esa interpretación es ir demasiado lejos, incluso para ti.

—Sé cómo funciona el don, Richard.

El joven reflexionó sobre ello, pero finalmente decidió que no quería creerla, aunque también decidió que no quería discutir con la Hermana sobre ese asunto. Había otras cosas que deseaba preguntarle.

—¿Ya has llenado ese librito? No te he visto escribir en él.

—Ayer envié un mensaje que decía que habíamos atravesado el valle. Es un libro mágico, y con la magia borramos los viejos mensajes. Lo borré todo excepto dos páginas, pero con lo que añadí ayer ahora hay tres páginas llenas.

Richard partió una esquina de la torta, aún caliente.

—¿Quién es la Prelada?

—Es la superiora de las Hermanas de la Luz. Es la... —La mujer entornó los ojos—. Nunca la he mencionado. ¿Cómo conoces su existencia?

Richard se lamió las migas que le habían quedado en los dedos.

—Lo leí en tu libro.

Inmediatamente la mano de la Hermana voló hacia su cinturón para comprobar que el libro seguía allí. Sí estaba, como siempre.

—¿Te has atrevido a leer mis mensajes privados? ¡No tienes ningún derecho! Pienso...

—Cuando lo hice estabas muerta —la atajó Richard—. Al matarte a ti, o a la ilusión de ti, el libro cayó al suelo y yo lo leí.

La mujer se relajó.

—Oh. Bueno, no era más que parte de la ilusión. Como ya te he dicho, en la vida real las cosas son distintas.

Richard partió otro pedazo de torta.

—Sólo había dos páginas escritas, como en el libro verdadero. No añadiste la tercera hasta que salimos del valle. Hasta entonces sólo eran dos.

—Ilusión, Richard —repuso ella, observando cómo comía la torta.

—En una página decía: «Soy la Hermana que está al cargo de este muchacho. Estas directivas son solamente irrazonables sino también absurdas. Exijo conocer el significado de estas instrucciones. Exijo saber con qué autoridad han sido dictadas. Atentamente, hermana Verna Sauventreen, servidora de la Luz». Y en la segunda página estaba escrito: «Obedecerás las instrucciones o sufrirás las consecuencias. No te atrevas a poner nunca más en duda las órdenes de palacio. De mi propia mano, la Prelada».

La Hermana había palidecido.

—No tenías ningún derecho a leer algo que no te pertenecía.

—Como ya he dicho, entonces estabas muerta. ¿Cuáles eran esas instrucciones sobre mí que te enojaron tanto?

El color regresó a la faz de la Hermana de golpe.

—Tiene que ver con un tecnicismo. Tú no lo entenderías y, de todos modos, tampoco es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? —Richard enarcó una ceja—. Afirmas que solamente estás tratando de

ayudarme pero me has hecho tu prisionero, ¿y dices que no es asunto mío? Llevo un collar alrededor del cuello con el que puedes causarme daño, tal vez incluso matarme, ¿y dices que no es asunto mío? Declaras que debo obedecerte, que debo confiar en ti y creerme las cosas que me dices, pero esa confianza se tambalea a cada nueva cosa que descubro, ¿y no es asunto mío? Afirmas que lo que viví en la ilusión no es como las cosas de la vida real, pero yo descubro que sí, ¿y dices que no es asunto mío?

La hermana Verna enmudeció. Lo miraba sin ninguna emoción. Lo miraba, pensó el joven, como quien observa a un insecto metido en una caja.

—Hermana Verna, ¿puedes aclararme algo que no puedo quitarme de la cabeza?

—Si puedo...

Richard se acercó aún más al cuerpo las piernas sobre las que estaba sentado y se esforzó para que ni una pizca de hostilidad se filtrara en su voz.

—La primera vez que me viste te sorprendió que fuese un adulto. Creíste que sería un niño.

—Es cierto. Algunas Hermanas en palacio localizan a los nacidos con el don. Pero tú permaneciste oculto a nosotras, por lo que nos costó mucho tiempo encontrarte.

—Pero tú misma me dijiste el otro día que te habías pasado media vida lejos de palacio, buscándome. Si pasaste más de veinte años buscándome, ¿cómo podías esperar que fuese un niño? Deberías haberte imaginado que sería un adulto, a no ser que no supieras que había nacido y emprendieras la búsqueda mucho antes de que alguien en palacio me localizara.

—Es como dices. Es algo que nunca antes había ocurrido —repuso ella con voz cautelosa y sosegada.

—¿Y por qué empezasteis a buscarme antes de que ninguna de las Hermanas percibiera que había nacido alguien con el don?

La mujer escogió las palabras cuidadosamente.

—No sabíamos con exactitud cuándo nacerías, pero te esperábamos. Por eso fuimos enviadas a buscarte.

—¿Cómo sabíais que nacería?

—Se anuncia en una profecía.

Richard asintió. Deseaba saber más acerca de esa profecía que hablaba de él y por qué pensaban las Hermanas que era tan importante, pero estaba siguiendo una pista que no quería abandonar.

—Así pues, ¿sabías que podrían pasar muchos años antes de que me encontrarais?

—Sí. No sabíamos cuándo nacerías. Solamente sabíamos que tu nacimiento se produciría dentro de unas décadas determinadas.

—¿Cómo se eligen las Hermanas que deben emprender la búsqueda?

—La Prelada las elige.

—¿Y vosotras no tenéis ni voz ni voto?

La Hermana se puso tensa como si temiera que, sin querer, se estuviera poniendo ella misma la soga al cuello, pero el impulso de proclamar su fe fue más fuerte.

—Las Hermanas trabajamos al servicio del Creador. Ninguna de nosotras tenía ninguna razón para oponerse. Nuestro único propósito es ayudar a los poseedores del don. El hecho de ser elegida para salvar a los nacidos con el don es uno de los mayores honores que puede recibir una Hermana.

—¿Ninguna de las elegidas anteriormente tuvo que sacrificar tantos años de su vida para rescatar a un poseedor del don?

—No. Nunca he oído que les costará más de un año. Pero sabía que la misión que me asignaban podía durar décadas.

Richard sonrió para sí. Entonces se inclinó hacia atrás y estiró los músculos.

—Ahora ya lo entiendo —proclamó con aire triunfante.

—¿Qué es lo que entiendes? —inquirió ella, recelosa.

—Entiendo por qué me tratas como lo haces, hermana Verna. Entiendo por qué te opones a mí en todo y por qué estamos siempre como perro y gato. Entiendo por qué estás resentida conmigo, por qué me odias.

La Hermana presentaba el mismo aspecto que alguien que espera que el suelo se abra a sus pies y se lo trague.

—Yo no te odio, Richard —protestó.

—Sí que me odias, y no te culpo por ello. Lo entiendo. Por mi culpa tuviste que renunciar a Jedidiah.

La mujer se estremeció como si la soga acabara de estrecharse en torno a su cuello.

—¡Richard! Te prohíbo que me hables de ese...

—Es por eso por lo que estás resentida conmigo. No por lo que sucedió a tus compañeras, sino por Jedidiah. Si no fuese por mí, estarías con él. Habrías estado con él estos últimos veinte años. Tuviste que renunciar al amor de tu vida para emprender esta maldita búsqueda. La Prelada te eligió y tú no tuviste elección; tenías que ir. Es tu deber, y por tu deber perdiste a tu amor y a los hijos que podríais haber tenido. Por mi culpa. Por eso me odias.

La hermana Verna se quedó mirándolo fijamente, sin moverse ni decir nada. Al fin, rompió el silencio.

—Realmente eres el Buscador.

—Lo siento, hermana Verna.

—No tienes por qué disculparte, Richard. No sabes de qué estás hablando. —Lentamente apartó el conejo del fuego y lo dejó en la bandeja de hierro, junto a la torta. Por un momento su mirada se perdió en la nada—. Será mejor que acabemos de desayunar. Debemos partir.

—De acuerdo. Pero antes quiero que sepas, Hermana, que soy parte inocente en lo que te ha ocurrido. Fue la Prelada quien te eligió. Deberías estar furiosa con ella o, si realmente estás tan entregada a tu deber como dices, si estás entregada a tu Creador, deberías regocijarte en su servicio. Decídetes, pero deja de culparme a mí.

La Hermana abrió la boca para hablar, pero en vez de eso manoseó torpemente el tapón del odre que contenía el agua. Al fin lo sacó y tomó un largo sorbo. Al acabar, inspiró profundamente varias veces y se secó los labios con la manga. Su mirada fija se posó en Richard.

—Llegaremos a palacio muy pronto, Richard, pero antes debemos atravesar la tierra de una gente muy peligrosa. Las Hermanas tenemos un acuerdo para que nos dejen pasar. Tendrás que hacer algo por ellos, si no, estaremos en un buen lío.

—¿Qué tendré que hacer?

—Matar a alguien.

—Hermana Verna, no pienso...

La mujer alzó el dedo índice para imponerle silencio.

—Esta vez no te atrevas a blandir el hacha, Richard —susurró—. No tienes ni idea de las consecuencias.

»Prepara los caballos —ordenó, poniéndose en pie—. Nos vamos.

—¿No vas a desayunar? —preguntó Richard, levantándose a su vez.

Sin hacer caso de la pregunta, la Hermana se aproximó a él y le dijo:

—Dos no discuten si uno no quiere, Richard. Siempre estás enfadado conmigo por todo lo que te digo. Tú también estás resentido. Me odias porque crees que fui yo quien te obligó a ponerte el collar. Pero no es así, y lo sabes. Fue Kahlan quien te obligó. Es por culpa suya que ahora llevas el rada'han. Si no fuese por ella, no estarías conmigo. Es por mí que la has perdido, y me odias por ello.

»Pero antes quiero que sepas, Richard, que soy parte inocente en lo que te ha ocurrido. Fue Kahlan quien te hizo esto, no yo. Deberías estar furiosa con ella o, si realmente estás tan entregado a ella como dices, deberías regocijarte por cumplir sus deseos. Tal vez tiene razones válidas. Tal vez lo hizo pensando sólo en tu bienestar. Decídetes, pero deja de culparme a mí.

Richard trató de tragar saliva pero no pudo.

## 5

La luz del atardecer, teñida de sangre, bañaba los árboles desnudos que crecían sobre el lomo de la siguiente cresta. Unos ojos verdes se apartaron de los escondites, prudentemente elegidos, desde donde vigilaban los centinelas más avanzados. La mujer se dijo que aún estaban demasiado lejos, o su presencia

no les habría pasado inadvertida. Kahlan calculó cuántos hombres ocupaban las tiendas, dispuestas en hileras en el valle que se extendía a sus pies. Como mucho serían cinco mil.

A la izquierda estaban atados los caballos, cerca de los carros que transportaban las provisiones, todos perfectamente alineados. En el extremo más alejado del valle se habían cavado letrinas en la nieve. Los carros con las cocinas, estacionados entre la tropa y los carros de provisiones, estaban recogiendo para pasar la noche. Sobre las tiendas de los comandantes ondeaban coloridos estandartes guerreros. Probablemente era el ejército más perfectamente organizado que hubiese visto desplegado. Desde luego, los galeanos tenían debilidad por el orden.

—Qué bonito se ve —comentó Chandalen en voz queda— para tratarse de un ejército que va a ser masacrado. —Los dos hermanos se rieron nerviosamente entre dientes, totalmente de acuerdo.

Kahlan asintió con aire ausente. Esa misma mañana habían visto al ejército que los galeanos perseguían. No estaban organizados. Su campamento no estaba ordenado ni ofrecía una bella estampa. Y sus centinelas no estaban estacionados demasiado lejos unos de otros. Pese a ello, Chandalen y los dos hermanos se las habían apañado para acercarse lo suficiente para ver lo que querían ver y para calcular cuántos hombres lo componían.

Kahlan había supuesto que serían unos cincuenta mil, y no se había equivocado.

La mujer lanzó un profundo suspiro. Su aliento formó una delgada nube blanca que el helado viento arrastró.

—Tengo que detenerlos —dijo, al tiempo que se ponía a la espalda la mochila y el arco—. Vamos a bajar.

Con estas palabras emprendió el penoso descenso de la ladera cubierta por nieve suave y esponjosa seguida por Chandalen, Prindin y Tossidin. Les había costado más de lo que Kahlan había calculado atrapar a esos hombres. Una ventisca en el paso del Jara los había obligado a refugiarse en un pino hueco durante dos días. Los pinos huecos invariablemente le recordaban a Richard, por lo que mientras escuchaba el aullido del viento arrojada en su manto de piel, soñó con él tanto dormida como despierta.

La mujer estaba furiosa por tener que perder un tiempo tan precioso de camino a Aydindril para impedir que ese ejército prosiguiera con la acción suicida que era enfrentarse a las fuerzas que habían destruido Ebinissia. Pero como Madre Confesora no podía permitir que casi cinco mil hombres murieran en vano. Tenía que detenerlos antes de que se acercaran demasiado al ejército que había saqueado Ebinissia. Probablemente el encuentro entre ambos se produciría al día siguiente.

El ejército se puso bruscamente en estado de alerta al ver aparecer a las cuatro figuras cubiertas con mantos de piel de lobo blanca. Se oyeron gritos que se fueron repitiendo por las hileras. Las solapas de las tiendas se abrieron y numerosos hombres corrieron hacia ellos. En el frío aire del atardecer resonó el característico sonido del acero al ser desenvainado. Hombres armados con lanzas corrieron hacia ellos pisando la nieve, mientras que los arqueros flechaban sus arcos y tomaban posiciones. Rápidamente se formó una barrera de varios centenares de hombres entre ellos y las tiendas de los comandantes, y más hombres aparecían a la carrera, vistiéndose mientras corrían y gritaban a los compañeros que seguían en sus tiendas.

Kahlan y sus tres acompañantes se detuvieron. La mujer esperó, inmóvil, mientras los hombres barro hacían lo propio apoyados perezosamente en sus lanzas.

Un comandante abandonó tambaleante una de las tiendas de mayor tamaño, poniéndose un pesado abrigo marrón. A continuación se fue abriendo paso entre sus hombres, gritando a los arqueros que no dispararan. Otros dos oficiales se le unieron, y juntos superaron la línea de defensores caminando a trompicones sobre la nieve. Kahlan reconoció el rango de los tres; el primero era el capitán y lo flanqueaban dos tenientes.

Cuando el capitán se detuvo, jadeando, frente a ella, Kahlan se retiró la capucha del manto. Su larga melena se desparramó sobre la piel blanca.

—¡Pero qué... —exclamó asombrado el capitán al ver que sus dos tenientes se hincaban de rodillas.

Hasta donde le alcanzaba la vista todos los hombres se arrodillaron e inclinaron la cabeza. Ya no se oía ni el roce de la lana, ni el crujir del cuero, ni el resonar del acero. Los tres hombres barro intercambiaron miradas de asombro; nunca se hubieran imaginado que ése era el modo en que la Madre Confesora era recibida en otros lugares. Únicamente se oía el lento balanceo de las ramas por efecto de la fría brisa.

—Levantaos, hijos míos.

Todos se levantaron, rompiendo estrepitosamente el silencio. El capitán la saludó con una profunda y elegante reverencia. Al erguirse, mostraba en su rostro una sonrisa de orgullo.

—¡Madre Confesora, qué gran honor!

Kahlan contempló, sin dar crédito a sus ojos la cuadrada mandíbula del capitán, su ondulado pelo castaño claro, sus ojos azules y su rostro joven y apuesto.

—Pero si no eres más que un niño —susurró. Entonces miró alrededor y observó los centenares, los miles de semblantes de ojos jóvenes y brillantes clavados en ella. Kahlan parpadeó. Notaba cómo la sangre afluía a su cara.

»¡Sois unos niños! ¡Sois un ejército de niños! —exclamó, apretando los puños y temblando de rabia.

El capitán miró a sus hombres con una expresión incómoda, casi dolida.

—Madre Confesora, somos nuevos reclutas, pero todos somos soldados del ejército de Galea.

—No sois más que unos niños —susurró ella.

Los soldados guardaban silencio. La mayoría de ellos no parecía tener más de quince o dieciséis años. El capitán y sus dos tenientes rebulleron incómodos y agacharon la cabeza. Algunos de los presentes no pudieron evitar mirar fijamente a Chandalen, Prindin y Tossidin, pues nunca habían visto a semejantes personajes.

Kahlan agarró al capitán por las solapas y a la fuerza se lo llevó a un aparte, mientras gruñía a sus dos tenientes:

—Vosotros dos acompañadnos. ¡Todos los demás seguid con lo que estabais haciendo! —ordenó, mirando por encima de sus cabezas.

El aire se llenó del ruido de las espadas al ser nuevamente envainadas así como de las flechas que volvían a guardarse en las aljabas. Kahlan se llevó a rastras al capitán donde sus hombres no pudieran oír la conversación. Al llegar a los árboles, lo empujó bruscamente hacia un tronco.

Ella misma se dejó caer sobre otro tronco cubierto de nieve. Era como una reina cruzada de brazos, con Chandalen a su derecha y Prindin y Tossidin a su izquierda. Los tres plantaron las lanzas en el suelo y esperaron en silencio.

—¿Cómo te llamas, capitán? —preguntó, hablando entre dientes.

—Bradley Ryan, Madre Confesora —respondió el joven, jugueteando con un botón de latón de su guerrera abierta—. Éste es el teniente Nolan Sloan —dijo, echando una rápida mirada al hombre de su derecha—, y éste es el teniente Flin Hobson —agregó, señalando a la izquierda.

—¿Con cuántos niños cuentas, capitán Ryan?

El joven capitán se puso algo tenso.

—Madre Confesora, es posible que seamos más jóvenes que vos, aunque tampoco mucho más, y es posible que nos atribuyáis muy poco valor, pero somos soldados, excelentes soldados.

—Excelentes soldados. —Kahlan tenía que morderse la lengua para no gritarle—. Si eso es cierto, ¿cómo explicas que haya podido atravesar sin ser vista vuestra línea de centinelas? —El capitán se sonrojó e hizo evidentes esfuerzos para permanecer en silencio—. ¿Y alguno de esos excelentes soldados, incluyéndoos vosotros tres, llega a los dieciocho años? —El capitán apretó los labios y negó con la cabeza—. En ese caso, repito: ¿con cuántos niños cuentas?

—Tengo a cuatro mil quinientos soldados bajo mi mando.

—¿Y eres consciente, capitán Ryan, que vais a daros de narices contra un ejército diez veces más numeroso que el vuestro?

El capitán arqueó una ceja y sonrió por un lado de la boca de modo infantil.

—No vamos a «darnos de narices» contra nadie, Madre Confesora. Los hemos perseguido y estamos a punto de alcanzarlos. Creo que mañana serán nuestros.

—¿Que serán vuestros? —Kahlan apretó de nuevo los dientes—. Si no llego a alcanzarlos, mañana tú y todos tus «hombres» hubierais muerto. No tienes ni idea del ejército que perseguís.

—Sabemos perfectamente a quién perseguimos —objetó el joven capitán con la barbilla alta—. Tenemos exploradores ¿sabéis?, y cuento con informes.

Kahlan se puso en pie de un brinco y señaló bruscamente con el brazo a la derecha.

—¡Detrás de esa montaña hay cincuenta mil hombres!

—En realidad son cincuenta y dos mil y pico. —El capitán se encogió de hombros—. No somos estúpidos. Sabemos lo que hacemos.

—Oh, ¿de veras? —La mujer bajó el brazo—. ¿Puedo saber qué pensáis hacer cuando los alcancéis?

El capitán Ryan sonrió al tiempo que se inclinaba hacia adelante, convencido de que podría demostrar a la Madre Confesora que sabía exactamente qué estaba haciendo.

—Bueno, están a punto de llegar a una bifurcación en el paso. El plan es enviar una fuerza hacia las montañas que los rodee y luego los ataque desde ambos brazos de la bifurcación. Creerán que los ataca un ejército muy numeroso. De este modo los obligaremos a retroceder hacia donde los estemos esperando, justo pasados los estrechamientos.

»Luego retrocederemos por aquí hacia los estrechamientos, nos dividiremos y los forzaremos a internarse hasta que ya no puedan seguir avanzando. Será entonces cuando pongamos en práctica una operación conocida como el yunque y el martillo. Los lanceros serán el yunque, y la fuerza que los obligue a avanzar será el martillo. Los lanceros los estarán esperando en el punto más estrecho. Los arqueros, situados a ambos lados, mantendrán al enemigo en el centro. —Su sonrisa se hizo más amplia para añadir—: Allí los aplastaremos.

El joven hizo un gesto despreocupado con la mano mientras se erguía ligeramente.

—Es una táctica clásica: el yunque y el martillo.

Kahlan, atónita, lo miraba sin poder apartar sus ojos de él.

—Sé perfectamente cómo se llama, muchacho. En condiciones normales, el yunque y el martillo es una maniobra muy arriesgada. Pero ante una fuerza más de diez veces mayor es de una insensatez sin límites. Sois como un ratón que tratara de tragarse entero a un buey.

—Nosotros aprendimos que, calculando bien el tiempo, con arrojo, pocos soldados pero capaces, y en un lugar estrecho como este valle...

—¿Soldados capaces? ¿Crees que eso va a contar? ¿Estás tan lleno de orgullo y presunción que realmente crees eso? —El capitán clavó los ojos en el suelo—. ¡No se puede empujar un peñasco con un palito! El único modo de conseguir que retrocedan es asustarlos para que lo hagan. —Nuevamente señaló con un brazo hacia donde se encontraba el enemigo—. ¡Se trata de avezados soldados curtidos en batalla! Llevan mucho tiempo luchando y matando. ¿Acaso imaginas que no conocen la táctica del yunque y el martillo? ¿Crees que por tratarse de enemigos son estúpidos?

—Bueno, no, pero creo que...

La mujer lo silenció golpeándole el pecho con un dedo.

—¿Quieres que te diga lo que pasará, capitán? No cuentas con los hombres suficientes para empujarlos. Cuando envíes el destacamento para rodearlos, ellos se limitarán a reorganizarse y a moverse un poco, desplegándose para abrir un hueco para el destacamento. Es una táctica conocida como el cascanueces, y adivina quién será la nuez.

»Entonces entrarán en acción contra vuestro yunque. Serán como perros que siguen el rastro de la sangre. Tras aniquilar al martillo, ya nada los contendrá, nada les impedirá que avancen haciendo girar los flancos. Son guerreros veteranos y sabrán exactamente qué hacer.

»Primero dividirán a los lanceros y los arqueros, y los aislarán del resto de soldados que los protegen. Una cuña volante protegida por escudos se abrirá paso entre los lanceros, mientras que los rodean por los lados a modo de tenaza. Entonces su caballería acorazada cargará y eliminará a vuestras alas de arqueros, que para entonces se habrán quedado sin lanceros que frenen la carga enemiga. Todos os batiréis con bravura, pero para entonces, os superarán quizá veinte a uno, ya que habréis sacrificado parte de vuestros hombres en el martillo.

»Para luchar contra un ejército más numeroso es preciso dividirlo y vencerlo por partes. Pero vosotros pensáis hacer justo lo contrario, os dividiréis para que os puedan ir venciendo y mataros a placer.

El capitán no dio aún su brazo a torcer.

—Podemos lograrlo. No sabéis lo bien que luchamos. No somos novatos.

—¡Todos y cada uno de los muchachos que tienes a tu mando morirán! ¿Has visto morir a alguien, capitán? No me refiero a un anciano que muere en la cama, sino a morir en batalla. Os atravesarán el cuerpo con lanzas y los ojos con flechas. Las espadas cortarán brazos y abrirán pechos, desgarrarán abdomenes y esparcirán vuestras tripas por el helado suelo.

»Caras conocidas, las caras de tus amigos, de esos muchachos, te mirarán llenas de pánico mientras se ahogan en su propia sangre y vómitos. Otros chillarán pidiendo ayuda mientras el enemigo avanza entre los heridos tirados por el suelo y los destripa para que tengan una muerte espantosa. Los que se rindan serán ejecutados mientras el enemigo celebra con cantos y danzas la gran victoria que acaba de conseguir.

Finalmente el capitán Ryan alzó la cabeza, pero sus tenientes seguían con la mirada fija en el suelo.

—Habláis como el príncipe Harold, Madre Confesora; muchas veces me ha soltado un discurso muy similar al vuestro.

—El príncipe Harold es un soldado muy inteligente.

El capitán Ryan se abrochó los dos botones de latón de su guerrera de lana marrón oscuro y repuso:

—Pero eso no cambia mi decisión. El yunque y el martillo es la mejor opción que tenemos para vencerlos. Creo que funcionará. Tiene que funcionar.

Chandalen se inclinó hacia Kahlan y le habló en su lengua.

—*Madre Confesora, esos hombres van a lanzarse de cabeza a la muerte. Deberíamos alejarnos de ellos para que su locura no os atrape. Todos pueden darse por muertos.*

—¿Qué ha dicho? —inquirió el joven capitán, ceñudo.

—Ha dicho que mañana todos moriréis.

El capitán lo miró de arriba a abajo.

—¿Y qué sabrá él de batallas? No es más que un salvaje.

—¿Salvaje? —Kahlan enarcó una ceja—. Es un hombre inteligente que habla dos idiomas, el suyo y el nuestro. —El capitán Ryan tragó saliva—. Ha luchado en batallas y matado a enemigos. ¿A cuántos has matado tú, Bradley?

—Bueno, a ninguno, supongo —confesó el joven después de echar una rápida mirada a sus dos tenientes—. Lo siento, no pretendía ofender a nadie, pero sé mucho sobre la guerra.

—¿Qué sabes tú sobre la guerra, muchacho? —susurró Kahlan.

—Todos somos voluntarios. Yo me alisté en el ejército hace tres años y casi ninguno de mis hombres lleva menos de uno. Todos hemos superado un duro entrenamiento. El mismo príncipe Harold ha trabajado con nosotros, nos ha enseñado tácticas y le hemos vencido en varias batallas simuladas. Esta expedición debía ser la prueba final antes de recibir nuestros destinos. Llevamos casi un mes de campaña, practicando juegos de guerra y tácticas de batalla. Sabemos qué hacemos. El hecho de que seamos jóvenes no significa que no sepamos luchar. Somos jóvenes, sí, pero también somos fuertes.

Chandalen rompió a reír.

—¿Fuertes? ¡Pero si viajáis como mujeres! —Al ver a Kahlan arquear una ceja, carraspeó y se corrigió—. Bueno, como algunas mujeres. No sois tan fuertes como crees, ni mucho menos. Tenéis carros para transportar lo que necesitáis, y eso os hace blandos. Mañana moriréis.

—Mi amigo se equivoca —afirmó Kahlan, volviéndose hacia los tres soldados—. No vais a morir mañana.

—¿No? —El rostro del capitán se iluminó—. ¿Así pues, tenéis confianza en nosotros?

—No. No vais a morir porque os ordeno que regreséis. Quiero que conduzcas a tu división de regreso a la unidad central, capitán, y es una orden. Yo me dirijo a Aydindril para ocuparme de lo ocurrido; pienso detener a ese ejército de asesinos.

—Ya no tenemos unidad central a la que regresar —objetó el capitán Ryan con gesto duro—. Fue aniquilada por completo en Ebinissia. Nosotros nos salvamos porque estábamos fuera de maniobras. Hemos localizado el rastro de quienes lo hicieron y los perseguimos.

—Los soldados de Ebinissia os superaban ampliamente en número y fueron aplastados por el ejército al que pretendéis dar caza.

—Lo sabemos. Ésos eran los hombres con los que compartíamos vida, comida y alojamiento. Eran nuestros maestros, nuestros hermanos, nuestros padres, nuestros amigos y camaradas. —El capitán cambió de posición mientras se aclaraba la garganta en un esfuerzo por evitar que la voz le temblara—. Deberíamos haber estado allí con ellos. Deberíamos haber luchado a su lado.

Kahlan dio la espalda a los tres soldados galeanos, cerró los ojos, se llevó los dedos a las sienes y se las masajeó describiendo pequeños círculos. Le dolía la cabeza por la desazón que le causaba la idea de que todos esos jóvenes fueran masacrados. Asimismo lloraba la muerte de los amigos y los camaradas de

los jóvenes soldados que habían muerto defendiendo la ciudad. En su mente aparecieron los rostros de las mujeres violadas.

Kahlan dio media vuelta y escrutó los ojos del joven capitán. Se daba cuenta de que esos ojos habían visto más de lo que había supuesto en un principio.

—Fuiste tú —susurró—. Fuiste tú quien cerró las puertas. Tú cerraste las puertas en palacio. Las puertas de los dormitorios de la reina y sus doncellas.

El joven tragó saliva y asintió. Los ojos azules se le humedecieron y el labio inferior le tembló.

—¿Por qué tuvieron que hacer algo así a esa pobre gente?

—El propósito de un soldado es que el enemigo cometa estupideces —respondió Kahlan con voz dulce—. Para ello debe asustarlo o enfurecerlo lo suficiente para que no piense. Hicieron eso no sólo para meteros el miedo en el cuerpo sino para despertar vuestra cólera y forzaros a cometer una estupidez que os costara la vida.

—Estamos persiguiendo a quienes cometieron esas barbaridades. Ya no tenemos unidad central a la que regresar. Ahora depende de nosotros.

—Ésa es la estupidez que quieren que cometáis. Pero no vais a hacerlo. Os reuniréis con otra unidad. No atacaréis a ese ejército.

—Madre Confesora, soy un soldado que ha jurado servir a Galea y a la Tierra Central. Pese a mi juventud, nunca, en toda mi vida, me ha pasado siquiera por la cabeza la posibilidad de desobedecer a mis superiores, a mi reina o a la Madre Confesora. —El joven capitán alzó la muñeca de Kahlan con los dedos índice y pulgar y colocó su mano sobre su propio hombro—. Pero en esto debo desobedeceros. Tomadme con vuestro poder, si deseáis, pues ése será el único modo de que haga lo que me ordenáis.

—Y luego deberéis tomarme a mí —intervino el teniente Sloan, que hasta entonces había guardado silencio—, porque yo ocuparé su lugar y conduciré a los hombres a la batalla.

—Y después a mí —añadió el teniente Hobson, dando un paso adelante.

—Después de tomarnos a nosotros tres, tendréis que hacer lo propio con los oficiales y luego con los soldados rasos —dijo el capitán—. Si queda uno solo, atacará y morirá luchando si es necesario.

Kahlan retiró la mano.

—Te repito que me dirijo al Consejo Supremo para hacerme cargo de esto. Lo que queréis hacer es un suicidio.

—Madre Confesora, atacaremos.

—¿Por qué? ¿Buscáis la gloria? ¿Queréis ser héroes que venguen a los asesinados? ¿Queréis morir en una batalla gloriosa?

—No, Madre Confesora —repuso el capitán con voz queda—. Vimos los desmanes que esos hombres cometieron en Ebinissia, vimos lo que les hicieron a los prisioneros, vimos lo que les hicieron a las mujeres y a los niños. Muchos de los hombres que sirven a mis órdenes perdieron a sus madres y a sus hermanas allí. Todos vimos lo que les había ocurrido, así como a nuestros padres y hermanos. A nuestra gente.

El joven se irguió cuán alto era y la miró directamente a los ojos con gesto resuelto.

—No buscamos la gloria, Madre Confesora. Sabemos que es una misión suicida. Pero todos somos solteros, no tenemos esposa ni hijos que puedan quedarse sin padre. Si no hacemos algo, esos hombres atacarán otra ciudad y cometerán las mismas tropelías que en Ebinissia. Nuestra intención es detenerlos, si podemos.

»Hemos jurado dedicar nuestra vida a proteger a nuestro pueblo, y no podemos eludir esa responsabilidad. Debemos atacar y tratar de detener a esos hombres antes de que maten a más inocentes. Pido a los buenos espíritus que tengáis éxito en Aydindril, pero eso llevará demasiado tiempo. ¿Cuántas ciudades más saquearán antes de que logréis que la Tierra Central se una contra ellos? Con Ebinissia basta. Nosotros somos los únicos que podemos detener a los asesinos. Lo único que se interpone entre ellos y sus próximas víctimas son nuestras vidas.

»Cuando pronuncié el juramento, prometí que siempre protegería a mi gente por encima de todo, sin importar las circunstancias ni las órdenes. Por esta razón debo desobedecer vuestras órdenes, Madre Confesora. No porque busque la gloria, sino para proteger a quienes están indefensos. Me gustaría contar con vuestra bendición, pero con ella o sin ella trataré de detener a ese ejército.

Kahlan se dejó caer sobre el tronco y, con la mirada perdida en la distancia, reflexionó sobre esos

tres soldados. Todos aguardaban en silencio. Aunque por su edad no eran más que unos niños, eran más maduros de lo que creía. Y tenían razón.

Pasaría bastante tiempo antes de que llegara a Aydindril, y más aún antes de reunir un ejército que diera caza a los asesinos. Mientras tanto ellos seguirían matando. ¿Cuántas personas morirían esperando ayuda del Consejo Supremo?

En esos momentos Kahlan deseó ser cualquier otra persona y no la Madre Confesora. Pero lo era. Debía dejar de lado sus sentimientos y plantearse el problema como la Madre Confesora; debía poner en la balanza vidas, las que se perderían y las que se salvarían.

—*Debemos ayudarlos* —dijo a Chandalen, poniéndose de pie.

El hombre barro deslizó hacia arriba las manos con las que se apoyaba en la lanza y se inclinó hacia ella, diciendo:

—*Madre Confesora, estos hombres son estúpidos chiquillos y morirán. Si nos quedamos con ellos, nos arrastrarán a un baño de sangre. También nosotros moriremos y entonces nunca llegaremos a Aydindril. Hagamos lo que hagamos, están condenados.*

—*Chandalen, estos muchachos son como la gente barro. Están persiguiendo a sus jocopos. Si no los ayudamos, más personas morirán tal como vimos en Ebinissia.*

—*Madre Confesora* —intervino Prindin—, *ya sabes que haremos cualquier cosa que desees, pero no hay modo de ayudarlos. Sólo somos cuatro.*

—*Mi hermano tiene razón. Y, además, faltarías a tu deber de llegar a Aydindril. ¿Acaso no es eso importante?* —dijo Tossidin.

—*Claro que sí.* —Kahlan se apartó un mechón de pelo de la cara y añadió—: *Pero ¿qué pensarías si ese ejército que exterminó a todos los habitantes de una ciudad decidiera ir contra la gente barro? ¿No querríais que os ayudara si las próximas víctimas fueran vuestra gente?*

Los tres hombres barro se irguieron volteando las lanzas mientras pensaban. De vez en cuando miraban por encima del hombro a los tres soldados, que asimismo guardaban silencio.

—*¿Qué haríais vosotros para derrotar a ese enemigo?* —les preguntó Kahlan, mirándolos alternativamente.

Por fin, Tossidin fue el que respondió.

—*Son demasiados. Jamás podríamos vencerlos.*

—*¡Somos gente barro y guerreros!* —Muy enfadado, Chandalen propinó un revés a Tossidin en el hombro—. *Somos más listos que esos hombres que viajan en carros y asesinan a mujeres. ¿Crees acaso que son mejores luchadores que nosotros?*

Los dos hermanos arrastraron los pies al tiempo que eludían la mirada de su compañero.

—*Bueno* —se defendió Prindin—, *si lo hacemos tal como ellos pretenden, moriremos. Hay modos mejores.*

Chandalen sonrió.

—*Claro que sí. Los espíritus enseñaron a mi abuelo cómo enfrentarse a un enemigo mucho más numeroso. Mi abuelo enseñó a mi padre, y mi padre me enseñó a mí. Los bandos son más numerosos, pero el problema es el mismo. Nosotros sabemos qué hacer.* —Chandalen miró a Kahlan a los ojos—. *Y tú también lo sabes, pero ellos no. Tú sabes que no debemos luchar como el enemigo quiere, que es lo que estos jovencitos pretenden.*

Kahlan le sonrió y asintió.

—*Tal vez podemos ayudarlos a proteger a inocentes.*

La mujer se volvió hacia el capitán Ryan, que la había estado observando conversar en una lengua extranjera con esos hombres de extraño aspecto.

—Muy bien, capitán. Atacaremos a ese ejército.

El capitán la agarró por los hombros.

—*¡Gracias, Madre Confesora!* —De pronto se dio cuenta de que la estaba tocando y, con un estremecimiento, apartó bruscamente las manos y se las frotó—. *Lo lograremos, ya veréis. Tendremos que lanzarnos sobre ellos. Los sorprenderemos y clavaremos sus cabezas en una pica.*

Kahlan se inclinó hacia él, haciéndolo retroceder.

—*¿Sorprenderlos? ¿Sorprenderlos, dices? ¡Tienen un mago, idiota!* —exclamó, agarrándolo por el cuello y acercando su rostro al de ella.

—¿Un mago? —susurró el capitán, muy pálido.

La mujer lo soltó empujándolo con gesto airado.

—Estuviste en Ebinissia. ¿Es que no viste el agujero fundido en la muralla?

—Bueno..., supongo que no le presté atención. Únicamente tenía ojos para los muertos. —El capitán lanzó rápidas miradas alrededor, como si siguiera viéndolos—. Estaban por todas partes.

Kahlan se calmó al ver la apenada expresión de su rostro.

—Lo comprendo. Eran tus amigos y parientes. Es comprensible que no te dieras cuenta. Pero eso no es excusa para un soldado. Un soldado debe fijarse en todo. Si pasas por alto detalles como ése, capitán, lograrás que te maten.

El joven capitán tragó saliva y asintió.

—Sí, Madre Confesora.

—¿Deseáis matar a los hombres que destruyeron Ebinissia? —Los tres soldados respondieron afirmativamente—. En ese caso, asumo el mando de esta legión. Si deseáis detener a los hombres acampados tras esa montaña, haréis lo que yo os diga. Y también obedeceréis a Chandalen, a Prindin y a Tossidin.

»No dudo que sepáis de tácticas de batalla, pero nosotros sabemos cómo se mata a la gente. Esto no es una batalla, capitán, sino que el objetivo es matar. Sólo os ayudaremos si realmente estáis decididos a detenerlos. Si lo que queréis es batiros en una batalla, nos iremos ahora mismo y dejaremos que os masacren.

El capitán Ryan hincó una rodilla en el suelo. Los dos tenientes lo imitaron.

—Madre Confesora, será un gran honor servir a vuestras órdenes. Pongo en vuestras manos mi vida y la vida de todos mis hombres. Si sabéis el modo de evitar que esos hombres asesinen a más inocentes, obedeceremos vuestras órdenes.

—Muy bien. Esto no es un juego de guerra, capitán. Para alcanzar la victoria, todos los hombres deberán seguir las órdenes. Cualquiera que no lo haga, estará ayudando al enemigo y se considerará traición. Si realmente deseáis detener a esos hombres, todos vosotros tendréis que entregarme el mando, sabiendo que no podréis cambiar de opinión si las cosas se ponen feas. ¿Entendido?

—Sí, Madre Confesora, lo entiendo.

—¿Y vosotros? —dijo, dirigiéndose a los tenientes.

—Me siento honrado de servirlos, Madre Confesora.

—Yo también, Madre Confesora.

Kahlan les indicó con un gesto que se levantaran y se abrigó con su manto de pieles.

—Es esencial que vaya a Aydindril, pero os ayudaré a poner en marcha esto. Os diremos qué debéis hacer. Solamente podré quedarme con vosotros uno o dos días; os mostraremos cómo matar enemigos y luego nos marcharemos.

—Madre Confesora, ¿y el mago?

—El mago déjame a mí. Es mío, ¿entiendes? Yo me ocuparé de él.

—Como deseáis. ¿Cuál es vuestra primera orden?

—La primera orden es que me traigáis un caballo —respondió Kahlan, mientras pasaba entre el capitán y uno de sus tenientes.

Inmediatamente Chandalen se acercó a ella de un salto y la agarró por un brazo, deteniéndola y acercando su cabeza a la de la mujer.

—¿Para qué quieres un caballo? ¿Adónde vas? —preguntó en un tono preñado de sospecha.

Kahlan se detuvo y se desasió. Acto seguido miró a los seis hombres.

—¿Tenéis alguna idea de lo que me dispongo a hacer? Estoy a punto de elegir bando. Soy la Madre Confesora, por lo que, cuando elija un bando, lo haré en nombre de toda la Tierra Central. Llevaré a la guerra a toda la Tierra Central. Es demasiado importante para fiarme sólo de la palabra de estos hombres —añadió, mirando a Chandalen a los ojos.

—¿Qué más prueba necesitas? —explotó Chandalen, furioso—. ¡Ya viste lo que hicieron en esa ciudad!

—Lo que vi no importa. Debo saber por qué. No puedo declarar la guerra alegremente. Antes debo saber quiénes son y para quién luchan. —Tenía otra razón para ir, una más importante aún, pero se la calló.

—¡Son asesinos!

—También tú has matado a gente. ¿No te gustaría que otros averiguaran la razón antes de tomar venganza?

—¡No seas insensata! —Prindin trató de hacer entrar en razón a Chandalen poniéndole una mano sobre el brazo. Pero éste, muy enfadado, apartó esa mano—. Tachas de insensatos a estos hombres, y son miles. Tú estás sola. No podrás escapar si deciden matarte.

—Soy la Madre Confesora. Nadie osará atacarme.

Kahlan sabía que era un pretexto absurdo, pero tenía que hacerlo y no se le ocurría ninguna otra justificación para aplacar los temores del hombre barro. Chandalen estaba demasiado encolerizado para hablar y, al fin, optó por lanzar un gruñido y darle la espalda. Kahlan sabía que en el pasado Chandalen se habría encolerizado porque, si ella moría, él no podría regresar a su hogar; pero tal vez ahora se preocupaba sinceramente por ella.

A ella tampoco le gustaba lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía elección. Ella era la Madre Confesora y tenía un deber para con la Tierra Central.

—Teniente Hobson, por favor, tráeme un caballo. Blanco o gris, si es posible. —El joven asintió y corrió a cumplir la orden—. Capitán, quiero que reúnas a todos los hombres y les comuniques qué pasa.

Chandalen seguía dándole la espalda. Kahlan le acarició el hombro por encima del manto blanco de piel, donde sabía que llevaba el cuchillo fabricado con un hueso de su padre.

—*Ahora estás luchando por la Tierra Central y no sólo por la gente barro* —le dijo. Chandalen se limitó a lanzar un enojado gruñido—. Mientras esté fuera quiero que vosotros tres empecéis a explicar a esos hombres lo que deben hacer. Espero regresar antes del amanecer.

Al ver a Hobson volver con el caballo, Kahlan sintió que las rodillas le flaqueaban. Queridos espíritus, ¿en qué se había metido?

La Madre Confesora se volvió hacia el capitán Ryan y le dijo:

—Si me... si algo... —Respiró hondo y volvió a empezar—. Si me pierdo y no consigo hallar el camino de vuelta, quiero que obedezcas las órdenes de Chandalen. ¿Entendido? Harás lo que él diga.

—Sí, Madre Confesora —repuso el capitán en tono tranquilo mientras se llevaba un puño al corazón a modo de saludo—. Que los buenos espíritus os acompañen.

—Harías mejor en desearme que el caballo sea rápido.

—No os defraudará —intervino el teniente Hobson—. *Nick* es veloz y valeroso. No os fallará.

El capitán unió ambas manos para ayudarla a montar el enorme caballo de guerra gris. Mientras saludaba a su montura dándole una palmada en el cuello, bajó la mirada hacia los hombres. *Nick* bufó y sacudió la cabeza. Antes de poder acobardarse, Kahlan dio media vuelta al semental y lo espoleó hacia las laderas, en dirección a una senda que le permitiría rodear al enemigo y presentarse en su campamento desde el otro lado.

## 6

Altísimos árboles cubiertos de nieve la rodeaban por todas partes. La luna pronto saldría, pero de momento reinaba una fantasmagórica luz que daba a la nieve luminiscencia suficiente para seguir la senda con facilidad. Mientras se internaba con el caballo al trote en el valle abierto, casi se alegró de dejar atrás la espesa arboleda en la que cualquiera podía tenderle una emboscada. No hizo ningún intento por ocultarse y, pese a verla, los centinelas no iban a detener a un jinete solitario.

El campamento del ejército hervía de vida con hogueras, hombres y ruido. Era tan grande como una ciudad pequeña y podía divisarse fácilmente a distancia, así como oírse. Seguros de su superioridad numérica, no temían ningún ataque.

Con la capucha del manto echada hacia adelante tapándole parte del rostro, Kahlan condujo a *Nick* entre la maraña de carros, caballos, mulas, tiendas, pertrechos y rugientes hogueras. Montaba muy erguida y, pese al barullo, le parecía que oía los latidos de su corazón. El quedo aire estaba saturado con el aroma de carne asada y humo. Decenas de miles de pies, tanto de personas como de bestias, habían

pisoteado la nieve, y vehículos de todo tipo habían acabado de aplastarla.

En torno a las hogueras, los hombres se reunían para beber, comer y cantar. Las picas se apilaban de pie en círculos, inclinadas hacia adentro y con las puntas formando erizados conos. Se veían lanzas por todas partes, y asomaban en los bancos de nieve como bosques de árboles jóvenes desnudos. Las tiendas se habían montado sin orden ni concierto.

Había un incesante ir y venir de hombres de un fuego a otro para probar la comida, unirse a la melodía que unos compañeros arrancaban a las flautas, jugar a los dados o compartir la bebida. Esto último era lo que interesaba a la mayoría de ellos.

Nadie le prestó atención. Estaban demasiado ocupados. Kahlan mantuvo al caballo al trote, cuidándose de dejar atrás a quienes alzaban la vista hacia ella antes de darles la oportunidad de que se hicieran preguntas o confirmaran lo que habían visto. El campamento era un hervidero de actividad. Pero, pese al pandemonio, su caballo conservó la calma.

De algunas tiendas lejanas le llegaron gritos femeninos, seguidos por estentóreas risas masculinas. Aunque trató de evitarlo, no pudo evitar estremecerse.

Kahlan sabía que en ejércitos como éste siempre se encontraban civiles. Entre ellos, prostitutas que viajaban en los carros de suministros. Asimismo sabía que el saqueo solía incluir el rapto de mujeres. Era un privilegio más de los vencedores, como robar una sortija a un muerto, nada más y nada menos. Fuera cuales fueran las razones de esos gritos —placer fingido o verdadero terror— Kahlan sabía que ella nada podría hacer por esas mujeres, por lo que intentó no oírlas y centró su atención en los hombres.

Al principio sólo vio tropas de D'Hara. Conocía demasiado bien su armadura de cuero y sus uniformes reforzados con una ornamentada R, símbolo de la casa de Rahl, repujada en el peto. Pero muy pronto empezó a distinguir a keltas entre los d'haranianos, y también vio una docena de hombres procedentes de la Tierra Occidental que, cogidos por los hombros, bailaban en corro mientras bebían de sus jarras. Asimismo vio a nativos de otros países; unos cuantos de Nicobarese, algunos sandarianos y, para su horror, un puñado de galeanos. Tal vez no eran más que d'haranianos que llevaban el uniforme de soldados muertos, pero, por alguna razón, no lo creía.

Por todo el campo estallaban disputas aisladas entre los hombres a causa de una tirada de dados, de la comida, de los barriles o incluso de las botellas de alcohol. Algunas disputas degeneraban en peleas con puños o navajas. Kahlan vio cómo un hombre recibía una puñalada en el vientre mientras los mirones se reían a carcajadas.

Finalmente vio lo que buscaba: las tiendas de los oficiales. Aunque no se habían tomado la molestia de izar sus banderas, se distinguían por su tamaño. Fuera de la mayor de ellas se había colocado una mesa cerca de una rugiente hoguera en la que se asaba carne. Un círculo de faroles colocados sobre postes iluminaban a los allí congregados.

Al aproximarse vio a un hombretón sentado con los pies encima de la mesa, que chillaba:

—... y ahora mismo, o te cortaré la cabeza! ¡Que esté lleno! ¡Tráeme un barril lleno o clavaré tu cabeza en una pica!

Cuando el soldado salió disparado, los hombres sentados a la mesa estallaron en carcajadas.

Kahlan detuvo el enorme caballo de guerra justo al borde de la mesa. Entonces observó en silencio a la media docena de hombres sentados. Cuatro eran oficiales de D'Hara, uno de los cuales era el de los pies encima de la mesa, otro era un oficial de Kelton ataviado con un elegante uniforme desabrochado que dejaba a la vista una mugrienta camisa manchada de vino y jugos de carne, y el último era un hombre vestido con una sencilla túnica color canela.

El hombre que tenía los pies encima de la mesa se cortó una larga tira de carne de un hueso usando un cuchillo de grandes dimensiones. A continuación arrojó por encima del hombro el hueso a un grupo de perros de fiero aspecto. Entonces desgarró la tira de carne con los dientes y señaló con el cuchillo hacia la derecha, al joven vestido con sencillez, mientras tomaba un sorbo de cerveza para ayudarse a tragar. Pese a tener la boca llena, habló:

—El mago Slagol ya me dijo que le parecía oler a una Confesora. Por cierto, ¿y tu mago? —El hombretón la miraba con los ojos inyectados en sangre. Todos rieron con él. La cerveza le corría por su espesa barba blanca—. ¿Has traído algo de bebida, Confesora? Casi se nos ha acabado. ¿No? Bueno, no importa. —Con el cuchillo señaló al oficial kelta y añadió—: Karsh dice que hay una bonita ciudad a más o menos un semana de marcha, en un valle, y después de darnos la bienvenida y jurarnos lealtad estoy

seguro que tendrán algo de cerveza para remojar unas gargantas secas.

Kahlan entrecerró los ojos en dirección al mago. Era por él por lo que estaba allí. Fríamente calculó si podría saltar del caballo y tocarlo con su poder antes de que ese enorme cuchillo lo impidiera. El hombre que lo blandía no parecía ser de reacciones rápidas. Pero se dio cuenta de que tenía muy pocas probabilidades de lograrlo. Ella estaba dispuesta a dar la vida para eliminar al mago, pero solamente si podía estar razonablemente segura del éxito.

Era por él por quien había ido al campamento. El mago era los ojos de ese ejército; veía cosas antes que los demás y asimismo cosas que ellos no podían ver, por ejemplo, ella misma. Y los d'haranianos temían todo lo relacionado con la magia y los espíritus. El mago era su defensa contra ello.

La mirada de Kahlan se apartó de los ojos hundidos del hechicero y de su lasciva sonrisa de borracho para fijarse en lo que estaba haciendo con las manos. Tallaba algo. Delante de él, sobre la mesa, vio un montón de virutas. La mujer recordó las pilas de virutas de madera que había visto fuera de las alcobas de las muchachas en el palacio real de Ebinissia.

El mago agitó lo que había tallado. Fue entonces cuando Kahlan se dio cuenta de lo que era: un falo de tamaño exagerado. La sonrisa del nigromante se hizo más amplia.

El hombre del cuchillo señaló con él al mago y dijo:

—Slogol tiene algo para ti, Confesora. Lleva dos horas trabajado en ello, desde que supo que te acercabas para hacernos una visita. —El hombretón hizo un débil intento por reprimirse, pero al fin estalló en carcajadas.

Dos horas. Acababa de revelarles los límites del poder de ese hechicero. Hacía cuatro horas que se había alejado de los galeanos, pero se había pasado casi una en las crestas, preparándose. Eso significaba que los jóvenes soldados de Galea aún no estaban lo suficientemente cerca para que el mago los descubriera, pero únicamente los salvaba un estrecho margen. Si se acercaban un poco más, el mago los percibiría y arruinaría todos sus planes de atacar por sorpresa.

Kahlan esperó que las carcajadas del d'haraniano cesaran antes de replicar:

—Me habéis puesto en desventaja.

—Aún no. ¡Pero lo estarás! —Los hombres rugieron y rieron de nuevo.

Cada latido del corazón retornaba a Kahlan la calma. Se echó la capucha hacia atrás y puso cara de Confesora.

—¿Cómo te llamas, soldado?

—¡Soldado! —El hombretón se impulsó bruscamente hacia adelante y clavó el cuchillo en la mesa—. No soy ningún soldado. Estás hablando con el general Riggs, comandante supremo de todas las tropas. Todos nuestros hombres, los de antes y los recién incorporados, me obedecen.

—¿Y en nombre de quién luchas, general Riggs?

—¡Vaya pregunta! —exclamó, abarcando con un gesto de la mano a todos—. La Orden Imperial está en guerra para defender a todos quienes se unan a nosotros. Hemos declarado la guerra a todos los opresores. Quien no está con nosotros, está contra nosotros y será aplastado. Luchamos por imponer el orden.

»Todos aquellos que se unan a la Orden Imperial hallarán protección y a su vez contribuirán a defender la Orden. Los países que nos planten cara serán arrasados. Luchamos por imponer un nuevo orden: el Orden Imperial. Estos hombres someterán a todos los países, y yo soy su comandante.

Kahlan frunció el entrecejo, tratando de comprender lo que oía.

—Soy la Madre Confesora y yo gobierno en la Tierra Central, no tú.

—¿La Madre Confesora? —El oficial dio un manotazo al mago en la espalda—. No me dijiste que fuera la Madre Confesora. Bueno, no te pareces a ninguna madre que haya visto antes, pero puedes estar segura de que después de esta noche serás madre. Te doy mi palabra. —El hombre se rió a carcajadas.

—Rahl el Oscuro ha muerto. —Las palabras de Kahlan acallaron las risas—. El nuevo lord Rahl ha puesto fin a la guerra y ha ordenado el regreso a casa de todas las tropas de D'Hara.

—Rahl el Oscuro era un hombre falto de previsión —sentenció el general Riggs, poniéndose de pie—. Le importaba demasiado la antigua magia y se despreocupaba del orden. Estaba obsesionado con sus propias búsquedas, sus antiguas religiones. Hasta que sea erradicada, la magia debe estar al servicio de los hombres, no a la inversa.

»Rahl el Oscuro perdió su oportunidad. Pero nosotros no fracasaremos. El mismo Rahl el Oscuro,

desde el inframundo, lo sabe y se arrepiente. Ahora es aliado de nuestra lucha. ¡Los buenos espíritus así lo han declarado! Ya no nos inclinamos ante la casa de Rahl sino que es ella, al igual que todas las casas reinantes, todos los países y todas las aldeas, la que se inclina ante nosotros. El nuevo lord Rahl deberá unirse a nosotros o lo aplastaremos. A él y a todos los perros infieles que lo sigan. ¡Destruiremos a todos los perros infieles!

—En otras palabras, general, sólo luchas por ti mismo. Tu único propósito es asesinar.

—¡No lucho por mí mismo! Me mueve un propósito mucho más grande que la ambición de un solo hombre. Ofrecemos a todos la oportunidad de que se unan a nosotros. Si no aceptan, es porque están aliados con nuestros enemigos y debemos matarlos. Es inútil tratar de explicar cuestiones de estado y derecho a una mujer. Las mujeres no sirven para gobernar.

—Los hombres no tienen la exclusiva de ello, general.

—Es una blasfemia que los hombres se dobleguen ante una mujer en busca de protección. Un hombre como es debido tratará de meterse bajo las faldas de una mujer, no esconderse detrás de ellas. Las mujeres son el descanso y el solaz del guerrero varón que impone su voluntad por la fuerza. Los hombres dictan las leyes y las hacen cumplir. Son el sostén y la protección de las hembras.

»A todos los reyes y los patricios se les ofrecerá la oportunidad de unirse a nosotros para poner a su tierra y a sus súbditos bajo nuestra protección. Y a todas las reinas se les ofrecerá la oportunidad de vender su mercancía en un burdel, o tal vez casarse con un humilde campesino que no sea dueño ni de las tierras que cultiva. De un modo u otro, por fin servirán para algo.

»¿Es que no lo entiendes, mujer? —le espetó, mientras cogía la jarra de encima de la mesa y daba unos cuantos tragos—. Eres demasiado estúpida incluso para ser mujer. ¿Qué ha conseguido esa alianza tuya de la Tierra Central gobernada por mujeres?

—¿Conseguido? La alianza no se creó para conseguir nada, sino para que todos los países vivieran en paz, para evitar las rencillas entre vecinos y para tener la seguridad de que ningún vecino codicioso osaría lanzarse a la conquista, pues todos se levantarían para protegerlo, incluso los más débiles e indefensos. De este modo nadie está solo y desprotegido.

El general esbozó una sonrisa triunfante dirigida a sus camaradas.

—¡Habla como una maldita mujer!

»No ofreces liderazgo ni ley —le dijo en tono de desprecio—; cada país tiene sus propias prohibiciones y se pronuncia como le da la gana. Lo que en un lugar es un crimen, en otro se considera una virtud. Esa alianza tuya no se atreve a imponer el orden a todos. No sois más que un atajo de tribus fragmentadas, cada una de las cuales guarda celosamente lo suyo y que solamente acepta la supuesta unión cuando sirve a su codicia. Eso os hace a todos débiles.

—Te equivocas. Justamente ése es el propósito del Consejo Supremo de Aydindril; implicar a todos los países en la defensa común contra asesinos como vosotros. No es una unión débil, como tú crees, sino una unión con garras y dientes.

—Un noble ideal que, déjame decirte, comparto. Pero nada de lo que haces contribuye a alcanzarlo. La unión que tú defiendes es tímida; no impone una ley común para todos. —El general Riggs extendió hacia ella un puño y añadió con aire despectivo—: Y, al hacerlo, dejas a todos los países a punto para que sean estrujados. Sois ánimas perdidas en busca de un líder fuerte y desesperadamente necesitados de protección.

»Apenas habían caído los Límites cuando Rahl el Oscuro asoló vuestras tierras, y eso que no le puso demasiado entusiasmo, pues a él sólo le interesaba su magia. Si hubiese dado carta blanca a sus generales, no quedaría en pie ni el cascarón de esa alianza tuya de juguete.

—¿Y de quién se supone que debemos protegernos?

El general clavó la vista en la nada y murmuró casi para sí:

—De la horda que debe venir.

—¿De qué horda?

Riggs levantó la vista hacia ella como si acabara de despertar.

—La horda que se anuncia en las profecías —le explicó ceñudo, como si la creyera irremediabilmente lerda, para a continuación señalar con una mano al mago—. Gracias a él nos hemos enterado de las profecías. ¿Cómo es que tú, que has pasado toda tu vida entre magos, no has buscado nunca su conocimiento?

—Eres muy elocuente al expresar tu altruista deseo de unir a todo el mundo bajo el estandarte de la paz y la ley, general Riggs, pero las atrocidades que cometisteis en Ebinissia demuestran que no es más que una mentira. Ebinissia dará hasta el fin de los tiempos testimonio mudo pero irrefutable de cuál es el verdadero propósito de tu ejército. Tú y tu Orden Imperial sois la horda. ¿Cuál es tu papel en todo esto, mago Slagol? —preguntó Kahlan, fulminando con la mirada al nigromante.

Éste se encogió de hombros.

—Solamente contribuir a que todo el mundo se una bajo el gobierno de una ley común. Nada más.

—¿La ley de quién?

—La ley de los vencedores. Es decir, la nuestra —aclaró con una sonrisa—. De la Orden Imperial.

—Como mago tienes responsabilidades. Tu deber es servir, no gobernar. Te ordeno que te presentes de inmediato en Aydindril para ocupar el lugar que te corresponde en el cumplimiento de tu deber, o responderás ante mí.

—¿Ante ti? —replicó el mago con una despectiva sonrisa—. Tú obligas a hombres buenos y decentes a que gimoteen y lloriqueen ante ti y, al mismo tiempo, eres ciega a los poseídos que hacen lo que les place en la Tierra Central.

—¿Poseídos? —Kahlan fulminó a Riggs con la mirada—. No me digas que has sido suficientemente estúpido para pedir consejo a la Sangre de la Virtud.

—Ya se han unido a nosotros —dijo el general como quien no quiere la cosa—. Su causa es la nuestra y la nuestra es la suya. Saben cómo eliminar a los servidores del Custodio, que son también nuestros enemigos. Juntos limpiaremos el mundo de todos quienes sirven al Custodio. El bien prevalecerá.

—Quieres decir que tu causa prevalecerá. Eres tú quien manda.

—¿Acaso estás ciega, Confesora? Ahora mando yo, es cierto, pero aquí no se trata de mí, sino del futuro. Yo simplemente me limito a ocupar ahora ese puesto; digamos que aro el campo para que dé fruto. Pero lo importante no soy yo.

»Nosotros brindamos a todo el mundo la oportunidad de servirnos, y todos los hombres que me siguen han aceptado esa oferta. Otros se han unido a nuestras tropas en nuestra batalla. Ya no somos soldados de D'Hara, ni de Kelton, ni de ningún otro lugar. Ahora todos somos soldados de la Orden Imperial. Cualquiera persona de mente clara puede asumir el mando. Si yo caigo en nuestra noble lucha, otro ocupará mi lugar hasta que todos los países se unan bajo una única mano, y la Orden Imperial florezca.

O bien ese tipo estaba demasiado borracho para saber qué decía o estaba loco. Kahlan miró a su alrededor, a los hombres que bailaban, bebían y cantaban en torno a las fogatas que habían brotado por todo el campamento. Estaba tan loco como los bantak, o como los jocopo.

—General Riggs. —El hombre había estado mascullando algo airadamente, pero enmudeció y alzó la mirada hacia la mujer—. Soy la Madre Confesora. Te guste o no, represento a la Tierra Central. Y en nombre de la Tierra Central te ordeno que detengas inmediatamente esta guerra y regreses a D'Hara o, si lo prefieres, presentes tus quejas ante el Consejo de Aydindril. El Consejo Supremo escuchará cualquier petición que tengas. No permitiré que impongas la guerra a mi gente. Si desobedeces mis órdenes, tendrás que sufrir las consecuencias.

—Nosotros no hacemos concesiones —replicó Riggs con desdén—. Aniquilaremos a todos aquellos que no se unan a nosotros. Luchamos para cumplir la misión que nos han asignado los buenos espíritus, detener las muertes y los asesinatos. ¡Luchamos por la paz! Y, hasta que no la alcancemos, habrá guerra.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que lucharas?

—Es obvio, estúpida zorra.

—Eres tú el estúpido si crees realmente que los buenos espíritus te han dicho que inicies una guerra. Los buenos espíritus no actúan de un modo tan manifiesto.

—Ah, bueno, no estamos de acuerdo. ¿No es éste el propósito de una guerra, dirimir desacuerdos? Los buenos espíritus saben que tenemos la razón de nuestro lado o irían contra nosotros. Nuestra victoria demostrará que nos apoyan, pues de otro modo nunca podríamos vencer. El mismo Creador desea que triunfemos, y nuestra victoria será prueba de ello.

Riggs era un lunático. Kahlan se dirigió al oficial kelta.

—Karsh...

—General Karsh.

—Deshonras el rango, general. ¿Por qué masacrasteis a los habitantes de Ebinissia?

—Ebinissia tuvo la misma oportunidad de unirse a nosotros que tendrán todos, pero decidió luchar. Teníamos que dar ejemplo con esos infieles para que todos los demás sepan qué les espera si no se doblegan voluntariamente ante nosotros. Perdimos casi a la mitad de nuestros hombres, pero valió la pena. Las nuevas incorporaciones están reemplazando a los soldados que perdimos, y cada vez serán más. Conquistaremos todas las tierras conocidas.

—¿A esto llamas tú liderazgo? ¿A la extorsión y el asesinato?

El general Karsh estrelló su jarra en la mesa. Los ojos le llameaban de ira.

—¡Solamente les hacemos lo que ellos hacen a nuestra gente! Los galeanos asaltan nuestras granjas y nuestras ciudades fronterizas. ¡Matan a keltas como si fuesen simples bichos a los que se aplasta!

»Nosotros les ofrecimos la paz. Fueron ellos quienes decidieron rechazar nuestra clemencia. Les brindamos la oportunidad de unirse a nosotros pacíficamente, pero ellos eligieron la guerra. Indirectamente nos ayudaron, pues ellos servirán de ejemplo a otros, para que no cometan la locura de oponerse a nosotros.

—¿Y qué habéis hecho con la reina Cyrilla? ¿La habéis matado o la tenéis en vuestras tiendas con las demás putas?

Todos se echaron a reír.

—Allí estaría de haberla encontrado.

Kahlan casi suspiró en voz alta por el alivio. Nuevamente posó la mirada en Karsh, que tomaba otro trago.

—¿Qué tiene que decir sobre esto el príncipe Fyren?

—¡Fyren está en Aydindril! ¡Yo estoy aquí!

Bueno, en ese caso tal vez la Corona era ajena a todo esto. Tal vez no eran más que una banda de proscritos asesinos con muchas ínfulas.

Kahlan conocía al príncipe Fyren y lo tenía por un hombre razonable. De todos los diplomáticos de Kelton asignados en Aydindril, él era quien más había contribuido a que Kelton entrara en la alianza de la Tierra Central a través del Consejo Supremo. Había persuadido a su madre, la reina, para emprender el camino de la paz y no del conflicto. El príncipe Fyren era un caballero en todo el sentido de la palabra.

—Además de ser un asesino, general Karsh, también eres un traidor a tu propio país y a la Corona. Has traicionado a tu reina.

—¡Soy un patriota! —protestó el kelta, descargando la jarra de peltre encima de la mesa—. ¡Yo protejo a mi gente!

—Tú no eres más que un bastardo traidor y un asesino sin conciencia. Dejaré al príncipe Fyren el honor de condenarte a muerte. Por supuesto será una sentencia póstuma.

Karsh golpeó la mesa con el puño.

—¡Los buenos espíritus saben que eres una traidora a la gente de la Tierra Central! ¡Y esto demuestra que tienen razón! Nos han dicho que mientras tú sigas con vida no podremos ser libres. ¡Nos han pedido que matemos a todos los que son como tú! ¡A todos los blasfemos! Los buenos espíritus no nos abandonarán en nuestra lucha. Venceremos a todos los que sirvan al Custodio.

—Ningún oficial que se precie escucharía los parloteos de la Sangre de la Virtud —repuso Kahlan desdeñosamente.

El mago había conjurado una bola de fuego líquido de feo aspecto y lentamente hacía juegos malabares con ella, sin dejar de observarla. Las llamas chisporroteaban y silbaban, al tiempo que dejaban caer pequeñas chispas. El general Riggs eructó y se apoyó con los nudillos sobre la mesa para inclinarse hacia ella.

—Ya basta de charla. Desmonta de una vez, moza, para que podamos empezar la fiesta. Los bravos guerreros también necesitamos un poco de diversión.

Por fin el general Karsh sonrió.

—Y mañana, o quizá pasado mañana, te cortaremos la cabeza. Nuestros hombres y toda nuestra gente se regocijarán con tu muerte. Nuestro triunfo sobre la Madre Confesora, que es el símbolo de la opresión por medio de la magia, los llenará de júbilo. —La sonrisa del general se esfumó al tiempo que su rostro enrojecía nuevamente—. ¡La gente debe ver tu castigo para saber que el bien puede prevalecer! Así

tendrá esperanza. Cuando te cortemos la cabeza, nuestra gente se alegrará.

—¿Se alegrará de que una banda de bravos guerreros que dicen luchar por la libertad sean lo suficientemente fuertes para matar a una mujer sola?

—No. —Por primera vez el general Riggs parecía estar sobrio—. No comprendes el auténtico significado de lo que hacemos. No comprendes su importancia.

»Entramos en una nueva era, Confesora —continuó, bajando la voz y dulcificando el tono—. En esa era no hay lugar para vuestras viejas religiones. El linaje de las Confesoras y sus magos toca a su fin.

»Hubo un tiempo, hace tres mil años, en el que casi todo el mundo nacía con el don. La magia dominaba sobre todas las cosas y era usada para acceder al poder. Los magos abusaban de ese poder. Llenos de codicia se mataban unos a otros; mataban a otros poseedores del don para que fueran menos los que pudieran pasarlo a sus descendientes. Con el paso del tiempo los poseedores del don fueron lentamente erradicados de la raza de los hombres.

»Pero los pocos que quedaban aún rivalizaban por el poder y seguían eliminando a otros poseedores del don. Gradualmente los demás seres mágicos que gozaban de su protección, por ejemplo tú, han ido perdiendo esa protección y su manantial de magia. En la actualidad apenas nace nadie con el don. La magia muere con ellos. Tuvieron su oportunidad para gobernar, como la tuvo Rahl el Oscuro con su magia, y fracasaron. Su tiempo, el tiempo de los magos, ya ha pasado.

»Los seres de la penumbra ya no cuentan con su protección, por lo que la era de la magia toca a su fin y se produce el advenimiento de la era del hombre. En el nuevo mundo que surge ya no hay lugar para esa antigua religión moribunda que tú llamas magia. Es hora de que el hombre herede por fin el mundo. Es el momento de la Orden Imperial y, aunque ésta no existiera, el hombre gobernaría con otro nombre. Es hora de que el hombre gobierne y que la magia muera.

Kahlan sintió un súbito vacío y, sin quererlo, una lágrima se deslizó por su mejilla. Una asfixiante sensación de pánico le estrujaba la garganta como si fuese una garra.

—¿Has oído eso, Slagol? —inquirió en un áspero susurro—. Tú también posees magia, y esos a quienes ayudas pretenden acabar con los de tu linaje.

El mago lanzó la pequeña bola de fuego a la otra mano. La luz de las llamas se reflejó en su sombrío semblante.

—Es como debe ser. La magia, pura o corrompida, es la vía de acceso del Custodio a este mundo. Después de ayudar a extinguir la magia en todas sus formas, yo también tendré que morir. De ese modo serviré al pueblo.

Riggs la miró con una expresión cercana al pesar mientras continuaba explicando:

—Es preciso que nuestra gente presencie la muerte de la última encarnación de esa religión que queda con vida. Tú eres su símbolo, eres el último ser mágico creado por los hechiceros. Tu muerte los llenará de esperanza hacia el futuro y les dará ánimos para acabar con todos los focos que quedan de magia, fuente del mal y la perversión.

»Nosotros somos la reja del arado. Las tierras que ahora están contaminadas por la magia se verán libres de su corrupción y podrán ser repobladas por gente piadosa. Entonces, por fin, todos nos liberaremos de tus dogmas, que no tienen cabida en el glorioso futuro del hombre.

El general se irguió y tomó un trago. Su voz recuperó su dureza para añadir:

—Cuando acabemos contigo, haremos entrar en vereda a Galea y al resto de países. ¡No nos detendremos hasta que consigamos una victoria total y absoluta! —exclamó, descargando la jarra sobre la mesa.

Al pensar en todos los seres, los seres de la penumbra como los había llamado Riggs, que dependían de ella para sobrevivir, la cólera la invadió, desterrando la momentánea sensación de pérdida y de pánico.

Lentamente asintió con la cabeza mientras sostenía la mirada al general.

—Como Madre Confesora que soy, como autoridad suprema de la Tierra Central ante la que todos deben inclinarse, te concedo un deseo. —La mujer se inclinó hacia adelante y dijo entre dientes—: Si quieres guerra, la tendrás. Te doy mi palabra de que no habrá clemencia para ninguno de vosotros.

Kahlan alzó el puño hacia el mago. Era él por lo que estaba allí.

Respiraba agitadamente, llena de la furia y el terror que le inspiraba la locura de esos hombres. Dejó que la magia surgiera con ímpetu en su interior, clamando por liberarse, clamando por cobrarse la vida de ese mago.

Era por él por lo que estaba allí. No debía fallar. La Cólera de Sangre gritaba por todos sus poros.

Kahlan conjuró el rayo, pero no ocurrió nada.

Por un instante se quedó paralizada, aterrorizada al pensar que la magia le había fallado. Entonces Riggs se le lanzó sobre una pierna.

Kahlan tiró de las riendas hacia atrás. El fiero caballo de batalla saltó inmediatamente, dispuesto a la acción y lanzó un relincho al tiempo que se encabritaba y golpeaba con las patas delanteras. Kahlan tuvo que agarrarse a sus crines para no caer y romperse el cuello. El caballo propinó a Riggs un tremendo golpe con un casco en el rostro, lanzándolo hacia atrás. A continuación *Nick* hizo pedazos la mesa. Los hombres sentados en las sillas cayeron hacia atrás. Con uno de los cascos delanteros el caballo aplastó la cabeza de uno de los oficiales d'haranianos y la pierna de otro.

Inmediatamente dio media vuelta y siguió propinando coces. Kahlan hundió los talones en sus flancos. El corcel se lanzó al galope mientras el mago se ponía en pie. Sorprendidos soldados se apartaban al impetuoso paso de ambos. Al mirar por encima del hombro vio cómo el hechicero extendía ambas manos al frente. Una bola de fuego de hechicero surgió frente a él y giró en el aire, esperando sus órdenes. Slagol extendió de nuevo las manos, con lo que arrojó la bola de fuego contra ella.

El caballo de guerra saltaba por encima de hogueras y hombres, levantando con sus cascos tanto nieve como leña ardiendo. Las patas se le enredaban en las cuerdas de las tiendas que tumbaba. Kahlan divisó lo que quería y necesitaba más que el aire para respirar, y guió a *Nick* en esa dirección.

Podía oír el lamento del fuego de hechicero que la perseguía, así como los gritos de los hombres que atrapaba a su paso. Una mirada de soslayo le bastó para ver la bola de fuego azul y amarilla, cada vez más grande, que avanzaba haciendo eses como si estuviera tan borracha como el mago. El fuego de hechicero debía ser guiado pero, ebrio como estaba, Slagol apenas podía controlar su propia obra. De haber estado sobrio, Kahlan ya estaría muerta.

«Queridos espíritus —rezó para sí—, si tengo que morir, dadme tiempo antes para hacer lo que debo hacer.»

Por fin alcanzó su meta, un grupo de lanzas clavadas en un banco de nieve. Sin detener al caballo, agarró una de ella al galope e hizo girar a *Nick*. Nuevamente hundió los talones en los flancos del corcel y éste se lanzó a galope tendido hacia adelante.

La bola de fuego aún la perseguía, envolviendo en llamas tanto tiendas como hombres. Se iba acercando dando tumbos, y cada vez era mayor.

La lanza pesaba más de lo que había esperado, pues había sido fabricada para hombres más musculosos que ella, por lo que tenía que llevarla en posición vertical para conservar las fuerzas. Ni el ruido, ni la confusión, ni los hombres corriendo, ni el fuego de hechicero afectaban a *Nick*, que seguía su frenético galope como si tal cosa. Kahlan lo guiaba hacia un lado y luego hacia el otro, sorteando obstáculos. Los cascos del caballo se hundían en la nieve pisoteada. Mujer y caballo avanzaban al galope hacia el fuego de hechicero y hacia quien lo había conjurado.

Slagol trató de cambiar el rumbo de la bola de fuego y detener el zigzagueante pero imparable avance de la Madre Confesora hacia él. Sus reacciones eran lentas, pero a medida que la distancia entre ambos se acortaba, Kahlan era consciente de que no tenía por qué ser rápido para alcanzarla.

En el último instante hizo girar a *Nick* a la derecha. La bola de fuego le pasó rozando tan cerca, que pudo oler a pelo quemado. Inmediatamente reemprendió el galope.

La bola de fuego de hechicero explotó detrás de ella y cayó en cascada sobre el suelo, como un dique que se rompiera de repente. El aire nocturno se llenó de los horrorizados gritos de hombres y bestias moribundos atrapados en las llamas. Docenas de hombres envueltos en llamas rodaban sobre la nieve para tratar de sofocarlas. Pero el fuego de hechicero estaba alimentado por un propósito concreto y no se extinguía así como así.

Los aullidos de dolor provocaban el pánico en todos aquellos que no comprendían qué estaba pasando. Algunos hombres gritaban de miedo, convencidos de que los espíritus los estaban atacando. Blandiendo espadas, se defendían de quienes corrían para salvar la vida del fuego. Estallaban luchas por todo el campamento. El aire transportaba no sólo el hedor de carne quemada sino también el olor de la sangre.

Kahlan hizo oídos sordos al griterío y buscó el silencio dentro de ella.

El mago se tambaleó hacia atrás y cayó, pero enseguida se levantó, haciendo girar los brazos. De las

yemas de sus dedos brotó un arco de fuego.

Pese a la confusión general, Kahlan solamente veía una cosa: al mago Slagol.

Kahlan enristró la lanza, afianzó su base bajo el brazo derecho y la empujó con fuerza contra el tope de cuero. Entonces apretó los dientes y usó de toda su fuerza para levantar la pesada lanza por encima de la inclinada cabeza de *Nick*, hacia la izquierda, para no perder el equilibrio sobre la silla.

*Nick* enfiló hacia el objetivo como si le leyera la mente. Aunque avanzaban a galope tendido hacia Slagol, a Kahlan los últimos diez metros se le hicieron eternos. Era una carrera entre el caballo y el fuego que nuevamente conjuraba el mago.

Slagol alzó la vista para dirigir la bola de fuego justo cuando la lanza le atravesó el pecho. El impacto rompió la lanza en astillas hasta la mitad y casi partió al mago en dos. Ella y el caballo volaron entre una lluvia de sangre.

Kahlan blandió la mitad de la lanza contra el hombre que se lanzó a por ella, golpeándolo en la cabeza. El impacto le arrancó la lanza de las manos. La mujer hizo girar al caballo y se inclinó adelante sobre la cruz mientras emprendían la huida a galope tendido entre la confusión, tratando de alejarse de las tiendas de los oficiales. El corazón le latía tan rápido como los cascos del caballo.

Uno de los oficiales d'haranianos de la mesa de los generales pedía a gritos un caballo. Los hombres montaban a toda prisa, sin detenerse a colocar sillas. Mientras Kahlan empezaba a poner tierra de por medio entre ella y sus perseguidores, podía oír al oficial gritar que, si no la atrapaban, todos ellos serían descuartizados. Con una rápida mirada hacia atrás contó hasta tres docenas de jinetes que la seguían.

Lejos de las tiendas de los oficiales, en la parte del campamento por la que había entrado, los hombres ignoraban lo ocurrido y simplemente tomaban al jinete al galope como un elemento más de la jarana. Así pues, nadie movió ni un dedo para detenerla. Hombres, tiendas, hogueras, así como alabardas y lanzas clavadas en la nieve, desfilaban a ambos lados en una masa borrosa.

*Nick* saltaba sobre todos los obstáculos que no podía sortear. Los hombres se zambullían a los lados a su paso por miedo a que no saltara ni los evitara. Los jugadores se apartaban tambaleantes, lanzando al aire dados y monedas. Las patas del caballo se enredaban en las cuerdas de las tiendas, que, arrancadas, ondeaban tras ellos, envolviendo a sus perseguidores. Caballos y jinetes caían al suelo. Otros arrollaban a sus propios compañeros en un frenético intento por no perderla de vista.

Kahlan divisó una espada que colgaba de una funda sujeta al lado de uno de los carromatos y, al pasar al galope junto a ella, la desenvainó. Blandiendo el arma cortó las cuerdas a las que estaban amarrados los caballos y la descargó sobre la grupa de uno de ellos. El caballo herido coceó y lanzó un grito de dolor y terror, contagiando su pánico al resto de los animales. Todos salieron desbocados en todas direcciones. Los faroles, colocados sobre postes cayeron sobre las tiendas y les prendieron fuego.

Los caballos de sus perseguidores se plantaron ante los fuegos, se empinaron, corcovearon y arrojaron a sus jinetes al suelo. De pronto un hombre se lanzó para interceptarla, eludió los cascos de *Nick* e hizo ademán de agarrarla. Inmediatamente Kahlan le atravesó el pecho con la espada. La empuñadura se le escapó de la mano. La mujer se inclinó hacia adelante y se sujetó, mientras *Nick* acababa de atravesar a galope tendido ese campamento que no parecía terminar nunca. Había dejado atrás a sus perseguidores, pero ellos no cejaban.

Súbitamente el caballo salió por fin del campamento y empezó a galopar sobre la nieve a campo abierto. Kahlan siguió sus propias huellas a la menguante luz de la luna. El musculoso caballo se abría paso entre la nieve casi como si no estuviera allí.

Por fin alcanzaron los árboles y, antes de internarse en el bosque e iniciar el ascenso de las empinadas laderas, Kahlan miró por encima del hombro.

Tenía casi a cincuenta hombres a menos de tres minutos de distancia. Aunque se internara en la floresta, no tardarían en alcanzarla.

Y ella no haría nada por evitarlo. Al contrario.

## 7

—Ahora despacio —advirtió al caballo. Un titubeante casco resbaló—. Atrás, atrás. Vamos chico, retrocede.

Detrás de ella, a los pies de la ladera, oía los sonidos de la caza. Un hombre, probablemente uno de los oficiales d'haranianos, ordenaba a voz en grito a sus hombres que no la dejaran escapar, mientras que otros animaban a sus caballos a emprender el ascenso de la empinada senda. Cuando llegaran al llano en el que Kahlan se encontraba, se pondrían otra vez al galope.

La mujer tiró con suavidad de las riendas. *Nick* alzó el casco del hielo y retrocedió hasta el estrecho espacio que quedaba entre los pinos cubiertos de nieve, desandando camino.

Kahlan encontró la larga rama con el extremo bifurcado que ella misma había tallado clavada en la nieve, justo donde la había dejado, junto al abeto de tronco doble. La cogió y empezó a empujar con ella las pesadas ramas cargadas de nieve. El hombro le dolía aún de cuando la lanza que sostenía debajo del brazo se había hecho pedazos.

Mientras hacía recular a *Nick* entre los árboles, alejándolo de su rastro, sostenía el largo palo por encima de la cabeza y sacudía las ramas. Libres de su carga, las ramas salieron despedidas hacia arriba como movidas por un resorte, ocultando en parte el espacio entre los árboles. Pero lo más importante era que la nieve caía al suelo encima de sus huellas. Kahlan empujaba una rama por aquí y otra por ahí, esparciendo así nieve encima del rastro que *Nick* dejaba al recular, cubriéndolo de modo natural como si hubiese sido el viento el que hubiera liberado a las ramas de su carga.

La mujer dio mentalmente las gracias a Richard por enseñarle todo lo que sabía sobre rastros. Richard había afirmado que la convertiría en una mujer del bosque. Kahlan estaba segura de que el joven no aprobaría que usara esos conocimientos para correr un desesperado riesgo.

Pero no podía permitir que esos hombres la siguieran hasta el campamento galeano. Existía la posibilidad de que uno de ellos informara a sus superiores de lo que había visto, y en ese caso los jóvenes reclutas de Galea serían masacrados. Pero si ninguno de sus perseguidores regresaba, pasaría mucho tiempo antes de que otros fueran enviados, y ni siquiera eso era seguro.

Y, aunque más salieran en su busca, ya sería demasiado tarde; Kahlan ya habría cruzado los pasos por los que había llegado, donde el viento aullaba y arrastraba sin cesar la nieve. A partir de allí, innumerables trochas atravesaban las montañas y el bosque. Jamás podrían seguirla. Además habría sido vista por última vez dirigiéndose en rumbo opuesto a su destino real. Los hombres de la Orden Imperial estarían seguros de que sus perseguidores la alcanzarían más pronto o más tarde, y con la perspectiva del saqueo que les esperaba a pocos días de marcha, se olvidarían de ella.

El estrépito de cascos de caballo amortiguado por la nieve la devolvió de nuevo a la realidad. Sus perseguidores habían llegado al llano y reemprendían la cacería al galope. Kahlan siguió retrocediendo entre los árboles, agitando ramas para cubrir el rastro. Regresaba por donde había venido, hacia el ejército de la Orden Imperial. Sus perseguidores se le echaban encima.

La mujer se inclinó hacia adelante casi por completo y acarició con una mano el cuello del caballo. Entonces le susurró algo al oído y el caballo alzó las orejas ante el sonido de su voz.

—Quieto, *Nick*. Por favor, no te muevas ni hagas ningún ruido. —De nuevo le acarició dulcemente el cuello sudoroso—. Buen chico. Quieto.

Kahlan tenía la impresión de que cualquiera podría oír claramente los latidos de su corazón.

Sus perseguidores la habían alcanzado. Mientras cargaban siguiendo su rastro, justo frente a ella, se abrían paso a galope tendido entre la pantalla que formaban los árboles a su izquierda, a menos de diez metros de distancia. Kahlan contuvo la respiración.

Oyó el traqueteo de los cascos sobre el declive cubierto de hielo, oculto por las sombras de la luna, detrás de esos árboles, justo al borde de su falso rastro. Kahlan había conducido al caballo entre los árboles hasta el borde de un empinado y rocoso arroyo, cuyas aguas, de no estar heladas, caerían en cascada por un precipicio.

No era un río, ni mucho menos, pero el agua había seguido borboteando y burbujeando por encima de la ya congelada, convirtiendo la zona en un palacio de hielo. La nieve había ido resbalando a medida

que caía, dejando redondos montículos de hielo desnudo y resbaladizo en declive.

Tras salir de la arboleda, los hombres apenas dispusieron de seis metros antes del borde del precipicio para detener su impetuoso avance, antes de que roca y hielo desembocaran en el vacío. Y tenían que lograr tal proeza resbalando sobre montículos de hielo. Si se hubiera tratado de una superficie de hielo plano, como un lago, los caballos podrían haber clavado en él las herraduras y tratar de derrapar hasta detenerse. Pero no era una superficie llana, sino un deslizante arroyo congelado que descendía. Mientras resbalaban y se deslizaban, tropezaban y caían en desorden. No tenían ninguna oportunidad.

Kahlan oía el ruido de las patas de los caballos al romperse cuando los cascos quedaban atrapados en grietas y miles de kilos de músculos moviéndose a toda velocidad eran incapaces de detenerse. Los jinetes montados a pelo no eran más que pasajeros impotentes.

Los hombres gritaban palabras de ánimo a sus monturas. Los que ocupaban la retaguardia no distinguían a tiempo el cambio de gritos de cólera a gritos de terror. Los de atrás se estrellaban contra los de delante. Los caballos caían en un confuso revoltijo. Al montar a pelo, sólo con ronzales y sin los agresivos bocados curvos, los jinetes no tenían el control al que estaban acostumbrados y eran irremediablemente arrastrados hacia adelante con sus monturas.

Algunos desmontaban de un brinco cuando dejaban atrás los árboles y veían la dantesca escena, pero llevaban demasiado impulso y la distancia era demasiado corta. Su destino estaba sellado. Los caballos de la retaguardia se rompían las patas al estrellarse contra los de delante, que trataban desesperadamente de hallar dónde asirse. Pero no había nada. Los perseguidores y sus caballos se convirtieron en una cascada de carne viva que se precipitaba al vacío.

Kahlan, muy erguida en la silla, lo contemplaba con su cara de Confesora, escuchaba los chillidos de hombres y caballos que se fundían en un único y largo lamento mientras desaparecían por la ladera de la montaña. En unos pocos segundos todo había acabado; más de cincuenta hombres con sus caballos se habían precipitado al abismo.

Cuando el silencio volvió a adueñarse de la noche, Kahlan desmontó y dio un rodeo para mantener su falso rastro libre de cualquier huella que apuntara en otra dirección, hasta acercarse al borde del torrente helado. A la tenue luz distinguió las oscuras manchas de sangre sobre los montículos de hielo. Era sangre procedente de patas rotas y cráneos partidos.

Ya daba media vuelta para marcharse cuando oyó quedos gruñidos de desesperación. Tras desenvainar el cuchillo, lenta y cuidadosamente fue acercándose hacia la fuente de esos sonidos. Ya en el borde, se agarró de una recia rama y se inclinó hacia la ladera helada. Vio escombros del bosque congelados en el hielo y hojas que habían formado un pequeño dique en el límite, que después había sido cubierto a medida que el hielo había ido creciendo. Del muro de hielo sobresalían unas pocas ramas.

Unos dedos se aferraban a una de esas ramas. Era un hombre agarrado por la punta de los dedos, con las piernas colgándole sobre una caída de unos trescientos metros. Gruñía por el esfuerzo de tratar de encaramarse con los pies al hielo, pero era demasiado resbaladizo.

Kahlan se quedó justo al borde, cogida de la rama, contemplando cómo el hombre temblaba. Hilos de agua que burbujaban sobre el hielo y sobre su rostro le empapaban el cabello así como su uniforme kelta. Los dientes le castañeteaban.

Entonces alzó la mirada y la vio sobre él a la luz de la luna.

—¡Ayúdame! —gritó—. ¡Por favor, ayúdame!

No podía tener muchos más años que ella. Kahlan lo miró sin ninguna emoción. El joven tenía unos ojos muy grandes, que seguramente enamoraban a las jovencitas. Pero las muchachas de Ebinissia seguro que no se enamoraron al ver esos ojos.

—¡En nombre de los buenos espíritus, ayúdame!

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kahlan, arrodillándose.

—¡Huon! ¡Me llamo Huon! ¡Por favor, ayuda!

Kahlan se tendió sobre el hielo y enganchó un pie alrededor de una raíz enmarañada, mientras se agarraba con más fuerza con una mano a la recia rama. La otra la extendió hacia el joven, pero no lo suficiente para que éste la cogiera.

—Huon, te ayudaré con una condición, he jurado que no tendría piedad y no la tendré contigo. Si me coges de la mano, te tomaré con mi poder. Serás mío ahora y para siempre. Si quieres seguir vivo, será como servidor de una Confesora. Si estás pensando en arrastrarme al abismo contigo antes de que

tenga tiempo de descargar mi magia, te aviso que no te haría tal oferta si tuvieras la más pequeña posibilidad de lograrlo. He tomado a más hombres de los que puedo contar. No tendrás tiempo; antes serías mío.

Huon parpadeó. Sacudió la cabeza para desprenderse del agua helada que le caía sobre los ojos y la miró.

Kahlan le tendió la mano.

—Elijas lo que elijas, Huon, tu antigua vida ha acabado. Si vives, ya no serás quien eres ahora. Huon habrá desaparecido para siempre; serás mío.

—Por favor —susurró el kelta—, ayúdame a subir. No te haré ningún daño. Juro que te dejaré marchar. Me costará horas volver al campamento a pie, y para entonces tú ya estarás muy lejos. Por favor, ayúdame a subir.

—¿Cuántas personas en Ebinissia te suplicaron que les perdonaras la vida? ¿Y a cuántas salvaste? —La voz de la mujer sonaba tan gélida como el hielo sobre el que estaba tendida—. Soy la Madre Confesora y he declarado la guerra sin cuartel a la Orden Imperial. Mientras uno de vosotros siga con vida, el juramento sigue en pie. Elige, Huon, morir o ser tomado por mi poder. De un modo u otro, estás acabado.

—La gente de Ebinissia tuvo lo que se merecía. Preferiría entregarme al mismo Custodio antes que ser tocado por tu asquerosa magia. Los buenos espíritus nunca me aceptarían si estuviera contaminado por tu oscura magia profana. —Los labios del joven esbozaron una desdeñosa sonrisa para añadir—: ¡Que el Custodio te lleve, Confesora!

Dicho esto, abrió los brazos y cayó silenciosamente al abismo.

Mientras cabalgaba de regreso al campamento de los reclutas de Galea, reflexionaba sobre lo que Riggs, Karsh y Slagol le habían dicho, así como en todos los seres mágicos que habitaban en la Tierra Central.

Kahlan pensó en el hermoso país de los geniecillos nocturnos, con vastas praderas situadas en el corazón de antiguos y remotos bosques, donde los geniecillos se reunían al crepúsculo para danzar en el aire por encima de la hierba y de las flores silvestres, como felices luciérnagas. La Confesora había pasado muchas noches tendida de espaldas en la hierba mientras los geniecillos flotaban sobre ella y charlaban de cosas de la vida, de sueños, esperanzas y amores.

Entonces pensó en las criaturas que habitaban el lago Longo, seres translúcidos, casi invisibles, que parecían hechos de cristal líquido o del agua en la que vivían. Kahlan nunca había hablado con ellos, pero contemplaba cómo emergían por la noche para bañarse en la luz de la luna sobre las rocas y en las orillas. Pese a que no poseían voz, Kahlan las comprendía y había jurado protegerlas.

También estaban los árboles susurradores, con quienes se había comunicado en una experiencia inquietante y misteriosa pero también muy hermosa y apacible.

Todos los árboles susurradores estaban unidos a través de las raíces que se tocaban bajo tierra, y cada uno de ellos hablaba en nombre de la colectividad. Pero también cada uno tenía un nombre que susurraba a quien le prometiera sencillos favores. Se trataba de una colectividad que, al mismo tiempo, era un solo individuo. Si se talaba un árbol susurrador, todos compartían el mismo dolor de la muerte, pues no podían eludir el contacto que los unía. Kahlan los había visto sufrir, y sus gemidos harían incluso llorar a las estrellas.

Existían otros seres mágicos y gente que poseía magia. A veces no era tarea nada fácil establecer un límite entre lo que era animal y humano. Algunos habitantes de la Tierra Central eran en parte animales, o tal vez algunos animales eran en parte humanos. Eran seres extraños, encantadores y extremadamente tímidos.

La Tierra Central era un lugar de magia, desde las más simples criaturas que habitaban las cuevas Aullantes y que te permitían ver sus nidos a través de muros de roca sólida, hasta pueblos como la gente barro, que poseían un tipo de magia muy simple capaz solamente de una cosa.

Como Madre Confesora, todos esos seres, y muchos otros, eran responsabilidad suya y, como Madre Confesora, mandaba sobre todos ellos para proteger esos lugares mágicos, para que la carga se repartiera entre todos. Era un arreglo que Confesoras y magos apoyaban desde hacía miles de años.

«Seres de la penumbra» los había llamado Riggs. Ése era uno de los muchos nombres que les daba

la Sangre de la Virtud, porque muchos de ellos salían sólo por la noche. Por esa razón, la Sangre los asociaba con la oscuridad y, guiados por el miedo, con la oscuridad del Custodio de los Muertos.

La Sangre de la Virtud era un atajo de hombres totalmente irracionales y obtusos, que consideraban que la magia era la fuerza de la que se servía el Custodio para extender su influencia al mundo de los vivos. Se habían arrogado el deber de enviar al mundo de los muertos a cualquiera que, según ellos, sirviera al Custodio, lo cual incluía a cualquier persona que se opusiera a su modo de ver las cosas. En algunos países la Sangre estaba proscrita, pero en otros, como en Nicobarese, recibía el apoyo y el patrocinio de la Corona.

Tal vez Riggs tenía razón. Tal vez ella debería haber impuesto el peso de su ley a hombres como ésos, para detenerlos. No obstante, el Consejo no fue creado para que todo el mundo se doblegara ante sus criterios. La fuerza y la belleza de la Tierra Central era justamente su diversidad, incluso si parte de esa diversidad era fea. Lo que para uno era feo, para otro era hermoso, por lo cual se permitía que cada país y cada pueblo se gobernase a sí mismo, siempre y cuando no tratara de conquistar por las armas a otros. Se soportaba con tolerancia a los seres repugnantes para que los bellos pudieran florecer. A veces no resultaba nada sencillo que el Consejo se atuviera a su cometido de obligar a los países a colaborar en algunas cosas pero, al mismo tiempo, les permitiera ser autónomos en otras.

Tal vez Riggs estaba en lo cierto. Aunque los países más pequeños no vivían bajo el temor de ser conquistados, los habitantes de otros reinos sufrían bajo el yugo de líderes crueles o ineptos, sin esperanza de recibir ninguna ayuda del exterior. Si el establecimiento de un poder central podía acabar con el sufrimiento de esos infortunados, ¿por qué no mejorar sus condiciones de vida?

No obstante, si todos se sometieran a un único poder, cualquier otro tipo de existencia, aunque fuese inferior a la que prevalecía, perecería y nunca tendría la oportunidad de crecer. El tipo de poder único que representaba la Orden Imperial no era más que esclavitud.

A Kahlan le sorprendió encontrar centinelas galeanos apostados más lejos del campamento que antes. Ya no estaban tan separados entre sí y se habían ocultado bien; le salían al paso en el último momento con arcos prestos y acero desenvainado. Era evidente que Chandalen, Prindin y Tossidin habían estado aleccionándolos. Al reconocerla, los centinelas la saludaban llevándose un puño al corazón.

El amanecer teñía el cielo de un oscuro tono gris acerado. No era un día tan frío como los anteriores, pues las nubes cubrían el paisaje como una cálida manta. *Nick* avanzaba penosamente sobre la nieve hacia el campamento y, aunque Kahlan se sentía agotada, cuando vio a hombres correr hacia ella se puso de nuevo en actitud de alerta y su cabeza se llenó de todas las cosas que debían hacerse.

Chandalen, Prindin, el capitán Ryan y el teniente Hobson estaban hablando con un grupo de hombres cuando la vieron cabalgar hacia ellos. Los cuatro corrieron a su encuentro. A su alrededor el campamento bullía de actividad; había hombres cocinando, otros comiendo, guardando pertrechos, preparando armas y atendiendo los carros y los caballos. Kahlan distinguió a Tossidin, ataviado con su manto hecho de piel de lobo blanco que, en compañía del teniente Sloan, agitaba los brazos mientras explicaba algo a un grupo de soldados. Éstos lo escuchaban en silencio, con las lanzas clavadas en la nieve. Era como un oscuro puercoespín sentado en la blanca nieve.

La mujer dejó escapar un gemido de cansancio mientras desmontaba ante los hombres que habían acudido a recibirla. Los demás continuaban con sus quehaceres, pero se movían más lentamente, observándola con gran interés. Los cuatro hombres la contemplaron con los ojos muy abiertos. Ninguno dijo nada.

—¿Qué estáis mirando? —les espetó Kahlan, algo irascible.

—Madre Confesora, estáis cubierta de sangre —respondió el capitán Ryan—. ¿Estáis herida?

Kahlan bajó la vista hacia la piel blanca de su manto y comprobó que ya no era blanca. También entonces se dio cuenta de que tenía la piel del rostro tirante por la sangre seca, así como el cabello.

—Oh, no pasa nada. Estoy bien —afirmó en tono más sosegado.

Chandalen y Prindin suspiraron aliviados.

El teniente Hobson, que no dejaba de mirarla con ojos desorbitados, inquirió:

—¿Qué hay del mago? ¿Lo visteis?

—Llevo encima todo lo que queda de él —respondió Kahlan enarcando una ceja.

Chandalen la miró con una sonrisa taimada.

—¿A cuántos más mataste?

Kahlan se encogió de hombros con gesto cansino.

—He estado tremendamente ocupada y no he tenido tiempo de contarlos. Pero supongo que, incluyendo los incendios, deben de ser más de cien. Lo importante es que el mago está muerto. Dos de sus comandantes también han muerto y al menos dos más están heridos.

Tanto el capitán Ryan como el teniente Hobson palidecieron.

La sonrisa de orgullo de Chandalen se hizo aún más amplia.

—Me sorprende que nos hayas dejado alguno para que lo matemos nosotros, Madre Confesora.

—Todavía quedan muchos —repuso Kahlan, sin devolverle la sonrisa—. *Nick* hizo casi todo el trabajo —añadió, frotando el hocico del caballo.

—Ya os dije que no os fallaría, Madre Confesora —dijo Hobson.

—Y no lo hizo. Me fue de más ayuda que los buenos espíritus. Sin él, ahora estaría muerta.

Kahlan hincó una rodilla en la nieve frente a los dos oficiales galeanos e inclinó la cabeza.

—Imploro vuestro perdón —dijo, tomando una mano de cada uno de los jóvenes entre las suyas—. Aunque ignoráis cómo realizar lo que debe hacerse, habéis antepuesto vuestro deber hacia la Tierra Central a mis órdenes. Quiero que todos sepáis que estaba equivocada y que actuasteis movidos por una noble intención. —La Madre Confesora besó ambas manos—. Poseéis un corazón honrado. Habéis tenido siempre presente vuestro deber por encima de todo. Os suplico que me perdonéis.

Sobrevino un silencio mientras Kahlan aguardaba de rodillas. Finalmente, el capitán le susurró:

—Madre Confesora, por favor levantaos. Todo el mundo está mirando.

—No hasta que me perdones. Quiero que todos sepan que hiciste lo correcto.

—Pero vos no sabíais lo que estábamos haciendo, ni por qué. Solo pensabais en nuestra seguridad.

—Kahlan esperó. El joven capitán se quedó un momento más en incómodo silencio—. Muy bien, os perdono... No lo volváis a hacer.

Kahlan se levantó, les soltó las manos y les dirigió una leve sonrisa desprovista de humor.

—Que sea la última vez que me desobedecéis.

El capitán Ryan asintió, muy serio.

—Así será... —Inmediatamente sacudió la cabeza y se explicó—. Quiero decir que no, que no será así... Os obedeceremos en todo, Madre Confesora.

—Sé qué quieres decir, capitán. —Kahlan lanzó un cansado suspiro antes de añadir—: Tenemos mucho que hacer antes de atacar a esos hombres.

—¿Tenemos? —gritó Chandalen—. ¡Dijiste que sólo les enseñaríamos algunas cosas y que luego seguiríamos viaje hacia Aydindril! No podemos vernos envueltos en esta batalla. Ya has corrido demasiados riesgos. Debemos...

—Tengo que hablar con vosotros tres —lo atajó Kahlan—. Ve a buscar a Tossidin. Capitán, por favor reúne a los hombres, incluidos los centinelas. Quiero dirigirme a todos juntos. Después espera con tus hombres. Enseguida estaré con vosotros. Y dejad una tienda montada para mí; tengo que descansar unas horas mientras se prepara todo.

Kahlan se alejó fuera del alcance de los soldados galeanos, seguida por Chandalen, mientras Prindin iba en busca de Tossidin. Cuando los tuvo a los tres delante, los miró. Chandalen se mostraba ceñudo, y los dos hermanos esperaban impasibles.

—La gente barro posee magia —empezó a decir Kahlan en voz baja.

—Nosotros no tenemos magia —protestó Chandalen.

—Sí que la tenéis. Crees que no es magia porque naciste con ella y no concibes la vida sin ella. No conoces a otras gentes, ni sus costumbres. La gente barro habla con los espíritus de sus antepasados y puede hacerlo porque posee magia. Tú crees que es lo más normal del mundo, pero en otros lugares, con otras gentes, no es así. Vuestra capacidad para hacerlo es un tipo de magia. La magia no es una fuerza extraña y poderosa, sino simplemente el modo de ser de algunas gentes y de algunas criaturas.

—Otros pueden hablar con los espíritus de sus antepasados si lo desean —objetó Chandalen.

—Unos pocos sí, pero la mayoría no. Para ellos es hablar con los muertos, y eso es magia, una magia que les da miedo. Tú y yo sabemos que no es algo de lo que se haya de tener miedo, pero nunca lograrías convencer a esa gente de que lo que hacéis está bien. Para ellos siempre sería algo malo. La gente cree en lo que la educaron, y a ellos los educaron para creer que hablar con los muertos es malo.

—Pero los espíritus de los antepasados nos ayudan —intervino Prindin—. Ellos nunca nos causan

ningún daño; sólo ayudan.

Kahlan posó una mano sobre su hombro y miró a los ojos de expresión preocupada.

—Lo sé. Es por eso por lo que ayudo a mantener a todos alejados de vosotros; para que viváis como deseáis. Existen otros pueblos, pocos, que poseen el mismo tipo de magia y también hablan con sus antepasados, como vosotros. Y hay otros pueblos y otras criaturas que poseen una magia distinta a la vuestra, pero a la que valoran tanto como vosotros valoráis la vuestra. ¿Comprendéis? —preguntó, mirando a los tres por turno.

—Sí, Madre Confesora —contestó Tossidin.

Prindin asintió, mientras que Chandalen soltaban un gruñido y se cruzaba de brazos.

—Pero lo importante no es que creáis que esa capacidad vuestra es un tipo de magia. Lo importante es que comprendáis que otros creen que lo que hacéis es magia. Muchas personas temen la magia y creerían que sois malvados por practicarla.

Kahlan señaló en dirección al campamento de la Orden Imperial.

—Esos hombres, los que estamos persiguiendo, los que mataron a toda esa gente en Ebinissia, se han unido en una causa común. Quieren regir los destinos de todos los habitantes de la Tierra Central. Pretenden que todo el mundo se doblegue ante ellos y no permitirán que nadie viva cómo desee.

—Pero ¿para qué desean mandar sobre la gente barro? —preguntó Prindin—. No tenemos nada que ellos puedan querer. Nosotros no salimos de nuestra tierra.

Chandalen descruzó los brazos y habló suavemente:

—Temen la magia y quieren que dejemos de hablar con nuestros antepasados.

—Exactamente —declaró Kahlan, apretándole un hombro—. Pero hay más; creen que su deber hacia los espíritus que adoran es matarlos a todos. Su misión es destruir a todos los que poseen magia, porque están convencidos de que todo tipo de magia es malvada. Creen que la gente como vosotros posee magia. Si no son exterminados por completo, como los jocoipo —añadió, mirando a Chandalen a los ojos—, más pronto o más tarde acabarán con la gente barro tal como acabaron con todos los habitantes de Ebinissia.

Los tres hombres barro se quedaron pensativos con los ojos clavados en el suelo. Kahlan esperó mientras sopesaban sus palabras. Por fin Chandalen habló.

—¿Y también matarían a la demás gente que vive como la gente barro, sin permitir la entrada de forasteros?

—Sí. Hablé con los comandantes de ese ejército. Están locos. Es como si los hubieran visitado los malos espíritus, como a los bantak o los jocoipo. No atenderán a razones. Creen que nosotros somos quienes escuchamos a los malos espíritus. Cumplirán sus promesas. Ya viste la ciudad que destruyeron y el tamaño del ejército que la defendía; no es una amenaza vana.

»Tengo que llegar a Aydindril y reunir un ejército para combatirlos. Espero que los miembros del Consejo ya lo estén haciendo, pero debo asegurarme de que conocen la gravedad de la amenaza, de que toda la Tierra Central se une para hacerle frente.

»Ahora mismo, lo único que puede detener a esos locos son estos muchachos. Podrían destruir más ciudades antes de que llegara ayuda. Y, lo que es peor, ante la amenaza que representan, más hombres podrían unirse a ellos. Hay personas para quienes el honor no es más que un estorbo y que se unirán con el ejército que creen que vencerá. Cada vez serán más numerosos.

»Antes de que Aydindril pueda enviar tropas para enfrentarse a ellos y vencerlos, muchos morirán. Estos muchachos son los únicos capaces de impedir que más personas inocentes sean masacradas. Estos jóvenes juraron libremente ser guerreros, como vosotros, para proteger a su gente y a todos los habitantes de la Tierra Central. Debemos ayudarlos en esto. No podemos permitir que un ejército de hombres malvados ande suelto por la Tierra Central, matando, destruyendo y ganando adeptos.

»Debemos iniciar la batalla con estos muchachos, ayudarlos, enseñarlos a luchar y asegurarnos de que sabrán continuar sin nosotros. Debemos conducirlos en la primera batalla e infundirles confianza antes de proseguir viaje hacia Aydindril.

Chandalen la miró desapasionadamente.

—¿Y tú conjurarás el rayo para ayudarnos?

—No —susurró Kahlan—. Anoche lo intenté y no pude. Es difícil de explicar, pero creo que es porque invoqué esa magia especial por Richard y solamente funciona para protegerlo a él. Lo siento.

—¿Cómo lograste matar a tantos? —quiso saber Chandalen.

Kahlan se dio una palmada en el brazo por encima del cuchillo de hueso.

—Del mismo modo que tu abuelo enseñó a tu padre y éste te enseñó a ti. No actué como esperaban. No luche a su modo. —Los dos hermanos se inclinaron hacia ella para no perderse ni media palabra—. Les gusta beber y, cuando están borrachos, no pueden pensar bien y son lentos.

—A éstos también les gusta beber —intervino Tossidin, señalando a su espalda con el pulgar—. Tienen un carro lleno de bebida. Anoche les prohibimos beber alcohol y algunos se enfadaron. Dijeron que estaban en su derecho.

Kahlan sacudió la cabeza.

—Estos chicos también creen que estaría bien atacar abiertamente a un enemigo que los supera en diez a uno y librar una batalla a plena luz del día. Debemos ayudarlos. Debemos enseñarlos a luchar.

—No les gusta escuchar. —Prindin miró por encima del hombro a los soldados a los que había tratado de enseñar—. Siempre discuten. Dicen: «Así es como siempre se ha hecho y así es como debemos hacerlo nosotros». Sólo piensan en hacer las cosas como les han enseñado y no les gusta que les digan que deben cambiar.

—Eso es lo que debemos hacer —repuso Kahlan—. Debemos mostrarles cuál es el modo de luchar para vencer. Es por eso por lo que os necesito aquí. Necesito que me ayudéis en esto o mucha gente, incluyendo también a la gente barro, morirá.

Chandalen se quedó mudo, inmóvil. Los dos hermanos removieron la nieve con los pies mientras pensaban. Al fin, Prindin alzó la vista y declaró:

—Te ayudaremos. Mi hermano y yo te ayudaremos.

—Gracias Prindin, pero no eres tú quien debe decidir. La decisión corresponde a Chandalen.

Los dos hermanos lanzaron miradas de soslayo al guerrero, el cual miraba fijamente a la Confesora. Finalmente, soltó un suspiro de exasperación.

—Eres una mujer muy tozuda, tanto que, si no estuviéramos nosotros aquí para meter un poco de cordura en esa cabeza tuya, lograrías que te mataran. Te ayudaremos a acabar con esos hombres malvados.

Kahlan suspiró, aliviada.

—Gracias, Chandalen. —Entonces se agachó y se limpió la sangre seca del rostro con un puñado de nieve—. Ahora debo ir a decir a esos muchachos qué tienen que hacer. —Al acabar de limpiarse, arrojó la nieve al suelo—. ¿Pudiste dormir algo anoche?

—Un poco.

—Bien. Después de hablar con ellos tendré que echarme unas horas. Mientras, puedes empezar a enseñarles a viajar sin carros. Debes enseñarles a ser fuertes, como tú. Esta noche empezaremos a matar.

—Perfecto —repuso Chandalen con gesto sombrío.

## 8

Kahlan se encaramó a un carro delante de los reunidos. Los jóvenes, vestidos con abrigos de lana marrón, formaban un compacto ejército que aguardaba a la grisácea luz de la mañana. En cabeza se veía al capitán Ryan flanqueado por sus dos tenientes. El joven capitán apoyó un brazo sobre una rueda del carro y esperó.

Kahlan miró todos esos semblantes juveniles. Eran poco más que niños. Estaba a punto de pedir a unos muchachos que murieran. No le quedaba otro remedio.

«Madre querida —se preguntó—, ¿es ésta la razón por la que elegiste a Wyborn para engendrarme? ¿Para que me enseñara lo que estoy a punto de hacer?»

—Me temo que sólo tengo una buena noticia que daros —empezó a decir en voz tranquila, que se difundió por el frío aire hacia todas las caras que la miraban—, y empezaré por ella, para daros ánimos, antes de pasar a todo lo demás.

La mujer inspiró hondo y dijo:

—Vuestra reina no fue asesinada en Ebinissia, ni tampoco fue capturada por quienes atacaron la ciudad. O bien no estaba allí cuando se produjo el ataque o logró escapar.

»La reina Cyrilla vive.

Todos los muchachos respiraron hondo como si esperaran que añadiera algo más, y luego prorrumpieron en clamorosos vítores, alzando los brazos y agitando los puños. Lanzaban gritos y aclamaciones llenos de gozo y alivio.

Kahlan, cubierta por el manto de piel de lobo totalmente empapado de sangre, dejó caer las manos a ambos lados y consintió que disfrutaran de esos momentos de celebración y esperanza. Algunos de los jóvenes, olvidándose que eran soldados, se abrazaron unos a otros. Kahlan contempló las lágrimas de felicidad que rodaban por muchas mejillas mientras los hombres saltaban y gritaban.

En medio de tal demostración pública de adoración hacia su medio hermana, Kahlan se sintió muy pequeña e insignificante. No era capaz de poner fin a tanta alegría.

Al fin, el capitán Ryan se subió al carro junto a ella y alzó los brazos pidiendo silencio.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Ya basta! ¡Dejad de actuar como una panda de chiquillos delante de la Madre Confesora! ¡Demostradle que también sabéis ser hombres!

Finalmente los vítores cesaron, aunque sólo para ser reemplazados por amplias sonrisas y ojos brillantes. El capitán Ryan unió ambas manos y dirigió a la mujer una mirada más bien avergonzada antes de retroceder un par de pasos encima del carro para dejarle sitio.

—La gente de Ebinissia no fue tan afortunada —continuó diciendo Kahlan en el mismo tono tranquilo.

El silencio invernal se hizo quebradizo. Las heladas ramas de los árboles crujían por efecto de las leves corrientes de aire que ascendían por las laderas, a ambos lados del paso del valle en el que habían instalado el campamento. Las sonrisas se marchitaron.

—Todos y cada uno de vosotros habéis perdido a amigos, asesinados en Ebinissia, y muchos de vosotros teníais seres queridos, familiares, que murieron a manos de los hombres que se encuentran a pocas horas de marcha por el paso. —Kahlan carraspeó y tragó saliva al tiempo que clavaba la mirada en el suelo—. Yo también conocía a algunos de los que murieron.

»Anoche —prosiguió, alzando la vista—, fui a su campamento para averiguar quiénes son y, si era posible, persuadirlos de que regresaran a sus hogares. Pero su única intención es conquistar todos los países y someterlos bajo su yugo. Han jurado matar a todo aquel que se niegue a unirse a ellos. Ebinissia se negó.

Los muchachos gritaron y agitaron los puños. Ellos se encargarían de neutralizar la amenaza, decían.

Kahlan siguió hablando pese a sus gritos, acallándolos.

—Los que masacraron a vuestros compatriotas, hombres y mujeres, se hacen llamar la Orden Imperial. No luchan en nombre de ningún país ni ninguna tierra. Luchan para conquistarlo todo y someter a todos. No responden ante ningún gobierno, ningún rey, ningún señor y ningún consejo. Creen que la ley está en sus manos y ellos la dictan.

»En su mayor parte son hombres de D'Hara, pero otros se les han unido. Vi a keltas entre ellos.

Oleadas de airados susurros recorrieron la multitud. Kahlan esperó un momento antes de añadir:

—Y también vi a hombres de otros países; vi a galeanos.

Esta vez, voces escandalizadas y furiosas gritaron que no era cierto, que se equivocaba.

—¡Los vi con mis propios ojos! —Una vez más los soldados se quedaron en silencio—. Ojalá estuviera equivocada —dijo, suavizando el tono—, pero los vi. Hombres de muchos países distintos se han unido a ellos. Y más se les unirán si creen que así podrán participar de la victoria y de la nueva ley, si creen que así tendrán su parte en los saqueos y podrán ocupar posiciones de autoridad y poder.

»La ciudad de Cellion se encuentra a apenas unos días de marcha. La Orden Imperial exigirá a sus habitantes que se rindan y les juren lealtad, o serán masacrados.

»Si no los detenemos, a Cellion le seguirán otras ciudades, otros pueblos, aldeas y granjas. Y, al final, todos caerán ante su espada. Yo me dirijo a Aydindril para congrega las fuerzas de la Tierra Central contra la Orden Imperial, pero eso llevará tiempo. Mientras, todos aquellos que piensan estar del lado del poder, pasarán a engrosar sus filas. En estos momentos no hay nadie capaz de impedir que esos hombres maten a cualquiera que se cruce en su camino.

»Excepto vosotros.

Kahlan tensó la espalda mientras esperaba que sus palabras calaran, preparándose también para lo que debía añadir a continuación. La mujer dejó que el silencio se enseñoreara una vez más del valle.

—En estos momentos no cuento con el lujo de poder conferenciar con el Consejo Supremo y, como Madre Confesora de la Tierra Central, debo hacer algo que ninguna de mis predecesoras tuvo que hacer desde hace más de mil años. Por la autoridad que me confiere mi cargo, yo sola he declarado la guerra en nombre de la Tierra Central. El ejército de la Orden Imperial debe ser aniquilado hasta el último de sus hombres. La Tierra Central no negociará ni cederá en nada y bajo ninguna circunstancia aceptará la rendición de la Orden Imperial.

»He jurado en nombre de la Tierra Central que no se les dará cuartel.

Rostros atónitos se quedaron mirándola.

—Tanto si vivo como si muero, este decreto es irrevocable. Cualquier país o persona que se una a la Orden Imperial correrá la misma suerte.

»No os pido que luchéis en nombre de Galea. Como Madre Confesora que soy, os pido que luchéis por la Tierra Central. Pues no es solamente Galea la amenazada, sino todas las tierras y toda la gente libre.

Los hombres dijeron que estaban a la altura de la tarea. De las filas brotaron algunos gritos de convencimiento de ser los hombres adecuados para llevar a cabo el edicto, que tenían la razón y triunfarían.

—¿De veras lo creéis así? Quiero que todos vosotros os fijéis en los rostros que os rodean. —La mayoría de los soldados la miraron a ella—. ¡Haced lo que os digo! ¡Mirad las caras que tenéis alrededor! ¡Mirad a vuestros camaradas!

Un poco confusos, empezaron a mirar alrededor y a torcer el cuello para ver a ambos lados así como a sus espaldas. Algunos sonreían y otros reían, como si fuera un juego.

Cuando pareció que habían acabado, Kahlan prosiguió:

—Algunos de vosotros, los menos, recordaréis los rostros que acabáis de ver. Los recordaréis con pena y dolor. Si decidís lanzaros a esta lucha, la mayoría de vosotros no los recordará, pues habrá muerto en la batalla.

En el frío silencio Kahlan distinguió el lejano parloteo de una ardilla, hasta que también ese sonido se perdió en la distancia.

Cuando tomó de nuevo la palabra, todas las sonrisas habían desaparecido:

—La Orden Imperial está integrada en su mayoría por tropas de D'Hara y también los comandantes son d'haranianos. Los soldados de D'Hara comienzan su entrenamiento cuando tienen la mitad de la edad que tenéis vosotros, participan en conflictos internos en su país, sofocan disturbios y rebeliones. No se limitan a practicar tácticas de batalla, sino que luchan en serio día sí y día no. Su vida es luchar, y saben hacerlo de todos los modos posibles. He escuchado la confesión de muchos d'haranianos, y os digo que la mayoría de ellos no conocen el significado de la palabra paz.

»Desde la primavera pasada, cuando Rahl el Oscuro los lanzó contra la Tierra Central, han estado haciendo lo que mejor se les da; la guerra. Han luchado en una batalla tras otra. Todos quienes se les han opuesto, han caído.

»Disfrutan luchando; es su máximo placer. Y no tienen miedo a casi nada. Organizan concursos, a menudo mortales, para ganarse el derecho de estar en la vanguardia, para poder ser los primeros en golpear al enemigo, para ganarse el derecho de ser los primeros en caer.

Kahlan escrutó los juveniles rostros y prosiguió:

—¿Confíais en vuestro entrenamiento, en vuestras tácticas de batalla?

Todos asintieron, mirándose unos a otros y esbozando sonrisas confiadas. La mujer señaló a un joven que, por los galones de la chaqueta, debía de ser sargento, y le dijo:

—Tú. Pongamos que estás en el campo de batalla, luchando contra los hombres a los que perseguís que llegan al ataque. Tú estás al mando de los piqueros y los arqueros. Se acercan. Son miles, que gritan, corren y vienen con la intención de romper tus fuerzas en dos, quebrar la retaguardia de tu ejército. Ves que van armados con pesadas lanzas, que ellos llaman argones, con unas púas largas y delgadas que si se te clavan son casi imposibles de arrancar. Producen unas espantosas heridas casi siempre mortales. Ya llegan con sus argones. Son miles de soldados. ¿Qué táctica emplearías?

El joven sacó pecho y respondió con confianza:

—Ordenaría a los piqueros que se dispusieran en apretada formación en forma de caja o cuña para proteger a los arqueros. Con las picas hacia afuera, por encima de los escudos, presentarían al enemigo un muro prieto e impenetrable. Los escudos protegerían a los piqueros, que a su vez protegerían a los arqueros. Éstos abatirían a los soldados enemigos antes de que pudieran acercarse lo suficiente para usar sus argones. Los pocos que lograran eludir las flechas, serían empalados en las picas. El ataque sería repelido y, muy probablemente, perderían muchos hombres en el intento, con lo cual se lo pensarían muy mucho antes de reincidir.

Kahlan asintió como si estuviera impresionada.

—Buena respuesta. —El sargento sonrió encantado. Los soldados que lo rodeaban también sonrieron, orgullosos de ser tan buenos soldados—. He visto algunos de los ejércitos más avezados de la Tierra Central usar esa misma táctica cuando los d'haranianos lanzaron sus primeros ataques, en primavera, cuando el Límite cayó.

—Bueno, ahí lo tenéis —replicó el sargento—. Las flechas de los arqueros y las puntas de las picas repelerían el ataque.

Kahlan le dirigió una leve sonrisa.

—¿Recuerdas la vanguardia de D'Hara, esos hombres de los que os he hablado, los más corpulentos y violentos, los que se ganan el derecho a ir en cabeza del ataque? Bueno, han desarrollado tácticas especiales y muy personales para usar contra vosotros. Para empezar, llevan escudos mientras corren, por lo que la mayoría de ellos escapan a las flechas.

»Y supongo que se me ha olvidado deciros otra cosa sobre sus argones. Esas lanzas tienen el asta casi por completo recubierta de hierro y un único propósito. Mientras cargan contra vosotros, sin que las flechas causen apenas bajas, arrojan sus argones.

—Pero nosotros también tenemos escudos —objetó el sargento—. Cuando se quedaran sin argones, estarían a la merced de nuestras picas.

Kahlan cruzó los brazos y asintió.

—La vanguardia está integrada por hombres que se han ganado el derecho de ir en primera fila, y son hombres muy corpulentos. El menor de ellos seguramente tiene brazos que son el doble que los vuestros. Los argones están afilados como navajas, y cuando son arrojados por brazos tan poderosos penetran en los escudos y se quedan clavados allí. No podríais arrancarlos debido a las largas púas.

Las sonrisas confiadas se iban esfumando mientras Kahlan posaba la mirada en un rostro después del otro y proseguía:

—Con los argones clavados sólidamente en los escudos, soltaríais las picas y desenvainaríais las espadas para tratar de hacer trizas los mangos. Pero no olvidéis que esos mangos están recubiertos de hierro y no ceden. Las lanzas pesan mucho, y los extremos se arrastran por el suelo. Los d'haranianos pueden correr casi a la misma velocidad a la que vuelan sus lanzas. Al llegar donde estáis vosotros, saltan encima de los mangos de las lanzas clavados en los escudos, a los que arrastran al suelo, lo cual os deja a vosotros de rodillas, a merced de sus pesadas hachas.

Con los brazos aún cruzados, Kahlan se inclinó hacia los jóvenes soldados y continuó:

—He visto cómo partían a hombres de la cabeza hasta el ombligo con esas hachas.

Los soldados se miraban unos a otros de soslayo. Su confianza se tambaleaba.

Kahlan asintió con aire burlón, al tiempo que descruzaba los brazos.

—Claro que estamos hablando de suposiciones. He visto a las fuerzas de D'Hara acabar con un experimentado ejército casi diez veces más numeroso utilizando la táctica que os he descrito. En espacio de una hora dieron la vuelta a la tortilla y lo que en un principio era una aplastante derrota la convirtieron en victoria.

»Un asalto d'haraniano con argones es casi tan devastador como una clásica carga de la caballería, claro que ellos cuentan con más soldados a caballo que ningún otro ejército, y no se trata de una caballería al uso. Será mejor que ni siquiera os hable de ella.

»En la conquista de Ebinissia perdieron casi a la mitad de sus hombres y, no obstante, ahora están en su campamento cantando y bebiendo. Si vosotros hubierais perdido casi a la mitad de vuestros camaradas, ¿podrías estar de tan buen humor?

»Sé que creéis que podéis ganar la batalla a un ejército diez veces mayor que el vuestro, y sé

también que tal cosa es posible. Pero son esas expertas tropas d'haranianas las que, en el campo de batalla y utilizando las tácticas habituales de la guerra, podrían lograr esa hazaña.

»Por favor, creed que no pretendo menospreciar vuestro valor, pero en el campo de batalla no estáis a su altura. Todavía no. No podríais vencer ni a un ejército la mitad de numeroso que el suyo luchando como lucha el enemigo.

»Pero eso no significa que no podáis ganar, sino que debéis luchar de otro modo. Estoy convencida de que podéis lograr la victoria y pienso deciros qué hacer para lograrlo, y también guiaros en el primer combate. La Orden Imperial no es invencible. Es posible derrotarla.

»A partir de este día ya nunca más volveré a llamaros muchachos. A partir de hoy ya sois hombres.

»Ya no sois solamente soldados de Galea, vuestra patria, sino que ahora sois ciudadanos y soldados de la Tierra Central. Si no logramos detener a esos hombres, no sólo Galea será conquistada sino toda la Tierra Central. Apelo a vosotros para impedirselo.

La apiñada multitud de soldados, enardecidos por las palabras de la Confesora, gritaron que ellos se encargarían de hacerlo. Kahlan contempló a los jóvenes soldados que, llenos de confianza, juraban luchar hasta la muerte. A su derecha percibió airados susurros; algunos hombres discutían y se daban empujones. Algunos querían hablar y otros trataban de impedirselo.

—Si decidís participar en esta batalla, tendréis que obedecer las órdenes sin cuestionarlas —dijo Kahlan—. Pero por esta vez, como excepción, podéis hablar libremente sin temor a las represalias. Si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora, o que se calle para siempre.

Un soldado se soltó el brazo que otro le agarraba y la miró, iracundo.

—Somos hombres y no seguimos a las mujeres en la batalla.

—Pero sí que seguís a la reina Cyrilla.

—Ella es nuestra reina, y luchamos por ella. No nos guía en la batalla. Eso es trabajo de hombres.

Kahlan entrecerró los ojos y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El soldado miró a los camaradas que lo rodeaban y luego alzó el mentón para responder:

—Me llamo William Mosle. Y he sido entrenado por el príncipe Harold en persona.

—Y yo fui entrenada por su padre, el rey Wyborn, que también era mi padre. Soy medio hermana de la reina Cyrilla y del príncipe Harold.

Murmullos de asombro recorrieron las huestes congregadas. Sin apartar los ojos de Mosle, Kahlan alzó una mano para pedir silencio.

—Pero eso no me da derecho al mando. Sois soldados y vuestro deber es obedecer las órdenes de vuestros comandantes, y ellos las de la reina, que a su vez debe acatar las decisiones del Consejo Supremo de la Tierra Central. Y el Consejo sigue las órdenes de la Madre Confesora.

»En estos momentos yo ocupo el puesto. Mi apellido es Amnell, como el de vuestra reina, pero ante todo pertenezco por linaje a las Confesoras. Soy la Madre Confesora de la Tierra Central y, como tal, si te ordeno que te metas en un lago, tu deber es meterte en él hasta que tragues agua y veas peces. ¿Está lo suficientemente claro, soldado?

Un puñado de hombres daban leves empujones a Mosle, animándolo a seguir exponiendo sus objeciones.

—Eso significa que podéis darnos órdenes, pero no que sepáis lo que hacéis.

Kahlan lanzó un suspiro y se apartó del rostro algunos mechones empapados de sangre reseca, que se puso detrás de una oreja.

—Hoy no tengo tiempo de explicarte todo el entrenamiento que he recibido, ni todas las luchas casi imposibles de vencer en las que he participado, ni todos los hombres que he tenido que matar en esas luchas.

»Sólo voy a decirte que anoche fui sola al campamento de la Orden Imperial para salvarte la vida. Los miembros de la Orden, los d'haranianos, temen a los seres de la noche, a los espíritus, y para protegerse de ellos contaban con un mago. Si vosotros, seguros como estáis de vuestros conocimientos del arte de la guerra, hubierais lanzando un ataque, el mago habría sabido todo lo que hacíais y, probablemente, os habría matado con su magia.

La expresión de desafío de Mosle no mudó, pero algunos de los otros intercambiaron murmullos de inquietud. Luchar contra espadas era una cosa, pero luchar contra magia era otra muy distinta.

—La Madre Confesora mató al mago —intervino con orgullo el capitán Ryan. Sus palabras fueron acogidas con suspiros de alivio—. Si no hubiese sido por su experiencia, nos habríamos lanzado a una muerte segura sin tener siquiera la oportunidad de luchar acero contra acero. Yo os digo que pienso seguir a quienes he jurado servir hasta la muerte: a mi país, a mi reina, a la Tierra Central y a la Madre Confesora.

»Vamos a neutralizar esta amenaza contra la Tierra Central y vamos a hacerlo acatando las órdenes de quienes hemos jurado obedecer. Entraremos en batalla bajo el mando de la Madre Confesora.

—¡Yo soy un soldado del ejército de Galea! —gritó Mosle en una actitud de abierto desafío—. ¡No pertenezco al ejército de la Tierra Central! Yo lucho por Galea, no para proteger a países como Kelton. —Kahlan se quedó mirando, mientras otros hombres se sumaban con sus gritos a Mosle—. Ese ejército, la Orden Imperial o como quiera que se llame, avanza hacia la frontera. Cellion es una ciudad fronteriza y se encuentra en su mayor parte al otro lado del río, en Kelton. La mayoría de sus habitantes son keltas. ¿Por qué tengo yo que morir por ellos?

Algunos soldados empezaron a discutir entre sí. El rostro del capitán Ryan se tornó escarlata.

—¡Mosle, eres una desgracia para...

Kahlan levantó una mano para imponerle silencio.

—No, el soldado Mosle se limita a decir lo que piensa, tal como le he pedido que hiciera. Quiero que todos vosotros me entendáis; no os estoy ordenando que luchéis en esta batalla, sino que os pido que empuñéis las armas para salvar vidas inocentes de los habitantes de la Tierra Central. Decenas de miles de soldados de Galea ya han muerto en esta batalla. No os pediría que dierais vuestra vida por algo en lo que no creéis. La mayoría de los que luchan en esta guerra, morirán.

»Podéis quedaros o irros; vuestra es la decisión. Nadie os ordena que os quedéis. Pero, si os quedáis, estaréis bajo mis órdenes. No quiero mandar sobre nadie que no esté firmemente convencido de lo que estamos haciendo.

»Ahora es el momento de decidir si queréis luchar o no. Si decidís que no, sois libres para marcharos, pues no seríais de ninguna ayuda a vuestros camaradas.

»Pero si decidís luchar conmigo en esta guerra —añadió con una voz tan fría como el gélido aire de la mañana—, tendréis que acatar las órdenes de vuestros superiores. Y en la Tierra Central nadie está por encima de mí. Así pues, me obedeceréis sin dudar, o el castigo será implacable. Hay demasiado en juego como para cargar con nadie incapaz de seguir órdenes.

»Si digo que hagáis algo, lo haréis aunque sepáis que vais a morir, porque será para salvar muchas más vidas. Yo no doy órdenes sin ninguna razón, pero no siempre tendré tiempo para explicarlas. Vuestro deber es confiar en vuestros superiores y obedecer.

La Madre Confesora extendió un dedo y, con un lento gesto, abarcó a todos los presentes.

—Elegid. O estáis con nosotros o no lo estáis. Pero tened presente que no podréis cambiar de opinión.

Kahlan volvió a embutir las manos en su cálido manto de piel y aguardó en silencio, mientras los soldados discutían y reñían entre ellos. Los ánimos se caldeaban y se pronunciaban airados juramentos. Algunos hombres se congregaron en torno a Mosle, mientras que otros se alejaron de él.

—Yo me marchó —anunció Mosle en voz muy alta, al tiempo que alzaba un puño al aire—. No pienso seguir a ninguna mujer en la batalla, sea quien sea. ¿Quién se viene conmigo?

Unos sesenta o setenta hombres congregados a su alrededor expresaron ruidosamente su apoyo.

—Idos pues —les ordenó Kahlan—, antes de veros envueltos en una guerra en la que no creéis.

Hecha ya su elección, Mosle y sus seguidores lanzaron a la Confesora miradas de desdén. Mosle se avanzó con aire altivo y le espetó:

—Nos iremos después de recoger nuestras cosas. No permitiremos que nos echen así como así sólo porque tú lo digas.

El resto de la tropa empujaba. Antes de que se desatara una batalla campal, Kahlan alzó una mano.

—¡Parad! Dejadlos en paz. Han tomado una decisión. Dejad que cojan sus cosas y que se vayan.

Mosle dio media vuelta y se abrió paso a empellones entre la muchedumbre seguido por sus partidarios. Mientras se iban, Kahlan los fue contando. Eran sesenta y siete. Sesenta y siete se iban. Entonces miró el rostro de quienes se quedaban y preguntó:

—¿Alguien más? ¿Alguien más quiere marcharse? —Nadie movió ni un solo músculo—. Entonces,

¿todos vosotros deseáis uniros a esta lucha? —Se oyó una aclamación general—. Pues que así sea. Ojalá que no tuviera que pedirlos esto, pero no hay nadie más a quien recurrir. Mi corazón se apena por todos aquellos de vosotros que moriréis. Sabed que ninguno de los que sobrevivan olvidará nunca el sacrificio que hacéis por ellos y por la gente de la Tierra Central.

Por el raballo del ojo observó a los sesenta y siete que se movían entre los carromatos y cogían las provisiones que pensaban que iban a necesitar.

—Y ahora, os explicaré qué debe hacerse. —Lentamente sacudió la cabeza antes de añadir—. Es preciso que todos vosotros comprendáis lo que os estoy pidiendo. No será una batalla gloriosa como creéis, en la que ambos bandos mueven las piezas como en un tablero de ajedrez. Nada de tácticas para burlar al oponente en un honroso combate. No nos enfrentaremos a ellos cara a cara en el campo de batalla, pero los mataremos de cualquier otro modo posible.

—Pero Madre Confesora —osó alguien alzar tímidamente la voz desde las primeras filas—, el código de honor de un soldado es enfrentarse al enemigo cara a cara y vencerlo en justo combate.

—No hay nada de justo en una guerra. Lo único justo es vivir en paz. La guerra persigue un propósito singular: matar.

»Quiero que todos vosotros entendáis esto, pues es esencial para vuestra supervivencia. No hay honor en el acto de matar, da igual cómo se haga. La muerte es la muerte. El objeto de matar a los enemigos en una guerra es proteger las vidas de aquellos para los que lucháis. Y no los protegeréis mejor si matáis al enemigo con una espada que si lo asesináis mientras duerme. La única diferencia es que del primer modo os ponéis en peligro vosotros.

»No os aguarda ninguna gloria en la tarea que os encomiendo, sino que será una pesada responsabilidad. No vamos a darles la oportunidad de luchar contra nosotros en batalla abierta para dirimir quién es el mejor. Nuestra tarea consiste simplemente en matarlos.

»Si dudáis de la justicia de tal proceder, os pido que reflexionéis en qué honor tienen los soldados a los que debéis enfrentarlos. Recordad que esperaron formando corrillos a que les llegara el turno de violar a vuestras madres y hermanas. Reflexionad en qué debieron de pensar sobre el honor vuestras madres y hermanas en Ebinissia mientras eran torturadas, violadas y asesinadas.

Las palabras de la mujer provocaron oleadas de estremecimiento entre los soldados, que guardaban un silencio sepulcral. Kahlan tuvo que hacer un esfuerzo para no seguir conjurando más imágenes de horror, aunque ante ella aún flotaba la visión de las jóvenes damas de honor en el palacio.

—Si el enemigo está mirando al otro lado, tanto mejor, porque así no podrá clavaros su cuchillo. Si lo matáis a distancia con una flecha, tanto mejor, porque así no tendrá la oportunidad de empalaros con su argón. Si lo matáis mientras come, tanto mejor, porque así no podrá dar la alarma. Y si lo matáis mientras duerme, mucho mejor, porque así no podrá atravesaros con su espada.

»Anoche, mi caballo aplastó el cráneo a uno de los oficiales de D'Hara. No fue un acto glorioso ni honorable, pero me consuela pensar que ya no podrá mataros a ninguno de vosotros ni directa ni indirectamente, y pensarlo me llena de gozo. Me siento alegre porque sé que tal vez he salvado algunas de vuestras preciosas vidas.

»Nuestro objetivo es salvar las vidas de hombres y mujeres, tanto vivos como aún por nacer. Ya visteis lo que le ocurrió a la gente de Ebinissia. Recordad el rostro de los muertos. Recordad cómo murieron y el horror por el que pasaron antes de morir. Recordad a los soldados capturados y luego decapitados.

»De nosotros depende que eso mismo no le suceda a más gente. Y para ello debemos matar a esos hombres. No se trata de lograr la gloria, sino de sobrevivir.

En las últimas filas dos hombres dirigieron gestos obscenos a quienes los rodeaban y echaron a caminar hacia Mosle y sus seguidores. Sesenta y nueve. Pero el resto estaba resuelto a emprender la lucha.

Había llegado la hora. Les había quitado de la cabeza la ingenua idea que tenían de una batalla gloriosa y les había expuesto la verdadera naturaleza de la tarea que les esperaba. Ahora la mayor parte de ellos comprendía a qué tipo de cosas deberían enfrentarse; sabían algunas de las cosas que se verían obligados a hacer. Ahora se hacían una idea más cabal de su importancia en el esquema general de la guerra.

Había llegado la hora de imponerles irremisiblemente la carga, de convertirlos en un instrumento de

castigo capaz de neutralizar la amenaza.

Kahlan abrió los brazos ante todos los hombres que tenía enfrente. El manto empapado de sangre le colgó lacio y pesado.

—¡He muerto! —gritó la mujer hacia el cielo gris. Muy extrañados, todos aguzaron el oído—. Lo que ha ocurrido a mis compatriotas, a mis padres, hermanos, madres e hijas, me ha herido de muerte. El dolor de su asesinato me ha roto el corazón.

Kahlan abrió más los brazos y alzó la voz, encendida de ira.

—¡Sólo la venganza puede darme de nuevo la vida! ¡Sólo la victoria me hará resucitar!

La mujer miró con fijeza a todos esos ojos desorbitados que la contemplaban.

—Soy la Madre Confesora de la Tierra Central —prosiguió—. Soy vuestras madres, vuestras hermanas, vuestras hijas aún por nacer. Os pido que muráis conmigo y que solamente volváis a vivir después de vengarme.

»Aquellos de vosotros que se unan a mí en esta empresa están muertos como yo. Únicamente la venganza nos restituirá nuestras vidas. Mientras nuestros enemigos vivan, estamos muertos. No tenemos ninguna vida que perder en esta batalla, pues ya la hemos perdido, aquí, hoy, ahora. Sólo cuando todos y cada uno de quienes destruyeron Ebinissia haya caído, podremos volver a vivir. Hasta entonces, no tenemos vida.

Kahlan posó los ojos en los solemnes semblantes de los hombres congregados ante ella, que la miraban, esperando sus próximas palabras. Impulsado por una cálida ráfaga de aire, el ensangrentado manto de piel le rozó una mejilla. La mujer sacó el cuchillo y lo alzó para que todos pudieran verlo. Entonces se lo colocó encima del corazón.

—¡Hagamos un juramento a toda la buena gente de Ebinissia que se ha reunido ya con los espíritus, y a toda la buena gente de la Tierra Central!

Casi todos los hombres siguieron su ejemplo y se llevaron un cuchillo al pecho. Siete no lo hicieron sino que, mascullando maldiciones, fueron a reunirse con el grupo de Mosle. Ya eran setenta y seis.

—¡Venganza sin clemencia hasta que nos sea devuelta la vida! —juró Kahlan.

Con voz grave, todos los soldados repitieron el juramento. Sus voces se unieron en una alianza inquebrantable.

—¡Venganza sin clemencia hasta que nos sea devuelta la vida! —El clamor de sus voces llenó el aire de la mañana.

Kahlan vio cómo William Mosle le lanzaba una mirada por encima del hombro antes de seguir a sus hombres que ya empezaban a retirarse por el paso. Entonces fijó de nuevo su atención en quienes tenía delante.

—Todos habéis hecho un juramento. Esta noche empezaremos a matar a los hombres de la Orden Imperial, sin cuartel. No tomaremos prisioneros.

Esta vez nadie la vitoreó. Los soldados la escuchaban atentamente con expresión sombría.

—No seguiremos viajando como lo habéis hecho hasta ahora; con carros que transporten las provisiones y todo lo demás. Solamente llevaremos lo que podamos cargar nosotros mismos. Debemos movernos por el bosque y por estrechos pasos, para que el nuestro sea un ejército más maniobrable que el de nuestros enemigos. Mi intención es atacarlos desde todas las direcciones siempre que queramos, como lobos en una cacería. Y lo haremos como los lobos, que cazan coordinadamente. Los controlaremos y los dirigiremos, tal como los lobos controlan y dirigen sus presas.

»Vosotros habéis nacido en esta tierra; conocéis los bosques y las montañas que nos rodean. Habéis cazado en ellas desde niños. Pues bien, usaremos ese conocimiento. El enemigo se encuentra en territorio desconocido para él y, con tantos carros y hombres, debe avanzar por pasos anchos. Pero nosotros viajaremos ligeros de equipaje y nos moveremos por las montañas y alrededor de la Orden Imperial como hacen los lobos.

»Repartid lo que llevan los carros y meted todo lo os quepa en la mochila. Dejad las armaduras; son demasiado pesadas y cuesta demasiado esfuerzo moverlas. Además, no las necesitaréis. Coged solamente las armaduras ligeras que podáis llevar a marcha rápida. Y coged toda la comida que podáis.

»Pero nada de licor ni cerveza. Después de haber vengado a la gente de Ebinissia podréis beber tanto como queráis. Pero hasta entonces, ni una gota de alcohol. Quiero que todos estéis alerta en todo momento. No nos relajaremos ni un solo segundo hasta que todos nuestros enemigos estén muertos.

»Colocad parte de la comida restante en algunos de los carros más pequeños, sin armas ni armaduras. Necesitaremos voluntarios que los entreguen al enemigo.

Los soldados empezaron a hablar entre dientes, sorprendidos y confusos.

—Un poco más adelante el camino se bifurca. Dejaremos atrás la bifurcación y tomaremos el camino que conduce a Cellion. Pero los carros con la comida y toda la cerveza tomarán el otro camino, y luego avanzarán por veredas más estrechas hasta rebasar al enemigo. Entonces, os quedaréis al acecho junto a los carros hasta que los exploradores se acerquen. Cuando eso suceda, os cruzaréis en su camino para que os vean. Cuando la avanzadilla de su ejército os divise y os persiga, abandonad los carros y escapad. Que se queden con la comida y la cerveza.

»A la Orden Imperial apenas le queda cerveza, y esta noche celebrarán su buena suerte. Espero que se emborrachen. Quiero que estén borrachos cuando ataquemos.

Los soldados acogieron con vítores la idea.

—Recordad, somos como una manada de lobos que trata de abatir a un toro. No somos lo suficientemente fuertes para acabar con él de un solo asalto, por lo que lo acosaremos hasta que esté exhausto, lo derribaremos y luego lo mataremos. Ésta no será una única batalla, sino que le iremos mordisqueando los flancos sin cesar. Le iremos infligiendo heridas, lo debilitaremos y lo haremos sangrar, hasta que, finalmente, estemos en ventaja y podamos matar a la bestia.

»Esta noche, amparados por la oscuridad, nos introduciremos sigilosamente en su campamento para asestar un rápido golpe. Será una acción disciplinada; no mataremos al azar. Seguiremos una lista de objetivos. Nuestra intención es debilitar al toro. Yo ya lo he cegado en parte al eliminar al mago.

»Los centinelas y los vigías serán los primeros en caer. Luego, tantos de nuestros soldados como sea posible se disfrazarán con sus ropas. Esos hombres son los que se introducirán en el campamento y localizarán los objetivos.

»Lo que debemos hacer en primer lugar es mermar su capacidad de contraataque. No quiero que su caballería nos arrolle. Tenemos que inutilizar sus caballos. No es preciso perder tiempo en matarlos, bastará con romperles las patas. Asimismo debemos destruir su comida. Nosotros somos un ejército pequeño y podemos abastecernos con la caza, los frutos del campo y comprando en granjas y aldeas de los alrededores, pero un ejército del tamaño de la Orden Imperial necesita ingentes cantidades de alimentos. Si se quedan sin comida, serán más débiles.

»También tenemos que matar a quienes fabrican las flechas y los arcos, a los herreros y a todos los artesanos que puedan hacer arcos, flechas y otras armas, así como repararlas. Seguramente tendrán sacos llenos de alas de oca para emplumar las flechas. Debemos robar o quemar esos sacos. Cada flecha que no llegue a hacerse es una menos que puede matarnos. Destruid asimismo las varillas para los arcos. Destrozad las cornetas, si las encontráis, y matad a quienes las tocan. De este modo perderán voz y coordinación.

»Las lanzas, picas y argones estarán apilados en vertical. Cinco segundos y unos pocos golpes de hacha o espada bastarán para destruir la mayor parte. Y con pesadas hachas y martillos al menos podremos doblar los argones y hacerlos inútiles. Cada lanza o pica rota es una menos que puede mataros. Quemad sus tiendas para dejarlos expuestos al frío y prended fuego a sus carros para destruir sus provisiones.

»Pero el objetivo principal son los oficiales. Prefiero matar, esta noche, a un solo comandante que a mil soldados. Si matamos a sus comandantes, serán más lentos y torpes, y nos será más fácil abatir al toro.

»Si a alguno de vosotros se le ocurre alguna otra cosa para debilitarlos, hablad conmigo, con el capitán Ryan o con cualquiera de los otros oficiales. El objetivo de esta noche no es tanto matar soldados, pues hay demasiados, sino inutilizarlos, debilitarlos, hacerlos más lentos y arrebatarles la confianza en sí mismos.

»Nuestro principal objetivo es imbuirles miedo. Se trata de hombres que no están acostumbrados a tener miedo. Cuando una persona tiene miedo, comete errores. Esos errores nos ayudarán a matarlos. Mi intención es aterrorizarlos. Más tarde ya os diré cómo.

»Tenéis unas pocas horas para prepararlo todo y luego nos pondremos en marcha. Apostad centinelas a doble distancia. Delante de ellos quiero vigías y exploradores que no pierdan de vista a la Orden Imperial. Quiero informes constantes; no quiero que nada nos coja por sorpresa. Quiero saber todo lo que veis u os encontráis por inocente que parezca; si un conejo salta demasiado alto, quiero saberlo.

Del mismo modo que nosotros queremos engañarlos, ellos pueden tratar de hacer lo mismo. No os fiéis de nada.

»Que los buenos espíritus os acompañen. Manos a la obra.

Los soldados empezaron a dispersarse. El aire se llenó de vida con el ruido de sus pasos y conversaciones. Uno de los tenientes estaba cerca y daba órdenes mientras se desabrochaba la chaqueta.

—Teniente Sloan. —El interpelado alzó la cabeza, al tiempo que los soldados se alejaban para cumplir las órdenes—. Aposta inmediatamente centinelas y vigías. Quiero que cualquiera de los hombres que sepa preparar pintura blanca o lechada reúna lo necesario para ello. Necesitaremos grandes tinajas. Calentad piedras para caldear el interior de las tiendas.

—Sí, Madre Confesora —repuso el teniente, acatando al punto tan insólitas instrucciones.

—Encárgate de que se preparen carros pequeños con comida y cerveza, pero retenlos aquí hasta que yo te dé la orden.

El teniente se llevó un puño al corazón y, sin decir ni media palabra, se dispuso a obedecer.

Kahlan sentía como si las rodillas fueran a cederle en cualquier momento. Estaba tan cansada por no haber dormido y por haber cabalgado la mayor parte de la noche, por no mencionar la lucha y el terror que había experimentado, que apenas podía enfocar la mirada. El hombro le dolía donde se apoyaba la lanza cuando se había hecho añicos, y los músculos de la pierna izquierda temblaban por el esfuerzo de mantenerse en pie.

Su agotamiento también era mental. La abrumaba la angustia no sólo de la enormidad de la decisión que había tomado —declarar la guerra en nombre de toda la Tierra Central—, sino porque ese vehemente llamamiento a esos jóvenes para que sacrificaran sus vidas había acabado por erosionar sus fuerzas. Pese a la insólita calidez del día, Kahlan se estremeció arropada en el manto de piel.

El capitán Ryan avanzó hacia ella. Chandalen, Prindin y Tossidin observaban la escena desde la parte trasera del carro.

—Me gusta —declaró el capitán con una taimada sonrisa.

El joven comandante saltó del carro y le tendió una mano para ayudarla. Pero Kahlan, haciendo caso omiso de la mano, saltó sola al suelo tal como había hecho él. Fue por suerte más que por otra cosa que lo logró sin caer. No podía aceptar su ayuda, no con lo que estaba a punto de ordenarle.

—Y ahora, capitán, debo darte una orden que no va a gustarte ni pizca. Quiero que envíes un destacamento tras Mosle y sus seguidores —le dijo, mirándolo directamente a los ojos azules—. Asegúrate de que sean suficientes para cumplir la misión.

—¿Misión? ¿Qué misión?

—Matarlos. Deben fingir que desean unirse a Mosle y sus hombres, para que éstos no se dispersen al verlos. Envía a la caballería detrás, pero fuera de su vista, por si acaso logran refugiarse en el bosque. Una vez rodeados, matadlos. Son setenta y seis. Contad los cuerpos para asegurarnos de que todos están muertos. Me enfadaré mucho si uno solo logra escapar.

El capitán la miraba con ojos desorbitados.

—Pero, Madre Confesora...

—Ojalá no tuviera que hacerlo, capitán. Ya has oído mis órdenes. Prindin —añadió, volviéndose hacia los tres hombres barro—, ve con el destacamento. Asegúrate de que todos los hombres de Mosle estén muertos.

Prindin asintió gravemente. Pese a lo ingrato de la tarea, comprendía que era absolutamente necesaria.

El capitán Ryan estaba al borde del pánico.

—Madre Confesora... conozco a esos hombres. Han estado con nosotros mucho tiempo. Vos misma dijisteis que eran libres de marcharse. No podemos...

Kahlan posó una mano sobre el brazo del joven oficial, el cual de repente comprendió la amenaza del gesto.

—Estoy haciendo lo que debo para salvaros la vida. Has jurado que obedecerías mis órdenes. No te sumes también tú a esos setenta y seis.

Al fin Ryan asintió, y Kahlan retiró la mano. Los ojos del capitán lo decían todo; irradiaban odio.

—No sabía que tendríamos que empezar a matar a nuestros propios hombres —musitó.

—Ya no son vuestros hombres, sino el enemigo.

El capitán señaló con gesto airado hacia el paso.

—¡Van en dirección contraria a donde se encuentra la Orden!

—¿De verdad crees que irían a unirse con el enemigo abiertamente? Piensan llegar hasta ellos dando un rodeo.

Dicho esto, dio media vuelta y se encaminó a la tienda preparada para ella.

El capitán Ryan, seguido por Chandalen, Prindin y Tossidin, fue tras ella. Aún no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Si temíais esa posibilidad, ¿por qué los dejasteis marchar? ¿Por qué no permitisteis que los hombres los mataran aquí mismo cuando tuvieron la oportunidad?

—Porque tenía que ofrecer a todos aquellos capaces de renegar de nosotros y abandonarnos la oportunidad de hacerlo.

—¿Que os hace pensar que todos los «traidores» se han ido? Podría haber espías o asesinos entre nosotros.

—Sí, podría. Pero en estos momentos no tengo ningún indicio de ello. Si descubro alguno, ya tomaré las medidas oportunas.

Kahlan se detuvo delante de la tienda.

—Crees que tal vez me equivoco con esos hombres, pero te aseguro que no es así. Y, aunque me equivocara, sería un precio que hay que pagar. Si dejamos que se vayan y uno solo de ellos nos traiciona, todos podríamos morir esta noche en una trampa. Y, si morimos, no quedará nadie que pueda detener a la Orden Imperial durante mucho tiempo. ¿Cuántos miles morirían entonces, capitán? Si Mosle y sus seguidores son inocentes, habré cometido un tremendo error, y setenta y seis hombres inocentes morirán. Pero, si estoy en lo cierto, estaré salvando la vida de miles de personas.

»Ya te he dado las órdenes. Cúmpelas.

El capitán Ryan temblaba de rabia.

—Jamás os perdonaré por esto.

—Ya lo sé. Cumple las órdenes, capitán. Me da igual si me odias. Lo único que me importa es que sigas con vida.

Ryan apretó los dientes en señal de muda frustración.

—Capitán —añadió Kahlan, con una mano posada ya en la solapa de la tienda—, estoy tan cansada que apenas puedo tenerme en pie. Necesito dormir unas horas. Quiero un guardia apostado alrededor de la tienda mientras duermo.

—¿Y cómo estaréis segura de que no es un enemigo? —replicó el capitán, fulminándola con la mirada—. Podría mataros mientras dormís.

—Es una posibilidad. Pero, si eso ocurre, uno de estos tres hombres vengará mi muerte.

El capitán Ryan se estremeció y lanzó un vistazo a los tres hombres barro. Estaba tan furioso que se había olvidado de su existencia.

Chandalen enarcó una ceja y le dijo:

—Antes de matarlo le pondré palitos en los ojos para mantenerlos abiertos y que vea qué le hago.

El teniente llegó a todo correr llevando un cuenco en las manos.

—Madre Confesora, os traigo un poco de estofado. Me pareció que os iría bien comer algo caliente.

Kahlan se esforzó por sonreírle.

—Gracias, teniente, pero estoy tan cansada que sería incapaz de retenerlo en el estómago. Por favor, guárdamelo caliente hasta que haya descansado.

—Por supuesto, Madre Confesora.

La furibunda mirada del capitán Ryan se posó en su risueño teniente.

—Hobson, tengo una misión para ti.

—Despertadme dentro de dos horas. Mientras tanto todos tenéis suficientes cosas que hacer.

Con estas palabras abrió la solapa y se metió en la tienda. Casi se desplomó sobre el catre, se cubrió las piernas con una manta y se tapó la cabeza con el manto de piel para que la luz no la molestara. En ese pequeño refugio oscuro empezó a temblar.

En esos momentos habría dado su vida porque Richard la abrazara sólo unos minutos.

## 9

Estaba besando a Richard y estrechándolo con fuerza entre sus brazos. En su mente sólo tenía cabida un sentimiento de paz y dicha. De pronto, unos gritos la sobresaltaron. Richard desapareció. Sus brazos, pesados, estaban vacíos.

Kahlan se incorporó y apartó la manta. Por un momento se sintió al borde del pánico; no recordaba dónde estaba. Cuando lo recordó tuvo ganas de vomitar.

Ojalá pudiera darse un baño con agua caliente. Ya ni recordaba la última vez. Se estaba frotando los ojos cuando el capitán Ryan asomó la cabeza dentro de la tienda.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto he dormido? —farfulló Kahlan, arrojando lejos de sí la manta.

—Un par de horas, más o menos. Hay alguien ahí fuera que quiere veros.

Delante de la tienda esperaba un grupo de hombres con el rostro ceniciento. Uno de ellos era el teniente Hobson. Custodiaban a Mosle, atado y amordazado, al que dos soldados sujetaban por los brazos. Mosle miraba a todas partes, aterrorizado. Trató de gritar algo, pero la mordaza se lo impidió.

Kahlan fulminó con la mirada al capitán Ryan.

Éste aguantó con un pulgar enganchado en el cinturón.

—Madre Confesora, puesto que Mosle os ha ofendido personalmente, creí que os gustaría ejecutarlo vos misma. —Con estas palabras le tendió su propio cuchillo, ofreciéndole el mango.

Kahlan, sin hacer caso del cuchillo, ordenó a los soldados que lo sujetaban:

—Liberadlo y apartaos.

Se sentía como si aún estuviera durmiendo y soñara. Pero estaba despierta. No tenía elección.

Cuando los soldados se apartaron, la Confesora agarró a Mosle por un brazo. Éste se quedó un instante paralizado por el miedo y luego trató de retroceder.

Pero no tenía tiempo para escapar. Kahlan lo tocaba. Ya era suyo. La sensación de somnolencia se desvaneció en un torbellino, absorbido por su poder. Kahlan no pensó en lo que iba a hacer; no tenía elección. Se había comprometido en esa causa y se entregó a ella.

Los ruidos del campamento —el repiqueteo de los arcos, las cajas de madera que eran arrastradas sobre los carros, el sonido de otras cajas que se abrían haciendo palanca, el chirrido de las ruedas, el relincho de los caballos, miles de pisadas, hombres hablando, el repiqueteo de las pezuñas de caballos, el sonido de acero al ser afilado, el crepitar del fuego y los latidos de su propio corazón—, todo fue engullido por el silencio.

En ese silencio de su mente el poder lo invadió todo. Kahlan sintió cómo los músculos de Mosle se tensaban bajo su mano. Pero el hombre no tenía ninguna posibilidad. Era suyo.

En el silencio, en la quietud, en la paz de su mente hizo lo que tantas veces antes había hecho: liberó su poder y descargó su magia en el hombre que tenía delante.

Hubo una violenta sacudida en el aire cuando penetró bruscamente en él. Un trueno silencioso. Un anillo de nieve a su alrededor se alzó en una nube que rodó sobre sí misma hasta que al fin volvió a posarse en el suelo.

Mosle, que ya no era quien había sido, se arrodilló ante ella sobre la húmeda nieve. Tenía la frente surcada por arrugas de pánico, pues debido a la mordaza no podría suplicarle que le ordenara algo. El hombre sorbía aire por la nariz tratando de respirar, invadido por el terror de contrariarla. A su alrededor el campamento había quedado sumido en un asombrado silencio. Todos los ojos estaban posados en la Confesora. Kahlan le sacó la mordaza de la boca. Los ojos de Mosle se llenaron de lágrimas de alivio.

—Mi ama —susurró con voz ronca—. Por favor, ama, pedirme lo que sea. Por favor, decidme qué puedo hacer para servirlos.

Cientos de rostros atónitos y turbados la miraban. Kahlan, que exhibía su rostro de Confesora, bajó la vista hasta el hombre arrodillado delante de ella.

—William, me complacería mucho que me contaras la verdad de lo que pensabas hacer después de abandonar el campamento.

Mosle se esponjó de gozo. Más lágrimas le corrieron por las mejillas y, de no haber sido porque tenía las manos atadas a la espalda, se habría aferrado a las piernas de Kahlan en signo de gratitud.

—Oh sí, mi ama, permitid que os lo cuente todo.

—Habla.

Mosle barbotó apresuradamente:

—Me dirigía al campamento de esos otros hombres, a los que vos llamasteis Orden Imperial, para unirme a ellos. E iba a llevar a todos mis hombres allí. Les iba a revelar la presencia de los reclutas de Galea y todos vuestros planes, para así congraciarnos con ellos y que nos aceptaran. Creí que tenían más posibilidades de ganar que vos y, como no deseaba morir, iba a unirme a ellos. Creí que les complacería si les llevaba hombres para aumentar sus filas. Creí que les complacería que los ayudáramos a aplastaros.

De repente, prorrumpió en sollozos.

—Oh, por favor, ama, perdonadme. Mi intención era perjudicaros; quería que esos hombres os mataran. Por favor, ama, siento mucho haberos querido mal. Por favor, ama, decidme cómo podréis perdonarme. Haré cualquier cosa. Os lo suplico. Ordenad, y obedeceré. Por favor, mi ama, ¿qué deseáis de mí?

—Deseo que mueras —susurró Kahlan en el gélido silencio—. Ahora mismo.

William Mosle cayó aovillado hacia adelante, contra las botas de la mujer y se sacudió en unas terribles convulsiones. Después de unos largos y angustiosos momentos, exhaló el último aliento y se quedó inmóvil.

La mirada de Kahlan se posó en el atónito capitán Ryan y en Prindin, de pie detrás de un ceniciento teniente Hobson. Chandalen también miraba ferozmente a su compatriota. Kahlan dijo en el idioma de la gente barro:

—*Prindin, te dije que te aseguraras de que los mataban a todos. ¿Por qué no has obedecido?*

Prindin se encogió de hombros, con timidez.

—*Todos estaban de acuerdo en hacer esto. El capitán les ordenó que mataran a todos los demás, pero que te llevaran a éste. De haberlo sabido cuando nos marchamos, te habría avisado. Eran doscientos hombres a pie y otro centenar a caballo. Como ya te he dicho, todos estaban de acuerdo, y yo no creí que pudiera impedirlo, excepto matándolo yo mismo. Pero me di cuenta de que me jugaba la vida y si moría no podría estar cerca de ti para protegerte. Además, sabía que tenías razón y me pareció una buena idea darles una lección.*

—*¿Escapó alguno?*

—*No. Me sorprendió un poco que hicieran tan buen trabajo. Son buenos soldados. Era una misión dura, que les rompió el corazón, pero la cumplieron bien. Ninguno escapó.*

Kahlan lanzó un largo suspiro.

—*Lo entiendo, Prindin. Te comportaste correctamente.* —Entonces lanzó una mirada de soslayo a Chandalen y agregó—: *Chandalen también estará satisfecho.* —Era una orden.

Prindin esbozó una tensa sonrisa, aliviado. El capitán Ryan fue el siguiente en sentir la furiosa mirada de Kahlan posada en él.

—*¿Satisfecho?*

El joven capitán, tenso, pálido y con los ojos muy abiertos, respondió:

—Sí, Madre Confesora.

—*¿Estáis todos satisfechos ahora?* —preguntó Kahlan, incluyendo en la mirada a todos los hombres congregados.

Por si acaso alguno de ellos no le tenía antes un miedo cerval, ahora ya no quedaba ninguno. Si una ramita se hubiera quebrado de repente, seguramente todos habrían salido en desbandada hacia las montañas, como conejos asustados. Probablemente ésa había sido la primera vez que habían visto una demostración de magia, y no había sido una magia hermosa, sino sobrecogedora y desagradable.

—*¿Madre Confesora?* —susurró el capitán Ryan. Conservaba un brazo extendido, ofreciéndole el cuchillo—. *¿Cuál será mi castigo por desobedeceros?*

La mujer escrutó su lívido semblante.

—Ninguno —respondió—. Éste es vuestro primer día en la guerra contra la Orden Imperial. La mayoría de vosotros no comprendía la necesidad de lo que ordené hacer. Es la primera vez que lucháis en una guerra. Me basta con saber que habéis aprendido algo. No habrá represalias.

El capitán tragó saliva.

—Gracias, Madre Confesora. —Con mano temblorosa, guardó de nuevo el cuchillo en su vaina. Entonces señaló el cuerpo sin vida a los pies de la Confesora y explicó—: Crecimos juntos. Vivíamos junto al mismo camino, a poco más de un kilómetro de distancia uno del otro. Solíamos pasarnos el día cazando y pescando juntos. Nos ayudábamos en las tareas. Siempre acudíamos juntos a las celebraciones con nuestros mejores abrigos, del mismo color. Siempre...

—Lo siento, Bradley. Lo único que cura el dolor de una traición o una pérdida es el tiempo. Como ya os dije, la guerra no es justa. Si no fuera por la Orden Imperial, seguramente en estos momentos estarías pescando con tu amigo. Culpa a la Orden y véngalo como una víctima más.

El joven asintió.

—Madre Confesora, ¿qué habrías hecho si os hubierais equivocado? ¿Qué habrías hecho si Mosle no hubiera decidido pasarse al enemigo?

Kahlan lo miró hasta que el capitán alzó los ojos y sus miradas se encontraron.

—Probablemente habría aceptado el cuchillo que me ofrecías y te habría matado.

La Confesora apartó la mirada de la expresión vacua del capitán y puso una mano en el hombro del hombre que tenía al lado.

—Teniente Hobson, sé que te encomendé una misión muy difícil. Prindin me informa de que la cumpliste a la perfección.

El joven teniente parecía a punto de deshacerse en lágrimas, pero logró erguir la espalda con orgullo. Kahlan se dio cuenta de que aún era un muchacho imberbe.

—Gracias, Madre Confesora.

—Todos tenéis trabajo que hacer. ¿Me equivoco? —espetó Kahlan a los centenares de hombres congregados a su alrededor.

Fue como si despertaran de un sueño. Todos se movieron a una, primero lentamente y luego cada vez con más premura.

Hobson la saludó llevándose un puño al corazón, tras lo cual se marchó a atender otros asuntos. Los soldados que custodiaban a Mosle alzaron el cuerpo y se lo llevaron. Otros se dirigieron hacia Chandalen y los dos hermanos en busca de instrucciones. Kahlan se quedó sola con el capitán Ryan, observando cómo todo el mundo se ponía manos a la obra.

Sentía las piernas flojas y sin fuerzas, como cuerdas de arco que alguien se hubiera olvidado fuera, bajo la lluvia, toda la noche. Para una Confesora usar su poder cuando se encontraba descansada y alerta era agotador. Pero usarlo cuando ya estaba cansada era peligrosamente extenuante. Apenas lograba mantenerse en pie.

Aún estaba muerta de cansancio por haber cabalgado toda la noche, primero al campamento enemigo y luego de vuelta, por no hablar de la lucha. Necesitaba más descanso, y los beneficios de su breve siesta se habían esfumado tras usar su poder. Había utilizado las pocas fuerzas que le quedaban en algo que debería haber sido innecesario.

Tal vez era por el frío y por viajar en condiciones tan difíciles, pero últimamente se sentía más cansada de lo habitual. Quizá debería pedirle a Prindin que le preparara más té.

—¿Puedo hablar con vos un momento, Madre Confesora? —preguntó el joven capitán.

—Pues claro. ¿Qué ocurre?

El capitán se abrió el abrigo de lana que llevaba desabrochado y embutió las manos en los bolsillos de atrás. Sus ojos se posaron en unos hombres que llenaban odres con agua.

—Sólo quería deciros que lo lamento mucho. Yo estaba equivocado.

—No pasa nada, Bradley Mosle era un amigo y cuesta pensar mal de un amigo. Lo entiendo.

—No, no es eso. Mi padre siempre me decía que, en este mundo nuestro, un hombre tiene que admitir sus errores antes de poder hacer las cosas como es debido. —Ryan arrastró los pies y miró en torno antes de poder fijar sus ojos azules en Kahlan—. Mi error fue creer que queríais ver a Mosle muerto porque se negó a seguirnos. Cometí un error y lo siento. Siento haber pensado eso de vos. Vos tratábais de protegernos, aun a sabiendas de que os odiaríamos por ello. Bueno, pues yo no os odio y espero que vos tampoco me odiéis a mí. Será un honor seguirnos en esta batalla. Espero un día ser la mitad de sabio que vos y tener tantos arrestos como vos para usar esa sabiduría.

Kahlan lanzó un quedo suspiro.

—Apenas soy mayor que tú, pero me haces sentir como una anciana. Me alegra que lo entiendas. Es un alivio en medio de tanto dolor. Eres un buen oficial Bradley Ryan y harás lo que es debido.

—Me alegro de que hayamos hecho las paces —declaró el capitán con una sonrisa.

Un hombre no osaba acercarse, y Ryan le indicó con gestos que lo hiciera.

—¿Qué hay, sargento Frost?

El sargento saludó llevándose el puño al corazón.

—Los hombres que enviamos han encontrado en un granero abandonado algo de creta triturada y otras cosas necesarias para preparar cal. Tenemos también cubas de madera en las que hacer la mezcla. Dijisteis que lo hiciéramos en recipientes muy grandes. Son lo suficientemente grandes para bañarse en ellas.

—¿Cuántas cubas tenéis? —inquirió Kahlan.

—Una docena, Madre Confesora.

—Reunidlas y montad una tienda alrededor de cada una de ellas. Usad las más grandes que tengáis, aunque sean las tiendas de los oficiales. Preparad la cal con agua caliente y poned dentro de las tiendas las piedras calientes para mantener una temperatura caldeada en el interior. Cuando esté todo listo, avisadme.

El sargento se tragó las preguntas que era evidente que se formulaba, saludó y corrió a cumplir las órdenes.

El capitán Ryan la miró con curiosidad.

—¿Para qué queréis la cal?

—Acabamos de hacer las paces; no lo estropees todavía. Ya te lo diré cuando todo esté listo. ¿Están preparados los carros?

—Deberían.

—Vamos a comprobarlo. ¿Has enviado ya centinelas y vigías?

—Fue lo primero que hice.

Mientras atravesaban el campamento en dirección a los carros no paraban de abordarla soldados con todo tipo de sugerencias. «Las ruedas de los carros, Madre Confesora. También deberíamos destruir eso», o «¿No creéis que deberíamos quemar sus estandartes de batalla para que no puedan congregarse a los hombres a su alrededor?» o «¿Qué os parece si prendemos fuego a su equipaje? De este modo, si el tiempo empeora, morirán congelados», o «Si echáramos estiércol en sus barriles de agua tendrían que perder tiempo fundiendo nieve», y cientos de otras ideas, absurdas algunas y aprovechables otras. Kahlan escuchaba a todo el mundo con atención, daba su sincera opinión y, en algunos casos, impartía las órdenes pertinentes para ponerlas en práctica.

El teniente Hobson se acercó a ella al trote. Sostenía en las manos un cuenco de latón. Eso era la última cosa que necesitaba.

—¡Madre Confesora! ¡Os he mantenido el estofado caliente como me dijisteis!

El teniente no cabía en sí de gozo mientras le tendía el cuenco. Kahlan, sin detenerse, trató de parecer agradecida. Hobson caminó a su lado, observándola con una sonrisa de oreja a oreja. La mujer se obligó a tomar una cucharada y decirle que era delicioso. Era todo lo que podía hacer para retener en su cuerpo esa única cucharada.

Después de usar su poder lo que una Confesora necesitaba era tiempo para recuperarse; por lo general algunos días, aunque ella sólo necesitaba un par de horas. Lo mejor era reposo, si era posible, y el efecto del par de horas de descanso se había agotado al usar su poder de Confesora. En esos momentos no podía descansar y seguramente tampoco podría dormir esa noche.

La última cosa que una Confesora necesitaba mientras se recuperaba era comer. La digestión de la comida consumía una energía que necesitaba para recuperar las fuerzas. Tenía que pensar en el modo de no comer ese estofado o acabaría por arrojarlo al suelo, lo cual sería muy embarazoso para todos.

Por suerte, llegó donde estaban los carros antes de tener que engullir otra cucharada. Entonces pidió al teniente que fuera a buscar a Chandalen y a los dos hermanos. Cuando Hobson se hubo marchado, dejó el cuenco encima del larguero del pesado carro que debía transportar los barriles de cerveza y se encaramó a él.

Mientras contaba, indicó con una seña al capitán que también subiera.

—Coge a algunos hombres y descargad las hileras superiores para poder acceder a todos los barriles. Enderezad los de la hilera inferior y retirad los tapones. —Mientras el capitán indicaba por

gestos a algunos hombres que fueran a ayudarlo, Kahlan preguntó—: ¿Os ha enseñado Chandalen cómo hacer una *troga*?

Una *troga* era un sencillo pero resistente pedazo de cuerda o alambre con un mango de madera en cada extremo, y lo suficientemente largo para que, al doblarlo, se formara un lazo del tamaño justo de la cabeza de un hombre. Se aplicaba desde atrás y luego se tiraba de los mangos en direcciones opuestas. Si era de alambre y se colocaba en el lugar correcto, entre las vértebras del cuello, y si el hombre que la manejaba tenía unos brazos fuertes, la *troga* podía decapitar a la víctima antes de que pudiera emitir ningún sonido. Pero incluso si no era de alambre o si los brazos de quien la manejaba no eran muy fuertes, la víctima moría sin emitir ni un sonido.

El capitán Ryan buscó en su espalda, bajo el abrigo, y sacó una *troga* de alambre que sostuvo en lo alto para mostrársela.

—Chandalen nos hizo una pequeña demostración. Fue muy suave, pero me alegro de que no la hiciera conmigo. Dice que él, Prindin y Tossidin las usarán para eliminar a los centinelas y los vigías. Seguramente no nos cree capaces de acercarnos a ellos por la espalda tan sigilosamente como los hombres barro, pero muchos de nosotros cazamos desde niños, somos más listos y...

El capitán dio un salto al tiempo que lanzaba un grito. Chandalen se le había acercado por la espalda sin hacer ningún ruido y le había propinado un codazo en las costillas. Mientras se las frotaba, miró al risueño Chandalen con cara de pocos amigos. Prindin y su hermano se encaramaron al carro para ayudar a descargar los barriles.

—¿Nos has llamado, Madre Confesora? —preguntó Chandalen.

—Dame tu *bandu* —le ordenó Kahlan, extendiendo una mano—. Tu veneno de los diez pasos.

Chandalen arrugó el entrecejo, pero se llevó una mano a la bolsa que llevaba a la cintura, sacó la cajita de hueso y se la tendió. Los dos hermanos hicieron lo propio.

—¿Cuántos barriles puedo envenenar con esto? —quiso saber Kahlan.

Chandalen rodeó al capitán Ryan manteniendo el equilibrio sobre los redondos barriles.

—¿Piensas poner *bandu* en la bebida? —Kahlan asintió—. Pero entonces nos quedaremos sin nada. Es posible que lo necesitemos.

—Guardaré un poco para emergencias. Cada soldado que logremos envenenar será uno menos con el que luchar.

—Podrían descubrir que hemos envenenado la cerveza —objetó el capitán Ryan—. Y en ese caso ni siquiera se emborracharían.

—Tienen perros. Es por eso por lo que también quiero enviarles comida. Arrojarán a los perros parte de la carne, para asegurarse de que está buena. Espero que al ver que a los perros no les pasa nada, estarán tan sedientos de cerveza que ni siquiera se les pasará por la cabeza la idea de que pueda estar envenenada.

Chandalen contó los barriles silenciosamente, tras lo cual se irguió.

—Treinta y seis. Doce para cada cajita de *bandu*. —El guerrero se rascó la cabeza, cubierta de cabello azabache, mientras reflexionaba—. No los matará a no ser que beban mucho, pero los pondrá enfermos.

—¿Cómo de enfermos? ¿Cuáles serán sus efectos?

—Los debilitará. Sentirán náuseas y la cabeza les dará vueltas. Es posible que algunos mueran a los dos o tres días por efecto del veneno.

—Eso ayudaría mucho —comentó Kahlan.

—Pero no hay cerveza suficiente para tantos hombres —objetó el capitán—. Sólo algunos la beberán.

—Una parte se entregará a la unidad que la robe, el resto se dividirá entre los oficiales y, si queda algo, irá a los soldados. Son los hombres de mayor rango los que me interesan.

Los toneles de las hileras superiores ya habían sido descargados y solamente quedaban los de abajo, que ahora eran enderezados para poderles quitar los tapones.

—¿Por qué hay seis más pequeños?

—Son de ron —contestó Ryan.

—¿Ron? La bebida de la nobleza. —Kahlan sonrió—. Los oficiales tomarán primero ron. —Después de echar un vistazo al interior de uno de los barriles abiertos, preguntó—: Chandalen, ¿notarán el

gusto? ¿Se darán cuenta si pongo *bandu* en el ron?

El hombre barro sumergió un dedo en el ron para catarlo.

—No —declaró—. Es bastante amargo. El sabor amargo camufla el gusto del *bandu*.

Con la punta de su cuchillo Kahlan dividió en seis partes el veneno que contenía la cajita de Chandalen. A continuación las vertió en la abertura redonda de cada uno de los barriles de ron, agitando bien con el cuchillo. Chandalen observaba lo que hacía.

—Si pones tanto, seguramente por la mañana estarán muertos. Pero ahora faltará para seis barriles.

Kahlan devolvió a Chandalen su cajita de hueso con restos de *bandu* en las esquinas y se apeó del pesado carro.

—Seis de los barriles de cerveza no estarán envenenados, para asegurarnos de que el ron mate a quienes lo beban. —La mujer fue metiendo la punta del cuchillo cargada con el veneno que contenía la cajita de Tossidin en cada uno de los siguientes doce barriles.

»Ahora mezclad los barriles —ordenó—. No quiero que todos los de ron queden abajo. Es posible que los oficiales no los vean y se dediquen a la cerveza.

Mientras se dirigía a los últimos doce barriles para envenenarlos, abrió la cajita de Prindin.

—Apenas te queda —dijo—. ¿Qué has hecho con el tuyo?

Prindin pareció incómodo por la pregunta. Hizo un gesto vago y respondió:

—Cuando abandonamos la aldea no pensaba muy claramente. Con las prisas se me olvidó comprobar que tuviera llena la cajita de *bandu*.

Chandalen se llevó las manos a las caderas y lo fulminó con la mirada desde lo alto del carro.

—Siempre he dicho que si no fuera porque los llevas pegados te olvidarías incluso de coger los pies.

—No importa —intervino Kahlan, y Prindin se mostró aliviado de que interrumpiera a Chandalen—. Hay suficiente para ponerlos enfermos. Bastará con eso.

Mientras envenenaba la cerveza oyó en la distancia voces que gritaban su nombre. Después de agitar el *bandu* en el último barril, alzó la vista y vio dos imponentes caballos de tiro que trotaban hacia ella. Puso ceño al darse cuenta de que dos hombres los montaban a pelo y la llamaban a gritos.

Los dos poderosos caballos presentaban un lamentable aspecto con su recio pelaje pardo de invierno salpicado por profusos mechones blancos en las patas. Llevaban los arneses y las colleras, pero sin ataharre. Tenían varias vueltas de cadena enganchadas a los horcates de las colleras. Todos se quedaron mirando fijamente la extraña aparición.

Después de que los caballos se detuvieran frente a Kahlan, los jinetes desengancharon la cadena y la dejaron caer al suelo. Entonces Kahlan se dio cuenta de que esa cadena, enganchada a los horcates, unía a ambos caballos. Nunca había visto nada igual. Los dos jinetes desmontaron con ligereza.

—¡Madre Confesora! —exclamaron, sonriendo ampliamente, lo que quitó toda solemnidad a sus respectivas reverencias. Eran unos muchachos desgarbados de no más de quince años, con el pelo castaño cortado muy corto. Llevaban sendos abrigos de lana desabrochados, pues ese día no debían protegerse demasiado del frío, que les sobraban por todas partes. Se veían tan excitados, que parecían a punto de explotar. Se detuvieron a distancia prudencial, pero su excitación podía más que el miedo.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Brin Jackson y éste es Peter Chapman, Madre Confesora. Se nos ha ocurrido una idea y queríamos mostrároslo. Nosotros pensamos que funcionará. Estamos seguros. Al menos, seguro que se consigue algo.

Kahlan miró alternativamente ambos rostros radiantes.

—¿Cuál es esa idea?

Brin a punto estuvo de brincar de gozo ante la pregunta. Levantó la cadena que yacía en el suelo, entre los dos imponentes caballos y explicó:

—¡Esto! Con esta cadena lo conseguiremos, Madre Confesora —dijo, tendiéndole la cadena—. Se nos ha ocurrido a nosotros solitos. —Nuevamente dejó caer la pesada cadena al suelo—. Vamos, Peter. Enséñale cómo funciona. Sepáralos.

Peter cabeceó al tiempo que sonreía. Fue separando a su caballo hasta que la pesada cadena se alzó sobre la nieve. La cadena, que formaba una curva cóncava, se balanceaba de un lado al otro entre los horcates de las colleras. Kahlan y los hombres frunció el entrecejo, tratando de comprender para qué

podría servir tan peculiar invento.

—Dijisteis que tendríamos que abandonar los carros —explicó Brin, señalando la cadena—. Pero nosotros somos carreteros y no podemos abandonar a *Daisy* y a *Pip*, nuestros caballos. Queríamos ayudar y sacar partido de *Daisy* y *Pip*, por lo que cogimos varios trozos de la cadena más gruesa que encontramos y le pedimos a Morvan, el herrero, que nos los soldara.

El joven soldado asintió con la cabeza con aire expectante, como si todo estuviera ya claro.

Kahlan inclinó ligeramente la cabeza hacia él.

—¿Y luego?

Brin repuso muy excitado:

—Dijisteis que teníamos que inutilizar los caballos del enemigo. —A Brin se le escapó una risita—. ¡Justamente para eso es! Cuando ataquemos, de noche, sus caballos estarán amarrados a estacas. Lo que haremos será conducir al galope a *Daisy* y a *Pip* entre las estacas, uno a cada lado, y la cadena les romperá las patas. Inutilizaremos a toda una reata de un solo pase.

Kahlan irguió la espalda y cruzó los brazos. Miró a Peter, que también parecía encantado con la idea.

—Brin —dijo al fin—, unir a dos caballos de ese modo y lanzarlos al galope, arrastrando una cadena que se enganchará con cualquier cosa pesada, me parece muy arriesgado.

—¡Pero podríamos inutilizar a los caballos! ¡Podemos hacerlo! ¡Lo haremos por vos! —afirmó Brin, sin desanimarse.

—Tienen casi dos mil caballos.

Ahora sí que Brin se desinfló, arrugó el rostro y, por primera vez, clavó la mirada en el suelo.

—Dos mil —susurró, decepcionado, rascándose un hombro.

Kahlan buscó con la mirada al capitán Ryan, el cual se encogió de hombros sin querer pronunciarse sobre la viabilidad de la idea. Los otros hombres presentes se rascaban el mentón y rebullían mientras examinaban el montaje.

—Nunca funcionaría —afirmó al fin Kahlan. Brin dejó caer bruscamente los hombros—. Son demasiados para vosotros solos. Tendréis que preparar más caballos y cadenas. —Brin y Peter alzaron el rostro y abrieron mucho los ojos—. Puesto que sabéis cómo hacerlo, quiero que reunáis a todos los caballos de tiro y a sus conductores. Es el mejor uso que podemos dar a sus capacidades.

»Coged todo el equipo de los carros y los ataharres que necesitéis. De todos modos, no nos servirían de nada. Que los herreros empiecen a soldar cadenas, y vosotros practicad el resto del día. Colocad cosas pesadas para arrastrar entre ellas las cadenas, de modo que los caballos se acostumbren a lo que vais a hacer. Practicad hasta que todos los equipos de conductores y caballos aprendan a trabajar juntos.

Peter avanzó y se colocó junto a un radiante Brin.

—¡Así será, Madre Confesora! Ya lo veréis... ¡Lo conseguiremos! ¡Podéis contar con nosotros!

La mujer les dirigió una mirada destinada a moderar tanto entusiasmo.

—Lo que pretendéis es muy peligroso. Pero, si lo lográis, nos dará ventaja. Podría salvar muchas vidas, pues la caballería del enemigo es temible. Preparad cuidadosamente el equipo y practicad muy en serio. Cuando lo hagáis de verdad, el enemigo tratará de mataros.

Ambos saludaron llevándose un puño al corazón. Esta vez mantenían las barbillas muy altas.

—Lo haremos, Madre Confesora. Podéis confiar en los conductores. No os fallaremos. Les dejaremos sin caballos.

Tras recibir el gesto de asentimiento de Kahlan, dieron media vuelta, juntaron las cabezas y susurrando muy excitados, se pusieron manos a la obra. Kahlan divisó a un jinete solitario, que cruzaba el campamento al galope. Se detuvo para preguntar algo a un grupo de soldados, los cuales señalaron en su dirección.

—No llevan con nosotros más que un par de meses —decía el capitán Ryan—. Son sólo muchachos.

Kahlan enarcó una ceja.

—Son hombres que luchan por la Tierra Central. La primera vez que te vi, capitán, también creí que no eras más que un muchacho, pero ahora creo que parece tener más edad que yo misma.

El capitán suspiró.

—Supongo que tenéis razón. Si realmente son capaces de hacerlo, será una jugada brillante.

El jinete al galope se aproximó y desmontó antes de detener del todo al caballo. Tras saludar someramente, anunció:

—Madre Confesora. Me llamo Cynric —aquí tuvo que hacer una pausa para coger aire antes de seguir—, soy uno de los centinelas.

—¿Qué ocurre Cynric?

—Como dijisteis que queríais estar al tanto de todo, me ha parecido más prudente informaros. Estábamos apostando a los centinelas a aproximadamente una hora de distancia del campamento, cerca de un camino que cruza el paso del Jara, cuando un coche de caballos apareció en el cruce proveniente de Kelton. Lo detuvimos, porque sabíamos que vos no queréis que nada extraño suceda. He venido a preguntaros qué debemos hacer.

—¿Quién viaja en el coche?

—Un anciano matrimonio. Adinerados mercaderes al parecer, o eso dicen ellos. Nos han contado algo sobre árboles frutales.

—¿Qué les habéis dicho? Espero que nada de nuestro ejército.

El soldado negó con la cabeza con vehemencia.

—Nada de eso, Madre Confesora. Les dijimos que por esta zona corren proscritos y que éramos una pequeña patrulla que los busca. Luego les dijimos que no podrían cruzar el paso sin el permiso de nuestro comandante. Ahora esperan mi regreso.

—Muy bien pensado, Cynric.

—El cochero se llama Ahern. Se mostró belicoso e insistía en seguir adelante, hasta que le obligamos a obedecer a punta de espada. Entonces el viejo salió hecho una furia del coche y nos acusó de ser salteadores de caminos. Blandía el bastón contra nosotros como si pensara que de ese modo podría intimidarnos. Pero cuando lo apuntamos con nuestras flechas, decidió volverse a meter en el coche.

—¿Cómo se llama?

Cynric se cambió el peso de pierna y se rascó una ceja.

—Robin o Ruben o algo así. Un viejo pendenciero. Ruben. Sí eso es: Ruben Rybnik.

Kahlan suspiró al tiempo que sacudía la cabeza.

—No parecen espías, pero si la Orden Imperial los apresa y saben algo, los d'haranianos los obligarán a cantar. ¿Qué están haciendo en las montañas?

—El viejo nos contó que su esposa está enferma y que la lleva a los sanadores de Nicobarese. A mí me pareció que realmente estaba enferma; tenía los ojos en blanco.

—Bueno, dado que viajan por el camino que conduce al noroeste a través del paso del Jara, supongo que no pasarán cerca de la Orden. —Kahlan se apartó del rostro algunos mechones de su larga melena—. Pero antes de dejarlos ir tengo que hablar con ellos.

Antes de poder dar siquiera tres pasos, el sargento Frost apareció corriendo tras ella.

—¡Madre Confesora! Las cubas con cal están listas y las tiendas caldeadas.

Kahlan espiró ruidosamente. Su mirada se posó alternativamente en el sargento, en el centinela y en los demás hombres que esperaban pacientemente para hablar con ella o para pedirle instrucciones. Volvió a respirar hondo y dijo:

—Oye, Cynric, no puedo perder una hora de ida y otra de vuelta para hablar con esa gente. Lo siento, pero no puedo.

—Lo comprendo, Madre Confesora. ¿Qué debemos hacer?

La mujer se armó de valor para ordenar:

—Matadlos.

—¿Matarlos?

—Eso es. No podemos estar seguros de que sean quienes dicen ser, y esto es demasiado importante para preocuparnos por extraños que vayan por ahí. No podemos correr tal riesgo. Que tengan una muerte rápida e indolora.

Dicho esto, se volvió hacia el sargento Frost.

—Pero, Madre Confesora...

Kahlan miró por encima del hombro.

—El conductor, Ahern —explicó Cynric, recogiendo las riendas—, lleva un pase real.

—¿Un qué? —preguntó Kahlan, ceñuda, mientras se volvía.

—Un medallón que la misma reina Cyrilla le entregó. Dice que Ahern se portó como un héroe durante el sitio de Ebinissia y que, en recompensa por sus servicios, tiene paso franco en toda Galea.

—¿La reina en persona le entregó el pase?

—Así es. Estoy a vuestras órdenes, Madre Confesora, pero en virtud de ese medallón, Ahern goza de protección real.

Kahlan se frotó el mentón con las yemas de los dedos. Estaba tan cansada que apenas lograba pensar.

—Puesto que lleva un pase otorgado por la reina, debemos respetarlo. —Kahlan señaló con un dedo al centinela y añadió—: Pero dile que se aleje de aquí inmediatamente. Remarca que andan proscritos sueltos, que los estáis buscando y que, si volvéis a verlo a él o a su coche, supondréis que están confabulados con los proscritos y, en ese caso, tenéis órdenes de ejecutarlos enseguida. El camino a Nicobarese se dirige al noreste. Dile que lo siga y no se detenga hasta que esté a mucha distancia de aquí.

Cynric se llevó un puño al corazón, mientras Kahlan cogía del brazo al capitán Ryan y lo conducía a las tiendas que contenían las cubas llenas de cal. A su espalda oyó al centinela alejarse al galope hacia donde habían interceptado a los viajeros. Los demás hombres captaron la indirecta y no los siguieron.

Kahlan se soltó la correa que mantenía el manto cerrado. El termómetro marcaba por encima de cero y las nubes casi habían descendido hasta el suelo. La humedad empapaba el aire.

—Esta tarde caerá la niebla —comentó el capitán—. Esta noche no se podrá ver nada en el paso del valle. Me he criado en estas montañas —explicó ante la interrogadora mirada de la Confesora—. Cuando se produce un deshielo como éste en invierno, la niebla se apodera de los pasos al menos un par de días.

Kahlan contempló las laderas de las montañas que ascendían hacia las grises nubes.

—Será perfecto para lo que tengo en mente. Nos ayudará a aterrorizar al enemigo.

—¿Vais a decirme ya qué pensáis pintar?

Kahlan lanzó un cansado suspiro.

—He ideado varios planes contra objetivos que debemos destruir. Esta noche tendremos la mejor oportunidad para lograrlo, pues los cogeremos desprevenidos. Después de esta noche ya estarán alerta y no podremos lanzar más ataques sorpresa.

—Lo entiendo, y mis hombres también comprenden la importancia de esto. Lo harán bien.

—No debemos perder de vista cuál es nuestro propósito: matar al enemigo. Esta noche es posible que tengamos la única oportunidad de hacerlo. Debemos aprovecharla.

»¿Con cuántos espadachines contamos?

El capitán repasó los números en su cabeza.

—Casi dos mil. Menos de ochocientos arqueros y el resto son piqueros, lanceros y soldados de caballería, además de todo tipo de artesanos que necesita un ejército, desde conductores a fabricantes de flechas o herreros.

Kahlan asintió para sí.

—Quiero que escojas aproximadamente a mil espadachines, a los más fuertes, más temibles y más impacientes por luchar.

—¿Y qué hago con ellos?

—Los hombres, vestidos con los uniformes de los centinelas que habrán matado, explorarán el campamento enemigo, regresarán y nos informarán de la localización de los objetivos. Disponemos de hombres suficientes para cumplir las misiones asignadas a esos objetivos.

»Los espadachines servirán nuestro principal objetivo: matar enemigos. Primero se encargarán de los oficiales, si es que no han muerto ya envenenados, y después matarán a tantos hombres como puedan en el menor tiempo posible.

Ya habían llegado a la docena de tiendas montadas muy juntas en semicírculo. Kahlan comprobó cada una de ellas para asegurarse de que estaban equipadas tal como había ordenado. Acabada la comprobación, se quedó de pie fuera de la mayor de ellas y se encaró con el capitán Ryan.

—Bueno, ¿pensáis decirme ahora qué vamos a pintar?

—Sí. Al millar de espadachines.

El joven capitán se quedó atónito.

—¿Vamos a pintar hombres? Pero ¿por qué?

—Es muy sencillo. Los d'haranianos temen a los espíritus. Temen a los espíritus de los enemigos a

los que matan, razón por la cual arrastran los cuerpos de sus camaradas caídos lejos del campo de batalla, como en Ebinissia.

»Esta noche sus temores se harán realidad. Serán atacados por lo que más temen; espíritus.

—Pero se darán cuenta de que somos soldados con uniformes blancos. No se creerán que somos espíritus.

—No llevarán uniforme —replicó Kahlan—. Solamente llevarán su espada pintada de blanco al igual que su cuerpo. Se desnudarán justo antes de lanzar el ataque.

—¿Qué? —preguntó un boquiabierto Ryan.

—Quiero que selecciones ahora mismo a los espadachines y los reúnas aquí. Después, que entren en las tiendas, que se quiten la ropa y que se sumerjan en la cal. Una vez encalados, que se queden cerca de las rocas calientes hasta que se sequen. No tardarán mucho. Después pueden volver a vestirse, hasta el momento del ataque.

El capitán Ryan no daba crédito a lo que oía.

—Pero estamos en invierno. Se helarán si no llevan ropa.

—Disfrutamos unos días de bonanza. Además, el frío les recordará que deben atacar rápidamente y retirarse enseguida. No quiero que se eternicen en el campamento de la Orden Imperial. El enemigo no tardará mucho tiempo en recuperarse de la impresión inicial y rechazar a los invasores. Quiero que nuestros hombres ataquen, maten a unos aterrorizados d'haranianos y escapen.

»Como ya he dicho, los d'haranianos tienen miedo de los espíritus. Cuando vean lo que al principio tomarán por su peor pesadilla se quedarán pasmados. Su primer impulso será correr, no luchar. Se muere igualmente con una espada que te atravesase por la espalda o por el pecho. Algunos se quedarán paralizados sin saber qué hacer. E incluso los que se den cuenta de que los invasores son hombres de carne y hueso pintados de blanco y no espíritus, se quedarán unos momentos confundidos.

»Esos pocos segundos de confusión que se producirán cada vez que nos lancemos sobre un nuevo grupo bastarán para arrollarlos. En la batalla, muchas veces, un solo momento de indecisión marca la diferencia entre matar o morir.

»Los espadachines no deben entablar combate. Si los desafían, que corran a atacar a otros. Hay más que suficientes para matar. Sería un error malgastar energías combatiendo en toda regla, si se puede evitar. Nuestro objetivo es simplemente matar soldados. Cuando hayan caído los oficiales, da igual cuantos soldados mueran. No quiero que nuestros hombres luchen, a no ser que se vean obligados; no quiero que arriesguen su vida innecesariamente.

»Las órdenes son: lanzar un ataque relámpago, matar al mayor número posible de enemigos y escapar.

El capitán Ryan frunció el entrecejo, sumido en sus reflexiones.

—Nunca creí que diría esto, pero por descabellada que sea la táctica que sugerís, puede funcionar. A los hombres no les gustará ni pizca, pero acatarán las órdenes. Se lo explicaré y les reconciliaré un poco con la idea.

»Jamás había oído nada igual y estoy seguro de que el enemigo tampoco —prosiguió, esbozando una taimada sonrisa—. Desde luego, les sorprenderá.

Kahlan se sintió aliviada; el capitán se lo había tomado mejor de lo que ella pensaba.

—Bien. Me complace contar con el entusiasmo de un capitán del ejército de Galea y de la Tierra Central.

»Ahora quiero que sumerjas la silla y los arreos de mi caballo en la cal. Y, por favor, aposta algunos guardias fuera de esta tienda mientras yo estoy dentro.

—¿Vuestra silla? —inquirió el capitán con ojos desorbitados—. No pensaréis... Madre Confesora... No lo diréis en serio.

—Nunca pediría a mis hombres que hicieran algo que yo misma no esté dispuesta a hacer. Necesitan un comandante que los guíe en su primera batalla, y yo seré ese comandante.

El capitán Ryan dio un paso atrás. Estaba horrorizado.

—Pero, Madre Confesora... —objetó, dando nuevamente un paso al frente—... vos sois una mujer, y en modo alguno fea. —Involuntariamente le echó una rápida mirada de la cabeza a los pies—. De hecho sois..., Madre Confesora, perdonadme. —El capitán enmudeció.

—Son soldados con una misión. Hablad claro, capitán.

Ryan enrojeció hasta la punta de los cabellos.

—Son hombres jóvenes, Madre Confesora. Son... Bueno, no podéis esperar que... Son muy jóvenes. —El capitán movía la mandíbula como si tratara de hallar las palabras—. No podrán evitar sentirse excitados. Madre Confesora, os lo ruego. Será terriblemente embarazoso para vos. —Ryan se estremeció, esperando haberse expresado con suficiente claridad.

Kahlan le dirigió una leve sonrisa destinada a tranquilizarlo.

—Capitán, ¿conoces la leyenda de los shahari? —Ryan negó con la cabeza—. Cuando se forjaba la unión de las tribus y las tierras ahora llamadas D'Hara, el método de conquista se asemejaba mucho al que emplea la Orden Imperial; quien no estaba con ellos, estaba contra ellos. Los shahari se negaron a unirse a D'Hara y también se negaron a ser conquistados.

»Lucharon tan ferozmente, que las tropas de D'Hara llegaron a sentir verdadero terror ante ellos, aunque los superaban ampliamente en número. Nada gustaba más a los shahari que luchar. La idea de batirse en el campo de batalla les excitaba tanto, que iban al combate desnudos y, bueno,... físicamente excitados.

Kahlan alzó la vista y vio al capitán mirándola fijamente, boquiabierto.

—Todos los d'haranianos conocen la leyenda de los shahari —prosiguió la mujer—. Y siguen temiéndolos. Si nuestros hombres atacan y... —Kahlan carraspeó—... y eso ocurre, servirá para infundir más miedo a los soldados de la Orden.

»No obstante, no creo que les suceda. Tendrán cosas más importantes en mente, como por ejemplo, evitar que los maten. Y, si a alguno le ocurre, quiero que sepan que me complacerá, porque llenará de temor el corazón de nuestros enemigos.

Por fin el capitán alzó la vista del suelo y dijo, empujando nieve con las botas:

—Perdonadme, Madre Confesora, pero sigue sin gustarme. Os pondréis en peligro por nada.

—Eso no es cierto. Hay otras dos razones importantes por las que debo hacer esto. La primera es que, cuando anoche huí del campamento enemigo, me perseguían unos cincuenta hombres. Los d'haranianos no dudan de que esos hombres me darán caza y me matarán.

—¿Me estáis diciendo que corren por ahí cincuenta soldados del enemigo, buscándoos? —inquirió el capitán, súbitamente alarmado.

—Ya no. Todos están muertos. Pero sus compañeros no lo saben. Cuando me vean blanca como un espíritu creerán que me mataron, como debería haber sido, y que mi fantasma los ataca. Eso los asustará aún más.

—Todos los cincuenta... —El capitán alzó los ojos hacia ella para preguntar—. ¿Y la segunda razón?

Kahlan se quedó mirándolo fijamente un momento. Cuando habló, lo hizo muy suavemente.

—Cuando los hombres de la Orden Imperial me vean, tanto si me creen un fantasma o una mujer desnuda montada a caballo, clavarán los ojos en mí. Y, mientras me miren, no podrán matar a nuestros hombres. Pero ellos sí. Yo distraeré su atención.

El capitán seguía contemplándola sin abrir boca.

—Estoy dispuesta a sufrir cualquier situación embarazosa si con ello logro salvar la vida de uno solo de nuestros hombres. Debo hacerlo para ayudarlos y evitar que los maten.

El capitán clavó los ojos en el suelo y se metió las manos en los bolsillos.

—Nunca imaginé que la Madre Confesora se preocupara tanto por su gente —susurró—. Nunca imaginé que le importara tanto lo que pueda pasarnos. —Al fin osó levantar la mirada—. ¿Hay algo que pueda decir para disuadirlos?

Kahlan sonrió.

—Solamente hay un hombre en todo el mundo capaz de impedírmelo y no eres tú. —La mujer se rió suavemente—. De hecho, si supiera lo que estoy a punto de hacer, me lo prohibiría.

La curiosidad del capitán pudo más que su prudencia.

—¿Un hombre? ¿Vuestra pareja? —Kahlan negó con la cabeza—. Pues ¿quién va a ser vuestra pareja?

Kahlan suspiró, en modo alguno molesta.

—No. Es el hombre con el que voy a casarme. Al menos, eso espero. Me pidió que me casara con él. —La Confesora sonrió al ver el gesto de confusión que se pintaba en el rostro del capitán—. Se llama

Richard y es el Buscador.

El joven capitán, muy tenso, dijo casi sin aliento:

—Perdonadme si me meto donde no me llaman, pero yo creía que las Confesoras usaban su poder... bueno, que su magia... que no creía que pudieran... casarse.

—Y no pueden. Pero Richard es especial. Posee el don y mi poder no le afecta.

—Me alegro —dijo el capitán, sonriendo al fin—. Me alegro mucho por vos, Madre Confesora.

Kahlan enarcó una ceja.

—Pero si algún día lo conoces, ni se te ocurra decirle nada de esto sobre fingirnos espíritus. Tiene ideas bastante anticuadas. Si supiera que has permitido que vaya por ahí desnuda rodeada por miles de tus hombres, seguramente te cortaría la cabeza.

Kahlan se echó a reír al ver la expresión de alarma en el rostro del capitán.

—Capitán, necesito una espada.

—¡Una espada! ¿Es que también vais a luchar?

—Capitán, si estoy encima del caballo, desnuda, y un d'haraniano pretende deshonrarme, ¿cómo voy a defenderme si no tengo una espada?

—Oh, sí, entiendo.

El joven se quedó un momento silencioso y tuvo una idea que le iluminó la cara. Entonces desenvainó su propia espada y se la ofreció sujetándola con ambas manos. Era un arma antigua con el diseño de la hoja forjado a la antigua usanza y un grabado al ácido en la caña mostrando unos ondulados pliegues de acero.

—Esta espada me fue entregada por el príncipe Harold cuando fui nombrado oficial. Me dijo que perteneció a su padre, al mismísimo rey Wyborn. Dijo que el rey la había usado una vez en batalla. —Ryan se encogió de hombros con timidez—. Claro que un rey posee muchas espadas y usa muchas de ellas en batalla al menos una vez, por lo que puede decirse que han sido blandidas por un rey en defensa de su reino. De modo que no es que sea valiosa, ni mucho menos. No obstante —añadió, mirándola expectante—, sería un honor para mí que la aceptarais. Es lo justo, pues sois la hija del rey Wyborn. Es posible que posea algún tipo de magia que ayude a proteger vuestra vida.

Kahlan cogió cuidadosamente la espada.

—Gracias, Bradley. Esto significa mucho para mí. Te equivocas; es muy valiosa. La llevaré con honor, pero no me la quedaré. Cuando acabe aquí y parta hacia Aydindril, dentro de un par de días, te la devolveré. Entonces tendrás una espada que ha sido usada no sólo por un rey sino por la Madre Confesora.

El capitán sonrió, encantado con la idea.

—Y ahora, ¿podrías por favor apostar un guardia fuera de esta tienda? Y elige a los espadachines.

Ryan sonrió levemente y la saludó golpeándose el pecho con el puño.

—A vuestras órdenes, Madre Confesora.

Cuando Kahlan entró en la caldeada tienda, el capitán regresaba ya acompañado por tres soldados. Su rostro mostraba un ceño más severo que el que la Confesora había visto jamás en el semblante de un oficial.

—Y mientras la Madre Confesora esté tomando su baño, permaneceréis de espaldas a la tienda sin permitir que nadie se acerque. ¿Entendido?

—Sí, capitán —respondieron al unísono los tres soldados, con los ojos muy abiertos por el asombro.

Dentro, Kahlan dejó la espada apoyada en la cuba, se quitó primero el manto y luego el resto de la ropa. Estaba tan cansada que se sentía mareada y tenía el estómago revuelto. La cabeza le daba tantas vueltas, que tenía que luchar contra accesos de náusea.

La mujer arrastró los dedos por la cal. Era como un maravilloso baño de agua caliente. Pero no era ningún baño. Lentamente se metió dentro de la cuba y se sumergió en el agua blanca y suave como la seda. Sentía como si los senos le flotaran en la lechosa bañera. Durante unos breves minutos extendió los brazos a ambos lados de la cuba, cerró los ojos y se imaginó que estaba dándose un baño de agua caliente. Ojalá fuera un baño. Pero no lo era.

Era algo que debía hacer para salvar unas vidas y destruir otras. Iría de blanco, como era costumbre en la Madre Confesora, pero esta vez no llevaría el vestido.

Kahlan alzó la espada de su padre y mantuvo la empuñadura entre los senos, con la hoja rozándole

el cuerpo, contra el abdomen y entre las piernas. Entonces cruzó los tobillos y mantuvo las piernas separadas para evitar cortarse los muslos. Con la otra mano se tapó la nariz, cerró los ojos con fuerza, inspiró hondo y luego se sumergió por completo.

## 10

Richard y la hermana Verna continuaron a través de un oscuro, húmedo, frío y sofocante túnel de vegetación que ascendía por el camino levemente inclinado. Avanzaban hacia un lejano e inquietante sonido de flautas que sonaba como un zumbido. Las ramas, que no solamente sostenían sus propias hojas sino enredaderas de todo tipo, se enrollaban en espiral tanto por encima como a su alrededor, mientras que tenues cortinas de pálido musgo rellenaban los huecos que quedaban entre los troncos, a ambos lados del camino, e impedían el paso a la luz.

Cierto que a ambos lados se habían levantado muretes, probablemente para tratar de contener tan exuberante crecimiento, pero estaban siendo atrapados lentamente en él, envueltos en la frondosa maraña que avanzaba imparable. De entre las juntas en los bloques de piedra brotaban enredaderas que rodeaban y asfixiaban secciones enteras de muro, en otros puntos sobresalían e impulsaban hacia afuera a alguna ocasional piedra que quedaba colgando en un ángulo imposible, y que solamente la red de tallos impedía que cayera. Era como si esos muros fuesen las presas de un predador lento y pesado.

Solamente una parte de los muros había sido respetada por la vegetación: los cráneos humanos. Estaban colocados sobre los muros, a una distancia de aproximadamente un metro. Cada uno de ellos, totalmente pelado, descansaba sobre su propio cuadrado de piedra cubierta de líquen, como adornos de cuencas vacías y sonrisas descarnadas. Richard ya había perdido la cuenta del número de cráneos.

Ni la curiosidad que sentía, ni el temor que lo embargaba, lograban imponerse a su tenaz silencio. Ella y la Hermana no habían intercambiado ni media palabra desde su última discusión. Richard ni siquiera había dormido en el campamento con ella, sino que había pasado la guardia y el resto de la noche cazando y durmiendo con Gratch. El enojado silencio de la Hermana no podía competir con el del joven. Esta vez Richard no tenía ninguna intención de ser quien tratara de arreglar las cosas. Así pues, ambos se contentaban con evitar mirarse.

El camino se ensanchó y se abrió a la luz del sol. En la distancia se dividía alrededor de una pirámide estriada. Richard frunció el entrecejo, tratando de discernir qué le daba ese color marrón claro moteado con bandas más oscuras que ascendían por ambos lados a intervalos uniformes. Montado sobre *Bonnie*, calculó que debería de medir tres veces la altura de sus ojos.

Al acercarse más se dio cuenta de que el montículo estaba hecho enteramente con huesos. Huesos humanos. Las partes marrones moteadas eran cráneos, las bandas eran huesos de piernas y brazos dispuestos en capas con la punta hacia afuera. En esa ordenada pila debía de haber decenas de miles de cráneos. Al pasar junto a ella no pudo evitar mirarla fijamente, pero la hermana Verna no pareció darse ni cuenta.

Más allá de la pirámide de huesos, la carretera conducía a la plaza de una oscura y brumosa ciudad enclavada en el corazón del denso bosque. La urbe se alzaba en la llana cumbre de una colina en la que se habían talado todos los árboles, al igual que en los campos en terrazas que habían dejado atrás menos de una hora antes.

Los campos se veían listos para la siembra, con la tierra recién arada y con espantapájaros ya plantados para ahuyentar a las aves cuando la simiente estuviera en la tierra. Pese a hallarse en invierno, la gente de ese lugar sembraba. A Richard se le antojó un milagro.

La vegetación que rodeaba la ciudad se detenía bruscamente a las puertas de la misma, lo cual debería conferirle sensación de espacio, pero sucedía todo lo contrario. Parecía más cerrada y oscura que la encajonada carretera. Los edificios eran estructuras cuadradas con tejados planos, recubiertos de un lúgubre enlucido del color de la corteza de un árbol. Cerca de los tejados y en cada piso, de los muros revocados sobresalían los extremos de los troncos que sostenían la estructura. Las ventanas eran pequeñas, y no más de una se abría en cada muro. Los edificios variaban en altura —los más altos eran de

cuatro pisos—, pero la mayoría de ellos tenía forma de bloques irregulares. La única variación de estilo radicaba en la altura.

Tanto el cielo como los edificios que se alzaban en la distancia se veían oscurecidos por la bruma y el humo de las hogueras. La plaza no parecía ser otra cosa que un espacio abierto alrededor de un pozo en el centro, y era el único lugar abierto de toda la ciudad. En ella desembocaban oscuras callejas delimitadas por muros lisos, formando abismos creados por la mano del hombre. Por encima de sus cabezas, muchos de los edificios con forma de bloque cruzaban las calles, convirtiéndolas en lóbregos túneles y, allí donde no existían, colgaba ropa puesta a secar en cuerdas sujetas de una a otra ventana. El pavimento de algunas calles era de adoquines, aunque la mayoría no era más que barro por el que corrían aguas fétidas.

Gente vestida con ropa gris muy holgada atestaba las estrechas calles. Todos caminaban descalzos por el barro, miraban con los brazos cruzados o estaban sentados formando corrillos en los portales. Mujeres que acarreaban cántaros de arcilla sobre la cabeza, ayudándose con una mano para mantener el equilibrio, se arrimaron a los muros para dejar pasar a los tres caballos. Iban y venían del pozo sumidas en un indiferente silencio, sin prestar atención ni a Richard ni a la hermana Verna.

Unos pocos ancianos se veían sentados en amplios portales o recostados contra los muros. Los hombres llevaban sombreros semejantes a sombreros de copa pero más bajos, sin ala, redondos y oscuros, con extrañas marcas de colores claros que parecían haber sido pintadas con los dedos. Muchos fumaban pipas de tubo muy delgado. Las conversaciones cesaban al paso de Richard y la hermana Verna, y todos observaban con fijeza el avance de los dos forasteros y sus tres caballos. Algunos se tironeaban despreocupadamente los largos pendientes que les colgaban de la oreja izquierda.

La hermana Verna abría la marcha por las callejuelas, internándose cada vez más en el laberinto de monótonos edificios. Cuando al fin llegaron a una calle más amplia, pavimentada con adoquines, se detuvo, se volvió hacia él y le advirtió en voz baja:

—Esta gente son majendie. Habitan una boscosa y vasta franja de tierra en forma de media luna. Tenemos que atravesar su país en toda su longitud hasta llegar a la punta de la media luna. Los majendie adoran a los espíritus. Los cráneos que vimos a la entrada de la ciudad son sacrificios humanos.

»Pese a que sostienen creencias estúpidas y censurables, nosotros no podemos cambiarlas. Tenemos que atravesar su país. Si no haces lo que te piden, nuestros cráneos irán a parar a la pirámide.

Richard se negó a darle la satisfacción de responderle ni de discutir con ella. Se limitó a quedarse sentado con las manos cruzadas sobre la perilla de la silla y observarla impassible hasta que, al fin, la Hermana le dio la espalda y reemprendió la marcha.

Después de pasar por debajo de un edificio que cruzaba la calle, entraron en una plaza abierta un tanto destartalada. Tal vez un millar de hombres deambulaban por ella o formaban corrillos. Al igual que los otros hombres que había visto, todos llevaban un largo pendiente, pero esta vez en la oreja derecha y no en la izquierda. Asimismo llevaban espadas cortas y fajas negras. Pero, a diferencia de los anteriores, no se cubrían la cabeza rapada.

Hacia el centro, aunque algo apartada, se alzaba una plataforma sobre la que había sentados en círculo un grupo de hombres con las piernas cruzadas mirando hacia adentro alrededor de un grueso poste. De allí provenía la inquietante melodía. Mujeres vestidas de negro se sentaban en círculo alrededor de los hombres, mirando hacia afuera.

De pie, con la espalda contra el poste, una mujer corpulenta ataviada con prendas negras que ondeaban, deslizó hacia arriba el dorso de la mano para asir un nudo en el extremo de una cuerda que colgaba de una campana. Mientras observaba cómo Richard y la hermana Verna entraban en la plaza, tañó la campana una sola vez. La Hermana se detuvo bruscamente al tiempo que el penetrante repique flotaba en el aire, haciendo enmudecer a los hombres y animando a los flautistas a tocar más rápido.

—Es un aviso dirigido a los espíritus de sus enemigos —le explicó la Hermana—. También es una llamada a los guerreros presentes; los hombres que llenan la plaza. Los espíritus ya han sido advertidos, y los guerreros congregados. Si la campana suena de nuevo, estamos muertos. —Richard no se inmutó—. Es un ritual de sacrificio para aplacar a los espíritus.

Algunos hombres se acercaron a ellos y se hicieron cargo de las riendas. Las mujeres de negro sentadas en círculo se pusieron de pie y empezaron a bailar y girar al ritmo de la inquietante música. Cuando la hermana Verna miró a Richard con deliberada fijeza, vio que tenía la espada presta para

desenvainarla. La mujer suspiró y desmontó. Tuvo que carraspear airadamente para que Richard la imitara.

Verna se abrigó con su delgada capa mientras le hablaba sin perder de vista a las mujeres de negro que revoloteaban alrededor del poste y a la mujer del centro.

—El país de los majendie forma una media luna alrededor de un bosque pantanoso en el que viven sus enemigos. Son salvajes que jamás nos permitirían cruzar tan hostil entorno y mucho menos guiarnos. Incluso si lográramos evitarlos, nos perderíamos irremediabilmente. La única manera de llegar al Palacio de los Profetas, que está situado más allá de la tierra de estos salvajes, es rodearlos por la media luna que pertenece a los majendie. Nuestro destino se halla entre los vértices de esa media luna, y más allá de los salvajes que ocupan el centro.

La Hermana le echó una rápida mirada para asegurarse de que al menos le prestaba atención antes de proseguir.

—Los majendie están en guerra permanente contra los salvajes que viven en el bosque pantanoso. Para que nos permitan atravesar su tierra, debemos demostrarles que somos aliados suyos y de sus espíritus, y que estamos en contra de su enemigo.

»Los cráneos que vimos pertenecen a enemigos que los majendie sacrificaron a sus espíritus. Para que nos dejen pasar, es preciso que los ayudemos en un sacrificio. Los majendie creen que todos los hombres llevan en su interior la semilla de la vida y un alma otorgada por los espíritus. Y, además de eso, para ellos, los poseedores del don tienen un vínculo especial y directo con los espíritus. Así pues, si un muchacho poseedor del don bendice un sacrificio, creen que lo santifica y que los espíritus derramarán su gracia sobre todos los majendie. Creen que ese sacrificio insufla vida, vida divina, a su pueblo.

»Cuando llevamos a los muchachos a palacio, los majendie nos exigen que el joven participe, pues creen que de este modo su espíritu se une con los de los majendie. Asimismo con esa ceremonia se aseguran de que sus enemigos odien a los magos, pues ayudan a los majendie, y que nunca cooperarán con ellos. De este modo los majendie creen que les niegan un canal divino al mundo de los espíritus.

Todos los hombres presentes en la plaza desenvainaron sus espadas cortas y las dejaron en el suelo, con la punta hacia la mujer situada en el centro. Luego se arrodillaron e inclinaron las relucientes calvas.

—La mujer que ha tañido la campana, la que está en el centro, es la Madre Reina, su líder. Posee un vínculo de unión con los espíritus femeninos y representa a los espíritus de fertilidad en este mundo. Es la encarnación del receptáculo de la semilla divina del mundo de los espíritus.

Las bailarinas de negro formaron en fila y echaron a andar hacia Richard y la Hermana, alejándose de la plataforma.

—La Madre Reina nos envía sus representantes, que te conducirán al lugar del sacrificio. —La hermana Verna alzó la vista hacia el joven y empezó a jugar con una esquina de la capa—. Tenemos suerte, pues esto significa que ya poseen a una víctima. Si no la tuvieran, tendríamos que esperar semanas o incluso meses hasta que capturaran a un enemigo.

Richard no dijo nada.

La Hermana dio la espalda a las mujeres que se acercaban y lo miró a la cara.

—Te llevarán donde guardan al prisionero y allí te invitarán a que des tu bendición. Si no lo haces, te sacrificarán antes que al prisionero.

»Para bendecir el sacrificio tienes que besar el cuchillo sagrado que te ofrecerán. No tendrás que matar tú mismo al prisionero. Lo único que debes hacer es besar el cuchillo como símbolo de que los espíritus bendicen el sacrificio, y ellos lo matarán. Pero tendrás que mirar cómo lo hacen, para que de este modo los espíritus contemplen el sacrificio a través de tus ojos. —La mujer echó un vistazo por encima del hombro a las mujeres que se aproximaban y sentenció—: Son creencias blasfemas.

Dicho esto, lanzó un suspiro de resignación y miró de nuevo al joven a la cara. Richard cruzó los brazos y clavó en ella una iracunda mirada.

—Richard, sé que todo esto no te gusta, pero ha servido para mantener la paz entre nosotras y los majendie durante tres mil años. Aunque suene paradójico, salva más vidas de las que cuesta. Los salvajes enemigos de los majendie también luchan contra nosotras. De vez en cuando, tanto el palacio como el civilizado pueblo del Viejo Mundo sufren sus incursiones y sus crueles ataques.

«No es de extrañar», pensó Richard, pero se guardó su opinión para sí.

La hermana Verna se hizo a un lado para colocarse junto a él mientras las mujeres de negro se

agrupaban frente a ambos. Todas eran ya maduras —tal vez tenían ya edad de ser abuelas— y corpulentas. Las prendas negras las cubrían por completo, incluyendo el pelo, y dejaban sólo a la vista sus arrugadas manos y rostros.

Una de ellas se apretó contra la barbilla la basta tela negra con unos nudosos dedos, y saludó a la Hermana con una inclinación de cabeza.

—Bienvenida, mujer sabia. Los centinelas nos avisaron de vuestra llegada hace casi un día. Nos alegra teneros entre nosotros, pues es tiempo de realizar el sacrificio de la siembra. Aunque no esperábamos vuestra llegada, será un gran homenaje a los espíritus que nuestro sacrificio sea bendecido.

La anciana, que apenas llegaba a Richard al esternón, miró al joven de arriba a abajo.

—¿Éste es el hombre mágico? No es un muchacho —dijo a la hermana Verna.

—Nunca habíamos llevado a alguien tan mayor al palacio de las mujeres sabias —admitió la Hermana—, pero es un hombre mágico, igual que los demás.

—Es demasiado mayor para impartir la bendición —afirmó la anciana mirando a Richard a los ojos. Éste le devolvió la mirada sin expresar ninguna emoción.

—Es un hombre mágico —repitió la Hermana, más tensa.

La anciana le dirigió un gesto de asentimiento, pero insistió.

—Es demasiado mayor para limitarse a mirar mientras otros realizan el sacrificio. Tendrá que hacerlo él personalmente. Tiene que ofrecer nuestro sacrificio a los espíritus por su propia mano. Llévalo adonde la víctima aguarda —ordenó a una de sus compañeras.

La aludida inclinó la cabeza, se avanzó e indicó por gestos a Richard que la siguiera. La hermana Verna le tiró de la manga de la camisa. Richard percibió el calor de la magia que irradiaba de los dedos de la mujer y le subía por los brazos para confluír en una desagradable sensación de hormigueo en el cuello, debajo del rada'han.

—Richard —susurró—, no oses blandir el hacha esta vez. No sabes qué echarías a perder.

Richard la miró a los ojos antes de darse media vuelta sin decir ni palabra.

La gruesa anciana lo condujo por una lodosa calle en la que había viejos sentados en los portales, que los observaban, y luego torció por una callejuela. Al llegar al final se agachó para pasar por una baja entrada. Richard casi tuvo que inclinarse por la cintura para seguirla.

Dentro, el suelo estaba cubierto por alfombras de intrincado diseño aunque de colores apagados. El único mobiliario consistía en varios arcones bajos con tapas de piel sobre los que ardían lámparas de aceite. Había cuatro hombres con la cabeza rapada acucillados sobre las alfombras, dos a cada lado de un pasillo separado por pesados tapices en vez de puerta. Sobre las rodillas tenían lanzas cortas con afilada punta de hierro en forma de hoja. En el techo, inesperadamente alto, flotaba una nube de humo de pipa.

Los cuatro hombres se pusieron de pie y saludaron con una inclinación de cabeza a la anciana. Ésta les devolvió el saludo y empujó a Richard hacia adelante.

—Aquí os traigo al hombre mágico. Puesto que ya es adulto, la Madre Reina ordena que ofrezca el sacrificio a los espíritus con sus propias manos.

Todos expresaron con gestos de asentimiento y sonrisas que lo juzgaban una sabia decisión, y pidieron a la anciana que dijera a la Madre Reina que así se haría. La mujer de negro les deseó buena fortuna, tras lo cual se agachó para salir, cerrando tras ella la puerta de basta madera de pino.

Una vez que se hubo ido, los hombres sonrieron de oreja a oreja, y todos dieron palmaditas a Richard en la espalda como para convertirlo en uno más de ellos. En la nuca de uno de los hombres se formaron pliegues de carne cuando se volvió para echar un vistazo al pasadizo cubierto por el tapiz. A continuación, pasó un brazo por encima de Richard y le dio un fuerte apretón con los dedos.

—Eres muy afortunado, chico. Te gustará lo que te tenemos preparado. —Su astuta sonrisa reveló que le faltaba un diente de la hilera inferior—. Ven con nosotros. Te prometo que va a gustarte. Hoy te harás hombre si es que aún no lo eres —añadió con una sonora risita. Sus tres compañeros también rieron.

Los tres apartaron a un lado el tapiz y cogieron una de las lámparas para iluminarse. El último de ellos dio una palmadita a Richard en la espalda, animándolo así a que avanzara. Todos reían, anticipando la reacción del joven.

La habitación contigua era muy parecida a la anterior, excepto porque faltaba el humo de pipa. Los hombres fueron guiando a Richard por una serie de habitaciones, todas ellas completamente vacías salvo por algunas alfombras tiradas aquí y allí. Por fin se arrodillaron ante el último pasadizo tapado, plantaron

los extremos de las lanzas en el suelo y, apoyándose en ellas con una mano, se inclinaron hacia el joven. Todos esbozaban una misma sonrisa maliciosa.

—Ahora cuidado, chico. No te precipites. No pierdas la cabeza y te lo pasarás en grande con la salvaje.

Nuevamente se rieron entre dientes, compartiendo una broma privada, mientras apartaban a un lado el tapiz y entraban en una pequeña habitación cuadrada con el suelo desnudo y sucio. El techo medía al menos la altura de tres pisos. Arriba, una única ventana abierta en un muro iluminaba la celda con tenue luz. El lugar olía al orinal situado a un lado.

En el extremo izquierdo de la celda se veía a una mujer desnuda en cuclillas. Al ver a los hombres, trató de alejarse lo más posible. Se encogió rodeándose las rodillas con los brazos.

Estaba cubierta por marcas, cortes y moretones. Una larga mata de pelo negro crespo enmarcaba un mugriento semblante. La mujer entrecerró sus ojos negros en señal de odio al ver a los cuatro hombres. Por las socarronas sonrisas de éstos, era evidente que los conocía muy bien.

Alrededor del cuello llevaba un grueso collar de hierro unido por una gruesa cadena a una sólida anilla de la pared.

Los hombres se desplegaron por la celda y se pusieron en cuclillas con la espalda pegada al muro. Con una mano sostenían la lanza derecha entre las rodillas. Richard los imitó y se agachó con la espalda contra el muro, a la derecha de la mujer.

—Deseo hablar con los espíritus —dijo. Los cuatro hombres le miraron, parpadeando—. Debo preguntarles cómo quieren que realice el sacrificio.

—Sólo hay un modo de hacerlo —replicó el hombre al que le faltaba un diente—. Tienes que cortarle la cabeza. Ahora que lleva el collar alrededor del cuello, es el único modo de sacarla. Tienes que separarle la cabeza del tronco.

—No obstante, debe hacerse tal como los espíritus desean. Tengo que hablar con ellos para saber cómo quieren que lo haga exactamente y así... complacerlos.

Los hombres consideraron sus palabras. El tipo al que le faltaba un diente rumiaba, haciendo rodar la lengua dentro de la boca. Al fin, el rostro se le iluminó:

—La Madre Reina y sus servidoras beben *juka* para hablar con los espíritus. Puedo traerte un poco de *juka* para que tú también puedas hablar con ellos.

—Muy bien. Traedme *juka*, hablaré con los espíritus y haré lo que me digan. No querría cometer un error que arruinara vuestro sacrificio de la siembra.

Los hombres estuvieron de acuerdo en que era una petición muy sensata teniendo en cuenta que Richard debía realizar él mismo el sacrificio y no sólo bendecirlo. Uno de los hombres corrió a cumplir el encargo.

Los otros tres esperaron en silencio, contemplando lascivamente a la mujer. Ésta, acurrucada en una esquina, acercó más los pies al cuerpo para cubrirse y los fulminó con la mirada.

Uno de los hombres se sacó de un bolsillo una pipa con el tubo muy delgado así como una larga astilla. Después de prender la astilla en la llama de la lámpara, la usó para encender la pipa. Mientras fumaba, contemplaba a la prisionera de un modo muy íntimo. La mujer alzó la barbilla en gesto de desafío y lo miró airadamente. El humo flotaba en la penumbra, mientras que el hombre daba chupadas cada vez más rápidas.

Richard esperaba agachado contra el muro, con los brazos cruzados sobre el regazo de modo que no se viera que tenía la mano derecha muy cerca de la empuñadura de la espada. Cuando al fin el cuarto hombre regresó, sostenía con ambas manos un recipiente redondo de arcilla con una pequeña abertura arriba y símbolos blancos pintados a los lados.

—La Madre Reina y sus servidoras están de acuerdo y te envían la *juka* para que llames a los espíritus. Cuando la bebas, los espíritus vendrán a ti. —El hombre dejó el recipiente frente a Richard, se sacó un cuchillo del cinto y se lo tendió por el mango de malaquita verde. El mango estaba tallado con figuras en poses obscenas—. Éste es el cuchillo sagrado que se usa en los sacrificios.

Cuando Richard tomó el cuchillo de robusta hoja y se lo metió en el cinto, el hombre fue a reunirse con sus compañeros, en cuclillas contra el muro.

El que se hallaba más cerca de la mujer, al otro lado, parecía muy complacido de que la Madre Reina hubiese enviado la *juka*. Guiñó un ojo a Richard con gesto de complicidad y luego alzó la punta de

su lanza hacia el rostro de la prisionera.

—El hombre mágico ha venido para ofrecerte a los espíritus. —El hombre sonrió a Richard para darle ánimos antes de continuar—, pero antes le gustaría regalarte la semilla otorgada por los espíritus. —La prisionera no se movió. La sonrisa del hombre se transformó en expresión despectiva, golpeó el suelo con la punta roma de la lanza y exclamó—: ¡No insultes a los espíritus! ¡Acepta el regalo! Vamos —añadió con un quedo gruñido.

Sin apartar los ojos de él, la mujer se desenroscó y se tumbó de espaldas sobre el suelo de tierra. Seguidamente se abrió de piernas y lanzó a Richard una veloz mirada de desafío. Era evidente que conocía las consecuencias de negarse a los deseos de esos hombres.

El hombre se levantó de un salto y le clavó la lanza en el muslo. La mujer gritó y se encogió.

—¡Ya sabes cómo hacerlo! ¡No nos insultes! ¡No somos estúpidos! ¡Hazlo como es debido! —le ordenó, haciendo gesto de atravesarla de nuevo.

La única reacción de Richard fue curvar los dedos en torno a la empuñadura de la espada. La mujer, haciendo caso omiso de la herida en el muslo que le sangraba, se dio la vuelta, se puso de rodillas y alzó el trasero al aire.

Los hombres rieron entre dientes.

—No te aconsejo que goces de ella cara a cara —le dijo el hombre al que le faltaba un diente—. Muerde. —Los demás asintieron—. Móntala de espaldas y sujétala por el pelo. De este modo no te podrá morder y podrás hacerle lo que quieras.

Los hombres esperaban. Ni Richard ni la mujer se movieron.

—¿Es que no lo veis, idiotas? —les espetó la prisionera—. ¡No quiere montarme como un perro delante de todos vosotros! Es tímido —añadió, lanzando a Richard una sonrisa burlona, con la cara pegada a la tierra—. Le da vergüenza que veáis la cosita mágica tan pequeña que tiene.

Todos los ojos estaban posados en él. Richard apretaba con tanta fuerza la empuñadura, que tenía los nudillos blancos. Hizo un esfuerzo para poner cara inexpresiva pese a la cólera de la espada que lo abrasaba por dentro. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma pues sabía que no conseguiría nada dando rienda suelta a la rabia.

Uno de los hombres dio un codazo a un compañero y se rió.

—Quizá la mujer tiene razón. Es joven todavía. Es posible que no esté acostumbrado a que otros sean testigos de su placer.

Los límites que contenían su furia estaban a punto de reventar. Richard se concentró en impedir que la mano le temblara y se mantuviera firme. Entonces alzó hacia los hombres el recipiente con la *juka*.

—Los espíritus desean hablarme de asuntos muy importantes —dijo, haciendo ímprobos esfuerzos para hablar con voz calmada.

Todas las sonrisas se marchitaron. Sabían que era un hombre mágico, pero era mayor que los niños que acostumbraban a ver. No tenían ni idea de cuál podría ser su poder y era evidente que la cuestión los inquietaba. Y también les inquietaba su excesiva calma, que ocultaba la tormenta.

—Debemos dejarlo solo con su deber —dijo uno de los hombres—. Vámonos para que hable con los espíritus y goce de la salvaje, si quiere, antes de inmolarla. —El hombre inclinó hacia Richard su reluciente calva—. Te dejamos en paz. Te esperaremos en la primera habitación.

Con rostro solemne los cuatro hombres se marcharon precipitadamente. Cuando estuvo segura de que ya estaban lejos, la mujer le escupió, arqueó la espalda como una gata en celo y alzó aún más el trasero en el aire.

—Ahora puedes montarme como el perro que eres. Ven, hombre mágico, demuestra lo que puedes hacerle a una mujer encadenada. No será peor que lo que ya me han hecho esos mal nacidos. —La mujer volvió a escupirle—. Todos sois unos perros.

Richard estiró una pierna y empujó la cadera de la mujer hacia abajo con un pie.

—Yo no soy como ellos —se defendió.

La prisionera rodó sobre su espalda, abrió brazos y piernas y le lanzó una mirada de desprecio.

—¿Ah no? ¿Prefieres tomarme así, para demostrar que eres mejor que ellos?

Richard apretó los dientes.

—Basta ya. No estoy aquí para eso.

La mujer se incorporó y alzó el mentón, pero súbitamente sus ojos se llenaron de terror.

—¿Piensas sacrificarme ya mismo?

Richard se dio cuenta de que con una mano aferraba aún la empuñadura de la espada. Se había olvidado de mantener una expresión calmada. Entonces apartó la mano, logrando que la magia se desvaneciera y su cólera se calmara. Seguido por la mirada de la mujer, Richard vertió la *juka* al suelo de tierra.

—Voy a sacarte de aquí. Me llamo Richard. ¿Cómo te llamas tú?

—¿Para qué quieres saberlo? —inquirió ella, entrecerrando los ojos.

—Bueno, si voy a sacarte de aquí, tengo que saber cuál es tu nombre. No puedo llamarte «mujer».

La prisionera lo midió con la mirada un momento.

—Me llamo Du Chaillu.

—¿Te llaman Du o Chaillu? ¿O Du Chaillu?

—Me llamo Du Chaillu —replicó la mujer con un frunce de confusión.

Richard la tranquilizó con una sonrisa.

—Perfecto, Du Chaillu. ¿Quién es tu gente? ¿Cómo se llama tu pueblo?

—Baka ban mana.

—¿Qué significa baka ban mana?

—Quienes no tienen señor —contestó ella, orgullosa.

Richard sonrió para sí.

—Creo que eres digna representante de tu pueblo. No me imagino que te dejes dominar.

Du Chaillu examinó los ojos del joven con el mismo gesto de orgullo que antes.

—Pese a lo que dices, tienes intención de montarme como los otros.

—No. Ya te he dicho que no lo haría. Voy a tratar de sacarte de aquí y llevarte de regreso con los tuyos.

—Ningún baka ban mana capturado por los majendie regresa nunca.

—Pues tú serás la primera.

Richard desenvainó la espada. Du Chaillu retrocedió presurosa hacia el muro, se llevó las rodillas al pecho y ocultó el rostro. El joven se dio cuenta de que había interpretado mal su acción y se temía lo peor.

—Tranquila, Du Chaillu. No voy a hacerte daño. Sólo quiero quitarte ese collar.

La mujer se encogió ante él pero entonces, como si se avergonzara de su temor, alzó la cabeza y le escupió.

—Sí, cortándome la cabeza. Mientes. Quieres matarme y esperas que te ofrezca el cuello sin resistirme.

Richard se limpió con la manga el escupitajo que le había alcanzado a un lado de la frente. Acto seguido alargó una mano y la posó en un hombro de la mujer para tratar de calmarla.

—No, no voy a hacerte ningún daño. Pero tengo que usar la espada para quitarte el collar. ¿Cómo, si no, esperas que te saque de aquí? No te pasará nada, ya lo verás. ¿Dejas que te lo quite?

—¡Las espadas no cortan el hierro!

Richard enarcó una ceja.

—Las mágicas sí.

La mujer cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración mientras él le pasaba un brazo por encima del hombro y la empujaba para ponérsela sobre el regazo, boca abajo. Entonces colocó la punta de la espada a un lado del cuello de la prisionera. Había visto otras veces a la *Espada de la Verdad* cortar hierro y sabía que con su magia también esta vez lo lograría. La mujer se mantenía totalmente inmóvil al tiempo que Richard deslizaba la espada bajo la pesada argolla de hierro.

De repente, lo atacó. En un abrir y cerrar de ojos los dientes de la prisionera se cerraron en torno al brazo izquierdo de Richard, presionándole los nervios.

Richard se quedó paralizado. Sabía que si trataba de retirar violentamente el brazo, los dientes de Du Chaillu le desgarrarían el músculo del hueso. Aún empuñaba con la mano derecha la espada, y la cólera que emanaba de ésta latía con fuerza en todo su ser. Richard utilizó esa ira para ayudarse a controlar el dolor y permanecer muy quieto.

Teniendo como tenía la espada bajo el collar, sería muy sencillo girarla y clavársela a Du Chaillu. Si le cortaba la garganta y la cabeza, liberaría el brazo. La implacable mordedura le causaba un dolor insoportable.

—Du Chaillu —logró decir entre dientes—, suéltame. No voy a hacerte ningún daño. Si ésa fuera mi intención, podría cortarte ahora mismo la cabeza para soltarme.

Tras un largo momento de absoluto silencio en el que solamente se oyó la agitada respiración del joven, Du Chaillu relajó la presión que ejercía con los dientes, pero sin soltarle el brazo del todo.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ayudarme? —preguntó, ladeando ligeramente la cabeza y alzando los ojos hacia él.

Richard clavó la mirada en esos oscuros ojos. Decidió arriesgarse y alejó la mano de la empuñadura, tras lo cual se la llevó hacia el cuello y rozó con los dedos el frío metal del rada'han.

—Yo también soy un prisionero. Yo también sé qué es que te sujeten con un collar. No me gustan los collares. Aunque yo no puedo liberarme con la espada, sí que puedo liberarte a ti.

Du Chaillu le soltó el brazo e inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo contemplaba con ceño.

—Pero tú eres un hombre mágico.

—Justamente por eso me hicieron prisionero. La mujer que me acompaña me conduce a un lugar llamado el Palacio de los Profetas. Dice que, si no voy allí, la magia me matará.

—¿Tú eres uno de los que van con las brujas? ¿De los que viven en la gran casa de piedra de las brujas?

—No es una bruja sino una mujer que también posee magia, como yo. Ella me puso este collar para obligarme a ir con ella.

Los ojos de Du Chaillu recorrieron rápidamente el rada'han.

—Si me liberas, los majendie no te permitirán que cruces su tierra para llegar hasta la gran casa de piedra.

—Bueno —replicó Richard con una leve sonrisa—, yo esperaba que, si te ayudo a regresar con tu gente, nos permitirías que atravesáramos tu tierra y nos guiarías, para así llegar a nuestro destino.

La mujer esbozó una astuta sonrisa.

—Podríamos matar a la bruja —sugirió.

—No. Yo no mato a nadie a no ser que me vea obligado a ello. De todos modos, no serviría de nada. Tengo que llegar hasta el palacio para librarme de este collar. Si no llego, moriré.

Du Chaillu apartó los ojos. Richard esperó mientras la mujer examinaba su celda.

—No sé si dices la verdad o si piensas degollarme. —Suavemente, le frotó el brazo donde lo había mordido—. Pero, de todos modos iba a morir sin remedio. Al menos, si me matas, ninguno de esos perros volverá a montarme. Si dices la verdad, estaré libre, pero tendremos que escaparnos de los majendie.

Richard le guiñó un ojo.

—Tengo un plan. Al menos, podemos intentarlo.

—Si me matas, los majendie estarían contentos contigo y podrías llegar a ese palacio. ¿No tienes miedo de que te maten?

—Sí. Pero aún tengo más miedo de vivir el resto de mi vida imaginándome tus bonitos ojos y deseando haberte ayudado.

Du Chaillu lo miró largamente de soslayo.

—Es posible que seas un hombre mágico, pero no puede decirse que seas muy listo. Un hombre listo pensaría ante todo en su seguridad.

—Yo soy el Buscador.

—¿Qué es eso?

—Es una historia muy larga. Pero supongo que significa que hago todo lo que está en mi mano para procurar que la verdad prevalezca y que se imponga la justicia. Esta espada es mágica y me ayuda en tal empresa. Es la *Espada de la Verdad*.

Du Chaillu respiró hondo y, finalmente, volvió a posar la cabeza en el regazo de Richard.

—Inténtalo o mátame. De todos modos, ya estaba muerta.

Richard la tranquilizó con una palmadita en su mugrienta espalda desnuda, mientras le advertía:

—Ahora estate quieta.

Con una mano agarró con firmeza el collar que la mujer llevaba al cuello, mientras que con la otra, la derecha, por la que la magia fluía en su interior, impulsó con todas sus fuerzas la espada hacia arriba.

Se oyó un fuerte crujido y el hierro se hizo añicos. Fragmentos metálicos calientes rebotaron contra los muros. Uno bastante grande giró en el suelo de tierra como una peonza, hasta que por fin se bamboleó

y cayó. Sobrevino el silencio. Richard contenía la respiración, rezando para que ninguno de los fragmentos de metal le hubieran cortado la garganta a la mujer.

Du Chaillu se incorporó y, con ojos muy abiertos, se palpó el cuello. Al comprobar que no tenía ninguna herida, sonrió de oreja a oreja.

—¡Ya no lo llevo! ¡Me has quitado el collar y conservo la cabeza!

Richard fingió sentirse indignado por la duda.

—Ya te lo dije. Ahora tenemos que salir de aquí. Vamos, sígueme.

El joven la guió por las diferentes celdas, regresando por donde había entrado. Al llegar a la última habitación en la que los hombres esperaban, la conminó al silencio con un dedo sobre los labios y le dijo que se estuviera quieta y que lo esperara.

Du Chaillu cruzó los brazos bajo sus pechos desnudos.

—¿Por qué? Yo voy contigo. Dijiste que me sacarías de aquí.

Richard lanzó un suspiro de exasperación.

—Voy a conseguirte alguna ropa. No puedes salir de aquí... así —Richard hizo un ademán para indicar su desnudez.

La mujer descruzó los brazos y se miró.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo? No tengo tan mala figura. Muchos hombres me han dicho que...

—Pero ¿qué es lo que pasa con vosotros? —susurró Richard acaloradamente—. ¡He visto a más gente desnuda desde que abandoné mi país natal el pasado otoño que en toda mi vida! Y no os parece importar lo más mínimo que...

—Tienes la cara roja —lo interrumpió la mujer, sonriendo.

Richard gruñó, apretando los dientes.

—¡Espérame aquí!

—Esperaré —repuso ella, sonriendo de nuevo.

En la otra habitación los cuatro hombres se pusieron de pie de un salto al verlo aparecer por la abertura tapada con una tela. Richard no les dio tiempo a preguntar nada.

—¿Dónde está la ropa de la mujer?

Los hombres se miraron entre sí, confusos.

—¿Su ropa? ¿Para qué quieres su...

—¡Quién eres tú para cuestionar a los espíritus! —exclamó Richard, avanzando con agresividad hacia quien había hablado—. ¡Obedeced! ¡Dadme su ropa!

Los cuatro retrocedieron, le echaron una rápida mirada y luego se encaminaron a los bajos arcones. Una vez allí apartaron las lámparas, abrieron las tapas y hurgaron en su interior lleno de ropa.

—¡Aquí están! ¡Las he encontrado! —exclamó uno de ellos. Sostenía en la mano una prenda marrón claro de lino delicadamente tejido y de la que colgaban hileras de bandas de diferentes colores—. Es suyo. Y esto también —añadió, alzando un cinturón de gamuza.

Richard le arrebató ambas prendas.

—Esperad aquí —les ordenó. También recogió del suelo un retal que uno de los hombres había arrojado al suelo mientras buscaban el vestido.

Sin darles tiempo a preguntarle nada, apartó el tapiz y se marchó. Du Chaillu lo esperaba con los brazos aún cruzados. Al ver lo que llevaba en las manos, ahogó un grito y se lo acercó a los pechos. Las lágrimas anegaron sus oscuros ojos.

—¡Mi vestido de plegarias!

La mujer le echó los brazos al cuello, se puso de puntillas y empezó a cubrirle la cara de besos. Richard le aplastó la espesa mata de pelo negro contra ambos lados de la cabeza, apartándola.

—Vale, vale. Vamos, pónitelo. De prisa.

Sonriéndole, la mujer pasó la cabeza por el cuello del vestido y luego metió los brazos en las largas mangas. De la parte exterior de las mangas así como de los hombros colgaban tiras de telas de diferentes colores. Cada una de ellas pasaba por un pequeño agujero practicado debajo de una banda de pana. El vestido le llegaba justo debajo de las rodillas. Mientras se ponía el cinturón, Richard reparó en que la herida que uno de los hombres le había causado en el muslo seguía sangrando.

El joven se hincó de rodillas ante ella y le dijo con un gesto de las manos:

—Levántate el vestido.

Du Chaillu lo miró enarcando una ceja.

—¿Acabo de vestirme y ya quieres que vuelva a desnudarme?

Richard frunció los labios y agitó ante ella el retal de ropa.

—Estás sangrando. Te vendaré la herida con esto.

Riendo entre dientes, Du Chaillu se alzó el vestido y le mostró la pierna, haciéndola girar de un lado al otro de modo burlón. Rápidamente, Richard enrolló la tela alrededor de la herida en el muslo y la ató con fuerza. A la mujer se le escapó un pequeño grito de dolor. Aunque pensaba que se lo tenía bien merecido, Richard se disculpó.

Luego la cogió de la mano y la arrastró por las últimas habitaciones. Al atravesar la última, gruñó a los cuatro hombres que se quedaran donde estaban. Sin soltar la mano de Du Chaillu, la condujo por calles y callejones hasta la plaza. Podía ver la cabeza de los tres caballos que sobresalían sobre el mar de relucientes calvas. Lentamente se fue abriendo paso hacia las monturas.

## 11

Pese a que llevaba la espada envainada, sentía su magia cómo si ya la empuñara. Un manantial de rabia brotó con ímpetu en su interior. Richard la alimentó, tirando por tierra todas las barreras.

Estaba entrando en un silente mundo solamente suyo. Un mundo de crudo compromiso con lo que era: el portador de la muerte.

La hermana Verna palideció al verlo llegar arrastrando a Du Chaillu, y aún palideció más ante su porte.

Sin decirle ni media palabra, Richard cogió bruscamente el arco que colgaba de la silla de *Bonnie* así como dos flechas con la punta de acero de la aljaba. Respiraba agitadamente a causa de la cólera que sentía.

Todos los presentes se habían vuelto hacia él. Algunos saltaban para verlo mejor, y sus atónitos rostros sobresalían del mar de caras. Todas las mujeres vestidas de negro lo miraron, al igual que la Madre Reina.

El semblante de la hermana Verna se había tornado rojo.

—¡Richard! ¿Se puede saber qué...?

—No te muevas —le ordenó Richard, empujándola a un lado.

Empuñando el arco y las flechas en una mano, el joven montó en la silla de un salto. Todos los susurros cesaron.

—He hablado con los espíritus —dijo Richard a la Madre Reina.

La mujer empezó a deslizar el dorso de la mano por el poste, hacia la cuerda de la campana. Richard no necesitaba más. Le había ofrecido una oportunidad. Ya no podía volverse atrás.

Fue entonces cuando derribó cualquier barrera interior que aún contuviera a la magia.

En un rápido movimiento Richard colocó una flecha, tensó la cuerda hacia su mejilla y llamó al blanco hacia sí. El proyectil salió disparado.

La flecha silbó en el aire. La multitud ahogó un grito. Antes de que la flecha hiciera diana, Richard ya apuntaba la segunda.

La primera flecha dio justo en el blanco con un vibrante ruido sordo. La Madre Reina lanzó un entrecortado grito de dolor y sorpresa. La flecha había penetrado en el espacio entre dos huesos de la muñeca y le había clavado el brazo al poste, impidiéndole así que llegara a la cuerda de la campana. Inmediatamente alzó la otra mano hacia la cuerda.

La segunda flecha se mantenía totalmente inmóvil como en un invisible apoyo en el aire, apuntando al blanco, esperando.

—¡Un solo movimiento hacia la cuerda, y la siguiente flecha te atravesará el ojo derecho!

El grupo de mujeres de negro cayó de rodillas y empezó a gemir. La Madre Reina se quedó muy quieta; un hilo de sangre le corría por el brazo.

Richard hervía por dentro con tormentas de cólera, aunque exteriormente se mostraba impassible.

—¡Vas a oír lo que los espíritus han ordenado!

Lentamente, la Madre Reina dejó caer la mano izquierda a un lado.

—Habla —dijo.

La cuerda del arco aún le rozaba la mejilla y no tenía intención de relajarla. Aunque la flecha solamente apuntaba a una persona, su ira iba dirigida contra todos.

La magia ardía por todo su ser con furia. La fuerza de la cólera latía en sus venas. En otras ocasiones siempre había estado centrada en alguien concreto, en un enemigo específico. Pero esta vez era distinto. Esta vez era una cólera dirigida contra todos los presentes, contra todos los implicados en los sacrificios humanos. Era una ira general.

Lo cual la hacía peor. Mucho más intensa.

Richard no sabía si era esa amenaza contra todos lo que absorbía más magia o si era por sus prácticas de concentración con la hermana Verna, pero fuera cual fuera la razón, estaba conjurando de la espada mucha más magia que nunca, mucha más de la que era consciente que poseía. La magia bullía con aterrador poder. Incluso el aire vibraba con ella.

Todos los hombres que estaban cerca retrocedieron. Las mujeres de negro cesaron sus lamentos. El rostro de la Madre Reina resaltaba por su palidez contra el vestido negro. Un millar de personas guardaban silencio, asustadas de una sola.

—¡Los espíritus no desean más sacrificios! ¡Con ellos no demostráis vuestra devoción, sino solamente que podéis matar! A partir de ahora, mostraréis vuestra veneración hacia los espíritus respetando la vida de los baka ban mana. ¡Si no, los espíritus descargarán sobre vosotros su cólera y os destruirán! ¡Oíd su amenaza, o harán caer sobre los majendie el hambre y la destrucción!

»Si alguno de vosotros hace algún movimiento contra mí o contra estas dos mujeres, la Madre Reina morirá —dijo a los hombres, que empezaban a avanzar hacia él. Todos se miraron entre sí para darse coraje—. Tal vez creáis que podéis matarme —les dijo, sin que la flecha se alejara lo más mínimo de su objetivo—, pero antes la Madre Reina morirá. Ya habéis visto mi anterior disparo. La magia guía mi mano. No fallaré.

Los hombres recularon.

—¡Dejadlo en paz! —gritó la Madre Reina—. ¡Oíd lo que tiene que decir!

—¡Ya os he transmitido las órdenes de los espíritus! Ahora obedeced.

Tras un breve silencio, la líder replicó:

—Tenemos que consultar con los espíritus.

—¿Pretendes insultarlos? Hacer eso sería admitir que no te guías por sus palabras, sino solamente por tus mundanos deseos.

—Pero tenemos que...

—¡No estoy aquí para regatear en su nombre! Los espíritus han ordenado que entregue el cuchillo de sacrificios a esta mujer, para que ella se lo lleve a su gente como símbolo de que los majendie ya no los perseguirán más.

»Si no obedecéis, los espíritus os mostrarán su ira llevándose la simiente que plantéis. No podréis sembrar hasta que enviéis representantes a los baka ban mana para decirles que acatáis los deseos de los espíritus. Si no lo hacéis, todos moriréis de hambre.

»Ahora nos vamos. Dame tu palabra de que nos dejarás salir de tu país sanos y salvos, o morirás ahora mismo.

—Tenemos que pensar...

—¡Contaré hasta tres para oír qué decides! ¡Uno, dos, tres! —Todos, la Madre Reina, las mujeres de negro y la multitud, lanzaron exclamaciones ahogadas—. ¿Qué decides?

La Madre Reina alzó la mano izquierda, suplicándole que no disparara.

—¡Podéis irros! Tenéis la palabra de la Madre Reina de que se os permite abandonar nuestra tierra sanos y salvos.

—Sabia decisión.

La Madre Reina cerró la mano y los señaló con un dedo.

—Pero esto viola nuestro acuerdo con las mujeres sabias. Ya no hay trato. Salid enseguida de nuestro país. Os expulso...

—Que así sea —replicó Richard—. Te recomiendo que cumplas tu palabra, pues cualquier acción

imprudente tendrá consecuencias nefastas.

El joven relajó la tensión de la cuerda. De pie en los estribos se sacó el cuchillo sagrado del cinto y lo alzó para que todos lo vieran.

—Esta mujer llevará el cuchillo a su gente y les transmitirá las palabras de los espíritus. Por su parte, los baka ban mana ya no lucharán contra los majendie. ¡Los dos pueblos estarán en paz! ¡Ninguno de vosotros atacará al otro! ¡Obedeced a los espíritus o cargad con las consecuencias!

A pesar de que la voz del joven se tornó un fiero susurro, la cólera de la magia llevó sus palabras hasta los puntos más alejados de la plaza y, en el absoluto silencio, todos oyeron sus palabras.

—Obedeced mis órdenes o lo lamentaréis. Desataré contra vosotros la destrucción.

Sobre la plaza se cernía un manto de magia como la niebla en un valle, etérea pero a la vez real, una manifestación palpable de la indignación de Richard que todos los presentes sentían. Todos temblaban ante él.

Richard desmontó de un salto. Los hombres retrocedieron aún más. La hermana Verna estaba muda de rabia. Richard jamás la había visto en ese estado. Se mantenía inmóvil, con los puños apretados hacia adelante.

Richard trató de controlar la ira al mirarla y al hablar.

—Monta, Hermana. Nos vamos.

Pero la Hermana apretaba con tal fuerza la mandíbula, que parecía que se iba a hacer añicos.

—¡Estás loco! No vamos a...

—Si quieres discutir con alguien, Hermana, quédate y discute con esta gente. Estoy seguro de que estarán encantados de hacerlo. Yo pienso ir al Palacio de los Profetas para que me quiten este collar. Si quieres acompañarme, monta el caballo.

—¡Ya no podemos! ¡Ya no podemos cruzar la tierra de los majendie! ¡Nos han expulsado!

—Ella nos guiará al Palacio de los Profetas a través de la tierra de los baka ban mana —repuso el joven, señalando con el pulgar a Du Chaillu.

La salvaje se cruzó de brazos y dirigió a la Hermana una sonrisa de autocomplacencia.

—Realmente estás loco —dijo la Hermana, apartando la mirada de la mujer para posarla en Richard—. No podemos...

Con un gruñido, Richard apretó los dientes. La cólera de la espada seguía ardiendo con furia desatada.

—¡Si quieres ir conmigo a palacio monta ahora! ¡Yo me marchó!

Du Chaillu contempló cómo Richard guardaba el cuchillo de mango verde en su cinturón de gamuza.

—Te he asignado una responsabilidad, y espero que estés a la altura. Vamos, monta.

Presa de una súbita inquietud, Du Chaillu descruzó los brazos, miró al animal y nuevamente a Richard. Entonces volvió a cruzarse de brazos y alzó la nariz.

—No pienso montar esa bestia. Apesta.

—¡Tú también apesta! —rugió Richard—. ¡Monta ahora mismo!

La salvaje se estremeció. Con unos ojos que reflejaban el terror que le inspiraba la furibunda mirada de Richard, tragó saliva.

—Ahora ya sé qué es un Buscador.

Dicho esto se encaramó torpemente al lomo de *Geraldine*. La Hermana esperaba ya sobre *Jessup*. Richard se subió de un salto a la silla de *Bonnie*.

Tras lanzar una última mirada admonitoria a la multitud, presionó las costillas de la yegua, y ésta partió al galope. Los otros dos caballos la siguieron. La multitud se fue abriendo para dejarles paso.

La magia reclamaba sangre a gritos. Richard deseó que alguien tratara de detenerlo para aplacar esa sed. Pero nadie osó.

—Por favor, ya casi ha oscurecido —dijo Du Chaillu—. ¿Podemos parar o al menos caminar un rato? Esta bestia me está matando.

La mujer se aferraba al caballo como si en ello le fuese la vida, e iba rebotando contra la silla al ritmo del trote de *Geraldine*. Las pequeñas tiras de telas de colores que adornaban su vestido estaban alborotadas. Richard oía el caballo de la hermana Verna trotando detrás de ellos, pero no se volvió para

mirar.

Lo que hizo fue alzar la vista hacia el sol, que empezaba a desaparecer tras la densa maraña de ramas. Finalmente, su rabia remitía al tiempo que la luz menguaba. Durante mucho rato había creído que no sería capaz de lograrlo.

Con el mentón, Du Chaillu señaló más allá de Richard, hacia la derecha, temerosa incluso de alzar la mano.

—Por ahí hay un pequeño estanque, atravesando los juncos, y un prado con hierba.

—¿Estás segura de que estamos en tierra de los baka ban mana?

—Sí. Desde hace un par de horas. Ésta es nuestra tierra. Conozco este lugar.

—Muy bien. Nos detendremos a pasar la noche.

Richard le sostuvo el caballo mientras ella se deslizaba al suelo. Con un gemido, Du Chaillu se frotó el trasero con las palmas de las manos.

—¡Si mañana me obligas a montar otra vez en esa bestia, te morderé!

Por primera vez desde que abandonaran el país de los majendie, Richard fue capaz de sonreír. Mientras él se ocupaba de desensillar los caballos, envió a Du Chaillu a buscar agua en un cubo de lona. Mientras la salvaje atravesaba juncos y cañas para acercarse al estanque, la hermana Verna recogió leña y la prendió usando su magia. Cuando acabó con los caballos, Richard los amarró a largas cuerdas para que pudieran pastar en la hierba.

—Ya es hora de hacer las presentaciones —dijo Richard cuando Du Chaillu regresó—. Hermana Verna, ésta es Du Chaillu. Du Chaillu, ésta es la hermana Verna.

La Hermana parecía mucho más calmada o, al menos, ocultaba su rabia tras una máscara.

—Me alegra que no murieras hoy, Du Chaillu.

La salvaje la fulminó con la mirada. Richard sabía que, para ella, las Hermanas de la Luz eran brujas.

—No obstante, me apena pensar en todos los que morirán en tu lugar —añadió la Hermana.

—No te alegras por mí. Tú querías verme muerta. Tú quieres ver muertos a todos los baka ban mana.

—Eso no es cierto; yo no deseo la muerte a nadie. Pero no podré convencerte de ello. Piensa lo que quieras.

Du Chaillu cogió el cuchillo ceremonial que llevaba al cinto y mostró a la hermana Verna el mango.

—Los majendie me tuvieron encadenada durante tres lunas. Esos perros me hicieron esto —dijo Du Chaillu, mirando el mango verde y señalando una de las obscenas imágenes sexuales grabadas en él. La hermana Verna miró brevemente lo que la otra mujer le mostraba—. Y esto. Y esto también.

La Hermana observó el palpitante pecho de la airada Du Chaillu.

—Nunca podré convencerte de cuánto detesto lo que te hicieron, Du Chaillu, y de lo que pensaban hacerte. Hay muchas cosas en este mundo que detesto, pero soy incapaz de remediarlas y a veces debo tolerarlas en vistas a un bien mayor.

—Ya no tengo mi flujo mensual —replicó Du Chaillu, dándose palmaditas en el vientre—. ¡Esos perros me han hecho un hijo! Ahora tendré que acudir a las comadronas y que me den hierbas para librarme del engendro de esos perros.

—Por favor, Du Chaillu —le suplicó la Hermana, uniendo las manos al frente—, no lo hagas. Un hijo es un regalo del Creador. Por favor, no rechaces ese regalo.

—¡Regalo! ¡Ese gran Creador tiene un modo muy perverso de hacer sus regalos!

Richard intervino.

—Du Chaillu, hasta ahora los majendie han matado a todos los baka ban mana que capturaban. Tú eres la primera que ha sido liberada. Ya no seguirán matando. Piensa en tu hijo como en el símbolo de la nueva vida entre vuestros pueblos. Para que esa nueva vida, y la vida de todos vuestros niños florezca, es preciso dejar de matar. Deja que el niño viva. Él es inocente.

—¡Pero su padre no!

Richard tragó saliva.

—Los hijos no heredan la maldad de sus padres.

—¡Si el padre es malvado, el hijo saldrá igual!

—Eso no es cierto —dijo la Hermana—. El padre de Richard fue un hombre malvado que mató a

muchas personas, pero Richard lucha por preservar la vida. Su madre sabía que los hijos no tienen la culpa de los crímenes de sus padres. Aunque Richard fue el fruto de una violación, su madre lo amó. Richard fue criado por buenas personas que le enseñaron a hacer el bien. Gracias a eso, tú estás viva hoy. También tú puedes enseñar a ese hijo a hacer el bien.

La furia de Du Chaillu flaqueó, mientras clavaba la mirada en el joven.

—¿Es eso cierto? ¿Tu madre fue tratada como yo por un perro malvado?

Richard solamente pudo asentir.

—Pensaré en lo que me has dicho antes de tomar una decisión —dijo la mujer frotándose el vientre—. Me has devuelto la vida; sopesaré tus palabras.

Richard le oprimió un hombro.

—Decidas lo que decidas, estoy seguro de que será para bien.

—Eso será si vive lo suficiente para decidir —objetó la hermana Verna—. Has hecho promesas y has proferido amenazas que no puedes cumplir. Cuando los majendie planten sus campos y vean que no pasa nada, perderán el miedo a lo que les has dicho. Lo que has hecho no servirá de nada, pues volverán a declarar la guerra al pueblo de Du Chaillu. Por no hablar también del mío.

Richard se quitó por la cabeza la correa de cuero de la que colgaba el silbato que le había entregado el Hombre Pájaro.

—Yo no diría que no va a pasar nada, Hermana. Algo pasará, te lo aseguro. —El joven colgó el silbato de hueso tallado del cuello de Du Chaillu, al tiempo que le decía—: Este silbato fue un regalo que me hicieron, y yo ahora te lo entrego a ti para que pongas fin a tantas muertes. Es un silbato mágico. Con él podrás convocar más pájaros de los que nunca hayas visto reunidos. Cuento contigo para que cumplas mi promesa.

»Ve a sus campos de cultivo sin que te vean. Entonces, al atardecer, haz sonar este silbato mágico. Tú no oirás nada, pero los pájaros sí que lo oirán. Tú imagínate aves en tu cabeza. Piensa en tantos pájaros como puedas sin dejar de soplar el silbato, y no dejes de hacerlo hasta que aparezcan.

—¿Magia? —inquirió Du Chaillu, tocando el silbato de hueso—. ¿De verdad que los pájaros acudirán?

—Oh, eso te lo aseguro —la tranquilizó Richard con una sonrisa torcida—. La magia los llamará. Ninguna persona oirá el silbato, pero las aves sí. Los majendie no sospecharán que ha sido cosa tuya. Los pájaros tendrán hambre y devorarán todas las semillas. Cada vez que los majendie siembren, tú llama a los pájaros para que se coman las semillas.

—¿Los majendie se morirán de hambre! —exclamó Du Chaillu, encantada.

—No —la corrigió Richard, acercando mucho su rostro al de la mujer—. Te hago este regalo para poner fin a tantas muertes, no para ayudarte a matar. Lllamarás a los pájaros para que se coman la simiente hasta que los majendie acepten vivir en paz con vosotros. Tras cumplir su parte del trato, también los baka ban mana deberéis cumplir la vuestra y vivir en paz con ellos.

»Si haces un mal uso de mi regalo —le advirtió, amenazándola con el dedo índice justo delante de sus narices—, regresaré y castigaré a tu pueblo con mi magia. Confío en ti para que hagas lo correcto. No defraudes esa confianza.

Du Chaillu desvió la mirada y sorbió ligeramente por la nariz.

—Haré lo correcto; usaré tu regalo como dices. —Con estas palabras, se guardó el silbato dentro del vestido—. Gracias por ayudar a llevar la paz a mi pueblo.

—Ése es mi máximo objetivo; la paz.

—Paz —resopló la hermana Verna—. ¿Crees que es tan fácil? —le espetó a Richard—. ¿Crees que después de tres mil años de guerra puedes llegar tú y ordenar simplemente que debe cesar? ¿Crees que tu mera presencia basta para cambiar el comportamiento de los pueblos? Eres ingenuo e infantil. Ciertamente que los hijos no heredan los pecados de los padres, pero tienes una visión demasiado simplista de las cosas que te hace cometer pecados similares.

—Hermana, si crees que podría tomar parte en sacrificios humanos, cualquiera que fuera la razón, te equivocas de medio a medio. —Ya se disponía a darle la espalda, cuando se volvió de nuevo hacia ella—. ¿Qué mal he hecho yo? ¿Qué guerra he iniciado?

—Bueno, para empezar, si nosotras no ayudamos a quienes poseen el don como tú, el don los matará, como también te mataría a ti. ¿Cómo sugieres que llevemos ahora a esos muchachos hasta el

Palacio de los Profetas? Ya no podemos atravesar el país de los majendie. Du Chaillu solamente te ha dado permiso para cruzar tú por su tierra, pero no ha dicho que podamos cruzar con otros. Por lo que has hecho hoy, esos chicos morirán.

Richard se quedó unos momentos pensativo. Estaba exhausto. Usar la magia de la espada lo había agotado como en ninguna de las anteriores ocasiones, y lo único que deseaba era dormir. No se sentía con fuerzas para resolver problemas ni para discutir. Al fin, miró a Du Chaillu.

—Cuando hagas las paces con los majendie, antes de permitirles que planten de nuevo sus campos, deberás añadir una condición más. Para celebrar el fin de la guerra entre vosotros, para celebrar la paz, deberán permitir el paso de las Hermanas por su tierra. —Du Chaillu clavó unos instantes la mirada en los ojos de Richard antes de asentir—. Y vosotros haréis lo mismo.

»¿Satisfecha? —preguntó a la Hermana, entrecerrando los ojos.

—En el valle, cuando acabaste con la bestia, miles de serpientes brotaron de su cuerpo. Esto es lo mismo.

»No puedo acordarme con precisión de todas las mentiras que has dicho hoy. Ya te he reprendido otras veces por mentir y te advertí que no volvieras a hacerlo. Hoy te aconsejé que no volvieras a blandir el hacha y, pese a mi advertencia, lo hiciste. No me atrevo ni a contar todas las órdenes que has incumplido en este día. Lo que has hecho no ha puesto fin a la guerra; sólo la ha empezado.

—En este asunto, Hermana, soy el Buscador y no tu pupilo. Como Buscador en modo alguno toleraré sacrificios humanos. Ninguno. Las muertes de otras personas son un tema aparte. No puedes usarlo como excusa para justificar asesinatos. En esto soy inflexible. Y no creo que realmente quieras castigarme por poner fin a algo que apuesto que tú también deseabas que cesara hace mucho tiempo.

Los músculos del rostro de la Hermana se relajaron.

—Como Hermana de la Luz no tengo poder para cambiar las cosas y para cumplir con mi obligación de salvar más vidas, he tenido que respetar lo que se ha hecho durante tres mil años. Pero admito que lo odiaba y en el fondo me alegro de que me lo hayas quitado de las manos. No obstante, no puedo cerrar los ojos ante los trastornos ni las muertes que eso va a causar. Cuando te pusiste el rada'han me dijiste que sostener la correa de ese collar sería peor que llevarlo. Tu predicción se está cumpliendo.

Las pestañas del párpado inferior se le humedecieron y brillaron.

—Me has amargado lo que más amaba: mi vocación. Ya ni siquiera deseo castigarte por tu desobediencia. Dentro de pocos días llegaremos a palacio y por fin me podré lavar las manos. Dejaré que sean otras las que se ocupen de ti.

»Ya comprobarás cómo te tratan cuando las disgustes. Estoy segura de que no serán tan tolerantes como yo. Usarán el collar y, cuando lo hagan, creo que lamentarán más que yo tener que sostener la correa. Creo que lamentarán tanto como yo haber tratado de ayudarte.

Richard se metió las manos en los bolsillos traseros mientras clavaba la mirada en el tupido bosque de robles y brezo.

—Lamento que te sientas así, Hermana, pero lo comprendo. Admito que me he resistido a ser tu prisionero, pero lo que ha ocurrido hoy no tenía nada que ver contigo ni conmigo.

»Se trataba de lo que es correcto y lo que no lo es. Siendo como eres alguien que trata de enseñarme, esperaba que adoptaras la misma actitud moral que yo. Esperaba que las Hermanas no querrían enseñar a usar el don a alguien capaz de renunciar como si nada a sus convicciones en función de las circunstancias.

»Hermana Verna, no he actuado movido por el deseo de disgustarte. Pero no habría podido vivir conmigo mismo de haber permitido que se cometiera un asesinato bajo mis narices, y mucho menos de haber participado en él.

—Lo sé, Richard. Pero eso lo hace aún peor, porque todo se reduce a lo mismo. —La Hermana separó las manos, examinó con la mirada el fuego y las provisiones y, finalmente, sacó una pastilla de jabón de una de las alforjas—. Voy a preparar un estofado y una torta de cereal. Tú, Du Chaillu —dijo, lanzando el jabón a Richard—, necesitas un baño.

La mujer se cruzó de brazos y lanzó un resoplido.

—Cuánto siento que los hombres que me tenían encadenada al muro no me ofrecieran agua cuando venían a montarme. Así no ofendería tu delicado olfato.

La hermana Verna se agachó y empezó a sacar provisiones.

—No era mi intención ofenderte, Du Chaillu. Simplemente se me ocurrió que te gustaría quitarte de encima la porquería de esos hombres. En tu lugar, yo no desearía otra cosa que lavarme para no notar el tacto de sus manos en mi piel.

La indignación de Du Chaillu flaqueó.

—¡Claro que lo deseo! Hueles tan mal como la bestia que montas —espetó a Richard, arrebatándole la pastilla de jabón—. O te lavas o no pienso acercarme a ti, y tendrás que comer solo.

Richard se rió entre dientes.

—Si de ese modo estás contenta, también yo me bañaré.

Mientras Du Chaillu se encaminaba al estanque, la hermana Verna lo llamó en voz baja. Richard esperó junto a ella mientras sacaba una olla de una alforja.

—Durante los últimos tres mil años su pueblo ha matado a todos los «hombres mágicos» que han caído en sus manos. No hay tiempo para darte lecciones de historia ahora. Pero recuerda que los viejos hábitos no se olvidan fácilmente. No le des la espalda. Más pronto o más tarde intentará matarte.

Inesperadamente el quedo tono de voz empleado por la Hermana le puso la piel de gallina.

—Trataré de seguir con vida para que puedas entregarme en palacio, Hermana, y verte al fin libre de tan onerosa carga.

Richard corrió hacia el estanque y alcanzó a Du Chaillu cuando ésta atravesaba los juncos.

—¿Por qué llamas a ese vestido el vestido de plegarias?

Du Chaillu extendió los brazos para que la brisa agitara las tiras de tela sujetas al vestido.

—Porque son plegarias.

—¿Qué son plegarias? ¿Te refieres a las bandas de tela?

—Sí. Cada una de ellas es una oración. Cuando sopla el viento y ondean, envían la plegaria a los espíritus.

—¿Y para qué oráis?

—Todas piden lo mismo. Todas y cada una de las personas que me las ofrecen rezan de todo corazón para que podamos recuperar nuestra tierra.

—¿Vuestra tierra? Pero sí ya estáis en vuestra tierra.

—No. Aquí es donde vivimos, pero ésta no es nuestra tierra. Hace miles de años los hombres mágicos nos la arrebataron y nos desterraron aquí.

Ya habían llegado a la orilla del estanque. La brisa rizaba la superficie del agua, formando manchas oscuras. En la orilla crecía la hierba, y los densos matorrales a ambos lados llegaban hasta el agua.

—¿Los hombres mágicos os arrebataron vuestra tierra? ¿Qué tierra era ésa?

—Nos despojaron de la tierra de nuestros antepasados. —Du Chaillu señaló hacia el valle de los Perdidos—. Está allí, más allá del país de los majendie. Yo me dirigía a nuestra tierra llevando las plegarias para suplicar a los espíritus que nos ayuden a recuperarla. Pero los majendie me apresaron y no pude hacer llegar las plegarias a los espíritus.

—¿Cómo os van a devolver vuestra tierra?

—No lo sé. Las antiguas palabras solamente dicen que cada año un baka ban mana debe ir a nuestra tierra para orar a los espíritus y que, si lo hacemos, la recuperaremos. —Du Chaillu se desató el cinturón y lo dejó caer al suelo. Luego, con gracia perturbadora, arrojó a un lado el cuchillo verde clavándolo en el extremo redondo de una rama que sobresalía de un tronco.

—¿Cómo?

Du Chaillu lo miró con curiosidad.

—Nos enviarán a nuestro señor.

—Creí que los baka ban mana eran los que no tienen señor.

La mujer se encogió de hombros.

—Eso es porque los espíritus todavía no nos han enviado uno.

Mientras Richard le daba vueltas a las palabras de Du Chaillu, ésta cogió el borde del vestido y se lo quitó por la cabeza.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exclamó Richard.

—Soy yo la que tengo que limpiarme, no el vestido.

—¡Pero no delante de mí!

Du Chaillu se miró el cuerpo desnudo.

—Pero si ya me has visto. No he cambiado desde esta mañana. Te has puesto otra vez rojo —dijo al mirarlo.

—Ve hacia allí, al otro lado de los juncos. Tú a un lado y yo al otro.

Dicho esto, le dio la espalda.

—Pero sólo tenemos una pastilla de jabón.

—Pues me la tiras cuando hayas acabado.

Du Chaillu fue a colocarse frente a él. Richard trató de dar otra vez media vuelta, pero ella lo siguió y le agarró las nalgas.

—No puedo frotarme yo sola la espalda. Además, no es justo. Tú me has visto desnuda y yo a ti no. Por eso te has puesto rojo, porque no estás siendo justo. Desnúdate y te sentirás mejor.

El joven le apartó bruscamente las manos.

—Ya basta. Du Chaillu, en mi país esto no es correcto. Los hombres y las mujeres no se bañan juntos. Simplemente no está bien. —De nuevo le dio la espalda.

—Ni siquiera mi tercer marido es tan tímido como tú.

—¿Tercero? ¿Has tenido tres maridos?

—No. Tengo cinco.

—¿Tengo? —inquirió Richard, poniéndose tenso—. ¿Cómo que «tienes»? —le preguntó a la cara.

Du Chaillu lo miró como si le acabara de preguntar si en el bosque crecían árboles.

—Tengo cinco maridos. Cinco maridos e hijos.

—¿Cuántos?

—Tres. Dos niñas y un niño. —La mujer esbozó una nostálgica sonrisa—. Hace mucho tiempo que no puedo abrazarlos. —Su sonrisa se tornó triste—. Mis pobres pequeños... seguro que cada noche han llorado pensando que había muerto. Nadie hasta ahora ha regresado nunca del país de los majendie. Mis maridos se echarán enseguida a suertes quién intenta hacerme otro niño. —La sonrisa de la mujer se desvaneció y su voz se fue apagando—. Claro que un perro majendie ya lo ha hecho.

Richard le tendió el jabón.

—Todo irá bien, ya lo verás. Vamos, ve a bañarte. Yo iré al otro lado de los juncos.

El joven se relajó en las frías aguas escuchando el chapoteo de Du Chaillu y esperando que acabara de usar el jabón. Encima del agua se iba formando una bruma cada vez más densa, que avanzaba sigilosamente hacia los árboles de alrededor.

—Nunca había oído que una mujer tuviera más de un marido. ¿Todas las mujeres baka ban mana tienen más de uno?

—No. Sólo yo —respondió Du Chaillu con una risita.

—¿Por qué tú?

El chapoteo cesó.

—Porque llevo el vestido de plegarias —contestó como si fuera de lo más evidente.

Richard puso los ojos en blanco.

—Bueno, pero...

La mujer se le acercó nadando a través de los juncos.

—Antes de darte el jabón tendrás que enjabonarme la espalda.

Richard lanzó un suspiro de exasperación.

—Muy bien. ¿Si te enjabono la espalda volverás al otro lado?

—Sí, siempre y cuando hagas un buen trabajo.

Cuando por fin se dio por satisfecha, se alejó para vestirse mientras Richard se lavaba. Por encima del chirrido de los insectos y del croar de las ranas le anunció que estaba hambrienta. Richard se estaba poniendo los pantalones cuando Du Chaillu le gritó que se diera prisa.

Rápidamente el joven se colgó la camisa del hombro y corrió para alcanzar a la mujer, que se dirigía ya hacia el campamento atraída por el olor de lo que la Hermana cocinaba. Limpia tenía mucho mejor aspecto. Su pelo parecía el de una persona normal en vez de las greñas de un animal. Había perdido su aire de salvaje para adoptar otro mucho más noble.

Aún no había oscurecido del todo. La bruma que se había formado sobre el estanque empezaba a envolverlos y los árboles desaparecían de su vista.

Cuando los dos entraron dentro del círculo de luz que emitía el fuego, la hermana Verna se levantó.

Richard se estaba metiendo el brazo derecho en la manga, pero se quedó inmóvil al reparar en la desorbitada mirada de la Hermana. La mujer no podía apartar la vista de su pecho, que nunca hasta entonces había visto.

Lo que miraba tan fijamente era la cicatriz, la mano grabada en su carne, la marca que le recordaba constantemente quién lo había engendrado.

—¿Cómo te hiciste eso? —preguntó la Hermana con una voz tan suave que Richard tuvo problemas para oírla. La mujer estaba tan blanca como un fantasma.

Du Chaillu también miraba fijamente la cicatriz.

—Ya te lo expliqué. Rahl el Oscuro me quemó con la mano —respondió Richard, mientras se abrochaba la camisa—. Según tú, estaba viendo visiones.

Lentamente la Hermana alzó la mirada hasta encontrarse con la suya. En sus ojos vio algo que no había visto antes; un miedo cerval.

—Richard —susurró—, no enseñes esa marca a nadie en el palacio. Sólo a la Prelada. Seguramente ella sabrá qué hacer. A ella puedes mostrársela, pero a nadie más. ¿Lo entiendes? —insistió, dando un paso hacia él—. Absolutamente a nadie.

—¿Por qué? —Richard se fue abrochando lentamente la camisa.

—Porque, si lo haces, te matarán. Ésa es la marca del Innombrable. —La Hermana se humedeció los labios con la lengua—. Los pecados del padre.

A lo lejos se oyeron los lastimeros aullidos de los lobos. Du Chaillu se estremeció y se abrazó, escrutando la niebla cada vez más espesa.

—Esta noche morirá gente —musitó.

Richard la miró ceñudo.

—¿De qué estás hablando?

—Lobos. Cuando los lobos aúllan de ese modo en la niebla anuncian que esta noche morirá gente violentamente, en la bruma.

## 12

Emergieron de la niebla y la bruma como los blancos colmillos de la muerte. En un primer momento un miedo cerval inmovilizó a sus asustadas presas, que enseguida emprendieron una precipitada huida para salvar la vida ante la blanca muerte. Pero colmillos de blanco acero las atravesaban sin piedad. Aterrorizados chillidos de muerte rasgaban el aire de la noche. La histeria impulsaba a los hombres a precipitarse involuntariamente hacia el frío y blanco acero que los esperaba.

Intrépidos soldados cataban el gusto del miedo antes de morir. El caos se iba extendiendo con gran griterío. El ruido de acero que entrechocaba, madera que se astillaba, lona que se rasgaba, cuero que crujía, huesos que se salían de sus articulaciones, fuegos que crepitaban, carros que se estrellaban, golpes sordos de carne y hueso al desplomarse en el suelo así como los gritos de hombres y bestias se confundían para conformar el fragor del terror. El tumulto iba avanzando empujado por la ola de muerte blanca.

El aire estaba saturado del penetrante olor de la sangre, que se imponía al aroma dulzón de la madera ardiendo, el acre olor del aceite que ardía en las lámparas así como de la brea, que quemaba produciendo una espesa humareda, y el terrible hedor de pelo y carne chamuscados.

Lo que la fría bruma aún no había humedecido, la sangre caliente se encargaba de cubrir de una resbaladiza pátina.

Ahora los blancos colmillos de acero estaban cubiertos de sangre y otros restos; la blanca nieve se convirtió en una alfombra empapada de manchas rojas. El frío aire se abrasaba con lenguas de fuego que se alzaban para teñir de naranja incandescente la espesa niebla. Unas siniestras y oscuras nubes de humo abrazaban el suelo, mientras que sobre ellas el cielo ardía.

Raudas flechas surcaban el aire, lanzas astilladas se perdían en la niebla mientras que puntas de picas quebradas giraban sobre sí mismas para ser engullidas por la oscuridad. Restos de tiendas desgarradas ondeaban y se agitaban como si una furiosa tormenta las golpeará. Espadas se alzaban y caían

en oleadas acompañadas por los gruñidos de esfuerzo de quienes las empuñaban.

Había hombres corriendo en todas direcciones como un ejército de frenéticas hormigas. Algunos caían al suelo y sus vísceras se desparramaban por la nieve. Uno de los heridos, cegado por la sangre, fue dando tumbos sin rumbo hasta que una blanca sombra, un espíritu de muerte, pasó por su lado y lo abatió. Una rueda de carro avanzaba por el suelo rebotando, pero oscuras cortinas de acre humo que se iban desplazando rápidamente la ocultaron a la vista.

Nadie había dado la alarma, pues los centinelas habían sido los primeros en caer. En el campamento enemigo casi nadie se había dado cuenta de lo que sucedía hasta que ya fue demasiado tarde.

En un lugar que últimamente era el escenario de bulliciosas celebraciones, y en el que muchos de sus soldados estaban borrachos, era difícil percatarse de que ocurría algo fuera de lo normal. Muchos de los hombres que habían bebido la cerveza envenenada con *bandu* yacían alrededor de los fuegos, enfermos. Algunos estaban tan débiles que se quemaron vivos sin tratar siquiera de escapar de las tiendas en llamas. Y otros estaban tan borrachos que sonreían a los hombres que les atravesaban el vientre con una espada.

Incluso los que no estaban borrachos, o no tanto como para caer en el embotamiento, no se daban cuenta de lo que realmente ocurría. Después de todo, los alborotos y la confusión estaban a la orden del día en el campamento, y durante toda la noche ardían enormes hogueras tanto para calentarse como para reunirse en torno. Por lo general eran los únicos puntos de referencia en el desordenado trazado del lugar, por lo que los fuegos que sembraban la destrucción únicamente inquietaban a quienes estaban cerca.

Para los d'haranianos, las refriegas en el campamento eran simplemente un ingrediente más del jolgorio, y nadie se echaba las manos a la cabeza por oír los gritos de los hombres que eran apuñalados en altercados. Las posesiones personales solamente lo seguían siendo si uno era lo suficientemente bravo como para defenderlas ante los muchos dispuestos a arrebatárselas. Entre los d'haranianos, las alianzas eran arenas movedizas y podían durar bien toda una vida o, en la mayoría de los casos, no más de una hora, hasta que se presentaba una nueva alianza más ventajosa o provechosa. Debido al alcohol y al veneno, percibían los chillidos muy amortiguados.

Aunque en batalla eran unos soldados muy disciplinados, el resto del tiempo eran incontrolables casi hasta el punto de la anarquía. En las expediciones d'haranianas, la paga consistía en una parte importante del botín. Ésta era una de las razones por las que habían saqueado Ebinissia pese a toda su palabrería de una nueva ley, y la perspectiva de un nuevo saqueo probablemente despertaba en ellos una inquebrantable devoción al deber. En el campo de batalla o al primer sonido de alarma, se convertían en una perfecta máquina de combate, casi en una entidad de mente única, pero en el campamento, sin el propósito primordial de la guerra, eran miles de individuos que perseguían su interés particular.

Así pues, y puesto que no se había dado la alarma, apenas prestaron atención al ruido extra y a los gritos. El ruido que ellos mismos creaban haciendo canjes, contándose historias, riendo, bebiendo, jugando, luchando y teniendo tratos con las prostitutas, ahogaba la batalla no anunciada que se libraba a poca distancia. En caso necesario los oficiales los llamarían. Pero sin esa llamada que los reclamara al deber, su vida era suya, y que cada cual se apañara como pudiera con sus propios problemas. La muerte blanca los pilló completamente desprevenidos.

La aparición de los fantasmales espíritus los dejó paralizados, y más de uno gimió de temor al confundirlos con los espíritus de los shahari. Otros dieron por supuesto que la frontera entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos se había evaporado. O que, de algún modo, se habían visto transportados al inframundo.

De no mediar tanta cerveza, adulterada o no, las cosas seguramente habrían sido distintas. Pero el alcohol y la confianza en su superioridad numérica los había hecho vulnerables. Más de lo que nunca serían. Pero no todos estaban borrachos ni embotados; algunos se defendían con ferocidad.

Kahlan contemplaba la escena a lomos de su caballo de guerra, que se movía sin cesar. Observaba ese mar de cruda emoción desatada con su cara de Confesora.

Los hombres de la Orden Imperial no tenían ni ética ni moral. Eran animales que solamente comprendían la ley del poder; habían violado a las jóvenes en palacio y habían asesinado sin piedad a los habitantes de Ebinissia, desde los más ancianos a los recién nacidos.

Un hombre arremetió contra ella después de salvar el círculo de acero que la rodeaba y se agarró a su silla para sujetarse. Mirándola muy asombrado, le suplicó lloroso la piedad de los buenos espíritus.

Kahlan le partió el cráneo.

Acto seguido giró el caballo y preguntó al sargento Cullen.

—¿Hemos tomado ya las tiendas de los comandantes?

A una señal del sargento uno de los hombres desnudos pintados de blanco corrió a comprobarlo, mientras los atacantes se internaban cada vez más profundamente en el campamento de la Orden. Tan pronto como Kahlan divisó los caballos dio la señal. A su espalda oyó el sonido de cascos al galope y el estridente traqueteo de cadenas; eran las guadañas de la muerte preparadas para segar vidas.

Con un sonido semejante a un chiquillo que corriera junto a una valla pasando por ella un palo, las cadenas arrastradas a toda velocidad producían un chasquido de huesos combinado con un prolongado y ruidoso tableteo. Los relinchos de las bestias y el golpe sordo de sus cuerpos al desplomarse ahogaban el sonido de los cascos al galope y de los huesos al quebrarse.

Incluso los que estaban borrachos apartaron la vista de los blancos espíritus para posarla en el horrendo espectáculo. Fue lo último que vieron sus ojos. Hombres que salían a trompicones de las tiendas para ver, sin comprender, qué ocurría ante sus ojos. Otros vagaban sin rumbo con una jarra en las manos, posando su mirada de beodos de una escena a otra. Eran tantos que algunos tuvieron que esperar turno para morir.

Pero otros no estaban ebrios y, en vez de espíritus, veían hombres pintados de blanco. Comprendían que estaban siendo atacados y que esas afiladas espadas iban a por ellos. Los galeanos rodearon un foco de encarnizada resistencia y la sofocaron, pero a un alto coste. Kahlan reunió a sus hombres y se dispuso a clavar su cuña de blanco acero en el corazón del campamento enemigo.

Vio a dos hombres montados en enormes caballos de tiro, no pudo distinguir quiénes eran, que después de abatir a todos los caballos que habían podido encontrar ahora causaban estragos en una hilera de tiendas y sus indefensos ocupantes. De pronto, la cadena se enganchó con un sólido lecho de roca y lanzó a los caballos uno contra otro en brutal colisión. Los jinetes cayeron al suelo y un enjambre de hombres con espadas y hachas se lanzó sobre ellos.

Un hombre armado con una espada y alarmantemente sobrio apareció de repente junto a una pierna de Kahlan y alzó hacia ella una feroz mirada. Bajo esa penetrante mirada, Kahlan se sintió simplemente como una mujer desnuda montada sobre un caballo.

—Pero qué... —empezó a decir el hombre, después de recorrer todo su cuerpo con los ojos.

De su esternón brotaron treinta centímetros de acero, que le arrancaron un último gruñido.

—¡Madre Confesora! —El hombre desnudo detrás de ella liberó la espada y señaló con ella—. ¡Las tiendas de los comandantes están por ahí!

Por el rabillo del ojo percibió movimiento al otro lado. Con un revés golpeó a un tambaleante borracho a un lado del cuello.

—¡Vamos! ¡Hacia las tiendas de los comandantes! ¡Ahora!

Sus hombres abandonaron al enemigo al que estaban diezmado para seguirla. Kahlan saltaba con *Nick* por encima de hombres, hogueras y carros abollados. Los hombres la seguían sin pararse a matar a los confusos, aterrorizados y borrachos d'haranianos que pululaban por el campamento, pero eliminaban a cualquiera de ellos que les entorpeciera el paso. A veces no les quedaba otro remedio que encarar conatos de resistencia.

Las grandes tiendas de los comandantes estaban rodeadas por galeanos. Vigilaban a unos quince hombres a punta de espada. Ante ellos yacían al menos treinta cuerpos de espaldas a la nieve en ordenada hilera.

Otros galeanos estaban arrojando estandartes guerreros y banderas a una gran pila que ya ardía. Sobre la nieve se veían barriles vacíos desparramados. Cuando se había producido el ataque, los oficiales no habían impartido órdenes. El ejército de la Orden Imperial estaba huérfano de dirección.

El teniente Sloan señaló con la espada la hilera de cuerpos.

—Esos oficiales ya estaban muertos; envenenados. Los otros aún seguían con vida, aunque también están tocados. Los encontramos a todos acostados en sus tiendas. Hemos tenido que obligarlos a levantarse. Nos pidieron más ron, ¿podéis creerlo? Aquí los tenéis, tal como ordenasteis.

Kahlan examinó los rostros de los cuerpos tendidos en la nieve, pero no vio a quien buscaba. Entonces escrutó los semblantes de los prisioneros. Pero tampoco estaba entre ellos.

—¿Dónde está Riggs? —preguntó con su cara de Confesora a un oficial kelta situado a un extremo

de la fila.

El oficial le lanzó una iracunda mirada y le escupió. Kahlan alzó la vista hacia el galeano que lo guardaba y se pasó un dedo por la garganta. El galeano no vaciló. Inmediatamente el oficial se desplomó.

La mirada de Kahlan se posó en el siguiente hombre, al que formuló la misma pregunta:

—¿Dónde está Riggs?

—¡No lo sé! —repuso el interpelado, mirando en todas direcciones.

Nuevamente Kahlan se pasó un dedo por la garganta. Mientras el oficial caía, miró al siguiente hombre, un comandante d'haraniano.

—¿Dónde está Riggs?

El comandante miraba horrorizado no a los dos cuerpos sangrantes que yacían junto a él, sino a la mujer que él tomaba por un fantasma. Se humedeció los labios y respondió:

—Fue herido por la Madre Confesora, quiero decir por vos. —Su voz tembló para añadir—: Cuando... cuando estabais viva.

—¿Dónde está?

El oficial se estremeció y negó vigorosamente con la cabeza.

—¡No lo sé, gran espíritu! El caballo le hirió en la cara y está siendo atendido por los cirujanos. No sé dónde están sus tiendas.

—¿Quién sabe dónde están las tiendas de los cirujanos?

Muchos temblaron y se estremecieron mientras sacudían la cabeza. Kahlan fue recorriendo la fila de oficiales montada en el caballo. Finalmente se detuvo ante alguien que conocía.

—General Karsh, me alegra mucho volverte a ver. ¿Dónde está el general Riggs?

—No te lo diría aunque lo supiera. —El hombre sonrió al tiempo que le lanzaba una lasciva mirada—. Tienes mucho mejor cuerpo del que imaginaba. ¿Por qué eres la puta de esos desgraciados? Con nosotros irías mucho mejor servida que con estos niños.

El hombre que lo guardaba le retorció el brazo hasta hacerlo gritar de dolor.

—¡Habla con más respeto a la Madre Confesora, cerdo kelta!

—¿Respeto? ¿Respeto por una buscona con una espada? ¡Nunca!

Kahlan se inclinó hacia él para decirle:

—Estos «niños», como tú los llamas, os han hecho prisioneros. Cualquiera de ellos es más hombre que tú, Karsh.

»¿No querías guerra? Pues ya la tienes. Pero una guerra de verdad. Esto no es una matanza de mujeres y niños sino una guerra conducida por mí, la Madre Confesora. Una mujer. Una guerra sin cuartel.

Kahlan se sentó muy erguida en la silla, permitiendo que la mirada de Karsh se regodeara en sus senos.

—Tengo un mensaje para ti, Karsh, para que se lo entregues al Custodio. Cuando lo veas, que será muy pronto, dile que prepare mucho sitio, pues pienso enviarle a todos sus discípulos.

La mirada de Kahlan recorrió la línea de hombres que guardaban a los oficiales. En un rápido gesto se pasó un dedo por la garganta. La respuesta fue igualmente rápida.

Mientras los cuerpos se desplomaban, la mujer dejó escapar un grito y se llevó una mano al cuello. Sentía un repentino dolor punzante justo en el mismo lugar...

Era el dolor que había sentido cuando Rahl el Oscuro posó sus labios en su cuello, el dolor que había sentido cuando el espíritu de Rahl el Oscuro se les había aparecido en la casa de los espíritus y había grabado su mano en el pecho de Richard, el dolor que había sentido cuando Rahl el Oscuro le había besado el cuello y le había prometido en silencio horrores inimaginables.

Los hombres corrieron en su ayuda.

—¡Madre Confesora! ¿Qué os ocurre?

Kahlan alejó la mano. La sangre le teñía los blancos dedos. Pese a no tener una explicación para ello, sabía sin lugar a dudas que Rahl el Oscuro la había mordido con sus perfectos dientes absolutamente blancos.

—¡Madre Confesora, tenéis sangre en el cuello!

—No es nada. Estoy perfectamente. Seguramente una flecha me ha pasado rozando, eso es todo. —Haciendo acopio de todo su coraje ordenó—: Clavad las cabezas de los oficiales en postes para que todos

sus hombres las vean y sepan que se han quedado sin líderes. Deprisa.

Para cuando la última cabeza sangrante era alzada, los d'haranianos ya afluían hacia ellos de todas direcciones. La mayoría estaba borracha y reía como si todo eso no fuese más que una camorra entre borrachos. Pero por incompetentes y torpes que fueran, su superioridad numérica era aplastante. Eran como un enjambre de abejas; cada uno que caía era reemplazado por otros diez.

Los galeanos se batían como leones, pero no podían hacer nada contra la marea humana que se les venía encima. Hombres con los que Kahlan había hablado, que había tranquilizado, inspirado, a los que había gritado y sonreído, morían con gritos de dolor y terror. Se habían demorado demasiado en el campamento.

Más adelante estalló una batalla campal. Los galeanos se veían obligados a retroceder. Pero, si lo hacían, no tendrían escapatoria. Era imposible volver por donde habían venido, a través de soldados que ya habrían tenido tiempo de sobras para despejarse por la carnicería que los rodeaba, que ya habrían recuperado el sentido común y el valor.

Sin el elemento sorpresa no eran más que un grupo de muchachos desnudos y una mujer. Si intentaban una segunda vez lo que les había funcionado la primera, todos morirían. Era preciso que se abrieran paso por la fuerza en el campamento de la Orden Imperial hasta el otro lado del valle. Los d'haranianos abatían las formas blancas. Una manaza la agarró por el tobillo. Kahlan la cercenó y sacudió el pie para librarse de la mano.

Corrían peligro de ser absorbidos en el vientre de la bestia.

Haciendo caso omiso de los gritos agónicos de sus hombres, de su promesa de no abandonar el círculo protector de los soldados galeanos más fieros, de su promesa de no ponerse deliberadamente en peligro, Kahlan azuzó a *Nick* hacia lo más reñido de la batalla y cargó contra el enemigo.

Con los dientes apretados hundía la espada en cualquier enemigo que tuviera cerca, cortando carne y hueso. Sentía un hormigueo en la muñeca por los terribles impactos, y el brazo le pesaba tanto que temía no ser capaz de sostener la espada mucho tiempo más.

Asustados ante la posibilidad de que cayera en batalla, sus hombres avanzaron en masa hacia ella con nueva determinación. Los galeanos obligaron a la ola negra a retroceder, arrollándola, mientras Kahlan azuzaba a *Nick* hacia el mar de oscuros uniformes de cuero.

De pie sobre los estribos alzó la espada en alto.

—¡Por Ebinissia! —gritó—. ¡Por sus muertos! ¡Por su espíritu!

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. Aquellos soldados de la Orden Imperial a los que el blanco enemigo había confundido pero que, de todos modos, estaban decididos a aplastarlo fueran quienes fueran, se detuvieron y se quedaron mirando descaradamente a la mujer desnuda de blanco, montada en un caballo que acababa de aparecer entre ellos. Su confianza en que estaban siendo atacados por hombres de carne y hueso y no por espíritus se tambaleó. No podían dejar de mirarla boquiabiertos. Kahlan paseó la mirada por todos esos ojos que la observaban.

Entonces trazó un círculo por encima de su cabeza con la nívea espada al tiempo que una suave brisa le alborotaba el pelo que le caía sobre los hombros.

—¡En nombre de sus espíritus he venido a vengarlos!

Hombres ataviados con uniformes de cuero caían de rodillas, soltaban la espada, unían las manos en actitud suplicante y las alzaban hacia ella. Gemían implorando protección. Suplicaban piedad y perdón. Kahlan se preguntó si, de haber estado sobrios, la ilusión habría resultado tan convincente. Invadidos por los vapores del alcohol el efecto era apocalíptico.

—¡Guerra sin cuartel!

Mientras todos esos rostros permanecían vueltos hacia ella y los ojos derramaban lágrimas de temor, fueron atacados por la espalda. La súbita oleada de duro acero, violenta e implacable, los aterrorizó y los acabó de convencer que los espíritus iban a matarlos a todos. Se quebraron y corrieron, dejando caer armas, chillando de terror por el inframundo.

Ya habían logrado su objetivo. Ahora el tiempo corría en su contra. Debían escapar.

Así pues cargaron hacia adelante como un impetuoso río mortal de aguas blancas que se llevaba por delante tiendas, hogueras, carros y hombres, sorprendiendo aún más a un letárgico enemigo, y matando a todos los que podían sin frenar su avance. Nuevamente la muerte blanca se adentraba en la niebla.

Al mirar atrás, Kahlan vio las parejas de caballos de tiro con sus jinetes que sostenían en alto las

cadenas que los unían. Con un gesto los incitó a que se dieran prisa a unirse a la corriente blanca. Los jinetes empezaron a desenganchar un extremo de las cadenas de los horcates para luego pasar la cadena sobre la perilla de la silla del otro caballo, a fin de dejar a ambos animales libres y poder huir a toda prisa.

Allá a lo lejos, a la derecha, entre la niebla divisó una línea de caballos amarrados. Brin y Peter se reunieron, sujetaron de nuevo el extremo de la cadena al otro gancho y lanzaron al galope a *Daisy* y a *Pip*. Kahlan pensó en gritarles que permanecieran con los demás, que ya habían hecho suficiente y que era el momento de huir, pero ya era demasiado tarde. Sabía que jamás volvería a verlos.

Brin soltó las vueltas de cadena y separaron a los caballos para tensar el acero al tiempo que avanzaban hacia la hilera de monturas. Los cascos de los imponentes caballos tronaban contra el suelo. Kahlan echó una última mirada a Brin y a Peter, consciente de que no volvería a verlos vivos, tras lo cual centró su atención en lo que tenía delante.

—¡Ahí está el resto de los carros de provisiones! —gritó señalando con la espada.

Los hombres sabían qué hacer. Mientras ella se encargaba de espolear a la columna, algunos galeanos empaparon los carros con aceite de quemar, rompieron las ruedas y lanzaron antorchas. Los carros empezaron a arder violentamente. Otras antorchas se arrojaron a las tiendas. El enemigo, arrancado del sueño por el ruido y el fuego que lo rodeaba, encontró su fin en las armas de los galeanos. Conforme Kahlan y sus hombres se sumergían en la niebla e iban dejando atrás los fuegos, éstos perdían intensidad y se convertían en un resplandor naranja.

De repente estaban ya fuera del campamento, en terreno abierto. Lejos del campamento y de los fuegos, la oscuridad resultaba opresora. Los hombres que trotaban en vanguardia vacilaron y empezaron a mirar en torno.

—¡Los exploradores delante! —gritó Kahlan—. ¿Dónde se han metido los exploradores?

Dos hombres se abrieron paso hasta la primera fila y señalaron en la dirección del paso que buscaban. Kahlan buscó con la mirada al resto de exploradores, pero no había más. Con *Nick* galopó hasta la vanguardia para interrogar a los dos hombres.

—¿Dónde están los otros? ¡Tenían órdenes de ir en cabeza!

Los ojos redondos y húmedos que la miraron respondieron a su pregunta.

—Muy bien, vosotros dos conocéis el camino. Sacadnos de aquí.

Cincuenta hombres habían explorado el paso. Suficientes para estar del todo seguros que sobrevivirían los necesarios para mostrar el camino. Pero sólo quedaban dos.

Con un silencioso gruñido, Kahlan maldijo a los espíritus. Avergonzada, retiró la maldición. Al menos les quedaban esos dos. Sin ellos, estarían condenados a vagar en la niebla muertos de frío, vulnerables a los hombres de la Orden que los perseguirían.

La mujer frenó a *Nick* junto a la corriente de hombres desnudos y agitó un brazo frenéticamente.

—¡Vamos, moveos, deprisa! ¡Corred, maldita sea, corred! ¡Los tenemos casi encima! —Los jinetes de los caballos de tiro, entre los que no se contaban ni Brin ni Peter, se pusieron a su altura—. ¡Conductores! ¡Seguid al explorador que va en cabeza! ¡Él os enseñará qué estacas seguir! —Todos asintieron para decir que recordaban el plan.

Hombres ataviados con el uniforme de D'Hara, pero con retazos de tela blanca cosidos a las charreteras para señalar que eran soldados de Galea infiltrados en el campamento enemigo con los uniformes de los centinelas, pasaron a todo correr.

—No os olvidéis de arrancar las estacas antes de montar.

El plan consistía en montar en parejas o en tríos sobre los caballos de tiro y encaminarse a uno de los pequeños campamentos establecidos alrededor del enemigo. Ese mismo día habían dejado rastros por todo el valle de modo que, sin las estacas clavadas en la nieve para guiarse, nadie podría localizarlos.

Claro que el enemigo podría seguir fácilmente el rastro de todos los soldados que marchaban a pie, pero también habían elaborado planes para eso.

Kahlan vio que se libraba en la lejana retaguardia una batalla campal. Se suponía que el teniente Sloan debía evitar justamente que eso ocurriera y mantener la retaguardia en movimiento. Maldiciendo, regresó al galope. Sin detenerse, cargó entre las dos fuerzas, giró y cargó a través de ellas de nuevo para separarlas. Los d'haranianos, vestidos con uniforme de cuero, retrocedieron al ver al fantasma de la Confesora sobre un caballo blanco.

Kahlan caminó entre los galeanos, gritándoles:

—Pero ¡qué os ocurre! ¡Ya sabéis las órdenes! ¡Corred o no podréis escapar!

Los soldados galeanos empezaron a moverse, tratando de arrastrar un cuerpo.

—¿Dónde se ha metido el teniente Sloan? ¡Se supone que debería estar aquí!

Los hombres señalaron con la cabeza el cuerpo que arrastraban. Le faltaba la mitad de la cabeza y Kahlan pudo ver el cerebro al descubierto. Era el teniente Sloan. Los d'haranianos se disponían a atacar de nuevo. Kahlan tiró de las riendas y *Nick* reculó.

—¡Está muerto! ¡Dejadlo! ¡Corred, corred, idiotas! ¡Si alguno de vosotros se vuelve a parar por algo, os obligaré a luchar el resto de esta guerra desnudos! ¡Vamos, corred!

Esta vez emprendieron la huida en serio, corriendo tan deprisa que levantaban nieve con los pies. Nuevamente Kahlan pasó como una exhalación junto a la hilera de d'haranianos bebidos, que se tambalearon hacia atrás y cayeron unos encima de otros, aterrorizados. Tenía que entretenerlos para dar tiempo a sus hombres a que cogieran ventaja.

Así pues, condujo a *Nick* al galope entre el enemigo, pisoteando a quienes le cortaban el paso. Presos de un pánico momentáneo por el fantasma blanco, los hombres se dispersaban. Algunos invocaban la protección de los espíritus, pero otros pasaban a la acción blandiendo armas. Si herían a *Nick* en una pata...

Kahlan reprimía su avance con la espada y su caballo de batalla, pero la rodeaban. Los galeanos desaparecían tragados por la niebla. «Corred —les pidió en silencio—. Corred.» Blandió la espada hacia los hombres que se le acercaban demasiado. La siguiente vez que echó un vistazo hacia atrás no vio más que oscura niebla y bruma. Mientras daba vueltas a *Nick* iba perdiendo el sentido de la orientación, embistiendo a los soldados, tratando de ganar para sus hombres el tiempo que necesitaban para escapar.

Quiso huir, pero el enemigo la tenía completamente cercada y cada vez eran más los soldados. Algunos gritaban a sus compañeros que no era más que una mujer desnuda, no un espíritu, y que no iban a permitir que una mujer se les escapara. Kahlan se sentía más desnuda de lo que se había sentido en toda la noche.

Los d'haranianos se lanzaban alrededor de las patas de *Nick* y aunque éste se encabritaba y les lanzaba coces, otros ocupaban su lugar, tratando de desequilibrar al enorme caballo con su peso. Kahlan daba cortes a diestro y siniestro, cercenando brazos, hendiendo cráneos y apuñalando cuerpos.

Pero rodeada como estaba por un mar de hombres, de pronto se dio cuenta de que su situación era insostenible. Era consciente de que, si la desmontaban, estaría perdida y *Nick* también. Por mucho que lo intentaba no lograba quitárselos de encima.

Por primera vez en esa noche tuvo realmente miedo de no lograrlo. Pensó que iba a morir allí, en la nieve, en ese valle envuelto en un velo de bruma. No volvería a ver a Richard nunca más.

Súbitamente sintió un dolor gélido en la mordedura del cuello, en la mordedura de Rahl el Oscuro, y le pareció que en el aire flotaba una queda risa.

Dando tajos con la espada apartó a los hombres que intentaban agarrarla. Unos dedos como garras le aprisionaban las piernas. El dolor que le causaban la instó a arreciar las estocadas. *Nick* logró girar, y los pies de los hombres volaron en el aire, pero no soltaban a su presa. Kahlan apuñalaba y cortaba brazos. Pero otros agarraban el bocado del caballo, arrebatándole así el control de la montura. Un caballo era un botín muy valioso y, mientras se creyeran al mando de la situación, no iban a permitir que muriera.

Un soldado muy corpulento se agarró a la perilla de la silla y se impulsó hacia arriba.

—¡No la matéis! ¡Es la Madre Confesora! ¡No la matéis! ¡Derribad a la zorra! ¡Tiene que estar viva para cortarle la cabeza!

Kahlan le hundió el acero en el cuello y un chorro de sangre caliente se le derramó por el muslo.

—¡No la matéis! —gritó otro d'haraniano—. ¡Derribad a la zorra!

Sus palabras fueron acogidas con entusiasmo.

Kahlan blandió la espada contra las manos que trataban de cogerla. Unos dedos le arañaban las piernas. Un mar de ojos la contemplaban con lascivia. La mujer se defendía furiosamente mientras *Nick* se tambaleaba lateralmente, haciendo esfuerzos para liberar la cabeza, pero los soldados lo tenían atrapado por el bocado.

Un hombre saltó sobre ella por detrás y la sujetó por el pelo. Kahlan gritó cuando tiró de ella hacia atrás, desmontándola de la silla. Manos y más manos la manoseaban mientras ella caía al suelo. Todos se abalanzaron sobre ella. Grandes manos le cogían las piernas, la cintura, los tobillos, los pechos.

Otros dedos se cerraban alrededor de la espada para arrebatársela. Kahlan giró la empuñadura y cercenó varios dedos. Seguía defendiéndose con bravura. Pero los cuerpos la oprimían contra el frío suelo, dejándola sin respiración. Mordió los dedos que le tapaban la boca. Un poderoso puño la golpeó en la mandíbula.

Finalmente lograron inmovilizarle los brazos.

Eran demasiados.

«Mi amado Richard, te quiero.»

## 13

Kahlan pugnó por respirar, pero con el peso de tantos hombres encima no podía. Las lágrimas le escocían en los ojos. Más hombres seguían añadiéndose al montón. Un fornido codo se le clavó en el abdomen, y Kahlan sintió como si fuera a partirla en dos. Notaba en el rostro los alientos alcohólicos.

Su campo de visión se fue reduciendo hasta quedar limitado a un punto alrededor del cual todo era negro, y el punto iba encogiéndose. Tragó sangre, la suya.

Entonces oyó algo semejante a una lejana tormenta. Al principio solamente notó que el suelo vibraba bajo su espalda, pero el ruido fue creciendo y haciéndose más fuerte y penetrante. Finalmente se le unieron gritos. Algunos de los hombres que tenía encima levantaron la vista y le quitaron algo de peso, cosa que Kahlan aprovechó para inspirar hondo. Fue la bocanada de aire más dulce que jamás hubiera llegado a sus pulmones.

Cuando el gigante que la aplastaba, quien le había propinado el puñetazo, volvió la cabeza para ver de dónde procedía el estruendo y apartó su feroz mirada de ella, Kahlan se fijó en que tenía una cicatriz que le cruzaba el ojo y parte de la mejilla. Ese ojo estaba cerrado y cosido. De algún modo logró liberar la mano izquierda y la cerró en torno a la garganta del hombre.

Oía un repiqueteo metálico. De pronto cayó en la cuenta de que los truenos no eran sino cascos de caballos. Brin y Peter, montados en *Daisy* y *Pip*, surgieron de la niebla y galoparon a toda velocidad contra los d'haranianos, a los que iban segando con la cadena. Corrían hacia ella como un desprendimiento de tierra que fuese talando árboles. Los hombres se quedaron paralizados por el asombro. Los dedos de Kahlan apretaron la garganta del tuerto.

Entonces descargó su poder y la magia lo invadió. El trueno silencioso hizo vibrar la cota de malla del soldado.

Por efecto de la asombrosa sacudida los hombres se estremecieron y recularon. Todos gritaron por el dolor que les causaba estar tan cerca cuando la magia fue liberada. Un círculo de nieve se alzó y lo barrió todo hacia afuera.

También *Nick*, que estaba muy cerca, saltó por el dolor. Entonces descargó una de las patas traseras sobre la cabeza de un hombre situada justo junto a la oreja de Kahlan. El cráneo se quebró. Sangre caliente y otros fluidos le salpicaron una mejilla.

El hombre tuerto que tenía encima la contemplaba embobado.

—Mi ama —susurró—. ¿Qué deseáis de mí?

—¡Protégeme! —gritó ella.

El hombre se incorporó bruscamente y sus poderosos músculos se le marcaron. Sostenía a un hombre en cada mano por el pelo. Acto seguido los arrojó hacia atrás como si no fuesen más que peleles.

Kahlan logró liberar el brazo derecho. Con la espada describió un arco hacia el otro lado, desfigurando así el rostro de un soldado. El tuerto soltó un rugido mientras iba apartando a sus compañeros. *Daisy* y *Pip* seguían galopando hacia ella a toda velocidad.

Por fin tenía ambas manos libres. Se puso de pie de un salto. Los caballos y la cadena se les echaban encima.

—¡Ayúdame a montar!

El hombre tuerto la agarró por el tobillo con una de sus manazas y con un solo brazo la subió a la silla. Sin saber cómo, Kahlan empuñaba aún la espada. Se inclinó hacia adelante y la blandió contra el

hombre que sostenía el bocado y se negaba a renunciar a su trofeo. La punta del acero le abrió un tajo desde la mejilla hasta el codo. El hombre retrocedió lanzando un chillido. Inmediatamente Kahlan asió las riendas. Mientras cortaba cabezas y desgarraba pechos con una enorme hacha de guerra, el hombre tuerto bramó:

—¡Marchad, ama! ¡Escapad! ¡Orsk os protegerá!

—¡Me voy! ¡Corre, Orsk! ¡No dejes que te atrapen!

Los d'haranianos la olvidaron a ella y al caballo para centrar toda su atención en las nuevas amenazas: Orsk y la cadena. Kahlan espoleó al caballo con los talones y lo puso al galope justo cuando Brin y Peter la alcanzaban. Kahlan encajó los pies desnudos en los estribos, y los tres escaparon a toda velocidad.

La mujer distinguió el rastro que cientos de pies habían dejado en la nieve y lo siguió por el valle, entre la bruma, dejando que los hombres de la Orden Imperial se recuperaran de la sorpresa. No les costó más que unos segundos emprender la persecución. Quedaban aún muchos vivos. Miles.

Peter desenganchó la cadena que debía de haber roto centenares de huesos y cuellos. El extremo de la cadena rebotaba detrás. Los huesudos dedos de Brin la recogieron y la arrollaron sobre los horcates.

Mientras se internaba en la noche al galope, a Kahlan le pareció que dejaba atrás el suave sonido de una risa y se estremeció al recordar el beso que Rahl el Oscuro le diera en el cuello. De pronto volvió a sentirse muy desnuda.

Aunque la bruma era gélida y Kahlan se sentía rodeada por una lluvia de salpicaduras, sudaba. Tenía el labio hinchado y le sangraba.

—Creí que jamás volvería a veros —gritó para hacerse oír por encima de los cascos.

Brin y Peter, cubiertos con guerreras demasiado grandes para ellos, sonrieron ampliamente en la oscuridad.

—Ya os dijimos que podíamos hacerlo —replicó Brin.

Kahlan esbozó su primera sonrisa de la noche.

—Sois increíbles. —Al distinguir a duras penas los cuartos traseros de otros caballos de tiro que desaparecían en la niebla, señaló. —Ahí están vuestros hombres. Buena suerte. —Se despidió con un ademán.

Siguió avanzando al galope sola y, a corta distancia, alcanzó a los soldados de infantería. En un primer momento sólo vio a uno, que se había retrasado mucho debido a una terrible herida en la pierna. Kahlan sabía que debía dejarlo. Sabía que debía hacerlo, pues los d'haranianos le iban pisando los talones.

Al llegar a la altura del soldado, éste alzó la cabeza sin dejar de avanzar penosamente sobre la nieve. También él sabía que Kahlan debía dejarlo allí. Ésas eran las órdenes; quien no pudiera seguir el ritmo, se quedaría atrás. Sin excepciones.

Cuando pasó junto a él Kahlan le tendió una mano. Una vez cogido de las muñecas, lo alzó junto a ella.

—Sujétate, soldado.

El soldado trataba de mantener el equilibrio sobre el caballo lanzado al galope con los brazos extendidos, temeroso de tocarla.

—Pero... ¿dónde?

—¡Agárrate a mi cintura! ¡A mi cintura!

El soldado seguía con los brazos extendidos y rebotaba.

—Pero...

—¿Es que nunca has rodeado a una mujer con tus brazos?

—Sí... pero iba vestida —gimió el joven.

—¡Agárrate o te caerás, y no pienso dar media vuelta para recogerte!

De mala gana y con mucho cuidado el soldado le rodeó la cintura con los brazos. Se mantenía muy tenso, tratando por todos los medios de no rozar nada importante ni interesante. Kahlan le dio una palmadita en el dorso de ambas manos para tranquilizarlo.

—Cuando alardees de esto, no exageres demasiado. —El soldado lanzó un leve gruñido de preocupación que pintó una sonrisa en el rostro de Kahlan.

Conforme cabalgaban Kahlan sentía cómo la cálida sangre del joven le corría por la parte posterior de la pierna hasta la punta del pie colocado en el estribo, y desde allí goteaba. A su espalda oía los gritos

de sus perseguidores.

El soldado estaba perdiendo mucha sangre y se hallaba tan agotado, que recostó la cabeza contra su espalda. Si no le vendaban la herida, se desangraría en cuestión de minutos. Pero, aun teniendo tiempo para detenerse, iba desnuda y no tenía nada con qué improvisar un vendaje.

—Mantén la herida cerrada con una mano —le dijo—. Sujétala tan fuerte como puedas. Con el otro brazo agárrate a mí. No quiero que te caigas.

El soldado apartó un brazo de su cintura y se apretó la herida mientras cabalgaban pisando los talones a los hombres de la retaguardia. El frío y el cansancio hacían mella en todos ellos. Sus perseguidores estaban cerca. Al echar un vistazo hacia atrás, Kahlan los vio. Eran tantos que se quedó impresionada. Chillaban y lanzaban alaridos.

—¡Corred! ¡Corred o nos atraparán!

Una alta pared de roca con escuálidos árboles que crecían en las grietas y hendiduras se alzaba ante ellos. Los hombres ascendían por el estrecho paso como si en ello les fuera la vida, lo cual era totalmente cierto.

Al iniciar el ascenso Kahlan golpeó tres veces la roca con la parte plana de la espada. Era la señal.

Un hombre que corría delante de ella se volvió.

—¡Aún no hemos llegado! ¡Es demasiado pronto! ¡Nos atrapará junto con el enemigo!

—¡Pues corre más rápido! ¡Si esperamos más, también ellos pasarán!

Kahlan golpeó la roca tres veces más. El aire oscuro y húmedo se encargó de transportar el sonido. Ojalá que funcionara. Por razones obvias no había sido posible hacer una prueba. Los cascos de *Nick* resbalaban sobre la roca cubierta de nieve.

Al principio solamente lo sintió; era como un ruido sordo en lo más profundo de su pecho, demasiado bajo para ser oído, pero demasiado poderoso para que las fibras de su ser no lo acusaran. Kahlan alzó la mirada hacia la roca resbaladiza por la bruma que desaparecía en la oscuridad y la niebla. Aún no podía verlo pero ya lo sentía.

Y entonces lo oyó. Un retumbante estruendo, como si el mismo suelo se moviera. Oía cómo los troncos de los árboles se partían. El retumbante rugido reverberaba en las paredes de las montañas vecinas. El suelo temblaba.

—¡Corred! ¿No podéis ir más rápido? ¿Es que queréis ser enterrados vivos? ¡Corred, corred!

Kahlan sabía que ya no podían correr más rápidamente, pero a lomos de *Nick* le parecía que iban a paso de tortuga. No podían salvarse.

Por encima de sus cabezas el retumbo fue creciendo más y más a medida que un número incalculable de toneladas de nieve se precipitaba hacia ellos. Kahlan se sintió muy orgullosa de los hombres de la vanguardia, que habían conseguido provocar una avalancha en el momento justo, pero le atenazaba el temor de haber dado la orden demasiado pronto.

Una informe bola de nieve húmeda le cayó en la cara y luego otra en el hombro. Pequeños terrones sacudían los árboles por encima de ellos, rebotaban y caían al precipicio. Una nube de nieve esponjosa le empañó el rostro. El retumbo era ensordecedor.

Por la cornisa superior se precipitaba una atronadora avalancha blanca. La atravesaron como quien atraviesa una cascada. Detrás de ella un árbol rebotó en la senda y cayó luego al abismo girando sobre sí mismo. Se habían salvado del alud por los pelos.

Los perseguidores de la Orden Imperial no fueron tan afortunados; recibieron de lleno la avalancha de nieve, troncos y peñas cada vez más imparables. La muerte blanca los enterró a todos. El estruendo del alud ahogó los gritos de los hombres a los que sepultaba vivos.

Kahlan hundió los hombros profundamente aliviada. Ahora ya no podrían seguirlos. El paso había quedado sepultado.

Los jadeantes galeanos aflojaron un poco el paso, pero no demasiado o se morirían de frío. La rápida marcha les mantenía calientes. Pero Kahlan sabía que, pese a que llevaban los pies desnudos envueltos en tela blanca para protegerlos mínimamente, debían de tenerlos casi congelados. Habían dado lo mejor de sí a ella y a la Tierra Central, y muchos habían perdido la vida.

Kahlan se sentía tan agotada por la falta de sueño, los estragos de la batalla, el esfuerzo de usar su poder, así como por la carga emocional del miedo, que apenas podía mantenerse en la silla. Se dio ánimos diciéndose que muy pronto podría descansar.

—Lo hemos logrado, soldado —le dijo, dándole una palmadita en la mano que notaba en el estómago—. Ahora estamos a salvo.

—Sí, Madre Confesora —susurró como si estuviera medio ido—. Madre Confesora, lo siento.

—¿Qué sientes?

—Sólo he matado a diecisiete. Lo siento. Me había prometido que mataría a veinte. Sólo han sido diecisiete.

—Conozco a héroes de batallas, a hombres condecorados, que no han vencido ni a la mitad que tú en combate. Estoy orgullosa de ti. La Tierra Central está orgullosa de ti. Puedes estar satisfecho, soldado.

El joven mascullo algo ininteligible.

Kahlan le palmeó de nuevo la mano.

—Tranquilo, pronto te curarán. Aguanta. Todo irá bien.

El soldado no respondió. Kahlan miró hacia atrás y vio solamente nieve. Todo estaba en silencio. En las lejanas y oscuras montañas un lobo aulló.

Poco después llegaron al campamento montado en una altiplanicie. Los hombres que iban en cabeza trataban de entrar en calor envueltos en mantas alrededor de hogueras y se calentaban los pies. Otros se vestían bajo las mantas, mientras que otros hombres arrojaban mantas a los que llegaban y atendían a los heridos. Algunos de ellos gruñían de dolor a causa de heridas que en el furor del combate y la huida no habían notado. Kahlan empezó a sentir que el labio le latía.

A la titilante luz de las pequeñas hogueras vio a Prindin y a Tossidin a una cierta distancia, que corrían de un lugar a otro, examinando a los recién llegados. Cuando la vieron sobre el caballo, ambos suspiraron aliviados y esbozaron idénticas sonrisas.

El capitán Ryan, vestido con el uniforme de D'Hara y la mano izquierda vendada, corrió a recibirla. Unos se hicieron cargo de las riendas y otros alargaron los brazos para recibir al desmadejado soldado que Kahlan ayudaba a bajar sujetándolo por un codo.

Prindin corrió hacia ella con su manto en la mano. Entonces se quedó quieto y se lo abrió, esperando a que desmontara y pudiera cubrirse con él. La miraba con una sonrisa en los labios.

Kahlan, sin moverse de la silla, extendió lentamente una mano.

—He notado suficientes ojos en mi carne desnuda por el resto de mi vida. ¡Lánzamelos!

Prindin se encogió de hombros un tanto avergonzado y le arrojó el manto. Tossidin propinó un pescozón a su hermano. Todos los presentes guardaron silencio y apartaron la vista, incómodos, mientras ella se cubría con el manto y se lo ataba.

Kahlan se deslizó al suelo y descubrió que las piernas apenas la sostenían. Tuvo que usar la espada, que seguía empuñando, a modo de bastón y detenerse un momento hasta que el mundo dejó de girar. Entonces miró al soldado yacente en la nieve a sus pies.

—¿Por qué nadie ayuda a este hombre? No os quedéis ahí como pasmarotes. ¡Ayudadlo! —Nadie se movió—. ¡He dicho que lo ayudéis!

El capitán Ryan se acercó. Mantenía la vista clavada en el suelo.

—Lo siento, Madre Confesora. Está muerto.

—¡No puede estar muerto! —protestó Kahlan, apretando los puños—. ¡Acabo de hablar con él! —Nadie se movió. La mujer le golpeó el pecho con un puño—. ¡No está muerto! ¡No está muerto!

Todo el mundo miró a otro lado y nadie dijo nada. Al fin Kahlan posó los ojos en todos los hombres reunidos en torno a los fuegos, a todas esas cabezas gachas. La mano le cayó a un costado.

—Mató a diecisiete —dijo al capitán Ryan—. Mató a diecisiete —repitió más fuerte para que todos la oyeran.

—Lo hizo muy bien —replicó el capitán—. Todos estamos muy orgullosos de él.

Kahlan contempló todos esos rostros que por fin se alzaban hacia ella.

—Perdonadme. Por favor, perdonadme todos. Habéis hecho un buen trabajo. —Ya no le quedaba ni pizca de furia—. Estoy orgullosa de todos vosotros. A mis ojos y a los ojos de la Tierra Central, todos sois héroes.

Los soldados se animaron. Algunos siguieron comiendo mientras que otros empezaban a pasarse cuencos de latón y se servían alubias calentadas en cazos colocados sobre el fuego. Otros partían el plano pan de campamento para mojar con las alubias.

—¿Dónde está Chandalen? —preguntó Kahlan al tiempo que se ponía las botas que Tossidin le

había entregado.

—Fue con los arqueros. Supongo que ahora estará disparando flechas contra los d'haranianos. —El capitán Ryan se inclinó hacia ella y bajó la voz, pese a que los hermanos se alejaban—. Me alegro de tener a esos tres de nuestro lado. Deberíais haber visto cómo eliminaron a los centinelas. Prindin, sobre todo, es como la muerte encarnada cuando esgrime su *troga*. Parecía cosa de magia; un momento estaban aquí y al siguiente allí, sin que nadie los viera moverse. Y tampoco oí nada. Simplemente aparecieron con los «uniformes» de los centinelas.

—Pues deberías verlos hacer eso mismo a pleno día en medio de la pradera. —Kahlan lo miró de la cabeza a los pies y esbozó con esfuerzo una pequeña sonrisa—. Estás muy guapo. Te queda muy bien.

—No entiendo cómo llevan todo el tiempo esta pesada malla. Pero me ha salvado —añadió, jugueteando con un roto en el cuero.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Hemos logrado casi todos nuestros objetivos. Vestidos con estos uniformes apenas tuvimos que luchar. Casi nadie reparó en nosotros, excepto los que matamos. Hemos tenido muy pocas bajas. —El capitán echó un vistazo por encima del hombro—. Parece como si vosotros os hubieseis llevado la peor parte. He hecho un recuento rápido. Hemos perdido casi cuatrocientos de los mil espadachines que atacaron.

Kahlan clavó los ojos en los hombres congregados en torno a los fuegos.

—Estuvimos a punto de perderlos a todos. Pero lucharon como leones. Y los conductores también.

El capitán Ryan se sostuvo contra el pecho la mano vendada.

—Por lo que me han dicho algunos, creo que casi todos ellos mataron al menos a diez enemigos, aunque la mayoría acabaron con muchos más. Hemos arrancado buena parte de la piel de la Orden Imperial.

Kahlan tragó saliva.

—Pero ellos también.

—¿Hicieron los hombres lo que les ordené? ¿Os protegieron?

—Han mantenido al enemigo tan lejos de mí que ni siquiera podría decirte qué aspecto tenían. Me temo que no he contribuido apenas a añadir honor a tu espada, capitán, aunque fue un alivio tenerla encima. Te ruego que al menos te sientas honrado de que la haya empuñado en combate.

El joven capitán frunció el entrecejo y se inclinó hacia un lado para tratar de verle mejor el rostro a la luz de las llamas.

—Tenéis un corte en los labios. Y vuestro caballo está cubierto de sangre —añadió, mirando el caballo de batalla al que despojaban de los arreos—. Y vos también estáis cubierta de sangre, ¿no es cierto? —No era una pregunta sino una acusación.

Kahlan miró fijamente un fuego.

—Algunos borrachos me lanzaron algo. Así me corté el labio. Y la sangre pertenece al soldado herido que traía. —Sus ojos recorrieron los juveniles semblantes reunidos alrededor de los fuegos—. Ojalá hubiera luchado tan bien como ellos. Han estado magníficos.

Ryan lanzó un gruñido. No estaba en modo alguno convencido.

—Bueno —dijo al fin—, sea como sea, me alegra veros con vida.

—¿Todo lo demás va bien? ¿Los arqueros y la caballería? Tenemos que aprovechar al máximo esta oportunidad mientras estén borrachos y enfermos por el veneno. Y también debemos aprovechar el buen tiempo. No podemos dormirnos en los laureles. Tenemos que lanzar un ataque relámpago tras otro. Nada de combates prolongados. Ataques repentinos procedentes siempre de un lugar distinto.

—Todos saben qué tienen que hacer y esperan su turno. Los arqueros acabarán pronto, a continuación le tocará a la caballería y después a los piqueros. Cuando envíen a los centinelas los estaremos esperando. Nuestros hombres dormirán por turnos. Desde este mismo instante, la Orden Imperial no tendrá ni un momento de descanso.

—Perfecto. Estos hombres deben descansar. Por la mañana tendrán que entrar de nuevo en acción. Recuerda lo más importante —Kahlan alzó un dedo y se dispuso a citar a su padre—: «El arma que conquista más rápidamente la razón es el terror y la violencia». No lo olvides. Esa es el arma que ellos usan, y ahora la estamos volviendo en su contra.

Prindin entró de nuevo en la luz de las llamas.

—Madre Confesora, mi hermano y yo te hemos preparado un refugio mientras esperábamos tu regreso. En él tienes tu ropa y agua caliente para que puedas lavarte, si lo deseas.

Kahlan trató de disimular las ganas que tenía de quitarse de encima el hedor de la guerra.

—Gracias, Prindin.

El hombre barro señaló con el brazo hacia un pequeño claro donde habían construido un espacioso refugio con ramas de pino cubiertas de nieve. Después de entrar a gatas se encontró un interior iluminado con velas. El suelo nevado estaba también cubierto de ramas, lo que daba al refugio un agradable aroma de pino. En el centro había rocas calientes y, junto a ellas, un cubo lleno de agua humeante. Kahlan se calentó los dedos sosteniéndolos sobre las rocas.

Los dos hermanos le habían construido un hogar cálido y cómodo para pasar la noche. Kahlan sintió deseos de llorar ante tal muestra de amabilidad.

Su mochila estaba allí y también sus ropas, cuidadosamente dobladas. Kahlan se quitó el colgante, regalo de Adie, que llevaba un hueso redondo. Era lo único que había llevado en la batalla. Antes de lavarlo se lo apretó un momento contra la mejilla. Le recordaba mucho al que su madre le había dado.

A continuación sumergió toda la cabeza en el cubo, se lavó el pelo y luego procedió a lavarse metódicamente el resto del cuerpo. No podía más que pasarse una esponja húmeda, pero era maravilloso quitarse de encima la sangre y el tacto de tantas manos. Mientras se limpiaba tuvo que forzarse a pensar en otras cosas para evitar las náuseas. Pensó en Richard, en su sonrisa traviesa que siempre lograba contagiarla, y en esos ojos grises que podían mirarla directamente. Al acabar de limpiarse se tumbó y se secó el pelo sobre las rocas.

Necesitaba desesperadamente dormir. Aún no había recuperado su poder de Confesora desde que lo usara contra el hombre tuerto, Orsk. Sentía un vacío en la boca del estómago, un hueco donde debería estar su poder. Aún tardaría un poco en recuperarlo. Pero no superaría el agotamiento, el mareo y las náuseas hasta que durmiera.

Cómo ansiaba tenderse en su estera y dormir. Hacía tanto que no dormía, y ella estaba tan cansada... Pero no podía. Aún no.

Volvió a colgarse el hueso y con gran esfuerzo se vistió. De la mochila sacó un unguento que se aplicó sobre el labio cortado. Al volverlo a guardar reparó en el cuchillo que le había dado Chandalen y se lo sujetó al brazo.

Estaba tan cansada que apenas podía ponerse en pie, pero debía hacer algo antes de dormir; estar con sus soldados. No dejaría que pensarán que no le importaba la suerte que habían corrido. Ellos estaban dispuestos a dar la vida por la Tierra Central y lo mínimo que ella podía hacer era mostrar reconocimiento.

Pulcra, con el largo cabello nuevamente aseado y brillante y cubierta por fin con varias capas de cálidas ropas y su manto, fue zigzagueando entre las hogueras del campamento. Escuchaba con actitud de seria atención lo que le explicaban, unos farfullando y otros de manera breve y sobria. Kahlan hablaba con todos los que tenían preguntas, sonreía tranquilizadamente y les hacía saber a todos que se sentía orgullosa de ellos. Se arrodillaba junto a los heridos, se aseguraba de que no pasaran frío, les acariciaba una mejilla para darles ánimos y les deseaba una rápida recuperación. También ella sentía alivio cuando lograba calmarlos con una caricia.

Llegó junto a una hoguera rodeada por diez silenciosos soldados. Uno de los más jóvenes temblaba, pero a Kahlan no le pareció que fuese de frío.

—¿Cómo va? ¿Estáis todos bien? ¿Vais entrando en calor?

Su presencia sorprendió y animó al tembloroso soldado.

—Sí, Madre Confesora. —Fruto de un incontrolable escalofrío los dientes le castañetearon—. Nunca creí que sería así. —El joven logró serenarse y señaló a los demás—. Éstos son mis amigos. Seis no han vuelto.

Kahlan mantenía el manto cerrado con una mano y con la otra apartó al joven unos mechones de pelo de la frente.

—Lo siento mucho. Yo también lloro su pérdida. Solamente quería que supierais que estoy muy orgullosa de vosotros. Nunca había visto unos soldados más valientes.

El soldado soltó una risita nerviosa.

—Si no hubiera sido por vos todos estaríamos muertos. Nos obligaban a retroceder y nos estaban

haciendo pedazos. Entonces vos cargasteis contra el enemigo completamente sola. Todos se fijaron en vos y, aprovechando su confusión, contraatacamos. Lo que hicisteis nos salvó.

»Desearía haber matado a tantos enemigos como os vi matar a vos. —Todos hicieron gestos de asentimiento, muy serios—. Gracias, Madre Confesora. Nos salvamos gracias a lo que hicisteis. De poder elegir —agregó con un amago de sonrisa—, preferiría seguirsos a vos en la batalla antes incluso que al príncipe Harold.

—Es bastante buena con la espada, ¿verdad?

Kahlan se sobresaltó. Todos los soldados se volvieron para ver al capitán Ryan de pie detrás de la Confesora.

—Creo que podría enseñarnos una o dos cosas sobre el manejo de la espada, capitán. No creeríais lo que...

—¿Tenéis comida? —Kahlan interrumpió al soldado con una palmadita en el hombro.

El joven señaló un cazo con alubias puesto al fuego.

—¿Deseáis comer con nosotros, Madre Confesora?

Pero Kahlan tenía el estómago tan revuelto, que con sólo pensarlo a punto estuvo de devolver.

—Comed vosotros. Necesitáis fuerzas. Gracias por la oferta, pero primero debo ver a los demás.

El capitán Ryan se alejó con ella.

—No habéis dicho toda la verdad. Los hombres que desensillaron vuestro caballo me han dicho que han encontrado manos y dedos cortados enganchados en la cincha y en otros lugares.

Kahlan sonreía a los soldados al pasar junto a ellos. Éstos respondían alzando una mano o inclinando la cabeza.

—¿Has olvidado quién era mi padre? Él me enseñó a usar una espada.

—Madre Confesora, eso no significa que...

—El teniente Sloan ha muerto.

Ryan guardó un breve silencio.

—Lo sé. Ya me lo han dicho. No tenéis buen aspecto —comentó, pasándole una mano bajo el brazo cuando Kahlan se tambaleó—. Algunos de los hombres envenenados parecían más frescos que vos.

—Es que hace mucho que no duermo. —Kahlan se calló que había usado de nuevo su poder—. Estoy muerta de cansancio.

Al llegar junto a su tienda, Tossidin le ofreció un cuenco con alubias. Cuando vio y olió la comida, Kahlan se tapó la boca con la mano al tiempo que cerraba los ojos con fuerza. Tuvo la impresión de que iba a desmayarse. Tossidin comprendió y le apartó el cuenco.

—Madre Confesora —dijo Prindin sujetándola por el otro brazo—, más que comer lo que necesitas es dormir. —Kahlan asintió—. Te he preparado una taza de té; creí que te ayudaría. Está dentro —añadió, señalando el interior de la tienda con el mentón.

—Sí, el té me calmará el estómago. Que me despierten por la mañana, cuando llegue la hora del próximo ataque —pidió al capitán—. Acompañaré a los hombres.

—Eso será si habéis descansado lo suficiente. Sólo si... —Kahlan lo hizo enmudecer con una mirada—. Sí, Madre Confesora. Yo mismo os despertaré.

Dentro del cómodo refugio Kahlan fue tomando a sorbos el té caliente mientras temblaba. La cabeza le daba vueltas. Sólo pudo tomar unos sorbos antes de caer sobre la estera de dormir. Se sentiría mejor cuando descansara, se dijo a sí misma. Por fin empezaba a sentir la familiar fuerza de su poder dentro del pecho, regenerándose.

Se ovilló bajo el manto de pieles pensando en las miles de cosas que debían hacerse. Le preocupaban los hombres que en esos mismos instantes estaban atacando, así como los que lo harían a continuación. Estaba muy inquieta por todos ellos. Eran tan jóvenes...

También le preocupaba lo que había empezado: la guerra.

Pero, en realidad, no había sido ella quien la había empezado. Ella simplemente se había negado a condenar a una muerte segura a inocentes. No tenía elección. Como Madre Confesora tenía una responsabilidad hacia la gente de la Tierra Central. Si nadie detenía a la Orden Imperial, centenares de miles de inocentes morirían en sus manos y quienes sobrevivieran lo harían como esclavos de la Orden.

Los rostros de las jóvenes doncellas que había visto en el palacio de Ebinissia flotaban y giraban en su mente. Pero estaba demasiado agotada para derramar lágrimas por ellas. Después de vengarlas ya

habría tiempo para llorar.

La sed de venganza bullía en su interior. Estaba resuelta a perseguir a los hombres de la Orden Imperial hasta la tumba. Por la mañana conduciría nuevamente a los galeanos contra el enemigo. Cumpliría su promesa; vengaría a esas muchachas y a todas las demás víctimas.

Si nadie detenía a la Orden Imperial, no sólo muchos inocentes serían masacrados sino que toda la magia, tanto buena como mala, todas las criaturas mágicas, perecerían.

Richard entre ellas.

Sus pensamientos fueron hacia Richard. Entonces por fin lloró, lloró con la esperanza de que no la odiaría por lo que había hecho. Kahlan rezaba para que fuera capaz de entenderla y perdonarla. Ella había hecho lo mejor para él, para salvarlo y salvar también a todos los seres vivos. Poco a poco, el llanto fue remitiendo.

Pensar en Richard ahuyentó el rápido desfile de embrolladas imágenes que le pasaba por la cabeza. Por primera vez en días logró centrarse en cosas que no fueran luchar y matar.

Pensó en quién era ella y en quién era Richard. Se centró en asuntos importantes que flotaban en la bruma que reinaba en el fondo de su mente consciente.

Pensar en Richard le recordó las cosas realmente importantes y que parecía haber olvidado. Había otras cosas aparte de la Orden Imperial muy importantes. Más que eso; trascendentales. Era como si esta guerra la hubiera distraído de más altos imperativos.

Pensó en Rahl el Oscuro que había marcado a Richard. Luego las Hermanas de la Luz se lo habían llevado y se suponía que ella debía ir a Aydindril para encontrar a Zedd y pedirle que ayudara a Richard.

Richard tenía que detener al Custodio.

A oscuras bajo el manto Kahlan frunció el entrecejo. El velo del inframundo seguía rasgado. Su lugar no era el campo de batalla, esgrimiendo una espada contra tropas de D'Hara.

Entonces recordó la risa de Rahl el Oscuro. Se llevó una mano al cuello y notó la piel hinchada y agrietada. Había sido real. Rahl el Oscuro se había reído de su estupidez.

Se incorporó. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que ayudar a detener al Custodio. Shota, Rahl el Oscuro y Denna habían dicho que el velo se había roto. Ella misma había visto a un aullador, un ser que pertenecía al inframundo. Había hablado con Denna, y Denna había acudido a la llamada del Custodio en el lugar de Richard para que éste viviera y pudiera reparar el velo.

Se suponía que ella debía acudir a Zedd. No debería estar jugando a ser soldado.

Pero si nadie paraba los pies a la Orden Imperial...

Pero si nadie reparaba el velo...

Tenía que ir a Aydindril y reunirse con Zedd. Esos galeanos podían librar una guerra sin ella. ¿Eran o no eran soldados? Ella era la Madre Confesora y no debía ir por ahí poniendo tontamente su vida en peligro cuando la Tierra Central, y todo el mundo de los vivos, estaba bajo amenaza.

De eso de reía Rahl el Oscuro, de su estupidez. Kahlan cogió la taza de té que Prindin le había preparado y la sostuvo con ambas manos para calentarse los dedos. Ella era la líder de la Tierra Central y tenía que actuar como una líder, lo que implicaba atender los asuntos más importantes por encima de todo lo demás, ocuparse de las cosas que solamente ella podía resolver. Kahlan apuró el té e hizo una mueca por el gusto amargo.

Entonces volvió a tumbarse sosteniendo la taza encima del estómago. Los semblantes de las jóvenes muertas volvieron a flotar ante sus ojos. El arma que conquista más rápidamente la razón es el terror y la violencia; eso le había hecho el enemigo. El horror de sus atrocidades había conquistado su razón.

Ese mismo día ella y sus hombres habrían estado perdidos si ningún explorador hubiera sobrevivido. Sin guías jamás habrían hallado el camino y habrían caído en manos del enemigo.

Eso es lo que ella era, una guía. Era la guía de la Tierra Central. Su lugar estaba en Aydindril, presidiendo el Consejo, creando un frente común contra la amenaza. Sin su guía, los miembros del Consejo no sabrían qué ocurría y se perderían en la niebla de los acontecimientos.

También era la guía de Richard, pues necesitaba ayuda. Ella era quien debía procurársela de manos de Zedd. Sin esa guía, Richard y todos los seres vivos perecerían.

Se incorporó y clavó la mirada en la llama de la vela.

No era de extrañar que Rahl el Oscuro se hubiera reído de ella. Había dejado que el enemigo conquistara su razón. Había estado a punto de olvidarse de cuál era su deber y había dado tiempo al

Custodio para que siguiera adelante con sus planes.

Ahora sabía qué debía hacer. Había dado el primer impulso a los jóvenes soldados galeanos, les había mostrado cuál era su responsabilidad y cómo cumplirla. Ahora ya sabían qué debían hacer para vencer al enemigo. Había hecho bien, pero ahora debía ocuparse de asuntos más importantes.

Tenía que ir a Aydindril. Una vez tomada la decisión sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima, y al mismo tiempo se sentía llena de nueva determinación. Aunque no estaba junto a ella, Richard la había ayudado a hallar la verdad en medio de tanta confusión, la había ayudado a ver cuál era su verdadero deber.

Miró dentro de la taza pero ya se había acabado el té. Seguía teniendo la mente confusa. No lograba mantener los ojos abiertos. Estaba tan cansada, que ni siquiera podía seguir incorporada.

Mientras se dejaba caer sobre la estera se preguntó qué debía de estar haciendo Richard y dónde estaría. Seguramente estaba con las Hermanas, aprendiendo a controlar el don. Suplicaba a los buenos espíritus que lo ayudaran a darse cuenta de cuánto lo amaba.

De pronto el brazo le pesó demasiado para mantenerlo levantado, le cayó a un lado y la taza rodó al suelo.

Kahlan se sumió en un sueño tranquilo, como la muerte.

## 14

Se sumergió en el vacío, en un yermo de total oscuridad en el que ni el tiempo ni el espacio existían. Era como si estuviera en otro mundo. El oscuro vacío estaba más allá de la comprensión o el consuelo.

Mientras vagaba por las profundidades de ese vacío, sintió algo. Era un sentimiento que encendía en ella una chispa de esperanza, esperanza de escapar de esa desolada vacuidad. Aferrándose a esa leve sensación, trató desesperadamente de agarrarse a algo sustancial, como quien se aferra a una roca en un ancho y oscuro río. Resistiéndose a esa sofocante oscuridad, recuperó la sensación de su cuerpo.

Fue flotando de regreso. Sentía que la cabeza le iba a estallar con un dolor sordo y, como atontada, trataba de comprender qué le estaba ocurriendo. Alguien la llamaba. Madre Confesora. No, ése no era su nombre.

Pero entonces oyó: Kahlan. Sí, así se llamaba ella. Unas manos la zarandearon. Alguien la llamaba y la zarandeaba.

Kahlan regresó de un lugar muy lejano. Abrió los ojos, y el mundo giró a su alrededor. El capitán Ryan la agarraba por los hombros y la zarandeaba mientras pronunciaba su nombre.

Inspiró profundamente y se llenó los pulmones de aire frío. Entonces agitó ambos brazos para desasirse, pero enseguida tuvo que colocar las manos en el suelo para apoyarse. Las facciones del capitán reflejaron una gran inquietud.

—¿Madre Confesora, estáis bien?

—Yo... yo... —Kahlan paseó la mirada en torno. También estaba Tossidin. Acabó de incorporarse y se llevó los dedos, helados, a la frente—. Mi cabeza... ¿Qué hora es?

—Pronto amanecerá. —El capitán lanzó por encima del hombro una mirada de inquietud a Tossidin—. Hemos venido a despertaros tal como ordenasteis. Los soldados están listos para la marcha.

Kahlan se quitó de encima el manto.

—Estaré lista en un momento y luego...

Pero entonces recordó su decisión de ir a Aydindril. Tenía que reunirse con Zedd para que ayudara a Richard. Si realmente el velo estaba rasgado...

—Madre Confesora, no tenéis buen aspecto. Habéis pasado por muchas cosas y apenas habéis dormido durante días. Creo que necesitáis descansar.

Era cierto. Aunque notaba que había recuperado el poder, definitivamente no se sentía repuesta.

—Capitán —le dijo, poniéndole una mano sobre un brazo—, tengo que ir a Aydindril. Tengo que...

—Descansad. Aún estáis demasiado agotada para viajar. Cuando regrese ya estaréis más descansada y podréis partir.

Kahlan asintió, agarrada aún a su manga en busca de apoyo.

—Sí. Debo partir. Ayer lo estuve pensando. Tengo que ir a Aydindril. Descansaré hasta que regreses, pero después tendré que marcharme. —Miró a su alrededor y solamente vio a Tossidin con el capitán—. ¿Dónde están Chandalen y Prindin?

—Mi hermano ha ido a comprobar que no haya centinelas enemigos. Así podremos atacar por sorpresa.

—Y Chandalen está atacando con los piqueros —añadió el capitán Ryan—. Tengo que reunirme con él cuando lidere el ataque de los espadachines.

Kahlan se palpó el labio, que le dolía.

—Tossidin, di a Chandalen que cuando acabe vuestro ataque tenemos que partir hacia Aydindril. Id con mucho cuidado los tres. Tenéis que acompañarme hasta Aydindril. —Mantener los ojos abiertos y hablar le suponía un enorme esfuerzo. Era consciente de que no estaba en condiciones de viajar—. Yo descansaré hasta que regreséis.

El capitán Ryan suspiró de alivio al saber que no se uniría al ataque, sino que se quedaría en el campamento, a salvo.

—Dejaré algunos hombres de guardia mientras dormís.

—No. El campamento está muy bien escondido. Estaré perfectamente a salvo.

Pero el capitán insistió.

—Diez o doce hombres no se notarán en el ataque, y estaré más tranquilo si sé que no estáis aquí arriba totalmente sola.

Kahlan no tenía fuerzas para discutir.

—De acuerdo.

Enseguida se dejó caer sobre la estera. Frunciendo el entrecejo por la preocupación, Tossidin la tapó con el manto. Mientras los dos hombres salían a rastras, Kahlan empezó a caer otra vez en la negrura. Trató de no sumergirse de nuevo en ese horrible lugar, pero fue irremediamente arrastrada hacia allí.

El aplastante peso del vacío se cerró en torno a ella. Kahlan trató de escaparse de sus garras y regresar, pero la oscuridad era demasiado densa. Era como estar atrapada en el barro. Sí, estaba atrapada y cada vez se sumergía más y más. Una oleada de pánico la invadió.

Intentó pensar pero era incapaz de formular conceptos coherentes. Tenía la impresión de que algo iba mal, pero su mente no hallaba la solución.

Esta vez en lugar de rendirse concentró toda su energía en pensar en Richard, en que debía salvarlo, y con ello la oscuridad no llegó a ser un vacío total. Esta vez conservó un leve sentido del tiempo, de su paso. Se sentía como si se estuviera pasando toda la vida durmiendo, aferrándose tenazmente a los pensamientos sobre Richard.

La preocupación que sentía por él y la ansiedad que le provocaba ese extraño sueño, tan y tan profundo, hizo que lentamente, paso a paso, se fuera arrastrando de vuelta a la conciencia. No obstante, tuvo la impresión de que le costaba horas.

Finalmente, con un desesperado grito ahogado, se despertó. Sentía en la cabeza un dolor lacerante, y en el cuerpo agudas punzadas de fatiga. Fue incorporándose penosamente, mirando alrededor del oscuro refugio. La vela se había consumido casi por completo. La quietud le zumbaba en los oídos.

Se dijo que tal vez necesitaba aire frío para acabar de despertarse. Notaba brazos y piernas lentos y pesados mientras se arrastraba para salir del refugio. Fuera anochecía. Al levantar la vista vio las primeras estrellas que titilaban entre las ramas de los árboles. El aliento se convertía en una nube de vaho.

Con piernas temblorosas dio un paso pero tropezó con algo y cayó de bruces sobre la nieve. Aún en el suelo abrió los ojos. A pocos centímetros de distancia unos ojos vidriosos la contemplaban fijamente. El joven soldado yacía con la mejilla contra la nieve. Había tropezado con su pierna. Kahlan sintió como si sus huesos trataran de desprenderse de la piel de un salto y echar a correr.

El soldado presentaba un horrible tajo en la garganta, tan profundo que casi le habían decapitado, de modo que la cabeza se le inclinaba hacia atrás en un ángulo imposible. Kahlan podía ver la abertura de la tráquea cortada. Sangre coagulada cubría la nieve. La mujer sintió que la bilis le subía hasta la boca, pero se obligó a tragar la amargura.

Lentamente alzó la cabeza y vio las formas oscuras de otros cuerpos. Todos eran galeanos y todos tenían aún las espadas envainadas. Sus asesinos no les habían dado la oportunidad de defenderse.

Los músculos de las piernas se le tensaron, queriendo correr, pero se esforzó por mantenerse quieta. Sumida aún en el brumoso estado que media entre el sueño y el despertar, se dijo que no podía huir. Su mente parecía estar en un estupor de ensueño. Quien había matado a esos hombres podía seguir cerca; tenía que obligarse a pensar.

Tocó la mano del soldado muerto y comprobó que seguía caliente, lo cual indicaba que acababa de suceder. Tal vez eso era lo que la había despertado.

Alzó la vista y miró entre los árboles. Unos hombres se movían por las sombras. La habían visto y se acercaban al claro, rodeándola. Avanzaban riendo y gritando. Eran casi una docena de d'haranianos y un par de keltas; soldados de la Orden Imperial. Kahlan ahogó una exclamación y se levantó de un brinco.

Un hombre, el que estaba más cerca, presentaba una herida roja e hinchada que le desfiguraba la parte izquierda del rostro desde la sien hasta la mandíbula. Esa herida se la había producido *Nick* con un casco. Alguien se la había cosido toscamente con puntos irregulares. El hombre sonrió despectivamente con el lado bueno de la boca. Era el general Riggs.

—Bueno, bueno, por fin te encuentro, Confesora.

Kahlan se estremeció, al igual que sus atacantes, cuando una forma oscura irrumpió en el claro desde la maleza profiriendo un grito de batalla. Aprovechando que todos se volvieron, Kahlan salió disparada en la dirección contraria.

Antes de dar media vuelta había tenido tiempo de vislumbrar el destello que la luz arrancaba de una enorme hacha de guerra en forma de media luna. Era Orsk, que de un solo hachazo derribó a dos hombres. Seguramente él también la había estado buscando para protegerla. Aquellos tocados por el poder de una Confesora nunca se daban por vencidos.

Pese a que las piernas le pesaban y sentía un hormigueo, como si hubiera dormido sobre ellas, Kahlan corría tan deprisa como podía. Detrás de ella estallaron chillidos y alaridos, y resonó el entrechocar del acero. Orsk rugía mientras hundía el hacha en los hombres que la perseguían.

El ramaje de los pinos le golpeaba en el rostro mientras corría tambaleante entre los árboles. Ramas muertas y matorrales se le enganchaban en los pantalones y la camisa. Atontada, atravesaba vacilante los montones de nieve, que le salpicaba en la cara desde el suelo y desde las ramas cargadas. No conseguía que las piernas se movieran más deprisa.

El hombre que tenía a los talones gruñó al zambullirse para detenerla. Sus manos le agarraron las piernas y la hizo caer. Kahlan escupió nieve mientras propinaba puntapiés y trataba por todos los medios de zafarse. Pero el hombre iba subiendo por sus piernas clavándole las zarpas, la cogió por el cinturón y, finalmente, se encaramó encima de ella.

Un airado rostro con la fea herida que le corría por un lado la miraba con expresión de triunfo. Riggs sonrió siniestramente. Entre los árboles aún resonaban sonidos de lucha. Ella y Riggs estaban solos.

Un puño la agarró por el pelo y le aplastó la cabeza contra el suelo. Con el otro puño la golpeó en el costado, dejándola sin respiración. La golpeaba una y otra vez. Kahlan sintió una cálida oleada de náuseas mientras pugnaba por recuperar el aliento.

—Ya te tengo, Confesora. No volverás a escapar. Es inútil que te resistas.

El general Riggs estaba solo. ¿En qué estaba pensando? Kahlan posó bruscamente una mano en el pecho del d'haraniano. No le cabía en la cabeza que un hombre solo se creyera capaz de apresar a una Confesora.

—Estás solo, Riggs —logró decir Kahlan bajo el peso del hombretón—. Estás perdido. Ya eres mío.

—¿Eso crees? Él me dijo que ahora ya no puedes usar tu poder —replicó él, desdeñoso.

Riggs le alzó la cabeza y se la estrelló contra el suelo. Kahlan notó cómo la visión se le hacía borrosa y trató de concentrarse en lo que debía hacer. El d'haraniano volvió a levantarle la cabeza para golpearla contra el suelo. Aunque desconcertada por las palabras del hombre, debía hacerlo ya mismo, antes de que la dejara inconsciente, antes de que fuera demasiado tarde. Debía hacerlo ahora, cuando aún tenía el tiempo a su favor.

Mientras Riggs le alzaba la cabeza, Kahlan hizo el silencio en su mente, derribó los diques que contenían su poder de Confesora y lo liberó.

Hubo un trueno silencioso. Riggs se estremeció por el impacto de la magia. Las ramas de los árboles de alrededor se agitaron, creando una lluvia de nieve que cayó sobre la espada de Riggs y el rostro

de la Confesora.

El d'haraniano abrió mucho los ojos y relajó los músculos de la mandíbula.

—¡Mi ama! ¿Qué me ordenáis?

Kahlan usó las últimas briznas de energía que le quedaban para preguntar:

—¿Quién te dijo que mi poder no te afectaría?

—Ama, fue...

La sangrienta punta de una flecha surgió de su nuez de Adán. La ancha punta de acero se detuvo a apenas un par de centímetros del mentón de Kahlan. Los ojos se le rasgaron y movió los labios, pero de su boca solamente brotó sangre, no palabras. Conforme empezaba a ahogarse, iba desplomándose sobre ella.

Un puño agarró a Riggs por el hombro y lo apartó. Kahlan creyó que se trataría de Orsk, pero no era así.

—¡Madre Confesora! —Un preocupado Prindin la miraba desde arriba—. ¿Estás herida? ¿Te ha hecho daño?

Rápidamente le quitó al general de encima y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse, mientras con la mirada le recorría el cuerpo, aún tendido sobre la nieve. Kahlan lo miró pero no aceptó su mano. Usar el poder la había dejado más exhausta y desmadejada que nunca.

Prindin esbozó su habitual sonrisa mientras se colgaba el arco a la espalda.

—Ya veo que no estás herida. De hecho, te ves estupenda.

—No había necesidad de matarlo. Ya había usado mi poder con él y era mío. Estaba a punto de confesar quien le había dicho que mi poder no...

Kahlan sintió una sensación de desagradable hormigueo en el cuerpo por el modo en que Prindin se la comía con los ojos. La habitual sonrisa del joven le puso la piel de gallina, y los pelillos de la nuca se le erizaron.

Orsk irrumpió de entre los árboles.

—¡Ama! ¿Estáis bien?

Kahlan oyó las voces de otros en el bosque, entre ellas la de Chandalen. Inmediatamente Prindin flechó el arco. Orsk alzó el hacha sosteniéndola con una sola mano.

—¡Prindin! ¡No! ¡No dispaes! —Prindin estiró la cuerda—. ¡Orsk! ¡Corre!

El hombretón dio media vuelta sin hacer preguntas, y salió disparado hacia los matorrales seguido por una flecha. Kahlan oyó cómo el proyectil impactaba contra algo sólido y a Orsk tambalearse entre el árido sotobosque, quebrando ramas y árboles jóvenes. Al fin ese ruido cesó y se oyó cómo un cuerpo caía al suelo.

Kahlan trató de ponerse de pie pero estaba demasiado débil. Era como si no tuviera huesos y los músculos se le estuvieran deshaciendo. No le quedaban fuerzas. La oscuridad la reclamaba de nuevo.

Prindin le lanzó de nuevo su típica sonrisa mientras volvía a colgarse el arco a la espalda.

Kahlan hizo un esfuerzo por hablar. Al fin logró articular un débil susurro.

—Prindin, ¿por qué has hecho eso?

El joven se encogió de hombros.

—Para poder estar solos. Antes de que te corten la cabeza —añadió con una sonrisa más amplia si cabe.

Prindin. Prindin le había dicho a Riggs que su poder no le afectaría, para que Kahlan lo gastara en él y se quedara indefensa. Las piernas le temblaron con el esfuerzo que hizo por tratar de incorporarse. Pero nuevamente cayó. Prindin la miraba.

Entre los árboles se oyó la voz de Chandalen que, sin aliento, la llamaba a gritos. En otra dirección se oía también a Tossidin llamándola. Kahlan trató de atraer su atención, pero solamente le salió una débil y ronca queja. La oscuridad amenazaba con engullirla.

Tal vez seguía dormida. Ojalá que así fuera. Apenas podía hablar, ni moverse, como en una pesadilla.

Pero sabía que esto no era un sueño.

Prindin se volvió hacia donde sonaban las apremiantes llamadas. Kahlan hundió los talones en la nieve y con un supremo esfuerzo reculó. Su mano topó con una robusta rama de arce caída al suelo.

Prindin corrió hacia ella. Kahlan centró todo su miedo, su dolor y su horror por lo ocurrido en entrar

en acción. Reunió todos los recursos que le quedaban. Prindin iba a atraparla.

Kahlan se levantó, blandiendo la sólida rama. Prindin se agachó y agarró la improvisada cachiporra para arrebatársela. Acto seguido la obligó a girar de modo que quedara de espaldas a él, enroscó un brazo alrededor de la cabeza de la mujer y le tapó la boca para que no pudiera avisar a Chandalen. Aunque no era un hombre fornido, Kahlan sabía que Prindin poseía una fuerza extraordinaria aunque, en el estado en el que se encontraba, incluso un niño podría someterla.

Chandalen se acercó a ellos por la espalda con un cuchillo en la mano. Kahlan mordió a Prindin en el brazo y gritó. Pero Prindin dio media vuelta con una rapidez y una fuerza increíbles, y golpeó a Chandalen en la cabeza con la rama. Sonó un escalofriante ruido hueco. El golpe tumbó a Chandalen contra las ramas de un abeto. Mientras se desasía de Prindin, Kahlan vio sangre en la nieve alrededor de Chandalen.

Un Tossidin sin aliento irrumpió de entre los árboles.

—¿Qué ocurre? ¡Prindin!

Entonces los vio y se quedó como paralizado. Miró a Chandalen y luego a Prindin.

Éste echó un vistazo a su hermano por encima del hombro y le habló en su propio idioma.

—*¡Chandalen trató de matarnos! Yo llegué justo cuando trataba de asesinar a la Madre Confesora. Ven. Ayúdame. Está herida.*

Kahlan cayó de hinojos y gritó:

—*No... Tossidin... no...*

Pero Tossidin ya corría hacia ellos.

—*¿Cuál es el problema del que Chandalen me habló? ¿Qué te ocurre, hermano? ¿Qué has hecho?*

—*¡Ayúdame! ¡La Madre Confesora está herida!*

Tossidin cogió a su hermano por un hombro y le dio media vuelta.

—*¡Prindin! ¿Qué has...*

Sin previo aviso Prindin clavó un cuchillo en el pecho de su hermano. Tossidin abrió mucho los ojos por la sorpresa, y también abrió la boca aunque de ella no salieron palabras. Resollaba. Las rodillas se le doblaron y se desplomó. Kahlan gritó. Prindin lo había apuñalado en el corazón.

Chandalen se incorporó, aturcido, y lanzó un gruñido. Entonces se llevó las manos a la cabeza, que le sangraba. Sin perder de vista a Chandalen, Prindin se sacó una cajita de hueso de la bolsa que llevaba al cinto. Estaba llena de *bandu*. No había entregado todo su veneno.

Sin poder hacer nada para detenerlo, Kahlan tuvo que ver cómo Prindin emponzoñaba generosamente una punta de flecha. Chandalen se sostenía la cabeza entre las manos mientras trataba de recuperarse y poner sus ideas en orden. Prindin estiró la cuerda del arco. Kahlan sabía que apuntaba a la garganta de Chandalen. Justo cuando disparaba, la mujer logró tirarse contra las piernas del joven. La flecha falló el blanco, aunque dio a Chandalen en un hombro.

Prindin estrelló en el rostro de Kahlan el dorso del puño, lanzándola violentamente de espaldas contra el suelo. Invasión por un terror sin igual, la mujer quiso alejarse de él arrastrándose a cuatro patas. La nieve le helaba los dedos y por encima de las rodillas tenía los pantalones empapados de agua fría. Kahlan se concentró en el frío para tratar de salir de su sopor. Mientras se alejaba miró por encima del hombro.

Prindin sacó otra flecha de la aljaba y sumergió la punta en el veneno, al tiempo que contemplaba su lucha por escapar. Del mismo modo que había contemplado la lucha de Chandalen. Mientras se ponía en pie, tambaleante, y echaba a correr, un grito le brotó de los labios. Una pesadilla. Tenía que ser una pesadilla.

El impacto de la flecha en la parte posterior de la pierna izquierda fue como si la golpearan con un garrote. Kahlan chilló y cayó de bruce. La pierna le quemaba de dolor. Por el músculo se extendía una sensación de punzante hormigueo. Luego el dolor empezó a abrasarle el hueso de la cadera.

Prindin se abalanzó sobre ella. Se arrodilló y agarró la flecha que sobresalía de la parte posterior de su pierna. Posó la otra mano sobre el trasero para sujetarla y de un tirón le arrancó el proyectil. Kahlan notaba cómo el hormigueo del veneno le subía por la pierna.

—*No te preocupes, Madre Confesora, en tu flecha no he puesto tanto veneno como en la de Chandalen. Sólo el suficiente para asegurarme de que no me causarás problemas. Él morirá dentro de un minuto pero tú vivirás lo suficiente para que te corten la cabeza.* —La mano le acarició las nalgas—. *Si*

*es que no esperan demasiado. Hace demasiado frío aquí fuera* —añadió, inclinándose sobre ella—. *Volvamos adentro.*

Prindin la agarró por la muñeca y empezó a arrastrarla por la nieve. En su mente Kahlan luchaba contra él; se resistía, gritaba y lo golpeaba, pero no lograba que el cuerpo le obedeciera. Era como una muñeca de trapo que alguien arrastrara sobre la nieve. Sentía la ponzoña que le llegaba ya a las costillas.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Orsk. Tossidin. Chandalen. Ella. ¿Cómo podía Prindin hacer algo así? Kahlan sollozaba mientras su rostro se deslizaba sobre la nieve. ¿Cómo podía? A su propio hermano. Había apuñalado a su propio hermano como si nada. ¿Quién podría hacer algo tan monstruoso? ¿Cómo podía alguien hacer algo así? ¿Quién sino...

Un poseído.

La súbita inspiración la dejó sin aliento. Ella antes nunca había creído del todo en poseídos. Los magos le decían que eran reales, pero ella había creído que no eran más que conjeturas y supercherías, algo que impulsaba a la gente a la caza de cosas en la oscuridad, cosas del inframundo, cosas que acataban las órdenes susurradas por el mismísimo Custodio.

Pero ahora lo sabía de cierto, pues había caído en las garras de un poseído. Por todos los buenos espíritus, ¿cómo era posible que nadie se hubiera dado cuenta? Prindin la había ayudado tantas veces... Incluso se había hecho amigo suyo para permanecer cerca de ella y que de este modo el Custodio supiera en todo momento dónde estaba. Prindin era un poseído. Rahl el Oscuro se había reído de ella por ser tan estúpida.

También supo sin lugar a dudas que el velo estaba realmente rasgado. Rahl el Oscuro le había prometido que tales cosas sucederían. Rahl había regresado para acabar de romper el velo y ella había sido una insensata al pensar que tenía el control de la situación cuando, en realidad, Rahl el Oscuro y el Custodio la habían tenido siempre vigilada a través de los ojos de Prindin.

Pero ¿por qué había esperado hasta entonces? ¿Por qué dejarla que luchara en esa guerra, que tanta gente muriera, antes de atacarla?

Sabía por qué. El Custodio pertenecía al mundo de los muertos y lo que deseaba era llevar la muerte al mundo de los vivos. El Custodio odiaba a los vivos. Por esa razón quería romper el velo; para imponer la muerte al mundo de los vivos.

El Custodio codiciaba el hálito de vida de este mundo y disfrutaba viendo morir a la gente. No deseaba detener demasiado pronto el sufrimiento, el miedo ni el dolor.

Mientras Prindin la arrastraba entre los matorrales y por encima de un tronco medio cubierto por la nieve, Kahlan sentía como si el brazo se le fuera a desencajar. El hormigueo del veneno se le extendía ya por el pecho.

La pierna izquierda la tenía insensible. Kahlan se consoló pensando que al menos de ese modo no notaba el lacerante dolor de la flecha. La punta redonda de hierro le había penetrado hasta el hueso, y Prindin no había sido nada cuidadoso al sacársela. Al menos ya no la sentía.

Al llegar al refugio vio un montón de cuerpos esparcidos por el suelo, no sólo de los galeanos sino también de los soldados de la Orden Imperial a los que Orsk había matado. Muy pronto, cuando Prindin acabara con ella, la entregaría a la Orden y le cortarían la cabeza. Todo acabaría, y no había nada que ella pudiera hacer por impedirlo. Ni siquiera era capaz de presentar resistencia. Nunca volvería a ver a Richard. Queridos espíritus, Richard nunca sabría cuánto lo amaba.

Prindin la arrastró por la entrada al refugio y la tiró sobre la estera de ramas. Mientras encendía otras dos velas usando la que casi se había apagado ya, Kahlan pugnó por respirar y permanecer consciente.

—*Quiero verte bien* —le dijo Prindin con una sonrisa lasciva—. *Tienes un cuerpo muy bonito. Quiero verte toda.*

A Kahlan siempre le había gustado la sonrisa de Prindin pero ahora la odiaba.

El hombre barro se desprendió de su manto de pieles y lo arrojó a un lado. Su sonrisa se desvaneció y abrió mucho los ojos. Ya no se dignaba a hablar en la lengua de Kahlan sino que utilizaba la suya propia.

—*Desnúdate. Primero quiero mirarte. Quiero excitarme viendo tu desnudez.*

Pero ni siquiera bajo la amenaza de un cuchillo en el cuello habría podido Kahlan obedecer; era incapaz de mover los brazos.

—Prindin —musitó con esfuerzo—, los hombres regresarán pronto y te pillarán aquí.

—*Estarán muy ocupados. Deben librar una lucha que no esperaban.* —Nuevamente Prindin sonrió—. *Tardarán mucho en volver... si es que vuelven.* —La sonrisa se tornó de repente en una expresión de cólera—. *¡Que te desnudes he dicho!*

—Prindin, eres amigo mío. Por favor, no me hagas esto.

Kahlan lloraba desconsoladamente porque había perdido un amigo, seducido por la locura del Custodio.

—Prindin, ¿por qué?

El joven se incorporó como si la pregunta lo cogiera por sorpresa.

—*El gran espíritu dijo que podría tomarte antes de que se llevara tu alma al inframundo. Dijo que sería mi recompensa por mi servicio. El gran espíritu está complacido conmigo por entregarte a él.*

Kahlan sentía un doloroso escozor en la mordedura del cuello y temblaba de pesar por Tossidin y por Chandalen, y también por la situación desesperada en la que se hallaba ella misma. El hormigueo del veneno le llegaba ya hasta los hombros y notaba las primeras punzadas que anunciaban que le subía por la garganta.

Prindin la estrujó bajo su cuerpo mientras la besaba justamente donde Rahl el Oscuro lo había hecho, sobre la mordedura. El dolor, las visiones le arrancaron un silencioso grito de horror.

—*Prindin... por favor... después de tomarme, ¿me soltarás?* —Kahlan habló en la lengua de la gente barro con la esperanza de despertar así su compasión—. *Te lo suplico.*

Prindin levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—*Sería inútil. Te he estado envenenando con el té que te preparaba y también con la flecha. Haga lo que haga, morirás. Es preciso que te corten la cabeza antes de que el veneno te mate. Será mejor. Sufrirás menos. No encontrarás en mí más clemencia que esa.*

El joven sonrió mientras se inclinaba de nuevo hacia ella y le besaba el cuello. Kahlan lloraba.

—*Te odio* —le dijo entre lágrimas—. *A ti y a tu gran espíritu.*

Prindin se levantó de un salto, se enderezó tanto como pudo en el pequeño refugio y, con los puños en las caderas, la fulminó con la mirada.

—*¡Tienes que ser mía! ¡Me lo prometió! ¡Te tomaré! Tu poder nada puede hacerme, ya me he asegurado de eso. Ya no te queda nada. ¡Serás mía! Si no te entregas voluntariamente, te tomaré por la fuerza. Tú llevaste tu aborrecible magia a mi gente, nos impusiste tus odiosas normas. Eres malvada y yo te tomaré para someter tu perversidad. ¡El gran espíritu me dijo que así sería!*

Prindin se quitó la camisa de gamuza por la cabeza. Tenía un cuerpo enjuto y nervudo. Entonces se lanzó encima de ella y aterrizó con un gruñido. Su rostro estaba justo encima del de Kahlan.

Ambos se miraron con sorpresa.

Prindin no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Ella sí lo sabía, pero ignoraba el cómo.

Kahlan sintió la cálida sangre del joven que le corría por el puño. Las pupilas de Prindin se abrieron. Al toser le salpicó la cara con gotitas de sangre. Entonces, con un largo y lento gorgoteo exhaló el último aliento y se quedó rígido.

Kahlan seguía llorando. No tenía fuerzas para quitárselo de encima y le costaba respirar debajo de él.

Así pues, se quedó quieta sintiendo cómo la sangre de Prindin fluía sobre su mano, entre sus pechos y le empapaba la camisa. Notaba ya el cosquilleo del *bandu* en el cuello.

## 15

En la hormigueante oscuridad el labio le dolía. Algo presionaba contra el corte y le causaba un dolor punzante. Y tenía algo en la boca. Era como si alguien tratara de meterle un dedo.

—¡Traga!

Kahlan frunció el entrecejo en la oscuridad, en su sueño.

—¡Traga! ¿Es que no me oyes? ¡Traga!

Con cara agria Kahlan obedeció. El dedo le metió más cosas secas en la boca.

—¡Vuelve a tragar!

Kahlan tragó, esperando que esa voz la dejara sola. Así fue y ella se sumergió de nuevo en el hormigueante vacío, en un lugar en el que no existía el tiempo. Flotó en él, inconsciente, durante no supo cuánto tiempo.

De repente, lanzó un grito y abrió los ojos. Parpadeó y miró alrededor. Estaba en el refugio, y las velas se habían consumido hasta la mitad. El manto de pieles la cubría.

Chandalen se inclinó hacia ella. Tenía una amplia sonrisa pintada en el rostro.

—Has vuelto —dijo con un suspiro de alivio—. Te has salvado.

—¿Chandalen? —Kahlan trataba de comprender lo que veían sus ojos—. ¿Estoy en el inframundo o es que no estás muerto?

Chandalen rió por lo bajo.

—Mala hierba nunca muere.

Kahlan movió la lengua para intentar humedecerse la boca, que notaba muy seca. Estaba despierta, despierta de verdad por primera vez en mucho tiempo, tanto que ni lo recordaba. Casi había olvidado qué era estar despierta, sentirse llena de energía. No obstante, no se movió por miedo a que la oscuridad regresara.

—Pero Prindin te disparó una flecha de diez pasos. Yo lo vi.

Chandalen apartó la mirada de ella. Parecía mortificado. Kahlan vio que tenía el pelo negro apelmazado por la sangre seca. El hombre barro hizo un ademán como si lo violentara lo que iba a explicar.

—¿Recuerdas que te conté que nuestros antepasados tomaban *quassin doe* antes de entrar en batalla para que, si les disparaban una flecha de diez pasos, el veneno no los matara? —Ella asintió. Chandalen se palpó con cuidado la cabeza—. Pues bien, en honor a mis antepasados guerreros comí un poco de *quassin doe* antes de ir a la batalla. El que me diste en la ciudad. —El hombre barro enarcó las cejas como si creyera necesario justificarse—. Lo hice en honor a mis antepasados.

Kahlan le dirigió una cálida sonrisa y le colocó una mano sobre el brazo.

—Tus antepasados pueden estar orgullosos de ti.

El hombre la ayudó a incorporarse. A la tenue luz vio a Prindin en el suelo, tendido sobre la espalda.

Tenía clavado en el pecho el cuchillo fabricado con los huesos del abuelo de Chandalen, el que ella llevaba sujeto al brazo. Las plumas negras se abrían en abanico cerca del extremo del mango, envolviendo como un sudario la herida fatal. Sin saber cómo, Kahlan había logrado interponer ese cuchillo entre ellos dos cuando Prindin saltó sobre ella.

Recordaba que no sentía su cuerpo y estaba completamente indefensa. Asimismo recordaba la hormigueante sensación del veneno y que no podía moverse. Y también recordaba que Prindin se había abalanzado sobre ella.

Pero no recordaba haber empuñado el cuchillo. Al hablar, la voz le tembló.

—Chandalen, lo siento mucho. —Se tapó la boca con los labios, antes de añadir—. Siento mucho haber matado a tu amigo.

Chandalen miró ferozmente el cadáver.

—Prindin no era mi amigo. Mis amigos no tratan de matarme. No lo sientas. Servía al gran espíritu oscuro del reino de los muertos. En su corazón anidaba el mal.

Kahlan se aferró a su manga.

—Chandalen, ese gran espíritu oscuro del mundo de los muertos está tratando de atravesar el velo. Desea arrastrarnos a todos a su mundo, al mundo de los muertos.

Los ojos castaños del hombre barro estudiaron los suyos.

—Te creo. Tienes que llegar a Aydindril para ayudar a impedirlo.

—Gracias, Chandalen —repuso Kahlan muy aliviada—. Gracias por comprenderlo y por salvarme la vida con el *quassin doe*. ¡Los soldados! —exclamó de pronto, agarrándole con fuerza la manga—. ¡Prindin les tendió una trampa! ¿Qué hora es?

—Tranquila, tranquila. Cuando el capitán Ryan se reunió con Tossidin y conmigo antes del ataque, le pregunté dónde estabas, porque sabía que querías ir con ellos. Entonces me dijo que estabas enferma y

que no despertabas. Inmediatamente pensé en el *bandu*.

»El capitán Ryan dijo que te negabas a comer y que solamente tomabas el té que Prindin te preparaba. Entonces lo supe. Supe que te habían envenenado, y que tenía que ser a través del té.

»Tossidin y yo nos preocupamos mucho. Fuimos a comprobar si el enemigo había cambiado de posición y descubrimos que nos habían tendido una emboscada. Entonces ordené que los hombres atacaran por otro lugar e inmediatamente regresé corriendo aquí.

»Sabía que Prindin nos había traicionado, pero Tossidin estaba convencido de que tenía que haber otra explicación. Confiaba plenamente en su hermano y no quería pensar nada malo de él. Pagó ese error, esa confianza, con su vida.

Sobrevino un incómodo silencio. Kahlan apartó la mirada.

—Pero ¿y la flecha? —preguntó al fin, intrigada—. ¿Y la herida en la cabeza? Tienen que curarte enseguida.

Chandalen se abrió un poco el cuello de su camisa de gamuza y le dejó ver un vendaje en el hombro izquierdo.

—Los hombres regresaron por la noche y me dieron puntos en la cabeza. No es tan grave como parece. También me quitaron la flecha.

El hombre barro tuvo un gesto de dolor mientras se colocaba de nuevo la camisa sobre el hombro herido.

—Fui un buen maestro con Prindin. Usó una flecha con la cabeza cortante, que hacen más daño cuando se sacan que cuando se clavan. Uno de los hombres, el que se encarga de cortar y coser a los heridos, me quitó la flecha y me cosió la herida. Por suerte la flecha topó con el hueso y no se introdujo más profundamente. Tengo el brazo rígido y no podré usarlo durante algún tiempo.

Kahlan se tocó la pierna. Notó un vendaje debajo del pantalón.

—¿También a mí me cosió?

—No. No fue necesario; simplemente te la vendé. Yo mismo lo hice. Prindin usó una flecha de cabeza redonda contigo. Eso no fue lo que le enseñé. No lo entiendo.

Kahlan sentía la presencia del cadáver junto a ella.

—Quería poder arrancármela después de dispararme con veneno —explicó con voz queda—. No quería que le molestara. Se proponía violarme antes de entregarme al enemigo.

Chandalen miró el cuerpo evitando mirarla a ella y dijo que se alegraba de que eso no hubiera ocurrido.

—Y yo me alegro de que te diera en el hombro y no en la garganta —replicó Kahlan, cubriéndole la mano izquierda con la suya propia.

—Yo enseñé a Prindin a disparar. Es imposible que fallara a la distancia a la que estaba. ¿Por qué no acertó?

Kahlan se encogió de hombros y fingió no saberlo. Chandalen gruñó, receloso.

—Chandalen, ¿por qué sigue aquí su cuerpo? ¿Por qué no lo has sacado afuera?

El hombre barro movió ligeramente el brazo herido, tratando de aliviarse.

—Porque el cuchillo que alberga el espíritu de mi abuelo sigue clavado en él. Usaste la ayuda de los huesos del abuelo, de su espíritu, para matar en defensa propia —prosiguió, contemplándola con expresión muy seria—. Ahora el espíritu del abuelo está ligado al tuyo. A partir de ahora nadie puede tocar ese cuchillo si no tú. Es tuyo, y tú debes arrancarlo.

Kahlan consideró por un momento la posibilidad de dejar el cuchillo donde estaba y enterrarlo junto con el cuerpo. Tal vez también ese cuchillo de hueso debería descansar bajo tierra. Pero enseguida desechó la idea. Para la gente barro el cuchillo era símbolo de la poderosa magia de los espíritus. Si lo rechazaba, si no lo arrancaba del cuerpo de Prindin, ofendería mortalmente a Chandalen.

Y quizás ofendería también al espíritu del abuelo de Chandalen. De hecho, no estaba completamente segura de que no hubiese sido el espíritu contenido en el cuchillo de hueso el que había matado a Prindin para salvarla. Aún no se explicaba cómo había llegado a sus manos.

Así pues, extendió el brazo y cerró los dedos en torno al extremo redondo que sobresalía del pecho de Prindin. Al arrancarlo del cuerpo produjo un sonido como de succión. Luego lo limpió con las ramas de pino que cubrían el suelo, se acercó el extremo redondo a los labios y lo besó levemente.

—Te doy las gracias, espíritu abuelo, por salvarme la vida.

De algún modo sentía que eso era lo que debía hacer. Chandalen le sonrió, mientras ella volvía a sujetarse el cuchillo al brazo con una cinta.

—Eres una buena mujer barro. Has sabido qué hacer sin que tuviera que decírtelo. El espíritu del abuelo velará siempre por ti.

—Chandalen, tengo que ir a Aydindril. El velo del inframundo está rasgado. Hemos hecho lo que debíamos para ayudar a estos hombres, ya es hora que cumpla con mi deber.

—Cuando nos topamos con ellos recuerdo que no quería quedarme. No deseaba implicarme en su lucha, sino que nos alejáramos para que no corrieras peligro. Pero después, no sé cómo, lo olvidé y lo único que deseaba era luchar y matar al enemigo —confesó con la mirada perdida.

—Lo sé —susurró Kahlan—, porque a mí me pasó lo mismo. Me olvidé de todo lo que se suponía que debía hacer. Es casi como si también nosotros escucháramos al gran espíritu oscuro. El velo está rasgado. Tal vez eso nos distrajo.

—¿Crees que el velo está rasgado y que por eso olvidamos qué debíamos hacer y solamente deseábamos matar?

—Chandalen, no tengo la respuesta a eso. Sólo sé que debo llegar a Aydindril. El mago sabrá qué hacer. Richard nos necesita. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí. Hablaremos con los hombres y luego partiremos. ¿Están fuera? —Chandalen asintió—. Pues hagámoslo ya mismo.

Kahlan hizo gesto de levantarse, pero el hombre barro la detuvo posando la mano sana sobre su brazo.

—Los hombres llevan toda la noche esperando fuera. No he dejado que entraran.

Chandalen retiró la mano y pareció que buscaba las palabras adecuadas.

—Me temía que no lograrías sobrevivir a esta noche. No sabía si te había dado el *quassin doe* a tiempo. Prindin te había estado envenenando mucho tiempo sin que nadie se diera cuenta. Estuviste a punto de ir al mundo de los espíritus.

»Si hubieras muerto, jamás habría podido regresar junto a mi gente. Pero no es por eso por lo que me alegro de que estés viva. Me alegro porque eres una buena mujer barro. Eres una protectora de nuestro pueblo, al igual que Chandalen. Los dos luchamos a nuestra manera. Pero últimamente has estado luchando demasiado a mi modo, y lo haces muy bien. Pero deberías dejarme eso a mí y volver a luchar a tu modo.

Kahlan sonrió.

—Tienes toda la razón. Gracias por velarme toda la noche. Me ha ayudado tenerte cerca. Siento mucho que estés herido.

—Bah, no es nada. Algún día, cuando encuentre a una mujer para mí, podré mostrarle cicatrices para que sepa lo valiente que soy.

Ella se echó a reír.

—Estoy segura de que se quedará impresionada cuando le expliques lo valiente que fuiste cuando te dispararon una flecha.

Chandalen la miró de soslayo.

—Que me dispararan no demuestra que sea valiente. A cualquiera pueden dispararle. Pero yo soy valiente porque no grité cuando me arrancaron la flecha —proclamó con el mentón muy alto.

«Algún día —pensó Kahlan—, una mujer afortunada tendrá mucho trabajo con Chandalen.»

—Me alegro de que los buenos espíritus velaran por ti. Y me alegro de que estés conmigo.

El guerrero la contempló entornando los ojos.

—No sé qué ocurrió, pero Prindin no me acertó en la garganta porque tú también velabas por mí.

Kahlan sonrió por toda respuesta. Al mirar el cadáver, la sonrisa se marchitó.

—Pobre Tossidin —dijo, acariciando las pieles de su manto—. Él quería a su hermano. Le echaré de menos.

—Los conocía a ambos desde que no eran más que unos chiquillos. Los dos me seguían por todas partes y me suplicaban que les enseñara. Suplicaban poder unirse a los guerreros. —Chandalen agachó la cabeza y se quedó pensativo. Finalmente, centró de nuevo la atención en Kahlan—. Los hombres están muy preocupados por ti. Están esperando.

Chandalen salió arrastrándose sobre las rodillas y una mano, seguido por la Confesora. Kahlan no se olvidó de coger la espada. Fuera, a la luz del día, todos se levantaron al verla.

El capitán Ryan corrió hacia ella, pero un hombretón que llevaba un brazo en cabestrillo detuvo su avance con el brazo sano contra el pecho. El hombre sostenía una monstruosa hacha en la mano.

—¿Orsk? ¡Sigues vivo!

El hombretón tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Kahlan recordó cómo su padre había llorado cuando su madre, su ama, cayó enferma.

—¡Mi ama! —exclamó con los ojos anegados en lágrimas—. ¡Estáis bien! ¿Qué deseáis de mí?

—Orsk, todos estos hombres son amigos míos. Ninguno me hará ningún daño. No es preciso que los mantengas alejados de mí. Estoy a salvo aquí. Deseo que, de momento, te quedes sentado y quieto.

Inmediatamente Orsk se dejó caer al suelo. Kahlan miró a Chandalen con expresión interrogadora. El guerrero se encogió de hombros.

—Vi cómo luchaba para protegerte y Prindin quería matarlo. Así que le di *quassin doe*. Los hombres le arrancaron la flecha de la espalda. No sé si la herida es grave; no tiene ningún interés en la herida, sólo le interesa su ama. El único modo de que no entrara en el refugio fue decirle que, si no estabas sola, nunca te recuperarías. Pero se negó a moverse de aquí mientras estuvieras dentro de la tienda.

Kahlan suspiró al tiempo que contemplaba esa espeluznante cara que la miraba en silencio. Apenas soportaba la vista de la irregular cicatriz blanca y del ojo cosido. Pero centró su atención en el impaciente capitán Ryan y en los rostros que aguardaban detrás de él.

—¿Cómo va la guerra?

—¿La guerra? ¡Que se vaya al cuerno la guerra! ¿Estáis bien? Nos habéis dado un susto de muerte. Esos dos —dijo, lanzando una furibunda mirada a Chandalen y a Orsk, sentado en la nieve— ni siquiera me han dejado que os echara un vistazo para ver cómo estabais.

—Cumplían con su trabajo —replicó Kahlan, sonriendo cálidamente a sus protectores—. Muchas gracias a todos por preocuparos por mí. Chandalen me ha salvado la vida.

—Bueno, ¿qué ocurrió? Encontramos el campamento hecho un desastre. Todos los guardias asesinados con una *troga*. Prindin y Tossidin muertos y un montón de cadáveres de soldados de la Orden. Temíamos que os hubieran matado.

Kahlan se dio cuenta de que Chandalen no les había contado nada.

—Uno de los hombres muertos está en esa dirección, es el general Riggs de la Orden Imperial. Orsk —añadió, señalando al hombre tuerto— fue quien mató a la mayoría de los hombres de la Orden. Vinieron para apresarme. Prindin mató a los guardias, a su hermano y también trató de matarme a mí.

Sonaron susurros y exclamaciones ahogadas. El capitán Ryan la miró con tal expresión de asombro, que parecía que los ojos le iban a salir de las órbitas.

—¡Prindin! Prindin, no. Por todos los espíritus, ¿por qué?

Kahlan esperó hasta que todos guardaron silencio. Entonces respondió con voz queda.

—Prindin era un poseído.

Por un momento reinó un aturdido silencio, tras el cual los soldados empezaron a susurrar inquietos la palabra «poseído».

—Todos vosotros estáis haciendo un buen trabajo —les dijo Kahlan—. Pero ha llegado el momento de que luchéis sin mí. Debo partir a Aydindril. —El aire se llenó de murmullos de decepción—. No me marcharía si no supiera que estáis a la altura de la misión. Todos vosotros habéis demostrado vuestra valía y vuestra bravura en la batalla. Sois valerosos guerreros.

Todos se hincharon de orgullo. Ahora la escuchaban con tanta atención como si fuera su general.

—Estoy muy orgullosa de vosotros. Sois los héroes de la Tierra Central. El ejército de la Orden Imperial, aunque es una amenaza muy real, no es sino una parte de una amenaza más grave que pesa sobre la Tierra Central y sobre el mundo de los vivos. El hecho de que el Custodio enviara a un poseído para tratar de detenerme lo demuestra.

»Creo que la Orden Imperial se ha aliado con el Custodio. Es preciso que neutralice la amenaza. Sé que vosotros haréis honor a vuestro juramento y seguiréis luchando contra el enemigo sin dar cuartel. Sé que la Orden tiene los días contados.

Kahlan cayó en la cuenta de que el cuello ya no le dolía. Se tocó la mordedura con los dedos y notó que ésta había desaparecido. En ese momento sintió que había escapado de las garras del Custodio en más de un sentido.

Contempló con gesto muy serio los juveniles semblantes que no le quitaban ojo de encima.

—Aunque debéis seguir luchando sin piedad, tened cuidado en no volveros como el enemigo. El enemigo lucha para matar y esclavizar. Vosotros lucháis por la vida y la libertad. Tenedlo siempre presente en vuestros corazones.

»Yo os prometo que nunca me olvidaré de ninguno de vosotros —proclamó, alzando el puño en el aire—. Prometedme vosotros que cuando esto acabe, cuando la amenaza de la Orden Imperial y del Custodio desaparezcan, todos vendréis a Aydindril para que la Tierra Central os honre por vuestro sacrificio.

Todos los hombres alzaron el puño en gesto de promesa. Luego la vitorearon.

—Capitán Ryan, por favor transmite mis palabras a los hombres de los otros campamentos. Quisiera poder dirigirme personalmente a todos ellos pero debo partir al instante.

El capitán le aseguró que lo haría. Kahlan alzó la espada con ambas manos y se la tendió a Ryan.

—El rey Wyborn combatió con esta espada para proteger a su país. La Madre Confesora también ha combatido con ella en defensa de la Tierra Central. Ahora la dejo en manos muy capaces.

Los dedos del capitán Ryan levantaron cuidadosamente el arma y la sostuvo como si fuera la corona de Galea. Su rostro se iluminó con una radiante sonrisa.

—La llevaré con orgullo, Madre Confesora. Gracias por todo lo que me habéis enseñado. Cuando nos encontrasteis no éramos más que unos muchachos. Vos nos habéis hecho hombres. No sólo nos habéis enseñado a luchar mejor sino algo mucho más importante: qué significa ser soldados y ser los protectores de la Tierra Central.

El capitán cogió la espada y la alzó hacia el cielo. Entonces se volvió hacia sus hombres.

—¡Tres hurras por la Madre Confesora!

Mientras escuchaba los entusiastas vítores, Kahlan se dio cuenta de que era la primera vez en toda su vida que oía a alguien aclamar a la Madre Confesora. Estaba tan sorprendida que le costó ocultarlo. Kahlan les envió un beso a todos con los dedos y les dio las gracias.

—Capitán Ryan, quisiera llevarme a *Nick* y dos caballos más.

Chandalen corrió hacia ella.

—¿Para qué necesitamos caballos?

Kahlan lo miró arqueando una ceja.

—Chandalen, me han herido en una pierna y apenas puedo tenerme en pie, y mucho menos andar. Si quiero llegar a Aydindril debo cabalgar. Espero que no creas que soy débil.

—Bueno, no —replicó el guerrero, frunciendo el entrecejo—. Desde luego no puedes caminar. Pero ¿para qué quieres dos caballos más? —inquirió con mirada nuevamente airada.

—Si yo voy a caballo, tú también.

—¡Chandalen no necesita cabalgar! ¡Yo soy fuerte!

Kahlan se inclinó hacia él y le dijo en su propio idioma.

—*Chandalen, sé que la gente barro no cabalga y no espero que sepas hacerlo. Yo te enseñaré. Lo harás muy bien. Cuando regreses a tu aldea, sabrás hacer algo que ninguno de los tuyos sabe hacer. Todos se quedarán impresionados. Las mujeres verán así que eres muy valiente.*

El guerrero gruñó, receloso.

—¿Y el tercer caballo? —insistió, aún ceñudo.

—Es para Orsk.

—¿Qué?

—Chandalen, tú no podrás utilizar un arco hasta que el brazo sane. ¿Cómo piensas protegerme? Orsk puede blandir una hacha con el brazo bueno y tú arrojar una lanza.

Chandalen puso los ojos en blanco.

—No te haré cambiar de idea, ¿verdad?

—No —replicó Kahlan con una leve sonrisa—. Recojamos nuestras cosas y pongámonos en marcha.

La mujer miró a los hombres una última vez. Eran sus hombres. Los saludó llevándose un puño al corazón.

Todos le devolvieron el saludo en silencio.

Había perdido mucho junto a esos hombres pero también había ganado.

—Tened mucho cuidado, por favor.

## 16

—Bueno, ¿cuándo conoceremos a tu gente, a quienes deben guiarnos a la hermana Verna y a mí hasta el palacio?

Du Chaillu echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro, tras lo cual se apartó la mata de pelo negro para mirarlo. Ahora la mujer caminaba llevando el caballo por las riendas. Richard se había hartado de sus quejas y, cuando al fin se negó en redondo a seguir montando, decidió no insistir. También él prefirió caminar un rato. La Hermana cabalgaba detrás de ellos sin perder de vista a Du Chaillu, como una lechuza posada en una rama.

—Pronto. Muy pronto. —La expresión fría y distante de la mujer lo llenaba de inquietud. Su actitud había ido cambiando progresivamente desde que abandonaran la tierra de los majendie y se internaran cada vez más profundamente en los dominios de los baka ban mana. Ya no se mostraba abierta y parlanchina sino altiva y distante. La hermana Verna apenas apartaba los ojos de ella y, por su parte, Du Chaillu no se perdía ni uno solo de los movimientos de la Hermana. Eran como dos gatas con los pelos de punta, silenciosas e inmóviles, preparadas para saltar. Ya sólo les quedaba enseñarse los dientes.

Richard intuía que ambas mujeres se estaban poniendo a prueba continuamente de modos que él no podía ver. Y por la actitud de la Hermana, sabía que no le complacía nada lo que estaba descubriendo. Por experiencia Richard reconocía cuándo la Hermana tocaba su han; lo sabía porque los ojos de la mujer se nublaban. Y en esos momentos lo estaba haciendo.

En la creciente oscuridad Du Chaillu abandonó de pronto la ancha vereda de bosque para tomar una trocha que discurría entre la densa y enmarañada vegetación. A ambos lados acechaban oscuras aguas en las que crecían exuberantes juncos así como plantas de hoja ancha con flores amarillas y rosa en forma de trompeta. Los ojos de Richard trataban de penetrar en las sombras que reinaban entre los árboles.

Du Chaillu se detuvo al borde de un arenoso claro y tendió las riendas a Richard.

—Mi gente se reunirá con nosotros en este lugar. Espera aquí, hombre mágico.

El apelativo que usó para dirigirse a él le puso los pelos de punta.

—Richard —la corrigió mientras cogía las riendas—. Me llamo Richard. Soy quien te salvó el pellejo, ¿recuerdas?

Du Chaillu lo miró con aire dubitativo.

—Por favor, no creas que no agradezco lo que has hecho por mí y por mi gente. Siempre recordaré tu amabilidad. —Su mirada pareció desenfocarse y suavizó la voz, dándole un tono de pesar—. Pero sigues siendo un hombre mágico. Espera aquí.

Con estas palabras dio media vuelta y desapareció en el bosque que rodeaba el claro. Mientras Richard observaba su marcha, la hermana Verna desmontó y se hizo cargo de las riendas de los tres caballos.

—Ahora trataré de matarte —afirmó como quien anuncia que mañana lloverá.

—Le he salvado la vida —replicó Richard airadamente.

La Hermana se dispuso a conducir a los caballos hacia los árboles.

—Sí, pero para ellos eres un hombre mágico, y matan a los hombres mágicos.

Richard no quería creerla, pero la creía.

—Pues usa tu han para impedirlo, Hermana, para preservar la vida, tal como dijiste a Du Chaillu que debería hacer con el hijo que espera.

La Hermana le respondió, acariciando el mentón de su caballo:

—Ella también es capaz de usar su han. Es por eso por lo que las Hermanas siempre hemos evitado a esa gente; porque algunos de ellos usan su han de un modo que nosotras no comprendemos.

»La he estado poniendo a prueba. Los encantamientos que le lanzaba desaparecían como piedras que se arrojan a un pozo. Pero ella se ha dado cuenta. Du Chaillu sabe qué intento hacer y, no sé cómo, es capaz de anularlo. Ya te avisé de que esta gente es peligrosa. He hecho todo lo que estaba en mi mano

justamente para no llegar a donde estamos ahora. Te dije que no blandieras el hacha pero tú juzgaste que me equivocaba.

Richard apretó los dientes y con la mano izquierda aferró la empuñadura de la espada. Notaba las protuberancias de la palabra *Verdad* tejida con alambre y, a través de ella, la cólera que le transmitía.

—No tengo intención de matar a nadie.

—Perfecto. Reserva la cólera de la espada. Vas a necesitarla si quieres seguir vivo. Mientras nosotros hablamos nos están rodeando; mi han me lo dice.

Richard sentía que los acontecimientos se escapaban rápidamente de su control. Él no deseaba hacer daño a nadie. No había salvado a Du Chaillu para después luchar contra su gente.

—En ese caso te sugiero que apeles a tu han, hermana Verna. Soy el Buscador, no un asesino, y no pienso matar a tus enemigos por ti.

La mujer avanzó unos cuantos pasos hacia él. Cuando habló lo hizo en tono rígido y controlado.

—Ya te he dicho que mi han no podrá ayudarte. Si pudiera, pondría fin a la amenaza. Pero no puedo. Du Chaillu posee poder para defenderse de la magia. Te lo suplico, Richard, defiéndete.

El joven entornó los ojos.

—Tal vez no quieres ayudarme. Estás furiosa porque he echado a perder el acuerdo que tenáis con los majendie. Tu plan es observar, como siempre, para ver qué hago.

La hermana Verna negó con la cabeza lentamente con gesto de frustración.

—¿Crees de veras que después de sacrificar media vida para cumplir con mi deber de encontrarte y llevarte hasta el Palacio de los Profetas sano y salvo me quedaría cruzada de brazos viendo cómo te matan? ¿Cuándo estamos como quien dice a punto de llegar? ¿Realmente crees que no pondría fin a esto si pudiera? ¿Tan mala opinión tienes de mí?

El primer impulso de Richard fue discutir con la Hermana pero en vez de eso consideró sus palabras. Lo que decía tenía bastante sentido. Richard se disculpó negando con la cabeza y rápidamente miró hacia las sombras.

—¿Cuántos son?

—Tal vez treinta.

—Treinta. —Frustrado, el joven cruzó los brazos—. ¿Cómo voy a defenderme yo solo contra tantos?

La Hermana posó la mirada en la oscuridad un momento y luego extendió las manos hacia adelante. Una súbita ráfaga de viento levantó un velo de arena y tierra hacia la oscuridad.

—Esto los retardará un poco, pero no los detendrá. —Nuevamente posó en él sus ojos castaños y dijo—: Richard, he usado mi han para tratar de hallar la respuesta. Pero lo único que me dice es que debes usar la profecía si quieres sobrevivir. Tú mismo te llamaste el portador de la muerte, tal como predice la profecía. Esa profecía habla de ti.

»Si quieres vencerlos, debes usar la profecía, que dice que el poseedor de la espada es capaz de resucitar a los muertos, de conjurar el pasado en el presente. No me preguntes cómo, pero eso es lo que debes hacer para sobrevivir. Resucitar a los muertos y conjurar el pasado en el presente.

—¿Estamos a punto de ser atacados por treinta guerreros, que según tú quieren matarme, y me propones acertijos? Hermana, ya te dije que no sé qué significa esa profecía. Si quieres ayudarme, dime algo que pueda servirme.

Pero la Hermana dio media vuelta y echó a andar hacia los caballos.

—Ya lo he hecho. A veces el objetivo de una profecía es tender un puente en el tiempo hasta la persona a la que nombra para ayudarla, proporcionarle la clave de la solución. Creo que esta profecía es una de éstas. Trata sobre ti, por lo que eres tú quien debe descubrir cómo usarla. Yo no la comprendo.

La hermana Verna se detuvo y se volvió para mirarlo por encima del hombro.

—Olvidas que yo he intentado mantenernos alejados de esta gente. Pero tú dijiste que en este asunto eras el Buscador y no mi pupilo. Pues como Buscador debes usar esa profecía. Tú nos metiste en esto y sólo tú puedes sacarnos.

Richard no le quitaba el ojo de encima mientras ella trataba de calmar a los nerviosos caballos. Desde que la Hermana le hablara de esa profecía había reflexionado mucho tratando de entenderla. A veces sentía que estaba a punto de llegar a una conclusión, pero esa sensación siempre se desvanecía antes de concretarse.

Richard había usado la *Espada de la Verdad* muchas veces y sabía de qué era capaz, y también conocía sus propias limitaciones. En combate uno contra uno la espada era casi invencible, pero él era un hombre de carne y hueso. Además, no era un espadachín experto. En ocasiones anteriores había compensado esa carencia gracias a la magia de la espada. Pero ahora estaba solo y los enemigos eran muchos. La espada no podría contra todos.

—¿Son buenos luchadores los baka ban mana? —preguntó.

—No los hay mejores. Entre ellos hay guerreros especiales, maestros de armas, que se entrenan cada día desde el alba hasta el atardecer. Y cuando se pone el sol siguen entrenándose a la luz de la luna. La lucha es casi una religión para ellos.

»De joven vi a un maestro de armas baka ban mana, que se había introducido en la plaza fuerte de Tanimura, matar a casi cincuenta soldados armados hasta los dientes antes de ser abatido. Luchan como espíritus invencibles. Y algunas personas creen que lo son.

—Genial —musitó Richard.

—Richard —prosiguió la Hermana sin mirarlo—, tú y yo no congeniamos. Podríamos mirar la misma cosa y los dos veríamos algo distinto. Pertenece a mundos distintos, ambos somos obstinados y no nos gustamos mutuamente.

»Sin embargo, quiero que sepas que ahora no estoy siendo obstinada. Tenías toda la razón cuando dijiste que en este asunto eres el Buscador y no mi pupilo. Y, de algún modo que se me escapa, tiene que ver con la profecía. Vas montado en la imparable ola de los acontecimientos, y yo no soy más que una espectadora. No obstante, si tú mueres yo moriré contigo.

Al fin la mujer alzó la mirada hacia él.

—No sé cómo ayudarte, Richard. Los baka ban mana nos están cercando y sé que, si trato de interferir, me matarán. Esto va contigo, con la profecía y con los baka ban mana. Yo no pinto nada en esto, más que morir si tú mueres.

»No sé qué significa la profecía y me doy cuenta de que tú tampoco, pero tenla presente y tal vez descubras cómo puede ayudarte cuando más lo necesites. Intenta usar tu han si es que puedes.

Richard la miró con las manos en las caderas.

—Muy bien, Hermana, lo intentaré. Lamento mucho no ser mejor resolviendo acertijos. Y, si me matan..., bueno, gracias por tratar de ayudarme.

El joven alzó los ojos al cielo y vio el delgado velo de nubes que oscurecía la luna. La oscuridad ayudaría a los atacantes, pero no había ninguna razón por la que no pudiera también él usarla en su ventaja.

Richard era un guía de bosque y se sentía como pez en el agua en la oscuridad. Había pasado un número incalculable de horas jugando justo a eso con otros guías. Los baka ban mana no eran los únicos que estaban en su elemento en el bosque. Richard no tenía por qué seguir sus normas. Así pues, se agachó y se alejó de la Hermana y los caballos, confundiendo con las sombras de la luna.

Encontró al primero de los atacantes mirando en la dirección equivocada. Quieto y en silencio observó la forma oscura envuelta en ropas muy holgadas que, de cuclillas sobre una rodilla, miraba a la Hermana. En una mano agarraba con fuerza una lanza corta con el extremo romo plantado en la arena. Tenía otras dos lanzas preparadas en el suelo.

Tratando de concentrarse en la respiración para no hacer ningún ruido, fue avanzando hacia el hombre, deteniéndose y avanzando de nuevo. Extendió una mano. Estaba a pocos centímetros de la lanza. Se quedó helado cuando el guerrero baka ban mana giró la cabeza.

El hombre se puso en pie de un salto, pero Richard estaba lo suficientemente cerca para arrebatarse el arma. Mientras el hombre giraba sobre sí mismo, Richard volteó la lanza y lo golpeó a un lado de la cabeza. El baka ban mana se desplomó antes de poder dar la alarma.

«Uno menos —pensó Richard al tiempo que se enderezaba—, y no he tenido que matarlo. Bueno, espero que no esté muerto.»

Otra figura surgió de la oscuridad y otra más a un lado. Richard se dio la vuelta y vio que cada vez eran más. Antes de poder moverse ya estaba rodeado.

Las formas llevaban ropas holgadas del color de las cortezas de árbol, lo que les permitía fundirse con el entorno. Una tela les cubría la cabeza y solamente dejaba al descubierto sus ojos oscuros, que relucían con feroz determinación.

No había lugar al que huir. Richard fue avanzando lateralmente hacia el claro. Las formas se movieron con él, y otras más se añadían. Richard giró sobre sí mismo para observarlas; estaban formando dos círculos a su alrededor. Tal vez aún podría solucionarlo sin tener que matar.

—¿Quién es vuestro portavoz?

El círculo interior de figuras embozadas dejó caer los escudos redondos y arrojó al suelo las lanzas extra con las puntas hacia Richard. Cada figura agarró la lanza que le quedaba con ambas manos a modo de bastón. También el círculo exterior de guerreros arrojó escudos y lanzas al suelo y se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero sin desenvainarla.

En ese momento brotó un suave cántico rítmico, y los dos círculos empezaron a moverse lentamente en direcciones opuestas.

Richard se movía hacia atrás describiendo un estrecho círculo, tratando de no perder de vista a ninguna de las figuras.

—¿Quién es vuestro portavoz? —repitió.

El lento cántico prosiguió al ritmo de los pasos laterales de los baka ban mana.

Una figura tapada de los pies a la cabeza como todas las demás se subió a una roca, más allá del círculo exterior.

—Soy Du Chaillu. Yo soy la portavoz de los baka ban mana.

Richard no daba crédito a sus ojos.

—Du Chaillu, yo te salvé la vida. ¿Por qué deseas asesinaros?

—Los baka ban mana no están aquí para asesinaros, sino para ejecutaros por habernos arrebatado nuestra sagrada tierra.

—Du Chaillu, yo ni siquiera he visto esa tierra vuestra. No tengo nada que ver con lo que pasó, fuera lo que fuera.

—Los hombres mágicos nos robaron nuestra tierra y dictaron nuestras leyes. Tú eres un hombre mágico y cargas con los pecados de los hombres mágicos que te precedieron. Incluso llevas su marca. Así pues, tendrás que hacer lo mismo que todos los hombres mágicos a los que hemos apresado hasta ahora: enfrentarte con el círculo. Debes morir.

—Du Chaillu, ya te dije que debéis dejar de matar.

—Es muy fácil proclamar eso cuando eres tú quien está a punto de morir.

—¿Cómo osas decirme eso! ¡Yo arriesgué mi vida por poner fin a la matanza! ¡Arriesgué mi vida por ti!

—Lo sé, Richard —replicó la mujer suavemente—. Y te honraré siempre por eso. Te hubiera dado hijos si me lo hubieras pedido. Daría mi vida por ti. Por lo que has hecho, siempre serás un héroe para mi pueblo. Ataré una plegaria más a mi vestido para que los espíritus te acojan tiernamente en su corazón.

»Pero eres un hombre mágico y nuestra ley milenaria dice que debemos practicar cada día para ser mejores guerreros que cualquier otro pueblo. Debemos matar a todos los hombres mágicos que logremos apresar, o el Espíritu de la Oscuridad engullirá el mundo de los vivos.

—¡No podéis seguir matando a hombres mágicos, ni a nadie! ¡Ya basta!

—Seguiremos matando pese a lo que has hecho. Lo único que puede detenerlo es que los espíritus dancen con nosotros.

—¿Qué significa eso?

—Significa que debemos matarte o la profecía se cumplirá. El Espíritu de la Oscuridad escapará de su prisión.

—Du Chaillu —dijo Richard, apuntándola con la lanza—, no deseo mataros a ninguno de vosotros, pero pienso defenderme. Por favor, para esto ahora mismo, antes de que nadie salga herido. No me obligues a mataros. Por favor.

—Si hubieras tratado de huir te habríamos matado por la espalda con una lanza, pero puesto que has decidido quedarte te has ganado el derecho de enfrentarte a nosotros. De todos modos morirás, como todos los que hemos apresado antes que tú. Si no te resistes tendrás una muerte rápida e indolora. Te doy mi palabra.

Du Chaillu giró una mano en el aire, y el canto se reinició. Los hombres del círculo exterior desenvainaron unas espadas largas con la hoja curva, que se ensanchaba hacia la punta recortada. Cada una de ellas tenía un anillo en el pomo en el que se enganchaba una cuerda atada después al cuello de los

guerreros, lo que impedía que pudieran perder el arma en la batalla.

Los guerreros volteaban las espadas y se las pasaban de derecha a izquierda. Las armas no cesaban de girar. Los dos círculos empezaron a moverse otra vez en direcciones opuestas. Los hombres del anillo interior hacían girar las lanzas a modo de bastones.

Richard conocía a guías de bosque que iban armados con bastones y nadie osaba meterse con ellos. Pero esos hombres eran mucho mejores que cualquier guía que Richard hubiera visto. Las astas de madera no eran más que una mancha borrosa a la luz de la luna, y las puntas de acero un círculo de apagado reflejo.

El joven rompió contra la rodilla el asta de la lanza y desenvainó la espada. El sonido del acero resonó por encima del zumbido de las lanzas y las espadas largas.

—¡No lo hagas, Du Chaillu! ¡Páralo antes de que nadie salga herido!

—No te resistas y te garantizo que tendrás una muerte rápida, hombre brujo.

Richard respiraba agitadamente. Los músculos de la mandíbula se le tensaron cuando apretó los dientes con fuerza. El canto era cada vez más rápido, al igual que el movimiento de ambos círculos.

Richard lanzó una mirada fulminante a Du Chaillu, encaramada en la roca.

—Declino toda responsabilidad de lo que va a pasar, Du Chaillu. Esto ocurre porque tú lo quieres. Lo que suceda será culpa tuya. ¡Tú lo has querido!

Cuando Du Chaillu respondió, lo hizo con voz preñada de pesar.

—Nosotros somos muchos y tú estás solo. Lo siento, Richard.

—Hay que ser muy estúpido para fiarse solamente de eso, Du Chaillu. Las cosas no son lo que parecen. No podéis atacarme todos a la vez, sino solamente dos o como mucho tres al mismo tiempo. Lo que ven tus ojos te engaña. —Richard se preguntó qué le impulsaba a pronunciar esas palabras. A la luz de la luna vio el gesto de asentimiento de la mujer.

—Comprendes la danza de la muerte, hombre brujo.

—¡No soy un hombre brujo, Du Chaillu! ¡Soy Richard, el Buscador de la Verdad! No acompañé voluntariamente a la Hermana para aprender a ser un hombre brujo. Soy un prisionero. Lo sabes perfectamente. Pero me defenderé.

Du Chaillu lo observó a la luz de la luna.

—Los espíritus saben que lo siento por ti, Buscador Richard, pero debes morir.

—No lo sientas por mí, Du Chaillu. Siéntelo por todos aquellos que esta noche van a morir sin motivo.

—No has visto a los baka ban mana luchar. Ninguno de los míos morirá. Solamente tú probarás el sabor del acero. Estate tranquilo, los baka ban mana estamos a salvo. No tendrás que lamentar ninguna muerte.

Richard dio rienda suelta a la magia de la espada, a la cólera.

Los dos círculos se movían y cantaban más rápidamente, acelerando asimismo el giro de las armas. La tempestad desatada por la ira de la espada estallaba en el Buscador. Pero Richard sabía que ni siquiera esa rabia, ni siquiera la cruda necesidad de matar iba a salvarlo. Eran demasiados. Y eran auténticos maestros de armas.

Olvidando toda precaución, absorbió más y más magia hasta que en su corazón latía un odio tan despiadado, que casi le provocaba náuseas. Richard abrazó ese sentimiento en lo más profundo de su alma.

De pie en el centro de los círculos en movimientos, se tocó la frente con la reluciente espada. El acero estaba frío contra la ardiente piel sudorosa.

—Espada, no me falles hoy.

Richard se sumergió en la magia. Sin darse cuenta de lo que hacía, se quitó la camisa y la arrojó a un lado para que nada le estorbara los movimientos. ¿Cómo se le había ocurrido hacer tal cosa? No tenía ni idea, pero le pareció lo más adecuado. Entonces alzó la espada justo al frente. Los músculos, brillantes por el sudor, se tensaron, aprestándose.

En ese momento conectó con el centro de su ser, un lugar en el que reinaba la calma y la concentración. Dentro del ardiente núcleo de rabia encontró su han.

*Usa lo que tienes, le dijo una voz interior. Usa lo que encuentres y déjalo ir.*

En la quietud de su mente Richard recordó cuando se había subido a la roca mágica de Zedd para

ocultar la nube que Rahl el Oscuro había conjurado para seguirlo. Esa roca había sido usada por muchos magos antes que Zedd. Cuando estaba subido a ella, apelando a la magia, dejando que fluyera por él, había sentido la esencia de todos esos magos. Richard revivió la sensación de compartir lo que ellos habían sentido y sabido. Subido a la roca, había tenido acceso a la mente y al corazón de quienes habían usado la magia antes que él.

Entonces se le hizo la luz y comprendió qué significaba la profecía.

¿Cómo era posible que hubiera usado antes la espada sin entenderlo, sin ver lo que contenía su magia? Era justo como la roca de mago.

Antes que él otros habían usado la *Espada de la Verdad*, y su magia conservaba la memoria de sus talentos en la lucha, de todos y cada uno de los movimientos ejecutados. Richard tenía a su alcance el talento de centenares de miles de hombres y mujeres que habían empuñado esa espada, tanto si habían sido bondadosos como perversos.

En su quietud interior vio al primero de ellos acercarse por la izquierda.

*Sé una pluma, no una roca. Flota en el viento de la tempestad.*

Richard liberó la magia y giró siguiendo el asalto, dejando que pasara junto a él sin tocarlo. En vez de asestar una estocada lo que hizo fue flotar con el impulso de la arremetida, dejando que fuera la magia de la espada la que lo guiara. El baka ban mana se tambaleó y cayó al no poder establecer el contacto que esperaba.

Instantáneamente otro ocupó su lugar, haciendo girar la lanza. Richard dio de nuevo una vuelta sobre sí mismo y cuando el atacante pasaba a su lado, usó la espada para quebrar el asta de la lanza en dos. La punta de otra lanza trataba de clavarse en su cuerpo. Sin detenerse, Richard se deslizó junto a ella, alzó la espada y cortó el asta por la mitad. Otro baka ban mana se abalanzó sobre él por la espalda. Richard lo repelió poniéndole un pie en el pecho.

Richard se había entregado por completo a la magia de la espada y a la paz que reinaba en su interior. Estaba haciendo sin pensar cosas que ni siquiera comprendía.

Controlaba la cólera para que ésta no matara. Con la parte plana de la espada golpeaba una nuca aquí, y paraba otro ataque allí poniendo la zancadilla. Cuando más rápidamente atacaban los baka ban mana, más rápidamente reaccionaba él. La magia se alimentaba de la energía de los atacantes. Richard se deslizaba con fluidez entre los asaltantes, quebrando lanzas cuando podía con la intención de desarmarlos sin matarlos.

—¡Du Chaillu, detén esto antes de que tenga que matarlos!

Pero gritarle fue un error, pues lo distrajo y una lanza enemiga logró rebasar sus fluidas defensas. Instantáneamente, la cólera explotó en reacción al ataque. Pero incluso entonces tuvo elección, matar al atacante o solamente hacer lo necesario para detenerlo.

La *Espada de la Verdad* giró, su punta zumbó en el aire y cercenó la mano que sostenía la lanza. El aire se llenó de sangre y fragmentos de hueso. El chillido fue de mujer.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que algunos de los guerreros baka ban mana eran mujeres. Pero no importaba; si no se defendía, lo matarían igualmente. Mejor perder una mano que la cabeza. Esa primera sangre alimentó la rabia, el ansia de matar, que nuevamente hervía en su interior, clamando ser satisfecha.

Richard luchaba contra sus atacantes y también contra esa parte de sí mismo que deseaba derramar sangre. Él quería que se detuvieran, pero si no lo hacían...

Cuando Richard les rompía las lanzas, ellos cogían otras y arremetían otra vez. El joven se deslizaba entre ellos como un fantasma, ahorrando energías mientras dejaba que los baka ban mana se cansaran.

Los componentes del círculo exterior, que no habían cesado de dar vueltas mientras el círculo interior atacaba, se detuvieron y, volteando las espadas, empezaron a avanzar. Quienes empuñaban lanzas, los pocos que quedaban en pie, se retiraron para ser reemplazados por los espadachines.

Las espadas giraban en el aire. En vez de esperar a que fueran a por él, Richard atacó primero. Los baka ban mana se estremecieron de sorpresa cuando la *Espada de la Verdad* hizo pedazos dos de las relucientes espadas.

—¡Du Chaillu! ¡Por favor! ¡No quiero matar a nadie!

Los espadachines eran más rápidos que los lanceros. Demasiado rápidos. Hablar y tratar de

desarmarlos sin matarlos era una peligrosa distracción. Richard sintió una punzada de ardiente dolor en la carne por encima de las costillas. Ni siquiera había visto acercarse la espada, pero instintivamente se había apartado y lo que debía ser una estocada mortal se quedó en un tajo superficial.

Su propia sangre derramada llamó en su defensa a la magia de la espada, a la rabia y a las capacidades de todos aquellos que la habían empuñado antes que él. Su esencia ardía en todo su ser, y Richard era incapaz de contenerla por más tiempo. Ya no tenía elección. Todas sus barreras cayeron. Ya no había marcha atrás.

Era el portador de la muerte.

Los espadachines emprendieron el asalto en una oleada mortal.

Richard liberó la magia por completo. Se habían acabado los miramientos. Ya sin barreras, danzaba con la muerte.

La noche estalló en una cálida bruma sangrienta. Richard se oyó a sí mismo gritar y se notó moverse; vio cómo hombres y mujeres caían, al tiempo que cabezas sin tronco se desplomaban al suelo. La sed de sangre se había apoderado de él por completo.

Ninguna espada volvió a tocarlo de nuevo. Richard replicaba a cada golpe como si lo hubiera visto miles de veces antes, como si siempre hubiera sabido qué hacer. Cada ataque acababa irremediablemente con la muerte rápida del atacante. En el aire nocturno volaba la sangre y los fragmentos de hueso, mientras que el suelo acogía todo tipo de restos y fluidos. El horror de todo ello se fundió para formar una única imagen de muerte.

Era el portador de la muerte.

Richard no se dio cuenta de que empuñaba el cuchillo con la mano izquierda y la espada con la derecha cuando dos guerreros le atacaron al unísono desde lados opuestos. El joven rodeó con el brazo el cuello del atacante de la siniestra y le rebanó el gárgame, mientras atravesaba con la espada al de la derecha. Los dos baka ban mana se desplomaron. Richard los miró, jadeando.

El silencio resonó a su alrededor. El único movimiento era el de una mujer de rodillas, que se levantaba apoyándose en una mano. La otra mano le faltaba. Una vez de pie, se sacó un cuchillo del cinto.

Richard leyó la determinación en sus ojos. La guerrera corrió hacia él lanzando un grito. Richard se quedó totalmente quieto, envuelto en un frío capullo de magia. La cólera palpitaba con fuerza en él mientras la miraba acercarse. La mujer alzó el cuchillo.

Con un rápido movimiento ascendente la *Espada de la Verdad* le atravesó el corazón. La mujer empalada cayó, se deslizó hacia la punta de la espada y la arrastró hacia abajo con su peso muerto. Sus labios exhalaban el último aliento gorgoteante, mientras que con los dedos agarraba la roja hoja de la espada y se deslizaba hasta el final antes de entregarse a las manos de la muerte.

Era el portador de la muerte.

Richard lanzó una colérica mirada a la mujer subida a la roca. Du Chaillu se bajó, se descubrió la cabeza dejando que la larga tela quedara colgando y con una reverencia hincó una rodilla.

La rabia seguía ardiendo con fuerza en Richard. Se acercó a la mujer y le levantó el mentón con la punta de la espada.

Los ojos oscuros de la mujer lo miraron.

—El *Caharin* ha llegado.

—¿Quién es el *Caharin*?

—Quien danza con los espíritus —respondió Du Chaillu, sosteniéndole la mirada.

—Quien danza con los espíritus —repitió Richard con voz monótona. Entonces lo entendió. Había danzado con los espíritus de quienes empuñaron la *Espada de la Verdad* antes que él. Había resucitado a los muertos, había danzado con sus espíritus. Casi se echó a reír.

—Nunca te perdonaré que me hayas obligado a matar a tu gente, Du Chaillu. Te salvé la vida porque aborrezco los asesinatos y tú me has forzado a derramar la sangre de treinta personas.

—Lamento que debas soportar esa carga, *Caharin*, pero el único modo de poner fin a la matanza era a través de la sangre de treinta baka ban mana. Era nuestro modo de servir a los espíritus.

—¿De qué sirve a los espíritus tanta muerte? —preguntó Richard coléricamente.

—Cuando los hombres mágicos nos arrebataron nuestras tierras, nos desterraron a este lugar y nos impusieron el deber de enseñar al *Caharin* a danzar con los espíritus. Solamente el *Caharin* puede impedir que el Espíritu Oscuro llegue a dominar el mundo de los vivos. El *Caharin* es como un bebé

recién nacido al que debe enseñarse. Y parte de ese deber recae en nosotros; debemos enseñarle a danzar con los espíritus. Esta noche has aprendido algo, ¿no es así?

Richard asintió con gesto sombrío.

—Yo soy la depositaria de las leyes de nuestro pueblo. Nuestra misión era enseñarte esto. Si hubiéramos hecho oídos sordos a las antiguas palabras, el *Caharin* no habría aprendido qué hay dentro de sí y estaría indefenso contra las fuerzas de la muerte. Y al fin la muerte se adueñaría de todos.

»Los majendie nos sacrifican para que no olvidemos nunca nuestro deber hacia los espíritus y recordarnos que debemos practicar a diario con las armas. Las brujas que viven al otro lado ayudan a los majendie para que estemos cercados, sin lugar al que huir, de modo que la amenaza penda sobre nosotros y nunca olvidemos cuál es nuestro deber.

»Está escrito que el *Caharin* anunciará su advenimiento danzando con los espíritus y derramando la sangre de treinta baka ban mana; una hazaña que nadie podría realizar sin la ayuda de los espíritus. Se dice que, cuando eso ocurra, los baka ban mana deberán someterse a su autoridad. Ya no somos un pueblo libre sino que estamos sometidos a tus deseos, *Caharin*.

»Nuestras leyes ancestrales dictan que cada año, aquel que lleva el vestido de plegarias debe ir a nuestra tierra para ofrecer las plegarias de los baka ban mana a los espíritus, y que ellos un día nos enviarán al *Caharin*. Si cumplimos con nuestro deber, él nos devolverá nuestra tierra.

Richard miraba fijamente a la mujer como si se hallara sumido en un sueño.

—Hoy me has arrebatado algo precioso, Du Chaillu —le dijo.

Du Chaillu se puso de pie y le plantó cara.

—No me hables de sacrificios, *Caharin*. Mis cinco maridos, a los que amaba y a los que mis hijos amaban, a quienes no había visto desde que me capturaron, estaban entre los treinta que has matado.

Richard cayó de hinojos. Se sentía enfermo.

—Du Chaillu, perdóname por lo que he hecho esta noche.

La mujer posó suavemente una mano en la inclinada cabeza del joven.

—Ha sido un gran honor ser la guía espiritual de los baka ban mana cuando el *Caharin* se ha manifestado, ser quien lleva el vestido de plegarias y quien lo ha traído a nuestro pueblo. Ahora debes cumplir con tu deber y devolvernos nuestra tierra, tal como anuncian las antiguas palabras.

Richard levantó la cabeza.

—¿Y dicen también cómo se supone que voy a hacer eso?

—No —respondió Du Chaillu, meneando lentamente la cabeza—. Solamente dicen que debemos ayudarte, y que lo harás. Estamos a tus órdenes.

Amparado en la oscuridad Richard notó una lágrima que le corría por la mejilla.

—En ese caso ordeno que acabe la matanza. Harás lo que te dije. Usarás el silbato que atrae a las aves para firmar la paz con los majendie. Y mientras tú hagas eso, cumplirás con tu promesa de proporcionarnos un guía hasta el Palacio de los Profetas.

Sin alzar los ojos Du Chaillu hizo chasquear los dedos. Sólo entonces reparó Richard en que había más gente en la sombra alrededor del sangriento claro. Todos estaban de rodillas con la cabeza inclinada ante él. A la señal de Du Chaillu varios se levantaron de un salto.

—Conducidlos hasta la gran casa de piedra.

Richard, de pie ante ella, contempló sus ojos oscuros.

—Du Chaillu, siento mucho haber matado a tus maridos. Te supliqué que lo pararas, pero de todos modos lo siento.

Los ojos de Du Chaillu mostraban esa mirada intemporal que ya había visto en otras mujeres; en la hermana Verna, en la bruja Shota y en Kahlan. Ahora sabía que lo que veía era el don. En sus labios apareció un amago de sonrisa, aunque no comprendía que pudiera sonreír en un momento como ese.

—Se batieron con bravura, como auténticos guerreros baka ban mana. Tuvieron el honor de enseñar al *Caharin*. Han dado su vida por su gente y por eso serán recordados como leyendas.

»Ahora tú eres mi esposo —proclamó, colocando una mano sobre el torso desnudo de Richard.

—¿Qué?

Du Chaillu frunció el entrecejo como si no comprendiera su reacción.

—Yo llevo el vestido de plegarias y soy la guía espiritual de mi pueblo. Tú eres el *Caharin*. Es la ley ancestral. Eres mi marido.

—No, no lo soy. Yo ya tengo...

Iba a decir que ya tenía una amada, pero las palabras murieron antes de ser pronunciadas. Kahlan lo había enviado lejos de sí. No tenía nada.

Du Chaillu se encogió de hombros.

—Podría ser peor. La última que llevó el vestido de plegarias era una vieja arrugada sin dientes. Espero al menos serte grata a los ojos y tal vez un día haga que tu corazón se regocije. Pertenezco al *Caharin*. No es decisión tuya ni mía.

—¡Sí lo es! —El joven miró en torno y luego recogió bruscamente su camisa. Mientras se la ponía vio a la hermana Verna al borde del calvero. Lo observaba como quien observa un bicho metido en una caja.

»Tienes una misión que cumplir —dijo a Du Chaillu—. La matanza ha acabado. La Hermana y yo debemos ir al palacio para poder librarme de este collar.

Du Chaillu se inclinó hacia él y le plantó un beso en la mejilla.

—Hasta que nos volvamos a ver, Richard, Buscador, *Caharin*, esposo mío.

## 17

A lomos de sus monturas Richard y la hermana Verna proyectaban sombras largas y alargadas. Se hallaban sobre una loma cubierta de hierba desde la que dominaban la ciudad. Los árboles serpenteaban a lo largo de los lugares más bajos entre las colinas, y cubrían otros con un tapiz verde oscuro. La vasta ciudad que se extendía a sus pies estaba envuelta en una neblina rojiza que amortiguaba los colores, convirtiéndolos en un uniforme tono pastel. Los lejanos tejados de tejas y ripias relucían como puntos de luz en un estanque, bañados por los rayos del sol del atardecer.

Richard nunca había visto tantos edificios juntos dispuestos de un modo tan ordenado. Hacia los extremos eran más pequeños, pero conforme se acercaban al corazón de la ciudad crecían tanto en tamaño como en esplendor. Una leve brisa marina llevaba hasta ellos el distante murmullo generado por decenas de miles de personas, caballos y carruajes.

Un río serpenteaba entre los incontables edificios y dividía la ciudad en dos partes desiguales. En el límite de la ciudad, donde el majestuoso río desembocaba, se veían los muelles. No sólo había amarradas allí embarcaciones de todo tipo, sino que también navegaban por el río impulsadas por el viento que henchía sus blancas velas. Richard distinguió que algunas de las embarcaciones tenían tres mástiles. Nunca había imaginado que pudieran existir barcos tan grandes.

Pese a que se hallaba allí en contra de su voluntad, no pudo evitar sentirse fascinado por la ciudad, por toda esa gente y por todas las cosas dignas de verse que debía de albergar. Nunca había estado en un lugar como éste. Seguramente podría deambular por la ciudad durante días y no verla toda.

Allá a lo lejos se veía el mar, brillando con dorados destellos, y se extendía hasta la línea bien marcada del horizonte.

Casi en el centro de la ciudad, dominándola, se alzaba un vasto palacio sobre una isla independiente. Los dorados rayos del sol bañaban su imponente muro occidental almenado. Se trataba de una compleja estructura formada por patios de armas, murallas, torres, secciones y tejados, todos de magnífico diseño, además de laberínticos patios interiores en los que crecían árboles, hierba o que acogían estanques. El palacio daba la impresión de extender sus brazos de piedra para tratar de englobar celosamente la totalidad de la isla sobre la que descansaba.

Visto desde la distancia, con las calles finas como hebras que irradiaban desde el corazón de la isla situada en el centro de la ciudad y puentes semejantes a filamentos que cruzaban el río alrededor de la isla, el palacio hizo pensar a Richard en una gorda araña sentada en el centro de su tela.

—El Palacio de los Profetas —anunció la Hermana.

—Mi prisión —replicó Richard sin mirarla.

La mujer hizo caso omiso del comentario.

—La ciudad es Tanimura y por ella pasa el río Kern. En cuanto a la isla sobre la que se alza se

llama Pihuela.

—¿Pihuela? —Los pelillos de la nuca se le erizaron—. ¿Es algún tipo de broma sarcástica?

—¿Qué quieres decir? ¿Significa algo Pihuela?

Richard enarcó una ceja.

—Pihuela es la correa con que se sujetan las patas de los halcones.

—Bah, das demasiada importancia a cosas que no la tienen.

—¿Tú crees? Ya veremos.

La Hermana soltó un leve suspiro mientras que con un movimiento de las caderas ponía en marcha al caballo.

—Hace muchos años que me marché —comentó, cambiando de tema—, pero todo sigue igual.

Los dos baka ban mana que los habían guiado por el bosque pantanoso e inexplorado durante dos días los habían dejado esa misma mañana, cuando por fin la hermana Verna entró en territorio conocido para ella. Aunque Richard nunca llegó a desorientarse, comprendía que muchos pudieran perder el rumbo entre la densa vegetación. Pero, después de todo, él se encontraba en su elemento en lugares de vasta desolación y era más probable que se perdiera en un edificio que en una selva.

Los dos baka ban mana apenas habían hablado esos dos días. Aunque eran espadachines tan feroces como los guerreros contra los que había luchado Richard, estaban atemorizados ante él. Richard tuvo que gritarles para que dejaran de hacerle reverencias, pero por mucho que gritó no logró que dejaran de llamarlo *Caharin*.

Una noche, antes de que se marchara para montar guardia como era su costumbre, la hermana Verna le dijo en voz baja que lamentaba que hubiera tenido que matar a esas treinta personas. Algo sorprendido por su sinceridad, por la ausencia de dobles sentidos y también angustiado por ese recuerdo, Richard le había dado las gracias.

—¿Por qué esta tierra está sin cultivar? —preguntó Richard, contemplando las fértiles colinas y los valles—. ¿Cómo se alimenta tanta gente?

La hermana Verna levantó la mano que sostenía las riendas y señaló los campos al otro lado de la ciudad.

—A ese lado del río se extienden los campos de cultivo y las granjas. Pero este lado no es seguro ni para hombres ni para bestias. —Con un gesto de la cabeza indicó la tierra que habían dejado a su espalda—. Los baka ban mana representan una amenaza constante.

—¿Me estás diciendo que nadie cultiva estas tierras por miedo a los baka ban mana?

La Hermana echó un vistazo a su izquierda.

—¿Ves ese oscuro bosque? —La Hermana esperó mientras Richard observaba la linde de un denso bosque que crecía en el valle contiguo. Era una densa masa de enormes árboles retorcidos cubiertos por musgo y enredaderas que cobijaban lúgubres sombras—. Es el bosque Hagen, que se extiende muchos kilómetros más hacia la ciudad. Mantente alejado de él. Cualquiera al que el crepúsculo sorprenda en él, muere. Y muchos que se aventuraron en él murieron antes incluso de que el sol empezara a declinar. Es un lugar de vil magia.

Mientras seguían adelante Richard no pudo evitar ir lanzando miradas al bosque Hagen. Algo lo atraía hacia allí, como si fuera el complemento perfecto a su humor sombrío, como si ése fuera su lugar. Fue con esfuerzo que apartó la mirada de la espesura.

Conforme se acercaban a Tanimura, se ponía de manifiesto que en sus calles no reinaba el perfecto orden que parecía desde la distancia. Los arrabales eran lugares de confusión y miseria. Hombres que empujaban carretillas cargadas con sacos de arroz, alfombras, leña, pieles o incluso basura, avanzaban sorteando a otros que tiraban de carretillas similares, y a veces se producían atascos. Los bordes de la calzada estaban ocupados por vendedores ambulantes que ofrecían desde fruta y verdura hasta lonjas de carne ensartada en palitos y ahumada sobre diminutos fuegos en improvisados fogones de piedra, o hierbas y buena fortuna, o botas y abalorios. Por lo menos el olor de la comida enmascaraba ligeramente el penetrante hedor de las curtidurías.

Corrillos de hombres vestidos con ropas sucias y raídas jugaban a cartas o a dados, y gritaban excitados o estallaban en risotadas. Las calles laterales y los estrechos callejones estaban totalmente atestados de gente, y en ellos se alzaban barracas fabricadas con lona y hojalata. Niños desnudos corrían y jugaban a perseguirse entre los endeble hogares. Las mujeres se agachaban alrededor de cubos, lavando

la ropa y parlotando entre sí.

La hermana Verna murmuró por lo bajo que no recordaba tanta miseria ni a esa multitud sin hogar. Richard pensó que, pese a sus condiciones de vida, se veían mucho más felices de lo que les correspondería.

Aunque llevaba mucho tiempo viviendo a la intemperie, por lo que estaba un poco sucia y tenía la ropa arrugada, en comparación con esa gente la hermana Verna parecía una reina. Todos se inclinaban respetuosamente ante ella, y la Hermana respondía impartiendo la bendición del Creador.

Los edificios, deteriorados por el paso del tiempo, algunos con la fachada de revoque que se caía a pedazos y otros con la madera oscurecida por los años, estaban tan repletos como las calles. En casi todos los diminutos balcones se veían oxidados tendederos ocupados por ropa multicolor. En algunos se veían asimismo tiestos con flores o hierbas. De las tabernas y las posadas salía el sonido de risas y conversaciones. Una carnicería exhibía fuera carcasas cubiertas por moscas. Otras tiendas vendían pescado seco, cereales o aceites diversos.

Cuando más profundamente penetraban en la ciudad, más limpias estaban las calles. La calzada se fue ensanchando, al igual que las calles laterales, y ya no se veían barracas apoyadas contra los edificios. Las tiendas tenían unos escaparates más grandes, con postigos pintados y mercancías de mejor calidad. Muchas exhibían las coloridas alfombras de confección local. Para cuando aparecieron árboles a ambos lados de la avenida, los edificios ya eran suntuosos. Las posadas eran elegantes, con porteros ataviados con librea roja ante ellas.

En el puente de piedra sobre el río Kern se estaban encendiendo las linternas colgadas de postes para iluminar la calle. Por debajo del puente pasaban pescadores en pequeñas barcas con linternas, que avanzaban por las oscuras aguas remando. Soldados vestidos con ornamentados uniformes que incluían camisa blanca de ribetes dorados y túnica roja, armados con alabardas, patrullaban ambas orillas del río. Cuando los cascos de los caballos repiquetearon sobre los adoquines, por fin la Hermana habló:

—Cuando alguien con el don llega a palacio, es un gran día para todos los que viven en él. Es un acontecimiento muy poco frecuente y gozoso. —La mujer lo miró brevemente de soslayo—. Todas las Hermanas se alegrarán de verte. Por favor, Richard, tenlo presente. Para ellas será un momento destacado en su vida. Aunque tú no lo sientas así, sus corazones se llenarán de gozo al verte y querrán darte una buena bienvenida.

Richard tenía una opinión muy distinta.

—Ve al grano, Hermana.

—Ya he dicho lo que tenía que decir; estarán encantadas.

—En otras palabras, ¿me estás pidiendo que no las horrorice desde un buen principio?

—Yo no he dicho eso. —La mujer miró ceñuda a los soldados que guardaban el puente, hasta que finalmente posó de nuevo los ojos en él—. Simplemente te pido que tengas en cuenta que todas esas mujeres viven justamente para esto.

Richard miraba fijamente al frente mientras pasaban junto a más guardias uniformados.

—Una persona sabia, alguien a quien quiero, me dijo una vez que sólo podemos ser quienes somos, ni más ni menos. —La mirada de Richard recorrió el borde superior del muro que se alzaba ante ellos, fijándose en los soldados y en las armas que portaban—. Yo soy el portador de la muerte y no tengo nada por lo que vivir.

—Eso no es cierto, Richard. Eres joven y tienes muchas razones por las que vivir. Tienes una larga vida por delante. Y aunque te denomines a ti mismo portador de la muerte, yo he visto con mis propios ojos que tu principal objetivo es preservar la vida. A veces no escuchas y empeoras las cosas, pero es por ignorancia y no por maldad.

—Puesto que aborreces las mentiras, Hermana, espero que no desees que finja ser quien no soy.

La Hermana suspiró mientras atravesaban una enorme puerta abierta en el muro exterior del patio de armas. Los cascos de los caballos resonaron dentro de la larga entrada arqueada. Más allá, el camino serpenteaba entre árboles bajos que extendían sus ramas. Las ventanas de los edificios que se alzaban alrededor resplandecían con suave luz amarilla. Muchos de los edificios estaban conectados a través de columnatas cubiertas o corredores cerrados, que poseían aberturas arqueadas cubiertas con celosías. En el extremo más alejado del patio se veían bancos contra un muro con un friso que exhibía figuras a caballo.

Tuvieron que cruzar unas verjas blancas en forma de arco para llegar a los establos. Había caballos

pastando en un campo contiguo. Unos muchachos vestidos con una pulcra librea y chalecos negros encima de camisas marrones corrieron para hacerse cargo de los caballos. Richard dio una palmadita a *Bonnie* en el cuello, tras lo cual empezó a descargar sus posesiones.

La hermana Verna se alisó las arrugas que se le habían formado en la falda pantalón de montar, tras lo cual se arregló la ligera capa y trató de poner un poco de orden en su cabello rizado.

—No te molestes, Richard. Ya se ocuparán otros de tus cosas.

—Nadie toca mis cosas si no yo.

La Hermana suspiró y meneó la cabeza, y luego dijo al mozo de cuadra que descargara sus cosas. El joven inclinó la cabeza y ató un dogal a *Jessup* para conducirlo. Dio un brusco tirón, y *Jessup* se negó a caminar.

—¡Muévete, bestia estúpida! —grito el mozo, mientras descargaba un látigo sobre la grupa de *Jessup*.

El caballo lanzó un relincho y trató de liberar la cabeza.

La siguiente cosa que Richard vio fue al muchacho volar sobre el sendero. Se estrelló contra un endeble muro de madera y aterrizó sobre el trasero.

—¿Cómo te atreves a azotar a este caballo? —le gritó la hermana Verna, furiosa—. ¿Qué pasa contigo? ¿Te gustaría que te trataran de ese modo? —El muchacho, aterrorizado, negó con la cabeza—. Si me entero de que has vuelto a azotar a un caballo, te quedarás sin empleo, no sin antes recibir una buena sarta de latigazos en ese huesudo trasero tuyo.

El muchacho abrió mucho los ojos, asintió rápidamente y se disculpó. La hermana Verna siguió mirándolo, colérica, unos momentos más antes de dar media vuelta y llamar a *Jessup* con un silbido. Cuando el caballo se le acercó al trote, la mujer le rascó debajo del mentón para calmarlo y consolarlo. A continuación lo condujo al interior del establo y se aseguró de que tuviera agua y heno. Richard se cuidó mucho de ocultar su sonrisa.

Mientras cruzaban el patio, la Hermana dijo:

—Recuerda, Richard, no habrá ninguna Hermana ni ninguna novicia que no pueda lanzarte al otro lado de la habitación con su han, como acabo de hacer yo, sin el menor esfuerzo.

En un vestíbulo con paneles de madera en las paredes, suelos cubiertos con largas alfombras amarillas y azules, y ornamentadas mesillas auxiliares esperaban tres mujeres. Pese a que Richard sacaba una cabeza a la hermana Verna, resultó que las tres eran más bajas que Verna. Se estaban alisando las amplias faldas de color pastel y se arreglaban los corpiños blancos. Al verlos, las tres corrieron hacia ellos.

—¡Hermana Verna! —exclamó una de ellas—. ¡Oh, querida hermana Verna, qué alegría que hayas llegado al fin!

Una o dos lágrimas corrían por sus sonrosados rostros y exhibían unas sonrisas completamente radiantes. Las tres parecían mucho más jóvenes que la hermana Verna. Ésta escrutó esos grandes ojos húmedos y acarició con cariño el rostro de la mujer que sollozaba ante ella.

—Hermana Phoebe —dijo. Entonces tocó la mano de otra—. Y las hermanas Amelia y Janet. Qué alegría veros de nuevo. Ha pasado mucho tiempo.

Las tres soltaron risitas excitadas y por fin recobraron la compostura. La hermana Phoebe, de redondo semblante, miró más allá de Richard.

—¿Dónde está? ¿No lo has traído contigo?

La hermana Verna alzó una mano hacia Richard.

—Éste es. Richard, te presento a unas amigas mías: las hermanas Phoebe, Amelia y Janet.

Las sonrisas se transformaron en miradas atónitas. Todas parpadearon mientras evaluaban su estatura y su edad, mirándolo sin ocultar su asombro. Al fin, las tres le dieron la bienvenida interrumpiéndose unas a otras. Cuando lograron apartar los ojos de él, centraron de nuevo su atención en la hermana Verna.

—Más de la mitad de palacio os espera para daros la bienvenida —anunció la hermana Phoebe—. Todo el mundo está muy excitado desde que recibimos el mensaje de que llegaríais hoy.

La hermana Amelia se echó hacia atrás el pelo castaño claro que apenas le llegaba hasta los hombros.

—Desde que os marchasteis en busca de Richard nadie más ha llegado. Tantos años y ninguno

nuevo. Todo el mundo está ansioso por conocerlo. Me parece que van a llevarse una «gran» sorpresa — dijo, ruborizándose y mirando a Richard a hurtadillas—. Especialmente algunas de las hermanas más jóvenes. Será una sorpresa muy agradable, me atrevo a decir. ¡Madre mía, pero qué grande es!

La escena le recordaba a Richard otra vivida mucho tiempo atrás, un día en que, siendo niño, se había visto confinado dentro de la casa porque llovía a mares. Su madre había recibido la visita de otras mujeres que la ayudaban a coser un edredón y charlaban. Mientras él jugaba en el suelo, las mujeres cosían y hablaban de él como si no estuviera allí. Su madre les contó lo buen comedor que era y lo bien que se le daba la lectura. Presa de una incomodidad similar, Richard se arregló la mochila que llevaba a la espalda.

La hermana Phoebe se volvió hacia él con una sonrisa radiante. Extendió una mano y le tocó el brazo.

—¡Vaya cotorras estamos hechas! No deberíamos hablar así de ti como si no estuvieras presente. Bienvenido, Richard. Bienvenido al Palacio de los Profetas.

Richard contempló en silencio a las tres hermanas, que a su vez lo miraban. La Hermana Amelia se rió entre dientes y dijo a la hermana Verna:

—No habla demasiado, ¿verdad?

—Lo suficiente —fue la respuesta de la hermana Verna. Y, con un murmullo añadió—, gracias al Creador que de momento se comporta.

—Bueno, ¿vamos ya? —preguntó la hermana Phoebe con voz llena de vida.

—Hermana Phoebe, ¿quiénes son los soldados vestidos con extraños uniformes que he visto? —preguntó Verna, ceñuda.

La hermana aludida frunció el entrecejo, pensando, pero inmediatamente alzó las cejas.

—Oh, ésos. —Con un gesto de la mano indicó que no eran nada—. Hace unos años el gobierno fue depuesto. Supongo que fue mientras estabas fuera. El Viejo Mundo tiene otra forma de gobierno; ahora manda un emperador en vez de todos esos reyes. ¿Cómo se llaman? —preguntó a la hermana Janet.

También esta hermana arrugó la frente pensativa y alzó la mirada hacia el techo.

—Oh, sí —dijo en tono modoso—, se hacen llamar la Orden Imperial. Tienes toda la razón hermana Phoebe; los manda un emperador. Sí, son la Orden Imperial gobernada por un emperador.

—No tiene importancia —declaró la hermana Phoebe, meneando la cabeza—. Los gobiernos van y vienen, pero el Palacio de los Profetas permanece. La mano del Creador nos protege. ¿Vamos a saludar a las demás?

Con las tres hermanas en cabeza, el grupo atravesó pasillos y corredores suntuosamente decorados. En lo que a Richard respectaba, se encontraba en territorio hostil, y siempre que estaba amenazado la magia de la *Espada de la Verdad* trataba de penetrar en él para protegerlo. Richard absorbió solamente una pequeña parte, conteniendo de momento la cólera. La hermana Verna le iba lanzando de vez en cuando miradas de soslayo, como para asegurarse de que no iba a más.

Al fin atravesaron dos gruesas puertas de madera de nogal que franqueaban la entrada a un vasto salón. Un techo bajo y columnas con capiteles dorados fueron el último obstáculo antes de llegar a una enorme cámara circular abovedada, pintada con inmensos frescos de gente ataviada con túnica alrededor de una reluciente figura. La flanqueaban dos pisos de balcones con barandas de hierro forjado. Los vitrales iluminaban desde atrás la galería superior. El suelo del salón era de losetas de madera, unas claras y otras oscuras, dispuestas en un dibujo en zigzag. En el salón resonaba el murmullo de más de un centenar de voces.

Había mujeres formando corros en la parte inferior y otras se alineaban en los balcones. En el segundo nivel se veían, entre tantas mujeres, algunos hombres y muchachos. Las mujeres, Richard supuso que todas ellas eran Hermanas de la Luz, se habían ataviado con sus mejores galas. No parecían existir pautas marcadas; había vestidos de todos los colores con diseños que iban de muy modestos a atrevidos. En cuanto a los muchachos, llevaban desde simples túnicas hasta mantos tan suntuosos que serían dignos de cualquier noble o incluso príncipe.

El murmullo de las conversaciones cesó cuando todos los presentes empezaron a volverse hacia los recién llegados. Cuando el salón quedó en silencio se inició un aplauso que fue aumentando en intensidad hasta hacerse atronador.

La hermana Phoebe avanzó unos pasos hacia el centro del salón y alzó una mano, pidiendo silencio.

Los aplausos murieron lentamente.

—Hermanas —dijo Phoebe con voz trémula por la excitación—, por favor, demos la bienvenida a la hermana Verna. —Nuevamente estalló un aplauso atronador. Tras unos segundos la Hermana impuso de nuevo el silencio—. Permitid que os presente a nuestro nuevo estudiante, al más reciente hijo del Creador, a nuestro nuevo pupilo. —La Hermana dio media vuelta y agitó los dedos, indicando así a Richard que avanzara. Este dio tres pasos hacia ella, flanqueado por la hermana Verna.

—Richard... —susurró la hermana Phoebe—. ¿Tienes un apellido?

Richard vaciló un instante.

—Cypher.

—Por favor, demos la bienvenida a Richard Cypher al Palacio de los Profetas —dijo la hermana Phoebe a la multitud.

Nuevamente sonaron aplausos. Todos los ojos estaban posados en un ceñudo Richard. Las mujeres situadas más cerca se empujaban para verlo mejor. Había mujeres de todo tipo y edad, desde algunas que podrían pasar por amables abuelas a las que apenas habían salido de la pubertad. Las había regordetas y flacas, y con el pelo de colores tan variados como los vestidos; todos los matices del rubio al negro. Y también había ojos de todos los colores.

Una en especial le llamó la atención. Tenía unos labios extremadamente delgados que esbozaban una cálida sonrisa así como unos extraños ojos azul pálido con motas violeta. La mujer lo miraba como si fuese un viejo y muy querido amigo al que quisiera mucho y que no hubiera visto en años. Aplaudía con entusiasmo y daba codazos a la altiva Hermana que tenía al lado para animarla a que se uniera a la ovación, y no cejó hasta conseguirlo.

De pie, con los brazos a ambos lados, Richard estudió la disposición del salón, fijándose en las salidas, los pasillos y la posición de los guardias. Cuando el aplauso cesó, una joven ataviada con un vestido del mismo azul que el vestido de boda de Kahlan se abrió paso entre la multitud. El vestido tenía cuello redondo y estaba decorado con un encaje blanco que le llegaba hasta la delgada cintura y que hacía juego con el de los puños.

La joven se detuvo justo delante de él. Tendría acaso cinco años menos que Richard, era una cabeza más baja, poseía una densa mata de suave pelo castaño que le llegaba hasta los hombros y grandes ojos también castaños.

Lo miró boquiabierta. Cada vez que inspiraba, y lo hacía lentamente, el pecho se le hinchaba a la altura del encaje. Alzó la mano con gesto grácil, y con sus delicados dedos acarició la mejilla de Richard y su barba. Lo contemplaba como transfigurada, mientras seguía acariciándole la barba.

—El Creador ha escuchado mis oraciones —susurró para sí.

De pronto pareció recordar dónde estaba, se sonrojó y apartó rápidamente la mano.

—Yo... yo... —tartamudeó. Pero enseguida recuperó la compostura y su tez recobró su habitual tono rosado. Entonces unió ambas manos al frente y, como si nada hubiera pasado, se dirigió a la hermana Verna con estas palabras—. Soy Pasha Maes, novicia de tercer rango. Seré la siguiente en ser ordenada. Me haré cargo de Richard.

La hermana Verna le dirigió una leve y tensa sonrisa.

—Creo que te recuerdo, Pasha. Me alegra ver que has estudiado duro y que has progresado. Aquí acaba mi misión; dejo a Richard a tu cuidado. Que el Creador vele por los dos.

Pasha sonrió con orgullo y luego lanzó a Richard un vistazo de la cabeza a los pies. Alzó la mirada, pestañeó mirándolo a los ojos y le sonrió cálidamente.

—Me alegra conocerte, jovencito. Me llamo Pasha y me has sido asignado. Mi misión será enseñarte y ayudarte en cualquier cosa que necesites durante tus estudios. Digamos que seré tu guía. Si tienes cualquier problema o cualquier pregunta, acude a mí y yo haré lo posible por solucionarlo. Pareces un chico listo. Estoy segura de que nos llevaremos muy bien.

La sonrisa de la joven vaciló ante la iracunda expresión de Richard. No obstante, siguió sonriendo y continuó:

—Bueno, para empezar, no está permitido que los chicos lleven armas en el Palacio de los Profetas. Tendrás que entregarme tu espada —con estas palabras extendió ambas manos con las palmas hacia arriba.

El goteo de cólera que manaba de la espada se convirtió en un torrente.

—Por encima de mi cadáver.

La mirada de Pasha voló hacia la hermana Verna. Ésta hizo un lento y leve gesto de negación con la cabeza que pretendía ser una seria advertencia. Los ojos de Pasha se posaron de nuevo en Richard, y su ceño se tornó en sonrisa.

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde. Me temo que tendremos que enseñarte modales, jovencito —añadió con el entrecejo fruncido.

—¿Quién de estas mujeres es la Prelada? —inquirió Richard en un tono de voz que hizo palidecer a Pasha.

La joven rompió a reír, aunque se contuvo a tiempo.

—La Prelada no está aquí. Está demasiado ocupada para...

—Llévame junto a ella.

—No puedes ver a la Prelada cuando se te antoje a ti. Ella te llamará cuando tenga alguna razón para verte. No puedo creer que la hermana Verna no te haya enseñado que no permitimos que nuestros chicos...

Richard colocó el dorso de la mano sobre el hombro de Pasha y la apartó a un lado, al tiempo que daba otra zancada hacia el centro del salón y fijaba de nuevo su feroz mirada en los centenares de ojos fijos en él.

—Tengo algo que decir.

Se hizo el silencio en el vasto salón. El mismo pensamiento le surgió en dos partes distintas de su mente, y Richard fue consciente de cuáles eran ambos orígenes. Uno era *Las Aventuras de Bonnie Day*, el libro que su padre le regaló, y el otro era la magia de la espada, el conocimiento de la misma, los espíritus con los que había danzado.

La memoria y el mensaje eran idénticos: «Cuando te sobrepasan en número y la situación es desesperada, no tienes opción. Ataca».

Sabía para qué era el collar. Su situación era ciertamente desesperada. No tenía opción. Richard esperó hasta que el silencio en la sala se hizo insostenible.

—Mientras no me quitéis este collar —dijo al fin, dando golpecitos con los dedos al rada'han—, vosotros sois mis carceleros y yo vuestro prisionero. —Los murmullos invadieron la estancia y Richard dejó que se fueran apagando antes de continuar—. Puesto que no he cometido ningún acto de agresión contra vosotros, eso nos convierte en enemigos. Estamos en guerra.

»La hermana Verna me prometió que me enseñaríais a controlar el don y que una vez hubiera aprendido todo lo necesario, sería libre. De momento, mientras cumpláis esa promesa, estamos en tregua. Pero hay condiciones.

Richard levantó la barra de piel roja que llevaba colgada del cuello, el agiel. Envuelto en la cólera de la magia, el agiel no le produjo más que un leve cosquilleo de dolor.

—No es la primera vez que me ponen un collar. La persona que me puso éste, una mujer, me torturó para castigarme y someterme.

»Ése es el único propósito de un collar. Los collares son para las bestias. Los collares son para los enemigos.

»A la mujer que me lo puso le hice la misma oferta que ahora os hago a vosotras. Le supliqué que me liberara. Ella se negó, y yo tuve que matarla.

»Ninguna de vosotras será jamás lo suficientemente diestra como para ser digna ni de lamerle las botas. Si me torturó fue porque antes la habían torturado a ella y la quebraron, la volvieron lo suficientemente loca como para que usara un collar para hacer daño a la gente. Lo hizo en contra de su naturaleza.

»Vosotros —añadió, mirando a los centenares de ojos—, lo hacéis porque creéis que estáis en vuestro derecho. Esclavizáis a otros en nombre de vuestro Creador. Yo no conozco a ese Creador. El único ser no de este mundo que conozco capaz de comportarse como vosotros es el Custodio. —La multitud ahogó un grito—. Por lo que a mí respecta, podríais muy bien ser discípulos del Custodio.

»Si usáis este collar para causarme dolor, pondré fin a la tregua. Quizá creáis que sujetáis la correa de este collar, pero os prometo que, si la tregua se rompe, descubriréis que lo que sujetáis es el hilo de vuestra perdición.

En el salón sobrevino un absoluto silencio. Richard se arremangó el brazo izquierdo y desenvainó la

*Espada de la Verdad*. Su característico sonido metálico relleno el silencio.

—Los baka ban mana han jurado que desde ahora vivirán en paz con todos sus vecinos. Yo los considero mi gente. Cualquiera que haga daño a uno de ellos, se las tendrá que ver conmigo. Si no lo aceptáis, si no permitís que los baka ban mana vivan en paz, nuestra tregua se romperá.

»La hermana Verna —añadió, señalándola con la espada— me capturó. No he dado ni un solo paso en el camino que me ha traído aquí sin resistirme a ella. Para conseguir traerme hasta aquí ha hecho de todo menos matarme y colgar mi cuerpo sobre el caballo. Aunque sea mi captora y, por tanto, también mi enemiga, estoy en deuda con ella. Si cualquiera le toca un solo pelo de la cabeza por mi causa, lo mataré, y la tregua quedará rota.

Por el rabillo del ojo Richard vio que la Hermana cerraba los ojos y se cubría con una mano la pálida faz.

Se oyeron exclamaciones ahogadas cuando Richard se pasó la espada por la cara interna del brazo. Le dio la vuelta para mojar ambos lados en sangre hasta que ésta goteó por la punta. Agarraba el acero con tanta fuerza, que tenía los nudillos blancos.

—¡Hago un juramento de sangre! —exclamó, alzando la espada hacia lo alto—. ¡Haced daño a los baka ban mana, a la hermana Verna o a mí, y la tregua se acabará, y os prometo que entonces tendréis guerra! Y si hay una guerra, ésta no terminará hasta que reduzca a escombros el Palacio de los Profetas.

Desde el balcón más alejado, una voz burlona que Richard no pudo ver a quien pertenecía, gritó:

—¿Y piensas hacer todo eso tú solito?

—Duda de mis palabras si te atreves. Soy un prisionero y no tengo nada por lo que vivir. Soy la profecía encarnada. Soy el portador de la muerte.

No se oyó ninguna respuesta que rompiera el silencio. Richard se guardó la espada en la funda con gesto brusco. A continuación extendió ambos brazos e hizo una graciosa reverencia. Cuando se irguió, sonreía.

—Ahora que ya nos entendemos y los términos de la tregua están claros, podéis seguir celebrando mi captura, señoras mías.

Dicho esto dio la espalda a la atónita multitud. La hermana Verna mantenía la cabeza gacha y ocultaba la cara tras la mano. Por su parte, Pasha apretaba los labios con tanta fuerza, que presentaban una leve tonalidad azulada.

Una mujer corpulenta y de cara avinagrada cruzó ante él y fue a detenerse ante la hermana Verna. Allí esperó con porte altivo hasta que Verna alzó la cabeza y enderezó la espalda.

—Hermana Verna, es obvio que no posees ni el talento ni la capacidad para ser una Hermana de la Luz. Tu fracaso es inaceptable. Desde este momento vuelves a ser novicia de primer rango. Servirás como novicia hasta que, por la voluntad del Creador, te ganes el título de Hermana de la Luz.

La hermana Verna alzó el mentón y repuso:

—Sí, hermana Maren.

—¡Las novicias no dirigen la palabra a una Hermana a no ser que ésta les pregunte! Entrégame tu dacia —ordenó, tendiendo una mano.

La hermana Verna giró la mano y empuñó el estilete de plata que llevaba oculto en la manga. Después de tendérselo a la otra por el mango, se quedó en silencio, con la mirada fija al frente.

—Mañana al alba preséntate en las cocinas. Fregarás cacerolas hasta que consideremos que eres digna de intentar algo que exija más inteligencia. ¿Comprendido?

—Sí, hermana Maren, lo entiendo.

—¡A la menor prueba de insolencia, te enviaré a las cuadras en vez de a las cocinas para que limpies establos y transportes estiércol!

—En ese caso, hermana Maren, me presentaré directamente en las cuadras y no en las cocinas, para ahorrarte lo que pensaba decirte.

La hermana Maren se sonrojó.

—Muy bien, novicia, trabajarás en las cuadras. —La severa Hermana se detuvo ante Richard y le dirigió una tensa sonrisa—. Confío en que esto no rompa tu tregua. —Dicho esto alzó la barbilla y abandonó furiosa el salón.

Todos se quedaron en silencio. Richard miró a la hermana Verna, pero ésta tenía la vista clavada al frente. De pronto, una ceñuda Pasha se interpuso entre ellos.

—Lo que le ocurra a Verna ya no te concierne. Te sangra el brazo. Puesto que ahora estás a mi cargo, te curaré.

Pasha inspiró profundamente para serenarse al tiempo que entrelazaba los dedos de ambas manos delante de la cintura.

—Hemos preparado un gran banquete en el comedor para darte la bienvenida. Tal vez te sentirás más a gusto entre nosotras después del banquete. Todo el mundo lo está deseando. Todos desean conocerte personalmente. ¡Y más te vale que te comportes como es debido, jovencito! —le advirtió, agitando un dedo hacia él.

Al envainar la espada se había desprendido de la mayor parte de la cólera, pero no de toda ella.

—No tengo hambre. Enséñame mi calabozo, niña.

Pasha agarró con los puños la falda azul del vestido. Con gesto sombrío lo miró atentamente.

—Muy bien. Tendrás lo que quieres. Puedes irte a la cama sin cenar como un niño malcriado. Sígueme.

## 18

La hermana Verna posó una mano sobre el picaporte de latón. La habitación estaba protegida. Así pues, inspiró para darse ánimos y llamó.

—Adelante —respondió una voz apagada tras la pesada puerta.

El escudo se disolvió. La Hermana abrió el batiente derecho de la puerta doble y entró. Había dos mujeres sentadas, cada una delante de su escritorio, a ambos lados de una puerta al fondo. Ambas escribían en libros de contabilidad. Ninguna de ellas alzó la vista.

—¿Sí? ¿Qué deseas? —preguntó la de la izquierda sin dejar de escribir.

—He venido a devolver el libro de viaje, hermana Ulicia.

La Hermana se humedeció un dedo y pasó una página.

—Muy bien, ponlo sobre la mesa. ¿No deberías estar en el banquete que se celebra en tu honor? Pensé que te gustaría reencontrarte con tus viejos amigos.

La hermana Verna entrelazó las manos.

—Tengo cosas más importantes que hacer que asistir a un banquete. Desearía devolver el libro del viaje a la Prelada personalmente. Y quiero hablar con ella, hermana Ulicia.

Ambas Hermanas alzaron la vista.

—Bueno —dijo Ulicia—, resulta que la Prelada no desea hablar contigo, hermana Verna. Es una mujer muy ocupada y no se la puede molestar con naderías.

—¡Naderías! ¡Es algo muy importante!

—No alces la voz en este despacho, hermana Verna —le advirtió la otra. Dicho esto, sumergió la pluma en el tintero y se dispuso a seguir con su tarea.

La hermana Verna avanzó un paso. De repente el aire comprendido entre los escritorios y la puerta del fondo brilló al alzarse un poderoso escudo que siseó y crujió en señal de advertencia.

—La Prelada está ocupada —repitió la hermana Ulicia—. Si considera que tu regreso es importante, ya te llamará. Deja el libro sobre mi escritorio —añadió, acercándose una vela e inclinándose sobre el libro—. Yo se lo devolveré.

La hermana Verna apretó los dientes y trató de controlar el tono de voz al hablar.

—He sido degradada al rango de novicia. —Ambas Hermanas alzaron la mirada—. Me han rebajado por obedecer las órdenes de esa mujer. Pese a que yo le supliqué que me permitiera hacer mi trabajo, ella me lo prohibió. Y ahora me castigan por eso. ¡Me castigan por acatar las órdenes de la Prelada! ¡Lo menos que me merezco es una explicación!

La hermana Ulicia se recostó en el respaldo de la silla y dijo a su compañera:

—Por favor, hermana Finella, informa a la maestra de las novicias de que la novicia Verna Sauventreen se ha presentado en la oficina de la Prelada sin autorización ni invitación y, no contenta con eso, ha lanzado una diatriba totalmente impropia de una novicia que tiene esperanzas de convertirse un

día en una Hermana de la Luz.

La hermana Finella se movió con aire de fastidio, mientras fulminaba con la mirada a la hermana Verna.

—Caramba, caramba, novicia Verna —dijo, poniendo énfasis en la palabra novicia—. Tu primer día en la búsqueda de un destino más elevado y ya te has ganado una amonestación. —La Hermana chasqueó la lengua y prosiguió—. Espero que aprendas a comportarte como es debido si aspiras a convertirte algún día en Hermana de la Luz.

—Eso es todo, novicia. Puedes retirarte —la despidió la hermana Ulicia.

La hermana Verna giró sobre sus talones. Al oír un chasquido de dedos, miró por encima del hombro. La hermana Ulicia tamborileaba sobre una esquina del escritorio.

—El libro de viaje. ¿Así es como se marcha una novicia cuando una Hermana le dice que se retire?

La hermana Verna se sacó el librito negro del cinto y lo colocó suavemente sobre la esquina de la mesa.

—Pido perdón. —Hizo una reverencia y añadió—: Gracias por dedicarme vuestro tiempo, Hermanas.

Verna suspiró para sí tras cerrar la puerta. Entonces se quedó un momento quieta, pensando.

Con los ojos clavados en el suelo desanduvo el camino, cruzando pasillos abiertos y cerrados, de piedra o revestidos con paneles, con suelos cubiertos de alfombras o de baldosas. Al doblar una esquina se topó con alguien. Alzó los ojos y vio a la última persona que deseaba ver en esos momentos.

El joven sonrió con familiaridad.

—¡Verna! ¡Qué alegría verte!

Su juvenil rostro de mandíbula cuadrada no había cambiado ni un ápice. Ahora el ondulado cabello castaño le cubría las orejas y tenía los hombros más anchos de lo que la mujer recordaba. Verna tuvo que contenerse para no acariciarle una mejilla ni caer en sus brazos.

—Jedidiah. —La mujer inclinó la cabeza, pero enseguida la levantó, buscando sus ojos castaños—. Tienes buen aspecto. Estás... como siempre. El paso del tiempo te sienta bien.

—Pues tú... Bueno estás más...

—La palabra que buscas es vieja. Estoy más vieja.

—Ah, Verna. Unas pocas arrugas o... —el joven le miró el cuerpo—... unos kilos de más no disminuyen una belleza como la tuya.

—Veo que aún sabes cómo halagar a una mujer. —Verna se fijó en la sencilla túnica marrón que llevaba el joven—. Y veo que has sido un buen estudiante, como siempre, y has progresado. Estoy orgullosa de ti, Jedidiah.

El aludido se encogió de hombros por el cumplido y entrelazó los dedos.

—Háblame del nuevo que has traído —pidió.

Verna entrecerró los ojos.

—No me has visto en más de veinte años, desde la mañana que abandoné tu lecho para emprender la busca, y ¿me preguntas eso? ¿No te interesa saber cómo me ha ido? ¿No te importa cuáles son mis sentimientos hacia ti después de tanto tiempo? ¿Ni si he entregado mi corazón a otro? Supongo que todas esas preguntas se te han ido de la cabeza por el impacto que te ha causado verme tan envejecida.

Jedidiah seguía esbozando una ladina sonrisa.

—Verna, no eres una chiquilla estúpida. No podías esperar que después de tanto tiempo ni tú ni yo...

—¡Claro que no! No me hacía vanas ilusiones sobre nosotros. Simplemente esperaba que al regresar me tratarías con más tacto y sensibilidad.

Jedidiah volvió a encogerse de hombros.

—Lo siento, Verna. Siempre he creído que eras una mujer que apreciaba la franqueza ante todo, más que las palabras bonitas. —Apartó la mirada de ella para agregar—: Supongo que he aprendido mucho sobre... la vida desde... entonces. Cuando te fuiste era muy joven.

Verna alejó su feroz mirada del apuesto rostro del joven y empezó a alejarse.

—Buenas noches, Jedidiah.

—¿Y mi pregunta? —En la voz de Jedidiah sonaba una nota desagradable. La suavizó enseguida—. ¿Cómo es el nuevo?

La Hermana se detuvo pero no se dio media vuelta.

—Tú estabas allí. Te vi. Lo que viste de Richard es lo que es.

—También vi lo que te ocurrió. Estoy ganando algo de influencia entre las Hermanas. Tal vez podría hacer algo para ayudarte. Si eres sincera conmigo y satisfaces mi curiosidad, es posible que pueda ayudarte a salir del apuro.

—Buenas noches, Jedidiah —replicó Verna, echando a andar de nuevo.

—Ya nos veremos por el palacio, Verna. Piensa en mi oferta.

Verna no podía creer lo ilusa que había sido hacía tanto tiempo. Guardaba en su memoria el recuerdo de un Jedidiah afectuoso y sincero. Tal vez ese recuerdo era falso.

También era posible que estuviera pensando solamente en sí misma, sin darle a Jedidiah la oportunidad de mostrarse más amable. Seguramente estaba hecha un desastre. Debería haberse aseado, haberse puesto un bonito vestido o al menos haberse arreglado el rebelde cabello antes de ver a Jedidiah. Pero no había tenido ninguna oportunidad.

Quizá, si le hubiera acariciado la mejilla, Jedidiah hubiera recordado la chispa de algo, tal vez habría recordado las lágrimas que derramó el día que ella se fue y las promesas que le hizo. Promesas que, como Verna supo desde el momento que salieron de los labios del joven, éste rompería antes de que su eco se apagara.

Había llegado al pasillo que conducía a los aposentos de las novicias. Se quedó parada mirando las puertas. Estaba muy cansada. Trabajar del alba hasta al atardecer en los establos sería agotador. Y antes de poder meterse en la cama aún tenía que hacer una última cosa.

Pasha se detuvo frente a una entrada empotrada en un arco de piedra tallado simulando enredaderas. En el corazón de las enredaderas de piedra se abría una gran puerta arqueada de madera de roble ahumado.

—Tu calabozo —anunció Pasha, enarcando una ceja.

—No hay cerrojo en la parte de fuera. ¿Cómo piensas encerrarme dentro?

La joven pareció sorprendida por esa pregunta.

—No encerramos a nuestros muchachos. Eres libre para entrar o salir cuando desees.

—¿Quieres decir que puedo pasearme libremente por este palacio?

—No. Tienes entrada libre en casi todas las zonas de palacio y también puedes ir a la ciudad. La mayoría de los chicos pasan casi todo su tiempo allí. —Pasha se ruborizó ligeramente al decir eso y apartó la mirada.

—¿Y el campo que rodea la ciudad?

La joven se encogió de hombros y se subió un poco la manga de su vestido azul.

—También. Aunque no se me ocurre ninguna razón por la que quisieras ir al campo. Ninguno de los otros chicos va. Pero nada te impide que salgas de palacio ni de la ciudad.

—Entendido. ¿Cuánto puedo alejarme?

—El rada'han te impedirá que te alejes demasiado; es preciso que podamos encontrarte, pero puedes moverte dentro de un radio de muchos kilómetros alrededor del Palacio de los Profetas.

—¿Cuántos kilómetros?

—Más lejos de lo que puedas querer ir. Supongo que hasta la frontera con la tierra de los salvajes.

—¿Te refieres a los baka ban mana?

—Sí, casi hasta allí, creo.

—¿Sin vigilancia?

Pasha puso las manos en jarras para responder.

—Estás bajo mi supervisión y, por el momento, te acompañaré casi a todas partes. Cuando ya tienen más experiencia permitimos que nuestros muchachos salgan y entren solos a su antojo.

—¿Puedo ir donde quiera siempre que quiera?

—Bueno, vivirás aquí, en palacio, claro. Y tendrás que asistir a tus lecciones. Yo y otras Hermanas nos encargaremos de enseñarte. Yo te enseñaré a tocar tu han y, una vez seas capaz de eso, empezaremos a enseñarte cómo controlarlo.

—¿Por qué varias Hermanas? ¿Por qué no sólo una?

—Porque a veces el han se compenetra mejor con el han de según qué personas que el de otras.

Además, las Hermanas tienen más experiencia que yo, saben más. Una o varias de nosotras podemos ser más adecuadas para ayudarte que otras. Recibirás lecciones de diferentes Hermanas hasta que descubramos con cuál te compenetras mejor.

—¿La hermana Verna será una de ellas?

—Verna ya no es una Hermana. Ya no tiene derecho a ser llamada así. Ahora es una novicia y debes referirte a ella llamándola simplemente Verna. Las novicias, excepto la que te hayan asignado, que en este caso soy yo, no imparten lecciones. Las novicias de primer rango, como Verna, no pueden mezclarse en modo alguno con los muchachos. El deber de una novicia es aprender, no enseñar.

A Richard le parecía que jamás podría pensar en la hermana Verna simplemente como Verna. Le sonaba raro.

—¿Cuándo volverá a ser una Hermana?

—Tiene que servir como novicia e ir avanzando peldaño a peldaño. Yo empecé de niña, fregando cacerolas en las cocinas. Hasta ahora no he tenido la oportunidad de ser ascendida. Un día, si Verna trabaja tan duro como yo lo he hecho, también ella tendrá la oportunidad de convertirse en Hermana de la Luz. Hasta entonces Verna no es más que una novicia.

Richard estaba que echaba chispas al pensar que la hermana Verna había sido destituida por su culpa. Para cuando recuperara el título de Hermana ya sería una mujer anciana.

—¿Por qué se nos permite pasear por donde queramos? —preguntó, cambiando de tema.

—Porque no representáis ningún peligro para nadie. Un día, cuando aprendas a controlar tu han, se te empezarán a poner límites. En el pasado ocurrieron desafortunados incidentes, por lo que ahora los habitantes de la ciudad temen a los muchachos que ya son capaces de utilizar el poder. Por esta razón, cuando un chico aprende a manejar su han, se le impide ir a la ciudad. Conforme va avanzando en el aprendizaje de mago, se le imponen más y más restricciones hasta que, casi al final de sus estudios, queda confinado a áreas determinadas de palacio.

»Pero por ahora puedes ir casi a cualquier sitio que desees. Gracias al rada'han, yo sabré en todo momento dónde te encuentras.

—¿Quieres decir que cualquier Hermana puede localizarme a través de esta maldita cosa?

—No, solamente quien te lo entregó, porque lo ha controlado y reconoce su poder. Y, puesto que estás a mi cargo, es preciso que mi han sea capaz de captar la sensación única que emana de tu rada'han para poder saber en todo momento dónde estás.

Pasha abrió la puerta y penetró en la oscura habitación. Con un gesto encendió todas las lámparas de la alcoba.

—Tienes que enseñarme ese truco —murmuró Richard.

—No es ningún truco. Es simplemente mi han. Es la cosa más fácil de las muchas que voy a enseñarte.

El techo de la enorme habitación estaba pintado alrededor de las molduras con líneas de diferentes colores que conformaban intrincados diseños. Madera de cerezo de cálida tonalidad revestía las paredes, y de las altas ventanas colgaban cortinas de muaré de un intenso azul. Había también una chimenea con sendas columnas blancas a los lados. La mayor parte del suelo de madera estaba cubierto con gruesas alfombras. Cómodas sillas y sofás se habían distribuido por la habitación así como frente a la chimenea.

Richard pensó que toda su casa cabría dos veces en esa habitación. Se desprendió de la mochila, que dejó apoyada contra la pared al lado de la chimenea, e hizo lo propio con la aljaba y el arco no encordado.

Entonces se encaminó hacia una puerta con dos batientes hechos con pequeñas hojas de vidrio y cubiertas con cortinas casi transparentes color crema. La puerta daba acceso a un amplio balcón desde el que se dominaba la ciudad. En el suelo, de pizarra, se habían colocado urnas de piedra llenas de flores. Richard posó los dedos sobre la baranda de mármol y miró a la derecha, más allá de las centelleantes luces de la ciudad, hacia las colinas por las que había llegado.

—Se ven unas puestas de sol preciosas desde este balcón —dijo Pasha.

Pero a Richard no le interesaban los atardeceres. Él estudiaba el patio de abajo, las puertas, las carreteras, las patrullas de soldados, los puentes de la ciudad y las colinas de más allá, tratando de grabarse un mapa de todo ello en la cabeza.

Volvió adentro y marchó hacia el otro extremo de la habitación, donde se abría otra puerta. Al

traspasarla se encontró en la alcoba propiamente dicha, que casi era tan grande como la habitación anterior y poseía la cama más enorme que Richard hubiera visto, cubierta por un edredón de un intenso púrpura. Otro par de puertas de vidrio conducían a otro balcón, pero éste estaba orientado al sur, hacia el mar.

—Es una vista muy bonita y romántica —comentó Pasha. Al fijarse en que Richard miraba hacia abajo, hacia otras secciones de palacio, señaló hacia allí y le advirtió, agitando un dedo hacia él—. Al otro lado de ese patio se encuentran algunas de las dependencias de las mujeres. No te acerques por allí. A no ser que una Hermana te invite a ir a su alcoba —añadió en un susurro.

—¿Cómo debo llamarte? —quiso saber Richard—. ¿Hermana Pasha?

La joven soltó una risita nerviosa.

—No. Soy una novicia, aunque espero llegar un día a ser una Hermana, si demuestro contigo que soy digna de ello. Hasta entonces soy simplemente Pasha.

Richard dio media vuelta y la miró directamente a los ojos con mirada feroz.

—Yo me llamo Richard. ¿Acaso te cuesta recordarlo?

—Mira, me has sido asignado y...

—Si es demasiado difícil para que lo recuerdes, no tienes ninguna posibilidad de llegar a ser una Hermana, porque si insistes en tratar de rebajarme no llamándome por mi nombre, me encargaré de que fracasas en esta prueba. —Richard se inclinó hacia ella, que lo miraba con los ojos muy abiertos—. ¿Lo entiendes bien, Pasha?

La joven tragó saliva.

—¡No permitiré que me levantes la voz, jovenci...! —Pasha alzó ligeramente el mentón—. No permitiré que me alces la voz, Richard.

—Eso está mejor. Gracias. —Richard confió en que Pasha se diera por satisfecha; no estaba de humor para ser amable si ella no lo era.

El joven le dio la espalda. Desde ese balcón apenas se veía nada que pudiera interesarle, por lo que entró de nuevo en la alcoba. Pasha lo siguió.

—Escúchame bien, Richard, será mejor que aprendas buenos modales o tendré que...

Eso colmó la paciencia de Richard. Giró hacia ella tan bruscamente que Pasha estuvo a punto de chocar con él.

—Nunca has tenido ningún pupilo, ¿verdad? —Pasha no se movió—. Yo diría que ésta es la primera vez que se te asigna una responsabilidad y estás muerta de miedo de estropearlo todo. Debido a tu inexperiencia, crees que si actúas como una tirana lograrás que los demás piensen que tienes el control de la situación.

—Bueno, yo...

La voz de la joven se fue apagando conforme Richard se inclinaba hacia ella y le acercaba mucho el rostro.

—No deberías tener miedo de que me dé cuenta de que nunca has mandado a nadie, Pasha. De lo que deberías tener miedo es de que te mate.

La joven entornó los ojos, indignada.

—No te atrevas a amenazarme.

—Para ti esto es un juego. El modo de cumplir unas reglas arcanas es pavonearte por ahí, llevando de la correa a tu cachorro y enseñarle a lamerte una mano, para así subir de rango.

Richard apretó los dientes.

—Pero para mí no es un juego, Pasha —prosiguió, bajando la voz—. Para mí es cuestión de vida o muerte. Soy un prisionero, encadenado a un collar como una bestia o un esclavo. Vosotras decidís hasta qué punto tengo control de mi vida. Sé perfectamente que vais a torturarme para quebrar mi voluntad.

»Te equivocas si piensas que te estoy amenazando, Pasha. Esto no es una amenaza. Es una promesa.

»Tú no eres amiga mía, sino mi carcelera. —Richard alzó un dedo frente al rostro de Pasha y le advirtió—. No me des nunca la espalda o te mataré, al igual que maté a la última persona que me mantuvo prisionero con un collar.

Pasha parpadeó.

—Richard, no sé qué te ocurrió en el pasado, pero yo no soy así. Si deseo convertirme en una Hermana de la Luz es para ayudar a mis semejantes a ver la bondad del Creador.

Richard notaba que estaba peligrosamente cerca de perder el control de la magia y tuvo que hacer un esfuerzo por ponerle freno. Tenía otras cosas que hacer.

—No me interesan tus cuestiones teológicas. Tú recuerda lo que te he dicho.

Pasha sonrió.

—Lo haré. Te pido perdón por hacerte enfadar llamándote jovencito. Por favor, perdóname. Es la primera vez que hago esto y trataba de seguir las reglas que me han enseñado.

—Olvida las reglas. Sé tú misma y te irá mejor en la vida.

—Si eso ayuda a que creas que solamente pienso en tu bien, lo haré. Ven, siéntate en el borde de la cama.

—¿Por qué?

Aunque Pasha no se movió, Richard notó un suave empujón. Algo lo impulsó hacia atrás, obligándolo a sentarse al borde del lecho.

—No...

Pasha se aproximó a él hasta colocarse entre sus piernas.

—Chsss. Déjame hacer mi trabajo. Ya te he dicho antes que es preciso que mi han conozca el rada'han que llevas, para así saber dónde te encuentras en todo momento.

Pasha posó las manos a ambos lados de su cuello, por encima del collar y cerró los ojos. Los senos, que quedaron justo delante del rostro de Richard, se le movían al ritmo de la respiración. El joven sintió un suave cosquilleo que le llegaba a la punta de los pies y volvía a subir de nuevo. Era una sensación ligeramente incómoda aunque sin ser desagradable y, de hecho, cuanto más duraba, más agradable era.

Cuando Pasha retiró las manos, la ausencia de esa sensación le provocó un momento de angustia. Tuvo la impresión de que el mundo zumbaba y giraba a su alrededor. Richard sacudió la cabeza.

—¿Qué me has hecho?

—Simplemente he dejado que mi han conociera tu rada'han. —Pasha parecía algo mareada. Tragó saliva al tiempo que una lágrima le corría por la mejilla—. Y también parte de tu han, tu esencia.

Pasha dio media vuelta. Richard se levantó.

—¿Significa eso que siempre sabrás dónde estoy, a través del collar que llevo?

La joven asintió débilmente mientras cruzaba lentamente la alcoba.

—¿Cuáles son tus preferencias en cuanto a comida? —le preguntó, ya con voz normal—. ¿Deseas algo especial?

—Bueno, no como carne.

Pasha se detuvo de golpe.

—Es la primera vez que oigo algo así.

—Y el queso ya no me gusta, creo.

Tras unos instantes de reflexión, la joven siguió paseándose.

—Se lo diré a los cocineros.

Richard estaba trazando un plan en su cabeza y Pasha no formaba parte de él. Tenía que deshacerse de ella.

La novicia se acercó a un ropero alto de madera de pino. Estaba lleno de elegantes prendas: pantalones de un suave tejido, al menos una docena de camisas en su mayoría blancas y algunas con volantes, así como abrigos y mantos de todos los colores.

—Son tuyas —dijo Pasha.

—Si a todo el mundo le sorprendió tanto que fuese un hombre adulto, ¿cómo es que son de mi talla?

Pasha observó las diversas prendas, palpando los tejidos. Entonces eligió algunas y las sacó para verlas mejor.

—Alguien debía de saberlo. Supongo que Verna lo comunicó.

—La hermana Verna.

—Lo siento, Richard, pero ahora es sólo Verna —se disculpó Pasha, volviendo a colgar un sobretodo negro y sacando una camisa blanca—. ¿Te gusta?

—No. Me sentiría ridículo llevando ropas tan recargadas.

Pasha sonrió con coquetería.

—Pues a mí me parece que estarías muy guapo. Claro que, si no te gustan, tienes monedas en esa mesa de allí. Te llevaré a algunas tiendas de la ciudad para que compres lo que más te guste.

Richard echó un vistazo a la mesa con el tablero de mármol. Sobre ella vio un cuenco con monedas de plata y, al lado, otro lleno a rebosar con monedas de oro. Ni trabajando toda la vida como guía de bosque llegaría a ganar ni la mitad de todo ese oro.

—No me pertenece.

—Claro que sí. Eres nuestro invitado y, como tal, tenemos el deber de proporcionarte todo lo que necesites. Cuando te lo gastes, te daremos más. —Pasha eligió un manto con brocado dorado en hombros y puños. Al contemplarlo, sus ojos se iluminaron—. Richard, éste te quedaría soberbio.

—Aunque cubras el collar con piedras preciosas, seguirá siendo un collar.

—Esto no tiene nada que ver con tu rada'han. Llevas una ropa asquerosa. Pareces un salvaje del bosque. Toma —le dijo, tendiéndole el manto abierto—, pruébatelo.

Richard le arrebató el manto de las manos y lo arrojó sobre la cama. Entonces la agarró por el brazo y la arrastró hasta la puerta de la primera habitación.

—¡Richard! ¡Ya basta! ¿Qué estás haciendo?

El joven abrió la puerta.

—Estoy cansado. Ha sido un día muy largo. Buenas noches, Pasha.

—Richard, sólo deseo que tengas mejor aspecto. Con las ropas que llevas pareces un salvaje o una enorme bestia.

El joven se calmó mientras observaba el vestido azul de Pasha, justo de la misma tonalidad que el vestido de boda de Kahlan.

—Ese color no te sienta nada bien. Te ves horrenda —sentenció.

De pie en el pasillo Pasha alzó hacia él sus grandes ojos castaños. Richard cerró la puerta de un puntapié. Esperó unos momentos y luego inspeccionó el pasillo; ni rastro de Pasha.

Entonces fue a la mochila que había dejado junto a la chimenea y empezó a sacar cosas. No lo iba a necesitar todo. No había necesidad de llevar todas esas mudas.

Mientras tensaba la cuerda del arco oyó un suave golpe en la puerta. El joven se acercó sigilosamente sobre las alfombras y escuchó. Tal vez, si no respondía, Pasha se marcharía. No quería tenerla revoloteando a su alrededor diciéndole qué ponerse. Tenía cosas importantes que hacer.

Otro golpe suave. ¿Y si no era Pasha? Richard desenvainó el cuchillo y abrió la puerta bruscamente.

—Hermana Verna.

—Acabo de ver a Pasha alejarse corriendo deshecha en lágrimas. Me sorprendes, Richard. —La mujer lo miró enarcando una ceja—. No creí que te costara tanto tiempo. He estado escondida en una esquina, temerosa de que alguien me pillara. —La Hermana llevaba un chal que le cubría el cabello ondulado así como los hombros—. ¿Tenías que hacerla llorar?

—Tiene suerte de que no la hiciera sangrar.

La hermana Verna se descubrió la cabeza y se colocó el chal alrededor de los hombros. Una leve sonrisa planeaba sobre sus labios.

—¿Puedo entrar? —Richard la invitó a hacerlo extendiendo un brazo—. Y, por cierto, llámame sólo Verna —le dijo mientras cruzaba el umbral—. Ya no soy una Hermana.

Richard se guardó el cuchillo.

—Lo siento, pero no creo que pueda acostumbrarme a llamarte de ningún otro modo. Para mí eres la hermana Verna.

—No es correcto darme el tratamiento de Hermana. —La mujer inspeccionó la habitación mientras Richard cerraba la puerta—. ¿Estás satisfecho con tus alojamientos?

—Son dignos de un rey. Hermana Verna, sé que no vas a creerme, pero quiero que sepas que de verdad siento mucho lo que ha ocurrido. No era mi intención causarte problemas.

La mujer esbozó una amplia sonrisa.

—No has hecho otra cosa desde que nos conocimos, pero, por esta vez, lo que me ha ocurrido no ha sido culpa tuya sino de otra persona.

—Hermana, ha sido culpa mía que te degradaran a novicia. No era mi intención. Pero tú misma provocaste que te enviarán a trabajar a los establos.

—Las cosas no son siempre lo que parecen, Richard —replicó ella con un astuto brillo en los ojos—. Odio fregar cacharros. Cuando era una joven novicia lo aborrecía más que ninguna otra cosa en el mundo. Odio estar en una cocina, sobre todo con las manos metidas en agua hirviendo.

»Me gustan mucho más los caballos. Ellos no me replican ni discuten conmigo. Me encanta tratar a los caballos, sobre todo desde que destrozaste los bocados y tuve que hacerme amiga de *Jessup*. La hermana Maren creyó que me castigaba cuando en realidad hizo lo que yo deseaba.

Richard sonrió con un solo lado de la boca.

—Eres muy astuta, hermana Verna. Estoy orgulloso de ti. Pero, aun así, lamento que te hayan rebajado por mi culpa.

La mujer se encogió de hombros.

—Mi misión es servir al Creador, no importa de qué modo. Además, no ha sido culpa tuya. Me han degradado a novicia por cumplir las órdenes de la Prelada.

—¿Te refieres a las órdenes que escribió en el libro? Te prohibió que usaras tu poder conmigo, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imaginé. Muchas veces estabas tan furiosa conmigo que hubieras querido matarme, pero nunca usaste tu poder para detenerme. Tenía que ser porque tus órdenes eran observar sin interferir. Después de todo, si el propósito del rada'han es controlar a quien lo lleva, ¿por qué no lo usaste contra mí?

Verna meneó la cabeza para sí.

—Tú sí que eres astuto, Richard. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que leí el libro en la torre. ¿Para qué has venido, hermana Verna?

—Quería asegurarme de que estabas bien. A partir de mañana ya no tendré la oportunidad de acercarme a ti, al menos no durante mucho tiempo, hasta que de nuevo alcance el rango de Hermana de la Luz. A las novicias de primer rango se les prohíbe cualquier tipo de trato con los jóvenes magos. El castigo es muy severo.

—Tu primer día como novicia y ya estás violando las normas. No deberías estar aquí. Si te pillan, te verás metida hasta los codos en agua hirviendo, fregando ollas sucias.

Verna se encogió de hombros.

—Hay cosas más importantes que las normas.

Richard observó ceñudo la remota expresión que apareció en los ojos de la mujer.

—¿Por qué no te sientas?

—No tengo tiempo. Solamente he venido a cumplir una promesa. —La Hermana se sacó algo de un bolsillo—. Y para traerte esto.

Verna le levantó la mano y le puso algo en ella, tras lo cual le cerró los dedos alrededor.

Cuando Richard abrió los dedos y miró, las rodillas le flaquearon. Era el mechón de cabello de Kahlan que él había tirado.

—Lo encontré la primera noche que pasamos tú y yo juntos.

Sin alzar la vista, Richard preguntó:

—¿Qué significa que lo encontraste?

La mujer se inclinó hacia atrás y alzó los ojos al techo.

—Cuando te quedaste dormido, después de decidir que no me matarías, fui a dar un paseo y lo encontré.

—No lo quiero —se oyó decir Richard, y cerró los ojos—. La he dejado libre.

—Kahlan se sacrificó para salvarte la vida. Yo le prometí que no permitiría que olvidaras que te ama.

Richard había perdido todas las fuerzas. Los músculos de las piernas le temblaban así como las manos.

—No puedo aceptarlo. Kahlan me envió lejos de sí. La he dejado libre.

—Ella te ama —replicó la Hermana con voz suave—. Richard, quédatelo por mí, como un favor. He roto las reglas al venir a traértelo. Prometí a Kahlan que me aseguraría de que supieras que te ama. Hoy una cosa me ha vuelto a recordar lo excepcional que es encontrar el amor verdadero.

Richard se sentía como si todo el peso del palacio le hubiera caído encima.

—Muy bien, Hermana. Me lo quedaré por hacerte un favor. Pero sé perfectamente que Kahlan no me quiere. Si amas a alguien, no le pides que se ponga un collar al cuello y no lo envías lejos. Kahlan deseaba ser libre, y yo le di la libertad.

—Richard, espero que algún día te des cuenta de lo mucho que ha sacrificado y de que su amor es verdadero. El amor es algo muy valioso, y no debería ser olvidado. No sé qué te depara el destino, Richard, pero espero que un día halles de nuevo el amor.

»No obstante, ahora necesitas ante todo una amiga. Soy sincera al ofrecerte mi amistad, Richard.

—¿Me quitarás el collar?

La hermana Verna se quedó un momento en silencio. Cuando habló, lo hizo con voz preñada de pesar.

—No puedo, Richard. Sería peor para ti. Mi deber es preservarte la vida. No puedo quitarte el collar.

—Ya veo. No tengo amigos. Estoy en tierra enemiga, en manos enemigas.

—Eso no es cierto. Pero me temo que, como novicia, no tendré la oportunidad de convencerte de lo contrario. Pasha parece una joven muy afable. Trata de hacerte amigo de ella, Richard. Necesitas una amiga.

—No puedo hacerme amigo de alguien a quien tal vez tenga que matar. Lo que dije en el salón iba muy en serio, Hermana.

—Lo sé, Richard, lo sé —susurró Verna—. Pero Pasha es más o menos de tu edad. A veces es más fácil entablar amistad con alguien de tu misma edad. Creo que a ella le gustaría ser tu amiga.

»Para una novicia ésta es una etapa tan importante en su vida como lo es para un futuro mago. Entre ellos dos se crea una relación única, un vínculo muy especial que dura de por vida.

»También ella está asustada. Durante toda su vida ha sido una estudiante, una novicia. Ahora, por primera vez, ella es la maestra. Tú debes aprender, pero ella también. Ambos entráis en una nueva vida y es algo muy especial para ambos.

—El único vínculo que habrá entre nosotros es el de esclavo y ama.

La Hermana suspiró.

—Dudo que ninguna novicia haya tenido que enfrentarse a lo que le espera a la pobre Pasha. Trata de ser comprensivo con ella, Richard. Ya veo que le causarás muchos problemas. Y el Creador sabe que también se los causarás a la Prelada.

Richard fijó la mirada en la nada.

—¿Has matado alguna vez a alguien a quien amaras, Hermana?

—Bueno, yo no...

Richard alzó el agiel en el puño.

—Denna me mantenía prisionero a través de mi propia magia, como las Hermanas. También ella me puso un collar al cuello.

»La torturaron hasta volverla tan loca, que fuera capaz de hacer lo mismo a otros seres humanos. Yo comprendí cómo podía torturarme de ese modo, porque hubiera hecho cualquier cosa que me ordenara para evitar que nadie le hiciera daño de nuevo.

Richard apenas era consciente del dolor que le causaba el agiel en todo el cuerpo.

—Yo la comprendía y la amaba. —Una lágrima se le deslizó por la mejilla—. Ése era el único modo de escapar. Denna controlaba la cólera de la *Espada de la Verdad*. Puesto que la amaba, fui capaz de volverla blanca.

—Por el amor del Creador —susurró la Hermana con ojos desorbitados—, ¿me estás diciendo que has vuelto blanca la hoja de la espada?

Richard asintió con los ojos cerrados.

—Tuve que quererla de corazón para conseguirlo. Sólo entonces pude volver la espada blanca. Sólo entonces pude clavársela mientras ella me miraba con ojos llenos de amor. Sólo porque la amaba pude matarla y escapar.

»Jamás podré perdonarme a mí mismo mientras viva.

La hermana Verna lo envolvió en un abrazo protector.

—¿Querido Creador, qué le has hecho a tu hijo? —musitó.

Richard se desasíó del abrazo.

—Vete antes de que te metas en más líos, Hermana. He sido un estúpido.

La Hermana lo cogió por los hombros. Richard se secó las lágrimas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

El joven se limpió la nariz con el dorso de la manga.

—No es algo de lo que me sienta orgulloso. Además, tú eres el enemigo. Te he dicho la verdad, hermana Verna —afirmó, mirándola directamente a los ojos—, a ti y a todas tus compañeras. Mataré a quien sea necesario. Soy capaz de matar a cualquiera. Soy el portador de la muerte; un monstruo. Es por eso por lo que Kahlan me envió lejos.

La mujer le apartó unos mechones de pelo del rostro.

—Kahlan te ama, Richard. Ella solamente quería salvarte la vida. Algún día lo comprenderás. Lo siento —añadió con un suspiro—, debo irme. ¿Estarás bien?

Richard esbozó una sonrisa vacía.

—Creo que no, Hermana. Creo que habrá una guerra. Creo que acabaré matando Hermanas y espero que tú no seas una de ellas.

Verna se secó las lágrimas.

—No sabemos lo que el Creador nos tiene reservado.

—Si ese Creador tuyo tiene algún poder, me parece que volverás a ser Hermana antes de lo que crees.

—Debo irme. Te deseo mucha suerte, Richard. Ten fe.

Cuando Verna se hubo marchado, Richard se puso la capa alrededor de los hombros y se colgó la mochila a la espalda. Tenía que actuar ahora mientras le tuvieran miedo y se sintieran inseguras. Comprobó que podía desenvainar la espada rápidamente, enganchó la aljaba en la mochila y se colgó el arco. Entonces salió al balcón.

Con un nudo corredizo ató la cuerda a la baranda de piedra, se puso el cuchillo entre los dientes y se deslizó por el borde silenciosamente, sumergiéndose en la oscuridad, que era su elemento.

## 19

Aunque era de noche, las calles de Tanimura no parecían menos concurridas. Los pequeños fuegos en los que se asaban los espetones de carne seguían encendidos, y los vendedores ambulantes continuaban haciendo un buen negocio. Algunos hombres le animaban a que jugara a dados con ellos. Cuando veía el collar, la gente trataba de engatusarlo para que comprara de todo, desde comida a gargantillas hechas de concha para su amada. Richard les replicaba que no tenía dinero, pero ellos reían y decían que el palacio pagaría por cualquier cosa que quisiera. Richard encorbaba los hombros y seguía adelante.

Mujeres vestidas con ropas casi transparentes y de corte atrevido se arrimaban a él y le sonreían al tiempo que lo manoseaban, tratando de meter los dedos en sus bolsillos, y le hacían ofertas que el joven apenas podía creer. No se las podía quitar de encima a empujones, pero su miraba lo lograba.

Richard se sintió aliviado al dejar atrás la ciudad, las luces de antorchas, lámparas, velas y fuegos así como los olores y los ruidos. Respiró mejor una vez se encontró en el campo iluminado por la luz de la luna. Mientras ascendía una colina, miró por encima del hombro las parpadeantes luces.

Era consciente en todo momento del collar que llevaba al cuello y se preguntaba qué sucedería si se aventuraba demasiado lejos aunque, por lo que Pasha le había dicho, tenía aún bastantes kilómetros de margen. Pero le preocupaba la posibilidad de que Pasha se equivocara y que, de pronto, el collar le impidiera dar un paso más.

Por fin llegó a un lugar que le pareció adecuado y escrutó la loma cubierta de hierba desde la que podía otear la ciudad. A un lado, en el valle, podía distinguir a la luz de la luna las oscuras formas de árboles milenarios. Entre ellos acechaban sombras tan negras como la muerte.

Richard contempló con avidez la amenazadora penumbra, transfigurado por un leve pero persistente deseo de sumergirse en los pliegues de su noche, que parecían llamarlo. Dentro de él algo ansiaba ir allí y conjurar la magia. Algo dentro de él anhelaba descargar la furia, dar rienda suelta a la ira de la espada y a la suya propia.

Era como si la frustración que le provocaba el hecho de ser retenido contra su voluntad, la rabia que sentía al saberse prisionero, el temor de no saber qué le ocurriría y la pena que sentía por Kahlan, todo

ello pidiera a gritos ser liberado, como quien golpea una pared con un puño cuando está enfadado. De algún modo, ese bosque le prometía un alivio similar.

Al fin apartó la vista del bosque Hagen y empezó a recoger leña. Con el cuchillo formó una pila de astillas en una pequeña zona que había despejado con las botas. Golpeando luego acero contra pedernal prendió las astillas y, una vez ardían con buena llama, fue añadiendo leña. Cuando ya tuvo la hoguera, sacó una olla, vertió agua y se dispuso a cocer arroz con alubias. Mientras esperaba que se cocieran, se acabó el último pedazo de torta de cereal que aún le quedaba.

Sentado, con los brazos abrazándose las rodillas, contempló el oscuro bosque Hagen así como las luces de la ciudad que titilaban en la distancia. Sobre su cabeza, el cielo era un centelleante dosel de estrellas. Richard lo observó también, esperando ver interponerse entre él y las estrellas una forma familiar.

Al rato oyó un suave ruido sordo a su espalda. Se echó a reír cuando unos peludos brazos lo rodearon y lo lanzaron al suelo. Gratch reía con su gutural risa gorgoteante, tratando de envolver a su oponente con brazos, piernas y alas. Richard le hizo cosquillas en las costillas, y Gratch prorrumpió en una profunda risa ronca. La lucha acabó cuando Gratch logró ponerse encima de Richard, abrazándolo con brazos y alas. Richard estrechó con fuerza al pequeño gar.

—Grrrratch quierrrrg a Raaaach aaarg.

Richard lo abrazó con más fuerza aún.

—Yo también te quiero, Gratch.

El gar acercó su arrugada nariz a la del joven. Sus relucientes ojos verdes lo miraron, y soltó una gutural risita. Richard arrugó la nariz.

—¡Gratch! ¡Te huele el aliento! —El joven se incorporó, con el gar en su regazo—. ¿Has logrado cazar algo para comer? —Gratch asintió con entusiasmo. Richard volvió a abrazarlo.

»¡Qué orgulloso me siento de ti! Y además, sin moscas de sangre. ¿Qué has cazado? —Gratch ladeó la cabeza y sus peludas orejas giraron hacia adelante.

»¿Una tortuga? —inquirió Richard. Gratch se rió entre dientes y negó con la cabeza—. ¿Un ciervo? —Gratch hundió los hombros con un gruñido de pesar—. ¿Un conejo entonces? —El gar dio un brinco y sacudió la cabeza. Se estaba divirtiendo.

»Me rindo. ¿Qué has comido?

Gratch se tapó la cabeza con las garras y lo miró entre ellas.

—¿Un mapache? ¿Has cazado un mapache?

Gratch sonrió mostrando todos los dientes, tras lo cual echó la cabeza hacia atrás y rugió al tiempo que se golpeaba el pecho desnudo.

Richard le palmeó la espalda.

—¡Muy bien, Gratch, muy bien!

El gar soltó de nuevo su risa gutural y trató de empujar a Richard hacia atrás para iniciar otra pelea. El joven se sentía aliviado de que por fin Gratch fuese capaz de conseguir comida por su cuenta. En vez de pelear, hizo que Gratch se estuviera quieto y se sentara mientras él comprobaba si el arroz con alubias ya estaba listo.

—¿Quieres un poco? —le ofreció, tendiéndole la olla.

El gar se inclinó hacia adelante y olió con mucho cuidado. Sabía que estaba caliente. En otra ocasión se había quemado, por lo que ahora era muy cauto cuando Richard cocinaba algo. Al oler el arroz con alubias arrugó la nariz, lanzó un sonido de decepción y se encogió de hombros. Richard lo interpretó; no le entusiasmaba pero, si no había nada mejor, comería un poco.

El joven le sirvió una ración en su propio cuenco.

—Sopla. Aún está caliente.

Gratch se acercó el cuenco de latón a la cara y frunció los curtidos labios. Al soplar entre los colmillos para enfriar su tentempié, también se le escapó algo de saliva. Richard comió con una cuchara mientras miraba cómo el gar trataba de comerse a lametazos su parte. Al fin Gratch probó otro método; rodó sobre su espalda y sosteniendo el cuenco con garras y pies, vació su contenido en la boca. En tres tragos se lo acabó. Entonces se incorporó y batió las alas, se arrastró hasta Richard y con un lastimero murmullo le tendió el cuenco. Richard le mostró la olla vacía.

—Ya no queda. —Gratch agachó las orejas, enganchó con una garra el cuenco de Richard y tiró

ligeramente hacia él. El joven apartó su cuenco y le dio la espalda—. No, es mío. Es mi cena.

Gratch se resignó a esperar pacientemente mientras Richard acababa de comer. El muchacho flexionó las rodillas y las rodeó con los brazos observando la ciudad. Gratch se agachó junto a él y trató de imitar la pose.

Richard se sacó el mechón de pelo del bolsillo y le dio vueltas a la luz de la luna, observándolo atentamente. Gratch le acercó bruscamente una zarpa, pero Richard la apartó con el codo.

—No —dijo en voz baja—. Puedes tocarlo pero sólo si eres cuidadoso.

Gratch acercó de nuevo una zarpa, pero ahora con gesto lento y vacilante, y acarició el mechón de cabello. A continuación alzó sus relucientes ojos verdes escrutadores y acarició con la zarpa el pelo de Richard.

Luego le acarició la mejilla y le secó una lágrima. Richard sorbió por la nariz, tragó saliva y volvió a guardarse el mechón en el bolsillo.

Gratch le pasó uno de sus larguiruchos brazos alrededor de los hombros y recostó la cabeza contra él. También Richard abrazó al gar, y juntos contemplaron la noche.

Al fin decidió que sería mejor dormir un poco y buscó una zona de espesa hierba donde extender una manta. Entonces se tumbó con Gratch acurrucado contra él. Los dos se quedaron dormidos.

Richard despertó cuando la luna casi desaparecía ya en el horizonte. Se incorporó y se estiró. Gratch cerró los puños y lo imitó, aunque en su caso estiró asimismo las alas mientras bostezaba. Richard se frotó los ojos. Sólo faltaban una o dos horas para que amaneciera. Era la hora.

Se puso en pie y Gratch lo imitó.

—Gratch, quiero que me escuches con atención. Es muy importante. ¿Me estás escuchando?

Gratch asintió. Su arrugado rostro adoptó una expresión muy seria. Richard señaló hacia la ciudad.

—¿Ves ese sitio con todos esos fuegos y las luces? Viviré allí durante un tiempo. —Richard se dio golpecitos en el pecho y a continuación señaló de nuevo Tanimura—. Yo estaré ahí abajo pero no quiero que me visites. Tienes que permanecer alejado. Es un lugar peligroso para ti. Mantente alejado. —Gratch miraba la cara de Richard—. Yo vendré a visitarte. ¿Entendido? —Gratch pensó un momento y luego asintió.

»No te acerques a la ciudad. ¿Y ves ese río que fluye por el valle? Ya sabes qué es un río; yo mismo te enseñé el agua. Pues bien, quédate a este lado del río. Este lado. ¿Entiendes?

Richard quería evitar que el gar cazara el ganado de las granjas situadas al otro lado del río, pues eso le traería muchas complicaciones. Gratch miró alternativamente a Richard, a la ciudad y nuevamente a Richard. Entonces emitió un sonido desde lo más profundo de la garganta para indicar que lo entendía.

—Otra cosa Gratch. Si ves a gente —Richard se golpeó el pecho y señaló la ciudad—, gente como yo, no quiero que te la comas. La gente no es comida. No te comas a ninguna persona. ¿Comprendido?

Gratch gruñó en señal de decepción y luego asintió. Richard le pasó un brazo alrededor de los hombros y lo obligó a volverse hacia el bosque Hagen.

—Ahora escucha. Es importante. ¿Ves ese lugar de ahí abajo? ¿El bosque?

De la garganta del gar nació un gruñido grave y amenazador. Gratch retrajo los labios para mostrar los colmillos, mientras que el resplandor de sus ojos verdes se intensificaba.

—No vayas allí. No quiero que vayas a ese bosque. Lo digo muy en serio, Gratch. Mantente alejado de allí. —Gratch miró el bosque gruñendo aún amenazadoramente. Richard le agarró un puñado de pelo y le dio una sacudida—. No te acerques. ¿Entendido?

Gratch lo miró y al fin asintió.

—Yo tengo que ir allí pero no quiero que me sigas. Sería demasiado peligroso para ti. Tú quédate aquí.

Con un lastimero quejido Gratch rodeó a Richard con un brazo y lo obligó a retroceder un paso.

—A mí no me pasará nada; tengo la espada. ¿Recuerdas la espada? Ya te la enseñé. La espada me protegerá. Pero tú no puedes venir conmigo.

Richard deseó estar en lo cierto acerca de la espada. La hermana Verna le había avisado de que ese bosque era un lugar de vil magia. Pero no tenía elección. No se le ocurría ninguna otra cosa.

Después de estrechar con fuerza al gar, le dijo:

—Sé buen chico. Anda, ve a cazar algo más para comer. Yo vendré aquí de vez en cuando para verte y peharemos. ¿De acuerdo?

Gratch sonrió al oír la palabra «pelea» y le tiró expectante de un brazo.

—No, ahora no, Gratch. Tengo que hacer una cosa pero volveré otra noche y pelearémos.

El gar agachó de nuevo las orejas y se despidió de Richard rodeándolo con sus largos brazos. El joven recogió sus cosas y tras un último gesto de despedida inició el descenso. Gratch contempló cómo el oscuro bosque se lo tragaba.

Caminó durante casi una hora. Tenía que internarse lo suficiente en el bosque Hagen para asegurarse de que su plan funcionara. Las ramas cubiertas de musgo y de enredaderas eran como brazos que trataran de atraparlo. De entre los árboles le llegaban extraños sonidos, chasquidos guturales y largos y graves silbidos. Al acercarse a zonas de agua estancada, oía cosas que saltaban al agua.

Jadeando y sudando por la caminata llegó por fin a un pequeño claro situado a la suficiente altura como para estar seco y gozar de una pequeña vista del cielo cuajado de estrellas. Como no había ninguna roca ni tronco en el claro, aplastó una densa mata de hierba y se sentó con las piernas cruzadas. Entonces cerró los ojos e inspiró profundamente.

Pensaba en su hogar y en el bosque del Corzo. Cómo ansiaba estar de vuelta. También pensaba en los amigos a los que tanto extrañaba, Chase y Zedd. Se había criado junto a Zedd sin saber que el anciano era su abuelo. Pero sí sabía que eran amigos y ambos se querían. Eso era lo que realmente importaba. ¿Qué habría cambiado de haberlo sabido? Richard no podría haberlo querido más, y Zedd no podría haber sido mejor amigo para él.

Hacía tanto que no lo veía... Pese a que lo había visto en el Palacio del Pueblo en D'Hara, no habían tenido apenas tiempo para hablar y ponerse al día. No debería haberse marchado tan precipitadamente. Ojalá pudiera hablar con Zedd ahora, para que lo ayudara y lo aconsejara.

¿Habría buscado Kahlan a Zedd? Claro que, ¿por qué debería haberlo hecho? Ya se había librado de él, que era lo que quería.

Richard deseaba con todo su corazón que las cosas fuesen distintas.

Echaba de menos la sonrisa de Kahlan, sus ojos verdes, el suave sonido de su voz, su inteligencia y su ingenio, y también su piel. Cuando estaba con ella, sentía que el mundo estaba vivo. En esos instantes habría dado la vida sólo para abrazarla cinco minutos.

Pero Kahlan había reconocido lo que era y lo había alejado de sí.

Y él la había dejado en libertad. Era lo mejor. Él no era lo suficientemente bueno para ella.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya buscaba la paz dentro de sí —su han— tal como la hermana Verna le había enseñado. Durante el viaje habían practicado juntos casi cada día y, aunque nunca había logrado tocar su han, la busca siempre resultaba agradable. Lo relajaba y le daba paz. Era justo lo que necesitaba en esos momentos. Así pues, Richard dejó que su mente buscara ese lugar de paz en el que no tenían cabida las preocupaciones.

Como siempre hacía, se imaginó la *Espada de la Verdad* flotando en el espacio ante él. Visualizó hasta el más mínimo detalle, sintiéndolo también.

Sumergido en esa paz, meditando con los ojos cerrados, desenvainó la espada. No estaba muy seguro de por qué lo hacía, pero sentía que era lo que debía hacer. El característico sonido metálico resonó en el aire de la noche, anunciando la presencia de la *Espada de la Verdad* en el bosque de Hagen.

Entonces la dejó sobre las rodillas. La magia danzaba con él en ese lugar de paz. Si algo iba a por él, estaría preparado.

Ahora sólo cabía esperar. Tardaría unas horas, pero estaba seguro de que iría.

Cuando Pasha se diera cuenta de dónde estaba él, iría a buscarlo.

Mientras estaba sentado en silencio, a su alrededor la noche recuperó su actividad normal. Concentrado en la imagen de la espada, percibía vagamente los chirridos y chasquidos de los insectos, el grave y continuo croar de las ranas así como el susurro de los ratones de campo que rebuscaban entre las hojas secas y las ramitas que cubrían el suelo del bosque. De vez en cuando se oía el aleteo de un murciélago en el aire, y en una ocasión oyó el chillido de una lechuza que acababa de atrapar su cena.

De pronto, envuelto como estaba en esa bruma de ensueño, sentado y visualizando la espada, se hizo la quietud.

En su mente vio una figura oscura detrás de él.

En un movimiento rápido y fluido Richard se puso en pie y giró sobre sí mismo, hendiendo el aire con la espada. La vaga forma retrocedió y arremetió de nuevo cuando la espada hubo ya pasado. Richard

se alegró de haber fallado, pues eso significaba que la lucha no acabaría tan pronto, que podría danzar con los espíritus y dar rienda suelta a la ira.

Se movía como una capa al viento, oscura como la muerte e igual de rápida.

Ambos oponentes recorrían el claro velozmente. La espada relucía a la menguante luz de la luna. Su hoja hendía el aire al igual que las garras de la forma oscura, que eran afiladas como cuchillos. Richard se dejó envolver por la magia de la espada, por la cólera del arma y la suya propia. Liberó su enojo y su frustración para que se unieran con la furia de la espada, y se regocijó en la danza con la muerte.

Giraban alrededor del calvero como hojas en un vendaval, uno esquivando la espada y el otro las zarpas. Arremetían y se agachaban, usando los árboles para protegerse y atacar. Richard danzaba con los espíritus de la espada. Se hallaba inmerso en la maestría de la magia, seguía los consejos de los espíritus. Éstos lo impulsaban a girar ora a un lado ora al otro, a que casi rozara el suelo, a que amagara a la derecha y luego a la izquierda, a que saltara y atacara. Todo ello Richard lo observaba casi como si la cosa no fuera con él.

Ansiaba aprender esa danza.

«Enseñadme.»

El conocimiento y la memoria fluyeron libremente, forjados por su voluntad hasta completar la cadena.

Richard no solamente usaba la magia, la espada, los espíritus, sino que ahora los dominaba. Acero, magia, espíritus y hombre eran todo uno.

La forma oscura se lanzó sobre él.

Ahora. De un golpe contundente el acero partió en dos esa figura. Un chorro de sangre salpicó los árboles situados más cerca. Un aullido agónico vibró en el aire. Luego todo quedó en silencio.

Richard jadeaba, casi lamentando que hubiera acabado. Casi.

Había danzado con los espíritus de los muertos, con la magia y, al hacerlo, había hallado la liberación que buscaba. No sólo se había liberado de algunos de los sentimientos de frustración e impotencia que lo embargaban, sino también de unos oscuros anhelos en lo más profundo de su ser que no comprendía.

Habían transcurrido casi dos horas desde el amanecer cuando Richard oyó que se acercaba. Caminaba a trancas y barrancas entre la maleza, resoplando indignada cuando la ropa se le enganchaba en los matorrales. Richard oyó ramas que se rompían mientras Pasha ascendía penosamente el montículo. Después de desprender la falda de un espino, apareció tambaleante en el claro.

Richard la esperaba sentado con las piernas cruzadas, con los ojos cerrados y la espada apoyada en las rodillas. Al verlo, Pasha se detuvo jadeando delante de él.

—¡Richard!

—Buenos días, Pasha. —Richard abrió los ojos—. Bonito día, ¿no crees?

Pasha mantenía la falda un poco levantada. Tenía la camisa blanca húmeda por el sudor, y en el pelo se le habían enganchado abrojos.

—Tienes que irte de aquí ahora mismo —le dijo, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Richard, estás en el bosque Hagen.

—Lo sé. La hermana Verna me lo dijo. Es un lugar muy interesante; creo que me gusta.

La joven lo miró parpadeando.

—¡Richard, este lugar es muy peligroso! ¿Qué estás haciendo aquí?

Richard sonrió.

—Esperándote.

La muchacha escrutó los árboles que rodeaban el claro y las oscuras sombras.

—Algo huele que apesta —murmuró.

La joven fue a agacharse frente a él y le sonrió levemente como un adulto sonreiría a un niño o a alguien a quien toma por chalado.

—Richard, ya te has divertido y has paseado tranquilamente por el campo. Ahora dame la mano y salgamos de aquí.

—No pienso irme hasta que Verna recupere su condición de Hermana.

—¿Qué? —exclamó Pasha, levantándose de un brinco.

Richard empuñó la espada y también se puso en pie.

—No pienso irme hasta que Verna vuelva a ser una Hermana como era antes. El palacio tendrá que decidir qué es más importante, mi vida o que la hermana Verna sea una novicia.

Pasha lo miraba boquiabierto.

—¡Pero la única que puede levantar el castigo es la hermana Maren!

—Lo sé. —Richard le rozó la nariz con un dedo—. Por esa razón irás a decir a la hermana Maren que venga hasta aquí en persona y me prometa solemnemente que Verna es de nuevo una Hermana y que acepta mis condiciones.

—No lo dirás en serio... La hermana Maren jamás hará eso.

—En ese caso me quedaré aquí.

—Richard, vuelve conmigo y ya veremos si la hermana Maren accede a discutir esa cuestión. Pero no te puedes quedar aquí. ¡No merece la pena morir por eso!

El joven le lanzó una gélida mirada y replicó:

—Para mí, sí.

Pasha se humedeció los labios.

—Richard, no sabes qué estás haciendo. Éste es un lugar muy peligroso. Yo soy responsable de ti. No puedo permitir que te quedes aquí.

»Si te niegas a venir conmigo, tendré que usar el collar para obligarte, y sé que tú no quieres eso.

Richard aferró con más fuerza la empuñadura de la espada.

—La hermana Verna ha sido castigada en represalia por lo que yo dije. Me he jurado a mí mismo que Verna recuperaría su rango de Hermana. No puedo permitir que la castiguen por mí. Estoy dispuesto a todo, incluso morir, para evitarlo.

»Si usas el collar para hacerme daño o sacarme a rastras de aquí, me resistiré con todas mis fuerzas. No sé quién de los dos ganará, pero si eso ocurre estoy seguro de una cosa, sólo uno de los dos saldrá con vida. Si soy yo, será el inicio de la guerra y, si eres tú quien sobrevive, tu prueba para convertirte en Hermana habrá acabado el primer día. La hermana Verna seguirá siendo novicia, o sea que no habrá perdido nada pero, al menos, lo habré intentado.

—¿Estás dispuesto a morir por esto?

—Sí. Para mí es importante. No permitiré que la hermana Verna sea castigada por algo que he hecho yo. No es justo.

Pasha frunció el entrecejo.

—Pero... la hermana Maren es la maestra de las novicias. Yo soy sólo una novicia. Si me presento ante ella y le digo que revoque la orden, me despellejará viva.

—Soy yo quien lo dice, tú no eres más que la mensajera. Si te castiga, no pienso consentirlo, del mismo modo que no consiento lo que han hecho a la hermana Verna. Si la hermana Maren desea empezar una guerra, pues la tendrá. Pero si desea mantener mi tregua, vendrá aquí y aceptará mis condiciones.

Pasha se lo quedó mirando fijamente.

—Richard, si estás aquí a la puesta de sol, morirás.

—En ese caso te sugiero que te des prisa.

La joven se volvió y señaló con el brazo hacia la ciudad.

—Pero... tengo que volver hasta allí. Me ha costado horas llegar y tardaré otras tantas en volver. Y luego tengo que encontrar a la hermana Maren y convencerla de que no bromeas, e incluso si consigo persuadirla de que regrese conmigo, tardaremos horas.

—Deberías haber venido a caballo.

—Corrí hasta aquí tan pronto como me di cuenta de donde estabas. ¡No tuve tiempo de pensar en nada más! ¡Sabía que estabas en apuros y simplemente vine!

Richard la miró sin alterarse.

—Pues cometiste un error, Pasha. Deberías haber pensado antes de actuar. La próxima vez tal vez te pararás a pensar.

Pasha se llevó una mano al pecho, mientras tragaba aire.

—Richard, no hay tiempo para...

—Entonces date prisa o el atardecer sorprenderá a tu pupilo aquí sentado, en el bosque Hagen.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas de frustración e inquietud.

—Richard, por favor, tú no lo entiendes. No es ningún juego. Este lugar es peligroso.

Richard giró ligeramente el cuerpo y señaló con la espada.

—Sí que lo entiendo.

Pasha miró detrás de él, hacia las sombras, y ahogó un grito. Vacilante se acercó a la cosa junto a los árboles. Richard no la siguió. Sabía perfectamente qué vería, las dos mitades de una criatura de pesadilla con sus entrañas desparramadas por el suelo.

La sinuosa cabeza del ser, semejante a la de un hombre fundido con una serpiente o un lagarto, era la imagen misma de la perversidad. Estaba cubierta por una lustrosa piel negra muy tirante, lisa hasta la base del cuello donde empezaba a formar escamas flexibles. El cuerpo, muy ágil, se asemejaba mucho al de un ser humano. Todo él parecía haber sido concebido para alcanzar una fluida rapidez, una gracia mortal.

Se vestía con pellejos cubiertos de un pelo negro muy corto y una capa negra con capucha que le llegaba hasta los pies. Lo que Richard había tomado por zarpas no lo eran, sino cuchillos de triple hoja, una en cada mano palmeada, con mangos transversales que sostenía en el puño. Unas extensiones de acero le ascendían por ambos lados de la muñeca, para apoyarse cuando atacaba.

Pasha se quedó estupefacta. Por fin Richard se reunió con ella y miró las dos mitades del ser. Fuese lo que fuese, sangraba como cualquier otra criatura y además olía como entrañas de pescado pudriéndose bajo un sol de justicia.

La joven lo miraba temblando.

—Por amor del Creador —musitó—, es un mriswith. ¿Qué le ha ocurrido? —preguntó mientras reculaba un paso.

—¿Que qué le ha ocurrido? Pues que lo maté, eso es lo que le ha ocurrido. ¿Qué es un mriswith?

Pasha alzó hacia él sus grandes ojos castaños.

—¿Qué quieres decir con que lo mataste? Nadie puede matar a un mriswith. Nadie ha matado jamás a uno.

El rostro de la joven era todo un poema.

—Bueno, pues alguien lo ha hecho.

—Lo mataste de noche, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —preguntó, muy extrañado.

—Apenas se ven nunca mriswiths fuera del bosque Hagen, pero en los últimos miles de años se han visto algunos. Hay informes de gente que vivió lo suficiente para contar qué vieron. Los mriswiths toman siempre el color de su entorno. En un informe se cuenta que uno se alzó en las marismas y era del color del barro. Otro, que se vio en las dunas, era del color de la arena. Y otro que se avistó a la luz del atardecer, era dorado. Cuando matan de noche nadie los ve, pues son de color negro como la noche. Creemos que poseen la habilidad, tal vez mágica, de adoptar el color de lo que les rodea. Puesto que éste es negro supuse que lo habías matado por la noche.

Richard la cogió del brazo y la apartó suavemente de allí. Pasha parecía transfigurada por la criatura. Richard notaba cómo temblaba.

—Pasha, ¿qué son?

—Son seres que viven en el bosque Hagen. No sé qué son. He oído decir que en la guerra que acabó con la separación del Viejo y el Nuevo Mundo los magos crearon ejércitos de mriswiths. Otros creen que son engendros del Innombrable.

»Sea como sea, viven en el bosque Hagen. Ellos y otras criaturas. Es por eso por lo que nadie vive en el campo a este lado del río. A veces salen del bosque y cazan personas. Nunca comen sus presas, simplemente matan por el simple placer de matar. Los mriswiths destripan a sus víctimas. Algunas viven lo suficiente para explicar lo que les ha sucedido; así es como hemos averiguado lo poco que sabemos de ellos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí el bosque Hagen y las criaturas que viven en él?

—Por lo que sé, tanto como el Palacio de los Profetas, casi tres mil años.

Pasha le cogió por la camisa y añadió:

—En todo ese tiempo nadie, nunca jamás, ha matado a un mriswith. Todas las víctimas dijeron que no lo vieron hasta que ya las había atacado. Algunas de esas víctimas eran Hermanas y magos, y ni siquiera su han les avisó. Dijeron que no percibieron la presencia del mriswith, como si hubieran nacido

sin el don. ¿Cómo es posible que tú pudieras matar a uno?

Richard recordó que vio en su mente cómo el *mrishwith* se acercaba.

—Tal vez no fue más que suerte —le contestó, apartando la mano de la joven—. Alguien tenía que hacerlo más pronto o más tarde. Quizá me tocó uno medio tonto.

—Richard, te lo ruego, ven conmigo. Éste no es el modo de echar un pulso a palacio. Podrías perder la vida.

—No estoy echando un pulso a nadie, sino que estoy asumiendo la responsabilidad de mis acciones. Es culpa mía que la hermana Verna fuese rebajada y pienso arreglarlo. Estoy luchando por lo que considero justo. Si no lo hago, no soy nada.

—Richard, si estás aquí cuando el sol se ponga...

—Estás malgastando un tiempo precioso, Pasha.

## 20

Ya estaba bastante avanzada la tarde cuando las oyó acercarse. Percibió el ruido de un solo caballo y la voz de Pasha que gritaba en qué dirección ir. Al fin aparecieron en el claro.

Richard envainó la espada.

—¡Bonnie! —El joven rascó el cuello de la yegua—. ¿Cómo estás, pequeña?

Bonnie frotó el hocico contra su pecho. Bajo la desaprobadora mirada de la hermana Maren, le metió los dedos a ambos lados de la boca para comprobar el bocado.

—Me alegra comprobar que usas un bridón, Hermana.

—Los mozos de cuadra me han dicho que no pueden encontrar ningún bocado curvo. Al parecer han desaparecido —añadió, mirándolo con recelo—. Es un misterio.

—¿De veras? —Richard se encogió de hombros—. No puedo decir que lo lamente.

Pasha jadeaba por el esfuerzo de haber mantenido el ritmo de la Hermana a caballo. Su blusa blanca estaba empapada de sudor e intentaba poner un poco de orden en la enmarañada mata de pelo, pero en vano. Seguramente la Hermana la había obligado a ir a pie como castigo. La hermana Maren, en su vestido marrón abrochado hasta el cuello, se veía más fresca que una lechuga a lomos de la yegua.

—Bueno, Richard —dijo, al tiempo que desmontaba—. Ya estoy aquí, como pediste. ¿Qué es lo que quieres?

La Hermana sabía perfectamente qué quería, pero Richard decidió exponer de nuevo sus demandas en tono sosegado.

—Es muy sencillo. Que la hermana Verna recupere el rango de Hermana. Enseguida. Y que recupere asimismo el *dacra*.

La hermana Maren pareció descartar tal posibilidad con un ademán.

—Y yo que creía que querías algo imposible. Es muy fácil. Ya está hecho. Verna vuelve a ser una Hermana. Para mí no supone ninguna diferencia.

—Y cuando te pregunte, no quiero que le cuentes mi participación en este asunto. Sólo dile que después de reconsiderarlo has decidido rehabilitarla. Si quieres, puedes decirle que rogaste a tu Creador que te guiara y que entonces tuviste la inspiración de que debía seguir siendo una Hermana.

La hermana Maren se apartó un mechón de su fino pelo rubio rojizo de la cara.

—Por mí, de acuerdo —replicó—. ¿Estás satisfecho ahora o quieres cambiar algo más?

—No, nada más. La tregua sigue en pie.

—Perfecto. Ahora que hemos acabado con los asuntos triviales, muéstrame el oso que has matado. Pasha y medio palacio están revolucionados pensando que has matado a un *mrishwith*. —Pasha mantuvo la mirada clavada en el suelo, furiosa, mientras la hermana Maren la miraba con desaprobación—. Pasha no es más que una estúpida chiquilla que jamás pone sus delicados pies sobre ningún suelo que no haya sido barrido, fregado o encerado. La única vez que osa asomar la cabeza fuera de palacio es para ver el último rollo de encaje llegado a Tanimura. No distinguiría un conejo de un buey, y mucho menos un... Pero ¿qué es esa peste?

—Entrañas de oso —contestó Richard.

Extendiendo un brazo le indicó el camino. Deferentemente Pasha se hizo a un lado. La hermana Maren se alisó el vestido a la altura de las caderas y se encaminó hacia los árboles. Pasha alzó la vista hacia Richard y cuando ambos oyeron a la Hermana lanzar una exclamación ahogada, la cabeza de la joven siguió la mirada y sonrió.

La Hermana regresó caminando hacia atrás; estaba tan pálida como la cera. Pasha clavó de nuevo los ojos en el suelo.

Pero la hermana Maren le alzó el mentón con dedos temblorosos.

—Decías la verdad —susurró—. Perdóname, hija mía.

Pasha hizo una venia.

—Naturalmente, hermana Maren. Gracias por haber gastado vuestro tiempo comprobando mi informe.

La altiva actitud de la Hermana había desaparecido, reemplazada por genuina inquietud.

—¿Cómo murió esa criatura? —preguntó a Richard. Éste sacó la espada de su vaina apenas quince centímetros y volvió a guardarla—. ¿Entonces lo que me ha contado Pasha es cierto? ¿Tú la mataste?

Richard se encogió de hombros.

—He pasado la mayor parte de mi vida al aire libre. Sabía que no era ningún conejo.

Mientras regresaba junto a la monstruosa criatura la Hermana iba murmurando para sí.

—Debo estudiarla. Ésta es una oportunidad sin precedentes.

Pasha miró a Richard frunciendo la nariz en señal de repugnancia mientras la Hermana pasaba un dedo sobre la hendidura sin labios de la boca, tocaba los orificios de las orejas y rozaba con una mano la lustrosa piel negra. También inspeccionó atentamente la ropa hecha con pellejos.

Entonces se levantó y miró las entrañas. Finalmente se volvió hacia Richard.

—¿Dónde está la capa? Pasha me dijo que llevaba una capa.

Cuando el mriswith había atacado y él lo había partido en dos, el viento había inflado la capa, razón por la cual no sufrió ni un desgarró. Después, mientras esperaba que Pasha regresara con la hermana Maren, había descubierto por casualidad la asombrosa capacidad de la capa. Después de lavarla para quitar toda la sangre, la había tendido sobre una rama y, una vez seca, se la había guardado en la mochila. No tenía ninguna intención de entregarla.

—Es mía. Es mi botín de batalla. Me la quedo.

La Hermana lo miró con perplejidad.

—Pero los cuchillos,... ¿Acaso los hombres no preferís armas como botín de batalla? ¿Para qué quieres una capa en vez de los cuchillos?

Richard dio golpecitos a la empuñadura de su espada.

—Ya tengo una espada. ¿Para qué querría unos cuchillos que han resultado ser inferiores a mi arma? Siempre he deseado tener una larga capa negra y ésta me gusta. Así que me la quedo.

Nuevamente la Hermana frunció el entrecejo.

—¿Es otra condición para mantener la tregua?

—Si es necesario, sí.

El frunce se suavizó. La Hermana lanzó un suspiro.

—Bueno, supongo que da igual. Lo importante es la criatura y no la capa. Tengo que estudiarla —concluyó, centrando de nuevo su atención en el hediondo cadáver.

Mientras ella se inclinaba de nuevo sobre el mriswith, Richard enganchó el arco, la aljaba y la mochila en la parte delantera de la silla de montar. Luego apoyó un pie en el estribo y se subió en *Bonnie*.

—Procura salir del bosque antes del atardecer, Hermana.

La mujer miró por encima del hombro.

—Eh, ése es mi caballo. No puedes llevarte mi caballo.

Richard esbozó una sonrisa de disculpa.

—Me torcí un tobillo luchando con el mriswith. Me imagino que no querrás que el nuevo pupilo de palacio tenga que hacer el camino de regreso cojeando, ¿verdad? Podría tropezar y romperme la crisma.

—Pero...

Richard tendió una mano a Pasha y la agarró por el brazo. La joven lanzó una exclamación de sorpresa cuando Richard tiró de ella hacia arriba y la sentó detrás de él.

—Por favor, procura no estar aquí cuando el sol se ponga, hermana Maren. He oído decir que el bosque Hagen es muy peligroso de noche.

Pasha hizo lo posible por que la Hermana no le viera la cara. Richard notó cómo se reía entre dientes contra su espalda.

—Ya, ya. Descuida —replicó la hermana Maren, los ojos de nuevo prendidos en el *mrishwith*—. Vosotros dos volved. Lo habéis hecho muy bien, ambos. Yo tengo que estudiar esta criatura antes de que los carroñeros la descubran.

Pasha se sujetaba a él con tanta fuerza, que apenas le dejaba respirar. Además, los firmes senos de la joven apretados contra su espalda le producían una sensación turbadora. Pasha se agarró a él con las manos alrededor del pecho, tratando de asirse mejor como si temiera caerse en cualquier momento.

Una vez hubieron salido del bosque y avanzaban por las colinas, Richard puso a *Bonnie* al trote y apartó las manos de Pasha.

Pero la joven se le volvió a agarrar.

—¡Richard! ¡Me voy a caer!

—No, no te vas a caer —afirmó él, soltándole de nuevo las manos—. Tú simplemente sujétate pero sin rigidez y deja que las caderas se muevan al ritmo del caballo. Usa tu equilibrio; no tienes por qué agarrarte como si en ello te fuera la vida.

—Bueno, lo intentaré —dijo Pasha agarrándole por los costados.

El cielo se teñía ya con una tonalidad dorada cuando descendían por las redondeadas lomas hacia la ciudad. Richard se balanceaba con los pasos de *Bonnie*, que salvaba rocas así como quebradas poco profundas, mientras reflexionaba sobre el *mrishwith* y el ansia que había sentido de luchar contra él. En lo más profundo de su mente acechaba el impulso casi irrefrenable de volver al bosque Hagen.

—No te has torcido el tobillo, ¿verdad? —inquirió Pasha, rompiendo un largo silencio.

—No.

—Has mentido a una Hermana, Richard. Tienes que aprender que mentir está mal. El Creador detesta las mentiras.

—Ya me lo dijo la hermana Verna.

Richard decidió que no quería seguir cabalgando sintiendo el cuerpo de Pasha pegado al suyo, por lo que desmontó y condujo a *Bonnie* por las riendas. Pasha se avanzó en la silla.

—Pues si sabes que está mal, ¿por qué lo hiciste?

—Porque quería que la hermana Maren volviera andando. Ella te hizo caminar hasta aquí como castigo por algo de lo que no tenías culpa.

Pasha desmontó y se puso a andar junto a él. Con los dedos trató de peinarse un poco.

—Ha sido un gesto muy bonito, Richard —le dijo, poniéndole una mano sobre el brazo—. Creo que tú y yo vamos a ser buenos amigos.

Richard se dio media vuelta y fingió que miraba en torno para que Pasha apartara la mano.

—¿Me puedes quitar el collar?

—¿El *rada'han*? No. Sólo una Hermana puede hacerlo. Yo no sé cómo.

—Pues entonces no seremos amigos. No me sirves.

—Has corrido un gran riesgo por la hermana Verna. Ella sí que debe de ser amiga tuya. Una persona sólo hace cosas como ésa por un amigo. Y luego procuraste que yo no tuviera que regresar andando. Eso significa que esperas que seamos amigos.

Richard respondió con la mirada fija al frente.

—La hermana Verna no es amiga mía. Si me arriesgué fue para reparar la injusticia que se cometió con ella por mi culpa. No hay otra razón.

»Cuando decida quitarme este collar, solamente serán mis amigos quienes me ayuden. La hermana Verna me ha dejado muy claro que ella no va a ayudarme, sino al contrario. Cuando llegue el momento, si se interpone en mi camino la mataré, al igual que mataré a cualquier otra Hermana que trate de detenerme. Igual que te mataré a ti si te cruzas en mi camino.

—Richard —lo reprendió Pasha—, no eres más que un estudiante. No deberías jactarte de ese modo de tus poderes. No es propio de un joven. No lo digas ni en broma. —Pasha le cogió de nuevo el brazo—. No creo que pudieras hacer daño a una mujer ni...

—Estás muy equivocada.

—A muchos de nuestros muchachos les cuesta adaptarse al principio, pero con el tiempo confiarás en mí. Estoy segura de que seremos amigos.

Richard se soltó bruscamente y se volvió hacia ella con violencia.

—Esto no es ningún juego, Pasha. Cuando decida que ha llegado el momento, si te interpones en mi camino, te cortaré ese precioso cuello tuyo.

La joven alzó la vista hacia él con una coqueta sonrisa en los labios.

—¿De veras crees que tengo un cuello precioso?

—No es más que una manera de hablar —refunfuñó Richard.

Entonces se adelantó tirando de *Bonnie*. Pasha tuvo que acelerar el paso para no quedarse retrasada. Caminaron en silencio un rato. Pasha se entretenía deshaciéndose nudos del pelo y quitándose abrojos.

Richard no estaba de humor para ser amable. Matar al mriswith lo había llenado de una extraña satisfacción, pero esa sensación se estaba desvaneciendo y de nuevo afloraba la frustración por la situación en la que se hallaba y, con ella, el enojo.

El rostro de Pasha se iluminó y esbozó una sonrisa al mismo tiempo tímida y coqueta.

—No se nada de ti, Richard. ¿Por qué no me cuentas algo sobre...?

—¿Qué quieres saber? —la interrumpió el joven.

—Bueno, por ejemplo qué hacías... antes de llegar a palacio. ¿Tenías alguna habilidad especial?

¿Una profesión?

Richard arrastró las botas por el suelo y respondió:

—Era un guía de bosque.

—¿Dónde?

—Donde me crié. En el bosque del Corzo, en la Tierra Occidental.

Pasha se apartó la blusa blanca del pecho para tratar de secarla.

—Me temo que no sé dónde está. No sé nada acerca del Nuevo Mundo. Algún día, cuando sea una Hermana, es posible que tenga que ir allí para ayudar a un muchacho.

En vista de que Richard guardaba silencio, la joven insistió.

—Así que eras un guía de bosque. Debe de dar mucho miedo vivir en el bosque. ¿No te asustaban los animales? Yo estaría aterrada.

—¿Por qué? Si un conejo saltara de detrás de un matorral, podrías reducirlo a cenizas con tu han.

Pasha se rió tontamente.

—Eso no quita que estuviera aterrada. Prefiero la ciudad. —La joven se apartó unos mechones de pelo del rostro y lo miró sin dejar de caminar. Tenía un modo muy gracioso de arrugar la nariz—. ¿Tenías una... bueno, ya sabes, alguien especial, una novia o algo así?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Abrió la boca para responder pero no le salieron las palabras y volvió a cerrarla. No pensaba hablarle de Kahlan.

—Tengo esposa.

Pasha se quedó quieta un momento y tuvo que apresurarse para alcanzarlo. Al hablar, su voz tenía un tono distinto.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Du Chaillu —contestó Richard sin apartar la vista del frente.

Pasha se retorció un mechón de pelo con un dedo.

—¿Es guapa? Descríbemela.

—Sí, es muy guapa. Tiene una espesa mata de pelo negro, un poco más largo que el tuyo, unos pechos muy atractivos, y el resto de su cuerpo también es muy atractivo.

Por el rabillo del ojo vio cómo Pasha se ruborizaba. Seguía jugueteando con el pelo. Cuando habló, su voz sonó grave y fría, aunque trataba de fingir indiferencia.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Sólo unos días.

La mano de Pasha cayó a un lado.

—¿Cómo que unos días? ¿Cómo es eso posible?

—Cuando la hermana Verna y yo llegamos a la tierra de los majendie, hace unos días, la tenían encadenada. Iban a sacrificarla a sus espíritus y querían que fuese yo quien la matara. La hermana Verna me dijo que tenía que hacerlo si queríamos cruzar por el país de los majendie.

»Pero yo desobedecí. En vez de participar en el sacrificio, le disparé una flecha a su Madre Reina y le clavé el brazo en un poste. Entonces les dije que si no dejaban en libertad a Du Chaillu y se reconciliaban con los baka ban mana, dispararía la próxima flecha contra la cabeza de la Madre Reina. Naturalmente accedieron.

—¿Así que es una de las salvajes?

—Es una baka ban mana. Una mujer sabia. No es ninguna salvaje.

—¿Y se casó contigo porque eras su héroe? ¿Porque la rescataste?

—No. La hermana Verna y yo tuvimos que pasar por la tierra de los baka ban mana para llegar hasta aquí. Una vez allí maté a sus cinco maridos.

Pasha lo agarró por el brazo.

—¿Los baka ban mana son maestros de armas! ¿Me estás diciendo que mataste a cinco de ellos?

Richard siguió andando.

—No. Maté a treinta. —Pasha lanzó un grito ahogado—. Sus cinco maridos estaban entre ellos. Du Chaillu es la guía espiritual de su pueblo y dijo que me había convertido en el líder de los baka ban mana, el *Caharin*, y que, por tanto, era su marido.

Pasha recuperó la sonrisa.

—Así pues, no eres realmente su marido. No era más que una estúpida costumbre de los salvaj... de los baka ban mana.

Richard no respondió. La sonrisa de Pasha se evaporó y nuevamente puso ceño.

—Pero entonces no sabrías cómo son sus pechos ni el resto de su cuerpo. —La joven miró al otro lado y lanzó un resoplido—. Ya me imagino cómo te recompensó por tu bravura.

—Lo sé porque cuando me enviaron a matarla llevaba un collar alrededor del cuello y estaba encadenada a un muro. La tenían desnuda y le habían puesto un collar para que sus carceleros pudieran violarla cuando les apeteciera. —Pasha tragó saliva y volvió a desviar la mirada—. Uno de ellos la dejó embarazada. Supongo que a las Hermanas jamás se les pasó por la cabeza tratar de poner fin a los sacrificios humanos porque las víctimas llevan un collar al cuello. A las Hermanas les importa un ardite lo que pueda ocurrirle a alguien encadenado con un collar.

—Eso no es cierto —protestó Pasha débilmente.

Richard no tenía ganas de discutir. Así pues, siguió caminando en silencio. Pasha lo miró fríamente mientras cruzaba los brazos por debajo de los senos. El cielo desplegaba una intensa tonalidad púrpura, aunque no hacía más frío; la atmósfera continuaba cálida.

Al rato, el paso de Pasha recobró algo de su habitual brío, sus labios exhibían una sonrisa. Lanzó una rápida mirada a Richard.

—Sígueme contando cosas de ti. Posees el don. ¿Lo tenía también tu padre? ¿Es de él de quien lo has heredado?

A Richard se le cayó el alma a los pies.

—Sí, mi padre tenía el don.

Pasha lo miró esperanzada.

—¿Sigue vivo?

—No. Fue asesinado hace poco.

Pasha se alisó la parte delantera de la falda.

—Oh. Lo siento, Richard.

—Yo no. —El joven aferró con más fuerza las riendas—. Yo fui quien lo mató.

Pasha se quedó de piedra.

—¿Tú mataste a tu padre? ¿A tu propio padre?

Richard la miró fijamente.

—Él me capturó e hizo que me pusieran un collar para que me torturaran. Yo maté a la hermosa joven que sostenía la correa de ese collar y luego lo maté a él.

Imposible pasar por alto la amenaza implícita en la voz de Richard, en sus palabras y en su mirada.

El labio inferior de Pasha empezó a temblarle, la joven estalló en llanto y echó a correr, levantándose la falda. Después de contornear un saliente rocoso, siguió corriendo hacia el borde de la colina y se perdió de vista.

Richard soltó un largo suspiro, ató las riendas a un bloque de granito y dijo a *Bonnie*, palmeándole

el cuello:

—Sé buena chica y espérame aquí.

Encontró a Pasha sentada en una roca, abrazándose las rodillas con los brazos y llorando a lágrima viva. Richard se situó frente a ella, pero la joven apartó el rostro. El cuerpo se le agitaba por efecto del llanto.

—¡Márchate! —Pasha apoyó la frente en las rodillas, llorando—. ¿O es que has venido para cortarme a pedacitos?

—Pasha...

—¡En lo único en que piensas es en matar!

—Eso no es cierto. No hay nada que desee más que poner fin a tantas muertes violentas.

—Ya, y por eso no hablas de otra cosa que de matar.

—Eso es sólo porque...

—He rezado toda mi vida para que llegara este día. Siempre he querido ser una Hermana de la Luz. Las Hermanas ayudan a sus semejantes, y yo deseaba ser una de ellas. —Nuevamente Pasha sucumbió al llanto—. Pero ahora ya nunca seré una Hermana.

—Pues claro que lo serás.

—¡Si depende de ti, no! ¡No has dejado de decirnos que quieres matarnos a todas! ¡Desde el momento que llegaste no has hecho otra cosa que amenazarnos!

—Pasha, tú no lo entiendes.

La joven alzó el rostro bañado en lágrimas.

—¿Ah no? Preparamos un gran banquete para darte la bienvenida, más espléndido incluso que el banquete de la cosecha. Y yo tuve que ir y decir a todo el mundo que estabas enfermo. Si hubieras visto cómo me miraron... A las demás novicias les tocan chicos ávidos de aprender. Tengo amigas que se me han quejado de que sus pupilos les habían llevado una rana o algún otro bicho en el bolsillo. ¡Pero mi pupilo me trae un mriswith!

»La hermana Maren ha dicho que hoy lo hemos hecho bien. Ella casi nunca dice eso a no ser que lo piense de verdad.

»Tú te has comportado cruelmente con ella. La hermana Maren ha sido la maestra de las novicias desde que yo llegué a palacio. Es estricta sí, pero solamente porque se preocupa por nosotras. Vela por nuestro bienestar.

Pasha reprimió un sollozo.

—Cuando era pequeña, el día que llegué a palacio, estaba muy asustada. Era la primera vez que abandonaba mi hogar. La hermana Maren me hizo un dibujo y me dijo que era el Creador. Entonces me lo puso encima de la almohada y me prometió que él velaría mi sueño, y que podía dormir tranquila.

La joven trató de reprimir las lágrimas, pero no pudo.

—Todavía guardo ese dibujo. Se lo quería dar a mi pupilo en su primera noche en palacio, para que no tuviera miedo. Ayer, cuando nos conocimos, lo llevaba. Pero cuando te vi, cuando vi que eras un adulto, supe que no podía dártelo porque te avergonzaría.

»Bueno, me dije, no es un muchacho, como los de las demás novicias, pero el Creador me ha dado el hombre más apuesto que haya visto nunca. Así que me alegré de haberme puesto mi mejor vestido, el que había estado reservando para ese día. —Pasha respiraba con dificultad—. ¡Y tú me dijiste que estaba fea!

Richard cerró lentamente los ojos.

—Pasha, lo lamento.

—¡No, no es verdad! ¡Eres un enorme bruto! Lo teníamos todo preparado para ti. Te dimos una de las mejores habitaciones de palacio. Pero a ti no te importó. Te proporcionamos dinero para cubrir cualquier necesidad o deseo, y tú actuaste como si fuera un insulto. Te dimos ropa elegante, y tú la miraste con desdén.

La joven se secó las lágrimas, pero pronto otras le humedecieron el rostro.

—Soy la primera en admitir que algunas Hermanas pecan de soberbia, pero la mayoría de ellas son tan bondadosas que no harían daño ni a una mosca. ¡Y tú te plantas ante ellas con una espada ensangrentada y juras que las matarás!

Pasha se cubrió el rostro con los puños, entre los que agarraba la falda, y lloró desconsoladamente.

Richard le puso una mano sobre un hombro, pero ella se la apartó.

Richard no sabía qué hacer con las manos.

—Pasha, lo siento. Sé que debo parecerte un...

—¡No, no lo sientes! ¡Te da igual! Quieres librarte del rada'han y justamente ése es mi trabajo, enseñarte a usar el don para que puedas quitarte el collar. Pero tú no me dejas. Sin ese collar ya estarías muerto.

»Dos Hermanas dieron la vida por ti. Ya nunca volverán a su hogar ni verán de nuevo a sus seres queridos. Sus amigas han llorado en secreto y te han recibido con una sonrisa. ¡Y en pago por tratar de ayudarte, por tratar de salvarte la vida, tú amenazas con matarnos a todas!

Richard quiso tranquilizarla poniéndole una mano sobre la cabeza.

—Pasha...

—Nunca seré una Hermana. En vez de un muchacho que quiere aprender me ha tocado a un loco con una espada. Seré objeto de burla permanente en palacio. A las novicias les dirán que se porten bien o acabarán como Pasha Maes, expulsadas de palacio. Todos mis sueños por tierra.

A Richard le dolía verla llorar a lágrima viva. La cogió entre sus brazos. Al principio Pasha se resistió, pero cuando él la estrechó contra sí y le recostó la cabeza contra su pecho, dejó de luchar y lloró aún con más sentimiento. Richard la mantuvo abrazada, frotándole la espalda y meciéndola. Ella temblaba y sollozaba.

—Chsss. Tranquila. Ya verás como todo sale bien.

Pasha negó con la cabeza contra su hombro.

—No, no es verdad.

—Sí, te lo prometo. Ya lo verás.

Por fin Pasha alzó las manos y se aferró a la camisa de Richard. Aún lloraba. El joven la dejó llorar, limitándose a estrecharla con fuerza para consolarla.

—¿De verdad crees que podrías enseñarme a usar el don y que entonces las Hermanas me quitarían el collar?

Pasha se sorbió la nariz y repuso:

—Ése es mi trabajo. Es para lo que me he preparado todo este tiempo. Deseaba tanto poder mostrarte la belleza del Creador, del don que te ha concedido. No deseo nada más.

Los brazos de la joven lo rodearon. Pasha se agarraba a él como quien se está ahogando. Richard le acarició el pelo.

—Richard, ayer, cuando toqué tu rada'han y sentí parte de tu han también percibí algunos de tus sentimientos. Sé que guardas una pena muy grande. Sólo noté un poco, pero a mí también me dolió.

La joven le acarició el cuello como para consolarlo.

—No hay muchas cosas capaces de causar tanto sufrimiento. Richard, no te pido ocupar el lugar de ella.

Richard cerró los ojos mientras dejaba caer la cabeza sobre el hombro de Pasha. Tuvo que hacer esfuerzos por no echarse a llorar. La joven le acarició el pelo y le sostuvo la cabeza contra sí.

Al rato Richard recuperó la voz.

—Tal vez no me haría ningún daño ponerme de vez en cuando algunos de esos trajes.

Pasha lo apartó ligeramente y lo miró con ojos anegados en lágrimas.

—¿Por ejemplo para ir al comedor de las Hermanas?

Él se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sería una buena ocasión. Elige tú el que quieres que me ponga. Yo no sé nada sobre ropa elegante. Soy sólo un guía de bosque —concluyó con una leve sonrisa.

El rostro de Pasha se iluminó.

—Estarías espléndido con el manto rojo.

Richard se estremeció.

—¿El rojo? ¿Tiene que ser justamente el rojo?

Pasha recorrió con un dedo el agiel, que le colgaba del cuello.

—No, no tiene que ser necesariamente ése. Sólo pensé que tienes unos hombros tan anchos que te quedaría muy bien.

—Bueno —suspiró él—, lleve el que lleve me sentiré ridículo. Que sea el rojo.

—No te verás ridículo; estarás muy guapo. Ya lo verás —replicó una risueña Pasha—. Todas las mujeres se te comerán con los ojos. Richard, ¿qué es esto? —preguntó, levantando el agiel.

—No es más que un amuleto de buena suerte. ¿Qué, nos vamos ya? Creo que tendrás que empezar a enseñarme enseguida. Cuanto antes empecemos, antes me libraré de este collar. Entonces ambos seremos felices; tú serás una Hermana y yo seré libre.

Richard le pasó un brazo por los hombros, ella lo enlazó por la cintura, y así regresaron junto a *Bonnie*.

## 21

En el puente que conducía a la isla Pihuela, bajo la luz que proyectaba una farola, un grupo de chicos y jóvenes los acosó. Muchos iban vestidos con ropas elegantes y otros con túnicas, pero todos llevaban un rada'han al cuello. Presos de una gran excitación, todos preguntaban al mismo tiempo; querían saber si era cierto que Richard había matado a un mriswith y cómo era. También querían decir a Richard sus nombres y le pedían a gritos que desenvainara la espada y les mostrara cómo había vencido al legendario monstruo.

Pasha se dirigió al más persistente de ellos, situado junto a su cadera.

—Sí, Kipp, es cierto que Richard ha matado a un mriswith. La hermana Maren lo está estudiando en estos momentos y, si lo considera apropiado, os comunicará su naturaleza. Lo que puedo decirte es que es una bestia de aspecto aterrador. Y ahora marchaos. Ya es casi la hora de la cena.

Pese a su desilusión por no obtener más información, lo que habían oído los había excitado sobremanera y echaron a correr en bandada para comunicar a sus compañeros lo que habían averiguado.

Después de dejar a *Bonnie* en los establos, Richard recorrió junto a Pasha pasadizos y vastas salas, tratando de memorizar su disposición. Pasha le señaló dónde se encontraban los comedores de los muchachos así como el comedor donde efectuaban sus colaciones las Hermanas y algunos de los aprendices de más edad. Asimismo le mostró la ubicación de las cocinas, de donde emanaban apetitosos aromas que flotaban por los corredores adyacentes.

Finalmente la joven señaló un arco de entrada cubierto con celosías abierto en un grácil muro de piedra alzado bajo la protección de las anchas ramas de los árboles. En algunos lugares el muro estaba cubierto por enredaderas. Unas grandes flores blancas salpicaban el verdor.

—Ahí están las oficinas de la Prelada y sus aposentos —dijo Pasha.

—¿Estará ella en la cena?

Pasha se rió por lo bajo.

—No, claro que no. La Prelada no tiene tiempo para cenar con nosotras.

Richard giró y tomó un sendero que conducía a una verja en el muro.

—¡Richard! ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde vas?

—A conocer a la Prelada.

—¡No puedes ir a visitarla cuando te apetezca!

—¿Por qué no?

Pasha corrió para alcanzarlo.

—Porque es una mujer muy ocupada. No se la puede molestar. Además, no te dejarán verla. Los guardias no nos permiten ni siquiera pasar de esa verja.

Richard se encogió de hombros.

—No perderé nada por preguntar, ¿no crees? Luego iremos a mi habitación, eliges qué debo ponerme y cenamos con las Hermanas. ¿De acuerdo?

La oferta de que le eligiera la ropa dio a Pasha qué pensar. La joven tartamudeó que seguramente nada se perdería por preguntar y apretó el paso para no quedarse retrasada. Richard fue directo hacia el guardia. Éste se colocó frente a la verja de hierro y enganchó los pulgares al cinto, del que le colgaban las armas.

—Lo siento mucho —le dijo Richard, poniéndole una mano sobre el hombro—. Perdóname, por

favor. No te habré metido en ningún lío espero. La Hermana no ha salido para gritarte, ¿verdad?

El guardia frunció el entrecejo confuso. Richard bajó la voz para añadir:

—Mira... ¿Cómo te llamas?

—Andellmere. Kevin Andellmere.

—Mira, Kevin, ella me dijo que enviaría un guardia a la puerta occidental para que fuera a buscarme si me retrasaba aunque sólo fuera un minuto. Probablemente se olvidó de enviarte. No es culpa tuya. Te prometo que no pienso mencionarle tu nombre. Espero que no estés enojado conmigo.

Richard dio la espalda a Pasha y se inclinó aún más hacia el guardia.

—Tú ya me entiendes —dijo. En un gesto muy elocuente miró a Pasha, puso los ojos en blanco y le guiñó un ojo. Kevin echó una rápida mirada a Pasha, que trataba de poner un poco de orden en su enmarañado pelo—. ¿Eh? Estoy seguro de que lo entiendes. Oye, Kevin, a cambio te invitaré a una cerveza, ¿qué te parece? Será mejor que entre ahora mismo antes de que por mi culpa te metas en un lío, pero prométeme que dejarás que te invite a una cerveza para compensarte.

—Bueno, supongo que sí en...

Richard dio una palmada al guardia en el hombro.

—Así me gusta.

Dicho esto pasó como una exhalación junto al guardia y cruzó la verja con Pasha pegada a sus talones. Entonces se volvió y saludó a Kevin con una sonrisa y un ademán con la mano.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Pasha en voz baja—. Nadie logra nunca pasar más allá de los guardias.

Richard le sostuvo abierta la puerta del edificio.

—Le di demasiado en qué pensar y la angustia de que pudiera ser cierto.

Pasha llamó a una puerta y cuando obtuvo respuesta ambos entraron en una habitación tenuemente iluminada. Había dos escritorios con sendas Hermanas detrás. Pasha las saludó con una reverencia.

—Hermanas, soy la novicia Pasha Maes y éste es nuestro nuevo estudiante, Richard Cypher. Richard se preguntaba si le sería posible ver a la Prelada.

Ambas Hermanas la fulminaron con la mirada. La sentada a la derecha respondió:

—La Prelada está ocupada. Puedes retirarte, novicia.

Algo pálida, Pasha hizo otra reverencia.

—Gracias por vuestro tiempo, Hermanas.

Richard las saludó a su vez con una leve inclinación de cabeza.

—Sí, gracias Hermanas. Por favor, transmitid a la Prelada mis más respetuosos saludos.

—Ya te dije que no nos recibiría —dijo Pasha tras cerrar la puerta.

Richard se colgó mejor la mochila que llevaba a la espalda.

—Bueno, al menos lo intentamos. Gracias por permitírmelo.

Richard había sabido desde el principio que Pasha tenía razón, que la Prelada no los recibiría, pero había visto lo que quería ver, la distribución del edificio y los terrenos adyacentes por si algún día le convenía saberlo.

Seguía sintiendo lo mismo acerca de su cautiverio, pero decidió afrontarlo de un modo distinto al menos por un tiempo. Aguardaría el momento oportuno y, mientras tanto, aprendería lo que pudieran enseñarle. Nada le gustaría más que poder librarse del collar sin tener que hacer daño a nadie.

En el edificio que albergaba sus aposentos, conocido como Residencia Guillaume, según le habían dicho en honor a un profeta, un joven emergió vacilante de las sombras en la planta baja frente a la escalinata de mármol. Tenía el pelo rubio rizado, muy corto a ambos lados. Llevaba las manos metidas en las mangas de una túnica violeta, adornada en puños y cuello con brocado plateado. Su porte encorvado le hacía parecer más bajo de lo que en realidad era.

Saludó a Pasha con una inclinación de cabeza, mientras sus ojos azules buscaban un lugar seguro en el que posarse.

—Que el Creador te bendiga, Pasha —dijo en tono suave—. Esta noche estás preciosa. Confío en que te encuentres bien.

La novicia entrecerró los ojos, pensativa.

—Warren, ¿verdad? —El joven cabeceó, sorprendido de que ella supiera cómo se llamaba—. Estoy muy bien, Warren. Gracias por preguntar. Te presento a Richard Cypher.

Warren sonrió tímidamente a Richard.

—Sí, ya te vi ayer en la fiesta de bienvenida.

—Supongo que también tú quieres saber lo del mriswith —comentó Pasha con un suspiro.

—¿Qué mriswith?

—Richard ha matado a un mriswith. ¿No es eso lo que querías preguntar?

—¿De verdad? ¿Un mriswith? No, yo... —Warren se volvió hacia Richard—. Lo que quería era preguntarte si algún día te gustaría bajar a las criptas y estudiar conmigo las profecías.

Richard no deseaba avergonzar a Warren, pero no tenía ningún interés por las profecías.

—Me siento muy honrado por la oferta, Warren, pero me temo que no sirvo para resolver acertijos.

Warren clavó la mirada en el suelo.

—Claro, ya lo entiendo. No hay muchos que se interesen por los libros. Sólo pensé que, bueno, como ayer mencionaste esa profecía en particular, tal vez te gustaría hablar sobre ella. Es una profecía fascinante. Pero lo entiendo. Perdona por haberos molestado.

—¿De qué profecía hablas? —inquirió Richard, extrañado.

—La que mencionaste al final, sobre que eres, bueno... —Warren tragó saliva—... el portador de la muerte. Creo que jamás había conocido a nadie que se mencionara en las profecías. —El joven parpadeó, sobrecogido—. Puesto que sales en las profecías, pues pensé que quizás... —Su voz se fue apagando, miró al suelo. Ya daba media vuelta cuando añadió—: Pero lo comprendo. Siento haberte...

Suavemente Richard le cogió de un brazo y lo obligó a volver.

—Como ya he dicho, soy muy malo resolviendo acertijos. Pero tal vez tú podrías enseñarme algo sobre las profecías y llenar el vacío de mi ignorancia. Me encanta aprender.

El rostro de Warren se iluminó y todo su cuerpo pareció henchirse. Cuando se irguió era casi tan alto como Richard.

—Será un placer. Me encantaría discutir contigo esa profecía. Es un verdadero misterio. Todavía se sigue discutiendo su posible significado. Tal vez con tu ayuda...

Un hombre ancho de hombros, vestido con ropas muy sencillas y llevando un rada'han al cuello se unió al grupo con sigilo, cogió a Warren por la túnica a la altura del hombro y lo apartó. Tenía la mirada prendida en Pasha, a la que dirigió una sonrisa.

—Buenas noches, Pasha. Pronto será la hora de cenar y he decidido escoltarte hasta el comedor. —Con la mirada recorrió lentamente el cuerpo de la joven de la cabeza a los pies, para después volver a ascender—. Si es que antes te adentas un poco y haces algo con ese pelo. Estás hecha un desastre. Será mejor que no pierdas tiempo.

Ya se disponía a dar media vuelta cuando Pasha enlazó con su brazo el de Richard y le replicó:

—Me temo que tengo otros planes, Jedidiah.

Jedidiah echó a Richard un rápido vistazo.

—¿Cuáles? ¿Con este paletó? ¿Vais a cortar leña juntos o a despellejar conejos?

—Fuiste tú —intervino Richard—. Recuerdo tu voz. Tú fuiste quien gritó desde la galería ayer: «¿Tú solito?».

Jedidiah esbozó su habitual sonrisa condescendiente.

—Una pregunta muy apropiada, ¿no crees?

Pasha alzó el mentón para anunciar:

—Richard ha matado a un mriswith.

Jedidiah enarcó las cejas en fingido asombro.

—Bueno, bueno, pero qué valiente es nuestro joven rústico.

—Tú nunca has matado a un mriswith —intervino Warren.

Lentamente Jedidiah se volvió para lanzar una fulminante mirada a Warren. Éste se encogió.

—¿Qué estás haciendo tú en la superficie, Topo? ¿Viste tú cómo lo mataba? —preguntó a Pasha—. Apuesto a que afirma que estaba solo cuando lo hizo. Seguramente encontró a un mriswith que había muerto de viejo, le clavó su espada y luego se jactó de que lo había matado él para tratar de impresionarte. —Nuevamente dirigió a Richard una sonrisa afectada y preguntó—: ¿No es así como ocurrió, paletó?

Richard sonrió de oreja a oreja.

—Me has pillado. Es exactamente lo que pasó.

—Lo que imaginaba. Reúnete conmigo después, nena —dijo Jedidiah, dirigiéndose muy satisfecho a Pasha— y te mostraré un poco de magia real. La magia de un hombre.

Dicho esto, se marchó con aire imperioso y desapareció por una esquina.

—¿Por qué has dicho eso? —recriminó la joven a Richard, con las manos en las caderas—. ¿Por qué has dejado que creyera algo así de ti?

—Lo he hecho por ti —repuso Richard—. Creí que deseabas que no causara más problemas y me comportara como un caballero.

—Y lo quiero —refunfuñó Pasha, cruzando los brazos.

Richard se volvió hacia Warren, que seguía encogido contra la columna de arranque de la escalinata de mármol.

—Warren, si ése te hace algo, quiero que vengas a decírmelo. Yo soy la piedra que se le ha metido en el zapato. Si la toma contigo, quiero que me lo digas.

El aprendiz de mago se animó.

—¿Lo dices de verdad? Gracias, Richard, pero no creo que se moleste en fastidiarme. Ya nos veremos abajo, en las criptas, cuando tengas tiempo. —El joven lanzó una tímida sonrisa a Pasha y se despidió de ella—. Buenas noches, Pasha. Ha sido muy agradable verte de nuevo. Estás preciosa esta noche. Adiós.

—Buenas noches, Warren —repuso Pasha con una sonrisa, y contempló cómo se alejaba a toda prisa por el pasillo—. Qué chico más raro. Casi ni me acordaba de su auténtico nombre; todo el mundo lo llama Topo, porque se pasa la vida bajo tierra, en las bóvedas subterráneas de palacio.

»Bueno —prosiguió, mirando a Richard se soslayo—, esta noche te has ganado un amigo que no podrá hacer nada para ayudarte y un enemigo que puede hacerte mucho daño. Mantente alejado de Jedidiah. Es un mago experimentado que pronto será liberado. Hasta que no aprendas a defenderte con tu han, estás a su merced. Podría matarte fácilmente.

—Creí que formabais una gran familia feliz.

—Entre los magos hay una jerarquía. Los más poderosos luchan para conseguir el dominio, y a veces esa lucha es muy peligrosa. Jedidiah es el orgullo de palacio y no acepta la idea de que otro ponga en peligro su supremacía.

—Yo no represento ningún desafío para el poder de un mago.

Pasha enarcó una ceja.

—Jedidiah nunca ha matado a un mriswith y todo el mundo lo sabe.

Ya en el comedor, Richard trató de disfrutar con las lentejas estofadas que habían preparado expresamente para él, pese a lo incómodo que se sentía ataviado con el manto rojo que Pasha le había elegido. Por su parte la joven llevaba un llamativo vestido verde que mostraba más de lo que ocultaba. Richard se dijo que tenía un escote que rayaba en lo imprudente. Los muchachos que habían sido invitados por las Hermanas o las novicias a comer allí, apenas prestaban atención a la comida, pues solamente tenían ojos para Pasha y no se perdían ni uno solo de sus movimientos.

Muchos de esos jóvenes, todos con un collar alrededor de su cuello, se acercaron a Richard para presentarse, deseosos, según sus propias palabras, de conocerlo mejor. Asimismo, le prometieron enseñarle la ciudad y algunas de sus principales atracciones. Al oír esto último Pasha no pudo evitar ruborizarse. Richard preguntó a los muchachos si sabían dónde tomaban cerveza los guardias y ellos le prometieron llevarlo allí.

También Hermanas de todas las edades, formas y estaturas se acercaron para saludarlo. Todas se comportaban como si los sucesos de la noche anterior jamás hubieran ocurrido. Cuando Richard preguntó a Pasha la razón de ello, la muchacha le respondió que todas las Hermanas comprendían que le resultara difícil adaptarse a palacio en un principio. Estaban acostumbradas a tales escenas, dijo, y no se las tomaban a pecho. Richard se calló que esta vez harían bien en tomársela muy a pecho.

Algunas de las Hermanas le sonrieron y le dijeron que esperaban tener la oportunidad de trabajar con él, mientras que unas pocas lo observaron con ceño y le advirtieron que serían inflexibles en exigirle lo mejor de él mismo. Richard sonrió y les prometió esforzarse el máximo, sin tener ni idea de a qué se comprometía.

Casi al final de la cena dos atractivas jóvenes, una ataviada con un vestido rosa de satén y la otra amarillo, entraron precipitadamente en el comedor, se fueron parando junto a diversas mesas y hablando

en susurros con otras jóvenes. Finalmente se acercaron al rincón que ocupaban Richard y Pasha.

Una de ellas se inclinó hacia Pasha y le preguntó:

—¿Te has enterado? —Pasha la miró inexpresivamente—. Jedidiah se cayó por un tramo de escaleras —le dijo la otra. Los ojos le brillaban, disfrutando del cotilleo. Entonces se inclinó más si cabe, muy excitada por lo que aún quedaba por decir—. Se ha roto una pierna.

—¡No! —exclamó Pasha—. ¿Cuándo? Pero si acabamos de verlo.

La joven soltó una risita y asintió.

—Es verdad. Acaba de pasar. Ahora lo atienden los sanadores. No hay que preocuparse; mañana por la mañana ya estará perfectamente.

—¿Cómo ha ocurrido?

La joven se encogió de hombros.

—Por torpeza. Tropezó con una alfombra y se cayó. Estaba tan furioso que redujo la alfombra a cenizas —añadió, bajando la voz.

—¡Fuego de mago! —susurró Pasha con incredulidad—. Y en palacio. Qué crimen tan...

—No, no, nada de fuego de mago. No seas tonta. Ni siquiera Jedidiah osaría hacer algo así. Era fuego normal y corriente. Pero quemó una de las alfombras más antiguas de palacio. A las Hermanas les ha disgustado mucho esa exhibición de mal genio y han ordenado que no le recompongan el hueso ni le alivien el dolor hasta mañana, como castigo.

Comunicado ya el cotilleo, tanto las miradas como las sonrisas de las dos muchachas se posaron en Richard. Pasha las presentó como dos amigas, Celia y Dulcy, novicias con respectivos pupilos. Richard fue muy cortés con ellas, alabó los vestidos que llevaban y su bonito pelo rizado. Las jóvenes estaban encantadas.

Cuando al fin se marcharon, Pasha lo cogió del brazo y le dio las gracias.

—¿Por qué?

—Nunca se me había permitido comer con las Hermanas ni con las novicias que tienen a su cargo un muchacho. Ésta ha sido la primera vez que he cenado con ellas, como si fuera una Hermana. Has sido amable y considerado con todo el mundo. Me he sentido muy orgullosa de ti. Además, estás muy guapo con esas ropas.

—Con ese vestido que llevas no te costaría nada conseguir un acompañante con modales mucho más refinados que los míos —repuso Richard, abriéndose el elegante cuello de la camisa—. Es la primera vez que me pongo una camisa blanca o con volantes, o un manto de este color rojo. Me siento ridículo.

Pasha esbozó una ufana sonrisa.

—Te aseguro que ni Celia ni Dulcy han pensado que estuvieras ridículo. Me sorprende que no te dieras cuenta de que estaban verdes de envidia. Estuvieron a punto de sentarse en tu regazo.

Richard se dijo que si a Celia y a Dulcy tanto les gustaba ese manto rojo, él estaría encantado de dárselo, pero nada dijo.

—¿Por qué un mago tan importante como Jedidiah no lleva ropa elegante?

—Solamente los aprendices de mago llevan ropa como ésa y se les permite ir a la ciudad. A medida que van progresando, cambia su modo de vestir. Cuanto más poderoso es un mago, más modestas son sus ropas. Es por esto por lo que Jedidiah lleva una túnica marrón tan sencilla, porque casi ha finalizado su entrenamiento.

—¿Cuál es el propósito de una norma tan extraña?

—Enseñar humildad. Quienes van más elegantemente vestidos, gozan de más libertad y disponen de todo el dinero que desean son quienes tienen menos poder. Nadie los respeta por esas cosas. De este modo los jóvenes aprenden que la maestría nace de dentro, no de los adornos externos.

—Así pues, se me degrada al llevar estas prendas. Yo ya llevaba ropa muy humilde.

—Aún no mereces vestir con humildad. A los muchachos se les permite ponerse de vez en cuando su propia ropa, si lo desean, pero no si son muy sencillas.

»Los habitantes de la ciudad reconocen las capacidades y el poder de un mago por la ropa que lleva. A los que visten con humildad no se les permite ir a la ciudad. —Pasha sonrió—. Algún día, cuando hayas progresado lo suficiente, podrás ponerte una túnica de mago.

—No me gustan las túnicas. Prefiero la ropa que llevaba.

—Cuando te quiten el collar y abandones el palacio podrás llevar lo que te apetezca. Naturalmente,

la mayoría de los magos respetan la túnica típica de su profesión y la llevan el resto de sus días.

Richard cambió de tema.

—Quiero ver a Warren. Dime cómo llegar a él.

—¿Ahora? ¿Esta noche? Richard, ha sido un día muy largo y aún tengo que darte tu primera lección.

—Tú dime sólo cómo bajar a las criptas. ¿Estará Warren allí siendo tan tarde?

—Que yo sepa, se pasa la vida allí. Creo que duerme incluso rodeado de libros. Me quedé muy sorprendida al verlo hoy aquí arriba. Dará que hablar durante semanas.

—No quiero que piense que me he olvidado de él. Dime cómo bajar.

—Bueno —suspiró Pasha—, si insistes en ir, te acompañaré. Mi misión es escoltarte adonde quieras ir en el Palacio de los Profetas. Al menos, de momento.

## 22

En el mismo corazón del Palacio de los Profetas iniciaron el descenso hacia las criptas. Mientras que en los niveles superiores las escaleras eran elegantes, a medida que bajaban se convertían en utilitarias escaleras de piedra, con los bordes anteriores de los escalones redondeados y lisos. Las sirvientas, tan numerosas en los niveles superiores, abajo brillaban por su ausencia.

Los muros revestidos con paneles dieron paso a la piedra. En algunos lugares Richard tenía que agacharse para pasar por debajo de enormes vigas. Ya no había lámparas colgadas de las paredes, sino antorchas colocadas a bastante distancia entre sí. Los sonidos de palacio se iban perdiendo en la lejanía, siendo reemplazados por un silencio total. Algunos corredores rezumaban humedad.

—¿Qué hay aquí abajo? —quiso saber Richard.

—Los libros de profecías, además de libros de historia y los anales de palacio.

—¿Por qué se guardan aquí?

—Para protegerlos. Las profecías son peligrosas para mentes simples. Todas las novicias estudian libros de profecías, pero sólo a determinadas Hermanas se les permite leerlos todos y trabajar con ellos. Los jóvenes magos que demuestran un don especial para las profecías son enseñados por esas Hermanas.

»Son pocos los jóvenes que trabajan y estudian en las criptas, pero podría decirse que Warren es respecto a las profecías lo que Jedidiah es para otros tipos de magia. Cada mago tiene una especialidad. Nosotras trabajaremos contigo hasta descubrir cuál es tu habilidad innata. Hasta entonces, poco podremos progresar en tu entrenamiento.

—Sí, la hermana Verna ya me dijo algo sobre eso. Bueno, ¿y cuál crees tú que es mi talento?

—Por lo general es fácil saberlo según el carácter del muchacho. A quienes les gustan los trabajos manuales acaban fabricando objetos mágicos, a quienes les gusta ayudar a los enfermos o heridos se convierten en sanadores. Así funciona la cosa.

—¿Y yo?

Pasha lo miró rápidamente a hurtadillas.

—Ninguna de nosotras había conocido antes a alguien como tú. Todavía no tenemos ninguna idea. Pero lo descubriremos —añadió, más animada.

En la penumbra vieron una enorme puerta redonda de piedra tan ancha como alto era Richard. Estaba abierta. Daba acceso a cámaras excavadas en la roca sobre la que se alzaba el palacio. Las lámparas apenas conseguían iluminar el lugar. Se veían algunas mesas largas, ajadas por el tiempo, repletas de libros y papeles, así como largas estanterías que cubrían las paredes a ambos lados. Dos mujeres leían a la luz de las velas y tomaban notas.

Una de ellas alzó la mirada y preguntó a Pasha:

—¿Qué estás haciendo aquí abajo, pequeña?

Pasha hizo una reverencia.

—Hemos venido a ver a Warren, Hermana.

—¿A Warren? ¿Por qué?

Justo entonces Warren hizo acto de aparición, saliendo rápidamente de la oscuridad.

—No pasa nada, hermana Becky. Yo les pedí que vinieran.

—Bueno, la próxima vez te agradecería que nos avisaras primero.

—Sí, Hermana, lo haré.

Warren se metió entre los dos jóvenes y, con familiaridad, los cogió por el brazo para conducirlos hacia las estanterías. De pronto, al darse cuenta de que estaba tocando a Pasha, retiró bruscamente esa mano y enrojeció.

—Estás... deslumbrante, Pasha.

—Caramba, muchas gracias, Topo. —También Pasha enrojeció y le puso una mano sobre el hombro—. Perdona, Warren... se me ha escapado. Quería llamarte Warren.

El joven mago sonrió.

—Tranquila, Pasha. Ya sé que todo el mundo me llama Topo. Creen que es un insulto, pero yo me lo tomo como un cumplido. Verás, un topo es capaz de moverse con seguridad por la oscuridad mientras que otros están ciegos. Es algo muy parecido a lo que yo hago; veo donde otros no ven nada.

Pasha suspiró, aliviada.

—Me alegro, Warren. Topo, ¿te has enterado ya de que Jedidiah se ha caído por un tramo de escaleras y se ha roto una pierna?

—¿De veras? —Warren buscó los ojos de la muchacha—. Tal vez el Creador quería enseñarle que cuando uno va por ahí con la cabeza demasiado alta no ve por donde pisa.

—No creo que Jedidiah prestara atención a las lecciones del Creador. Me han dicho que se enfureció tanto que redujo a cenizas una alfombra de mucho valor.

Warren seguía mirándola a los ojos.

—Eres tú quien debería estar enfadada y no Jedidiah. Te dijo unas cosas muy crueles. Nadie debería tratarte de ese modo.

—Por lo general es muy amable conmigo, pero debo admitir que iba hecha un desastre.

—Algunos de estos libros parecen un desastre por fuera, pero lo que importa es lo que contienen y no el polvo que los cubre.

Pasha se ruborizó.

—Caramba, muchas gracias, Topo.

Warren miró entonces a Richard.

—No estaba seguro de que fueras a venir. Muchos dicen que vendrán, pero nunca lo hacen. Me alegro mucho de que estés aquí. Ven conmigo. Pasha, me temo que tú tendrás que esperar aquí.

—¡Qué! —La joven se inclinó tanto hacia adelante que Richard temió que los senos se le salieran por el escote—. Yo también voy.

—Es imposible. Tengo que llevar a Richard a una de las cámaras traseras. Tú eres una novicia, y a las novicias no se les permite ir allí.

Pasha esbozó una cálida sonrisa al tiempo que se erguía.

—Topo, si una novicia no puede ir, ¿cómo es que un nuevo estudiante sí?

—Porque él aparece en las profecías. Si los profetas consideraron adecuado hablar sobre él, supongo que no se les ocurriría prohibirle que leyera lo que escribieron.

Warren se mostraba mucho más seguro de sí mismo allí abajo, en su elemento, que en la parte superior de palacio. No cedía. Pasha le frotó el hombro. Warren bajó la vista hacia la mano de la joven.

—Warren, tú eres el Topo, tú muestras a otros el camino. Yo estoy a cargo de Richard; yo le muestro el camino. Estaría incumpliendo mi deber si permitiera que fuese a algún sitio sin mí. Acaba de llegar. Estoy segura de que podrás hacer una excepción en este caso, ¿verdad, Warren? Es para ayudar a Richard, para que comprenda la profecía y sepa cómo debe servir al Creador. ¿No crees que es lo suficientemente importante?

Por fin Warren apartó los ojos de la muchacha y les dijo que esperaran. Se acercó a las dos Hermanas y habló con ellas en susurros. Luego volvió con una sonrisa en los labios.

—La hermana Becky ha accedido. Le he dicho que entiendes un poco de d'haraniano culto, por si te pregunta.

—¿Qué es d'haraniano culto? Warren, ¿quieres que mienta a una Hermana? —Pasha estaba escandalizada.

—Estoy seguro de que no te preguntaré. —El muchacho desvió la mirada—. Lo he hecho por ti, Pasha. He mentido yo para que tú no tuvieras que hacerlo.

—Warren, si te cogen en un renuncio, ya sabes qué te harán.

El joven mago le dirigió una leve sonrisa angustiada.

—Sí, lo sé.

—¿Qué le harán? —preguntó Richard, súbitamente receloso.

—Olvídalo —replicó Warren con un impaciente ademán—. Vamos, seguidme.

Richard y Pasha tuvieron que apresurarse, pues Warren ya se sumergía rápidamente en la oscuridad. Pasaron junto a estanterías dispuestas en hilera muy próximas entre sí hasta llegar a un muro de roca sólida. Warren posó la mano encima de una placa metálica y una parte del muro se desplazó, permitiendo así el acceso a otra sala. Era de dimensiones muy reducidas, con una mesa y quizás una docena de estanterías. La iluminaban cuatro lámparas y, en comparación, parecía muy brillante.

Dentro Warren posó la mano sobre otra placa y el muro volvió a cerrarse, sepultándolos en piedra y silencio. Entonces acercó una silla a Pasha e hizo que Richard se sentara a su derecha. Finalmente cogió de una estantería un libro encuadernado en piel y lo colocó cuidadosamente ante Richard.

—Por favor, no lo toques —le advirtió—. Es muy antiguo y frágil, y últimamente lo han leído más de lo habitual. Yo pasaré las páginas.

—¿Quién lo ha estado leyendo? —quiso saber Richard.

—La Prelada. —En los labios de Warren aleteó una sonrisa—. Siempre que baja aquí, vienen primero sus dos formidables guardianas y nos hacen salir a todos. De este modo la Prelada tiene todas las bóvedas para ella sola y nadie sabe qué lee.

—¿Qué formidables guardianas? —inquirió Pasha—. ¿Te refieres a las dos Hermanas que trabajan en la antesala de su oficina?

—Sí. La Hermana Ulicia y la Hermana Finella.

—Hoy las hemos visto. Yo no las calificaría de formidables —apuntó Richard.

Warren bajó la voz de manera muy significativa.

—Si algún día te cruzas en su camino, cambiarás de opinión. Entonces te parecerán formidables.

La expresión del joven mago dio mucho que pensar a Richard.

—Si os hacen salir a todos, ¿cómo sabes tú qué ha estado leyendo?

—Simplemente lo sé. —Warren miró el libro sobre la mesa—. Últimamente lee sobre todo libros de esta sala. Yo vivo con estos libros. Cuando alguien los toca, me doy cuenta. ¿Ves esta mancha en el polvo? No es mía sino de la Prelada.

Con mucho cuidado Warren abrió la tapa y con ambas manos fue pasando las amarillentas páginas. Richard fue incapaz de reconocer ninguna palabra, ni tampoco ninguna letra, pero en una de las páginas le pareció reconocer algo, un dibujo que despertó en él un recuerdo profundamente enterrado en su memoria. Warren siguió pasando páginas hasta que al fin halló lo que buscaba. Se inclinó por encima del hombro de Richard y señaló.

—Ésta es la profecía que mencionaste. —Warren rodeó la mesa hacia la derecha—. Es la original, escrita por la propia mano del profeta. Muy pocas personas la han visto. ¿Entiendes d'haraniano culto?

—No. A mí me parecen garabatos —respondió Richard, echando un vistazo a la incomprensible escritura—. Dijiste que su significado es controvertido, ¿no?

Los ojos de Warren relucían.

—Eso es. Verás, se trata de una profecía muy antigua, tal vez tan antigua como este palacio o más. Ésta es la original escrita en d'haraniano culto, como todos los libros que se guardan en esta sala. Muy poca gente entiende d'haraniano culto.

—Comprendo —dijo Richard—. Quieres decir que la gente solamente ha leído las traducciones y hay motivos para pensar que esas traducciones quizá no son fieles al original.

—Exacto —susurró Warren, y sus movimientos se hicieron más animados—. Sí, sí, entiendes el problema. Pocos lo entienden. La mayoría cree que una cosa en un idioma tiene su equivalente exacto en otro idioma. Para poderlo traducir, lo interpretan de un modo que se adecue a lo que ellos creen que tiene que significar, pero al hacerlo dan a la profecía en su conjunto un significado que puede, o no, ser el que pretendía el profeta.

—Sin tener en cuenta posibles significados distintos —completó Richard—. De modo que, cuando

traducen, sólo dan una versión. No pueden traducir su ambigüedad.

Warren echó el cuerpo hacia adelante, emocionado.

—¡Sí! ¡Eso es! Es justamente lo que ellos son incapaces de comprender y justamente por eso discuten sobre las diferentes traducciones, como si hubiera una más correcta que la otra. Pero se trata de d'haraniano culto y...

Las palabras de Warren se fueron apagando. Richard miraba fijamente la página. Sentía que las imágenes que contenía lo atraían, casi como si le susurraran algo. Era la primera vez que veía esas palabras, pero de algún modo tocaban una profunda cuerda en su interior.

Lentamente, sin poder evitarlo, alargó una mano hacia una de las palabras, y posó un dedo sobre ella.

—Ésta —susurró como si estuviera en trance. Los trazos de la letra parecieron alzarse de la página con vida propia y enrollarse alrededor de su dedo. Las negras líneas acariciaban su carne con una familiaridad fruto de la intimidad. También flotaba ante sus ojos la imagen de la *Espada de la Verdad*.

Warren alzó la vista del libro. Había palidecido.

—*Drauka* —murmuró—. Es la palabra que genera la controversia. *Fuer grissa ost drauka*: el portador de la muerte.

—¿Dónde está la controversia? —preguntó Pasha—. ¿Quieres decir que esas palabras se pueden traducir de otro modo?

Warren respondió con un vago gesto de la mano.

—Bueno, sí y no. Ésa es la traducción literal. Lo que genera controversia es su significado.

Richard apartó la mano y la imagen de la espada se desvaneció.

—Muerte —intervino entonces—. La palabra muerte tiene varios significados.

Warren se inclinó tanto hacia adelante que casi acabó estirado encima de la mesa.

—¡Sí! ¡Lo entiendes!

—Muerte está clara como el agua —dijo Pasha.

Warren se enderezó y se frotó las manos.

—No, Pasha. En d'haraniano culto no. El arma que llevan las Hermanas, el *dacra*, proviene de la palabra *drauka*. *Drauka* significa muerte o muerto como cuando decimos: «El *mriswith* que Richard mató está muerto». *Drauka*. Muerto. Pero tiene otros significados. *Drauka* también representa las almas de los muertos.

—¿Estás diciendo que *drauka* en ese sentido puede significar «el portador de almas»? —inquirió Pasha, frunciendo el entrecejo.

—No —repuso Richard y susurró el segundo significado de la palabra—. Espíritus. El portador de espíritus.

—Exactamente —convino Warren en voz queda—. Ésa es la segunda interpretación.

—¿Cuántos significados tiene la palabra *drauka*?

«Tres», pensó Richard.

—Tres —contestó Warren.

Richard conocía el tercero.

—El *inframundo* —susurró, mirando fijamente la palabra *drauka* escrita en el libro—. El reino de los muertos. Ése es el tercer significado de *drauka*.

Pálido como un fantasma, Warren se inclinó hacia él.

—¿No me has dicho que no entiendes d'haraniano culto? —Richard negó lentamente con la cabeza, sin apartar los ojos del libro. Warren se humedeció los labios con la lengua—. Por favor, dime que no tienes sangre d'haraniana.

—Mi padre era Rahl el Oscuro —repuso Richard suavemente—. Era el mago que gobernaba D'Hara y antes que él mi abuelo, Panis Rahl.

—Que el Creador nos asista —susurró Warren.

Pasha posó una mano sobre el brazo de Richard al tiempo que se inclinaba hacia los dos jóvenes.

—¿*Inframundo*? ¿Cómo es posible que signifique *inframundo*?

—Porque el *inframundo* es el reino de los muertos —le aclaró Warren.

Pasha frunció el entrecejo.

—Pero ¿cómo es posible que signifique «portador del *inframundo*»? Es imposible portar el

inframundo.

Richard miraba fijamente adelante sin ver nada.

—Sí, es posible si rasgas el velo.

El silencio resonó en la cámara de piedra. Pasha los miraba alternativamente. Ella fue la primera en hablar.

—Pero a mí me enseñaron que cuando una profecía contiene una palabra extranjera con diferentes significados, tiene que interpretarse en el contexto. Si es así, es fácil descifrar su significado fijándose en cómo se usa.

Warren enarcó una ceja.

—Justamente ésa es la cuestión polémica. Verás, en esta profecía se habla de cosas interpretables según los tres posibles significados de la palabra *drauka*. Dependiendo del significado que le quería dar el profeta, sus palabras quieren decir una u otra cosa. Ésta es la razón por la que no puede ser interpretada con certeza. Es como un perro que se persigue la cola. Cuanto más lo intentas, más acabas dando círculos sobre lo mismo.

»Es por eso que deseo tanto conocer qué significado quería el profeta dar a la palabra *drauka*. Si lo supiera, podría descifrar con exactitud el resto de la profecía. Sería el primero en entenderla después de tres mil años.

Richard apartó su silla de la mesa.

—Bueno, como ya he dicho, no se me dan nada bien los acertijos. Pero prometo que pensaré en ello —añadió con una sonrisa forzada.

Warren se animó.

—¿De veras lo harás? Te agradecería mucho que me ayudaras.

Richard le apretó un hombro.

—Te doy mi palabra.

—Será mejor que empecemos ya con tu lección, Richard —dijo Pasha, poniéndose de pie—. Se está haciendo tarde.

—Gracias a los dos por venir. Apenas recibo visitas.

Pasha encabezó la marcha hacia la puerta. Justo había pasado la joven cuando Richard colocó la mano encima de la placa metálica del muro.

La puerta se fue cerrando con un chirrido. Pasha golpeó la piedra con los puños, pues la abertura que quedaba era demasiado estrecha para poderla cruzar de nuevo. Les gritaba que la abrieran. Cuando la puerta acabó de cerrarse su voz dejó de oírse. Richard y Warren se quedaron en silencio.

Warren miraba fijamente la placa metálica.

—¿Cómo lo has hecho? Acabas de empezar tu entrenamiento de mago. Se supone que te falta mucho aún para activar un escudo con tu han.

Como no tenía respuesta para eso, Richard hizo caso omiso a la pregunta.

—Dime qué querías decir con que sabías que te harían las Hermanas si te cogían en un renuncio.

Las manos de Warren se alzaron hasta su collar.

—Bueno, que me harían daño.

—¿Quieres decir que utilizarían la magia del collar para infligirte dolor?

El joven aprendiz de mago asintió con la cabeza mientras cerraba los puños alrededor de su túnica.

—¿Lo hacen a menudo eso de provocarnos dolor con el rada'han?

—No, a menudo no. Pero para ser mago tienes que superar antes una prueba de dolor. De vez en cuando vienen y me causan dolor con el rada'han para comprobar si he aprendido lo suficiente para pasar la prueba del dolor —explicó Warren, retorciéndose la ropa.

—¿Y cómo se pasa esa prueba?

—Bueno, supongo que consideran que la has pasado cuando soportas el dolor sin suplicarles que paren. Ellas nunca me dicen qué debo hacer para superarla. —Warren estaba pálido como la cera—. Nunca he sido capaz de aguantar sin suplicarles que pararan. Cuando aprendes a soportar lo que te dan, ellas te dan más.

—Ya me imaginé que sería algo así. Gracias por decírmelo. —Richard se acarició la barba—. Warren, necesito tu ayuda.

El joven se enjugó las lágrimas con las mangas.

—¿En qué puedo ayudarte yo?

—Me dijiste que hay profecías que hablan de mí. Necesito que estudies todo lo que puedas encontrar sobre mí. Y sobre las Torres de Perdición y el valle de los Perdidos. También tengo que saberlo todo acerca del velo. —Richard señaló el libro colocado encima de la mesa—. Cuando pasabas páginas vi un dibujo. Era algo parecido a una lágrima. ¿Sabes qué es?

Warren se acercó al libro y pasó páginas hacia atrás.

—¿Esto?

—Sí, eso es. —Richard recordó haberlo visto colgado del cuello de Rachel en la visión que tuvo de ella y de Chase en el valle de los Perdidos. De pronto apareció en su mente la imagen de Zedd, y el corazón le latió con más fuerza—. Se parece a algo que vi. ¿Qué es?

Warren lo miró con aire perplejo.

—Es la piedra de Lágrimas. ¿Qué quieres decir con que la viste?

—¿Qué es la piedra de Lágrimas?

—Bueno, no estoy seguro. Tendré que investigar, pero creo que tiene algo que ver con el velo, si es que interpretamos *drauka* como inframundo. ¿Qué quieres decir con que la viste?

Richard volvió a hacer caso omiso a la pregunta.

—Warren, también necesito más información sobre la piedra de Lágrimas y todo lo que puedas encontrar sobre la gente que vivía en el valle de los Perdidos, los baka ban mana. Ese nombre significa «quienes no tienen señor». Y sobre alguien a quien ellos llaman el *Caharin*.

Warren lo miraba boquiabierto.

—Eso es mucho trabajo.

—¿Me ayudarás, Warren?

El muchacho bajó la vista y empezó a jugar con la túnica.

—Con una condición. Yo nunca salgo de aquí. No es que no me guste estudiar las profecías, pero la gente cree que no me interesa nada más. Me gustaría ver el campo alrededor de palacio; el bosque, las colinas...

»Pero los espacios abiertos me asustan —prosiguió, retorciendo los dedos—. El cielo es tan grande... Ésa es la otra razón por la que siempre me quedo aquí abajo, porque me siento seguro. Pero estoy harto de vivir como un topo. Quiero salir afuera y ver el mundo. ¿Podrías... bueno, podrías enseñarme el campo? Me das la impresión de ser alguien muy acostumbrado a estar al aire libre, y creo que me sentiría seguro si fuera contigo.

Richard le dirigió una cálida sonrisa.

—Has dado con la persona indicada, Warren. Antes de que todo esto empezara yo era guía de bosque. No conozco todavía todo el campo que rodea el palacio, pero puedes estar seguro de que pronto lo conoceré. Me encantaría ser tu guía. Sería como volver a los viejos tiempos.

El rostro de Warren se iluminó.

—Gracias, Richard. Tengo muchas ganas de ver lugares abiertos. Necesito poner un poco de aventura en mi vida. Empezaré a buscar ahora mismo lo que me has pedido, pero las Hermanas también me dan trabajo, por lo que investigaré cuando pueda. Y, para ser sincero, me temo que me costará bastante tiempo. Hay miles de libros aquí abajo. Tardaré meses hasta empezar de verdad.

—Warren, es posible que esto sea lo más importante que vayas a estudiar nunca. Tal vez te ahorres tiempo si empiezas a leer todo lo que la Prelada ha estado leyendo.

Warren esbozó una astuta sonrisa.

—¿No decías que no se te dan bien los acertijos? Sí, eso mismo pensaba hacer yo. —La sonrisa se tornó gesto de preocupación—. ¿Para qué quieres saber todo eso?

Richard estudió largamente los ojos azules de su interlocutor.

—Porque yo soy *fuer grissa ost drauka*, Warren. Sé qué significa.

Warren le agarró la manga del manto rojo.

—¿Lo sabes? ¿Sabes cuál es la traducción correcta? —Los dedos le temblaban—. ¿Me lo dirás?

—Si prometes no decírselo a nadie, por ahora. —Warren asintió—. Nadie ha podido establecer cuál es la traducción correcta porque, al tratar de justificar una invalidan el conjunto. —Warren frunció el entrecejo. Richard se inclinó hacia él—. Warren, las tres son correctas.

—¿Qué? —susurró Warren—. ¿Cómo es posible?

—He matado a gente con esta espada. Ergo, soy el portador de la muerte en ese sentido. Ése es el primer significado de *drauka*.

»Pero para vencer en situaciones desesperadas, por ejemplo contra el *mriswith*, he usado la magia de la espada para conjurar los espíritus de quienes la empuñaron antes que yo. He resucitado a los muertos, he conjurado el pasado en el presente. En ese sentido, soy el portador de los espíritus. Ése es el segundo significado de *drauka*.

»Y en cuanto al tercer significado, el de traer el inframundo, tengo razones para creer que, de un modo u otro, he rasgado el velo. Ése es el tercer significado de *drauka*.

Warren ahogó un grito.

—Es muy importante que encuentres la información que te he pedido. Me temo que no me queda mucho tiempo.

Warren asintió.

—Lo intentaré. Pero creo que confías demasiado en mí.

—Confío en alguien capaz de romper una pierna a Jedidiah.

—Yo no he hecho nada de eso. Jedidiah es un mago poderoso. Yo jamás osaría enfrentarme a él.

—Oh, venga ya, Warren. Tienes cenizas de la alfombra quemada en los hombros de la túnica.

Warren se limpió frenéticamente el lugar indicado.

—Pero ¿qué dices? Yo no veo nada.

Richard esperó hasta que Warren alzó los ojos.

—Entonces ¿por qué te limpias?

—Yo..., bueno,...

Richard le colocó una mano sobre la espalda para tranquilizarlo.

—No pasa nada, Warren. Yo creo en la justicia y pienso que Jedidiah ha tenido su merecido. No se lo diré a nadie. Y tú tampoco debes decir a nadie lo que hemos hablado.

—Tengo que avisarte, Richard. Ayer hiciste algo muy peligroso al proclamar ante todas las Hermanas que eres el portador de la muerte. Es una profecía muy conocida y polémica. Algunas Hermanas creen que significa que eres quien mata y tratarán de congraciarse contigo. Pero otras creen que significa que resucitarás a los muertos y conjurarás los espíritus, y éstas querrán estudiarte. Y por último las hay que creen que significa que romperás el velo, de modo que el Innombrable vendrá para acabar con todos nosotros. Ésas es posible que traten de matarte.

—Lo sé, Warren.

—Entonces ¿por qué les dijiste que eres de quien habla la profecía?

—Porque soy *fuer grissa ost drauka*. Cuando llegue el momento mataré a cualquiera de ellas para librarme de este collar, si es necesario. Era de justicia avisarlas primero, darles la oportunidad de seguir con vida.

Warren se llevó los dedos al labio inferior.

—Pero tú no harías daño a Pasha, ¿verdad? A Pasha no.

—Espero no tener que hacer daño a nadie, Warren. Tal vez con la información que me proporcionas, no tendré que hacerlo. Odio ser *fuer grissa ost drauka*, pero eso es lo que soy.

Los ojos de Warren se llenaron de lágrimas.

—Por favor, no hagas daño a Pasha.

—Warren, Pasha me gusta. Creo que por dentro es una persona maravillosa, como tú dijiste. Yo solamente mato para defenderme o para proteger la vida de personas inocentes. No creo que Pasha me dé nunca motivos, pero debes entender que si tengo razón y el velo está rasgado, hay mucho más en juego que la vida de una sola persona. Ni la mía, ni la tuya, ni la de Pasha.

Warren asintió.

—He leído las profecías. Lo entiendo. Buscaré lo que me has pedido.

Richard trató de tranquilizarlo con una afable sonrisa.

—Todo saldrá bien, Warren. Soy el Buscador; daré lo mejor de mí mismo. No quiero hacer daño a nadie.

—¿El Buscador? ¿Qué es eso?

—Ya te lo explicaré otro día.

Richard colocó la mano sobre la placa metálica y la puerta se abrió. Warren no salía de su asombro.

—¿Cómo eres capaz de hacer eso?

Pasha los esperaba con calma, haciendo esfuerzos para que su rostro no reflejara enojo.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

—Cosas de hombres —contestó Richard, mientras cruzaba la puerta.

—¿Cómo que cosas de hombres? —insistió la joven, deteniéndole al ponerle una mano sobre el brazo.

Richard buscó con la mirada los cálidos ojos castaños de Pasha.

—Le he retorcido el brazo hasta obligarlo a que me contara lo de la prueba de dolor. He tenido que preguntarle a él, porque a ti se te olvidó mencionarlo. ¿O acaso pensabas callártelo hasta que llegara el día de causarme dolor?

Pasha se frotó los brazos desnudos como si tuviera frío.

—Yo no hago eso, Richard. Yo soy sólo una novicia. Las Hermanas lo hacen.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Las lágrimas inundaron los ojos de la joven.

—Porque no me gusta que se haga daño a nadie. No quería asustarte con algo que tal vez no pase hasta dentro de mucho tiempo. A veces la espera es peor que el hecho en sí. No quería que tuvieses que esperar con miedo.

—Ya. —Richard soltó un largo suspiro—. Bueno, supongo que es una buena razón. Pasha, te pido perdón por lo que he pensado de ti.

Pasha forzó una sonrisa.

—¿Empezamos ya nuestra lección?

Lejos ya de las criptas, fueron avanzando por pasillos y atravesaron varios edificios hasta llegar, al fin, a la Residencia Guillaume que albergaba sus habitaciones. Mientras ascendían la escalinata de mármol se oía el frufú del vestido de Pasha. Tanto las paredes como las columnas eran de un abigarrado mármol color tostado a juego.

Pese a que era un lugar muy hermoso, con salones muy elegantes, no era tan impresionante como el Palacio del Pueblo en D'Hara. Si no conociera aquel magnífico edificio, la opulencia del Palacio de los Profetas lo habría dejado anonadado. Pero ahora se limitaba a fijarse en su distribución por si en el futuro lo necesitaba. Arriba, mientras avanzaban por otro ancho pasillo de suelo alfombrado, Richard vio a muchachos llevando asimismo el rada'han. Por fin llegaron a su habitación.

Pasha se disponía ya a girar el pomo de la puerta cuando Richard la detuvo cogiéndole la muñeca.

—Hay alguien dentro —anunció.

## 23

—Mi deber es velar por ti —dijo Pasha.

La muchacha usó su han para soltar la muñeca de la garra de Richard, echándolo a un lado como si tuviera una mano invisible y luego entró en tromba. Por su parte, Richard dio una voltereta, se levantó, desenvainó la espada y voló tras ella. Solamente unos rescoldos alumbraban la oscura habitación. Ambos se detuvieron de golpe en la oscuridad casi completa.

De una silla situada junto al hogar brotó una voz.

—¿Esperas un mriswith, Richard?

—¡Hermana Verna! —Richard envainó de nuevo el arma—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La mujer se levantó, hizo un gesto con la mano hacia una lámpara y encendió así la mecha.

—No sabía si te habías enterado. —Su rostro mostraba una expresión hermética—. Vuelvo a ser una Hermana de la Luz.

—¿De veras? Es estupendo.

La hermana Verna unió las manos en relajado gesto.

—Puesto que soy de nuevo una Hermana, he querido venir para hablar contigo en privado un momento. —Echó una rápida mirada a Pasha—. Es sobre un asunto pendiente entre Richard y yo.

La novicia miró alternativamente a Richard y a la Hermana.

—Bueno, supongo que el vestido que llevo no es el más cómodo para dar una lección. Iré a cambiarme. Buenas noches, Hermana —se despidió, haciéndole una reverencia—. Me alegro mucho de que seáis de nuevo Hermana; es como debía ser. Richard, gracias por haber sido tan caballeroso esta noche. Volveré cuando me haya cambiado.

Richard se quedó de cara a la puerta después de que Pasha la hubo cerrado a su espalda.

—Caballeroso —comentó la hermana Verna—. Me alegra oírlo, Richard. Yo también quería darte las gracias por haberme devuelto mi condición de Hermana. La hermana Maren me ha explicado lo que pasó.

Richard se volvió hacia ella, riendo.

—Has pasado conmigo mucho tiempo, Hermana, pero necesitas más práctica contando mentiras. Aún no eres del todo convincente.

La mujer no pudo reprimir una leve sonrisa.

—Bueno, la hermana Maren me dijo que rogó al Creador que la guiara, tras lo cual decidió que, en vista de mi experiencia, lo serviría mejor siendo una Hermana. —Verna enarcó una ceja—. Pobre hermana Maren. Parece que desde que llegaste hay una epidemia de mentiras.

Richard se encogió de hombros.

—La hermana Maren hizo lo justo. Creo que tu Creador estará complacido.

—Me he enterado de que has matado a un mriswith. Las noticias corren como la pólvora en palacio.

Richard se acercó a la chimenea, se apoyó sobre la repisa de mármol oscuro y clavó la vista en los rescoldos.

—Bueno, no tuve elección.

La hermana Verna le acarició el pelo.

—¿Estás bien, Richard? ¿Cómo te van las cosas?

—Estoy bien. —Richard se sacó el tahalí por encima de la cabeza y lo dejó a un lado. A continuación arrojó el manto rojo sobre una silla—. Aunque estaría mejor si no tuviera que llevar esta ridícula ropa. Supongo que es un precio muy pequeño a cambio de la paz. Por ahora. ¿De qué querías hablarme, Hermana?

—No sé qué hiciste para que volvieran a ascenderme, Richard, pero te doy las gracias. ¿Significa esto que te gustaría que fuésemos amigos?

—Sólo si me quitas este collar. —La Hermana desvió la mirada—. Algún día, Hermana, tendrás que elegir. Espero que, cuando ese día llegue, te pongas de mi lado. Después de todo por lo que hemos pasado juntos, odiaría tener que matarte, aunque sabes que soy muy capaz. Sabes cuál sería mi respuesta. Pero supongo que no has venido sólo a darme las gracias.

—Ya te he dicho otras veces que estás usando tu han sin saber qué estás haciendo, ¿recuerdas?

—Sí, pero yo no creo que esté usando mi han.

Verna arqueó una ceja.

—Richard, has matado a un mriswith. Que yo sepa, es una hazaña que nadie había conseguido en los últimos tres mil años. Para eso has tenido que usar tu han.

—No, Hermana, lo que usé fue la magia de la espada.

—Richard, te he estado observando y he aprendido algo acerca de ti y de tu espada. La razón por la cual nadie ha sido capaz de matar a un mriswith es porque no lo vieron llegar. Ni siquiera el han de las Hermanas y los magos los avisaba de que el monstruo se aproximaba. Es posible que tu espada haya matado al mriswith, pero fue tu han quien te avisó de que se acercaba. Estás usando tu don sin control.

Richard se sentía cansado y no tenía ganas de discutir. Se dejó caer sobre una cómoda butaca y recordó cómo había presentado la presencia del mriswith, cómo había visto en su mente que se acercaba.

—No entiendo qué estoy haciendo, Hermana. El mriswith apareció y yo simplemente me defendí.

Verna se sentó frente a él.

—Míralo de este modo, Richard: has matado a una de las bestias más mortíferas de las que pueblan el Viejo Mundo, pero esa muchacha de grandes ojos castaños y que, en términos de poder, no es más que un gorrión respecto a un halcón, que serías tú, ha usado su han para arrojarte al suelo. Espero que te esforzarás mucho en tus estudios para aprender a controlar tu han. Tienes que controlarlo.

La mujer lo miró de hito en hito.

—¿Por qué fuiste al bosque Hagen si te advertí que era muy peligroso? Quiero saber la razón real, no una excusa, sino lo que realmente te movió a hacerlo. Por favor, dime la verdad.

Richard se estiró hacia atrás y clavó la mirada en el techo. Al fin asintió con la cabeza.

—Fue como si algo me atrajera hacia allí; una necesidad, un fuerte anhelo. Era como si sintiera la necesidad de aporrear una pared con el puño, y ése era el modo de hacerlo.

El joven se temía que la Hermana fuera a soltarle un sermón, pero no fue así. Cuando habló, su tono era comprensivo.

—Richard, he estado hablando con algunas amigas. Ninguna de nosotras lo sabe todo sobre la magia de palacio, en especial del bosque Hagen. Pero hay razones para creer que el bosque Hagen fue colocado ahí específicamente para determinados magos.

Richard estudió la serena expresión de la mujer, las arrugas que surcaban su rostro y la sinceridad de su mirada.

—¿Me estás diciendo que, si siento la necesidad de aporrear una pared con el puño, tal vez debería hacerlo?

—El Creador nos ha dado el hambre para que comiéramos, porque necesitamos comer.

—¿Cuál sería el propósito de un hambre como la mía?

La Hermana meneó la cabeza.

—No lo sé. Por segunda vez en muchos días la Prelada se ha negado a recibirme. Pero voy a tratar de encontrar algunas respuestas. Mientras tanto, te suplico que no te acerques al bosque Hagen a la puesta del sol.

—¿Es eso lo que has venido a decirme, Hermana?

La mujer apartó la mirada e hizo una pausa, en tanto se frotaba la frente con dos dedos. Parecía indecisa. Richard nunca la había visto así.

—Richard, están ocurriendo cosas que no entiendo y que están relacionadas contigo. Las cosas no van cómo deberían. —En respuesta al gesto de curiosidad de Richard, explicó—: Aún no puedo hablar de ello. —La mujer se aclaró la garganta—. Richard, no confíes en todas las Hermanas.

—Hermana, no confío en ninguna.

Esas palabras hicieron brotar una fugaz sonrisa en los labios de Verna.

—Por el momento, eso es lo mejor. Ya te he dicho lo que quería. Pienso encontrar las respuestas pero, de momento, bueno, digamos que sé que harás lo necesario para protegerte.

Una vez que la hermana Verna se hubo marchado, Richard pensó en sus palabras así como en lo que le había revelado Warren. Sobre todo pensó en la piedra de Lágrimas.

No comprendía por qué la magia del valle de los Perdidos había conjurado una visión de Rachel con un objeto al cuello que él nunca había visto antes. Las otras visiones habían nacido de sus anhelos y sus temores. Tal vez había visto a Rachel porque echaba de menos a su amigo Chase. Pero ¿por qué Rachel llevaba al cuello algo que él no había visto en la vida y que después reconocía en el dibujo de un libro?

Quizá no era la misma cosa. Richard trató de convencerse de que no lo era, aunque algo dentro de sí le decía lo contrario.

Por mucho que echara de menos a Chase y a Rachel, lo que realmente había captado su atención había sido la piedra que la niña llevaba al cuello. Era como si Rachel se la llevara por encargo de Zedd, y Zedd había estado allí con él, apremiándolo a que cogiera la piedra.

La llamada de Pasha a la puerta lo arrancó de sus elucubraciones. La joven se había puesto un sencillo vestido gris pardusco, con botones rosa por delante que lo cerraban hasta el cuello. Aunque la tapaba mucho más que el vestido verde, estaba cortado de modo que resaltara sus curvas. El hecho de que la tapara tanto sólo conseguía hacer mucho más atrayente su cuerpo, y el color ponía de relieve la suavidad de sus cabellos castaños.

La muchacha se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, sobre la alfombra azul y amarilla colocada frente a la chimenea. Se cubrió las rodillas cuidadosamente con el vestido y luego alzó la mirada.

—Ven. Siéntate aquí, delante de mí.

Richard se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Pasha le indicó con un gesto que se acercara más hasta que sus rodillas se tocaron. Entonces le cogió las manos y se las sostuvo suavemente encima de las rodillas de ambos.

—La hermana Verna no hacía esto cuando practicábamos.

—Es porque el rada'han tiene que hallarse dentro del campo de influencia de la magia de palacio. Hasta ahora has tratado de tocar tu han tú solo. Pero, a partir de ahora, yo o una Hermana te ayudaremos con nuestro han. Así progresarás más rápidamente.

—Muy bien. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Te explicó la hermana Verna cómo debes tratar de llegar hasta tu han? ¿Cómo concentrarte para hallarlo dentro de ti? —Richard asintió—. Pues eso es lo que quiero que hagas. Mientras tú tratas de localizarlo, yo canalizaré mi han a través del rada'han para guiarte.

Richard rebulló ligeramente hasta ponerse más cómodo. Pasha retiró una mano y se abanicó la cara.

—Después de llevar el otro, este vestido me da mucho calor.

La muchacha se desabrochó los cinco botones superiores y luego le cogió de nuevo la mano. Richard echó un vistazo al fuego, fijándose en los leños para después poder calcular cuánto tiempo había pasado hasta que volviera a abrir los ojos. Cada vez que buscaba su han perdía la noción del tiempo; a él le parecían pocos minutos, pero normalmente transcurría al menos una hora.

Así pues, cerró los ojos y visualizó la *Espada de la Verdad* contra un fondo uniforme. Conforme el silencio caía sobre él al buscar su paz interior, su respiración se fue haciendo más y más lenta. Entonces inspiró profundamente y se sumergió en ese apacible centro.

Era consciente de las manos de Pasha en las suyas, de sus rodillas que se tocaban e incluso de la respiración de la joven en armonía con la suya. Era agradable estar cogidos de las manos. No se sentía aislado, como siempre que practicaba. Richard ignoraba si Pasha estaba usando la magia del collar para acompañarlo en esa búsqueda, pero sintió que caía en espiral más profundamente que en veces anteriores.

Flotaba sin esfuerzo en un lugar en el que no existía el tiempo ni las preocupaciones. Fuera lo que fuera su han, no sintió ni vio nada que no hubiera sentido o visto antes. Era como siempre, sólo que esta vez estaba más relajado y era consolador tener a Pasha junto a él. Al rato empezó a ser consciente de que tenía el cuerpo agarrotado y a percibir el calor del fuego. El frío acero de la espada era como un núcleo de hielo en ese calor.

Al fin abrió los ojos. Pasha abrió los suyos. Los leños no eran más que brasas. Habían pasado al menos dos horas.

Por el cuello de Pasha descendía un hilo de sudor.

—Madre mía, pero qué calor hace esta noche.

Se desabrochó más botones. Muchos. Ahora enseñaba más que cuando llevaba el vestido verde. Richard tuvo que hacer un esfuerzo para posar la mirada en sus suaves ojos. Pasha le dirigió una leve sonrisa de seguridad en sí misma.

—No he sentido nada —confesó Richard—. No he sentido mi han. Aunque tampoco sé qué se supone que debo sentir.

—Yo tampoco lo sentí, pero debería haberlo hecho. Qué extraño. —La joven se rió suavemente con una expresión de desconcierto, pero enseguida se animó—. Es algo que requiere práctica. ¿Sentiste mi han? ¿Te ayudó?

—No, no sentí nada.

Pasha hizo un mohín y frunció el entrecejo.

—¿No notaste mi presencia? —Richard negó con la cabeza—. Bueno, cierra los ojos y lo intentaremos de nuevo.

Era muy tarde y Richard no quería seguir practicando, pues lo dejaba agotado. No obstante, obedeció. Cerró los ojos y se concentró en tratar de conjurar de nuevo la imagen de la espada.

De repente sintió los labios de Pasha contra los suyos. Abrió los ojos. La joven presionaba. Tenía los ojos cerrados y la frente fruncida. Entonces le cogió el rostro con ambas manos.

Richard la agarró por los hombros y la empujó hacia atrás. Pasha abrió los ojos y se humedeció los labios.

—¿Eso sí lo has notado? —inquirió, coqueta.

—Sí.

—Por lo que parece —añadió, enlazándole el cuello con un brazo—, no lo suficiente.

Suavemente Richard interpuso una mano entre él y Pasha, que trataba de acercarse de nuevo. Como no quería avergonzarla, procuró hablar con voz agradable.

—Pasha, no.

La joven le acarició el estómago con la mano libre.

—Es tarde. Ya no queda nadie por aquí. Si vas a sentirte más cómodo, protegeré la puerta con un escudo. No tienes de qué preocuparte.

—No estoy preocupado. Es que... no quiero.

Pasha lo miró algo dolida.

—¿No te parezco bonita?

Richard no quería ofenderla ni enojarla, pero tampoco quería alentarla.

—No es eso, Pasha. Eres muy atractiva. Es sólo que...

Pasha se desabrochó otro botón. Richard posó una mano sobre la de ella para detenerla. La situación se estaba poniendo difícil; Pasha era su maestra. Si la enojaba o la humillaba, las cosas se pondrían peligrosas. No podía permitirse tener a Pasha en su contra, pues podría coartarle en sus planes.

La muchacha se levantó el vestido más arriba de las rodillas y le puso una mano sobre su muslo.

—¿Te gusta más esto? —preguntó con voz entrecortada.

Richard se quedó de piedra ante el firme y sensual contacto de esa carne. Entonces recordó las palabras de la hermana Verna cuando le dijo que pronto encontraría otro par de bonitas piernas. Desde luego ésas lo eran, y Pasha no hacía nada por ocultarlas. Richard apartó la mano.

—Pasha, tú no lo entiendes. Creo que eres una joven muy hermosa y...

Pasha le pasó los dedos por la barba, contemplándole con fijeza.

—Y yo creo que tú eres el hombre más apuesto que haya visto nunca.

—No, eso no...

—Me encanta tu barba. No te la afeites nunca. Creo que todos los magos deberían dejarse la barba.

Richard recordó la ocasión en la que Zedd había usado Magia de Suma para hacerse crecer una barba y enseñarle una lección, y luego se la había afeitado, ya que no podía hacerla desaparecer con magia pues para ello necesitaría Magia de Resta, y los magos no poseían ese tipo de magia. La Magia de Resta pertenecía al inframundo.

Richard le agarró la muñeca y le apartó la mano de su rostro. Para Richard esa barba simbolizaba su cautividad, que era un prisionero. Los prisioneros no se afeitan, le había dicho a la hermana Verna. Pero ése no era el momento más adecuado para explicárselo a Pasha.

La muchacha le besó en el cuello. Por alguna razón Richard era incapaz de detenerla. Tenía unos labios tan suaves... y sentía su insistente respiración muy cerca de una oreja. Fue como si ese beso lo recorriera por completo, hasta los dedos de los pies, algo parecido a cuando Pasha había tocado su rada'han. El hormigueo le adormecía el cerebro. En su interior gruñó. Los besos de Pasha estaban venciendo su resistencia.

Cuando Denna lo tenía prisionero con un collar, no había tenido elección; ni siquiera la muerte lo habría salvado de hacer cualquier cosa que Denna deseara. Y aún se sentía avergonzado por ello.

Ahora llevaba otro collar y Pasha usaba algún tipo de magia con él, pero esta vez sabía que tenía elección. Así pues, se obligó a agachar la cabeza y apartar los labios de Pasha. Suavemente la apartó de sí.

—Pasha, por favor...

—¿Cómo se llama la chica a la que quieres? —preguntó ella, enderezándose ligeramente.

Richard no quería decirle el nombre de Kahlan. Era su vida; algo privado. Pasha y las demás eran sus carceleras, no sus amigas.

—Eso no importa —repuso—. No se trata de eso.

—¿Qué tiene ella que yo no tenga? ¿Es más guapa que yo acaso?

«Tú eres una chica y ella es una mujer», pensó Richard, pero no podía decirle eso. «Tú eres una bonita vela y Kahlan es el amanecer.» Pero también eso tenía que callárselo.

Si desairaba a Pasha, se acabaría la tregua. Tenía que rechazarla sin despertar su resentimiento ni que se sintiera desdenada.

—Pasha, me siento honrado. Estoy halagado, de verdad. Pero hace sólo un día que me conoces. Apenas sabemos nada el uno del otro.

—Richard, el Creador nos da deseos y también el placer de satisfacerlos para que conozcamos su belleza a través de su creación. No hay nada malo en eso. Es algo muy hermoso.

—También nos ha dado una mente para que decidamos qué está bien y qué está mal.

Pasha alzó ligeramente el mentón.

—¿Bien y mal? Si ella te amara, estaría contigo. No te habría dejado ir. Eso está mal. Esa mujer piensa que no eres lo suficientemente bueno para ella, y por eso quería librarse de ti. Si le importaras, se habría quedado contigo. Ella no está aquí, pero yo sí, y a mí sí que me importas. Yo lucharía para mantenerte a mi lado. ¿Acaso ella luchó?

Richard abrió la boca, pero sentía tal dolor que no le salieron las palabras. Era como si hubiera perdido toda la voluntad de seguir adelante, dejando en su interior nada más que un vacío. Era un cascarón sin vida.

Pasha le acarició una mejilla.

—Ya te darás cuenta de que a mí me importas, Richard. Me importas mucho más que a ella. Ya lo verás. Está bien hacerlo con alguien que se preocupa por ti como yo. —La joven frunció el entrecejo, inquieta—. A no ser que me encuentres poco atractiva. ¿Es eso? Has visto muchas mujeres y crees que, en comparación, soy fea. ¿Es así?

Richard le enmarcó un lado del rostro con una mano.

—Pasha, eres... cautivadora. No es eso. —El joven notaba la garganta seca y tragó saliva. Tenía que lograr que sus palabras sonaran sinceras—. Pasha, te pido que me des un poco de tiempo. Es demasiado pronto. ¿Lo entiendes? ¿Podrías amar a un hombre que olvidara sus sentimientos por otra tan rápidamente? Por favor, dame tiempo.

Pasha lo rodeó con sus brazos y recostó la cabeza contra su pecho.

—Ayer, cuando me abrazaste tan tiernamente, supe que era otra señal de que el Creador te había enviado para mí. Supe que jamás querría a ningún otro. Puesto que seré tuya para siempre, puedo esperar. Tenemos todo el tiempo que quieras. Ya te darás cuenta de que soy la mujer que te conviene. Tú avísame cuando estés listo, y seré tuya.

Richard lanzó un suspiro mientras Pasha salía de la habitación. Apoyó la espalda contra la puerta, pensativo. No le gustaba engañar a Pasha y hacerle creer que con el tiempo sus sentimientos hacia ella cambiarían, pero debía hacer algo. Qué poco conocía Pasha a las personas si creía que podría lograr amor a través de la lujuria.

Entonces sacó el mechón de pelo de Kahlan y lo hizo girar entre los dedos, contemplándolo. Estaba enfadado por lo que Pasha había dicho sobre Kahlan; que no luchó por él. Pasha nunca sabría las luchas por las que él y Kahlan habían pasado, las dificultades que tuvieron que superar, las angustias que habían sufrido juntos, las batallas que habían librado codo con codo. Probablemente Pasha ni siquiera podía concebir a una mujer con la inteligencia, la fuerza y el coraje de Kahlan.

Pues claro que Kahlan había luchado por él. Más de una vez había arriesgado su vida por él. ¿Cómo podía Pasha saber los terrores que Kahlan había afrontado valerosamente y había vencido? Pasha no le llegaba ni a la suela de los zapatos a Kahlan.

Richard se volvió a guardar el mechón en un bolsillo y desechó los pensamientos sobre Kahlan. No podía soportar esa pena. Tenía otras cosas que hacer.

Fue a la alcoba, colocó bien el espejo de cuerpo entero con marco de madera de fresno y luego fue a buscar la mochila de un rincón. De ella sacó la capa negra del mriswith y se la echó sobre los hombros. Entonces fue a mirarse al espejo.

Parecía una capa normal y corriente. Y bastante bonita, por cierto. El corte y la longitud eran las correctas; el mriswith era más o menos de su talla. El tejido era pesado y de un negro azabache, casi tanto como la piedra noche que Adie le había dado para cruzar el paso, casi tan negro como las cajas del Destino. Casi tan negra como la noche eterna.

Pero lo que lo tenía intrigado no era el buen corte de la prenda.

Richard retrocedió hacia la pared de un marrón claro. Se echó la capucha alrededor del rostro y cerró la capa. Mientras contemplaba su imagen en el espejo, se concentró en la pared de detrás.

En un abrir y cerrar de ojos su imagen desapareció.

La capa había adoptado el color de la pared del fondo, de modo que solamente podía verse a sí mismo de pie contra ella si se fijaba mucho en los contornos de la prenda. Si se movía, resultaba un poco más sencillo distinguir su forma contra la pared. Pese a que la capa no le cubría el rostro por completo, de algún modo la magia de la prenda, o más probablemente la magia de la prenda unida a la suya propia

servían para enmascararla, envolviéndola asimismo en el color que lo ocultaba.

Eso explicaba que nadie se pusiera de acuerdo sobre de qué color era un mriswith.

Richard movió objetos a su espalda para descubrir qué efecto producía. Cuando se colocó mitad contra la pared mitad contra la silla sobre la que había arrojado el manto rojo, la capa imitó de manera bastante convincente tanto el color como la forma del manto. Aunque no era tan perfecto como cuando estaba delante de la pared, si no se movía nadie podría verlo.

El movimiento distorsionaba las imágenes complicadas que creaba la capa para adaptarse al entorno, aunque incluso así engañaba a la vista. Pero si se estaba quieto se desvanecía por completo delante de cualquier cosa. A veces el efecto que causaba mareaba. Cuando dejaba de concentrarse, la capa se tornaba negra.

Mientras se miraba en el espejo, ataviado con una sencilla capa negra, Richard se dijo que le iba a ser muy útil.

## 24

Las semanas fueron pasando, y Richard no tenía ni un momento de descanso.

Recordaba que Kahlan y Zedd le habían dicho que apenas quedaban magos con el don en la Tierra Central. No era de extrañar, pues al parecer todos ellos estaban en el Palacio de los Profetas. Allí vivían más de un centenar de adolescentes y muchachos. Por lo que Richard pudo descubrir, un buen número de los más mayores procedían de la Tierra Central y otros incluso de D'Hara.

El hecho de haber matado a un mriswith había hecho a Richard célebre entre los más jóvenes. Los más persistentes eran Kipp y Hersh, que lo seguían adondequiera que fuese, rogándole oír el relato de sus aventuras. Mientras que a veces hacían gala de una madurez rayana en sabiduría más propia de ancianos, otras veces no parecían interesados en otra cosa que en hacer diabluras, como todos los muchachos.

Por lo general las víctimas de sus travesuras eran las Hermanas. Nunca se cansaban de inventar nuevas bromas contra ellas, que normalmente tenían algo que ver con agua, barro o reptiles. Cuando los pillaban con las manos en la masa, a veces alguna Hermana explotaba, pero pronto los perdonaba. Por lo que Richard sabía, raramente el castigo iba más allá de un severo sermón.

Al principio los muchachos trataron de incluir a Richard entre sus víctimas. Pero Richard estaba muy ocupado y no tenía ni el tiempo ni la paciencia para aguantar bromas. Los chicos aprendieron pronto que Richard no se mostraba remiso ni lento a la hora de aplicar correctivos, por lo que éste se libró de sus cubos de agua.

El hecho de marcar límites le ganó la admiración de Kipp y Hersh. Los chicos parecían ansiosos de disfrutar de compañía masculina de más edad. Richard los recompensaba contándoles aventuras o, a veces, cuando iba de un lugar a otro y su presencia no le entorpecía, les enseñaba cosas sobre el bosque, sobre rastros y animales.

Kipp y Hersh deseaban estar a buenas con Richard, por lo que cuando éste quería o necesitaba estar solo, bastaba un gesto con el dedo o la cabeza para que los muchachos desaparecieran. Cuando estaba con Pasha, lo que implicaba que no podía hacer tareas más importantes, solía permitirles que revolotearan alrededor. Pese a sentirse frustrada por no poder estar nunca a solas con Richard, Pasha se alegraba de que gracias a él, Kipp y Hersh la hubieran borrado de su lista de objetivos. Era un alivio no encontrarse sus mejores vestidos empapados ni descubrir una serpiente en un chal.

De vez en cuando Richard les pedía que le hicieran recados sin importancia, sólo para ponerlos a prueba. Tenía planes para sus talentos.

Los otros jóvenes aprendices de mago deseaban enseñar a Richard la ciudad. Dos, Perry e Isaac, quienes vivían también en la Residencia Guillaume, lo llevaron hasta la taberna de la ciudad que frecuentaban la mayoría de los guardias, por lo que poco después pudo invitar a Kevin Andellmere a la cerveza que le prometiera.

Richard descubrió que muchos de los jóvenes no dormían en el palacio, sino en algunas de las lujosas posadas alrededor de la ciudad. No tardó mucho en saber por qué. Al igual que a él las Hermanas

les proporcionaban dinero, y ellos no dudaban en gastárselo a manos llenas. Iban vestidos como príncipes y se alojaban en las mejores habitaciones.

No faltaban mujeres dispuestas a compartir con ellos tanto lujo. Mujeres asombrosamente hermosas.

Cuando iba a la ciudad con Perry e Isaac no tardaban en estar rodeados de mujeres atractivas. Richard jamás había conocido a mujeres tan descaradas. Cada noche los jóvenes seleccionaban a una de ellas, a veces a varias, les compraban un regalo —un vestido o una chuchería—, y luego desaparecían con ellas en sus aposentos.

Los dos le dijeron que si no quería molestarse en comprar regalos simplemente podía acudir a un burdel, pero le aseguraron que las prostitutas no eran ni mucho menos tan jóvenes ni atractivas como las mujeres que los abordaban en la calle. No obstante, tuvieron que admitir que a veces, cuando no estaban de humor de ser amables para lograr favores sexuales, iban a los burdeles.

El rada'han atraía a las mujeres como la miel a las abejas. Richard empezaba a ver bajo una nueva luz el comentario de la hermana Verna en el sentido de que pronto encontraría otro par de bonitas piernas. Perry e Isaac creían que estaba loco por rechazar todas las ofertas, y en ocasiones Richard se preguntaba si acaso no tendrían razón.

Cuando les preguntó si no temían que los padres de esas muchachas les rompieran el cráneo, ellos dos rieron y le contestaron que a veces eran los propios padres quienes les ofrecían a sus hijas. Richard, escandalizado, les preguntó entonces si no les preocupaba dejar embarazada a una mujer a la que ni siquiera conocían. Pero Perry e Isaac le explicaron que, en caso de «accidente», el palacio se hacía cargo de la mujer, del niño e incluso de toda la familia.

Al ser preguntada por la razón de tan extraña convención, Pasha cruzó los brazos sobre los senos y le dio la espalda para explicarle que los hombres tenían impulsos incontrolables que podían ser un estorbo en sus estudios, por lo que las Hermanas los animaban a que satisficieran sus necesidades. Era por eso por lo que ella no lo acompañaba cuando iba a la ciudad por la noche; porque tenía prohibido interferir con sus... necesidades.

Entonces se volvió de nuevo hacia él y le suplicó que, de tenerlas, acudiera a ella, que si lo hacía ya no querría estar con otras mujeres. O que, si también iba a la ciudad, ella fuera una de las mujeres con las que se acostara. Pasha le prometió que era muy capaz de satisfacerlo mejor que cualquier otra y se ofreció a demostrarlo.

Tales palabras dejaron estupefacto a Richard, por no hablar del descaro que reflejaban. Aseguró a Pasha que solamente iba a la ciudad para ver los lugares de interés. Él nunca había tenido oportunidad de dar vueltas por una ciudad, pues había crecido en el bosque. Richard le explicó que allí de donde venía no era correcto tratar a las mujeres de ese modo.

También le prometió que si alguna vez la necesidad lo abrumaba acudiría a ella. Pasha se alegró tanto al oírlo que no le importó que le recordara que aún no estaba preparado. Poco sospechaba ella que había días en los que Richard se sentía tan solo, que apenas podía resistir la tentación de entregarse a ella. Pasha era muy seductora y a veces a Richard le costaba un gran esfuerzo mantener las distancias.

A instancias de Richard, Pasha le mostró todas las áreas de palacio de acceso permitido, así como parte de la ciudad, y también lo llevó a los muelles para ver los barcos. Le explicó que se denominaban naves, porque navegaban por el mar. Richard jamás había visto algo tan grande mantenerse a flote. Pasha le explicó que esas naves comerciaban transportaban mercancías entre diferentes ciudades del Viejo Mundo situadas en la costa.

Pasha lo acompañaba a ver el mar y ambos se quedaban sentados durante horas, contemplando las olas o explorando las charcas dejadas por la marea. Richard descubrió con perplejidad que el mar subía y bajaba con las mareas, él solito. Pasha le aseguró que no tenía nada que ver con la magia de palacio, sino que era así en todas partes. El océano tenía a Richard embelesado. Pasha se contentaba con poder estar sentada a su lado. Pero Richard no podía permitirse el lujo de contemplar el océano a menudo, pues tenía cosas que hacer.

A Pasha no se le permitía acompañarlo a la ciudad por la noche para que tuviera libertad de ir con mujeres. Richard tenía que asegurarse constantemente que no era por eso por lo que iba a la ciudad de noche. Puesto que era cierto que no se acostaba con ninguna mujer, resultaba muy convincente. No obstante, no le decía lo que de verdad estaba haciendo.

Richard decidió que mientras el palacio quisiera proporcionarle dinero, él iba a gastárselo en financiar su caída. Se gastaba el dinero de palacio en todo lo que pudiera ayudarlo. Se convirtió en un asiduo de las tabernas y posadas que frecuentaban los guardias de palacio. Siempre que él estaba presente, los invitaba a rondas.

Procuraba asimismo aprenderse sus nombres y, por la noche, escribía en una libreta el nombre de cualquier guardia que hubiera conocido, así como cualquier cosa que pudiera averiguar sobre él o alguno de sus compañeros. Le interesaban muy especialmente los guardias apostados en el complejo que alojaba a la Prelada y en cualquier otro lugar de acceso prohibido para él. Cuando estaba en palacio solía detenerse junto a los guardias y charlar con ellos sobre su vida, su novia, su esposa, sus padres, sus hijos, sus platos favoritos y sus problemas.

A Kevin le compraba unos bombones muy caros que eran los preferidos de su novia, y que él no se podía permitir con su paga. Desde que le regalaba esos bombones a su novia, ésta estaba mucho más cariñosa con Kevin, por lo que el guardia siempre se alegraba de ver a Richard, aunque a veces tenía ojeras.

Richard prestaba dinero a cualquier guardia que se lo pidiera, sabiendo que jamás lo recuperaría. Si alguno se excusaba de no devolvérselo, Richard lo tranquilizaba y le decía que no se preocupara por eso.

Dos de los guardias más rudos, que protegían un área reservada en el ala oeste, se dejaban invitar a cerveza, pero no había modo de ganarse su simpatía. Richard se lo tomó como un reto. Al final tuvo la idea de contratar los servicios de cuatro prostitutas, dos para cada uno, para llamarles la atención. Cuando le preguntaron por qué lo hacía, Richard les respondió que el palacio le proporcionaba dinero y que no veía por qué sólo él debía disfrutarlo. Puesto que tenían que pasarse todo el día de pie protegiendo el palacio, era de justicia que el palacio corriera con los gastos de procurarles una mujer con la que yacer.

No pudieron resistirse. Al poco tiempo ya le guiñaban el ojo a hurtadillas cada vez que lo veían. Una vez dispuestos a aceptar sus regalos, Richard se encargó de darles motivos para que le guiñaran a menudo un ojo.

Como era de esperar, los dos guardias empezaron a jactarse de sus revolcones. Cuando los demás descubrieron que Richard les proporcionaba los servicios de prostitutas, le hicieron notar que no era justo beneficiar solamente a esos dos guardias. Richard admitió que el argumento tenía lógica. Muy pronto se dio cuenta de que no tenía tiempo para ocuparse de las peticiones de todos, y entonces se le ocurrió una idea.

Contactó con la madama de una casa de lenocinio dispuesta a emprender un novedoso negocio. A cambio de una cantidad fija, el establecimiento atendía solamente a los «amigos» de Richard. De hecho, según sus cálculos, de ese modo ahorrraba a palacio una bonita cantidad de dinero.

Para que los guardias recordaran a quien deber gratitud, debían pronunciar el santo y seña «soy amigo de Richard Cypher» para poder entrar. Ésa era la única condición. Cuando la madama se quejó a Richard de que tenía más negocio del que había previsto, Richard le aumentó sin regatear el tanto fijo.

Cuando lo asaltaban los escrúpulos sobre la moralidad de su proceder, Richard se recordaba que él no podía cambiar lo que los demás eligieran hacer y que de ese modo no sería necesario que los matara cuando llegara el momento. Tenía sentido.

Un día estaba con Pasha y uno de los hombres le guiñó un ojo. La novicia le preguntó por qué, y él contestó que porque lo acompañaba la mujer más atractiva de palacio. Pasha sonrió durante una hora.

Richard acostumbró a los guardias a verlo con la capa negra del *mrishwith*. Para tener a Pasha contenta, solía ponerse el manto rojo que tanto le gustaba a la joven cuando iba con ella, aunque también se ponía los otros: el negro, el azul oscuro, el marrón o el verde. Lo que más gustaba a Pasha era llevarlo a la ciudad, pero también lo acompañaba en sus excursiones por el campo para tratar de compartir sus intereses.

Los guardias eran soldados de la Orden Imperial destacados en palacio. La Orden Imperial gobernaba todo el Viejo Mundo, aunque seguía una política de no intervención respecto al Palacio de los Profetas. Los soldados nunca interferían con ninguna Hermana ni ningún hombre que llevara un *rada'han*.

La misión de los guardias era encauzar a toda la gente que acudía a la isla Pihuela. Cada día la gente se agolpaba en los puentes que conducían al palacio. Las Hermanas recibían peticiones de todo tipo; algunos pedían caridad, otros que mediaran en conflictos y otros más deseaban ser guiados en la sabiduría del Creador. Y por fin estaban los que consideraban sagrada la morada de las Hermanas de la Luz e iban a

rezar a los patios distribuidos por toda la isla.

Richard se enteró de que, por grande que fuese Tanimura, no era más que una de las muchas ciudades del Viejo Mundo, situada en el límite del imperio. Al parecer, el emperador de la Orden Imperial tenía un acuerdo con el palacio para proporcionar guardias, pero él no dictaba la ley. Richard sospechaba que los guardias eran los espías del emperador en una zona del imperio que se escapaba de su dominio. El joven se preguntaba qué recibiría el emperador a cambio.

También averiguó que al menos en una de las áreas restringidas vivía un «invitado especial» de las Hermanas que nunca salía, aunque no pudo descubrir nada más.

Richard empezó a poner a prueba la lealtad de los guardias pidiéndoles favores sencillos e inofensivos. Por ejemplo, dijo a Kevin que le gustaría regalar a Pasha una de las rosas especiales que solamente crecían en el jardín de la Prelada. Luego exhibió a la novicia con la rosa amarilla frente a Kevin. El guardia sonrió orgulloso.

Richard usó la misma excusa de las flores en otras áreas restringidas, o aducía que deseaba contemplar la vista del mar desde lo alto de un muro en particular. Para tranquilizar a los guardias y calmar sus recelos, procuraba estar siempre bien a la vista.

Al poco tiempo todos los guardias estaban ya acostumbrados a sus incursiones y Richard podía ir y venir cuando se le antojara. Era su amigo; un amigo valioso en el que se podía confiar.

Puesto que disponía de tantas flores exóticas de las áreas restringidas, decidió usarlas en su favor; se las regalaba a las Hermanas que practicaban con él. Al principio el regalo las dejaba desconcertadas. Pero Richard les explicó que consideraba especiales a las Hermanas que practicaban con él y que, por tanto, no podía regalarles una flor cualquiera sino que tenían que ser también especiales y muy difíciles de conseguir. Además de ruborizarlas, tal explicación lograba desarmarlas y echar por tierra las sospechas que inevitablemente despertarían sus frecuentes visitas a las zonas restringidas.

Aunque, según sus cálculos, en palacio vivían unas doscientas Hermanas, solamente seis trabajaban con él.

Las hermanas Tovi y Cecilia eran mayores y tan amables como dos entrañables abuelas. Tovi siempre llevaba galletitas u otra cosa especial a sus sesiones, mientras que Cecilia insistía en peinarle con los dedos para dejarle la frente despejada, y antes de marcharse le daba un beso en ella. Ambas se sonrojaban hasta la raíz de los cabellos cuando Richard les regalaba flores exóticas. Al joven le costaba mucho pensar en ellas como enemigas potenciales.

La primera vez que la hermana Merissa apareció en su puerta, Richard se quedó sin habla. Su pelo oscuro y sus opulentas formas cubiertas por un vestido rojo lo hicieron tartamudear como un pobre tonto. La hermana Nicci, que siempre vestía de negro, causaba el mismo efecto en él. Cada vez que clavaba en él sus ojos azules, Richard casi se olvidaba de respirar.

Estas Hermanas eran mayores que Pasha —más o menos de la edad de Richard o un poco más— y se conducían con seguridad y pausada gracia. Aunque Merissa era morena y Nicci rubia, ambas parecían cortadas por el mismo extraordinario patrón.

Las dos parecían relucir por el poder del han que emanaba de ellas. A veces Richard tenía la impresión de que oía cómo el aire crepitaba a su alrededor. Ninguna de ellas caminaba; ambas se deslizaban como cisnes, frías y serenas. No obstante, Richard estaba seguro de que eran capaces de fundir hierro con su plácida mirada.

Nunca sonreían abiertamente, sino que solamente se dignaban esbozar leves sonrisas contenidas, y sólo cuando lo miraban a los ojos. Entonces Richard sentía que el corazón le latía más rápido.

En una ocasión ofreció a la hermana Nicci una de las exóticas flores de un área restringida. La explicación de dónde la había conseguido y del porqué se le fue de la cabeza. La Hermana tomó con cautela la rosa blanca entre el índice y el pulgar, como si temiera contaminarse, y mirándolo a los ojos le dirigió una de sus típicas sonrisas contenidas y le dio las gracias en tono indiferente. Richard recordó que Pasha le había contado que algunos chicos regalaban ranas a las Hermanas. Desde entonces nunca más volvió a regalar flores ni a la hermana Nicci ni a la hermana Merissa. Cualquier cosa que no fuese una joya de valor incalculable sería un insulto.

Ni una ni la otra daban las clases sentadas en el suelo. De hecho, la mera idea de que las hermanas Nicci o Merissa se sentaran en el suelo se le antojaba ridícula. Las hermanas de más edad, Tovi y Cecilia, sí lo hacían, al igual que Pasha, y en ellas le parecía algo perfectamente natural. Las hermanas Nicci y

Merissa se sentaban en una silla y le cogían las manos sobre una mesilla. Era muy erótico, y Richard sudaba.

Ambas hablaban con una plácida economía de palabras que añadía un aire de nobleza a su comportamiento. Aunque ninguna de ellas se le insinuó directamente, de algún modo lograron transmitir a Richard la seguridad de que estaban disponibles para pasar la noche con él. Richard nunca pudo hallar nada específico en sus palabras que confirmara tal impresión, pero no tenía ninguna duda. Por el hecho de tratarse de insinuaciones veladas, Richard podía fingir no entenderlas, y ellas nunca se rebajaron al nivel de esclarecerlas.

El joven rezaba para que nunca le hicieran una oferta explícita, pues sabía que en ese caso tendría que morderse la lengua hasta partirla en dos para no decir que sí. Ambas le hacían pensar en las palabras de Pasha sobre los irrefrenables impulsos masculinos. Era la primera vez que Richard conocía a una mujer que lo hiciera tartamudear y comportarse con tal torpeza, que parecía tonto. Las hermanas Nicci y Merissa eran la encarnación de la lujuria en su estado más puro.

Cuando Pasha supo que Merissa y Nicci eran dos de sus maestras, se encogió de hombros levemente y dijo que ambas tenían mucho talento y que estaba segura de que lo ayudarían a alcanzar su han. No obstante, se ruborizó.

Y cuando Perry e Isaac supieron que Merissa y Nicci eran dos de sus maestras, estuvieron a punto de tener una apoplejía. Ambos afirmaron que renunciarían para siempre a todas las mujeres de la ciudad por pasar una sola noche con una o con otra. Añadieron que, si algún día se le ofrecía la oportunidad, no podía rechazarla y que después querrían saber todos los detalles. Richard les aseguró que unas mujeres como ésas nunca se fijarían en un guía de bosque como él.

No osó decir en voz alta que ya se le habían ofrecido.

La quinta Hermana, Armina, era una mujer mayor y madura bastante agradable, aunque iba siempre derecha al grano. En vista de que Richard no tenía más suerte con ella que con las otras en encontrar su han, la Hermana lo tranquilizó, le dijo que con el tiempo lo conseguiría y que no debía preocuparse, aunque añadió que debía intentarlo con mayor ahínco. El regalo de las flores la sorprendió y la halagó. Su propia reacción aumentó su rubor. A Richard le gustaba por tener una personalidad sin dobleces.

La última, la hermana Liliana, era su favorita. Su fácil sonrisa lo desarmaba, y aunque era poco agraciada y huesuda, Richard la encontraba muy seductora justamente por su carácter abierto y su simpatía. Trataba a Richard como a un confidente. En su compañía Richard se sentía relajado. A veces pasaba con ella más tiempo del que podía permitirse y charlaban hasta bien entrada la noche, solamente por el placer de disfrutar de su compañía. Aunque no tenía amigas entre sus carceleras, Liliana era la que más se acercaba.

Cuando Richard le regaló una de sus especiales flores, ella se apartó el pelo castaño detrás de una oreja y se inclinó hacia él. Con mirada traviesa le preguntó cómo había logrado burlar a los guardias, y se rió al oír la historia que Richard se había inventado sobre deslizarse a hurtadillas a espaldas de los soldados. Liliana, muy orgullosa, se ponía la rosa en un ojal y la llevaba hasta que se marchitaba o Richard le regalaba otra.

Cuando lo tocaba en gesto amistoso era algo natural. Richard se descubrió poniéndole una mano sobre el brazo igual que cuando le contaba alguna anécdota de sus tiempos de guía de bosque. Ambos se reían a carcajadas hasta que los ojos se les llenaban de lágrimas y tenían que sujetarse las costillas.

La hermana Liliana le contó que se había criado en una granja y que le encantaba el campo. Richard la invitó varias veces a una comida campestre en las colinas. Liliana se sentía cómoda y feliz en la naturaleza y no le importaba ensuciarse el vestido. Richard no podía imaginarse ni a la hermana Merissa ni a la hermana Nicci poniendo uno de sus pies en la tierra, pero la hermana Liliana se dejaba caer al suelo junto a él sin hacer remilgos.

Liliana nunca se le insinuó, lo cual contribuyó mucho a que Richard se sintiera cómodo con ella. La Hermana nada sabía de fingimientos; realmente parecía disfrutar del tiempo que pasaba con él. Cuando Richard abría los ojos al final de la sesión y admitía que no había sentido su han, Liliana le apretaba las manos y le decía que no pasaba nada, que la próxima vez se esforzaría más por ayudarlo.

Richard le contaba cosas que no decía a las demás. Cuando le confesó con qué anhelo deseaba librarse del rada'han, la Hermana le puso una mano sobre el brazo y, guiñándole un ojo, le prometió que procuraría complacerlo y que, llegado el momento, ella misma se lo quitaría. Pero añadió que antes de

siquiera pensar en eso debía poner todo su empeño en aprender a controlar su han, y que ella confiaba en que lo lograría.

Luego dijo que otros muchachos trataban de olvidarse del collar acostándose con cualquier mujer disponible. La hermana Liliana comprendía que tenían necesidades, pero esperaba que si él decidía acostarse con una mujer sería porque le gustara de verdad y no para tratar de olvidar el rada'han. También le aconsejó que no tuviera tratos con prostitutas, pues eran sucias y podrían contagiarle algo.

Richard le confesó que estaba enamorado de una mujer y no quería serle infiel. La Hermana sonrió ampliamente, le dio una palmadita en la espalda y afirmó sentirse orgullosa de él. Richard no le contó que Kahlan le había enviado lejos, aunque deseaba hacerlo. Algún día, cuando no aguantara más, se lo diría a Liliana y ella lo comprendería.

Dado que se sentía tan cómodo en compañía de Liliana, tenía la impresión de que si había alguien capaz de ayudarlo a encontrar su han era ella. Deseaba que así fuera. Richard solamente había tenido un hermano y no sabía qué era tener una hermana, pero se imaginaba que de tener una sería como Liliana. Para él el título de Hermana aplicado a Liliana tenía un significado distinto del de las demás. Ella era como su alma gemela.

No obstante, algo le impedía abrirse totalmente a ella. Las Hermanas eran sus carceleras, no sus amigas. De momento, eran el enemigo, pero sabía que, cuando llegara el momento, Liliana estaría a su lado.

Las lecciones de Richard con las seis Hermanas le ocupaban como mucho dos horas al día que, en lo que a él respectaba, eran un desperdicio. No se hallaba más cerca de tocar su han que la primera vez que lo había intentado con la hermana Verna.

Cuando estaba solo aprovechaba para explorar los alrededores de palacio y descubrir hasta dónde llegaba su invisible cadena. Al llegar a la distancia límite que le permitía el rada'han sentía como si tratara de atravesar un muro de barro y piedra de tres metros de grosor. Era frustrante ver más allá, sin impedimentos, pero no poder seguir caminando.

Le sucedía a la misma distancia de palacio en cualquier dirección. Podía alejarse bastantes kilómetros, pero una vez que averiguó dónde estaba el límite, empezó a sentirse encerrado.

El día que descubrió su frontera, los límites de su prisión, fue al bosque Hagen y mató a otro mriswith.

Su único solaz de verdad era Gratch. Richard pasaba con él casi todas las noches. Luchaba con su peludo amigo, comía con él y dormía con él. Richard cazaba para Gratch, aunque el gar estaba aprendiendo a cazar por su cuenta. Fue un alivio para Richard, pues no tenía tiempo para estar con él cada noche. Hambriento o no, Gratch siempre se quedaba destrozado cuando una noche Richard no aparecía.

Al joven le preocupaba que Pasha pudiera localizarlo en todo momento gracias al rada'han, pero por casualidad descubrió una nueva capacidad de la capa del mriswith; lo ocultaba de Pasha. Cuando llevaba la capa, Pasha no podía localizarlo con su han.

Esas desapariciones la tenían perpleja, aunque se lo tomaba con filosofía; se decía que debía existir una explicación y que un día se le ocurriría. Pasha creía que se trataba de algún tipo de deficiencia por su parte y Richard nunca la sacó de su error.

Se daba cuenta de que ésa era la razón por la que nadie con el don se había apercebido nunca de la proximidad de un mriswith. Richard se preguntaba por qué él lo veía en su mente. Tal vez la hermana Verna tenía razón y estaba usando su han. Pero tanto Hermanas como magos sabían cómo usar su han y ninguno de ellos era capaz de detectar un mriswith.

Richard se sintió mucho mejor al saber que podía ir donde le apeteciera sin que Pasha supiera dónde estaba; le ahorraba tener que inventar excusas. Como le preocupaba que si Pasha descubría algún día la razón destruyera la capa, escondió otra por si acaso.

Cada vez que veía a Gratch, parecía haber crecido. Al final de su primer mes en palacio el gar ya era una cabeza más alto que él y bastante más fuerte. Cuando luchaban, Gratch tenía que ir con cuidado para no hacerle daño.

Richard también pasaba parte de su tiempo con Warren, al que ayudaba a acostumbrarse a estar en el exterior. Al principio lo llevaba a los patios de palacio de noche. Warren le había confesado que la magnitud del cielo y la extensión del paisaje lo asustaban, por lo que Richard pensó que de noche vería menos paisaje y tendría menos de lo que asustarse.

Warren le contó que las Hermanas lo habían tenido tanto tiempo bajo tierra, en las criptas, que se había acostumbrado a estar encerrado entre cuatro paredes, pero que ya se había hartado. Richard sentía lástima por él y quería ayudarlo. Sentía hacia el joven mago una genuina simpatía. Era una de las personas más inteligentes que conocía. Había pocas cosas que Warren no supiera.

Warren se ponía nervioso al alejarse de la seguridad del palacio, pero la presencia de Richard lo tranquilizaba y, además, nunca se reía de sus temores. Richard siempre se mostraba considerado y nunca lo obligaba a ir más allá si no se sentía cómodo. A decir de Richard, era como alguien que resulta herido y debe guardar cama un tiempo; luego cuesta recuperar los músculos anquilosados.

Después de unas cuantas semanas de salidas nocturnas, Richard empezó a acompañar a Warren en excursiones diurnas, primero sólo hasta las murallas para contemplar la inmensidad del cielo y el océano. Warren no se alejaba nunca de una escalera que condujera de vuelta a palacio, lo que le daba la seguridad de tener cerca una ruta de escape en caso necesario. Unas pocas veces tuvo que tomarla, y en esos casos Richard lo acompañó adentro y habló con él de otras cosas para que no pensara en la incómoda sensación que lo había asaltado. Richard le hacía llevar afuera un libro, para así distraerse leyendo y olvidarse del tamaño del cielo.

Un día muy soleado, cuando Warren ya se sentía cómodo al aire libre, Richard decidió hacer la prueba de llevarlo a las colinas. Al principio Warren se mostraba algo aturdido, pero cuando se sentaron en una roca desde la que se dominaba la campiña y la ciudad, Warren afirmó que creía que ya había dominado su miedo. Reconoció que aún se sentía nervioso, pero que tenía el miedo bajo control.

Ante el vasto paisaje que se extendía a sus pies, el joven sonrió, disfrutando de la vista que sus temores le habían impedido contemplar hasta entonces. Richard le dijo que estaba contento de haber podido ser su guía fuera de su madriguera de topo. Warren se echó a reír.

Warren declaró que necesitaba un poco de aventura en su vida y que ése sería el comienzo.

En cuanto a su investigación, apenas había podido encontrar información. Solamente había podido hallar algunas referencias en libros antiguos que hablaban del valle de los Perdidos y de los baka ban mana, pero lo poco descubierto era intrigante. A cambio de arrebatárles la tierra, los hechiceros habían otorgado a los baka ban mana el poder que en el futuro les permitiría recuperarla. Se decía que cuando el vínculo se uniera al poder de su guía espiritual, las torres caerían.

Richard recordó que Du Chaillu le había llamado *Caharin*, y que ahora eran marido y mujer. Eso podía entenderse como vínculo. Tal vez, con el paso del tiempo la palabra vínculo había sido entendida como matrimonio, cuando en realidad se refería a otra cosa.

Mientras contemplaban el vasto paisaje, Warren dijo:

—La Prelada ha estado leyendo profecías e historias que hablan del «guijarro en el estanque».

Richard aguzó los oídos. Recordó que Kahlan le cantó en una ocasión una tonada sobre los aulladores en la que se mencionaba «el guijarro en el estanque». Warren no conocía esas profecías a fondo y aún no se daba cuenta de su importancia.

—¿Conoces la Segunda Norma de un mago? —preguntó Richard.

—¿La Segunda Norma? ¿Es que los magos tienen normas? ¿Cuál es la Primera?

—¿Recuerdas la noche que Jedidiah se rompió la pierna y yo te dije que tenías un poco de ceniza de la alfombra? ¿Y tú trataste de limpiártela? Pues estaba usando la Primera Norma de un mago. —Warren puso ceño—. Piensa sobre ello y trata de averiguar cuál es. Mientras tanto es importante que aceleres la investigación.

—Bueno, ahora me será más fácil, porque la hermana Becky tiene mareos matutinos y no la tengo constantemente mirando por encima de mi hombro. Sí, está embarazada —confirmó ante el gesto de curiosidad de Richard.

—¿Son muchas las Hermanas que tienen hijos?

—Sí. Imagínate; con tantos magos jóvenes en palacio a los que ya no se permite ir a la ciudad... Las Hermanas satisfacen sus necesidades para que no interfieran en sus estudios.

Richard miró a Warren con recelo.

—¿Es tuyo el hijo de la hermana Becky?

Warren enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—No. —Sin apartar los ojos de la ciudad, añadió—: Me estoy reservando para la mujer a la que amo.

—Pasha.

Warren asintió. Richard posó la mirada en el Palacio de los Profetas y la ciudad que lo rodeaba. Necesidades.

—Warren, ¿todos los hijos de los magos heredan el don?

—Oh no. Se dice que hace miles de años, antes de que el Viejo Mundo y el Nuevo se separaran, nacían muchas personas con el don. Pero con el tiempo quienes ejercían el poder fueron matando a los más jóvenes con el don, para que nadie pudiera arrebatárselo. Tampoco permitían que se les enseñara. En el pasado los padres enseñaban a sus hijos, pero conforme nacían menos bebés con el don y éste se saltaba más y más generaciones, quienes poseían el conocimiento lo guardaban celosamente para sí. Ésta es la razón por la que fue creado el Palacio de los Profetas; para enseñar a los poseedores del don que no contaban con un maestro.

»Con el transcurso del tiempo, el don fue desapareciendo de la raza humana, del mismo modo que se elimina un rasgo concreto de una raza animal. De este modo los magos cada vez eran menos numerosos y tenían más poder.

»Ahora que el don casi está erradicado, los nacidos con él son muy poco habituales. Tal vez solamente uno de cada mil hijos de un mago lo hereda. Somos una raza en extinción.

Richard miró de nuevo el palacio y luego la ciudad. Con los ojos clavados en el palacio, se levantó.

—No es que satisfagan nuestras «necesidades» —susurró—, sino que nos están usando como sementales.

Warren también se puso en pie. Tenía el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Están usando el palacio, todos los jóvenes que viven en él, para engendrar magos.

El ceño de Warren se hizo más profundo.

—Pero ¿por qué?

Richard tensó la mandíbula.

—No lo sé, pero pienso descubrirlo.

—Bien —repuso Warren con una sonrisa—. Necesito una aventura.

Richard lo miró fríamente.

—¿Sabes qué es una aventura, Warren?

—Pues claro. Una experiencia emocionante.

—Aventura significa estar muerto de miedo, sin saber si vas a morir, ni si tus seres queridos podrán salvarse. Aventura es meterse en un lío tan grande que no sabes si podrás salir de él.

Warren jugó con el trenzado de su manga.

—Nunca lo había considerado así.

—Bueno, pues hazlo, porque estoy a punto de empezar una aventura.

—¿Qué vas a hacer?

—Cuanto menos sepas, de menos tendrás que preocuparte. Tú encuentra la información que te pedí. Si el velo está roto, nos veremos todos empujados a una aventura sin fin.

—Bueno —repuso Warren con mirada brillante—. Al menos he averiguado una cosa que te será de ayuda.

—¿Sobre la piedra de Lágrimas?

—Exacto. He descubierto que es imposible que la hayas visto. Está encerrada detrás del velo. Podría decirse que forma parte de éste.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que no puedo haberla visto?

—Segurísimo. La piedra de Lágrimas es el sello que mantiene al Innombrable prisionero en el mundo de los muertos, en el inframundo. Puede gobernar las almas de los muertos que están con él, pero le está vetado el paso a nuestro mundo. Justamente la piedra de Lágrimas se lo impide.

—Menos mal. —Richard soltó un suspiro de alivio—. Es fantástico, Warren. Buen trabajo. —Suavemente agarró la túnica del joven y lo acercó—. Estás seguro; es del todo imposible que la piedra de Lágrimas esté en este mundo, ¿no?

Warren negó con la cabeza, muy seguro.

—Imposible. El único modo de que la piedra estuviera en este mundo sería que atravesara la puerta. Richard empezó a sentir un hormiguelo en la carne.

—¿Puerta? ¿Qué puerta?

—Es algo así como un pasillo entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Fue construido con magia de ambos mundos y solamente puede abrirse usando ambos tipos de magia, tanto de Suma como de Resta. Puesto que el Innombrable habita el inframundo, solamente posee Magia de Resta y no puede abrirla. Y lo mismo ocurre con los magos de este mundo, que no pueden abrirla porque solamente poseen Magia de Suma.

Richard tenía ya la piel de gallina.

—¿Pero alguien que pudiera controlar ambos tipos de magia podría abrirla?

—Bueno, sí —tartamudeó Warren—. Siempre que tuviera la puerta. Pero se perdió hace más de tres mil años. Ha desaparecido. Tranquilo, estamos perfectamente a salvo.

Richard no sonreía. Aferró la túnica de Warren con ambas manos y lo atrajo bruscamente hacia sí.

—Warren, dime que la puerta no se llama magia del Destino. Dime que la puerta no son las tres cajas del Destino.

Lentamente los ojos de Warren se fueron abriendo hasta alcanzar el tamaño de dos monedas de oro.

—¿Dónde has oído ese nombre? —susurró en tono desasosegado—. Aparte de mí, solamente la Prelada y otras dos Hermanas a las que se les permite leer los libros en los que se llama a la puerta por su antiguo nombre lo conocen.

Richard apretó los dientes.

—¿Qué pasa si se abre una de las cajas?

—No es posible abrirlas —insistió Warren—. Es imposible. Ya te lo he dicho. Se necesitan ambos tipos de magia, tanto de Suma como de Resta.

—¿Qué pasa? —insistió Richard.

Con ojos aún desorbitados, Warren tragó saliva.

—En ese caso se abriría la puerta entre ambos mundos. El velo se rasgaría. El sello que retiene al Innombrable desaparecería.

—¿Y la piedra de Lágrimas estaría en este mundo? —Warren asintió. Richard lo agarró con más fuerza si cabe por la túnica—. ¿Y si esa caja se cerrara, se cerraría también la puerta? ¿Se colocaría el sello en su lugar?

—No. Bueno, sí, pero solamente puede cerrarla alguien con el don. Se precisa magia para cerrar la puerta. Pero si un poseedor del don cierra la caja, y con ello la puerta, rompe el equilibrio, pues solamente posee Magia de Suma. En ese caso el Innombrable se escaparía del inframundo. Más correctamente, el mundo de los muertos engulliría este mundo.

—Pues ¿cómo se puede cerrar la caja para mantener ambos mundos separados? —preguntó un agitado Richard.

—Del mismo modo que se abre la puerta. Con Magia de Suma y de Resta.

—¿Y qué hay de la piedra de Lágrimas?

—No lo sé. Tendré que estudiarla.

—Pues será mejor que te des prisa.

—No me digas que sabes dónde están las cajas —gimió Warren—. No las habrás encontrado, ¿verdad?

—¿Encontrarlas? La última vez que las vi, una estaba abierta e iba a engullir al bastardo de mi padre y enviarlo al inframundo.

Warren se desmayó.

## 25

Bajo los débiles rayos de un sol casi crepuscular una anciana esparcía cenizas procedentes de las hogueras sobre el hielo que cubría la ancha escalinata. Kahlan se congratuló de que la mujer no alzara la vista para ver quién era esa persona vestida con ropa de abrigo, un manto de piel blanco, que acarreaba una mochila y un arco, pues habría sabido que la Madre Confesora había regresado a Aydindril.

No estaba de humor para celebraciones esa noche. Estaba exhausta. Antes de ir a palacio había subido hasta el Alcázar del Hechicero situado en la ladera de una montaña, pero el alcázar estaba tan frío como la piedra y oscuro como la muerte. Pese a que los escudos protegían el lugar, ella, como Confesora, pudo entrar. Dentro no había nadie.

Zedd no estaba allí.

El alcázar estaba igual que la última vez que lo viera, tantos meses atrás, cuando partió en busca del gran mago. Lo había encontrado y había ayudado a poner fin a la amenaza de Rahl el Oscuro. Pero ahora necesitaba de nuevo al Maestro.

Desde que se despidiera del ejército de Galea, un mes antes, había vencido todo tipo de obstáculos para llegar a Aydindril, donde suponía a Zedd. Habían sufrido tormentas de varios días de duración, y la nieve había vuelto impracticables los pasos, lo que les había obligado a dar marcha atrás y buscar rutas alternativas. Había sido un viaje frustrante y agotador, aunque nada comparado con la desesperación de llegar a su meta y descubrir que Zedd no estaba allí.

Kahlan había tomado calles laterales, evitando el Bulevar de los Reyes, en el que se alzaban los palacios de los dignatarios, el personal y los soldados de todos los países con representación en Aydindril. Los reyes y las reinas de esos países se alojaban en sus palacios cuando se presentaban ante el Consejo. Los palacios competían en magnificencia, pues era una cuestión de prestigio, aunque ninguno podía compararse con el Palacio de las Confesoras.

Kahlan había evitado esa calle en particular porque allí la reconocerían, cosa que de momento no deseaba. Lo único que quería era encontrar a Zedd y, si eso no era posible, hablar con el Consejo. Así pues, se dirigió a la zona del servicio situada en un lateral, cerca de las cocinas.

Chandalen se había quedado en el bosque. No deseaba entrar en Aydindril, pues el tamaño de la ciudad y sus multitudes lo ponían nervioso, aunque él se negara a reconocerlo. Según él, simplemente se sentiría más cómodo durmiendo al aire libre. Kahlan no lo culpaba; después de pasar tanto tiempo en las montañas, tampoco ella se sentía cómoda en una ciudad, aunque en su caso ella había crecido en ese palacio y conocía las calles y los espléndidos edificios de Aydindril tan bien como Chandalen conocía la llanura que rodeaba la aldea de la gente barro. Estar rodeada de gente por todas partes la hacía sentirse encerrada, algo que nunca antes le había pasado.

Una vez que había cumplido con su misión de escoltarla sana y salva hasta Aydindril, Chandalen deseaba regresar junto a su gente. Kahlan comprendía perfectamente ese deseo, pero le pidió que descansara esa noche y que a la mañana siguiente fuese a despedirse de ella.

En cuanto a Orsk, le ordenó que se quedara junto a Chandalen. Su presencia era una carga para ella, su único ojo no la abandonaba ni un instante, corría a ayudarla en lo que fuera y bastaba una mínima indicación para que él hiciese la voluntad de Kahlan. Era como tener un perro continuamente pegado a los talones. Necesitaba descansar una noche de todo eso. Chandalen lo comprendió. Kahlan no sabía qué haría respecto a Orsk.

Una sofocante ráfaga de aire caliente le golpeó el rostro al cruzar la puerta de la cocina. Al oírla, una mujer delgada vestida con un impoluto delantal blanco se volvió hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Fuera, mendiga!

La mujer alzó el cucharón de madera con gesto amenazador, lo que impulsó a Kahlan a retirar la capucha del manto. La mujer ahogó una exclamación y Kahlan sonrió.

—Señora Sanderholt. Qué alegría verla de nuevo.

—¡Madre Confesora! —La mujer cayó de rodillas y unió las manos—. ¡Oh, Madre Confesora, perdonadme! No os había reconocido. Alabados sean los buenos espíritus, ¿sois realmente vos?

Kahlan ayudó a levantarse a la enjuta mujer.

—La he echado mucho de menos, señora Sanderholt. —Kahlan abrió los brazos—. Déme un abrazo.

La señora Sanderholt cayó en los brazos de Kahlan.

—Oh, pequeña. Qué alivio verte. —La mujer la apartó de sí. Las lágrimas le corrían por la cara—. No sabíamos qué había sido de ti. Estábamos tan preocupados... Creí que jamás volvería a verte.

—Ha sido un viaje largo y difícil. No se imagina la alegría que me da volver a ver su rostro.

La señora Sanderholt empezó a empujarla hacia una mesa lateral.

—Venid. Necesitáis una buena sopa. Os traeré una deliciosa, a no ser que esos cabeza de chorlito

que se hacen llamar cocineros no la hayan estropeado añadiendo demasiada pimienta.

Al oír eso, el tropel de cocineros y ayudantes inclinaron la cabeza y volvieron a sus tareas. Creció el sonido de cucharas que batían contra los cuencos. Algunos hombres cogían sacos y se marchaban a toda prisa. Los cepillos restregaron con más ahínco las cacerolas. La mantequilla chisporroteaba en las sartenes, y de pronto era imperioso comprobar el pan en los hornos y la carne en los espetones.

—Ahora no tengo tiempo, señora Sanderholt.

—Pero debo decir cosas importantes.

—Lo sé. Yo también tengo cosas que decirle. Pero debo ver al Consejo. Es urgente. He viajado mucho tiempo y estoy exhausta, pero antes de descansar debo ver al Consejo. Ya hablaremos mañana.

La señora Sanderholt no pudo evitar darle otro abrazo.

—Claro que sí, pequeña. Descansa bien. Mañana hablaremos.

Kahlan tomó la ruta más corta a través del inmenso salón con suelo de pizarra verde reservado para ceremonias importantes y celebraciones. Los fuegos que ardían en las enormes y suntuosas chimeneas repartidas por todo el salón, entre columnas acanaladas, creaban sombras de ella misma que revoloteaban a su alrededor. El salón estaba vacío, por lo que los pasos de Kahlan resonaban en la intrincada bóveda cruzada por nervios que parecían ondularse. Su padre solía desplegar en el suelo de ese salón miles de nueces y piñas, que representaban tropas, para enseñarle tácticas de batalla.

Tras cruzar el salón tomó el corredor que conducía a las cámaras del Consejo. En la galería privada de las Confesoras, grupos de cuatro relucientes columnas de mármol negro a cada lado soportaban una progresión de bóvedas polícromas. Al final, ante las cámaras del Consejo, se alzaba un panteón redondo de dos pisos de altura dedicado a la memoria de las heroínas: las Madres Confesoras fundadoras. Sus retratos, pintados en frescos entre siete sólidos pilares que se alzaban hacia lo alto, eran dos veces su tamaño natural.

Ante esos siete severos rostros que dominaban el salón, Kahlan siempre se sentía una usurpadora al puesto que ocupaba. Era como si le preguntaran: «¿Quién eres tú, Kahlan Amnell, para pensar que eres digna de ser la Madre Confesora?». Conociendo las historias de esas heroínas, la pregunta le parecía muy acertada.

Cogiendo los dos tiradores de latón, abrió las altas puertas de caoba y entró decidida en las cámaras del Consejo.

Una enorme cúpula coronaba la gigantesca sala. En el extremo más alejado, la bóveda principal estaba decorada con un fresco que celebraba la gloria de Magda Searus, la primera Madre Confesora. Los dedos de la figura rozaban el dorso de la mano de su mago, Merrit, que dio la vida para protegerla. Juntos ahora y por toda la eternidad, ambos observaban a la respectiva Madre Confesora que ocupaba el sitial así como a su mago.

Entre los colosales capiteles dorados de las altas columnas que rodeaban la sala se veían sinuosas barandas de caoba pulida, al borde de las balconadas que abrazaban la elegante sala. Alrededor de ésta se abrían arcos que conducían hacia los balcones, decorados con estucos esculpidos con escenas heroicas. Más atrás se abrían ventanas que daban a los patios. En el borde inferior de la cúpula había asimismo ventanas que dejaban pasar la luz a la refulgente estancia. En el extremo más alejado se alzaba la tarima semicircular donde se sentaban los consejeros, detrás de un escritorio curvo muy trabajado. El lujoso sitial, en el centro, era el más alto.

Un grupo de hombres se habían reunido alrededor del sitial. Kahlan calculó que estaría presente la mitad del Consejo. Mientras caminaba atravesando las largas bandas de luz solar sobre el suelo de mármol, que formaba dibujos, las cabezas empezaron a seguir su avance.

Alguien ocupaba el sitial. Aunque en los últimos tiempos no se había aplicado, que un consejero ocupara el sitial era castigado con la pena capital. Era equivalente a una revolución. La conversación enmudeció con la llegada de Kahlan.

Quien ocupaba el sitial era el príncipe heredero de Kelton, Fyren. Tenía los pies encima del escritorio y no los apartó al verla. Tenía los ojos puestos en ella, pero escuchaba a un hombre barbudo de pelo negro liso y algunos mechones de pelo gris, que susurraba algo inclinado hacia él. Llevaba una sencilla túnica y tenía las manos metidas en las mangas. A Kahlan le extrañó que un consejero se vistiera como un mago.

El príncipe Fyren enarcó las cejas, encantado.

—¡Madre Confesora! —Con deliberada lentitud bajó las brillantes botas de encima del escritorio y se levantó. Entonces apoyó las manos en la mesa, se inclinó hacia adelante y la miró desde arriba—. ¡Qué alegría veros de nuevo!

Antes, a Kahlan siempre la había acompañado un mago, pero ahora estaba sola, sin protección. En esas circunstancias no podía permitirse mostrarse timorata ni vulnerable.

Así pues, lanzó una iracunda mirada al príncipe y le amenazó:

—Si os vuelvo a ver sentado en el sitio de la Madre Confesora, os mataré.

El hombre se irguió. Sonreía con suficiencia.

—¿Usaríais vuestro poder contra un consejero?

—Os rebanaría el pescuezo con mi cuchillo, en caso necesario.

El hombre ataviado con la túnica la miró con ojos oscuros indiferentes. Los demás consejeros palidecieron.

El príncipe Fyren se abrió el abrigo azul oscuro que llevaba y apoyó una mano en la cadera.

—No pretendía ofenderos, Madre Confesora. Habéis estado fuera mucho tiempo y ya os dábamos por muerta. No ha habido ninguna Confesora en palacio desde hace... ¿cuánto? —El príncipe miró a algunos de los presentes—. ¿Cuatro, cinco, seis meses? —Con la mano aún en la cadera, le dedicó un florido gesto con la otra—. No pretendía ofenderos, Madre Confesora. Os devuelvo vuestro sitio, por supuesto.

Kahlan miró a los consejeros reunidos.

—Es tarde. El Consejo se reunirá en sesión plenaria mañana a primera hora. Requiero la presencia de todos los consejeros. La Tierra Central está en guerra.

—¿En guerra? —El príncipe Fyren levantó una ceja—. ¿Con qué autoridad? El Consejo no ha discutido un asunto de tamaña importancia.

Kahlan paseó la mirada por todos los consejeros hasta finalmente posarla en el príncipe.

—Con mi autoridad de Madre Confesora. —Los reunidos empezaron a cuchichear entre sí. Fyren no apartaba la mirada de ella. Kahlan fulminó con la mirada a quienes cuchicheaban y les ordenó:— Quiero ver a todos los consejeros aquí mañana a primera hora. Ahora podéis retiraros, caballeros.

Dicho esto, giró sobre sus talones y abandonó la sala. No reconocía a ninguno de los guardias que se iba encontrando, aunque ya se lo esperaba, pues sabía por Zedd que la mayoría de la milicia local había perecido cuando Aydindril sucumbió ante D'Hara. No obstante, echaba de menos esas caras conocidas.

El centro del Palacio de las Confesoras estaba dominado por una monumental escalinata de ocho tramos y cuatro pisos de altura, iluminada por la luz natural que entraba por el techo de cristal. La amplia estructura estaba rodeada a media altura por corredores con arcos, separados éstos por brillantes columnas de oro multicolor y mármol verde, apoyadas sobre pedestales cuadrados decorados con un medallón de uno de los pasados gobernantes de uno de los países de la Tierra Central. Los centenares y centenares de relucientes balaustres en forma de jarrón habían sido tallados a partir de piedra de un suave color amarillo que parecía poseer un fulgor propio. Las columnas de la escalera eran cuadradas, de granito color marrón oscuro, casi tan altas como Kahlan y estaban rematadas todas ellas por una lámpara de pan de oro. Intrincados paneles de molduras denticuladas rodeaban la parte superior de los capiteles, cubiertos más abajo por floridas tallas. En el descansillo central podían admirarse las estatuas de ocho Madres Confesoras. Kahlan había visto palacios modestos que cabrían en el espacio que ocupaba esa escalinata.

Se había tardado cuarenta años en construir esa monumental escalinata y la habitación que contenía. Los gastos habían sido sufragados enteramente por Kelton, a modo de indemnización por haberse opuesto a la unión de los diferentes países de la Tierra Central y la guerra que tal oposición generó. Asimismo se decretó que ningún líder de Kelton sería honrado jamás con un medallón en la base de las columnas. La escalinata estaba dedicada al pueblo de la Tierra Central, para honrar a sus habitantes y no a quienes la construyeron como castigo. Ahora Kelton era un poderoso país de la Tierra Central que gozaba de una buena posición, y a Kahlan le parecía ridículo seguir castigando a un pueblo por actos cometidos por sus antepasados siglos atrás.

Tras dejar atrás el descansillo central y empezar a subir el segundo tramo de escaleras hacia su dormitorio, vio a un grupo de sirvientes que la esperaban en lo alto de la escalera. Cuando la mirada de la Madre Confesora se posó sobre ellos, todos agacharon la cabeza. Kahlan era consciente de lo absurdo de la escena. Casi una treintena de personas pulcras, peinadas y relucientes, ataviadas con uniformes limpios

y almidonados, que se inclinaban ante una mujer sucia, cubierta por pellejos de lobo, que acarrea un arco y una pesada mochila. Bueno, eso solamente podía significar que la noticia de su llegada ya se había difundido por todo el palacio. Probablemente, incluso el jardinero del más aislado invernadero ya sabía que la Madre Confesora había regresado al hogar.

—Levantaos, hijos míos —dijo Kahlan al llegar a lo alto de la escalinata. Los sirvientes retrocedieron para dejarle paso.

Y entonces empezaron a atosigarla: ¿deseaba la Madre Confesora un baño o un masaje?, ¿querría que le lavaran el pelo y se lo peinaran?, ¿le gustaría que le hicieran la manicura?, ¿deseaba recibir peticionarios o ver a sus consejeros?, ¿deseaba escribir una carta? Kahlan fue asaltada por una lista de preguntas sobre lo que le gustaría, lo que deseaba, quería, necesitaba u ordenaba.

—Bernadette, quisiera darme un baño —dijo, dirigiéndose a la jefa del servicio—. Nada más. Sólo un baño.

Dos mujeres corrieron a prepararle el baño.

Involuntariamente, Bernadette echó un rápido vistazo al atuendo de Kahlan.

—¿Desea la Madre Confesora que se limpie o se zurza alguna prenda? —preguntó la mujer.

Kahlan pensó en el vestido azul que llevaba en la mochila.

—Sí, alguna supongo. —Entonces recordó el resto de su ropa, toda ella empapada en sangre de las batallas en las que había participado—. Mejor dicho, tengo un montón de cosas para lavar.

—Sí, Madre Confesora. ¿Deseáis que os prepare vuestro vestido blanco para esta noche?

—¿Para esta noche?

Bernadette se sonrojó.

—Ya se han enviado mensajeros al Bulevar de los Reyes, Madre Confesora. Todo el mundo querrá daros la bienvenida a casa.

Kahlan gruñó. Estaba muerta de cansancio y lo último que deseaba era recibir a nadie, alabar a las mujeres por su peinado o a los hombres por el corte de sus ropas, escuchar con paciencia las súplicas que invariablemente implicaban la distribución de fondos y que siempre trataban de dar la impresión de que quien las planteaba no buscaba su beneficio personal, sino únicamente justicia en una situación en la que estaba envuelto.

La señora Bernadette le lanzó una mirada de reconvención, como cuando Kahlan era pequeña. Era como si dijera: «Mira, jovencita, tienes obligaciones, y espero que las cumplas sin armar jaleo».

Aunque lo que dijo fue:

—Todo el mundo esperaba con gran inquietud vuestro regreso, Madre Confesora. Sería un alivio para todos comprobar que estáis bien y a salvo.

Kahlan lo dudaba. Lo que Bernadette quería decir era que sería bueno que Kahlan recordara a todo el mundo que la Madre Confesora seguía viva y continuaba siendo la máxima autoridad. Kahlan suspiró.

—Claro que sí, Bernadette. Gracias por recordarme que la gente temía por mí y estaba preocupada.

Bernadette sonrió al tiempo que inclinaba la cabeza.

—Así es, Madre Confesora.

Mientras el resto de sirvientes salían disparados, Kahlan se inclinó hacia Bernadette y le dijo, bajando la voz:

—Aún recuerdo la época en que me habrías dado un buen azote en el trasero por tener que recordarme tales cosas.

Bernadette sonrió de nuevo.

—Creo que ahora sois demasiado lista para ello, Madre Confesora. —Luego, frotándose el dorso de la mano para eliminar una mota inexistente, preguntó—: ¿Madre Confesora... os acompaña alguna de las otras Confesoras? ¿Regresará pronto alguna de ellas?

Kahlan puso la cara de Confesora, tal como su madre le había enseñado.

—Lo siento, Bernadette, creía que lo sabías. Están todas muertas. Yo soy la última Confesora viva.

Los ojos de Bernadette se llenaron de lágrimas y susurró una oración.

—Que los buenos espíritus estén con ellas ahora y siempre.

—¿Por qué deberían estarlo? —replicó Kahlan lacónicamente—. No estuvieron con Dennee el día que una cuadrilla la capturó.

Como ya esperaba, en todas las chimeneas de sus aposentos ardía un fuego. Sabía que se habían

seguido encendiendo mes tras mes durante su ausencia. En invierno nunca se permitía que los aposentos de la Madre Confesora se enfriaran, por si ésta regresaba sin avisar. En una mesa vio una bandeja de plata con una rebanada de pan del día, una taza de té y un cuenco con humeante sopa picante. La señora Sanderholt sabía que era su favorita.

La sopa picante le trajo el recuerdo de Richard. Recordaba las ocasiones en que ella se la preparó a él, y a la inversa.

Tras dejar en el suelo arco y mochila, Kahlan se encaminó a la otra habitación pisando mullidas alfombras. A los pies de su lecho acarició con aire ausente una de las grandes columnas de madera pulida, recordando que se suponía que debía de estar allí con Richard. El día que llegaran a Aydindril ya estarían casados. Kahlan le había prometido que compartirían su enorme lecho.

Su corazón rebosaba alegría el día en que decidieron casarse y regresar juntos a Aydindril como marido y mujer. Una lágrima se le escapó. Sentía un ardiente dolor que le abrasaba el pecho. Inspiró profundamente y se enjugó esa lágrima con los dedos.

Entonces se dirigió a las puertas de cristal del amplio balcón y las abrió. Posó una temblorosa mano sobre la ancha barandilla, que estaba helada, y contempló la ladera en la que se alzaba el Alcázar del Hechicero. Sus oscuros muros de piedra destacaban bajo los dorados rayos de sol del atardecer.

—¿Dónde te has metido, Zedd? —susurró—. Te necesito.

El hombre se despertó sobresaltado al resbalar y golpearse la cabeza. Entonces se incorporó y parpadeó. Una anciana de pelo liso blanco y negro estaba sentada frente a él, encogida en un rincón. Ambos se hallaban en el interior de un carruaje. El vehículo hizo un movimiento brusco, lanzando al hombre al otro lado. La mujer miraba fijamente en su dirección. El hombre parpadeó, sorprendido; la mujer tenía los ojos totalmente blancos.

—¿Tú quién eres? —preguntó él.

—¿Quién eres tú? —repuso ella al punto.

—Yo he preguntado primero.

—Yo... —La mujer se cubrió el elegante vestido verde con una capa—. No lo sé. ¿Quién eres tú?

El interpelado alzó un dedo.

—Yo soy... soy... —Entonces lanzó un débil suspiro—. Me temo que yo tampoco sé quién soy. ¿Te parezco alguien a quien conozcas?

La mujer se abrigó mejor con la capa.

—No lo sé. Soy ciega. No veo cómo eres.

—¿Ciega? Oh, vaya. Lo siento.

El hombre se frotó la cabeza donde se había golpeado contra un costado del carruaje. Al bajar la vista vio que iba vestido con elegancia, con una túnica granate con mangas negras y tres hileras de brocado plateado alrededor. «Bueno —se dijo—, al menos debo de ser un hombre acomodado.»

Entonces recogió del suelo un bastón negro y examinó su excelente trabajo de platería. Se volvió y golpeó con él el techo para llamar la atención del cochero sentado arriba. La anciana se asustó y dio un brinco.

—¿Qué es ese ruido!

—Oh, lo siento. Trataba de llamar la atención del cochero.

Lo logró, pues el carruaje se detuvo y luego se balanceó como si alguien se apeara de él. Cuando la puerta se abrió y el anciano vio el tamaño del cochero, vestido con un abrigo hasta los pies, que asomaba la cara enrojecida por efecto del viento, aferró el bastón y retrocedió en el asiento.

—¿Quién eres tú? —preguntó blandiendo el bastón.

—¿Yo? Un idiota, ése soy yo —gruñó el hombretón. Su rostro surcado por profundas arrugas se suavizó al esbozar una ligera sonrisa—. Me llamo Ahern.

—Bueno, Ahern, ¿qué haces con nosotros? ¿Nos has secuestrado? ¿Nos tienes prisioneros hasta que te paguen un rescate?

Ahern se rió entre dientes.

—Más bien es al revés.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuánto tiempo hemos dormido? ¿Y quiénes somos?

Ahern alzó la mirada al cielo.

—Queridos espíritus, ¿cómo me meto en estos líos? —El cochero suspiró y explicó—: Ambos habéis dormido desde ayer por la tarde. Habéis dormido toda la noche y todo el día de hoy. Tú te llamas Ruben. Ruben Rybnik.

—¿Ruben? —El anciano carraspeó—. Ruben. Me gusta. Es un bonito nombre.

—¿Y yo quién soy? —inquirió la mujer.

—Tú eres Elda Rybnik.

—¿Tú también te apellidas Rybnik? —saltó Ruben—. ¿Somos parientes?

Ahern vaciló.

—Sí y no. Vosotros dos sois marido y mujer. Bueno, más o menos.

Ruben se inclinó hacia el hombretón.

—Me parece que eso requiere una explicación.

Ahern suspiró y asintió con la cabeza.

—Tú te llamas Ruben y ella es Elda. Pero éstos no son vuestros nombres reales. Tú mismo me dijiste que, por el momento, sería mejor que no os dijera vuestros verdaderos nombres.

—¡Nos has secuestrado! ¡Nos has dado un golpe en la cabeza y nos has hecho prisioneros!

—Cálmate y te lo explicaré.

—Hazlo antes de que te estrelle el bastón en la cabeza.

—No vale la pena —murmuró Ahern para sí—. ¿Cómo me habré metido en este lío? Oro, claro, por eso —se respondió a sí mismo.

El cochero se subió al vehículo y se sentó junto a Ruben. Entonces cerró la puerta para que no entrara la nieve que seguía cayendo.

—Por favor, entra y siéntate —dijo Ruben sarcásticamente.

Ahern se aclaró la garganta.

—Bueno, ahora escuchadme los dos. Ambos os pusisteis enfermos y me contratasteis para llevaros a ver a las tres mujeres. —El hombre se inclinó hacia Ruben y añadió en tono de desaprobación—. Eran tres brujas.

—¡Hechiceras! —exclamó Ruben—. ¡No es de extrañar que no sepamos quiénes somos! ¡Nos entregaste a las brujas para que nos echaran un conjuro!

El cochero lo tranquilizó poniéndole una mano encima.

—Estate quieto y escucha. Tú eres un mago. —Ruben miró a Ahern boquiabierto—. Y ella es una hechicera —agregó, señalando a Elda.

Ruben agitó los brazos con gesto elegante.

—No, no lo soy —protestó—, o te convertiría en un sapo.

Ahern sacudió la cabeza mientras gruñía.

—Ya no tienes poder.

—Bueno, ¿era un mago con talento? —quiso saber Ruben, poniéndose muy recto.

—Lo bastante como para ponerme esos malditos dedos tuyos en las sienes y meterme en la cabezota que tenía que ayudaros. Dijiste que a veces los magos tienen que usar a los demás para hacer lo que debe hacerse. Lo llamaste la carga de un mago. Dijiste que, de todos modos, os habría ayudado, que tú solamente apelabas a mi «bondad» para darme un empujón. Sea como sea, eso y más oro del que había visto nunca, me convencieron para que me metiera en un buen lío. No me gusta tener nada que ver ni con los magos ni con la magia.

—¿Y yo soy una hechicera? —preguntó Elda—. ¿Una hechicera ciega?

—Bueno, no, señora. Vos erais ciega, pero podíais ver con vuestro don. De hecho, veáis mejor que yo.

—¿Y por qué ahora ya no puedo ver?

—Ambos estuvisteis enfermos por culpa de algún tipo de magia malvada. Las tres hechiceras dijeron que os ayudarían, pero para curaros tenían que... bueno, tuvieron que daros algo que hizo desaparecer en los dos vuestro poder mágico. No sé qué os dieron exactamente, porque tuve que esperar fuera. Sólo sé lo que me dijisteis antes de entrar ahí por última vez.

—Te lo estás inventando todo —lo acusó Ruben.

Ahern prosiguió, haciendo caso omiso.

—Esa enfermedad que los dos teníais se alimentaba de vuestra magia buena. No sé cómo funciona

la magia, y los espíritus saben que tampoco deseo saberlo. Solamente te repito lo que tú mismo me dijiste cuando saliste y me convenciste de que os ayudara. Dijiste que para salvaros, las tres hechiceras os tenían que dar algo que haría desaparecer vuestra magia. Era el único modo de curaros. Mientras tuvierais magia buena, la magia mala se seguiría alimentando de ella hasta mataros.

—¿O sea que ahora ya no tenemos magia?

—Bueno, no sé cómo va la cosa, pero, tal como yo lo entiendo, la magia es algo de lo que uno no puede librarse nunca. Lo que hicieron esas tres mujeres fue haceros olvidar todo sobre vosotros mismos, incluso que tenéis magia, para que la magia malvada tampoco lo supiera. Ésta es la razón por la que ninguno de los dos sabe quién es ni cómo usar la magia. Ésta es la razón por la que Elda es ciega.

Ruben entrecerró los ojos.

—¿Por qué accedieron a ayudarnos esas hechiceras?

—Sobre todo por Elda. Dijeron que era una leyenda entre las hechiceras de Nicobarese por algo que hizo cuando era joven y vivía allí.

Ruben se quedó mirando fijamente al hombretón.

—Tiene que ser verdad. Tiene que ser verdad —repitió, dirigiéndose a Elda—. Nadie podría inventarse una historia tan absurda. ¿Qué crees tú?

—Lo mismo que tú. Creo que dice la verdad.

—Bien. Ahora viene la parte que no os va a gustar —dijo Ahern.

—¿Qué pasa con nuestra magia? ¿Cuándo la recuperaremos? ¿Cuándo recordaremos quiénes somos?

Ahern se pasó unos rollizos dedos por su enmarañada melena grisácea.

—Ésa es la parte que no os va a gustar nada. Las hechiceras dudaban de que fuerais a recuperar la magia. Es posible que nunca recordéis. Es posible que hayáis perdido la magia para siempre.

Sobrevino el silencio dentro del carruaje. Al fin Ruben inquirió:

—¿Por qué accedimos a eso?

Ahern jugueteó con los dedos.

—Porque no teníais elección. Ambos estabais muy enfermos; Elda más que tú. A estas alturas ella ya habría muerto y tú no durarías más de un día o dos. No teníais elección. Era el único modo de salvar la vida.

Ruben cruzó las manos encima de la empuñadura de plata de su bastón.

—Bueno, en ese caso hicimos lo correcto. Si nunca recordamos, pues tendremos que aprender a ser Ruben y Elda y empezar una nueva vida.

Ahern negó con la cabeza.

—Hay un pequeño problema. Tú me dijiste que la magia malvada no abandonaría definitivamente vuestro cuerpo hasta que recuperarais la memoria y, con ella, vuestra magia. Me recalcaste que era imperativo que la recuperarais. Dijiste que ocurrían cosas muy graves en el mundo y que tú tenías que ayudar, que era un asunto de vida o muerte para todos. Dijiste que debías hacer algo que solamente tú podías hacer.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué debo hacer yo?

—Eso no me lo dijiste. Según tú, no lo hubiera entendido.

—¿Y cómo se supone entonces que vamos a recuperar la memoria y la magia?

Ahern los miró alternativamente.

—Es posible que nunca las recuperéis. Las tres hechiceras dijeron que el único modo de recuperarlas era si recibíais una fuerte impresión, aunque era posible que eso no sucediera nunca. Tiene que tratarse de un fuerte golpe emocional o una gran impresión.

—¿Una impresión? ¿Cómo qué?

—Tal vez una reacción de ira. Tal vez si os enfadarais mucho...

Ruben puso ceño.

—¿Cómo? ¿Piensas abofetearme hasta que estalle?

—No. Tú mismo dijiste que eso no funcionaría. Añadiste que debía tratarse de una fuerte impresión emocional, aunque no sabías qué podía ser ni cómo provocarla. También dijiste que, si algo te hacía estallar, reaccionarías de modo muy violento, que sería terrible debido a la magia. No obstante, no tenías elección si querías salvar la vida.

Ruben y Elda se quedaron en silencio, pensativos, mientras Ahern los observaba.

—Bueno y ¿adónde nos llevas? ¿Qué hacemos en este carruaje?

—Vamos a Aydindril.

—¿Aydindril? Nunca lo había oído. ¿Por dónde cae? ¿Está muy lejos?

—Aydindril es el hogar de las Confesoras, justo al otro lado de las montañas Rang'Shada. Es un largo viaje. Tardaremos semanas, quizá meses. Cuando llegemos será casi el solsticio de invierno, la noche más larga del año.

—Me parece un largo trecho. ¿Por qué quería que fuésemos allí?

—Dijiste que tenías que ir al Alcázar del Hechicero. Añadiste que se necesita magia para entrar, pero que tú ya no tienes, por lo que me explicaste cómo meterte dentro. Parece que eras un niño malo y hallaste el modo de entrar y salir sigilosamente sin disparar la magia.

Ruben se frotó el lampiño mentón con dos dedos.

—¿Y te dije que era urgente?

Ahern asintió con gesto sombrío.

—Pues, en marcha entonces.

Kahlan sonrió a la mujer ataviada con un recargado vestido azul, del mismo modo que llevaba sonriendo toda la noche. La mujer le estaba diciendo lo preocupados que habían estado todos por la suerte de la Madre Confesora. Su falta de sinceridad era tan transparente como la hipocresía de todos los demás. Kahlan se había pasado toda la vida escuchando a personas falsas que trataban de enmascarar su avaricia tras palabras altruistas y de concordia. La ponían enferma.

Ojalá que, al menos por una vez, una de esas personas con las que vivía y trabajaba fuera honesta y admitiera lo mucho que la odiaban y cómo les enfurecía que no les permitiera expoliar la Tierra Central y a sus gentes. Kahlan se reprendió por pensar eso; no todos eran así.

Mientras escuchaba a medias a la digna esposa del embajador, Kahlan se preguntó qué pensaría esa mujer si en vez de ver a la Madre Confesora ataviada con su reluciente vestido blanco y una gargantilla de diamantes que valían tanto como la mitad de su reino, la viera desnuda sobre un caballo, pintada de blanco y empapada en sangre, defendiéndose con una espada de los hombres que intentaban matarla. Kahlan se dijo que, probablemente, se desmayaría.

Cuando por fin la mujer del embajador hizo una pausa para tomar aire, Kahlan le dio las gracias por preocuparse por ella y se alejó. Se estaba haciendo tarde y estaba cansada. Por la mañana temprano debía presidir el Consejo. Al pasar junto a un espejo, Kahlan se vio y se sintió como si hubiera estado soñando mucho tiempo, acabara de despertar y volviera a ser la de antes: la Madre Confesora con su vestido blanco en el Palacio de las Confesoras de Aydindril.

Pero ella no era la misma. Se sentía mucho más vieja. Kahlan sonrió; al menos el baño había sido maravilloso. No recordaba haber disfrutado nunca tanto con un baño. Casi se había olvidado de lo que era estar limpia.

Cerca de la puerta se le acercó otra dama elegantemente vestida. No obstante, algo no cuadraba. El pelo rubio rojizo de la mujer era demasiado corto comparado con el de las otras damas, a las que les llegaba hasta los hombros. Pero su vestido no dejaba nada que desear; era negro, parecía muy caro y dejaba al descubierto los hombros y un reluciente collar de esmeraldas.

La mujer le bloqueó el umbral justo cuando Kahlan se disponía a atravesarlo. Entonces le hizo una precipitada reverencia. Tenía unos ojos azules que no dejaban de mirar en todas direcciones.

—Madre Confesora, debo hablar con vos. Es urgente.

—Lo siento, pero me temo que no te recuerdo.

Los ojos azules de la joven no miraban a la Confesora, sino que parecían buscar a alguien entre los presentes.

—No me conocéis. Tenemos un amigo en común que...

La mujer se interrumpió al ver a una mujer madura de cara agria que miraba en su dirección. Inmediatamente le dio la espalda.

—Madre Confesora, ¿habéis llegado sola a Aydindril u os acompaña alguien?

—Me ha acompañado un amigo, Chandalen, pero ha preferido pasar la noche en el bosque que hay al sur de la ciudad. ¿Por qué?

—Ése no es el nombre que esperaba oír. —Por fin la mujer la miró a los ojos—. Madre Confesora, debéis...

Se voz se fue apagando. Lentamente esos ojos azul profundo se fueron abriendo más y más. Parecía petrificada.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Kahlan.

Era como si la mujer estuviera viendo un fantasma.

—Vos... vos...

La mujer había perdido de repente todo color, adoptando un tinte enfermizo. La súbita palidez de sus hombros contra la tela negra del vestido la hacía parecer un espíritu. La mandíbula le temblaba mientras pugnaba, en vano, por hablar. Su rostro era una máscara de terror.

Los ojos azules se le pusieron en blanco. Demasiado tarde Kahlan hizo ademán de cogerla. La mujer cayó al suelo desmadejada.

Las personas próximas ahogaron una exclamación. Kahlan y otros se inclinaron sobre la mujer. Hombres y mujeres se arremolinaban a su alrededor, murmurando entre sí que seguramente había bebido demasiado vino.

La mujer de rostro agrio se abrió paso a codazos.

—¡Jebra! —exclamó—. ¡Ya me pareció que era ella!

Kahlan alzó la vista hacia quien había hablado.

—¿Conoces a esta mujer? Preséntate.

De pronto la mujer se dio cuenta de con quién estaba hablando. Inmediatamente sonrió e hizo una torpe reverencia.

—Soy lady Ordith Condatith de Dackidvich, Madre Confesora. Encantada de conoceros. Toda la noche he deseado hablar con...

Kahlan la atajó.

—¿Quién es esta mujer? ¿La conoces?

—¿Conocerla? —La mujer recuperó su agrio gesto—. Es mi criada. Se llama Jebra Bevinvier. ¡Haré que la azoten por holgazana!

—¿Criada? —intervino un hombre—. A mí no me lo parece. He cenado con lady Jebra y os puedo asegurar que es una dama.

Lady Ordith resopló.

—Es una impostora.

—Pues debéis de pagarle muy bien —repuso el hombre en tono sarcástico—. Lady Jebra se aloja en las mejores posadas y paga con oro.

Lady Ordith dirigió al hombre otro altanero resoplido y agarró a un guardia por el brazo.

—¡Tú! Lleva a esta moza a mis aposentos. Me alojo en el Palacio Kelton. Tengo que llegar al fondo de esto.

Kahlan se levantó y lanzó a lady Ordith una mirada fulminante.

—No harás tal cosa. A no ser que oses decir a la Madre Confesora qué hacer en su propio palacio.

Lady Ordith tartamudeó una disculpa. Kahlan chasqueó los dedos sin apartar la mirada de lady Ordith. Los guardias respondieron al instante.

—Lleva a lady Jebra a una habitación de invitados. Que una criada le lleve una infusión de jengibre, toallas frías para la cabeza y cualquier cosa que desee. No quiero que la moleste nadie y eso incluye a lady Ordith. Yo voy a retirarme y tampoco deseo que nadie me moleste. Mañana temprano tengo una sesión con el Consejo. Después me reuniré con lady Jebra.

Los guardias saludaron y se inclinaron para recoger a lady Jebra.

Cuando Kahlan llegó a su dormitorio despertó bruscamente de sus cavilaciones al ver a dos guardias keltas, pertenecientes al Palacio Kelton, ante las puertas de sus aposentos. Al verla, uno de los guardias golpeó fríamente el suelo con el extremo romo de la lanza. Había alguien dentro. Kahlan sostuvo la mirada a los impasibles guardias y luego entró majestuosamente.

No había nadie en la primera habitación. Kahlan entró en tromba en su alcoba. Cuando lo vio, se quedó helada. El príncipe Fyren estaba de pie encima de su cama, dándole la espalda.

El príncipe se sonrió con suficiencia mirándola por encima del hombro mientras orinaba en el centro de la cama.

Al acabar, Fyren se dio media vuelta, abrochándose los pantalones.

—En nombre de los espíritus, ¿qué se supone que estáis haciendo?

El hombre enarcó una ceja mientras pasaba junto a ella pavoneándose.

—Solamente hago saber a la Madre Confesora lo contentos que estamos todos de que haya vuelto.

—El príncipe tenía la capa abierta y se alisó las arrugas que se habían formado en la pechera de su camisa blanca. Al llegar a la puerta se detuvo—. Dormid bien, Madre Confesora.

Kahlan tiró seis veces de la cuerda del timbre como si fuera a arrancarla. Ya avanzaba furiosa por el corredor cuando se topó con seis sirvientas sin aliento.

—¿Deseáis algo, Madre Confesora?

Kahlan apretó los dientes.

—Sacad al patio mi colchón y la ropa de cama y quemadlo.

Una de las sirvientas, una muchacha, parpadeó.

—¿Cómo decís, Madre Confesora?

—Coged el colchón de mi cama, con sábanas y colcha, y llevadlo todo al patio que hay bajo mi balcón. Luego prendedle fuego. ¿Qué es lo que no entiendes?

Kahlan apretaba los puños con fuerza. Las seis sirvientas retrocedieron un paso.

—Sí, Madre Confesora. —No se movían. Temblaban y tenían los ojos muy abiertos—. ¿Ahora, Madre Confesora?

—¿Si hubiera querido que lo hicierais mañana, no os habría llamado ahora!

Kahlan llegó a la escalinata situada por encima del majestuoso vestíbulo a tiempo de ver cómo el príncipe Fyren se reunía con el hombre vestido con una sencilla túnica que lo esperaba. Los ojos oscuros del hombre se quedaron prendidos de los suyos un largo instante.

—¡Guardias! —gritó Kahlan hacia las puertas. Hombres de uniforme acudieron corriendo y alzaron la vista hacia ella—. ¡El privilegio diplomático queda suspendido! ¡Si vuelvo a ver a ese cerdo kelta o a cualquier miembro de su guardia personal en este palacio antes de la sesión del Consejo, mañana por la mañana, yo misma os despellejaré vivos después de matarlo a él!

Los guardias saludaron. Kahlan vio a lady Ordith en el pasillo que conducía a la entrada. Lo había presenciado todo.

—Lady Ordith. —La noble ya miraba hacia arriba—. Creo recordar que sois invitada en el Palacio Kelton. Salid enseguida del mío.

Mientras la mujer tartamudeaba una despedida, Kahlan giró en redondo y regresó a sus aposentos. Por el camino reunió a un puñado de guardias.

Esperó fuera de sus habitaciones hasta que formaron ante las puertas.

—Si esta noche alguien entra en mis habitaciones, que sea por encima de vuestros cadáveres. ¿Entendido?

Todos saludaron para indicar que así sería. Una vez dentro, Kahlan se echó el manto blanco por encima de los hombros y salió al balcón. El aire nocturno era glacial. De pie, muy erguida, cerca de la barandilla contempló la escena que se desarrollaba en el patio de abajo.

Sentía deseos de echar a correr, pero no podía. Ella era la Madre Confesora y tenía que cumplir con su deber como tal: proteger la Tierra Central. Estaba sola y nadie la ayudaría.

Mientras observaba las llamas que consumían su cama, sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas. Ése era el lecho que había prometido a Richard.

## 26

Los reflejos de la Madre Confesora ataviada con su vestido blanco giraban alrededor de las columnas negras pulidas mientras avanzaba por la galería, la entrada privada de la Madre Confesora a las cámaras del Consejo. Kahlan llegaba con una hora de adelanto. Tenía la intención de observar desde su sitial la llegada de todos los consejeros. No quería que hablaran entre sí sin ella estar presente.

Al abrir las puertas se quedó paralizada. La sala estaba atestada. Todos los consejeros ocupaban ya

sus sillas, y las galerías estaban abarrotadas de público, compuesto no únicamente por funcionarios, administradores, personal y nobleza sino también por pueblo llano: campesinos, tenderos, mercaderes, cocineros, comerciantes y obreros. Hombres y mujeres de todo tipo y condición. Todos los ojos se posaron en ella.

Al otro lado de la sala estaban los consejeros, sentados en sus sillas. Nadie profirió sonido alguno. Alguien ocupaba el sitial. De tan lejos no distinguía quién era, pero se lo imaginaba.

Kahlan se llevó una mano al hueso que le colgaba del cuello y rogó a los buenos espíritus que la protegieran y le dieran fuerza. Sus botas resonaron en el mármol mientras atravesaba los rayos de sol. Había algo en el suelo ante la tarima, pero no distinguía aún qué era.

Al llegar al escritorio curvo se dio cuenta de que quien ocupaba el sitial no era quien ella esperaba. Tendido en una litera delante de la tarima yacía el cuerpo del príncipe Fyren. Estaba muy pálido. Tenía los brazos cruzados y las manos colocadas sobre los volantes de su camisa empapada de sangre. Encima del cuerpo le habían colocado la espada. Alguien le había seccionado la garganta casi hasta la columna vertebral.

Kahlan alzó la mirada hacia unos solemnes ojos oscuros que la observaban. El hombre sentado en el sitial se avanzó y cruzó ambas manos encima del escritorio. Un vistazo le bastó para ver algo que hasta entonces le había pasado por alto: un anillo de guardias alrededor de la sala.

La Confesora fulminó con la mirada al hombre de cabello y barba oscuros.

—Fuera de mi silla o te mataré yo misma.

La sala vibró con el sonido de espadas al ser desenvainadas. Sin apartar sus oscuros ojos de ella, el hombre hizo un rápido gesto. Los guardias vacilaron, pero guardaron las armas.

—Ya no matarás a nadie más, Madre Confesora —dijo el hombre en tono tranquilo—. El príncipe Fyren será tu última víctima.

Kahlan frunció el entrecejo.

—¿Tú quién eres?

—Neville Ranson. —El hombre levantó una mano sin apartar ni por un instante sus ojos de ella. En la palma del hombre surgió una bola de fuego—. Soy el mago Neville Ranson.

Con los ojos prendidos en los de Kahlan, el mago lanzó la bola de fuego hacia el techo. La bola ascendió obedientemente hacia el remate de la cúpula donde estalló en miles de chispas. La sala se llenó de exclamaciones de asombro.

El mago Ranson se recostó en el sitial y desplegó un rollo.

—Tenemos muchos cargos, Madre Confesora. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Sin girar la cabeza, Kahlan recorrió con la mirada la sala hasta donde pudo. No había ninguna posibilidad de escape. Ninguna. Ni siquiera si el hombre que proclamaba su condición de mago mentía.

—Puesto que todos serán falsos, no importa. ¿Por qué no renunciemos a esta farsa y pasamos directamente a la ejecución?

En la sala se hizo un silencio de muerte. El mago Ranson no sonrió, sino que enarcó las cejas.

—Oh, no es ninguna farsa, Madre Confesora, sino unos cargos muy graves. Estamos aquí para esclarecerlos. A diferencia de las Confesoras, yo me niego a condenar a muerte a una persona inocente. Antes de que acabe este juicio, todo el mundo sabrá la verdad de tu traición. Quiero que la gente sepa hasta dónde ha llegado tu pérfida tiranía.

Kahlan unió ambas manos, manteniéndose muy erguida, y puso su cara de Confesora. El público se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Puesto que es una lista muy larga —prosiguió Ranson—, empezaremos con el cargo más grave: traición.

—¿Desde cuándo defender a la gente de la Tierra Central se considera traición?

El mago Ranson descargó el puño sobre el escritorio al tiempo que se levantaba, indignado.

—¡Defender a la gente de la Tierra Central! ¡En mi vida había oído tal perfidia de boca de una mujer! —El mago se alisó la túnica parda por encima del estómago y volvió a sentarse—. Tu manera de «defender» a la gente fue arrastrarla a una guerra. Preferiste condenar a muerte a miles de personas antes que ceder el gobierno a otro. Aunque ese otro cuente con el consentimiento unánime del Consejo.

—Yo no diría que es unánime si la Madre Confesora disiente.

—Disiente por motivos egoístas.

—¿Y quién se supone que debe gobernar la Tierra Central? ¿Kelton? ¿Tú mismo?

—Los salvadores del pueblo. La Orden Imperial.

Kahlan sintió un hormigueo que le subía por las piernas. Era como si la cúpula que se alzaba sobre su cabeza se le cayera encima. La cabeza le daba vueltas y creyó que iba a devolver allí mismo, delante de todo el mundo. Tuvo que hacer esfuerzos por aquietar el estómago.

—¡La Orden Imperial! ¡La Orden Imperial ha pasado a cuchillo a todos los habitantes de Ebinissia! ¡Aplasta a cualquiera que se oponga a su poder!

—Mentiras. La Orden Imperial gobierna con benevolencia. Su único deseo es poner fin a tus propósitos asesinos.

—¡Benevolencia! ¡Los soldados de la Orden violaron y masacraron a la gente de Ebinissia!

Ranson se rió entre dientes.

—Vamos, vamos, Madre Confesora. La Orden Imperial no ha asesinado a nadie. Consejero Thurstan, ¿podéis decirnos si vuestra capital ha sido atacada por alguien? —preguntó a un hombre de prominentes carrillos al que Kahlan no reconoció.

El interpelado se mostró muy sorprendido.

—Hace sólo dos días que llegué de la hermosa ciudad de Ebinissia y sus habitantes no saben nada de una masacre.

La multitud se unió a su risa. Ranson sonrió con petulancia.

—Supongo que no esperabas que tendríamos testigos que rebatirían tus absurdas mentiras, Madre Confesora. Te has inventado la historia de la masacre para infundir miedo a la gente e iniciar una guerra.

Ranson chasqueó los dedos. Una mujer vestida con harapos se adelantó. El mago le dijo amablemente que contara su historia sin ningún miedo. La mujer explicó que sus hijos tenían que irse a la cama hambrientos porque no tenía dinero. Se había visto obligada a ejercer la prostitución para alimentar a sus hijos.

Kahlan sabía que era una mentira. Había mucha gente caritativa y grupos que ayudaban a los verdaderamente necesitados.

Durante la hora siguiente fueron desfilando testigos que exponían historias de hambre y necesidad, y de cómo el Palacio de las Confesoras les había negado a ellos y a sus hijos limosna para alimentarse y vestirse. El público que se agolpaba en las galerías escuchaba embelesado esas tristes historias, y algunos lloraban junto con los testigos.

Kahlan reconoció a algunas de las personas que testificaban. En el pasado la señora Sanderholt les había ofrecido trabajo, pero luego habían desdeñado las tareas que ésta les asignaba. Al final, la señora Sanderholt tuvo que hacer ella misma la mayoría de las tareas.

Cuando el último testigo acabó de contar su lacrimógena historia, el mago Ranson se puso de pie, se volvió a ambos lados y se dirigió a los presentes con estas palabras:

—La Madre Confesora posee un inmenso tesoro, pero pensaba emplearlo para financiar una guerra contra la gente de la Tierra Central que desea verse libre de su tiranía. Primero os quita el pan de la boca, y de la boca de vuestros hijos, y luego, para que no penséis en el hambre que os atormenta, se inventa un enemigo e inicia una guerra con el dinero que tanto os ha costado ganar y que ella os arrebatara para entregarlo a sus amigos ricos.

»¡Mientras vosotros os morís de hambre, ella come bien! ¡Mientras vosotros no tenéis con qué vestiros, ella compra armas! ¡Mientras vuestros hijos se desangran en el campo de batalla, ella se recrea en el lujo! ¡Cuando los miembros de vuestra familia son injustamente acusados de un crimen, ella usa su magia para hacerles confesar cosas que no hicieron para acallar sus protestas contra su tiranía!

El público lloraba. Algunos lanzaron gritos angustiados al oír la última parte del discurso, mientras que otros, enfadados, exigían justicia. Kahlan empezó a dudar de que sería decapitada. Probablemente la multitud la lincharía antes de llegar al cadalso.

Ranson extendió ambos brazos hacia el público.

—Como representante de la Orden Imperial dispongo que se dé al pueblo lo que necesita de verdad. El tesoro de Aydindril será entregado al pueblo. Dispongo que cada familia reciba una moneda de oro al mes para alimentar y vestir a sus hijos. Bajo el gobierno de la Orden Imperial nadie morirá de hambre.

Los vítores resonaron en la gran sala del Consejo. Los fuertes aplausos y los hurras se prolongaron durante cinco minutos. Ranson se sentó, unió las yemas de ambas manos y escuchó la ovación. Ni por un

instante apartó los ojos de Kahlan, ni ella de él.

Kahlan sabía que no era tan sencillo erradicar la penuria y que una caridad mal entendida podía, en realidad, ser muy cruel. Según sus cálculos, a ese ritmo el tesoro se agotaría en el plazo de seis meses, y se preguntó qué sucedería al mes siguiente, cuando la gente hubiera cesado ya de trabajar, o plantar o buscarse la vida por ella misma. Entonces sí que habría hambre y muerte, disfrazados de generosidad.

Por fin la sala quedó en silencio. Ranson se inclinó hacia adelante y dijo:

—Es imposible calcular cuánta gente ha muerto de hambre o en la guerra bajo tu autoridad, Madre Confesora. Es evidente que eres culpable de traición contra la gente de la Tierra Central. No veo necesario escuchar más testimonios, pues el juicio podría alargarse semanas. —Los demás consejeros expresaron su aquiescencia en voz muy alta. Ranson golpeó la mesa con la palma de la mano y dictó sentencia—. Culpable del cargo de traición.

El público volvió a lanzar vítores. Kahlan puso su cara de Confesora y aguantó con la espalda muy recta. Ranson leyó una lista de cargos que Kahlan no podía creer que leyera con gesto tan serio. Fueron llamados más testigos, que testificaron sobre atrocidades que nadie con dos dedos de frente podía tomarse en serio. Pero nadie rió.

Personas que Kahlan nunca había visto declararon saber qué actos cometían las Confesoras en secreto. Mientras escuchaba lo que la gente pensaba de ella se le iba formando un nudo en la garganta. La gente repetía miedos irracionales y rumores sobre todo tipo de atrocidades cometidas por las Confesoras y la Madre Confesora en particular.

Kahlan lo había sacrificado todo durante toda su vida, al igual que las demás Confesoras, para proteger a todas esas personas, y durante ese tiempo esas personas las habían creído capaces de tales monstruosidades. Al escuchar a un testigo declarar que para mantener su poder mágico las Confesoras debían cenar carne humana, Kahlan creyó que todo el mundo se echaría a reír. Pero, en vez de eso, el público abrió mucho los ojos y lanzó exclamaciones ahogadas. Kahlan tuvo que morderse el interior de la mejilla para no estallar en llanto, no porque la acusaran de tales cosas, sino porque la gente realmente las creyera.

Al final dejó de escuchar. Mientras Ranson leía los cargos, llamaba a los testigos y el Consejo la iba declarando culpable de un cargo tras otro, ella pensaba en Richard. Trataba de recordar todos los momentos que habían pasado juntos, todas las veces que lo había visto sonreír, todas las veces que la había tocado. También trató de recordar cada beso.

—¿Te parece divertido? —le recriminó Ranson.

Kahlan alzó la vista. Entonces se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—¿Qué?

Había una mujer de pie a un lado, llorando en un pañuelo. Kahlan la miró parpadeando y luego posó la mirada en Ranson.

—Lo siento, me temo que me he perdido su actuación.

El público murmuró furioso. Ranson se recostó en el respaldo del sitial sacudiendo la cabeza con gesto de asco.

—Culpable de practicar tu magia de Confesora con niños.

—¿Qué? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Con niños?

Ranson señaló a la mujer, que prorrumpió en terribles lamentos.

—Esa mujer acaba de testificar que su hijo ha desaparecido, que otras madres han perdido también a sus hijos y que todos saben que las Confesoras los raptan para practicar con ellos su magia. Como mago corroboro la veracidad de su testimonio.

La multitud gritó enfurecida. Kahlan parpadeó hacia Ranson.

—Tengo dolor de cabeza. ¿Por qué no me la cortáis y así se me pasa?

—¿Incómoda, Madre Confesora? ¿Te incomoda que la gente tenga la oportunidad de encararse con su opresora y pueda escuchar hasta dónde llegan tus abyectos crímenes?

Kahlan mantuvo la cara de Confesora para no llorar.

—Solamente lamento haber sacrificado mi vida por los habitantes de la Tierra Central. De haber sabido que serían tan desagradecidos y crearían tales patrañas, después de todo lo que he sacrificado por ellos, habría sido más egoísta y los habría entregado en manos de verdaderos tiranos.

Ranson la miró ceñudo.

—Has trabajado toda tu vida para el Custodio. —Nuevamente el público ahogó un grito—. Es a él a quien sirves. Es por él por quién trabajas. Ofreces las almas de tu gente a tu amo: el Custodio del inframundo.

La gente que ocupaba las galerías gemía aterrorizada. En la cúpula resonaron airados gritos que reclamaban venganza. La multitud que se agolpaba en el suelo agitaba los puños y empujaba hacia adelante. Los guardias se vieron obligados a contenerla. Ranson alzó las manos pidiendo calma y silencio.

Kahlan posó la vista en la gente, a ambos lados.

—Os entrego a la Orden Imperial —gritó en voz alta—. Ya no pienso hacer nada para salvaros. Seréis castigados por haber aceptado tales mentiras sin reflexionar. Seréis castigados por las consecuencias de vuestros propios deseos egoístas. Lamentaréis el tormento al que os entregáis por propia voluntad. Me alegro de que para entonces yo ya estaré muerta, pues así no sentiré tentaciones de ayudaros. Lamento haber derramado siquiera una lágrima por vuestro sufrimiento. ¡Idos todos al Custodio!

Kahlan fulminó con la mirada al mago Ranson, que sonreía burlón.

—¡Vamos, adelante! ¡Córtame la cabeza! ¡Estoy harta de esta parodia de la verdad! Tú y tu Orden Imperial venceréis. Matadme, para que así pueda librarme de esta vida y vaya al mundo de los espíritus, donde no tendré que llevar la carga de ayudar a nadie. Lo confieso todo. Ejecutadme. Soy culpable de todos los cargos. —La Madre Confesora bajó la vista hacia el cadáver que yacía a sus pies—. De todo excepto de matar a este cerdo kelta. Ojalá lo hubiera matado, pero por desgracia no puedo arrogarme el mérito de ello.

Ranson enarcó una ceja.

—Mentirosa hasta el final, Madre Confesora. No eres capaz de admitir que cometiste ese asesinato.

Lady Ordith fue la siguiente testigo. Con aire altivo declaró haber oído a Kahlan amenazar al príncipe Fyren la noche anterior. El Consejo en pleno declaró asimismo haberla oído amenazarlo con que le cortaría el cuello.

—¿Éstas son tus pruebas? —preguntó Kahlan.

Ranson hizo un gesto hacia un lado.

—Traed a la testigo. Ya verás que sabemos la verdad. Madre Confesora, una de tus antiguas amigas trató de ocultar la verdad sobre tu perfidia y hemos tenido que recurrir a medidas extremas para que cooperara. Pero al final lo ha hecho.

Una temblorosa y encorvada señora Sanderholt fue conducida ante el tribunal. Un guardia a cada lado la sostenía. La mujer estaba demacrada, tenía los ojos enrojecidos y unas marcadas ojeras oscuras. Ya no quedaba nada de su habitual vitalidad. Avanzaba vacilante y parecía incapaz de mantenerse en pie sin ayuda.

Asimismo mantenía bien separadas sus destrozadas manos por miedo a que tocaran algo. Le habían arrancado todas las uñas con tenazas. Kahlan sintió que la bilis le subía hasta la garganta.

Un severo Neville Ranson miró a la mujer desde el sitial.

—Dinos todo lo que sepas sobre este asesinato.

La señora Sanderholt le devolvió la mirada sin parpadear y se mordió el labio inferior. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Era evidente que no deseaba hablar.

Ranson descargó un puño sobre la mesa.

—¡Habla o te acusaremos de cómplice de asesinato!

—Señora Sanderholt —le dijo Kahlan en tono suave. Los ojos de la mujer se posaron en ella—. Señora Sanderholt, yo sé la verdad y usted también; eso es lo que realmente importa. Esta gente seguirá adelante con sus planes con o sin su ayuda. No quiero que sufra por mí. Por favor, dígales lo que quieren oír.

—Pero... —La mujer lloraba.

Kahlan se irguió.

—Señora Sanderholt, como Madre Confesora le ordeno que testifique en mi contra.

En el rostro de la mujer planeó una leve sonrisa. Entonces se volvió hacia el Consejo y habló:

—Vi cómo la Madre Confesora se acercaba a hurtadillas al príncipe Fyren por la espalda y cómo le cortaba la garganta antes de que él supiera qué sucedía. No tuvo ninguna oportunidad de defenderse.

Ranson le sonrió y asintió.

—Gracias, señora Sanderholt. ¿Declara que era amiga de la Madre Confesora pero que se presentó voluntariamente a declarar porque quería que el Consejo y toda la gente supiera la verdad?

Las lágrimas seguían rodando por sus mejillas.

—Sí. Aunque la quería, tenía que decir a la gente que es una asesina.

Después de que la escoltaran fuera de la sala y que el Consejo declarara unánimemente a Kahlan culpable, Ranson se puso en pie y alzó una mano para pedir silencio.

—La Madre Confesora ha sido declarada culpable de todos los cargos. —La multitud expresó ruidosamente su satisfacción y pidió la ejecución inmediata—. La Madre Confesora será ejecutada, pero no hoy. —El mago alzó enfadado una mano para acallar las protestas. El público se calmó—. Ha cometido crímenes contra todo el pueblo y todo el mundo debe tener la oportunidad de presenciar cómo se hace justicia. Todos deben tener la oportunidad de ver su ejecución. Será decapitada dentro de unos días, cuando todas sus víctimas hayan podido venir para ver cómo muere.

Neville Ranson bajó de la tarima y se quedó frente a Kahlan, a la que miró a los ojos. Entonces le dijo en voz baja para que el público no lo oyera.

—¿Estás pensando en usar tu poder contra mí, Madre Confesora?

Eso era exactamente lo que Kahlan estaba pensando; usar su poder sabiendo que moriría en el proceso. Pero no dijo nada.

La sonrisa de Ranson fue fría y cruel.

—No tendrás oportunidad. Pienso despojarte de tres cosas: primero de tu poder y su símbolo, segundo de tu dignidad, y tercero de tu vida.

Kahlan se lanzó contra él. El mago se irguió con las manos enlazadas y observó cómo la mujer se debatía sin conseguir avanzar más que unos centímetros antes de quedar envuelta en un denso colchón de aire que la inmovilizó. Kahlan luchó en vano contra el poder que la aprisionaba.

Ranson alzó las manos. Kahlan vio un destello y gritó al sentir una oleada fría que le recorría todo el cuerpo. Era como si se hubiera sumergido desnuda en un río de agua helada. Temblaba como una hoja. El aguijón del frío le llenó los ojos de lágrimas. Sentía un dolor tan intenso que le parecía que nada podría ser peor, pero cada vez iba a más.

Era como si le desgarraran las entrañas y le arrancaran el corazón del pecho. Kahlan gritaba de dolor. Aturdida por el sufrimiento, de pronto se dio cuenta de que estaba de rodillas. Ranson tenía las manos extendidas por encima de su cabeza.

Cuando el dolor cedió, una sensación de pánico se apoderó de ella.

Ya no tenía su poder.

Donde antes siempre lo había sentido, incluso sin ser consciente de él la mayor parte del tiempo, ahora sólo sentía un vacío sin esperanza.

Había deseado muchas veces deshacerse de él, pero hasta entonces no había caído en la cuenta de cómo se sentiría si perdiera su magia. Nuevamente gritó. Lloraba desconsoladamente por ese desolador vacío. Se sentía desnuda frente a la multitud.

Con un esfuerzo dejó de llorar. No iba a permitir que esa gente viera a la Madre Confesora llorar. No, no iba a permitir que esa gente viera a Kahlan Amnell llorar.

Ranson sacó la espada del príncipe Fyren de su vaina y se colocó a su espalda. Entonces le cogió el pelo con una mano y tiró de él con fuerza. Kahlan seguía de rodillas sobre el frío suelo.

Con la espada le cortó el pelo tanto como pudo, dejándose sólo hasta la nuca. La conmoción de que la esquilaran fue casi tan intensa como perder su poder. Era el pelo que a Richard tanto le gustaba. Kahlan apenas podía reprimir las lágrimas.

Neville Ranson alzó su melena cortada hacia el público, que vitoreaba. Kahlan, de hinojos y atontada, miraba al vacío. Los soldados le ataron las manos a la espalda. Ranson la agarró por un brazo, bajo la axila, y la obligó a levantarse.

—Ya tenemos lo primero, Madre Confesora. Te he despojado de tu poder y de su símbolo, tal como te prometí. Ahora, pasemos al resto.

Kahlan guardó silencio; no había nada que pudiera decir. Ranson y un puñado de sonrientes guardias la condujeron hacia los subterráneos del palacio. Kahlan no prestaba atención adónde la llevaban. Pensaba en Richard, esperando que recordara lo mucho que lo amaba. Se perdió en los recuerdos de su amado y se olvidó del mundo que la rodeaba. Muy pronto dejaría atrás la vida. Los

buenos espíritus la habían abandonado.

Era insensible a lo que le estaba ocurriendo. El vacío de no tener su poder era similar a estar medio muerta. Nunca hasta entonces, después de perderlo, había sabido cuánto significaba para ella ese poder, hasta qué punto la magia formaba parte de sí. Se preguntó si esa apagada lobreguez era como se sentía la gente normal habitualmente. Kahlan no podía imaginarse vivir sin la magia.

Anhelaba la muerte para poner fin a esa muerte interior. Richard había sido el único que la había aceptado con su poder. Ni siquiera ella se había llegado a aceptar por completo, pero Richard sí. Ahora era demasiado tarde. Kahlan lamentaba más la pérdida de la magia que la pérdida de la vida. Ahora sabía qué sentirían las demás criaturas mágicas cuando les llegara el turno y lloraba por ellas.

La mano de Ranson sobre el brazo la obligó a detenerse bruscamente y la devolvió a la realidad. Se encontraba frente a una puerta de hierro en un corredor muy poco iluminado. Kahlan reconoció esa puerta; había oído confesiones en los calabozos.

—Y ahora, la segunda parte de mi promesa, Madre Confesora —dijo Ranson desdeñosamente—. Te voy a despojar de tu dignidad.

Kahlan ahogó un grito cuando la mano del mago la cogió por lo poco que le quedaba de la melena y le obligó a inclinar la cabeza atrás. Mientras ella estaba indefensa, con las muñecas atadas a la espalda con una cuerda que se le clavaba en la carne, Ranson la besó en el cuello.

Justo donde Rahl el Oscuro la había besado.

Las mismas imágenes de horror que llenaron su mente cuando Rahl el Oscuro la besó. Kahlan tembló de repugnancia por el horror de esas visiones. En su mente vio a las jóvenes doncellas violadas en Ebinissia, sólo que esta vez ella era una de ellas.

—Te violaría yo mismo —le susurró Ranson al oído—, pero tu sentido del honor me da asco.

La puerta se abrió con un chirrido y, sin mediar palabra, Ranson la arrojó al pozo.

## 27

Kahlan quiso gritar al sentirse caer al vacío, pero antes de tener la oportunidad de preguntarse qué ocurriría al estrellarse contra el suelo, unas rudas manos la atraparon y la empujaron contra la fría piedra. La puerta se cerró con estrépito, extinguiendo la luz que entraba por la trampilla. A la luz de la antorcha que chisporroteaba en un tederó Kahlan se vio rodeada por un grupo de hombres que sonreían de oreja a oreja y se acercaban a ella.

La cuerda se le clavaba en las muñecas. El terror y la impotencia dejaron paso a la acción desesperada. Kahlan propinó una patada en la entrepierna a uno de los hombres. Al estar con la espalda contra el suelo, contaba con el firme apoyo necesario para hacer mucho daño. Inmediatamente clavó el talón en el rostro de otro que se inclinaba sobre ella. El hombre retrocedió gritando. Kahlan propinaba frenéticamente puntapiés.

Unas manos la cogieron por los tobillos. Kahlan sacudió las piernas, pero la tenían bien sujeta. Entonces rodó a un lado, se desasíó de las garras que la aprisionaban y corrió a gatas hasta una esquina. Pero su libertad fue sólo momentánea, pues los hombres le inmovilizaron de nuevo las piernas, que Kahlan agitaba.

Mientras luchaba, Kahlan trataba desesperadamente de pensar algo. La chispa de una idea quiso llamarle la atención. Era algo sobre Zedd, pero no podía pensar claramente.

Los hombres, que se peleaban entre sí por llegar hasta ella, le subieron el vestido blanco. Kahlan sintió unas manos que le manoseaban los muslos. Unos dedos grandes y rollizos se engancharon en sus prendas interiores y la despojaron de ellas, quitándoselas por los pies. Kahlan notaba en la piel unas rudas manos y el aire frío. Tenía que luchar contra esos hombres y al mismo tiempo contra la sensación de pánico.

Había dejado a dos hombres fuera de combate; uno se sujetaba la entrepierna y el otro estaba despatarrado en el suelo sangrando por la cara que Kahlan le había destrozado. Pero aún quedaban otros diez y todos se le echaban encima al mismo tiempo. Luchaban entre sí para ver quién se ponía antes

encima de ella. Había uno, el más fornido, que estaba ganando la batalla. Kahlan apenas podía respirar.

Haciendo un frenético esfuerzo, la chispa de una idea prendió. Kahlan recordó haberle pedido a Zedd que le quitara su poder para así poder amar a Richard, pero Zedd le había dicho que era imposible despojar a una Confesora de su poder, que nacía ya con esa magia y que, mientras viviera, eran inseparables.

¿Cómo había conseguido Ranson arrebatarse su poder? Zedd era mago de Primera Orden. No había otro hechicero con más poder que él. ¿Por qué Ranson no había querido ser el primero en violarla? Según él, porque le daba asco, aunque también había dicho que iba a arrebatarse su dignidad. ¿Por qué no había querido hacerlo?

Porque tenía miedo. Tenía miedo que descubriera el engaño. Entonces lo entendió. Ranson había usado con ella la Primera Norma de un mago, que decía que la gente es capaz de creerse cualquier cosa si quiere creer que es verdad, o porque teme que lo sea. Ella temía que fuese cierto que Ranson la hubiera desposeído de su poder. Tal vez el hechicero había usado magia para infligirle dolor y así enmascarar su capacidad de sentir su propia magia. La había engañado para que creyera aquello que temía.

Mientras notaba las manos de los hombres que la sobaban, Kahlan luchó por sentir su poder. Trataba de hallar ese lugar de calma en el que residía su magia, pero no lograba encontrarlo. Todo lo que sentía era un gran vacío. Donde antes siempre había sentido el manantial de su magia, ahora sólo sentía un insensible y apagado vacío.

Kahlan tuvo deseos de llorar al sentir las manos de los hombres en sus piernas y entre ellas, pero no podía permitirse perder el control o perdería también su única oportunidad. Pero, por mucho que se esforzara, era incapaz de encontrar su magia y conjurarla. Simplemente había desaparecido. Tenía que soltarse las manos como fuera.

—¡Esperad! —gritó.

Todos los hombres se detuvieron un instante, alzaron la cara y la miraron. Kahlan jadeó, tratando de recuperar la respiración.

«Habla —se ordenó—, habla ahora mientras tienes oportunidad.»

—¡Lo estáis haciendo todo mal! —les espetó.

Los hombres se echaron a reír.

—Tranquila, ya verás cómo sabemos hacerlo muy bien —repuso uno de ellos.

Kahlan luchó por controlar su miedo y pensar. Iban a violarla, y ella no podía detenerlos. Resistiendo de ese modo sólo conseguía alimentar su propio miedo. Solamente tenía una oportunidad, y era usar la cabeza. Tenía que frenarlos para darse tiempo para pensar.

—Si lo hacéis de este modo, no sacaréis la máxima satisfacción de mí.

Todos fruncieron el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Si lucháis entre vosotros y conmigo, no podréis gozarme de verdad. ¿No sería mucho más agradable si cooperara?

Los hombres se miraron entre sí. Uno, situado a un lado, tomó la palabra:

—Tiene parte de razón. La reina fue de lo más aburrida después de la primera vez.

—¿Reina? ¿Qué reina? Estáis fanfarroneando. No habéis tenido ninguna reina.

—La reina Cyrilla —dijo otro hombre—. Se desmayó mientras la gozábamos y luego se volvió imbécil. Se estaba todo el tiempo allí tumbada, como un pescado muerto. Pero, no obstante, fue nuestra. Poseímos a una reina.

Kahlan tuvo que reprimir un grito, así como el impulso de empezar de nuevo a dar patadas después de lo que acababa de escuchar. Le esperaba la misma suerte que a Cyrilla.

Su única oportunidad era usar la cabeza. Necesitaba tiempo para encontrar su magia y, por si acaso lo lograba, los hombres tenían que estar separados. De otro modo nueve reducirían fácilmente a uno. Primero debía organizar la escena en previsión de que su magia funcionara. Y ese uno tenía que ser el más fuerte.

Por un instante abandonó la idea, por miedo a que no la salvara y, sobre todo, por miedo a no tener agallas para ponerla en práctica. Pero se dio cuenta de que, incluso si no funcionaba, no importaba. De un modo u otro iban a violarla. Al menos tenía que intentarlo. ¿Qué podía perder?

—A eso me refiero. ¿No preferiríais que cooperara? Voy a estar aquí encerrada durante días. Cada

uno de vosotros tendréis tiempo suficiente para estar conmigo. ¿No preferís que ayude? De ese modo, todos conseguiríais lo que queréis. —Kahlan tuvo la impresión de que iba a vomitar.

—Continúa —le ordenó con voz áspera el más fornido de los diez.

Kahlan reforzó su resolución.

—Yo nunca... nunca he estado con un hombre. —Los hombres celebraron con gritos su buena suerte. Kahlan esperó hasta sentir de nuevo sobre ella sus miradas lascivas y tuvo que luchar contra el chillido que le nacía en la garganta al verlas—. Como he dicho, nunca he estado con un hombre. Sé que vais a poseerme y que no puedo deteneros. Si de todos modos va a suceder, creo que prefiero... disfrutarlo.

Sus hambrientas sonrisas se hicieron más amplias.

—¿Ah sí? Bueno, ¿y con qué crees que disfrutarías más, noble señora?

—Querría que me lo hicierais de uno en uno. ¿No creéis que también sería mejor para vosotros? Si en vez de pelear entre vosotros esperarais vuestro turno, podríais concentraros en gozar de todo lo que una mujer de verdad puede ofrecer.

Un par de los hombres la agarraron por las piernas separándoselas, mientras gruñían que querían tomarla a su manera. El más grandote de los diez, el de la voz áspera, los apartó y lanzó a uno contra el muro. La cabeza del hombre golpeó ruidosamente contra la piedra.

—¡Dejadla hablar! ¡Lo que dice tiene sentido! —Entonces posó en Kahlan su despiadada mirada y dijo—: Oigamos tu oferta.

Kahlan trató de hablar lentamente, como si la idea que iba a exponer la intrigara, y que sonara segura de sí misma. Se encogió de hombros y propuso:

—Si lo hacéis a mi manera, os daré todo lo que queráis. Me aseguraré de que cada uno disfrute de lo que más le gusta.

Algunos de los hombres se rieron entre dientes. Los ojos del hombre más fornido reflejaron recelo.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Y cómo sabemos que hablas en serio?

—Porque de ese modo yo también pasaré un buen rato —contestó Kahlan, tragándose el miedo—. Desátame las manos y te demostraré que lo digo muy en serio.

Kahlan se inclinó hacia adelante mientras el hombretón le desataba las manos. Otro de los hombres aprovechó la oportunidad para acariciarle los senos. Kahlan se dejó hacer. Por fin, cuando ya tuvo las manos libres, se frotó las doloridas muñecas y luego sonrió al hombre fornido al tiempo que le acariciaba una mejilla.

El hombre le apartó bruscamente la mano del rostro.

—Se te acaba el tiempo. Será mejor que nos demuestres que hablas en serio.

Kahlan se armó de valor mientras se recostaba contra el muro. Entonces se subió el vestido por encima de la cintura, dobló las rodillas y separó las piernas.

—Tócame —dijo al hombretón, mirándole a los ojos.

Otros tres hombres hicieron ademán de ir a por ella, pero Kahlan les apartó las manos.

—¡He dicho que uno a uno! ¿Cómo te llamas? —preguntó al hombre fornido, que descollaba entre los demás.

—Tyler.

—Uno a uno. Tú primero, Tyler. Tócame.

El sonido de fuertes jadeos resonaba entre los muros de piedra. Tyler la acarició. Kahlan tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantener las piernas separadas. Tenía que esforzarse para seguir respirando. Rezó para no echarse a temblar.

Una amplia sonrisa apareció en la faz del gigantón mientras que con una de sus manazas la sobaba. Con gesto tímido y coqueto Kahlan le apartó la mano y juntó las rodillas.

—¿Lo ves? ¿No es mejor esto que una mujer delicada que se desmaya con sólo tocarla y se queda tumbada en el suelo como un pescado muerto?

Todos convinieron en que era mucho mejor. Tyler la miró con recelo.

—Pareces una de las Confesoras.

—¿Confesora yo? —Kahlan soltó una carcajada—. ¿Te parece éste el pelo de una Confesora? —preguntó, cogiéndose uno de sus cortos mechones. Era tan corto que sintió el impulso de gritar angustiada.

—No... pero el vestido...

—Bueno, se lo tomé prestado —explicó Kahlan.

—Por lo que sé, no se suele condenar a muerte por robar un vestido. ¿Cómo has acabado aquí con nosotros?

Kahlan alzó el mentón.

—No he hecho nada. Soy inocente.

Los hombres rieron y dijeron que también ellos eran inocentes. Tyler no se unió a las risas. Tenía una peligrosa expresión en los ojos. Kahlan sabía que tenía que hacer algo y rápido.

El corazón le latía con tanta fuerza, que creyó que se le saldría del pecho. Cogió una mano de Tyler entre las suyas, volvió a colocársela entre las piernas y apretó los muslos contra ella.

La lasciva sonrisa del hombre borró el gesto de sospecha de su rostro.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó.

—Me entregaré a vosotros, pero de uno en uno. Mientras cada uno de vosotros me toma aquí, los demás esperarán en ese otro rincón. De ese modo me sentiré lo bastante segura como para disfrutar y estaré lo bastante cómoda para asegurarme de que también vosotros disfrutéis. —Kahlan posó de nuevo los ojos en el más corpulento y se humedeció los labios, sonriendo—. Y tengo otra condición; quiero que tú seas el primero. Siempre he deseado a un hombre realmente fuerte.

Kahlan se estremeció ante la mirada del hombre, pero se dijo que ella era la Madre Confesora y que no podía perder la cabeza. Nuevamente se humedeció los labios y se meneó contra la mano del hombre.

Tyler estalló en carcajadas. Todos los demás se unieron a sus risas.

—Ya os conozco a vosotras, las grandes damas; miráis a todo el mundo por encima del hombro pero, cuando llega el momento, no sois más que unas putas, como todas las demás.

La sonrisa del hombretón se desvaneció de un modo que sobrecogió a Kahlan.

—Retorcí el cuello a la última puta que se creía mejor que yo y decidí cambiar de opinión. Ese mago nos dijo qué nos haría si te matábamos, pero si te echas atrás te juro que lo lamentarás. —Kahlan apenas logró esbozar una débil sonrisa y asentir—. Muy bien, empecemos.

Con un amplio gesto del brazo obligó a los demás a retroceder al extremo opuesto del pozo. Kahlan buscaba desesperadamente su magia. Tyler dijo a sus compañeros que decidieran entre ellos quién sería el siguiente. Luego se volvió hacia la mujer y empezó a desabrocharse los pantalones.

Kahlan buscó frenéticamente el modo de ganar tiempo. Necesitaba más tiempo para encontrar su poder.

—¿Qué tal un beso primero? —sugirió.

—No necesito ningún beso —gruñó Tyler—. Ábrete de piernas como antes. Eso me gusta.

—Bueno, es que no hay nada que excite más a una mujer y la impulse a complacer al hombre que un buen beso.

El hombre se quedó un momento en silencio, tras lo cual le pasó un brazo alrededor del hombro y la estrelló contra el suelo junto a él.

—Será mejor que te excites pronto, antes de que pierda la paciencia.

—Lo prometo. Sólo un besito.

Tyler apretó los labios contra los suyos. Kahlan ahogó un grito al notar la mano del hombre entre sus piernas. Ahora ya no la acariciaba sino que presionaba con insistencia. El hombre tomó el sonido de Kahlan por cooperación y apretó los labios con más fuerza. Ella le rodeó el cuello con los brazos. El olor del hombre casi la hizo vomitar.

Trataba de concentrarse para hallar la calma, como siempre hacía antes de usar su poder. Pero esa vez no la encontraba. Desesperada, buscó el manantial de su magia pero nada halló.

El fracaso hizo acudir lágrimas a sus ojos. Tyler respiraba cada vez más fuerte. Le apretaba los labios con tanta intensidad, que le estaba haciendo daño. No obstante, Kahlan fingió que disfrutaba.

Era casi imposible concentrarse con el terror que le inspiraba o sintiendo lo que la mano del hombre le hacía entre las piernas, pero no osó detenerlo. Pese al nudo de pánico que le atenazaba la garganta, se forzó a mantener las piernas abiertas. Clavó los talones en el suelo, y los pies le temblaron dentro de las botas.

Kahlan se riñó a sí misma. Ella era la Madre Confesora y había usado su poder en innumerables ocasiones. Nuevamente lo probó, pero nada. El recuerdo de las muchachas violadas en Ebinissia le

impedía concentrarse.

Entonces pensó en Richard y casi prorrumpió en sollozos por el anhelo de volverlo a ver. Si quería verlo una vez más, su única oportunidad era usar la magia. Tenía que ser fuerte. Debía hacerlo por él.

Nada ocurrió. Kahlan se dio cuenta de que gemía de frustración con su boca pegada a la de Tyler. El hombre lo interpretó como pasión. Apartó el rostro apenas unos centímetros y le dijo:

—Abre más las piernas, para que todos vean lo mucho que una elegante dama desea a Tyler.

Sumisa, Kahlan acercó los talones al cuerpo y separó más las rodillas. Todos los hombres lanzaron vítores. Kahlan sentía cómo las orejas le ardían y recordó que Ranson la había amenazado con robarle su dignidad. Tyler volvió a besarla con fuerza. A Kahlan las lágrimas se le escapaban por las comisuras de los ojos.

No funcionaba. Era incapaz de hallar su poder, si es que aún lo conservaba. No tenía elección; tendría que seguir adelante con lo que había prometido a esos hombres pues de otro modo, además de abusar de ella, la molerían a palos. No podía escaparse.

La imagen de las pobres mujeres de Ebinissia no se le iba de la cabeza. Eso mismo era lo que iba a sucederle a ella. No había ninguna esperanza. Kahlan se dio por vencida; se rindió a lo que iba a ocurrir.

De pronto recordó algo que su padre le había enseñado: «Si alguna vez te rindes, Kahlan, estás perdida. Lucha con todas tus fuerzas, hasta el último aliento si es necesario, pero no arrojes la toalla. Nunca te rindas. No ofrezcas al enemigo la victoria en bandeja de plata. Lucha con todo lo que tienes hasta el último aliento». Ella estaba haciendo justo lo contrario.

Tyler se incorporó.

—Basta de besos. Ya estás lista.

Se le había acabado el tiempo. Se preguntó si Richard la odiaría por eso. No. Comprendería que no había tenido elección. Solamente lo defraudaría si ella se avergonzaba de ser una víctima. Antes de que Denna consiguiera lo que quería de él, Richard había sufrido un insoportable tormento. Richard sabía perfectamente qué era estar indefenso. De algún modo, también él había sido violado. Richard no la culparía, sino que la consolaría.

«Si con Tyler no lo lograba —se dijo Kahlan—, lo intentaría con el siguiente y, si no, con el tercero. No iba a rendirse. Trataría de hallar el poder dentro de sí con cada uno de ellos.»

—Mantén las piernas abiertas —le ordenó Tyler. El hombre gruñó mientras se desabrochaba los pantalones. Kahlan cayó en la cuenta de que, involuntariamente, había juntado las rodillas. Obedientemente las separó. Una lágrima le rodó por la mejilla.

«Queridos espíritus —rezó—, ayudadme.»

No. Los buenos espíritus nunca la habían ayudado. Nunca, pese a todo lo que había hecho por ellos, pese a sus súplicas. Y tampoco ahora la ayudarían.

Al Custodio con ellos; eran despreciables.

«No llores —se dijo a sí misma—. Resiste. Lucha hasta el último aliento si es necesario.»

—Por favor —pidió a Tyler—. Dame sólo un beso más.

—He dicho que basta de besos. Es hora de que cumplas tu promesa. Ahora me toca a mí.

Kahlan acercó más los talones al cuerpo, separó las rodillas al máximo y meneó el trasero. Tyler la contemplaba con mirada lasciva.

—Oh, por favor. Nunca nadie me había besado como tú. Sólo un beso más. —Tyler respiraba agitadamente—. Luego te complaceré como ninguna mujer ha hecho antes. Sólo un beso.

El hombre se dejó caer sobre ella, entre sus piernas. El peso la dejó sin respiración.

—Uno más y luego tendrás que cumplir.

Tyler aplastó su peluda cara contra la faz de Kahlan. Estaba fuera de control. Apretaba con tal fuerza los labios de la mujer, que los dientes se los cortaban. Kahlan trató de hacer caso omiso del dolor que le causaba soportar el peso del hombretón.

Entonces agarró el musculoso cuello del reo con ambas manos. Los pulmones le pedían aire a gritos. Ésta era su última oportunidad, su último aliento. «Lucha con él —se dijo—. Resiste. Lucha por Richard.»

Como tantas veces antes, liberó el control, aunque en esta ocasión no notaba que el poder se opusiera.

Fue como sumergirse en un pozo oscuro y sin fondo. En el pozo retumbó un trueno silencioso.

La violenta sacudida en el aire produjo una rociada de polvo de piedra. Todos los hombres gritaron de dolor, pues habían asistido muy de cerca a la descarga de poder.

Kahlan casi gritó de alegría. Volvía a sentir la magia dentro de sí. Era débil, pues acababa de usarla, pero allí estaba. La había recuperado o, mejor dicho, nunca la había perdido. Ranson la había engañado con la Primera Norma.

Tyler se apartó de ella. La mandíbula le colgaba laxa. La miró a los ojos.

—Mi ama —susurró—. ¿Qué ordenáis?

Los otros hombres iban a por ella.

—¡Protégeme!

Tyler estrelló la cabeza de un par de sus compañeros contra el muro, manchándolo de sangre. Luego agarró a otro por el brazo. En el pozo resonaron chillidos de dolor. Durante unos minutos se libró una feroz batalla, hasta que Kahlan fue capaz de dirigir a Tyler para lograr su objetivo: una tregua.

No quería que luchara contra todos sus compañeros, pues si lograban reducirlo, ella estaría perdida. Lo que quería era mantenerlos a distancia, con Tyler guardándola. Ésa era su mejor oportunidad para sobrevivir hasta que su poder se recuperara.

Kahlan gritó órdenes a los hombres así como a Tyler. Quedaban seis aún capaces de luchar y estaban furiosos. Otro se retorció en el suelo con gritos de dolor y los otros cuatro, incluyendo el que había recibido de ella un puntapié en la cara, no se movían.

Dijo a los supervivientes que mantendría a Tyler a raya siempre que se quedaran en su rincón. De mala gana los hombres se agruparon en el lado opuesto, arrastrando a sus compañeros heridos o muertos. Los chillidos acabaron de convencerlos para que aguardaran el momento oportuno antes de enfrentarse al hombretón de mirada enloquecida. Kahlan les obligó a que le devolvieran la ropa interior amenazándoles con lanzar a Tyler contra ellos.

Luego se sentó en un rincón con la espalda apoyada en el muro. Tyler se puso de cuclillas ante ella, en posición presta, balanceándose sobre los talones. Los hombres los observaban a ambos. Kahlan sabía perfectamente que esa frágil tregua no podría durar muchos días. Más pronto o más tarde, Tyler agotaría las fuerzas, los hombres lo reducirían y luego irían a por ella. Y los hombres también lo sabían.

## 28

Las horas fueron pasando. Los hombres seguían observándolos mientras Tyler la protegía. De vez en cuando Kahlan lograba sumirse unos minutos en un intranquilo sueño. No tenía ni idea de la hora que era pero calculó que sería entre media noche y el alba.

Aunque tenía miedo y sabía que más pronto o más tarde irían a buscarla para conducirla al patíbulo, sentía una profunda alegría por haber recuperado su poder y haberlo utilizado para salvarse de esos hombres. Los buenos espíritus no la habían ayudado; había sido ella misma. Kahlan se sentía satisfecha de lo que había hecho. No se había rendido.

Los buenos espíritus la habían abandonado como siempre. Kahlan estaba furiosa con ellos. Había sacrificado toda su vida para defender sus ideales, y ellos no la habían ayudado ni una sola vez.

Pero eso se había acabado. No quería saber nada más de los buenos espíritus y tampoco del desagradecido pueblo de la Tierra Central. ¿Qué había ganado ella sacrificándose? En la sala del Consejo lo había averiguado; había ganado el profundo odio de su gente. La misma gente por la que luchaba la creía capaz de hacer daño a unos niños. Al pueblo no le gustaban las Confesoras y les tenía miedo por muy diversas razones, pero averiguar lo que realmente pensaba de ella la había dejado anonadada.

En adelante iba a preocuparse sólo por sí misma, por sus amigos y por Richard, y los demás podían irse al Custodio. Que cayeran todos en sus manos. Ella ya no se responsabilizaba de su suerte.

Había dejado de ser la Madre Confesora. A partir de ahora sería solamente Kahlan.

La antorcha se apagó con un último chisporroteo, sumiendo el pozo en la oscuridad total.

—¡Gracias, buenos espíritus! —dijo Kahlan a voz en grito. Sus palabras resonaron en el pozo—. ¡Al Custodio con vosotros!

Los hombres aprovecharon la oscuridad para atacar a Tyler. Kahlan no veía qué estaba ocurriendo; solamente oía gruñidos y golpes sordos.

De pronto escuchó un fuerte ruido que resonó en el pozo y no comprendió qué era. Pero entonces oyó una voz ahogada que la llamaba por su título. Era una voz familiar que venía de arriba.

—¡Chandalen! ¡Chandalen! ¡Estoy aquí abajo! ¡Abre la puerta!

—¡Madre Confesora! —gritó la voz desde detrás de la puerta—. ¿Cómo la abro?

Kahlan lanzó un chillido cuando una mano la aferró por un tobillo y la hizo caer. Chandalen gritó al oír su chillido. Tyler cogió los dedos que le apresaban el tobillo y los dobló hasta romperlos. Un hombre lanzó un alarido en la oscuridad.

—¡Chandalen! ¡La llave, usa la llave!

—¿Llave? ¿Qué es una llave?

—¡Chandalen! —Kahlan apartó violentamente una cabeza de su cintura—. Chandalen, ¿recuerdas cuando estábamos en la ciudad con toda esa gente muerta? ¿Recuerdas cómo te mostré qué era una llave para abrir una puerta? ¡Chandalen, uno de los guardias guarda un manojo de ellas en el cinto! ¡Corre, ve a cogerlas!

Kahlan reconoció un gruñido de Tyler cuando se estrelló contra el muro. El hombre se defendía propinando tremendos puñetazos. Arriba resonó un sonido metálico.

—¡Madre Confesora! ¡No gira!

—¡Entonces no es la buena! ¡Prueba con otra!

Alguien se estrelló contra ella y la arrojó al suelo. Kahlan trató de arañarle los ojos. El hombre le dio un puñetazo en el estómago.

De pronto un rayo de luz descendió al pozo. Tyler vio al hombre que tenía encima y lo apartó. Chandalen bajó una escalerilla.

—¡Tyler! ¡Que no se acerquen a mí!

Kahlan se precipitó hacia la escalerilla y empezó a trepar por ella. Los hombres se amontonaron sobre Tyler. Kahlan lo oyó gruñir y luego cómo se le partía el cuello. Un puñetazo en la pantorrilla la hizo resbalar sobre un travesaño y unas manos la agarraron por los tobillos. La mujer propinó una patada a la cara del hombre que tenía detrás y continuó el ascenso. El hombre cayó hacia atrás arrastrando a sus compañeros. Pero inmediatamente volvieron a la carga.

Kahlan se estiró hacia la mano que le tendían desde arriba. Chandalen le asió con firmeza una muñeca y la subió hasta la trampilla. Luego se deshizo de una puñalada del hombre que apareció detrás de la Confesora. Mientras el hombre caía al pozo, Chandalen cerró la trampilla de golpe. A continuación recibió entre los brazos a una jadeante Kahlan.

—Rápido, Madre Confesora. Tenemos que salir de aquí.

Había guardias muertos por todas partes, todos estrangulados silenciosamente por la *troga* de Chandalen. El hombre barro le cogía la mano mientras corrían por oscuros y húmedos corredores y subían escaleras. Kahlan se preguntó cómo habría podido Chandalen encontrarla en los calabozos. Alguien debía de haberlo guiado.

Al doblar una esquina se encontraron con el sangriento escenario de una batalla. Había cuerpos por todas partes y sólo quedaba un superviviente: Orsk. Su enorme hacha de guerra goteaba sangre. El tuerto brincó de alegría al ver a su ama, y Kahlan sintió algo parecido a la emoción al ver ese rostro deformado.

—Le hice esperar —explicó Chandalen, mientras tiraba de ella para atravesar el escenario de la carnicería—. Le dije que te traería de vuelta si esperaba aquí y bloqueaba este pasillo.

De pronto el guerrero la miró con ceño. Kahlan se dio cuenta de que tenía los ojos clavados en su pelo, o mejor dicho en lo que quedaba de él. No obstante, nada dijo, y Kahlan se lo agradeció en silencio. Era extraño no sentir el peso de su melena; era descorazonador. A ella le encantaba su pelo, y a Richard también.

La Confesora se inclinó y recogió un hacha de guerra de uno de los guardias caídos. Aún no había recuperado por completo su poder y se sentiría más segura con un arma en las manos.

Chandalen, arrastrando a Kahlan por una mano, y Orsk protegiendo la retaguardia, cruzó en tromba una puerta. Justo al otro lado el capitán de los guardias tenía a una mujer aplastada contra la pared. Los brazos de ella le rodeaban el cuello y lo besaba. Las manos de él estaban debajo de su vestido.

Al pasar rápidamente por su lado, el capitán alzó los ojos, sorprendido. Chandalen le hundió su

largo cuchillo entre las costillas.

—¡Vamos! —dijo a la mujer—. ¡Ya la tenemos!

La mujer se unió a la pequeña comitiva, que continuó su sinuoso camino ascendente por palacio. Perpleja, Kahlan volvió la vista. La mujer cubierta por la capa con capucha era la misma que se había desmayado en la fiesta: Jebra Bevinvier.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó Kahlan.

—Perdonadme, Madre Confesora, por haberme desmayado. Tuve una visión de vos siendo decapitada. Fue tan horrible que perdí el conocimiento. Sabía que debía hacer algo para impedir que esa visión se hiciera realidad. Recordé que mencionasteis que un amigo os esperaba en el bosque, así que fui y lo busqué.

Todos se pegaron a la pared y esperaron a que una patrulla atravesara la habitación adyacente. Cuando el eco de sus pisadas se extinguió, Chandalen miró a Jebra con gesto de furia.

—¿Se puede saber qué hacías con ese hombre?

La joven parpadeó, sorprendida.

—Era el capitán de los guardias. Estaba haciendo la ronda con todo un destacamento. Le convencí de que se deshiciera de sus hombres un rato. Fue lo único que se me ocurrió para evitar que cincuenta soldados os atrapasen allí abajo.

Chandalen gruñó que había actuado correctamente. Mientras seguían avanzando, Kahlan dijo a Jebra que había hecho algo muy valeroso. Pero Jebra protestó diciendo que ella no era ninguna heroína y que tampoco deseaba serlo.

En la intersección con un corredor abovedado esperaba la señora Sanderholt. Kahlan soltó una exclamación y se lanzó en brazos de la mujer. Pero la señora Sanderholt extendió sus vendadas manos para impedirlo.

—Ahora no, Madre Confesora, debéis escapar. Este camino está despejado.

Todos los demás corrieron en la dirección que la señora Sanderholt había indicado, pero Kahlan fue en dirección contraria. Todo el grupo volvió la cabeza y corrió tras ella.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Chandalen—. ¡Tenemos que huir!

—Tengo que recoger una cosa de mi habitación.

—¿Qué es más importante que salvar la vida?

—*El cuchillo de tu abuelo* —contestó Kahlan, corriendo.

Al darse cuenta de que no podrían convencerla, todos la siguieron. Kahlan los condujo por un laberinto de pasillos estrechos y poco frecuentados por las patrullas. Varias veces se toparon con guardias y todas ellas Orsk los hizo pedazos con su hacha.

Tras subir una escalera y doblar una esquina, un sorprendido guardia la atacó. Con todas sus fuerzas Kahlan le hundió el hacha en el centro del pecho. El guardia se desplomó y dejó caer la espada, que resbaló en el suelo.

Mientras el hombre se retorció aún en el suelo, Kahlan apoyó un pie en su jadeante estómago y trató de recuperar el hacha. Brotaron burbujas de aire y de sangre, pero el hacha se le había clavado en el esternón. Así pues, Kahlan la reemplazó por la espada de factura kelta del guardia. Chandalen arqueó una ceja. Antes de llegar a sus aposentos Kahlan tuvo motivos para usar esa espada con resultados letales para el enemigo.

Mientras los demás aguardaban en la antesala, recuperando el aliento, Kahlan se precipitó hacia su alcoba. Al ver su vestido de boda azul se quedó helada. Pero, sin perder tiempo, lo cogió y se lo llevó al pecho. Era justamente eso lo que había ido a buscar. No quería dejarlo en palacio, pues no pensaba regresar nunca más. Kahlan derramó una lágrima sobre el vestido, lo enrolló y lo embutió en la mochila.

Toda su otra ropa también había sido lavada y plegada. Kahlan la metió también en la mochila después de atarse el cuchillo de hueso alrededor del brazo izquierdo. Luego se echó el manto sobre los hombros y, apresuradamente, tensó el arco.

Salió corriendo con la mochila y la aljaba a la espalda, y el arco colgado de un hombro. Ya tenía todo lo que necesitaba, todo lo que significaba algo para ella. Se detuvo un momento para mirar por última vez su alcoba mientras, sin darse cuenta, daba vueltas al hueso redondo que le colgaba del cuello. Después se dispuso a conducir al grupo fuera de palacio por la parte trasera.

Kahlan perdió la cuenta de todos los guardias que Chandalen eliminó con la *troga* o el cuchillo.

Cuando un fornido guardia surgió de improviso de un pasillo lateral y trató de arrollarlos, Kahlan lo atravesó con la espada. El grupo iba dejando a su paso una estela de cadáveres. Las campanas de la torre repicaban con la llamada de alarma.

En el descansillo que conducía a la gran escalinata Orsk cortó la cabeza a un soldado. El cuerpo decapitado rodó por los escalones, dejando un rastro de sangre como si desenrollara una alfombra roja para ellos. Finalmente se paró al chocar contra la estatua de Magda Searus, la primera Madre Confesora.

Descendieron corriendo los escalones de piedra. El sonido de sus pasos resonó en el amplio hueco. Cerca ya de la base, una súbita punzada de dolor tumbó a Kahlan, que bajó rodando los últimos escalones. Los demás gritaron y corrieron a ayudarla, preguntándole si estaba herida. Pero Kahlan les dijo que simplemente había tropezado.

No era cierto.

La Confesora cogió el arco y apuntó una flecha.

—Vamos, tomad ese pasillo. Al llegar al final, girad a la derecha. Yo me reuniré con vosotros. ¡Vamos, idos!

—¡No te dejaremos! —protestó Chandalen.

—¡He dicho que os marchéis! —rugió Kahlan. La Confesora notaba un abrasador dolor en las piernas que apenas le permitía tenerse en pie—. Orsk, que se vayan. Ya os atraparé. Me disgustaré mucho si no haces que se vayan.

Orsk alzó el hacha y gruñó. Los otros dos retrocedieron hacia el pasillo, sin dejar de suplicar a Kahlan. Decían que, después de arriesgar la vida para salvarla, no iban a abandonarla.

—¡Orsk! ¡Llévatelos de aquí!

—¿Por qué? —gritaron al unísono Chandalen y Jebra.

Kahlan señaló con el arco. Al otro lado del enorme vestíbulo, encaramado a una de las distantes arcadas, distinguieron una figura entre las sombras.

—Porque, si no, os matará.

—¡Tenemos que huir! ¡También te matará a ti!

—Si lo dejo con vida, nos localizará con su magia y nos matará a todos.

Un relámpago amarillo atravesó el amplio vestíbulo. Fragmentos de piedra se estrellaron contra el suelo, cubriendo casi la abertura en la que se encontraban los otros.

Kahlan sacó de su aljaba una de las flechas de punta plana de Chandalen, hechas ex profeso para matar hombres.

—¡Madre Confesora! —gritó Chandalen—. ¡No lo conseguirás! ¡Ni siquiera yo podría hacer ese disparo! ¡Huye!

Kahlan no le dijo que el mago le estaba enviando lacerantes oleadas de dolor y que no podía correr. De hecho, lo único que conseguía era mantenerse en pie.

—¡Orsk! ¡Sácalos de aquí ya! ¡Después os alcanzaré!

Otro rayo levantó una lluvia de piedras. Los tres corrieron por el pasillo. Orsk los obligaba a avanzar.

Kahlan apoyó una rodilla en el suelo para equilibrarse mientras flechaba el arco. Luego estiró la cuerda hacia su mejilla. La cabeza de la flecha estaba horizontal en su línea de visión. Ranson se encontraba tan lejos que apenas lo veía, y el dolor le nublabla la vista.

Pero sí que le oía reír mientras le enviaba violentas punzadas de magia que le recorrían todo el cuerpo. Su risa era parecida a la de Rahl el Oscuro. Kahlan se mordió la parte interna de los carrillos para ahogar el grito de dolor que le nacía en la garganta y pugnaba por salir. Pero lo que no podía reprimir eran los entrecortados gemidos.

—¿Ahora eres arquera, Madre Confesora? —gritó Ranson. Su risa resonó en la piedra alrededor de la mujer—. Tu libertad ha sido breve, Madre Confesora. Espero que haya valido la pena. Tendrás mucho tiempo para reflexionar sobre ello cuando vuelvas al pozo.

Estaba demasiado lejos. Nunca había disparado contra un blanco tan distante. Pero Richard sí. Ella le había visto hacerlo. «Por favor, Richard, ayúdame. Enséñame cómo lo hiciste tú ese día. Ayúdame.»

Del panel que tenía justo al lado brotaron unas enredaderas de piedra, le rodearon la cintura y empezaron a apretar. El dolor era tal, que Kahlan lanzó un grito.

Nuevamente alzó el arco. Lucharía hasta el último aliento si era necesario. Los brazos le temblaban.

Apenas podía ver al hechicero. Estaba demasiado lejos. Las enredaderas la tenían atrapada. No podría correr ni aunque quisiera.

«Richard, ayúdame.»

Otra brutal oleada de dolor le abrasó las piernas y las entrañas. Se le escaparon las lágrimas, mientras se estremecía y boqueaba, tratando de respirar. Era incapaz de sostener el arco.

Otro rayo cruzó por encima de la escalinata. El ruido fue ensordecedor. Fragmentos de piedra llenaron el aire, y se levantaron nubes de polvo cuando una columna se derrumbó con estrépito.

Entonces oyó las palabras de Richard en su mente: «Debes ser capaz de disparar en cualquier circunstancia. Piensa que sólo existís tú y el blanco; nada más. Tienes que ser capaz de dejar de lado todo lo demás. No pienses en lo asustada que estás o en lo que pasará si fallas. Tienes que ser capaz de disparar bajo presión».

Kahlan recordaba cómo le había susurrado esas palabras, cómo le había susurrado que atrajera el blanco hacia ella.

De repente, vio el blanco con tanta claridad como si tuviera al mago a unos pocos pasos. Podía ver los destellos de fuego líquido que brotaban de las yemas de sus dedos.

Ése era su blanco; la nuez de Adán de Ranson, que subía y bajaba al ritmo de sus risas. Kahlan respiró relajadamente, tal como Richard le había enseñado. Entonces la flecha halló su trayectoria en el aire.

La flecha abandonó el arco tan suavemente como el hálito de un bebé.

Kahlan vio las plumas que se alejaban del arco, vio la cuerda que le golpeaba la muñeca. Las enredaderas de piedra se le anudaron en torno al cuello. Kahlan no apartó los ojos del blanco. Observaba la trayectoria de las plumas en el aire. El dolor que le atenazaba las entrañas creció en intensidad al mismo tiempo que la risa del mago.

Pero de repente cesó. Kahlan oyó el ruido sordo de la flecha al hacer diana en la garganta del hombre. Cuando la enredadera de piedra se le desprendió bruscamente, Kahlan cayó hacia adelante de cuatro patas. Las lágrimas se le escapaban de los ojos mientras esperaba que el dolor cesara. Por suerte, lo hizo con rapidez.

Kahlan se puso de pie tambaleándose.

—¡Al Custodio contigo, mago Neville Ranson!

Sobrevino un clamoroso estallido, como el de un relámpago, pero en vez de un destello de luz, una onda de total oscuridad invadió el lugar. A Kahlan se le puso la carne de gallina. Las lámparas parpadearon y volvieron a dar luz.

Entonces lo supo. El Custodio se había llevado el alma de Neville Ranson.

Oyó un gruñido y se dio media vuelta a tiempo de ver a un guardia que bajaba los escalones de dos en dos hacia ella. Kahlan se agachó y volvió a alzarse bajo él cuando aterrizaba. Entonces utilizó el impulso que llevaba el hombre para arrojarlo por encima de la barandilla, hacia el hueco de la escalera.

El hombre trató de arrastrarla en su caída, pero sus dedos solamente pudieron asirle el colgante. Se lo arrancó y cayó con él. Kahlan se inclinó sobre la barandilla y lo vio estrellarse contra el suelo de piedra tres tramos de escalera por debajo. El colgante se le escapó de los dedos y se deslizó por el suelo.

—Malditos sean los buenos espíritus —renegó.

Ya iba a descender la escalera para recuperar su colgante cuando oyó el repicar de botas contra la piedra. Se aproximaban más guardias. Kahlan vaciló un momento y miró hacia abajo, pero luego corrió hacia el pasillo por el que habían huido sus compañeros. Los espíritus no la habían ayudado así que, ¿de qué iba a servirle un colgante? No valía la pena morir por él.

Kahlan alcanzó a los demás cerca de la puerta exterior. Los tres suspiraron de alivio al verla y al oír que el mago ya nos los perseguiría. La Confesora se puso en cabeza y juntos salieron a la noche. Los cuatro descendieron los escalones al son de las campanas que daban la alarma tras ellos. Kahlan los condujo hacia el sur, que era el camino más corto hacia el bosque.

Una jadeante Jebra la cogió del brazo y la hizo detenerse.

—¡Madre Confesora...!

—Ya no soy la Madre Confesora. Ahora soy Kahlan.

—Pues Kahlan. Debéis escucharme. No podéis huir.

Kahlan volvió la vista hacia el sendero que cruzaba el patio.

—No pienso volver nunca más a ese palacio.

—Zedd os necesita.

Kahlan giró en redondo.

—¿Zedd? ¿Conoces a Zedd? ¿Dónde está?

Jebra inspiró profundamente.

—Zedd me envió a Aydindril el día después de que vos os marchaseis de D'Hara. Me dijo que tenía que ir a buscar a una mujer llamada Adie y que juntos se dirigirían al Alcázar del Hechicero. Él me envió aquí para ayudaros a vos y a Richard, y deciros que esperarais. Zedd os necesita.

—Y yo necesito a Zedd. Lo necesito con urgencia —replicó Kahlan, agarrando a Jebra por los hombros.

—En ese caso, ayudadme. Quedaos en Aydindril. Ellos esperarán que huyáis y os buscarán en el bosque. No se imaginarán que podáis seguir en la ciudad.

—¿Quedarme dices? ¿Que me quede en Aydindril?

Kahlan pensó un instante. Era muy conocida en Aydindril, ¿o no? Lo que conocía la gente era su larga melena. Nadie excepto los consejeros, los embajadores, el servicio y la nobleza veían de cerca a la Madre Confesora, e incluso ellos solían mirar fijamente su largo pelo. Pero ya no lo tenía.

Al recordar su pérdida sintió una mano que le atenazaba las entrañas. No se había dado cuenta de lo mucho que significaban para ella su poder y su larga melena hasta que los había perdido.

—Podría funcionar, Jebra. Pero ¿dónde nos ocultaremos?

—Zedd me dio dinero. Nadie sabe que os he ayudado a escapar. Alquilaré habitaciones y os ocultaré a todos.

Kahlan lo pensó un momento, y sonrió.

—Podríamos ser tus criados. Una dama como tú necesita criados.

Jebra retrocedió.

—Madre Confesora, no podría hacer eso. No soy más que una criada. Zedd me dijo que me hiciera pasar por una dama, pero jamás podría fingir que vos sois mi criada. Vos sí sois una verdadera dama.

—No por el hecho de ser una criada eres menos que yo. Sólo podemos ser lo que somos, nada más y nada menos. —Kahlan los guió entonces hacia una parte de Aydindril en la que sabía que había posadas tranquilas, apartadas y muy exclusivas—. Es asombroso lo que podemos llegar a hacer cuando es preciso. Todos debemos hacer lo que debemos. Pero si sigues llamándome Madre Confesora, lograrás que nos maten a todos.

—Haré lo que pueda... Kahlan. Todo lo que sé es que debemos esperar hasta que Zedd regrese a Aydindril. —La joven tiró con insistencia de la manga de Kahlan—. Madre Confesora, ¿dónde está Richard? ¡Es vital! —Jebra bajó la voz para añadir, presa de inquietud—. No os lo toméis a mal, pero Richard es el importante. Zedd necesita a Richard.

—Por eso es por lo que yo necesito a Zedd —replicó Kahlan.

## 29

Richard cogió a ambos muchachos por un brazo.

—Espacio, ahora, espacio —les dijo en voz baja—. Ya os dije que yo iría primero.

Kipp y Hersh suspiraron impacientes. Richard asomó la cabeza por la esquina para comprobar que el pasillo estuviera desierto y luego empujó a los dos chicos contra la pared. Llevaban ranas que pataleaban en sus bolsillos.

—Esto es muy serio —les sermoneó Richard—. Os elegí a vosotros porque sé que sois los mejores. Haced lo que planeamos. Quedaos aquí, con la espalda pegada a la pared y contad hasta cincuenta. No quiero que asoméis ni un solo pelo por la esquina hasta llegar a cincuenta. Confío en vosotros.

Ambos sonrieron ampliamente.

—Tranquilo, Richard —dijo Kipp—. Las sacaremos de ahí.

Richard se agachó y acercó un conminatorio dedo a uno y después al otro.

—Lo repito: esto es muy serio. No es ningún juego. Esta vez os podríais meter en un lío muy gordo. ¿Seguro que queréis seguir adelante?

Kipp se metió las manos en los bolsillos y palpó las ranas.

—Ya te he dicho que has acudido a los hombres adecuados. Podemos hacerlo. Queremos ayudarte, Richard.

Los muchachos se sentían muy excitados, porque ésta sería la primera vez que se aventuraban más allá de los guardias, en territorio inexplorado para su especialidad. Richard era consciente de que no se daban cuenta del peligro que entrañaba la empresa y odiaba tener que utilizarlos de ese modo, pero no se le ocurría otro.

—Muy bien, pues empezad a contar.

Richard dio la vuelta a la esquina y avanzó rápidamente por el corredor con la capa del mriswith abierta. Al llegar a la puerta doble que buscaba, se quedó quieto contra el muro de mármol blanco, frente a ella y se levantó la capucha. Entonces se envolvió en la capa y se concentró en el mármol de detrás.

Se mantuvo inmóvil. De pronto los muchachos aparecieron por la esquina gritando con todas sus fuerzas y corrieron por el pasillo. Se detuvieron delante de la puerta doble y miraron ora a la derecha ora a la izquierda. No lo vieron, aunque estaba justo detrás de ellos. Richard sabía que debían de estar preguntándose dónde se habría escondido.

Siguiendo el plan, abrieron la puerta bruscamente y, riendo excitados, empezaron a sacarse ranas de los bolsillos arrojándolas a la habitación. Las dos Hermanas tan sólo necesitaron un instante para recuperarse de la sorpresa. Ambas se levantaron de sus asientos y salieron corriendo de detrás de su escritorio, una de ellas con una vara en la mano. Los chicos lanzaron las últimas ranas y echaron a correr en direcciones opuestas gritando en tono de burla: «¡A que no me coges! ¡A que no me coges!».

Las hermanas Ulicia y Finella frenaron tan bruscamente que se deslizaron sobre el suelo de mármol. Aunque estaba a pocos centímetros de ellas, no lo vieron. Richard contuvo la respiración.

Las hermanas vieron a los muchachos doblar la esquina en extremos opuestos del pasillo. Inmediatamente extendieron los brazos. Unos rayos de luz fueron a estrellarse contra las paredes, derribando cuadros al suelo, pero Kipp y Hersh se libraron. Gruñendo muy enfadadas, las Hermanas se separaron para emprender cada una la persecución de uno de los muchachos.

Richard esperó hasta que hubieron dado la vuelta a la esquina antes de apartarse de la pared, relajar la concentración y permitir así que la capa recuperara su color negro original. Durante el proceso se preguntó qué pensaría alguien que presenciara cómo se materializaba en el aire.

El despacho estaba vacío. Frente a la puerta situada entre los dos escritorios el aire parecía destellar y zumbar. Richard aproximó una mano con cautela; notó el aire más denso de lo normal, pero ningún dolor. Así pues, atravesó los destellos y a continuación la puerta.

La habitación interior no era ni mucho menos tan grande como el despacho y apenas estaba iluminada. Las paredes estaban revestidas con madera de una intensa tonalidad oscura. En el centro se veía una pesada mesa de madera de nogal atestada de papeles y libros, y con tres velas encima. A ambos lados, las paredes estaban cubiertas del suelo al techo con estanterías llenas de libros desordenados y curiosos objetos.

Una anciana sirvienta ataviada con un grueso vestido gris de trabajo sacaba el polvo a uno de los estantes superiores, para lo cual se había subido a un taburete. La mujer se dio media vuelta, sorprendida, y cesó en su trabajo. Entonces echó un rápido vistazo a la puerta y a continuación a Richard.

—¿Cómo has...

—Lo siento, no pretendía asustarte. He venido a ver a la Prelada. ¿Está aquí?

La mujer se agachó y tanteó con el pie en busca del suelo. Richard le ofreció una mano. La sirvienta se lo agradeció con una sonrisa, mientras se apartaba del rostro un mechón canoso que se le había escapado del flojo moño con el que se recogía el pelo en la nuca. Una vez en el suelo, Richard comprobó que apenas le llegaba al extremo inferior del esternón. Tenía un cuerpo más bien rechoncho, como si antes hubiera sido alta y un gigante la hubiese aplastado.

La mujer alzó la vista hacia él y frunció el entrecejo.

—¿Te han dejado entrar las hermanas Ulicia y Finella?

—No —contestó Richard, inspeccionando el agradable desorden que reinaba en la estancia—. Las dos han salido.

—Pero supongo que habrán dejado un escudo.

—Necesito hablar con la Prelada. —Richard vio una puerta abierta al otro lado de la habitación, que conducía a un patio—. ¿Está allí?

—¿Tienes cita? —preguntó la mujer en voz baja y agradable.

—No —admitió él—. Llevo días tratando de conseguir una, pero las dos Hermanas de afuera se negaron. Así pues, me las he tenido que ingeniar yo solo para verla.

La mujer se llevó un dedo al labio inferior.

—Ya veo. Pero necesitas una cita. Ésas son las reglas. Lo siento.

Richard se encaminó hacia la puerta abierta. Empezaba a impacientarse, pero trató de hablar con voz calmada pues no deseaba asustar a la anciana sirvienta.

—Escúchame, tengo que hablar con la Prelada o todos nosotros vamos a tener pronto una cita con el mismísimo Custodio.

—¿De veras? —La mujer enarcó las cejas en gesto de asombro. Luego chasqueó la lengua y comentó—: El Custodio, vaya, vaya.

Richard se paró de golpe, se estremeció y lanzó un gruñido. Entonces giró sobre sus talones.

—Tú eres la Prelada, ¿verdad?

La mujer esbozó una pícara sonrisa y los ojos le brillaron.

—Sí, Richard, supongo que sí.

—¿Sabes quién soy yo?

—Oh, pues claro que sí.

Richard suspiró.

—Así pues, ¿tú eres quien manda aquí?

La Prelada rió más fuerte.

—Por lo que he oído, eres tú quien manda ahora. Apenas llevas aquí un mes y te has ganado ya a medio palacio. Estaba pensando en pedirte a ti una cita.

—Yo te la hubiera concedido enseguida —replicó Richard con un amistoso frunce de la frente.

—Tenía muchas ganas de conocerte. —La Prelada le palmeó suavemente un brazo—. A partir de ahora puedes venir a verme cuando gustes.

—¿Y por qué no me lo permitiste antes?

La mujer cruzó las manos debajo de sus generosos senos.

—Era una prueba, hijo mío, una prueba. Debo decir que estoy impresionada. Supuse que te costaría otros seis u ocho meses lograrlo.

La puerta se abrió de repente. Una fuerza que emanaba del collar levantó a Richard del suelo y lo arrojó violentamente contra la pared. No podía moverse y le faltaba la respiración. Dos airadas Hermanas acababan de aparecer por la puerta con las manos en las caderas.

—Vamos, vamos —les dijo la Prelada—, parad ya. Bajad al chico.

Richard cayó al suelo y fulminó con la mirada a las dos Hermanas.

—Soy yo quien convenció a Kipp y a Hersh para que hicieran eso. Es culpa mía. Si hay represalias, que sean contra mí y no contra ellos. Si les hacéis algún daño, tendréis que responder ante mí.

Una de las Hermanas dio un paso hacia él.

—Ya está decidido cuál será su castigo. Esta vez, para variar, recibirán una lección. —Furiosa, lo señaló con una recia vara—. No te preocupes por ellos; preocúpate por cuál será tu propio castigo.

—Sí, hermana Ulicia —intervino la Prelada—. Creo que se impone un castigo. —La Hermana dirigió a Richard una petulante sonrisa—. A vosotras, concretamente.

La hermana Ulicia ahogó una exclamación.

—¿Cómo, prelada Annalina?

—¿Acaso no os di instrucciones muy precisas de que no dejarais entrar a Richard?

Las dos Hermanas se irguieron.

—Sí, prelada Annalina.

—Y aquí está. En mi oficina.

La hermana Ulicia señaló la puerta.

—Pero... ¡Pero si dejamos un escudo! Es imposible que...

—¿Imposible? —La Hermana dejó caer la mano ante el gesto de desaprobación de su superiora—.

Pues yo lo estoy viendo plantado delante de mí. ¿Acaso me engañan mis ojos, Hermanas?

—No, prelada Annalina —respondieron al unísono.

—¿Y ahora pretendéis recompensar vuestro fracaso volviendo a vuestros puestos, como si nada hubiera pasado, y castigar su éxito? —La Prelada chasqueó la lengua—. Vosotras dos recibiréis el castigo que habéis decidido para los muchachos.

Las Hermanas palidecieron.

—Pero Prelada... —susurró la hermana Finella—. No se puede hacer eso a una Hermana.

—¿De veras, hermana Finella? ¿Qué castigo les habéis impuesto?

—Que les azoten el trasero... públicamente... mañana por la mañana después del desayuno.

—Suenan justo. Vosotras dos ocuparéis su lugar.

—Pero Prelada —susurró atónita la hermana Ulicia—. Somos Hermanas de la Luz. Eso sería humillante.

—Aprender humildad nunca ha hecho daño a nadie. En castigo por vuestra incompetencia seréis azotadas públicamente.

La hermana Ulicia se puso tensa.

—¿Y si nos negamos, prelada Annalina?

La Prelada sonrió.

—Lo interpretaré como que ya no sois dignas de mi confianza y, además, que no deseáis seguir siendo Hermanas de la Luz.

Ambas inclinaron la cabeza. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellas, Richard enarcó una ceja hacia la Prelada.

—Espero no ganarme nunca tu desaprobación, prelada Annalina.

La mujer se rió entre dientes.

—Richard, por favor, llámame Ann. Así es como me llaman mis viejos amigos.

—Sería un honor llamarte Ann, Prelada, pero me temo que no soy un viejo amigo.

—¿Eso crees? Vaya, vaya, qué chico más sabio. Bueno, no importa. De todos modos llámame Ann. ¿Sabes por qué he castigado a las Hermanas? Porque no han aceptado la responsabilidad por sus acciones. No se han dado cuenta de la importancia de ello. Estás aprendiendo a ser un mago, Richard.

—¿A qué te refieres?

—Sabías que era peligroso contrariar a esas dos, ¿verdad? —Richard asintió—. No obstante, usaste a los dos muchachos, sabiendo perfectamente que podían salir mal parados.

—Sí, lo sabía, pero tuve que hacerlo. Era muy importante verte, y no se me ocurrió otro modo de lograrlo.

—La carga de un mago; así es como se llama. Utilizar a otros. Un mago sabio comprende que no puede hacerlo todo solo y que, si algo es suficientemente importante, debe utilizar a sus semejantes aunque eso signifique poner en peligro sus vidas. Es una habilidad extremadamente rara y al mismo tiempo esencial para ser un buen mago. Y tal vez también para ser una Prelada.

—Ann, es urgente. Debo hablar contigo.

—¿Urgente, dices? Bueno, en ese caso ¿qué te parece si hablamos de ese asunto tan urgente mientras damos un paseo por mi jardín?

La mujer lo cogió por el brazo y lo condujo a través de la puerta abierta. Fuera, la luz de la luna se derramaba sobre un magnífico jardín con árboles, senderos, macizos de flores, plantas silvestres y un precioso estanque. Pero Richard apenas se dio cuenta de la belleza del lugar; desde que había hablado con Warren casi no podía comer ni dormir. Si el Custodio se escapaba, todos, incluida Kahlan, caerían en sus garras. Tenía que impedirlo.

—Ann, el mundo está en peligro. Necesito tu ayuda. Y necesito que me quites este collar para buscar más ayuda.

—Para eso estoy aquí, Richard, para ayudarte. ¿Qué ocurre?

—El Custodio...

—El Innombrable —lo corrigió la Prelada.

—¿Qué más da eso?

—Llamarlo por su nombre llama su atención.

—Ann, no es más que una palabra. Lo importante es el significado de esa palabra, no una sucesión

de letras. ¿Crees que si lo llamáis Innombrable en vez de Custodio lo engañáis? ¿Crees que no se da cuenta de que habláis de él? Es un error suponer que tus enemigos son ignorantes y tú eres listo.

La Prelada se rió con ganas.

—Llevaba mucho tiempo esperando que alguien se diera cuenta.

La mujer se detuvo al borde del estanque. Richard le preguntó:

—¿Qué es «el guijarro en el estanque»?

—Tú eres uno, Richard —repuso ella con la mirada fija en el agua.

—¿Quieres decir que hay más de uno?

Una piedrecilla flotó en el aire hasta la mano de la Prelada.

—Todo el mundo tiene un efecto sobre los demás. Algunas personas inspiran a otras para conseguir grandes cosas, mientras que otras las arrastran al crimen. Quienes poseen el don causan un efecto más profundo en quienes los rodean. Cuanto mayor es el han, mayor es el efecto.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿Qué tiene que ver con un guijarro en un estanque?

—¿Ves todas esas plantas acuáticas que flotan en la superficie? Digamos que son las demás personas, el mundo de los vivos, y que este guijarro eres tú. —La Prelada arrojó la piedra al estanque—. ¿Ves lo que ocurre? Las ondas originadas por el guijarro, que eres tú, afectan a todo el mundo. Sin ti esas ondas nunca se hubieran originado.

—Ya veo. Las plantas flotan en las ondas, subiendo y bajando. Pero el guijarro se hunde.

La Prelada le dirigió una tensa sonrisa.

—Nunca lo olvides.

Las palabras de la mujer le dieron qué pensar.

—Creo que tienes demasiada fe en mí. Apenas me conoces.

—Te conozco más de lo que crees, hijo mío. Dime, ¿qué te inquieta acerca del Custodio?

—Debemos hacer algo. Está a punto de escapar. Una de las cajas del Destino ha sido abierta. Tiene paso libre. Y la piedra de Lágrimas se encuentra en este mundo. Tengo que hacer algo.

—Ah. —La Prelada sonrió—. Acabo de ver cómo el han de una simple Hermana te lanzaba contra la pared, ¿y pretendes enfrentarte contra el mismísimo Custodio?

—Han ocurrido cosas. Es preciso hacer algo.

—Te he visto hablando con Warren. Es un joven muy brillante, pero es aún muy joven. A veces necesita que alguien lo guíe. —La Prelada se acercó una ramita—. Warren estudia con mucho ahínco y le encantan los libros de profecías. Creo que conoce hasta el polvo que los cubre.

Ahora examinaba una flor que crecía en una rama. Mientras la contemplaba a la luz de la luna, Richard se dijo que seguramente se había creído demasiado listo. Y Warren también.

—Pero ¿y el Custodio? ¿Y la piedra de Lágrimas?

La Prelada volvió a enlazar su brazo en el del joven y siguieron paseando.

—Si el paso está libre y la piedra de Lágrimas está en este mundo, Richard, ¿por qué no estamos ya en manos del Custodio? ¿Eh?

—Es posible que esté a punto de hacerlo.

—Ah. ¿Así que crees que ahora mismo está ocupado cenando y que esperará hasta acabar de comer y haberse limpiado con la servilleta para empezar a devorar el mundo de los vivos? ¿Estás impaciente por cerrarle el paso antes de que se levante de la mesa? ¿Crees que es así como funciona el mundo de los muertos? ¿Que funciona como el nuestro?

Richard, nervioso, se pasó los dedos por el pelo.

—No lo sé. No sé cómo funciona ese mundo, pero Warren me dijo que...

—Warren no lo sabe todo. No es más que un estudiante. Tiene talento para las profecías, sí, pero aún le queda mucho por aprender.

»¿Sabes por qué guardamos las profecías en las criptas y controlamos quiénes las leen? Justamente para evitar el tipo de discusiones que estamos teniendo ahora. Porque las profecías son peligrosas para las mentes comunes, e incluso algunas lo son para las mentes entrenadas. Hay más cosas de las que ves, Richard, o ya habríamos caído en las garras del Custodio.

—¿Me estás diciendo que no corremos peligro?

La Prelada esbozó una taimada sonrisa.

—Siempre corremos peligro, Richard. Mientras exista un mundo de los vivos, existirá el peligro. La

vida será siempre mortal.

La mujer le palmeó de nuevo el brazo.

—Eres una persona importante, alguien que es mencionado en las profecías, pero si te comportas como un loco harás más mal que bien. Aunque la piedra de Lágrimas esté en este mundo, ella sola no basta para permitir que el Custodio escape. La piedra no es más que un medio para lograr ese fin.

—Espero que tengas razón —dijo Richard, y siguieron paseando.

La Prelada alzó la vista e inquirió:

—¿Cómo está tu madre?

Richard desvió la mirada hacia la oscuridad.

—Murió cuando yo era un niño. En un incendio.

—Lo siento, Richard. ¿Y tu padre?

—¿Cuál de ellos? —murmuró.

—Tu padre adoptivo, George.

Richard carraspeó.

—Fue asesinado por Rahl el Oscuro. —El joven le lanzó una rápida mirada por el rabillo del ojo—. ¿Cómo sabes de su existencia?

La Prelada le dirigió una de esas intemporales miradas que Richard ya había visto en Adie, Shota, la hermana Verna, Du Chaillu y también en Kahlan.

—Lo siento, Richard, no sabía que había muerto. George Cypher era todo un hombre.

Richard se detuvo. Sentía un extraño hormigueo.

—Tú —musitó—. Fue de ti de quien mi padre consiguió ese libro. —No añadió nada más para que la Prelada rellenara los detalles que confirmaran su sospecha. La mujer sonrió levemente.

—¿Temes decirlo en voz alta? El *Libro de las Sombras Contadas*; a ese libro te refieres. —La Prelada señaló un banco de piedra—. Richard, siéntate antes de que te caigas.

Richard se dejó caer en el banco. Entonces la miró. La Prelada seguía de pie.

—¿Tú? ¿Tú diste ese libro a mi padre?

—Más bien le ayudé a conseguirlo. Verás, Richard, como ya te he dicho, tú y yo somos viejos amigos. Claro que la última vez que te vi estabas berreando. Solamente contabas con unos pocos meses de edad.

Los labios de la Prelada trazaron una distante sonrisa.

—Si tu madre pudiera verte ahora... Estaba tan orgullosa de ti. Me dijo que eras la bendición que compensaba la maldición. Ya ves, Richard, el mundo de los vivos se basa en el equilibrio. Tú eres un hijo del equilibrio. He invertido mucho en ti.

Richard notó la lengua pegada al paladar.

—¿Por qué? —logró decir.

—Porque eres un guijarro en el estanque. —La mirada de la mujer pareció perderse en la nada—. Hace más de tres mil años los magos poseían Magia de Resta. Desde entonces ninguno ha nacido con ella. Teníamos esperanzas, pero hasta ahora no había vuelto a nacer ninguno. Unos pocos sienten la llamada de ese tipo de magia, pero no poseen el don. Tú tienes el don para ambas, Magia de Suma y de Resta.

—¡Qué! —Richard se puso de pie bruscamente—. ¡Estás loca!

—Siéntate, Richard.

El sosegado poder de su voz, su penetrante mirada y su presencia lo impulsaron a obedecer. Por alguna razón, de pronto le parecía mucho más alta. No había crecido, pero ahora sentía que descollaba sobre él. También su voz imponía.

—Ahora escúchame bien. Me estás causando muchos problemas. Eres como un toro que no para de destrozador vallados y de pisotear los campos. Hay demasiado en juego para que tú vayas por ahí actuando de un modo tan inconsciente. Sé que crees que haces lo debido, pero también el toro lo cree así. Tu problema es la falta de conocimiento. Yo me propongo darte una educación.

»Aunque no creas todo lo que te digo, será mejor que lo aceptes, o de otro modo llevarás ese collar mucho tiempo, porque no podrás librarte de él hasta que aceptes la verdad.

—Creía que las Hermanas eran quienes quitaban el collar.

La mirada de la Prelada le hizo desear haber mantenido la boca cerrada. Se hubiera cambiado

incluso por las dos Hermanas que iban a ser humilladas en público.

—Solamente cuando te aceptes a ti mismo, cuando aceptes tus capacidades, tu verdadero poder, podrás quitarte el rada'han. Tú mismo te lo pusiste alrededor del cuello. Nosotras no tenemos poder para quitártelo hasta que tú nos ayudes con tu propio poder. Y el único modo de hacerlo es aceptando quién eres.

»Para empezar, debes comprender la naturaleza del Custodio y del Creador, así como la naturaleza de este mundo. Tu problema, que es el problema de la mayoría de la gente incluido Warren, es que tratas de entender el mundo del más allá aplicando las leyes que rigen nuestro mundo.

»El bien y el mal, el Creador y el Custodio son el caos dividido en dos fuerzas opuestas. Aunque cada una de ellas detesta a la otra, son interdependientes y una no podría existir sin la otra. Se definen en términos de relación. La lucha, nuestra lucha en este mundo, consiste en mantener el equilibrio.

Aunque Richard permanecía callado, no pudo evitar poner cara de preocupación.

—Del Creador nace la vida, el espíritu de la vida, que florece en este mundo. Sin el Custodio, que representa la muerte, no habría vida. Sin la muerte la vida sería eterna.

»¿Puedes imaginarte un mundo en el que nadie muriera nunca? ¿En el que todos los niños nacidos vivieran para siempre? ¿En el que toda planta que brotara siguiera con vida? ¿En el que los árboles fueran eternos, y de todas las semillas brotara un árbol?

»¿Sabes qué ocurriría? ¿De qué nos alimentaríamos si no pudiésemos matar a ningún animal ni recoger una cosecha, si todos los seres vivieran para siempre y nunca murieran? Estaríamos condenados a una vida eterna de hambre voraz que no dejaría de atormentarnos. El caos consumiría el mundo de los vivos y éste quedaría destruido para siempre.

»La muerte, o el inframundo como la llaman algunos, es eterna. Tú piensas en ella en términos de la vida que conoces. Pero en la eternidad el tiempo no tiene significado ni dimensión. Para el Custodio un segundo o un año es lo mismo.

»Son sus servidores en este mundo quienes le transmiten la dimensión temporal. Es su urgencia la que lo empuja a luchar, porque ellos sí que comprenden el tiempo. El Custodio necesita a los vivos si quiere vencer. Seduce con promesas, y sus servidores anhelan su triunfo.

—¿Y qué papel desempeñan los vivos?

—Nosotros dividimos y definimos el caos del orden y los mantenemos separados; luz y oscuridad, amor y odio, bien y mal. Nosotros somos el equilibrio.

»Somos como las plantas que flotan en la superficie del estanque. El aire sería el Creador y las profundidades el Custodio. Las almas de los vivos, que provienen del Creador, florecen en este mundo y, cuando mueren, descienden al mundo de los muertos.

»Pero eso no significa que sea malo. Nosotros somos quienes lo juzgamos así. El Custodio es como el lodo que cubre el fondo del estanque. Los espíritus de los muertos residen en cualquier lugar, ya sea en lo más profundo de ese caos y odio, cerca del Custodio, o cerca de los vivos, de la luz del Creador. Los vivos tenemos la esperanza de pasar la eternidad al calor de esa luz.

»Somos nosotros, los vivos, quienes separamos y definimos los mundos a ambos lados de la vida. Y la magia es el elemento que otorga a este mundo el poder para ello. La magia es el punto de equilibrio.

»El Custodio quiere invadir el mundo de los vivos; ése sería su triunfo. Pero para ello debe eliminar la magia. No obstante, al mismo tiempo, para triunfar debe usar magia para romper ese equilibrio.

Richard trataba por todos los medios de mantener la cabeza fuera de las turbias aguas de la confusión.

—¿Y los magos tienen el poder de influir en el equilibrio?

La Prelada seguía inclinada hacia él. Alzó un dedo y repuso:

—Sí. Tú sí porque posees ambos tipos de magia. —La sonrisa de la mujer se evaporó de un modo que le cortó la respiración—. Eso te convierte en una persona extremadamente peligrosa, Richard.

»Posees ambas caras del don; tienes el poder para destruir el velo o para repararlo. Hay buenas personas que, si tuvieran noticia de tu poder, te matarían sin dudarlo por miedo de que nos destruyeras a todos deliberadamente o por accidente.

—¿Y tú? ¿Eres tú una de ellas?

—Si lo fuera, no habría ayudado a tu padre a conseguir el *Libro de las Sombras Contadas*. Lograste neutralizar la amenaza inmediata, Richard, pero al hacerlo alimentaste la magia de la puerta que separa

ambos mundos, lo que aumenta el peligro en el futuro. Era un riesgo que tuve que correr, porque de otro modo las consecuencias habrían sido desastrosas. Pero si no se repara lo ocurrido, el desastre al final será mayor.

—¿Qué es el velo? ¿Dónde está?

La Prelada extendió la mano y le dio golpecitos en la frente.

—El velo está en el interior de todos los que poseemos magia. Nosotros somos sus guardianes. Es por eso por lo que el equilibrio significa tanto para los poseedores del don. Porque cuando el equilibrio se rompe, el velo se rasga. Y cuanto mayor es el desequilibrio, más se rasga el velo.

»El Creador reina en su mundo y el Custodio en el suyo. El Custodio necesita al Creador para que le proporcione vida, y el Creador necesita al Custodio para que la vida se renueve. El velo mantiene el equilibrio.

La mujer mostraba un sombrío semblante.

—Muchos considerarían blasfemas mis palabras, porque creen que el Custodio es el mal que debe ser destruido. Pero, en última instancia, con eso solamente se conseguiría lo contrario; toda vida sería barrida como la arena que arrastra la corriente de un río.

—Sólo por seguir con la discusión, ¿qué ocurriría si de verdad poseyera ambos tipos de magia? ¿Para qué serviría mi poder?

—La mayoría de los magos poseen un talento que los conduce en una dirección determinada. Algunos curan, otros construyen objetos mágicos, y otros, los menos, son profetas. Pero los más raros son los magos guerreros. No ha nacido ninguno en los últimos tres mil años. Hasta ahora.

Richard se enjugó el sudor de las palmas en los pantalones.

—No me gusta cómo suena eso.

—«Mago guerrero» tiene dos significados que se equilibran, como en todas las cosas mágicas. El primer significado es que pueden romper el velo y, por tanto, generar destrucción y muerte: guerra. Pero el segundo es que poseen la magia necesaria para enfrentarse a los poderes del Custodio. Ser un mago guerrero no significa que seas malvado, Richard. Muchos de los que guerrean lo hacen para proteger la vida de inocentes. Lo que significa es que te preocupan tanto los demás, que eres capaz de luchar por ellos.

—«Solamente el nacido para la verdad podrá salvar la vida. Es el marcado; es el guijarro en el estanque» —recitó Richard.

La Prelada enarcó una ceja.

—Para alguien que se burla de las profecías posees un extraño conocimiento de sus principales pasajes. Si no me he vuelto loca, supongo que llevas una marca.

Richard sintió la cicatriz en el pecho y asintió.

—¿Estás diciendo que mi vida está ya marcada? ¿Que simplemente debo vivirla como ya está escrito?

—No, Richard. La vida no está predeterminada. Las profecías simplemente significan que posees un potencial. Tienes la capacidad de influir en los acontecimientos. Es por eso por lo que es tan importante que aprendas.

»Aunque lo más importante es que aprendas a aceptarte a ti mismo. Si no, perjudicarás la parte más vital de ti mismo: tu libre albedrío. Si actúas sin conocimiento, podrías lanzarte en manos del caos.

»Cuando naciste te dejé vivir porque posees el potencial para hacer el bien. En tu interior guardas la esperanza de vida. Pero hasta que no aceptes de verdad ambas caras de tu magia eres un peligro para todos los seres vivos.

Richard deseaba desesperadamente cambiar de tema. Se sentía como si el mundo lo aplastara.

—¿Qué es la piedra de Lágrimas?

La Prelada se encogió de hombros.

—En el mundo de los muertos es una fuerza. En este mundo es un objeto imbuido de poder que representa esa fuerza.

»La piedra de Lágrimas es como un peso que mantiene al Custodio en el extremo infinito de su mundo, de modo que su influencia en el nuestro quede lo suficientemente atenuada para generar el equilibrio.

—En ese caso, si la piedra está aquí, es que el Custodio se ha liberado de su prisión.

—Si eso fuese cierto, todos estaríamos muertos, ¿no crees? —La Prelada arqueó una ceja con gesto interrogador. Richard mantuvo silencio—. Es uno de los sellos que lo mantienen atrapado en su mundo. Pero hay otros que siguen en su lugar. De momento la magia ayuda a mantenerlo a raya.

»Pero la piedra de Lágrimas posee el poder para romper el equilibrio, rasgar del todo el velo y liberar al Custodio si se usa en este mundo, por alguien como tú, de un modo equivocado. Verás, la piedra de Lágrimas es capaz de desterrar a cualquier alma a las profundidades infinitas del inframundo. Pero si se usa de ese modo, por odio y un motivo egoísta, alimenta el poder del otro lado y puede destruir el velo.

»El velo únicamente puede ser reparado por alguien que posea el don para ambos tipos de magia. Es preciso devolver la piedra al lugar que le corresponde.

»Debemos luchar para mantener los demás sellos intactos hasta que llegue el día en que alguien como tú pueda restaurarlo, mientras aún hay tiempo. Mientras tanto, el Custodio va ganando poder aquí. Sus secuaces tratan de romper los demás sellos. Existen otros modos de liberar al Custodio.

—Ann..., ¿estás segura respecto a mí? Tal vez...

—Esta noche lo has demostrado al atravesar el escudo. Nuestros escudos se componen de Magia de Suma, por lo que el único modo de que puedas haberlo atravesado es que tu han haya usado Magia de Resta.

—Tal vez mi han, mi Magia de Suma, era más fuerte que el escudo.

—Cuando atravesaste el valle de los Perdidos las torres te atrajeron. Tanto las blancas como las negras. ¿Me equivoco?

—Es posible que me topara con ellas por casualidad.

La mujer lanzó un suspiro de cansancio.

—Las torres fueron creadas por magos que poseían ambos tipos de poder. En las torres blancas hay arena blanca, arena de hechicero. Dudo que cogieses siquiera un puñado.

—Eso no prueba nada. ¿Y qué es esa arena de hechicero?

—La arena de hechicero es muy valiosa, casi diría que no tiene precio. Solamente existe en las torres blancas, y solamente pueden recogerla quienes se topan con ellas por casualidad. La arena de hechicero son huesos cristalizados de los magos que dieron sus vidas para alzar las torres. Es algo así como magia destilada. Confiere poder a los hechizos que se dibujan en ella, tanto buenos como malos. El hechizo adecuado trazado sobre arena de hechicero puede conjurar al Custodio.

»Pero tú cogiste arena negra, ¿verdad?

—Pues sí. Simplemente quería un poco. Eso es todo.

La Prelada hizo un gesto de asentimiento.

—Sólo un poco. Richard, desde que esas torres fueron construidas ningún mago ha sido capaz de recoger ni un grano de arena negra. Solamente pueden cogerla de las torres quienes poseen Magia de Resta. Guarda esa arena con tu vida, Richard. Es más valiosa de lo que imaginas.

—¿Por qué? ¿Qué puede hacer?

—La arena negra es la opuesta a la blanca; se anulan mutuamente. Un solo grano de arena negra es capaz de contaminar un hechizo dibujado para conjurar al Custodio. Destruiría ese hechizo. Un puñado de esa arena vale más que todo un reino.

—No obstante, es posible que...

—Los últimos magos nacidos con ambos tipos de magia imbuyeron al Palacio de los Profetas su poder. Los profetas de aquel tiempo predijeron que volvería a nacer un mago con ambas caras de la magia, un mago guerrero, y para él crearon asimismo el bosque Hagen y a los mriswiths. Solamente alguien con Magia de Resta se sentiría atraído hacia ese bosque por el deseo de luchar.

—Pero yo usé la *Espada de la Verdad* —objetó Richard. A él mismo su voz le sonó como una súplica en medio del vendaval—. Fue la espada.

—La *Espada de la Verdad* también fue creada por magos con ambos tipos de magia. Solamente uno como ellos es capaz de aprovechar todo su potencial. Solamente tú puedes hacerlo. Y aún no lo has conseguido.

»Para ti es una ayuda, pero no la necesitas para matar un mriswith. Tu don basta. Si no me crees, deja la espada en palacio e intérnate en el bosque Hagen armado sólo con un cuchillo. Ya verás cómo matas a un mriswith.

—Otros usaron la espada y no poseían el don, ni mucho menos Magia de Resta.

—No usaban verdaderamente la magia de la espada. Esa arma fue creada para ti. Es una ayuda, del mismo modo que los mriswiths, o que una profecía dictada en épocas remotas para ayudarte.

—No creo que yo sea uno de esos magos guerreros.

—¿Comes carne?

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Eres un hijo del equilibrio. Los magos deben hallar su equilibrio entre lo que hacen y su poder. Los magos guerreros rara vez comen carne. Su abstinencia es un modo de compensar las muertes que deben causar a veces.

—Lo siento, Ann, pero no puedo creer que tenga Magia de Resta.

—Justamente por eso eres un peligro. Cada vez que te topas con magia, tu han aprende más sobre cómo protegerte y servirte, pero tú no eres consciente de ello. El rada'han ayuda a tu han a crecer, pero tú no te das cuenta.

»Haces cosas sin comprender su trascendencia ni la razón que te impulsa, como cuando te sentiste atraído por la arena negra y cogiste un puñado o cuando cogiste el hueso redondo de casa de Adie.

Richard frunció el entrecejo.

—¿También conoces a Adie?

—Sí, ella nos ayudó a tu padre y a mí a cruzar el paso para coger el *Libro de las Sombras Contadas*.

—¿A qué hueso redondo te refieres?

Richard percibió un leve destello de alarma en los ojos de la Prelada.

—Adie tenía un hueso redondo tallado con figuras de bestias. Es un objeto de gran poder. Tu Magia de Resta tuvo que atraerte hacia él.

Richard recordó haber visto ese hueso en un estante.

—Vi un hueso como ése en su casa, pero no me lo llevé. Jamás cogería algo que no me perteneciera. Tal vez eso significa que no poseo Magia de Resta.

—No. —La Prelada se irguió—. Te fijaste en él. Si no lo cogiste fue porque aún no llevabas el rada'han y tu poder no se había desarrollado lo suficiente para atraerte hacia el hueso de skrin del mismo modo que te atrajo hacia la arena negra.

Richard vaciló.

—¿Supone eso un problema?

La mujer sonrió con una sonrisa que a Richard le pareció forzada.

—No. Adie protegería ese hueso con su vida. Sabe lo importante que es. Ya lo recuperarás en el futuro.

—¿Qué es lo que hace?

—Ayuda a proteger el velo. Si lo usa un mago guerrero, como tú, que posee ambos poderes, invoca al skrin. Los skrins son la fuerza que ayuda a mantener los mundos separados. Podríamos decir que son los guardianes de la frontera entre ambos mundos.

—¿Y si cae en manos de la persona equivocada? ¿En manos de un servidor del Custodio?

La mujer tiró de su camisa para que se pusiera de pie.

—Te preocupas demasiado, Richard. Ahora tengo trabajo. Tú déjame a mí. Hazlo lo mejor que puedas, hijo mío, y estudia. Aprende a tocar tu han para controlarlo. Si quieres ayudar al Creador, debes aprender.

Richard la miró. La Prelada tenía la mirada perdida.

—Ann, ¿por qué el Custodio codicia el mundo de los vivos? ¿De qué iba a servirle? ¿Cuál es su propósito?

La Prelada respondió con voz suave y distante.

—La muerte es la antítesis de la vida. El Custodio existe para consumir la vida. Su odio hacia la vida no tiene límites. Es tan eterno como su prisión de muerte.

## 30

Richard iba hacia el puente de piedra sumido en sus reflexiones. Se había pasado varios días enclaustrado en su habitación, pensando. Seguía recibiendo las lecciones de las Hermanas, pero apenas se esforzaba; ahora tenía miedo de tocar su han.

Warren se pasaba día y noche en las criptas, comprobando lo que Richard le había dicho sobre sí mismo y buscando más información. Tenía que haber parte de verdad en lo que la Prelada le había dicho, ¿por qué si no el Custodio no había atravesado aún el velo, si podía?

Necesitaba dar un paseo. Sentía como si la cabeza le fuera a estallar. Quería alejarse un rato del palacio.

De pronto Pasha apareció a su lado.

—Te he estado buscando —dijo a modo de saludo.

—¿Por qué? —Richard siguió caminando con la mirada al frente.

—Quería estar contigo.

—Bueno, yo voy a dar un paseo por el campo.

Pasha se encogió de hombros.

—No me importa caminar. ¿Puedo acompañarte?

Richard la miró. La joven llevaba un fino vestido granate con el escote en pico. El día era bastante fresco. Al menos llevaba también una capa color violeta que parecía abrigar bastante. La joven se adornaba con unos grandes pendientes de oro en forma de aro así como con un cinturón con medallones dorados a juego con los del escote. Se veía muy seductora, aunque no era la ropa más adecuada para una excursión.

—¿Llevas puestos esos inútiles escaarpines?

Pasha estiró un pie para mostrarle sus botas de piel labrada.

—Me las he hecho hacer especialmente para poder acompañarte en tus salidas —le explicó.

«Hechas especialmente», gruñó para sí Richard. Recordó lo herida que se había sentido Pasha cuando le criticó el vestido azul. No quería herir sus sentimientos diciéndole que no. Ella solamente trataba de agradarle. Tal vez la compañía de una cara sonriente le alegraría.

—Muy bien, puedes venir conmigo, pero no esperes que te dé conversación.

Pasha sonrió y le cogió del brazo.

—Me encantará caminar en silencio.

Al menos, con Pasha colgada de su brazo fueron menos las mujeres que lo abordaron al cruzar la ciudad. Las pocas que osaban hacerlo se ganaban una fulminante mirada de la novicia y, quienes insistían, se ganaban algo peor; una descarga de han. El invisible pellizco las hacía gritar y desaparecer.

Ahora Richard comprendía por qué las Hermanas educaban magos. Trataban de conseguir uno con don para la Magia de Suma y de Resta. Y ya lo tenían.

Ascendieron en silencio las colinas bañadas por la dorada luz del sol de la tarde. Richard se sintió mucho mejor al aire libre, sobre las rocosas colinas desde las que se divisaba la ciudad. Aunque no fuese más que una ilusión, se sentía libre. De pronto deseó estar solo. Llevaba muchos días sin ver a Gratch y probablemente el gar estaría desesperado.

No sabía qué hacer. No sabía si todo lo que le había dicho la Prelada era cierto y tampoco sabía qué temía más, que fuera verdad o que fuera mentira.

Pasha le apretó el brazo de un modo que lo arrancó bruscamente de sus elucubraciones y lo hizo detenerse. La joven miró con nerviosismo a su alrededor. Por el modo en que respiraba, por la boca y entrecortadamente, Richard se dio cuenta de que estaba asustada.

—¿Qué pasa? —susurró.

Pasha escrutó con la mirada las peñas vecinas.

—Richard, hay algo ahí. Por favor, volvamos.

Richard desenvainó la espada. Su característico sonido metálico resonó en el aire de la tarde. Él no

presentía ningún peligro, pero era obvio que el han de Pasha percibía algo que la asustaba.

La joven lanzó un pequeño grito. Richard giró sobre sus talones. Gratch asomaba la cabeza por encima de una roca. Pasha reculó.

—No pasa nada, Pasha. No te hará ningún daño.

Gratch esbozó una vacilante sonrisa que dejó al descubierto los colmillos, al tiempo que se alzaba en toda su imponente estatura.

—¡Mátalo! —gritó Pasha—. ¡Es un monstruo! ¡Mátalo!

—Pasha, cálmate. No te hará ningún daño.

Pero la joven seguía retrocediendo. Gratch miraba alternativamente a uno y a otro, sin saber qué hacer. Richard cayó en la cuenta de que Pasha podría usar su han en contra del gar, por lo que se interpuso entre ambos.

—¡Richard! ¡Muévete! ¡Tenemos que matarlo! ¡Es un monstruo!

—No, Pasha, lo conozco. No te hará nada...

Pero la joven dio media vuelta y echó a correr con la capa violeta ondeándole a la espalda. Richard gruñó mientras observaba cómo brincaba de una roca a la siguiente, descendiendo la colina. Entonces miró a Gratch, enfadado.

—Pero ¿qué pasa contigo! Tenías que asustarla, ¿no? ¿Cómo se te ocurre mostrarte a alguien?

Gratch inclinó las orejas, hundió los hombros y se puso a gemir. Cuando las alas empezaron a temblarle, Richard se acercó a él.

—Bueno, ahora ya es demasiado tarde para lamentaciones. Ven y dame un abrazo. —Gratch clavó los ojos en el suelo—. Vamos, no pasa nada.

Richard rodeó con los brazos a la enorme criatura peluda. Al fin Gratch respondió; rodeó a Richard con los brazos y las alas y expresó su alegría con un gorgoteo. Un momento después, lo tumbó y empezó a luchar con él. El humano le hizo cosquillas en las costillas y peleó hasta que Gratch se rió, totalmente encantado.

Una vez se hubieron calmado, Gratch metió el extremo de una garra en el bolsillo en el que Richard guardaba el mechón de Kahlan. Entonces lo miró con esos ojos de párpados caídos tan grandes como mangos de hacha. Al fin el joven imaginó qué quería decirle.

—No. No es la misma mujer. Es otra distinta.

Gratch hizo un gesto de extrañeza. No lo entendía. Pero Richard no tenía ganas de explicarle que el mechón de pelo que siempre miraba no era de Pasha. A instancias del gar, en vez de eso Richard peleó otro rato con él.

Atardecía ya cuando regresó al palacio. Pensaba buscar a Pasha y explicarle que Gratch era amigo suyo y no una bestia peligrosa. Pero antes de que pudiera ir muy lejos la hermana Verna lo encontró.

—¿Alimentaste al bebé de gar que encontramos en el bosque, el mismo que te ordené que mataras? ¿Dejaste que esa bestia nos siguiera?

Richard se quedó mirándola fijamente.

—Era una criatura indefensa, Hermana. No podía matar una cría que no representaba ningún peligro. Desde entonces nos hemos hecho amigos.

Murmurando algo entre dientes, la mujer se pasó una mano por la cara.

—Por absurdo que suene eso, supongo que lo entiendo; necesitabas camaradería, y no de mí precisamente.

—Hermana Verna...

—Pero ¿por qué dejaste que Pasha lo viera?

—No lo hice. El gar asomó la cabeza. Yo no sabía que estaba allí. Antes de que me diera cuenta Pasha ya lo había visto.

La Hermana lanzó un suspiro de exasperación.

—La gente de por aquí teme a las bestias y las mata. Pasha llegó gritando que había visto a un monstruo en las colinas.

—Ya se lo explicaré. Les haré comprender que...

—¡Richard! ¡Escúchame! —El joven retrocedió un paso y esperó en silencio que la Hermana prosiguiera—. Las Hermanas creen que las «mascotas» son un estorbo en la educación de los muchachos. Creen que les dedican sentimientos que deberían ir dirigidos a ellas. Yo pienso que es estúpido, pero eso

no viene al caso.

—¿Y cuál es el caso? ¿Crees que tratarán de impedirme que vuelva a ver al gar?

—No, Richard —replicó la Hermana, poniéndole una mano sobre el brazo en gesto de impaciencia—. Las demás Hermanas creen que es una bestia malvada que podría volverse en tu contra. En estos mismos momentos están formando una partida de caza. Van a matarlo, por tu bien.

Richard se quedó mirando la expresión de inquietud de Verna solamente un segundo antes de echar a correr. Cruzó como un rayo el puente y luego la ciudad. La gente se lo quedaba mirando boquiabierta. El joven saltaba por encima de las carretillas que no se apartaban a tiempo y volcó un tenderete en el que se vendían amuletos. Sin hacer caso de las imprecaciones que le dirigían, siguió corriendo.

Sentía los latidos del corazón resonar en los oídos mientras ascendía la colina. Varias veces tropezó con zanjas o rocas, pero rápidamente se puso en pie, trató de recuperar el aliento y siguió adelante. En la oscuridad, salvaba las quebradas saltando de roca en roca.

En la cresta de una colina de cima redondeada, cerca del lugar en el que habían encontrado a Gratch ese mismo día, Richard gritó su nombre con todas sus fuerzas, deteniéndose sólo para recuperar el aliento. Con los puños apretados a ambos lados, inclinó la cabeza hacia atrás y gritó el nombre de Gratch. Su voz reverberó en las colinas vecinas, pero la única respuesta fue el silencio.

Exhausto, cayó de hinojos. Pronto llegarían. Las Hermanas usarían su han para localizar al gar. Gratch no sabía qué se proponían e, incluso si decidía mantener distancias, la magia lo encontraría y lo mataría. Las Hermanas podían abatirlo cuando estaba en el aire o prenderle fuego.

—¡Graaaaatch! ¡Graaaaatch!

Una oscura figura tapó algunas estrellas. El gar aterrizó con un ruido sordo e inmediatamente plegó las alas. Entonces ladeó la cabeza y emitió un borboteo.

Richard lo cogió por el pelaje.

—¡Gratch! Escúchame. Tienes que irte. Ya no puedes quedarte aquí. Van a venir a matarte. Tienes que marcharte.

Gratch lanzó un interrogador gemido que fue haciéndose más agudo mientras levantaba las orejas. Trató de rodear con sus brazos a Richard. Pero éste le empujó.

—¡Vete! ¡Me entiendes, sé perfectamente que me entiendes! ¡Vamos, quiero que te marches! ¡Van a tratar de matarte! ¡Vete y no vuelvas nunca!

Las orejas de Gratch se encogieron e inclinó la cabeza al otro lado. Richard le golpeó el pecho con un puño y luego señaló en dirección norte.

—¡Vete! —Richard extendió los brazos y volvió a señalar—. ¡Quiero que te marches y no vuelvas nunca!

Gratch trató nuevamente de abrazarlo y Richard volvió a empujarlo. El gar tenía las orejas pegadas a la cabeza.

—Grrrratch quierrrrg Raaaach aaarg.

Nada deseaba más Richard que estrechar a su amigo y decirle que él también le quería. Pero no podía. Estaba allí para tratar de salvarle la vida.

—¡Pues yo no te quiero! ¡Vete y no vuelvas nunca!

Gratch miró hacia la colina que Pasha había descendido a todo correr y luego miró a Richard. Los ojos verdes del gar estaban anegados en lágrimas. Trató por última vez de acercarse a su amigo.

Pero Richard volvió a alejarlo de sí. Gratch se quedó allí plantado, con los brazos abiertos. La primera vez que Richard había abrazado al peludo gar, éste solamente era una cría. Desde entonces había crecido mucho, al igual que su amistad y su amor.

Gratch era el único amigo de Richard, pero solamente él podía salvarlo. Si Richard realmente lo amaba, tenía que herirlo.

—¡Márchate! ¡No quiero verte nunca más! ¡No eres más que un estúpido saco de pelo! ¡Largo! ¡Si realmente me quieres, haz lo que te digo y márchate!

Richard quería seguir gritando, pero tenía un nudo en la garganta que ahogaba sus palabras. Retrocedió unos pasos. Gratch pareció marchitarse en el frío aire de la noche. Nuevamente abrió los brazos con un lastimero y desesperado quejido. Lloraba de un modo que rompía el corazón.

Richard reuló otro paso. Gratch avanzó hacia él. Richard cogió del suelo una piedra y se la lanzó al gar. La piedra rebotó contra su enorme pecho.

—¡Vete! —gritó, y le arrojó otra piedra—. ¡No quiero verte nunca más!

De los verdes ojos del gar brotaban lágrimas que corrían por sus arrugadas mejillas.

—Grrrratch quierrrrg Raaaach aaarg.

—¡Si realmente me quieres, márchate!

Gratch contempló de nuevo la colina por la que Pasha se había ido, dio media vuelta, extendió las alas y, después de echar un último vistazo por encima del hombro, dio un salto en el aire y emprendió el vuelo.

Cuando ya no distinguía la forma oscura del gar recortada contra las estrellas ni oía el batir de sus alas, Richard se dejó caer al suelo. Había perdido a su único amigo allí.

—Yo también te quiero, Gratch. Queridos espíritus —sollozó—, ¿por qué me hacéis esto? Gratch era todo lo que tenía. Os odio. Os odio a todos.

A medio camino de vuelta, lo comprendió. Se quedó inmóvil, con la boca abierta. En la quietud de la noche asió con temblorosos dedos el mechón de pelo de Kahlan.

No muy lejos parpadeaban las luces de la ciudad y los tejados brillaban a la luz de la luna. Hasta él llegaban los distantes sonidos de la ciudad.

«Si realmente me amas, lo harás», le había dicho Kahlan. Era lo mismo que él había dicho a Gratch. De pronto lo entendió todo. La impresión lo dejó sin respiración.

Kahlan no quería deshacerse de él, sino que pretendía salvarle la vida. Había hecho por él lo mismo que él acababa de hacer por Gratch.

El dolor por haber dudado de ella lo impulsó a hincarse de rodillas. Debía de haberle roto el corazón. ¿Cómo podía haber dudado de ella?

El collar. Tenía tanto miedo del collar, que había estado ciego. Kahlan lo amaba. No quería verse libre de él, sino solamente salvarle la vida.

Kahlan lo amaba.

Richard abrió los brazos y miró hacia el cielo, al tiempo que gritaba:

—¡Kahlan me quiere!

De rodillas contempló el mechón de pelo que Kahlan le había dado para recordarle su amor. Nunca en toda su vida se había sentido tan profundamente aliviado como en esos momentos. El mundo volvía a tener sentido.

En su mente confluían emociones encontradas. Por una parte se sentía muy abatido por haber tenido que alejar a Gratch de su lado y porque el gar pensara que Richard ya no lo quería, pero al mismo tiempo no cabía en sí de gozo al saber que Kahlan lo amaba.

Al fin el gozo acabó por imponerse. Decidió que, un día, Gratch entendería que había sido necesario alejarlo. Un día, se libraría del collar, buscaría a Gratch y haría las paces con él. E incluso si nunca lograba encontrarlo, el gar estaría mucho mejor viviendo como tal, cazando y buscando a otros de su especie. Tendría que buscar el camino de la felicidad, como Richard.

Nada deseaba más en este mundo que abrazar a Kahlan, estrecharla con fuerza y decirle lo mucho que la quería, pero era imposible. Seguía siendo un cautivo de las Hermanas. No obstante, estudiaría, aprendería y se libraría del collar. Luego regresaría junto a Kahlan. No le cabía duda de que Kahlan lo estaría esperando, pues le había dicho que siempre lo amaría.

En los alrededores de la ciudad se cruzó con la partida de búsqueda de las Hermanas. Pese a que les informó que ya no tenían por qué molestarle, que la bestia se había ido, ellas no le creyeron y continuaron camino hacia las colinas. A Richard no le importaba. Gratch se había marchado. Su amigo estaba a salvo.

En Tanimura compró una gargantilla de oro a un vendedor ambulante. Tal vez no fuese oro auténtico, pero no importaba; era preciosa. Richard recorrió el resto del camino hasta el palacio al trote.

Pasha lo esperaba paseándose arriba y abajo por el corredor, frente a sus habitaciones.

—¡Richard! ¡Oh Richard!, estaba tan asustada... Sé que debes estar furioso conmigo pero con el tiempo comprenderás que...

—No estoy enfadado —la atajó un risueño Richard—. De hecho, te he comprado un regalo para darte las gracias.

Pasha esbozó una sonrisa de sorpresa y coquetería al recibir la gargantilla.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Porque, gracias a ti, me he dado cuenta de que ella me ama y de que siempre me ha amado. He sido un estúpido al estar tan ciego. Tú me has ayudado a abrir los ojos.

La muchacha lo contempló con gélida mirada.

—Pero ahora estás aquí, Richard. Con el tiempo la olvidarás y te darás cuenta de que soy la mujer que necesitas.

Richard le sonrió alegremente.

—Pasha, lo siento. No tengo nada contra ti. Eres una mujer muy hermosa. Con el tiempo encontrarás a tu hombre. Puedes elegir a cualquiera, o casi. Todos están locos por ti. Tal vez si viviera cien años... Pero de otro modo es imposible.

Pasha recuperó la sonrisa.

—Pues esperaré.

Richard le besó la coronilla antes de entrar en su habitación. Estaba tan excitado que dudaba poder conciliar el sueño, pero la caminata y la carrera lo habían dejado agotado. Antes de dormirse, sus últimos pensamientos fueron para Kahlan. Se la imaginó junto a él, con esa especial sonrisa suya, sus ojos verdes y su radiante y larga melena. Por primera vez en meses, durmió bien.

En los días que siguieron Richard se sentía flotar. Todo el mundo presenciaba con perplejidad tal exhibición de buen humor y, si bien al principio albergaban un cierto recelo, acabaron por contagiarse. Algunas Hermanas reían tontamente cuando les decía que se veían tan bonitas como un día de verano.

Asimismo apremió a sus maestras a que redoblaran sus esfuerzos para ayudarlo a tocar su han y prolongaba las lecciones más allá de lo habitual. Las hermanas Tovi y Cecilia no cabían en sí de entusiasmo, Merissa y Nicci le dedicaban leves sonrisas de agrado, Armina se mostraba prudentemente complacida y Liliana estaba encantada. Richard quería librarse del collar pero sabía que, hasta que no aprendiera todo lo que las Hermanas querían, lo seguiría llevando.

Después de bastantes días sin ver a Warren, bajó a las criptas para comprobar cómo avanzaba su investigación. La hermana Becky se había ausentado para vomitar y la otra Hermana rió tontamente cuando Richard le guiñó un ojo.

Warren tuvo una grata sorpresa al verlo. Sus últimos descubrimientos lo habían llenado de júbilo y ardía en deseos de comunicárselos a Richard. Cuando la puerta de una de las cámaras traseras se cerró con un chirrido, empezó a abrir los volúmenes colocados en una mesa.

—Lo que me dijiste me ha ayudado mucho. Mira esto. —Warren señaló unas palabras que Richard no entendió—. Es justo como me dijiste. El hecho de que la piedra de Lágrimas se encuentre en este mundo no libera necesariamente al Custodio.

—¿Y qué importancia tiene entonces?

—Bueno, es como si en la puerta de su celda hubiera varias cerraduras y la piedra abre una de ellas, pero no todas. Existen distintos modos de ayudarlo con diferentes objetos mágicos, pero la piedra de Lágrimas en concreto solamente le sirve si la usa alguien de este mundo con el don tanto para la Magia de Suma como de Resta. Alguien que solamente posea Magia de Suma puede hacer daño y rasgar aún más el velo, pero no liberar al Custodio.

»Creo —añadió con ojos brillantes—, que siempre y cuando tengamos cuidado, estamos seguros aunque esa piedra negra se halle en este mundo.

—No es negra. Yo nunca te he dicho que fuese negra. Solamente te he descrito su forma y su tamaño.

Warren se llevó un dedo al labio inferior.

—¿No es negra? ¿De qué color es entonces?

—Ámbar.

Warren se golpeó el pecho con las manos al tiempo que lanzaba un suspiro de alivio.

—¡Gracias al Creador! —exclamó Warren con un entusiasmo nada propio de él—. ¡Es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo! Si es ámbar, significa que ha sido tocada por las lágrimas de un mago. Eso repugna al Custodio. Es como carne putrefacta para nosotros. ¡Sus agentes no la tocarán!

Richard sonrió. Seguro que era obra de Zedd. Era por eso por lo que sentía que Zedd lo atraía hacia la piedra. Eso, unido al descubrimiento acerca de Kahlan, fue demasiado; no podía seguir callándose la felicidad que lo embargaba.

—Warren, tengo otra buena noticia: estoy enamorado y voy a casarme.

Al oírlo Warren lanzó un grito de alegría, pero enseguida su sonrisa se marchitó.

—No será Pasha, ¿verdad? Si lo es, no pasa nada, lo entenderé. Hacéis una bonita pa...

Richard le rozó un hombro y lo tranquilizó.

—No es Pasha. Ya te hablaré de ella otro día. Es la Madre Confesora. Perdona, no quería interrumpirte. ¿Qué me dices de los otros objetos?

—Bueno. —Warren empujó hacia él otro libro por encima de la mesa—. Hay algunas referencias, muy pocas, al hueso redondo del que me hablaste y al skrin. Se menciona en una profecía bifurcada que tiene que ver con el solsticio de invierno que se producirá dentro de pocas semanas. Se trata de una complicada mezcla de bifurcaciones y referencias cruzadas. Hace muy poco que averiguamos que la profecía sobre una mujer y su pueblo depende directamente de una bifurcación verdadera...

Cada vez que Warren empezaba a hablarle de profecías bifurcadas y coyunturas, Richard perdía el hilo. Lo único que entendió de la parrafada fue solsticio de invierno.

—¿Qué tiene que ver el solsticio de invierno?

Warren alzó la vista.

—Es el día más corto del año. El día más corto y la noche más larga. ¿Ves qué quiero decir?

—No. ¿Qué tiene eso que ver con el skrin?

—Es la noche más larga del año, es decir la que tiene más horas de oscuridad. Verás, hay épocas en las que el Custodio puede ejercer mayor influencia en este mundo y otras que menos. Él habita en un mundo de oscuridad y en la noche más larga del año es cuando el velo es más débil y él puede hacer más daño.

—Entonces dentro de unas pocas semanas, en el solsticio de invierno, estaremos en peligro.

Warren enarcó las cejas, regocijado.

—Sí. Pero me has proporcionado la información necesaria para resolver una profecía próxima, que se añade a lo que ya sabemos sobre cuál es la bifurcación verdadera. Verás, este solsticio de invierno se relaciona con una profecía sobre el peligro que se cierne sobre el mundo de los vivos.

»Para que sea una profecía verdadera, el Custodio necesita la conjunción de una serie de elementos, por ejemplo una puerta abierta, pero para eso precisa un agente en este mundo. —Warren se inclinó hacia adelante. Estaba encantado— y ese agente necesita el skrin. Si tiene el hueso de skrin del que me has hablado, puede invocar al guardián y destruirlo. Y si ese guardián es destruido, el Custodio podrá atravesar la puerta.

—Warren, eso suena bastante aterrador.

Pero el joven alzó una mano para quitarle importancia.

—No, no. Muchas profecías suenan ominosas, como ésta, pero muy pocas veces se dan todas las condiciones y la mayoría de ellas resultan ser falsas bifurcaciones. Los libros están llenas de bifurcaciones falsas, porque...

—Warren, ve al grano.

—Oh, sí. Bueno, verás, tú mismo me has dicho que una amiga tuya tiene el hueso capaz de invocar al skrin. Y el Custodio necesita un agente y no lo tiene. Sin el hueso de skrin y, teniendo en cuenta que la bifurcación que se avecina será superada correctamente, o eso creemos, resultará que la profecía sobre el solsticio es otra bifurcación falsa, por lo que estamos a salvo.

Richard sintió un leve cosquilleo de aprensión, pero la desbordante confianza de Warren era contagiosa. Dio al joven aprendiz de mago una palmada en la espalda, mientras le decía:

—Buen trabajo, Warren. Ahora podré dedicarme por completo a aprender a usar mi han.

Warren sonrió radiante.

—Gracias, Richard. Estoy muy contento de que hayas podido ayudarme. He hecho unos progresos que antes de conocerte me hubieran parecido increíbles.

Sin dejar de sonreír, Richard meneó la cabeza en gesto de asombro.

—Warren, nunca había conocido a nadie tan inteligente y, no obstante, tan joven como tú.

Warren se echó a reír como si fuera lo más gracioso que hubiera oído en toda su vida.

—¿Qué es tan divertido?

—Tu broma —contestó Warren, enjugándose las lágrimas.

—¿A qué broma te refieres?

Las francas carcajadas de Warren se convirtieron en una simple risita de inquietud.

—Esa de llamarme joven. Ha sido muy divertido.

Richard mantuvo una educada sonrisa para inquirir:

—¿Y qué hay de divertido en eso?

Ahora la risa de Warren se tornó simple sonrisa.

—Es que tengo ciento cincuenta y siete años.

Richard notó que la carne le picaba.

—Ahora eres tú quien bromea. Estás de broma, ¿no? Warren, dime que es una broma.

El buen humor de su amigo se había evaporado.

—Richard... seguro que lo sabes, ¿verdad? Seguro que te lo han dicho. Estaba convencido de que ya lo sabías.

Richard apartó con un brazo los libros, acercó la silla a la mesa y preguntó:

—¿Decirme qué, Warren? Vamos, no puedes decirme algo así y luego guardar silencio. Somos amigos. Dímelo.

Warren carraspeó, se pasó la lengua por los labios y se inclinó hacia adelante.

—Richard, lo siento. Creí que ya lo sabías, o te lo hubiera dicho hace mucho tiempo. Te juro que lo habría hecho.

—¿Decirme qué!

—La magia. Es la magia del Palacio de los Profetas. Posee elementos de Suma y de Resta vinculados a los otros mundos. Eso hace que aquí el tiempo se mueva de un modo distinto.

—Warren —preguntó Richard con voz ronca—, ¿quieres decir que nos afecta a todos? ¿A todos los que llevamos el collar?

—No... a todo el mundo en palacio. También a las Hermanas. Este lugar está encantado. Mientras viven en palacio las Hermanas envejecen igual que nosotros. A causa de ese hechizo envejecemos más lentamente, percibimos de otro modo el paso del tiempo.

—¿Qué quiere decir «de otro modo»?

—El hechizo frena nuestro proceso de envejecimiento. Por cada año que nosotros envejecemos, los de fuera envejecen entre quince y veinte años.

Richard sentía que la cabeza le daba vueltas.

—Warren, eso no puede ser cierto. Es imposible. —El joven buscaba desesperadamente una prueba—. Pasha. Pasha no puede tener más de...

—Richard, conozco a Pasha desde hace más de cien años.

Richard apartó la silla y se puso en pie. Entonces se pasó los dedos por el pelo.

—Es absurdo —declaró—. Tiene que ser algún tipo de... ¿Por qué debería ser así?

Warren lo cogió por un brazo y lo obligó a sentarse. Entonces acercó su silla a la del Buscador y le habló con el mismo tono de voz suave y preocupada que uno utilizaría para comunicar una noticia calamitosa.

—Cuesta mucho tiempo entrenar a un mago. Fuera, en el mundo exterior, pasaron más de veinte años antes de que aprendiera a tocar mi han. Pero aquí dentro no fueron más de dos. Si la magia de palacio no frenara nuestro proceso de envejecimiento, todos nos moriríamos de viejos antes de ser siquiera capaces de encender una lámpara con nuestro han.

»No sé de ningún mago que haya tardado menos de doscientos años en aprender. Por término general, el entrenamiento dura casi trescientos años y a veces casi cuatrocientos.

»Los magos que crearon este palacio lo sabían, por lo que vincularon la magia que reina en él a los mundos del más allá, donde el tiempo no existe. No sé cómo funciona exactamente, pero lo hace.

A Richard le temblaban las manos.

—Pero... tengo que librarme de este collar. Tengo que volver junto a Kahlan. No puedo esperar tanto. Warren, ayúdame, no puedo esperar tanto tiempo.

Warren clavó la vista en el suelo.

—Lo siento, Richard. Yo no sé cómo se quita el rada'han, ni cómo atravesar la barrera que nos mantiene aquí. Comprendo cómo te sientes. Ese mismo sentimiento es el que me ha impulsado a pasar aquí en las criptas los últimos cincuenta años. A otros parece que no les afecta y se alegran, incluso, porque les da más tiempo para pasarlo con mujeres.

—No puedo creerlo —declaró Richard, poniéndose lentamente en pie.

Warren alzó el rostro hacia él.

—Richard, por favor, perdóname por habértelo dicho. Siento haber sido yo quien te haya causado tanto dolor. Tú siempre has sido...

Richard lo acalló poniéndole una mano en el hombro.

—No es culpa tuya, Warren. Tú sólo me has dicho la verdad. —Su voz sonaba como si hablara desde lo más hondo de un pozo—. Gracias por ser sincero, amigo mío.

Mientras salía, arrastrando los pies, lo único en lo que podía pensar era en que todos sus sueños se morían. Si no conseguía quitarse ese collar todo estaría perdido.

Las hermanas Ulicia y Finella lo recibieron de pie, en actitud alerta, pero al ver la expresión de su rostro retrocedieron tal como lo habían hecho los guardias. Ante la puerta que custodiaban se alzó un brillante escudo. Richard lo atravesó sin detenerse. La puerta se abrió violentamente sin que tuviera necesidad de tocarla, y parte del marco se astilló. Por alguna razón, ni se le había ocurrido usar el tirador.

La Prelada estaba sentada con las manos cruzadas tras la pesada mesa de madera de nogal. Sus solemnes ojos lo observaban. Richard se apretó contra la mesa. Se lo veía muy alto, allí de pie.

—Lamento decir que no me alegra volver a verte tan pronto, Richard —dijo la Prelada en tono sombrío.

—¿Por qué no me lo dijo la hermana Verna? —preguntó Richard con voz crispada.

—Porque yo se lo ordené.

—¿Y por qué no me lo dijiste tú?

—Porque quería que primero aprendieras cosas importantes sobre ti mismo, para comprender mejor lo que significas. La carga de un mago y también de una Prelada.

Richard cayó de hinojos delante del escritorio.

—Ann —susurró—, por favor, ayúdame. Tengo que volver junto a ella. Hace mucho que nos separamos. Por favor, Ann, ayúdame, quítame este collar.

La Prelada cerró los ojos un largo instante. Cuando volvió a abrirlos, expresaban un profundo pesar.

—No te he mentado, Richard. Nosotras no podemos quitártelo hasta que tú aprendas lo suficiente para ayudarnos. Y eso llevará tiempo.

—Por favor, Ann, ayúdame. ¿Hay algún otro modo?

Sin apartar los ojos del joven, la Prelada negó lentamente con la cabeza.

—No, Richard. Con el tiempo aprenderás a aceptarlo. Todos los hacen. Para los demás es más fácil, porque al llegar aquí son niños aún y no lo comprenden. Les cuesta darse cuenta de lo que significa. Nunca habíamos tenido que decírselo a un adulto, como tú, que comprende lo que eso implica.

Richard no lograba pensar con claridad. Se sentía como si se hundiera en un oscuro sueño.

—Pero perderemos tanto tiempo que podríamos haber compartido... Será vieja. Todos a quienes conozco serán viejos.

Ann se alisó el cabello y desvió la mirada.

—Richard, cuando acabe tu entrenamiento y puedas marcharte los tataranietos de todas las personas que conoces se habrán muerto ya de viejos y llevarán enterrados más de cien años.

Richard la miró parpadeando, tratando de asimilar el número de generaciones que eso suponía, pero los números se le confundían en la mente. De pronto recordó la advertencia de Shota sobre una trampa en el tiempo. Estaba atrapado.

Las Hermanas le habían despojado absolutamente de todo. Había perdido todo lo que amaba. Nunca volvería a ver a Zedd, ni a Chase, ni a nadie que conociera. Nunca volvería a abrazar a Kahlan. Nunca podría decirle que la quería y que entendía el sacrificio que había hecho por él.

## 31

Al alzar la vista de donde estaba sentado, en el suelo, vio a Warren en el umbral. No había oído llamar a la puerta. En vista de que nada decía, Warren corrió hacia él y se agachó a su lado.

—Escúchame, Richard, algo que me dijiste me hizo pensar. Dijiste que ibas a casarte con la Madre Confesora.

Richard salió de su aturdimiento y alzó la vista.

—La profecía habla de ella, ¿no es eso? La profecía que debe cumplirse el solsticio de invierno.

—Es posible. Pero no sé lo suficiente sobre ella, sobre las Confesoras, para afirmarlo con seguridad. ¿Viste de blanco la Madre Confesora?

—Sí. Las Confesoras nacen para hallar la verdad. Ella es la última.

Richard recordó la visión que tuvo en una de las Torres de Perdición, recordó el horror de lo que vio. Las palabras de Kahlan se le habían quedado grabadas en la memoria. Se las repitió a Warren:

—«*Cuando la amenaza de la sombra desaparezca, de todas tan sólo quedará viva una, nacida con la magia de sacar a la luz la verdad. Pero la aciaga sombra del reino de los muertos acecha. Si la vida quiere tener una esperanza, la de blanco deberá ser ofrecida a su gente, para darles felicidad y jolgorio.*»

—¡Sí, ésa es! Creo que la «aciaga sombra» se refiere tanto al Custodio como al solsticio de invierno. Creo que significa que... Richard, ¿dónde leíste esa profecía?

—No la leí. Me vino en forma de visión.

Warren abrió mucho los ojos, cosa que siempre ocurría cuando estaba perplejo.

—¿Tuviste una visión de una profecía?

—Sí, ella me dijo las palabras y me mostró con imágenes lo que significaban.

—¿Y qué significan?

Richard se frotó una pernera.

—No puedo decírtelo. Me dijo que podía repetir las palabras pero que no debía hablar de la visión. Lo siento, Warren, pero no me atrevo a violar esa advertencia sin saber las consecuencias. Pero puedo decirte que, si esa profecía se cumple, ni ella ni yo tendremos felicidad ni jolgorio.

Warren se quedó un momento pensativo.

—Sí. Tienes razón. —Lo miró por el rabillo del ojo antes de añadir—: Richard, hay algo acerca de las profecías que creo que debo decirte. Casi nadie lo sabe, pero las palabras no siempre expresan el verdadero propósito de la profecía.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, a veces, cuando leo una profecía tengo una visión de ella. Luego esa visión se cumple y la profecía también, pero no como uno podría imaginarse al leerla. Creo que las profecías están hechas para ser entendidas a través de visiones.

—¿Lo saben las Hermanas?

—No. Pienso que eso es lo que significa ser un profeta. Richard, si tuviste esa visión, oíste las palabras y viste lo que significaban, es posible que seas un profeta.

—Según la Prelada, poseo un talento distinto. Si tiene razón, tener visiones es una capacidad más de lo que soy.

—¿Y eso es?

—La Prelada dijo que soy un mago guerrero.

Nuevamente Warren puso unos ojos como platos.

—Richard, los magos guerreros poseen el don para ambos tipos de magia. Hace miles de años que no nace nadie con el don para la Magia de Resta. Tal vez la Prelada se equivoca.

—Ojalá, pero eso explicaría algunas cosas. Por lo que un amigo mío me explicó, la Magia de Suma utiliza lo que ya existe, le añade algo, lo multiplica y lo modifica; resumiendo, crea. Y la Magia de Resta sería lo contrario; destruye.

»Las Hermanas crean los escudos, pero ellas sólo poseen la Magia de Suma. Incluso a quienes poseen el don les cuesta atravesarlos, porque también poseen únicamente Magia de Suma. Es poder contra poder. Pero, por alguna razón yo puedo atravesar los escudos de palacio sin tener que esforzarme siquiera.

»Si tuviera Magia de Resta, lo explicaría. Mi Magia de Resta contrarrestaría la de Suma de los escudos; los destruiría.

—Pero me contaste que trataste de atravesar las barreras que nos impiden marcharnos. Y también son un escudo. ¿Por qué no pudiste atravesarlo si realmente posees Magia de Resta?

Richard enarcó una ceja y se inclinó hacia adelante.

—Warren, ¿quién levantó esos escudos?

—Bueno, quienes conjuraron toda la magia de palacio. Los magos de hace...

—Que, según tú, poseían Magia de Resta. Ese escudo es el único que ellos levantaron y es el único que no puedo atravesar. Es el único que mi Magia de Resta, si es que realmente la tengo, no puede contrarrestar. ¿Ves qué quiero decir?

Warren se sentó sobre los talones.

—Sí... —El joven se frotó el mentón, pensativo—. Sí, tendría sentido. Concordaría con algunas de las profecías sobre ti. Si es que realmente eres un mago guerrero y eres el nacido para la verdad.

—¿Dicen esas profecías si venceré?

Warren vaciló y echó una mirada a la *Espada de la Verdad*, colocada en el suelo al lado de Richard.

—¿Las palabras «hoja blanca» significan algo para ti?

Richard suspiró hondo al recordar.

—A través de la magia puedo volver blanca la hoja de mi espada.

Warren se enjugó con la mano el sudor del rostro.

—En ese caso, me temo que estamos en un buen lío. Hay una profecía que dice: «*Si se liberan las fuerzas en juego, se producirá un desgarró, y una aciaga ansia ensombrecerá el mundo. En ese caso, la esperanza de salvación será tan delgada como la hoja blanca del nacido para la Verdad*».

—El desgarró es la puerta abierta —razonó Richard.

—En ese caso, la «aciaga ansia» es una referencia al Custodio.

—Warren, tengo que impedir que la profecía sobre la mujer de blanco se cumpla. Es muy importante. ¿Se te ocurre algo?

Warren lo miró como si estuviera tratando de tomar una decisión.

—Sí. No sé si servirá de algo pero... —El joven se frotó los muslos con las manos—. Hay un profeta aquí, en palacio. Nunca lo he visto. Siempre he querido hablar con él, pero las Hermanas no me lo han permitido. Dicen que es demasiado peligroso para mí hasta que no aprenda más. Me han prometido que, cuando sepa lo suficiente, me dejarán verlo.

—¿Dónde lo tienen?

Warren se estiró un pliegue de la túnica que se le había enganchado bajo las rodillas.

—No lo sé. En una de las áreas restringidas, pero no sé en cuál de ellas, y tampoco sé cómo podríamos averiguarlo.

—Yo sí —declaró Richard, poniéndose de pie.

Richard supo que había recurrido al guardia adecuado cuando Kevin Andellmere palideció como un fantasma al oír mencionar al Profeta. Al principio se resistió y fingió ignorancia, pero cuando Richard le recordó amablemente todos los favores que le debía, Kevin le susurró dónde encontrarlo.

El complejo al que Kevin le remitió era uno de los más protegidos del palacio. Richard conocía la posición de todos los guardias, pues había recogido allí rosas blancas y se había subido al muro para «ver mejor el mar». Asimismo conocía a todos los guardias; eran clientes asiduos de las prostitutas pagadas por Richard.

Al llegar a la verja exterior no se detuvo, sino que simplemente saludó a los guardias con una inclinación de cabeza y un guiño. Los guardias que custodiaban la muralla se mostraron más reticentes; tartamudearon algo y extendieron una mano para detenerlo. Pero Richard los saludó con la mano, fingiendo que tomaba su actitud también por un saludo. Al fin los guardias suspiraron y regresaron a sus puestos, dejando que Richard siguiera adelante. El joven llevaba la capa del *mrishwith* abierta.

Al final de la muralla había una pequeña columnata y, al fin de ésta, una escalera de caracol que descendía hacia los aposentos del Profeta. Quienes custodiaban la puerta eran los dos guardias que más le había costado ganarse y a los que al fin había conquistado regalándoles compañía femenina. Al verlo, se pusieron tensos.

Richard se encaminó con toda tranquilidad a la puerta situada entre ambos.

—Walsh, Bollesdun, ¿cómo os va?

Los guardias le cerraron el paso cruzando las lanzas.

—Richard, ¿qué estás haciendo tú aquí? Las rosas crecen arriba.

—Escucha, Walsh, he venido a ver al Profeta.

—Richard, no nos pongas en un brete. Sabes perfectamente que no podemos dejarte pasar. Las Hermanas nos despellejarían vivos.

El joven se encogió de hombros.

—No les diré que me habéis dejado pasar. Diré que os engañé. Nadie sabrá que he estado aquí y si lo averiguan, diré que me colé a vuestras espaldas. Respaldaré vuestra historia.

—Richard, de verdad que no...

—¿Acaso he hecho alguna vez algo que os haya causado problemas? ¿Acaso no os he ayudado siempre? Os he invitado a cerveza, os he prestado dinero cuando lo necesitabais, os he proporcionado libre acceso a las chicas, y todo ello sin cobraros ni un penique. ¿Os he pedido alguna vez algo a cambio?

Richard se llevó una mano a la empuñadura de la espada. De un modo u otro, estaba decidido a cruzar esa puerta.

Walsh empujó una esquirla de piedra con una bota. Luego, suspirando profundamente, primero uno y luego el otro alzaron las lanzas.

—Bollesdun, ve a hacer tu ronda. Yo tengo que hacer una visita al excusado.

Richard apartó la mano de la empuñadura de la espada y dio al guardia una palmada en el hombro.

—Gracias, Walsh, te lo agradezco mucho.

Había recorrido medio pasillo cuando notó la resistencia de varios escudos, semejantes a los que guardaban la puerta del despacho de la Prelada, pero solamente lo frenaron un poco. La habitación que encontró al final era tan espaciosa como la suya, pero quizá estaba más elegantemente decorada. De una pared colgaban grandes tapices y en otra se veían largas estanterías con libros. No obstante, la mayoría de éstos estaban esparcidos por la habitación, encima de las sillas y butacas, o encima de las alfombras azules y amarillas que cubrían el suelo.

Richard vio la espalda de un hombre sentado en una silla al lado de la chimenea apagada.

—Tienes que decirme cómo haces eso —dijo el hombre con voz profunda y sonora—. Me encantaría aprender el truco.

—¿Hacer qué? —quiso saber Richard.

—Atravesar los escudos como si nada. Yo, cuando lo intento, me quemo.

—Si descubro cómo lo hago, te lo haré saber. Me llamo Richard. Si no estás muy ocupado me gustaría hablar contigo.

—¡Ocupado! —Los hombros del Profeta temblaron cuando se echó a reír con ganas. Al levantarse Richard se quedó un tanto sorprendido ante su estatura. Su larga cabellera blanca le había llevado a pensar que sería un viejo encogido. Viejo sí lo era, pero se veía fuerte y lleno de vitalidad. Tenía una sonrisa acogedora y amenazante al mismo tiempo, y llevaba un rada'han al igual que Richard.

—Me llamo Nathan. Tenía muchas ganas de conocerte, Richard. Pero no esperaba que encontraras el camino tú solo.

—He venido solo para que podamos hablar libremente.

—¿Sabes que soy un profeta?

—No estoy aquí para que me enseñes a cocer pan.

La sonrisa de Nathan se hizo más amplia, pero no rió. En vez de eso unió las cejas como un halcón.

—¿Quieres que te hable de tu muerte, Richard? ¿Quieres saber cómo morirás? —preguntó con voz sibilante.

Richard se dejó caer en el sofá y apoyó los pies encima de la mesa. Entonces le devolvió la mirada de halcón y la amenazante sonrisa.

—Pues claro —dijo—. Me encantaría saberlo. Y, cuando termines, yo te diré cómo morirás tú.

Nathan enarcó una ceja.

—¿Acaso eres un profeta?

—Lo bastante para saber de qué morirás.

Ahora Nathan lo observaba con curiosidad.

—¿De veras? Dímelo.

Richard cogió una pera de un cuenco colocado encima de la mesa, le sacó brillo frotándola contra el pantalón y luego le dio un mordisco. Mientras masticaba, contestó:

—Morirás aquí mismo, en estas habitaciones, de viejo, sin haber vuelto a ver el mundo exterior.

Las arrugas en el rostro del Profeta se acentuaron al tiempo que expresaba un profundo pesar.

—Parece que eres un profeta, muchacho.

—Eso será si no me ayudas. Pero si lo haces, tal vez pueda regresar y ayudarte a escapar.

—¿Qué pides a cambio?

—Librarme del collar.

Nathan sonrió de oreja a oreja.

—Diría que tenemos un interés en común, Richard.

—Las Hermanas afirman que sin él moriría.

—Las Hermanas exigen sinceridad a los demás pero raramente se toman la molestia de aplicarse el cuento para sí. Ellas defienden sus propios intereses, Richard. Recuerda que hay más de una senda para salir del bosque.

—Según las Hermanas, no podré quitármelo hasta que aprenda a usar mi han. Pero, aunque lo intentan, son incapaces de ayudarme.

—Sería más fácil que tú enseñaras a una piedra a cantar que una Hermana te enseñara a usar tu han. Tú posees Magia de Resta. Ellas no pueden ayudarte.

—¿Puedes tú ayudarme, Nathan?

—Es posible. —El Profeta volvió a sentarse en la silla y se inclinó hacia adelante—. Dime, Richard, ¿has leído *Las Aventuras de Bonnie Day*?

—Es mi libro favorito. Lo leí tantas veces que acabé por gastar las letras. Me encantaría conocer a la persona que lo escribió para decirle lo mucho que me gusta.

Nathan esbozó una amplia sonrisa infantil.

—Pues ya la conoces, muchacho.

Richard se incorporó.

—¡Tú! ¿Tú escribiste *Las Aventuras de Bonnie Day*?

Nathan recitó algunos pasajes para demostrar que conocía la obra al dedillo.

—Cuando naciste entregué el libro a tu padre para que te lo diera cuando aprendieras a leer.

—¿Tú acompañabas a la Prelada? No me lo dijo.

—Dudo que le pasara por la cabeza contarte toda la verdad. Verás, Ann no tiene poder suficiente para entrar en el Alcázar del Hechicero de Aydindril. Yo ayudé a George a entrar para que cogiera el *Libro de las Sombras Contadas*. Guardan libros de profecías muy interesantes allí.

Richard se quedó mirándolo, atónito.

—Parece que somos viejos conocidos —comentó.

—Somos más que conocidos, Richard Rahl. —Nathan le lanzó una significativa mirada—. Mi nombre completo es Nathan Rahl.

Richard se quedó boquiabierto.

—¿Tú eres mi... tataratatarabuelo o algo así?

—Demasiados tataras para poder contarlos. Tengo casi mil años, muchacho. —El Profeta agitó un dedo en el aire—. Hace mucho tiempo que te sigo con interés. Apareces en las profecías.

»Escribí *Las Aventuras de Bonnie Day* para algunos muchachos con potencial. Podríamos decir que es un libro de profecías. Como una cartilla de profecías que pudierais entender y que os ayudara. Te ha ayudado, ¿verdad?

—Muchas veces —repuso Richard, que aún no se había recuperado de la sorpresa.

—Bien. Me alegro mucho. Entregamos el libro a unos pocos niños, todos ellos muy especiales. Tú eres el único que sigue vivo. Los demás murieron en accidentes «inexplicables».

Richard se acabó la pera mientras pensaba. Definitivamente no le gustaba la parte relativa a la

Magia de Resta.

—Bueno, ¿puedes ayudarme a usar mi poder? —preguntó al fin.

—Piensa, Richard. Las Hermanas no te han causado dolor con el collar, ¿verdad?

—No, pero lo harán.

—Repites la última batalla, Richard. ¿Qué dice Bonnie Day a las tropas de Warwick que vigilan el páramo? Que el enemigo no atacara del mismo modo que la última vez, que son unos estúpidos si malgastan su energía tratando de repetir la última batalla. —Nathan enarcó una ceja—. Parece que no has aprendido esa lección. El hecho de que algo te ocurriera en el pasado no significa que vaya a repetirse. Piensa hacia adelante, Richard, no hacia atrás.

Richard vaciló.

—Yo... tuve una visión en una de las torres. En la visión la hermana Verna usaba el collar para hacerme daño.

—Y eso despertó tu ira.

Richard asintió.

—Conjuré la magia y la maté.

Nathan sacudió levemente la cabeza con aire de decepción.

—La visión era tu propia mente que trataba de decirte algo, te decía que, si trataban de hacerte daño con el rada'han, podrías defenderte y vencerlas. Tu don y tu mente trabajaban juntos para ayudarte. Pero tú estabas demasiado ocupado repitiendo la última batalla para oír el mensaje.

Richard guardó un apesadumbrado silencio. Estaba tan preocupado por que las Hermanas quisieran torturarlo con el rada'han, que no había pensado en nada más. Tanto miedo tenía de que el pasado se repitiera, que no se había dado cuenta del verdadero significado de lo que había hecho Kahlan. Piensa en la solución y no en el problema, le decía siempre Zedd. Pero el pasado le había impedido ver el futuro.

—Comprendo qué quieres decir, Nathan —admitió—. ¿Qué significa eso de que las Hermanas no pueden causarme dolor con el collar?

—Ann sabe que eres un mago guerrero. Yo se lo anuncié casi quinientos años antes de que nacieras. Estoy seguro de que habrá impartido órdenes a las Hermanas. Infligir dolor a un mago guerrero sería como pisar a propósito un escorpión.

—¿Quieres decir que el dolor es algo así como la clave de mi poder?

—No. Es la consecuencia del dolor: la ira. —Con un gesto señaló la espada que llevaba al cinto—. Tú usas la espada de ese modo; la ira despierta su magia. De hecho, al conjurar su magia, sientes ira, y así es como la magia funciona. ¿Quieres que te enseñe cómo puedes tocar tu han?

Richard se acercó más a la mesa.

—Sí. Nunca creí que llegaría a decir esto, pero sí. Tengo que aprender si quiero salir de aquí.

—Extiende la palma. Muy bien. —El Profeta empezó a emitir un aura de autoridad a su alrededor—. Ahora sumérgete en mis ojos.

Richard miró fijamente esos ojos de un intenso azul y párpados caídos. Los ojos lo atraían irremediabilmente. Richard se sintió caer en un cielo azul despejado. Respiraba agitadamente y no por voluntad propia. Más que oír, sintió las órdenes de Nathan.

—Invoca la ira, Richard. Invoca el odio y la furia. —Richard sintió esas emociones, como cuando desenvainaba la espada. Al mismo tiempo era como si otra persona respirara por él y otro le provocara la ira—. Ahora siente el calor de la cólera. Siente sus llamas. Muy bien. Ahora concentra esas sensaciones en la palma de la mano.

Richard canalizó la cólera de su magia hacia su mano, dirigió el flujo y sintió su fuerza. Era tanto el poder, que le hizo rechinar los dientes.

—Mira tu mano, Richard. Míralo en ella. Mira qué sientes.

Lentamente la mirada de Richard se posó en su mano. Una bola de fuego azul y amarillo giraba despaciosamente por encima de su palma extendida. El joven notaba cómo la energía fluía de su interior hacia el fuego. Aumentó el flujo de ira, y la bola de airadas llamas creció.

—Ahora lanza hacia la chimenea la furia, el odio y la cólera.

Richard impulsó la mano. La esfera de fuego que giraba lentamente se quedó sobre su palma. El joven miró la chimenea y concentró en ella su rabia, alejándola de sí.

La luz líquida aulló mientras volaba rauda hacia la chimenea, donde explotó con un fuerte estallido

semejante a un relámpago.

Nathan sonrió orgulloso.

—Así es como se hace, muchacho. Dudo que las Hermanas pudieran enseñártelo ni en un centenar de años. Tienes un talento natural, no hay duda de eso. Eres un mago guerrero.

—Pero Nathan, no he sentido mi han. No he sentido nada fuera de lo normal, sólo furia, como cuando uso la espada. O como cuando me engancho un dedo en una puerta.

Nathan asintió.

—Ya lo sé. Eres un mago guerrero. Otros poseen sólo un tipo de magia y usan lo que les rodea, ya sea aire, calor, frío, fuego, agua o lo que necesiten.

»Pero los magos guerreros son distintos. Ellos usan el poder que poseen en su interior. Lo que debes hacer no es dirigir tu han, sino tus sentimientos. Las Hermanas enseñan el «cómo» de todo, pero el cómo es irrelevante en tu caso. Para un mago guerrero sólo cuentan los resultados, porque extrae el poder de su interior. Es por eso por lo que las Hermanas no logran enseñarte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Has visto alguna vez a una costurera que no acierte el alfiletero? Las Hermanas pretenden que observes tu mano, la aguja y el alfiletero, porque así es como los demás magos usan la magia. Pero los magos guerreros no observan sino que actúan. Su han actúa de un modo instintivo.

—¿Eso que he creado era... fuego de hechicero?

Nathan se rió entre dientes.

—Se parecía tanto al fuego de hechicero como una polilla a un toro enfurecido.

Richard volvió a intentarlo, pero esta vez no consiguió nada. La ira no brotaba. Podía conjurar la cólera de la espada, pero era distinta de la que había brotado de su interior con la ayuda de Nathan.

—No me sale. ¿Por qué no puedo hacerlo?

—Porque antes yo te estaba ayudando, te guiaba con mi propio poder. Aún no eres capaz de hacerlo solo.

—¿Por qué?

Nathan alargó una mano y le dio golpecitos en la cabeza.

—Porque debe surgir de aquí dentro. Todavía tienes que aceptar quién eres. No crees. Sigues luchando contra ti mismo. Hasta que no te aceptes, hasta que no creas, no podrás acceder a tu han, a tu poder, excepto cuando sientas una gran rabia.

—¿Qué me dices de los dolores de cabeza que acompañan al don? Las Hermanas me dijeron que sin el collar me matarían.

—Las Hermanas mordisquean alrededor de la verdad como si fuera cartílago en una pieza de carne. Sólo lo comen cuando no tienen otro remedio. Quieren que seamos sus prisioneros para usarnos en su provecho.

»Lo que tratan de conseguir cuando practican contigo es lo que yo acabo de hacer. Los dolores de cabeza son peligrosos, pero sólo en el caso de que un joven mago no tenga a nadie que le ayude a desarrollar su poder. Cuando tenías los dolores de cabeza, ¿lograbas que a veces desaparecieran?

—Sí. A veces, cuando me concentraba en disparar flechas o cuando algo dentro de mí me avisaba de un peligro o cuando estaba enfadado y usaba la magia de la espada, desaparecían por un tiempo.

—Eso era porque creaban una armonía entre el don y tu mente. Para que el don no te perjudique solamente necesitas a alguien que te enseñe, como yo acabo de hacer.

»Nadie debería enseñar a un mago sino otro mago. Para un mago resulta simple armonizar tu mente y tu don, porque es el han masculino que enseña a otro han masculino. Lo que acabo de hacer contigo basta para evitar que el don te perjudique durante mucho tiempo, sin necesidad del rada'han.

»En el futuro, unirte con un mago te llevará al próximo paso y te protegerá durante otro tiempo más. Lo importante es tener ayuda a mano cuando la necesites. Las Hermanas hubieran necesitado cien años para enseñarte lo que yo acabo de hacer.

»Usan el collar como excusa para mantenernos prisioneros y servir a sus propósitos. Tienen ideas propias acerca de cómo entrenar a magos. Su idea es controlarlos.

—¿Por qué?

—Porque creen que los magos son responsables de todo el mal acaecido a la humanidad. Manteniendo el poder prisionero, lo controlan, lo inductran y llevan la luz de su teología a la gente. Son

fanáticas que se creen en posesión de la única verdad, la que conduce a la recompensa eterna del Creador. Y, para conseguir ese fin, creen que cualquier medio está justificado.

—¿Quieres decir que lo que acabas de enseñarme, con mi poder, basta para evitar que el don me mate si no llevo collar?

—Basta para evitar que el don te mate, pero nos costaría muchas más lecciones hacer de ti un verdadero mago. Yo me he limitado a sujetar el bocado del caballo para evitar que te tire al suelo, pero no te he enseñado a cabalgar con estilo.

Richard notó que los músculos del rostro se le tensaban.

—Si lo que dices es cierto, entonces están pisando un escorpión. Gracias por ayudarme. Nathan —añadió, frotándose los dedos—, un gran peligro se cierne sobre nosotros. Necesito saber algunas cosas. ¿Conoces la Segunda Norma de un mago?

—Claro. Pero debes aprender la Primera antes de pasar a la Segunda.

—Ya conozco la Primera. Maté a Rahl el Oscuro con la Primera. Dice que la gente es capaz de creer cualquier mentira ya sea porque quiere creerla o porque teme que sea cierta.

—¿Y cuál es la vacuna contra ello?

—El secreto es que no hay ninguna vacuna. Debo estar siempre vigilante, ser consciente de que también yo soy vulnerable y nunca caer en la arrogancia de pensar que soy inmune. Debo estar siempre alerta, pues puedo ser víctima.

—Excelente.

—¿Y la Segunda Norma?

Las níveas cejas del Profeta ensombrecieron sus ojos azules.

—La Segunda Norma se refiere a los resultados inesperados.

—¿En qué sentido?

—Dice que de las mejores intenciones puede resultar un gran mal. Suena paradójico, pero la amabilidad y las buenas intenciones pueden ser un insidioso camino hacia la destrucción. A veces, hacer lo que parece bien está mal y puede perjudicar. El único modo de impedir que eso suceda es el conocimiento, la sabiduría, la previsión y la comprensión de la Primera Norma. Pero en ocasiones ni siquiera con todo eso basta.

—¿Las buenas intenciones o hacer el bien pueden perjudicar? ¿De qué modo?

Nathan se encogió de hombros.

—Por ejemplo, en principio parece una buena cosa dar un caramelo a un niño, porque les encantan. Pero el conocimiento, la sabiduría y la previsión nos dicen que si prolongamos esa «amabilidad» a expensas de otros alimentos, el niño se pondrá enfermo.

—Es obvio. Cualquiera lo sabe.

—Pongamos que alguien se hace daño en una pierna y tú le llevas comida durante la convalecencia, pero después de un tiempo esa persona ya no quiere levantarse, porque al hacerlo le duele. Así pues, tú continúas siendo compasivo y le proporcionas alimentos. Con el tiempo, las piernas se le agarrotan y siente cada vez más dolor cuando trata de levantarse, por lo que tú te muestras amable y le sigues llevando comida. Al final se convierte en un inválido y es incapaz de caminar, y todo a causa de tu amabilidad. Tenías buenas intenciones, pero no le has hecho ningún bien.

—No creo que eso suceda lo suficientemente a menudo como para preocuparse.

—Te estoy poniendo unos ejemplos muy obvios, Richard, para que lo extrapoles a problemas más complicados y comprendas un principio bastante confuso.

»Las buenas intenciones, la amabilidad pueden alentar a los holgazanes y convertir a mentes sanas en indolentes. Cuanta más ayuda les das, más ayuda necesitan. Mientras tu amabilidad tenga una duración indefinida, nunca aprenderán a ser disciplinados, a tener dignidad ni a confiar en sí mismos. Tu amabilidad empobrece su humanidad.

»Si das una moneda a un mendigo porque te dice que su familia se está muriendo de hambre, pero usa el dinero para emborracharse y luego mata a alguien, ¿sería culpa tuya? No. Ha sido él quien ha cometido el acto. Pero si le hubieras dado a él y a su familia comida en lugar de dinero, no habría cometido el asesinato. Es otro ejemplo de buena intención que al final perjudica.

»Segunda Norma: de las mejores intenciones puede resultar un gran mal. La violación de esta norma puede causar desde una simple inconveniencia hasta un desastre o la muerte.

»Algunos líderes preconizan la paz y rechazan incluso la violencia en defensa propia. Sus intenciones son intachables, de eso no hay duda. Pero, al final, tal postura suele conducir a una matanza, porque la amenaza de la violencia hubiera prevenido el ataque y, por tanto, un acto violento. Esos líderes ponen sus buenas intenciones por encima de las realidades de la vida. Acusan a los guerreros de estar sedientos de sangre cuando, en realidad, los guerreros hubieran podido prevenir un derramamiento de sangre.

—¿Estás diciendo que no debería sentirme avergonzado por ser un mago guerrero?

—¿De qué le sirve al cordero predicar las virtudes de una dieta vegetariana si los lobos piensan de otro modo?

Richard se sentía como si estuviera teniendo una conversación con Zedd.

—Pero la amabilidad no siempre es contraproducente —objetó.

—Claro que no. Aquí es donde interviene la sabiduría. Necesitas ser sabio para prever las consecuencias de tus acciones.

»Sin embargo, el problema con la Segunda Norma es que uno no siempre sabe cuándo la está violando o cuando hace un bien. Y lo que es peor, la magia es peligrosa. Si añades magia a las buenas intenciones e incumples la Segunda Norma, puedes provocar una verdadera catástrofe.

»Usar magia es fácil. Lo difícil es decidir cuándo usarla. Cada vez que usas magia, involuntariamente puedes causar un desastre.

»¿Eres consciente de que basta con el peso de un copo de nieve de más para provocar un alud? Sin ese último copo, no se hubiera producido ninguna catástrofe. Cuando usas magia, Richard, tienes que saber qué copo de nieve es el que puede provocar el alud. No hay proporción entre el peso de ese simple copo de nieve que invocas y la avalancha que provocas.

Richard frotó el pulgar contra la empuñadura de la espada.

—Nathan, creo que es posible que haya rasgado el velo porque violé la Segunda Norma.

—Sí, lo hiciste.

—¿Qué es lo que hice?

—Usaste tu magia, a través de la Primera Norma de un mago, para vencer. Pero, al hacerlo, alimentaste la magia de las cajas, la puerta, y rasgaste el velo. Lo hiciste por ignorancia. No sabías que actuando de un modo que te parecía justo pudieras causar involuntariamente la destrucción de toda vida. Fue un copo de nieve de más. La magia es peligrosa.

—¿Cómo puedo arreglarlo?

—Es preciso apresar de nuevo al Custodio con la piedra de Lágrimas. Hay que colocar de nuevo la cerradura, el sello. Debes enviar de nuevo la piedra al lugar que le corresponde, en el inframundo, donde limite el poder del Custodio en este mundo. Para ello se necesitan ambos poderes.

»Luego hay que cerrar la puerta con llave, por decirlo de algún modo. Para ello también se precisan ambos tipos de magia. Si se usa solamente Magia de Suma o Magia de Resta, el velo se acabará de romper. Así pues, alguien como yo, que sólo poseo Magia de Suma, es inútil en este caso. Sólo alguien como tú puede hacerlo.

»Hasta entonces, corremos un terrible peligro. Si actúas equivocadamente y usas la piedra por razones egoístas, destruirás el equilibrio y acabarás de romper el velo, lo que nos hundiría a todos en la noche eterna.

Richard se quedó mirando fijamente la mesa, pensativo.

—¿Sabes qué es un «agente»? —preguntó.

—Ah. Te refieres al problema del solsticio de invierno que se avecina. Un agente es alguien que hace tratos con el Custodio, por ejemplo le entrega las almas inocentes de niños a cambio de conocimientos sobre cómo usar la Magia de Resta.

El Profeta lanzó a Richard una sombría mirada.

—Pero eso no debe preocuparte, pues enviaste a Rahl el Oscuro al inframundo, donde no tiene poder. Porque Rahl el Oscuro está en el inframundo, ¿verdad?

Richard sintió un lacerante dolor en la boca del estómago. No solamente había rasgado el velo sino que, al violar de nuevo la Segunda Norma de un mago, había permitido que un agente, Rahl el Oscuro, regresara al mundo de los vivos, desde donde poder liberar al Custodio. Todo era culpa suya. Se sentía acalorado y mareado, y le parecía que iba a empezar a devolver.

—Nathan, tengo que quitarme este collar.

El Profeta se encogió de hombros.

—Yo no puedo ayudarte en eso.

Richard había ido a ver al Profeta por una razón determinada. Buscaba una respuesta. Así pues, se aclaró la garganta y dijo:

—Nathan, hay una persona muy importante para mí, una mujer. Está en peligro y debo ayudarla. Hay una profecía sobre ella que está escrita, pero yo la vi en una visión.

—¿Qué profecía?

—«*Cuando la amenaza de la sombra desaparezca, de todas tan sólo quedará viva una, nacida con la magia de sacar a la luz la verdad. Pero...*»

Con voz grave y profunda, Nathan completó la profecía.

—«*...Pero la aciaga sombra del reino de los muertos acecha. Si la vida quiere tener una esperanza, la de blanco deberá ser ofrecida a su gente, para darles felicidad y jolgorio.*»

—Ya veo que la conoces. Nathan, vi el significado de esa profecía. Tengo prohibido hablar de ello, pero en lo que a mí respecta no tiene un final feliz.

—Es decapitada —dijo Nathan con voz queda—. Ése es el verdadero significado de la profecía.

Richard se apretó con un brazo el estómago, que sentía revuelto. Eso era lo que había visto en su visión. El mundo empezó de nuevo a dar vueltas a su alrededor.

—Nathan, tengo que salir de aquí. Debo impedir que eso suceda.

—Richard, mírame. —Richard alzó la vista. Con un esfuerzo contuvo las lágrimas—. Richard, debo decirte la verdad. Si la profecía no se cumple, todo acabará. Todos nosotros moriremos. Será el fin de toda vida. Todos caeremos en las garras del Custodio.

»Si usas tu poder para impedir que se cumpla, partirás el velo por la mitad y permitirás que el Custodio engulla el mundo de los vivos.

Richard se levantó de un salto.

—¡Por qué! ¿Por qué tiene ella que morir para salvar a los vivos? ¡Es absurdo! —La mano del joven se cerró en torno a la espada—. ¡Voy a impedirlo! ¡No es más que un estúpido acertijo! ¡No permitiré que muera por un acertijo!

—Richard, llegará el día en que tendrás que elegir. Hace mucho tiempo que confío en que, cuando ese momento llegue, tendrás la sabiduría suficiente para elegir bien. Si te equivocas, nos destruirás a todos.

—No pienso quedarme aquí escuchando cómo me dices que debo dejar que muera. Los buenos espíritus no han hecho nada por ayudar. Pero yo debo ayudarla, y lo haré.

Richard salió en tromba de la habitación. Mientras avanzaba por el pasillo se iban formando grietas en las paredes y llovían trozos de yeso. El joven apenas se daba cuenta y tampoco le importaba, pues ardía de furia. Al atravesar el escudo la pintura de las paredes a ambos lados se chamuscó y empezó a desprenderse.

Los pensamientos le corrían en todas direcciones. Ahora sabía que esa visión era de lo que iba a ocurrir si él no lo impedía. Si no lograba escapar del palacio, se haría realidad. Tal vez ése era el significado de la profecía; que lo mantendrían prisionero, que no podría ayudarla y que Kahlan moriría.

Algo ocurría en el patio inferior. Los guardias acudían corriendo de todas direcciones. Al acercarse más vio a uno de los maestros de armas baka ban mana. Estaba rodeado por casi un centenar de soldados de atribulado aspecto, que mantenían las distancias. El guerrero, en el centro de ese círculo, se veía fresco como una rosa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Richard, abriéndose paso entre la multitud.

El guerrero lo saludó con una reverencia.

—*Caharin*. Mi nombre es Jiaan. Tu esposa, Du Chaillu, me ha enviado con un mensaje.

Richard decidió dejar pasar eso de esposa.

—Habla.

—Debo decirte que ha seguido las instrucciones de su esposo y que ahora estamos en paz con los majendie. Ya no luchamos contra ellos ni tampoco contra esta gente.

—Es una noticia estupenda, Jiaan. Dile que estoy orgulloso de ella y de su gente.

—De tu gente —lo corrigió Jiaan—. También quiere que sepas que ha decidido tener al niño y que

ya estamos listos para regresar a nuestra verdadera tierra. Quiere saber cuándo vendrás para llevarnos allí.

Richard echó un vistazo a su alrededor. Además de los guardias también habían acudido Hermanas, entre ellas varias de sus maestras, Tovi, Nicci y Armina, además de Pasha. Al fondo distinguió a la hermana Verna y en un distante balcón la figura agazapada de la Prelada.

—Dile que estéis preparados, que será pronto —respondió a Jiaan.

El guerrero se inclinó.

—Gracias, *Caharin*. Estaremos listos.

—Este hombre ha venido en son de paz —dijo Richard a los guardias y lo dejaréis marchar en paz.

Jiaan echó a caminar con aire despreocupado, como si estuviera solo, pero el anillo de los guardias se movió con él. Richard sabía que lo vigilarían hasta que se hubiera alejado de la ciudad. La multitud empezó a dispersarse.

Richard sentía la cabeza a punto de estallarle. Había permitido que su padre abandonara el inframundo al vulnerar la Segunda Norma de un mago en la casa de los espíritus; su intención era buena, pero había causado un mal. Según Warren, el Custodio necesitaba un agente para escapar y Richard le había proporcionado uno.

La cabeza le daba vueltas. Justo cuando acababa de descubrir que Kahlan lo amaba y la vida le sonreía de nuevo, descubría asimismo que estaría atrapado allí cientos de años y que, si no lograba escapar, Kahlan moriría en el solsticio de invierno. Su mente no dejaba desesperadamente de buscar una solución.

Tenía que hacer algo. El tiempo se le acababa. Solamente conocía a una persona capaz de ayudarlo.

## 32

La mujer oyó voces en el despacho contiguo y esperó que fuese quién esperaba. No tenía ningunas ganas de hacer eso, pero se le acababa el tiempo. Richard ya debía de haber hallado el modo de hablar con Nathan, y seguro que el Profeta habría cumplido con su parte. Ahora le tocaba a ella.

No podía fiarse por completo de Nathan, pero en eso no le cabía duda de que habría hecho lo necesario, pues sabía perfectamente qué se jugaban si fracasaban. La de Nathan había sido una tarea que la Prelada no le envidiaba; añadir el peso de un copo de nieve más.

Con un chasquido de los dedos abrió la puerta. Tendría que llamar a los carpinteros para que arreglaran el marco de la puerta. Richard lo había destrozado con su hacha sin ser siquiera consciente. Y eso había ocurrido antes incluso de hablar con Nathan.

El brusco intercambio de palabras cesó al abrirse la puerta. Tres rostros miraron en su dirección, esperando instrucciones.

—Hermana Ulicia, hermana Finella, es tarde ya. ¿Por qué no volvéis a vuestras oficinas para acabar con el papeleo? Yo hablaré con ella. Por favor, hermana Verna, entra.

Ann esperó a que la hermana Verna entrara en su despacho. Le gustaba Verna y aborrecía lo que estaba a punto de hacerle, pero se le acababa el tiempo. Cientos de años de preparativos, y ahora el tiempo y los acontecimientos se le escurrían entre los dedos.

El mundo estaba al borde del desastre.

—Prelada Annalina. —Verna la saludó con una reverencia.

—Por favor, Verna, siéntate. Ha pasado mucho tiempo.

Verna acercó una silla al lado opuesto de la mesa. Entonces se sentó con la espalda muy tiesa y las manos cruzadas sobre el regazo.

—Qué amable de vuestra parte que malgastéis vuestro valioso tiempo en recibirme.

Ann casi sonrió. Sólo casi. «Querido Creador, gracias por enviármela de mal humor. Aunque no por eso mi trabajo será menos oneroso, seguro que es más fácil.»

—He estado ocupada.

—Y yo también —saltó Verna—. He estado ocupada estos últimos veinte años.

—Al parecer, no has estado lo suficientemente ocupada. El muchacho que trajiste está causando

problemas. Deberías haber empezado a trabajar con él antes de llegar aquí.

El rostro de Verna se tornó escarlata.

—Lo habría hecho, si no me hubieseis prohibido expresamente que cumpliera con mi deber, que usara mi poder.

—¿Oh? ¿Tan pocos recursos tienes, Verna, que eres incapaz de actuar cuando se te ponen límites? Pasha, una simple novicia, está teniendo más éxito que tú y tiene las mismas limitaciones.

—¿De veras creéis que está teniendo éxito? ¿Creéis que tiene el control?

—Richard no ha matado a nadie desde que Pasha se hizo cargo.

Verna se puso tensa.

—Creo que conozco a Richard, por lo que os aconsejo que no os excedáis en vuestra confianza.

Ann bajó la vista y empezó a rebuscar entre los papeles fingiendo prestarles atención, aunque en realidad no leía nada.

—Tendré en cuenta tu consejo. Gracias por venir, Verna.

—¡Aún no he acabado! ¡De hecho, ni siquiera he empezado!

Lentamente la Prelada alzó la mirada.

—Si vuelves a alzarme la voz, Verna, sí que habrás acabado.

—Os pido perdón, prelada Annalina. Debo hablaros de un asunto de gran importancia.

Ann lanzó un fingido suspiro de impaciencia.

—Bueno, bueno, pero por favor ve al grano. Tengo mucho trabajo. —La superiora cruzó las manos sobre la mesa y contempló a Verna con mirada inexpresiva—. Habla, pues.

—Richard se crió con su abuelo...

—Qué bonito.

Verna hizo una breve pausa, irritada por la interrupción.

—Su abuelo es mago, mago de Primera Orden, y quería enseñarle.

—Ahora nosotras nos ocuparemos de su educación. ¿Eso es todo?

Verna entornó los ojos.

—¿Debo recordaros que alejar a un muchacho de un mago dispuesto a enseñarle supone una violación directa de la tregua? Tenía entendido que ya no quedaba en el Nuevo Mundo ningún mago que pudiera enseñar. Era una mentira. He sido utilizada. Las Hermanas raptan niños, y vos me habéis obligado a tomar parte en eso.

Ann sonrió con indulgencia.

—Hermana, todas servimos al Creador para mostrar a nuestros semejantes cómo vivir bajo su luz. Teniendo en cuenta nuestro deber hacia el Creador, ¿qué valor tiene una tregua acordada con magos paganos?

Verna se quedó sin palabras.

«Querido Creador, me gusta esta mujer. Por favor, dame fuerzas para quebrarla.» Nathan había añadido su copo de nieve; ahora le tocaba a ella.

—Se me envió a una búsqueda de más de veinte años sin decirme la razón, he sido engañada, mis dos compañeras murieron, una de ellas por mi propia mano, se me ha prohibido que usara mi poder para hacer mi trabajo...

—¿Crees que te lo prohibí caprichosamente? ¿Es eso lo que tanto te irrita, Verna? Muy bien, si quieres saber la razón, fue para salvarte la vida.

Verna reaccionó con recelo.

—Si mal no recuerdo lo que aprendí en las criptas, solamente existe una razón por la que tal restricción me salvara la vida.

Ann sonrió interiormente. Verna quería oírsele decir en voz alta.

—Estás en lo cierto. Richard posee Magia de Resta.

—¿Lo sabíais? ¿Ordenasteis poner el rada'han a alguien con Magia de Resta y después traerlo a palacio? ¿Cómo pudisteis correr tal riesgo? —Verna separó las manos y se inclinó hacia adelante—. ¿Por qué?

—Porque hay Hermanas de las Tinieblas en palacio —respondió la Prelada, sosteniéndole la mirada.

Verna no se inmutó. Así pues, lo sabía o al menos lo sospechaba. «Que el Creador te bendiga,

Verna, eres realmente brillante. Perdóname por lo que debo hacer.»

—¿Está protegido este despacho? —preguntó Verna sin alterarse.

—Naturalmente. —La Prelada se calló que el escudo no las protegería de la curiosidad de las Hermanas de las Tinieblas.

—¿Tenéis pruebas de tal acusación, Prelada?

—De momento no necesito ninguna prueba, pues esta conversación es privada. Te prohíbo que hables de ello, a no ser que tengas intención de presentar cargos. Si lo haces, yo lo negaré todo y diré que estás amargada y acusas a la Prelada de blasfemia por interés personal. Luego tendremos que colgarte. Ni tú ni yo queremos eso, ¿verdad?

Verna escuchaba muy tiesa e inmóvil.

—No, Prelada. Pero ¿qué tiene eso que ver con traer a Richard hasta aquí?

—Cuando las ratas invaden tu casa la única solución es traer un gato.

—Pero ese gato nos ve a todas como ratas. Y tal vez tiene razón. Algunos dirían que no habéis traído al gato para que cace sino para utilizarlo a modo de señuelo. Richard es una buena persona. No me gustaría pensar que debe ser sacrificado.

—¿Sabes por qué fuiste elegida para ir en busca de Richard?

—Supongo que fue porque gozaba de vuestra confianza.

Ann se encogió de hombros.

—En parte fue por eso. No estoy segura de que haya Hermanas de las Tinieblas en palacio y no tengo ni idea de quiénes podrían ser. No obstante, de ser cierto, tuve que suponer que puesto que las hermanas Grace y Elizabeth encabezaban la lista de las candidatas tenían que ser Hermanas de las Tinieblas. A través de profecías que solamente yo he leído sabía que probablemente Richard poseía Magia de Resta y que rechazaría las dos primeras ofertas. Sabía que las dos primeras Hermanas morirían.

»Si las discípulas del Innombrable lo averiguaban, querrían que la tercera de la lista fuese también una de las tuyas. Así pues, hice uso de mis prerrogativas como Prelada para elegir a la tercera.

—¿Me elegisteis porque tenáis fe en que no fuera una de ellas?

«Te conozco desde que eras niña, Verna —quiso decir Ann—. Sé que eres perspicaz, que tienes buen corazón y un alma bondadosa. De entre todas las Hermanas, sólo a ti podía confiarte el destino de Richard. Sabía que contigo estaría seguro.» Pero no podía decirle eso.

—Te elegí porque estabas casi al final de la lista. Porque no destacas en nada en especial.

Sobrevino un prolongado silencio. Verna tragó saliva y dijo al fin:

—Comprendo.

Aunque el corazón se le estaba rompiendo, Ann adoptó una fingida actitud de desapasionada objetividad para añadir:

—Dudaba que fueras una de ellas. Eres una persona bastante anodina. Grace y Elizabeth ocupaban los primeros puestos de la lista porque quienquiera que dirige a las Hermanas de las Tinieblas las consideraba prescindibles. Yo dirijo a las Hermanas de la Luz, y te elegí por esa misma razón.

»Algunas Hermanas son valiosas para nuestra causa y no podía ponerlas en peligro. Tal vez el muchacho demuestre su valía, pero hay asuntos más importantes que él en palacio. Richard no es más que una oportunidad, alguien que en el futuro podría ser de gran ayuda.

»Si surgían dificultades y ninguna de las tres regresabais, bueno... Estoy segura de que comprendes que un general no quiere perder a sus mejores tropas en una misión de baja prioridad.

Verna respiraba de modo forzado y su voz lo acusaba.

—Naturalmente, Prelada Annalina.

Ann removió papeles con impaciencia.

—Tengo asuntos importantes entre manos. ¿Algo más, Hermana?

—No, Prelada.

Cuando la puerta se cerró, Ann hundió el rostro entre sus temblorosas manos y derramó abundantes lágrimas sobre los papeles.

La mujer lo miró largamente a los ojos. Richard ignoraba si aceptaría o se negaría, pero había tenido que decirle mucho de lo que sabía solamente para que accediera a escucharlo. No podía permitirse fallar. Necesitaba ayuda. Tenía que confiar en alguien.

—Muy bien, Richard. Te ayudaré. Si la mitad de lo que dices es cierto, tengo que ayudarte.

Richard suspiró y cerró los ojos, aliviado.

—Gracias, Liliana. Nunca olvidaré esto. Tú eres la única de por aquí que atiende a razones. Podemos hacerlo ahora. No hay tiempo que perder.

—¿Ahora? ¿Aquí mismo, quieres decir? —susurró la Hermana en tono áspero—. Richard, si realmente posees Magia de Resta no será nada fácil quitarte el rada'han. Necesitaré un objeto mágico que las Hermanas guardan con celo. Es algo que me ayudará a ampliar el poder. Tal vez eso y tu ayuda bastarán para quitarte el collar.

»Además, si el Innombrable está envuelto en todo esto, quién sabe qué oídos o qué han pueden estar escuchando.

—¿Cuándo entonces? Tiene que ser pronto.

Liliana se pasó los dedos por encima de los ojos, pensativa.

—Bueno, creo que podré hacerme con el objeto mágico antes de esta noche, lo que significa que podríamos intentarlo esta misma noche. La cuestión es dónde. No puede ser aquí, en palacio; sería demasiado peligroso.

—En el bosque Hagen —propuso Richard—. Todos lo evitan.

—No lo dirás en serio —repuso Liliana—. Es un lugar extremadamente peligroso.

—Para mí no. Ya te he dicho que percibo la presencia de los mriswiths. Estaremos a salvo y no tendremos que preocuparnos de que alguna Hermana, o Pasha, se presenten de improviso mientras tratamos de quitarme esta maldita cosa del cuello.

La Hermana lanzó un suspiro de frustración. Al fin puso una mano sobre el hombro del joven y sonrió al tiempo que le daba un apretón.

—Muy bien. El bosque Hagen.

Con una severa mirada, le agarró con fuerza por el hombro y lo mantuvo a un brazo de distancia.

—Estoy violando un montón de reglas al hacer esto. Sé que es importante y que es lo correcto, pero si nos descubren mientras lo intentamos, se asegurarán de que jamás vuelva a acercarme a ti lo suficiente para hacer otro intento.

—Yo estoy listo. Vámonos.

—No. Primero tengo que conseguir el objeto mágico del que te he hablado. —La Hermana ladeó la cabeza mientras fruncía el entrecejo—. Se me acaba de ocurrir algo. Las Hermanas no paran de avisarte que no estés nunca en el bosque Hagen cuando se pone el sol. ¿Por qué?

Richard se encogió de hombros.

—Porque es peligroso, supongo.

—¿Y después de todo lo que has averiguado aún las crees? ¿Todavía confías en ellas? Richard, si no te quieren allí a la puesta del sol quizás es porque podrías descubrir algo útil. Tú mismo me has dicho que el bosque Hagen fue creado por los magos de antaño, que poseían Magia de Resta, para ayudar a quienes son como tú. ¿Y si las Hermanas pretenden negarte esa ayuda? ¿Y si tratan de asustarte para que no puedas descubrir nada?

La Primera Norma de un mago. ¿Le estaban engañando? ¿Se había tragado una mentira?

—Tal vez tengas razón. Iremos antes de que se ponga el sol.

—No. No deben vernos juntos. Además, tardaré un poco en robar el objeto mágico. ¿Conoces la roca larga y hendida situada en una corriente, en el extremo suroeste del bosque?

—Sí, conozco el lugar.

—Bien. Ve al bosque antes de que el sol se ponga. Es para ti para quién se creó su magia. Entra por la roca hendida y ata trozos de tela a las ramas para que pueda seguirte. Nos reuniremos en el bosque cuando la luna esté dos palmos por encima del horizonte. Richard, no digas a nadie ni media palabra de esto. Recuerda que no solamente está en juego tu vida y la mía, sino también la de Kahlan.

Richard asintió y esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Te lo prometo. Hasta esta noche.

Cuando la Hermana se hubo marchado empezó a dar vueltas por la habitación. Ardía en deseos de acabar con todo eso y marcharse. El tiempo apremiaba, especialmente si Rahl el Oscuro ya tenía el hueso de skrin. Pero eso era imposible. ¿Cómo podría haberlo conseguido? No era más que un espíritu. Probablemente Warren tenía razón y raramente confluían todos los elementos necesarios para que una

profecía se cumpliera.

Era Kahlan quien le preocupaba. Tenía que ayudarla.

Un golpe en la puerta lo arrancó de sus reflexiones. Pensó que podría tratarse de Liliana, pero al abrir la puerta fue un consternado Perry quien entró sin esperar invitación.

—¡Richard! Necesito tu ayuda. ¡Mira esto! —exclamó, mostrándole la túnica que llevaba—. ¡Me han ascendido!

Richard contempló la sencilla túnica marrón que llevaba el joven.

—Felicidades, Perry. Es estupendo.

—¡Es un desastre! ¡Richard, tienes que ayudarme!

—¿Por qué es un desastre? —inquirió Richard, extrañado.

Perry alzó ambos brazos como si la respuesta fuese obvia.

—¡Porque ya no puedo ir a la ciudad! ¡Con esta túnica ya no se me permite cruzar el puente!

—Bueno, lo siento, Perry, pero no veo qué puedo hacer yo.

Perry inspiró hondo, tratando de calmarse. Entonces miró a Richard con expresión de súplica.

—Hay una mujer en la ciudad... Alguien a quien he estado viendo regularmente en los últimos tiempos. Richard, me gusta de verdad. Esta noche tenemos una cita. Si no me presento ni hoy ni ningún otro día, pensará que no me importa nada.

—Perry, sigo sin comprender qué puedo hacer yo.

Perry lo cogió por la camisa.

—Se han llevado toda mi ropa. Richard, préstame tú algo. Así nadie me reconocería y podría escabullirme para ir a verla. Por favor, Richard, te lo suplico.

Richard se quedó un momento pensativo. No le importaba si quebrantaba alguna oscura norma de palacio —era insignificante comparado con lo que estaba a punto de hacer—, pero le inquietaba Perry.

—Todos los guardias me conocen. Se darán cuenta de que eres tú vestido con mi ropa y se lo dirán a las Hermanas. Te meterías en un buen lío, Perry.

El muchacho desvió la mirada, buscando desesperadamente una solución.

—La noche. Esperaré hasta que anochezca para ir a la ciudad. Así no se darán cuenta de que soy yo. Por favor, Richard, por favor.

Richard suspiró.

—Bueno, si estás dispuesto a correr el riesgo, adelante. Pero procura que no te cojan. No soportaría saber que te castigan en parte por mi culpa. Ahí está el armario —añadió, indicando con un gesto la alcoba—. Coge lo que quieras. No eres exactamente de mi talla, pero supongo que mi ropa te servirá.

Perry acompañó con una amplia sonrisa la mirada de soslayo.

—¿Me prestas el manto rojo? Seguro que a ella le gusta vérmelo puesto.

—Pues claro. —Richard condujo a un atolondrado Perry hacia la alcoba—. Si te gusta, cógelo. Me alegro de que alguien disfrute llevándolo.

Perry empezó a rebuscar en el armario tratando de seleccionar unos pantalones y una camisa que le dieran un gallardo aspecto.

—Vi a la hermana Liliana salir de tu habitación —comentó mientras cogía una camisa blanca con volantes—. ¿Es una de tus maestras?

—Sí. Me gusta. Es la más amable de todas.

Perry sostuvo la camisa ante él.

—¿Cómo crees que me sentaría?

—Mejor que a mí. ¿Conoces a Liliana?

—Personalmente no. La verdad es que esos extraños ojos que tiene me producen escalofríos.

Richard pensó en los ojos de Liliana, que eran de un azul muy pálido con motas violeta, y se encogió de hombros.

—A mí también me parecían extraños al principio. Pero es tan amable y alegre, que ahora ya ni me fijo en ellos. Tiene una sonrisa tan cálida que te hace olvidar todo.

La mujer observó al capitán, de pie frente a su escritorio. Estaba exigiendo un precio escandaloso, aunque, ¿qué más daba tratándose del oro de palacio? Ella ya se habría ido cuando se echara en falta.

Tal como se había temido, el muchacho era difícil de domar, por lo que se imponía pensar en otras

opciones. Había otros modos de satisfacer los deseos del Custodio, otros modos de mantener su juramento.

—De acuerdo. De hecho, te entregaré el doble de esa suma para asegurarme tu lealtad.

La mujer empujó la bolsa sobre la mesa. El capitán Blake se humedeció los agrietados dedos mientras contemplaba cómo se acercaba a él. Finalmente extendió una mano, la cogió, y después de sopesarla, se la guardó en el abrigo.

—Sois muy generosa, Hermana. No hay duda de que sabéis cómo ganáros la lealtad de un hombre.

—¿No piensas contarle, capitán?

El hombre esbozaba una servil sonrisa que no se reflejaba en sus fríos ojos.

—Pues claro, cuando esté de nuevo a bordo del *Lady Sefa*. ¿Cuándo deseáis partir?

Aún quedaban algunos asuntos pendientes, unos cuantos flecos por resolver.

—Pronto. Lo que te he pagado basta y sobra para que estés a punto hasta que esté preparada.

—Como gustéis, Hermana. —El marino se rascó el desaliñado mentón—. Por mí, encantado de esperar. No tengo ninguna prisa por levar anclas hacia vuestro destino.

La Hermana se inclinó hacia adelante.

—¿Estás seguro de que podrás completar la travesía?

—Pues claro. No será la primera vez que el *Lady Sefa* hace ese viaje, ni la última. Admito que cuanto más tarde surquemos esas aguas, mejor. —El capitán se alisó el andrajoso abrigo e inquirió—: ¿Cuántas damas os acompañarán? Tengo que saberlo para preparar camarotes adecuados —explicó con una sonrisa de disculpa en su curtido rostro.

La Hermana se recostó en el asiento e hizo rechinar los dientes al pensar en que Liliana le había levantado la capucha en el ritual de unión. Por su culpa ahora todas las demás Hermanas conocían su identidad y, lo que era aún peor, lo había hecho desoyendo su advertencia. No era un simple error; era arrogancia. Liliana había demostrado que no era de fiar. Quién sabe de qué era capaz. Desde luego no había ninguna razón para llevarse a Liliana.

En cuanto a las otras, ¿por qué llevárselas a todas? La Prelada había cometido un error al expresar en voz alta sus sospechas, pensando que un escudo de Magia de Suma la protegía. La Prelada tenía razones para sospechar de seis Hermanas pero, si muriera, nadie, ni siquiera Liliana, sospecharía de las otras. ¿Por qué llevárselas cuando podían ser útiles en palacio?

Cada vez le gustaba más el nuevo plan.

—Iremos yo y otras cinco —contestó.

—¿Os importaría explicarme qué puede impulsar a unas damas tan distinguidas como vosotras a navegar alrededor de la gran barrera? ¿Acaso el Viejo Mundo no es de vuestro agrado?

La Hermana miró amenazadoramente al capitán.

—He comprado tu barco, tu tripulación y a ti mismo por todo el tiempo que desee, cualesquiera que sean mis propósitos. Responder a tus preguntas no entra en el trato.

—No, Hermana, yo sólo pensaba que...

—Pero tu silencio sí. —Sin apartar los ojos del hombre, la Hermana hizo un gesto con la muñeca y en su mano apareció un cuchillo—. Siempre me ha parecido que la muerte es una lección demasiado breve. A mí me gustan las lecciones largas. Si siquiera sospecho que has roto tu parte del trato, sea lo que sea, te encontrarán aún con vida, pero sin un milímetro de piel sobre tu carne. ¿Nos entendemos?

El capitán Blake miró furioso la alfombra azul y amarilla que pisaba.

—Sí, Hermana.

—En ese caso, eso es todo, capitán. Nos veremos pronto. Estate preparado para zarpar tan pronto veas a seis Hermanas.

Cuando el hombre se hubo marchado, la Hermana sacó de un cajón otro dakra y, apoyando un codo en la mesa, lo observó pensativa mientras le daba vueltas entre los dedos. No le gustaba dejar nada al azar. Sería mejor no dejar ningún cabo suelto.

Alguien tenía que eliminar a Richard Rahl. Alguien que no fuera a acompañarlas. La mujer sonrió; alguien prescindible.

Richard estaba sentado muy quieto con las piernas cruzadas y la espada encima de las rodillas. Se había puesto la capa del mriswith para que ni Pasha ni la hermana Verna pudieran localizarlo. Si alguna de ellas descubría que había presenciado la puesta del sol en el bosque Hagen, seguro que iba a buscarlo.

Había hallado un pequeño claro situado a suficiente altura para estar seco, y allí esperaba desde la puesta de sol. A través del denso ramaje distinguía la luna llena; calculó que se hallaba aproximadamente dos palmos sobre el horizonte. Richard ignoraba qué se suponía que les sucedía en el bosque Hagen a quienes el atardecer sorprendía allí, pero por el momento no notaba nada distinto de las otras veces que había estado allí de noche.

Al oír la voz de Liliana se volvió y la vio aparecer por detrás de un grueso tronco de roble. La Hermana miró a su alrededor. No fue un vacilante vistazo sino una mirada de seguridad.

—Lo tengo —anunció, yendo a sentarse frente a él también con las piernas cruzadas—. Tengo el objeto del que te hablé. La ayuda.

—Gracias, Liliana —repuso Richard, muy aliviado.

La Hermana sacó algo de la capa. A la luz de la luna el joven vio una pequeña estatua de un hombre que sostenía algo transparente como el cristal. Lo sostuvo en alto para mostrárselo.

—¿Qué es?

—El cristal, esta parte transparente de aquí, tiene el poder de ampliar el don. Si realmente tienes Magia de Resta, mi poder de Magia de Suma no basta para quitarte el rada'han. Tú sostendrás esto en el regazo. Cuando unamos nuestras mentes, la estatuilla incrementará tu poder para que yo pueda usarlo y romper el collar.

—Bien. Empecemos.

—Primero tengo que decirte el resto —objetó la Hermana, retirando la estatuilla.

Richard contempló esos pálidos ojos azules salpicados de motas más oscuras.

—Dime lo que sea.

—La razón por la que no puedo quitarte el collar es porque no has aprendido aún a usar tu don. No sabes cómo dirigir el poder. Pero, gracias a esto, podremos soslayar tal dificultad, espero.

—Estás tratando de advertirme, ¿no es eso?

Liliana se limitó a asentir.

—Dado que no sabes controlar el flujo, estarás a merced del objeto mágico. Pero él nada entiende de dolor; simplemente hace lo que debe y lo que yo necesito.

—Si intentas decirme que quizá me dolerá, estoy preparado para soportar dolor. Empecemos.

—Nada de «quizá». —Liliana alzó un dedo en gesto de advertencia—. Richard, lo que vamos a hacer es muy peligroso y te dolerá. Sentirás como si alguien te desgarrara la mente. Aunque sé que estás decidido a probarlo, no quiero engañarte. Sentirás como si murieras.

Richard notó una gota de sudor que se le deslizaba por el cuello.

—Debe hacerse.

—Yo concentraré mi han en tratar de romper el collar. El objeto mágico succionará poder de ti y me lo transmitirá a mí para superar la fuerza del rada'han. Te dolerá muchísimo.

—Liliana, soportaré lo que sea. Debe hacerse.

—Escúchame, Richard. Sé que quieres hacerlo, pero debes escucharme. Tendré que absorber tu don para ayudar a vencer la fuerza del collar. Tu mente sentirá como si tratara de absorberte la fuerza vital. Es posible que tu subconsciente interprete que trato de arrebatarte el don y la vida.

»Tendrás que soportar el dolor de sentir que te arrancan la vida misma. Y tendrás que aguantar hasta que el collar se rompa. Si tratas de detenerme cuando mi poder esté en ti, tratando de ayudarte...

—Lo que me estás diciendo es que si el dolor es excesivo e intento detenerte, no podré. Si trato de evitar que absorbas mi poder, moriré.

—Sí. No debes resistirte. Si lo haces, morirás. —Richard nunca había visto a Liliana tan seria—.

Tienes que confiar en mí y no tratar de impedir nada de lo que te suceda, o morirás, y en ese caso Kahlan también morirá. ¿Estás seguro de que podrás resistirlo?

—Liliana, estoy dispuesto a todo, soportaré cualquier cosa con tal de salvar a Kahlan. Confío en ti. Pondría mi vida en tus manos.

Al fin la Hermana asintió y le colocó la estatuilla en el regazo. Entonces lo miró largamente a los ojos, se besó un dedo y posó ese dedo en la mejilla de Richard.

—Muy bien, saltemos ambos al vacío. Gracias por tu confianza, Richard. Nunca sabrás cuánto significa para mí.

—También para mí, Liliana. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo mismo que otras veces. Trata de tocar tu han, como siempre, y yo haré el resto.

La Hermana se acercó a él hasta que sus rodillas se tocaron, lo cogió de las manos y las posó sobre sus rodillas. Ambos inspiraron profundamente y cerraron los ojos.

Al principio no fue distinto de otras veces; simplemente se relajó profundamente mientras se concentraba en la imagen de la *Espada de la Verdad*. Pero lo que era un desagradable hormigueo se fue convirtiendo en un dolor cada vez más intenso localizado en la base de la columna, semejante a una contractura muscular. Lentamente la sensación le fue ascendiendo por el espinazo.

De repente invadió todo el cuerpo. Era semejante al dolor del agiel; una ardiente tortura que le recorría la médula de los huesos. Richard dio en su interior las gracias a Denna por haberle enseñado a soportar el sufrimiento. Tal vez era necesario que soportara eso para salvar a Kahlan.

El rabioso dolor lo dejó sin respiración. La espalda se le quedó rígida y el rostro se le bañó de sudor. Los pulmones le quemaban por falta de aire. Haciendo un supremo esfuerzo, inspiró.

Un terrible dolor explotó en su mente, sumergiéndolo en un lugar de eterno y desgarrador sufrimiento. Richard luchó por no perder la imagen de la espada en su mente. Se le escaparon las lágrimas. Tenía que aguantar.

Era como si todos y cada uno de los nervios de su cuerpo hubieran quedado al descubierto y los quemaran con una llama. Tenía la impresión de que los ojos se le iban a saltar de las órbitas, y el corazón del pecho. El joven se estremecía a cada nueva punzada de dolor. Ni siquiera Denna lo había torturado de ese modo.

Pero resultó que eso no era más que el principio. Richard era incapaz de gritar, ni de respirar, ni de moverse. Sentía como si le arrancaran el alma misma.

Tal como Liliana le había advertido, sentía como si una fuerza le estuviera succionando la vida. Richard se dejó invadir por el pánico al notarse morir. La oscura muerte iba llenando el vacío que dejaba en él esa fuerza. El joven tenía el vago presentimiento de que algo andaba mal. En lo más profundo de sí brotó una sensación de terror, que finalmente también fue arrastrada por el impetuoso torrente que se desbordaba hacia afuera.

Richard deseaba más que nada gritar, como si eso pudiera aliviar de algún modo el tormento. Pero no podía. Era como si también sus músculos se estuvieran muriendo. No podía respirar ni siquiera mantener la cabeza erguida.

«Por favor, Liliana, date prisa. Por favor, por favor.»

Richard luchaba por no resistirse a lo que Hermana le estaba haciendo. Rezaba por no resistirse. Tenía que salvar a Kahlan. Ella lo necesitaba.

Se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos cuando reconoció la estatuilla en su regazo. La cabeza le colgaba. El cristal empezaba a iluminarse con un apagado resplandor naranja. Algo dentro de él pensó que eso debía de significar que estaba funcionando, que el objeto cumplía su función. Sentía como si la cabeza le fuera a estallar. Esperaba ver gotas de sangre que caían, pero solamente vio el resplandor naranja cada vez más intenso.

«Por favor, Liliana, date prisa.»

La oscuridad lo estaba envolviendo. Incluso el insoportable dolor empezaba a atenuarse. Richard tenía la sensación de que la vida se le escapaba para ser reemplazada por un vacío más aterrador que nada que hubiera creído posible.

En un rincón de su mente sintió una presencia.

Mriswiths.

Los sentía muy cerca. Su nivel de alarma subió. Se estaban aproximando. Lo rodeaban.

—Esperad, esperad, pequeños. Será vuestro cuando acabe con él. Esperad. —Era la voz de Liliana, pero sonaba muy lejana.

Richard vio vagamente en su mente a los mriswiths, como cada vez. Pero al oír a Liliana, retrocedieron.

¿Por qué habría dicho eso la Hermana? ¿Qué quería decir? ¿Por qué los mriswith la habían obedecido? Tal vez el dolor lo había vuelto loco y no era más que una alucinación.

Entonces sintió otra presencia a su espalda. No era un mriswith sino algo peor. Mucho más horripilante. Richard notó un fétido aliento en la nuca.

—He dicho que esperes —siseó Liliana amenazadoramente. La presencia retrocedió un poco, aunque no tanto como los mriswiths.

¿Por qué habría dicho Liliana que sería suyo cuando ella acabara con él? Se sentía morir, eso era lo que quería decir. Richard notaba que se moría.

No. Liliana ya le había avisado que sentiría eso. Simplemente estaba ocurriendo lo que le había vaticinado. Tenía que ser fuerte por Kahlan. Pero le quedaban tan pocas fuerzas. Se moría. Sabía que la vida lo abandonaba. La estatua en su regazo emitía un resplandor cada vez más brillante.

Nuevamente notó el cálido aliento en la nuca. El repugnante ser lanzó un grave gruñido. ¡Cómo ansiaba Richard que se alejara!

Liliana habló de nuevo con voz amenazante.

—Espera. Enseguida habré acabado y luego podrás tener su cuerpo. Espera.

En ese mismo instante algo dentro de sí le dijo que, si quería salvarse, ésta era la última oportunidad. Entonces o nunca. La decisión de actuar nació de la más absoluta desesperación.

De dentro de sí, desde lo más profundo de su mente, de su ser y de su alma, Richard obligó a su voluntad a funcionar de nuevo y, usándola, hizo un colosal esfuerzo para recuperar su poder, su vida.

Resonó un estruendoso estallido y un impacto hendió el aire, separándolos. Richard aterrizó de espaldas al borde del claro y Liliana al otro extremo. La *Espada de la Verdad* quedó en el centro. Los mriswiths y la otra monstruosa criatura se desvanecieron en la oscuridad, entre los árboles.

Richard respiraba a bocanadas. Entonces se incorporó y sacudió la cabeza. La estatuilla yacía en el centro del calvero, cerca de su espada. El resplandor naranja se había apagado.

Liliana flotó hacia arriba sin ningún esfuerzo. Fue como si una mano invisible la hubiera levantado suavemente. Al verlo, Richard notó que se le ponía carne de gallina.

La Hermana esbozó una perversa sonrisa. Richard jamás habría imaginado que Liliana fuese capaz de sonreír de un modo tan malvado. Se estremeció de los pies a la cabeza.

—Oh, Richard, estaba tan cerca. Nunca había sentido nada igual. No tienes ni idea de lo glorioso que es lo que tienes. Será mío a cualquier precio.

Richard miró a ambos lados, tratando de decidir en qué dirección correr. Se sentía un estúpido y al mismo tiempo lo invadía una profunda congoja.

—Liliana, yo confiaba en ti. Creí que te importaba.

La Hermana enarcó una ceja.

—¿De veras? —Nuevamente retornó la malvada sonrisa a su rostro—. Tal vez así era. Tal vez por eso quería hacerlo por las buenas. Pero ahora lo haré por las malas.

Richard parpadeó.

—¿Qué quiere decir por las malas?

—El quillion era por las buenas. Con él he absorbido el don de muchos hombres. Ya te advertí que no te resistieras, Richard. Ahora tendré que desollarte vivo para conseguirlo. Pero primero tendré que dejarte indefenso. No podrás hacer nada mientras te arranco la piel.

La mujer extendió un brazo, una espada surgió de la oscuridad y flotó hasta su mano desde detrás del gran roble.

Lanzando un grito, corrió por el claro hacia él. La espada centelleaba a la luz de la luna.

Instintivamente, Richard alzó una mano llamando a la espada y su magia. La respuesta fue instantánea; la furia lo inundó. Richard notó la empuñadura en su mano justo cuando Liliana blandía su arma. La espada, la magia, los espíritus estaban con él. Levantó el acero para parar el golpe.

Para su sorpresa, la espada de la mujer no se hizo pedazos. Pero no tenía tiempo para pensar; debía moverse. La danza con la muerte había empezado.

Richard contraatacaba los asaltos de la Hermana, y ésta los de Richard. El joven eludió ataques que hubieran acabado con cualquier otro, y ella a su vez frustró ataques que deberían haberla matado. Liliana giraba como el viento y se escabullía en el último instante. Era como si Richard se batiera contra una sombra. Ningún humano podía moverse de ese modo; él no podía.

A su espalda sintió de nuevo una horripilante presencia. Tras asegurarse de la dirección de la espada enemiga, giró sobre sí mismo a la velocidad del rayo. Por un momento entrevió unos colmillos y una perversa mirada, pero entonces la espada entró en contacto con el ser y, fuera lo que fuera, empezó a desintegrarse.

Al presentir el acero de la Hermana, se lanzó por encima de la mole caída, rodó sobre sí mismo y se puso de pie para devolver el ataque. En el aire nocturno resonaba el entrecocar del acero.

Richard se dio cuenta de que la espada de Liliana también debía de ser mágica. La mujer poseía un arma tan formidable como la *Espada de la Verdad*. Además, no podía ni imaginarse qué poder mágico poseía la mujer. La incertidumbre no tardó en disiparse.

El duelo se desarrollaba por todo el claro. Ambos se batían con furia desatada. De pronto, la mujer saltó hacia atrás y le lanzó una andanada de fuego. Richard pudo esquivarla en el último instante. El fuego pasó silbando a su lado e impactó contra un árbol. El tronco explotó en una lluvia de astillas. La copa del árbol se desplomó alrededor del joven, y algunas ramas lo derribaron.

Liliana fue cortando las ramas, algunas de ellas tan gruesas como los brazos de Richard, para llegar hasta él. Las ramas se astillaban del mismo modo que el tronco. El joven logró liberarse y la obligó a retroceder hacia el denso bosque.

Mientras se batían al tiempo que descendían una empinada colina, Richard empezó a analizar las tácticas de su contrincante. Liliana luchaba con ferocidad pero sin gracia, como un soldado en combate entre las líneas. Ignoraba cómo lo sabía, pero seguramente era un conocimiento inspirado por los espíritus de la magia de la espada.

Por el modo de atacar de Liliana, dando tajos y blandiendo el acero, creaba aberturas para una estocada de contraataque. Richard usó esa táctica, pero cuando finalmente logró tirarle una estocada al abdomen, en vez de hundirse en su cuerpo algo desvió la *Espada de la Verdad* a un lado. De algún modo, la mujer estaba protegida. Podía usar la magia de un modo que Richard no comprendía.

Mientras que el joven estaba exhausto y seguía luchando sostenido únicamente por la cólera y la furia de la magia, ella ni siquiera parecía cansada.

—No puedes ganar, Richard. Al final serás mío.

—¿Por qué? ¡Eres tú quien no puede ganar!

—Yo tendré mi recompensa.

Richard se agachó tras un árbol justo a tiempo de evitar un golpe que levantó una lluvia de astillas.

—¡Si ayudas al Custodio a escapar, él acabará con toda la vida!

—¿Eso crees? Te equivocas. El Custodio recompensará a sus servidores. Me concederá cosas que el Creador no podría darme.

Richard trató nuevamente de alcanzarla, pero la espada volvió a desviarse.

—¡Te está mintiendo! —gritó.

La espada de la mujer le pasó rozando la cara. Sus calmos y deliberados ataques no daban tregua.

—Hemos hecho un trato que he jurado cumplir.

—¿Y crees que él cumplirá su parte?

—Únete a nosotros, Richard, y verás la gloria que espera a quienes le sirven. Tendrás una vida eterna.

Richard se encaramó de un salto a una roca.

—¡Nunca!

La mujer alzó la vista hacia él con fría distancia.

—Pensaba que me divertiría, pero esto empieza ya a aburrirme. —Dicho esto, extendió una mano y lanzó un retorcido y sinuoso rayo. Pero era un rayo distinto de cualquier otro que Richard hubiese visto antes. Era completamente negro.

En vez de ser una ráfaga de luz y calor, era un ondulante vacío negro como la piedra noche, como las cajas del Destino, como la muerte eterna. En comparación, el paisaje tenuemente iluminado por la luz de la luna parecía un día soleado.

Richard supo que eso era Magia de Resta.

Liliana dirigió el negro rayo a la roca sobre la que Richard se había subido. Sin ningún esfuerzo el rayo desintegró toda una porción de roca. La mitad superior se desplomó sobre la mitad inferior. Los árboles situados detrás, hasta una distancia considerable, quedaron partidos del mismo modo por el rayo negro y cayeron al suelo con estrépito.

Richard perdió el equilibrio y cayó por la empinada ladera dando tumbos. Al llegar al fondo extendió ambos brazos para protegerse e inmediatamente rodó sobre su espalda. Al alzar la mirada, ahogó un grito.

Liliana ya estaba encima de él, sosteniendo en alto la espada con ambas manos. Por su expresión, Richard supo que su intención era cortarle las piernas. La sangre se le heló en las venas al ver que el acero iniciaba el descenso.

La táctica no le había funcionado. Tenía que probar otra cosa o estaba perdido.

La espada de la Hermana formaba una imagen borrosa a la luz de la luna. Richard derribó todas sus barreras, dio carta blanca a su yo interior, a su don. Tenía que rendirse a lo que fuera que albergaba en su interior o moriría. Era su única oportunidad. Richard halló el centro de calma y se dejó guiar por él.

Entonces vio la *Espada de la Verdad* dirigirse hacia arriba. Tenía los nudillos blancos por el esfuerzo. La espada era un resplandor blanco en la penumbra.

Con todas sus fuerzas hundió la sibilante hoja blanca en el cuerpo de Liliana, bajo las costillas. Cuando la punta le cortó la columna y salió por la espalda, entre las escápulas, la mujer se quedó lacia y sin vida. Solamente la espada y la fuerza de Richard la mantenían en pie.

La boca de la mujer se abrió en un grito ahogado. La espada cayó y quedó clavada en el suelo. Sus pálidos ojos lo miraban desorbitados.

—Te perdono, Liliana —susurró Richard.

Los brazos de la mujer se agitaron sin ninguna coordinación. El terror inundó sus ojos. Trató de decir algo, pero de su boca solamente brotó sangre.

Entonces resonó un estruendoso crujido, como de un relámpago, pero en vez de una ráfaga de luz, una onda de total oscuridad avanzó por el bosque. Richard sintió que el corazón le dejaba de latir un instante. Cuando desapareció, la luz de la luna lo deslumbró. Liliana estaba muerta.

Richard supo que el Custodio se había llevado su alma.

La vez anterior había conjurado la magia blanca de la espada siendo plenamente consciente de lo que hacía. Pero esta vez, siguiendo los consejos de Nathan, había dejado que fuera su instinto, su don en definitiva, el que lo hiciera. Ambas cosas, la inmediata respuesta de la magia blanca y el hecho de haber sido conjurada de manera inconsciente, lo llenaban de asombro.

Algo dentro de sí había sabido qué hacer para contrarrestar el odio del Custodio que invadía a Liliana. Todavía no podía asimilar lo ocurrido. Mientras recuperaba su espada, contempló el cuerpo de la mujer. Él confiaba en ella; había puesto su fe en Liliana.

Volvía a estar como al principio; con el rada'han alrededor del cuello y ninguna idea de cómo librarse de él. Pero, con collar o sin él, tenía que atravesar la barrera que lo mantenía prisionero. Decidió que iría a recoger sus cosas a palacio y luego hallaría el modo de cruzar esa barrera invisible.

Mientras limpiaba la hoja de la espada en la ropa de la Hermana, recordó que había sido capaz de llamarla con magia desde donde estaba, en el centro del claro, a una buena distancia de él. De algún modo, había logrado atraerla, al igual que la magia. La espada había volado hasta su mano.

El joven dejó la espada en el suelo y conjuró su magia. Como siempre, su rabia, su furia, lo invadieron. Entonces extendió una mano y la llamó mentalmente. Pero la espada no se movió ni un milímetro del suelo. Por más que lo intentó, no se movió ni un ápice.

Frustrado, la guardó en su vaina. Entonces recogió la espada de Liliana y rompió la hoja contra una rodilla. Al arrojar los trozos a un lado, se fijó en algo blanco.

Lo único que quedaba de esa persona eran huesos blancos que brillaban a la luz de la luna. Solamente vio la mitad superior, por lo que supuso que los animales habrían devorado el resto. Pero entonces descubrió la pelvis y las piernas no lejos de allí. Los huesos de las piernas estaban rodeados aún por jirones del mismo vestido que en la parte superior.

Richard se arrodilló y examinó la mitad superior. Los animales no lo habían tocado. No se veía la marca de dientes en ningún hueso. Estaba intacto, tal como había caído.

Frunciendo el entrecejo, se fijó en que las vértebras inferiores estaban destrozadas. Richard jamás había visto huesos rotos de ese modo. Era como si una explosión hubiese partido a esa mujer por la mitad. En silencio siguió observando y pensando. Había muerto asesinada. Presentía que había sido cosa de magia.

—¿Quién te hizo esto? —susurró.

Lentamente, los huesos del brazo se alzaron hacia él a la luz de la luna. Los dedos se extendieron y revelaron una delgada cadena, que quedó colgando.

Con los pelos de punta, Richard cogió la cadena con sumo cuidado. Algo pendía de ella. Richard la alzó hacia la luz y vio que era un trozo casi informe de oro en el que aún se reconocía la letra J.

—Jedidiah —murmuró Richard.

## 34

Al acercarse más, percibió un tumulto en el puente de piedra. La multitud se agolpaba en uno de sus pretilos, y todos miraban hacia el río. Al llegar al centro se fue abriendo paso hacia el parapeto inferior. Entonces distinguió a Pasha, inclinada como los demás por encima de la piedra, con la vista clavada en las aguas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó al llegar detrás de la muchacha.

Al oír su voz, Pasha giró sobre sus talones y se estremeció.

—¡Richard! Creí que... —La joven volvió a mirar hacia el río, y luego otra vez a él.

—¿Qué creías?

Pasha lo enlazó por la cintura.

—¡Oh, Richard! ¡Creí que habías muerto! ¡Gracias al Creador!

Richard le apartó los brazos y luego se inclinó sobre el parapeto para mirar hacia el oscuro río. Varias barcas, cada una con una linterna, remolcaban un cuerpo enganchado en sus redes. A la parpadeante luz amarilla Richard reconoció el manto rojo.

Entonces echó a correr por el puente y bajó hasta la orilla justo cuando llegaban las barcas. Cogió las redes que un hombre le tendía y las alzó, junto con lo que habían atrapado, hasta la orilla cubierta de hierba.

Había un pequeño orificio redondo en la parte trasera inferior del manto. Dio la vuelta al cuerpo y contempló los ojos sin vida de Perry. Richard gruñó.

La Segunda Norma de un mago. Perry había muerto porque Richard la había vulnerado. Con su mejor intención había tratado de hacer un bien, pero el resultado había sido nefasto. El dakra que había matado a Perry iba dirigido contra Richard.

Pasha se le acercó por la espalda.

—Richard, tenía tanto miedo de que fueses tú. —La novicia rompió a llorar—. ¿Qué hacía él con tu manto rojo?

—Se lo presté. —El joven le dio un rápido abrazo, y añadió—: Tengo que irme, Pasha.

—No querrás decir de palacio, ¿verdad? Lo que dijiste sobre marcharte no iba en serio, supongo. No puedes irte, Richard.

—Lo dije muy en serio. Buenas noches, Pasha.

Dejó que los hombres realizaran su ingrata misión y se encaminó a sus habitaciones. Alguien había tratado de matarle y no había sido Liliana. Ella no era la única que quería verlo muerto.

Estaba guardando sus pertenencias en la mochila cuando oyó una llamada a la puerta. Se quedó inmóvil, con una camisa a medio doblar en las manos. Entonces oyó la voz de la hermana Verna que pedía permiso para entrar.

Richard abrió la puerta de golpe, preparado para lanzar una diatriba, pero al ver su expresión las palabras murieron en su garganta. Verna se quedó allí plantada sin moverse, con la mirada perdida.

—Hermana Verna, ¿qué te pasa? —El joven la cogió por un brazo y la condujo adentro—. Siéntate.

La mujer se dejó caer al borde de la silla. Richard se arrodilló frente a ella y la cogió de las manos.

—Hermana Verna, ¿qué te ocurre?

—Estaba esperando que volvieras. —Finalmente los ojos de la mujer, enrojecidos por el llanto, se posaron en los del joven—. Richard —dijo con voz apagada—, ahora mismo necesito un amigo. Y no se me ocurre nadie más que tú.

Richard vaciló. Verna ya sabía cuál era su condición, aunque ahora el joven era consciente de que la Hermana no podía quitarle el collar.

—Richard, cuando las hermanas Grace y Elizabeth murieron, me transmitieron su don. Tengo más poder que ninguna otra Hermana en palacio, que cualquier Hermana normal. Sé que no vas a creerme, pero dudo que ese poder baste para quitarte el rada'han. No obstante, me gustaría probarlo.

Richard sabía perfectamente que no podría. Al menos, eso le había dicho Nathan. Claro que podía estar equivocado.

—Muy bien. Vamos a probarlo.

—Richard, será doloroso...

Richard juntó las cejas en gesto de recelo.

—¿Por qué será que eso no me sorprende?

—No te dolerá a ti, Richard, sino a mí.

—¿Qué quieres decir?

—He descubierto que tienes Magia de Resta.

—¿Y qué significa eso?

—Richard, tú mismo te pusiste el rada'han. El collar se cierra usando la magia de aquel que se lo pone. Yo sólo poseo Magia de Suma, y no creo que baste para romperlo.

»No tengo ningún poder sobre tu Magia de Resta. Tu magia se resistirá a lo que voy a intentar hacer y se defenderá causándome dolor. Pero no te asustes; a ti no te pasará nada.

Richard no sabía qué hacer, ni qué creer. Verna le puso las manos al cuello, a ambos lados del collar. Antes de cerrar los ojos, Richard vio en ellos una mirada vidriosa que reconoció. La Hermana estaba tocando su han.

Con los músculos tensos y la mano derecha en la empuñadura de la espada, Richard esperó, listo para pasar a la acción si la Hermana trataba de hacerle daño. No quería creer que la hermana Verna fuera capaz de eso, pero tampoco lo hubiera creído nunca de Liliana.

La mujer arrugó la frente. Richard solamente sintió un agradable y cálido hormigueo. La habitación vibró con un apagado zumbido. Las esquinas de las alfombras se ondularon hacia arriba y las ventanas se agitaban en sus marcos. La hermana Verna se estremecía por el esfuerzo.

El espejo de pie situado en el dormitorio se hizo añicos, al igual que los cristales de las puertas del balcón cuando se abrieron de golpe. Las cortinas se hincharon hacia afuera, como si soplara un fuerte viento. Del techo caían trozos de yeso y un armario alto se volcó con estrépito.

La mujer dejó escapar un quedo lamento. La cara le temblaba.

Richard le cogió las muñecas y apartó sus manos del rada'han. Verna se dejó caer hacia adelante.

—Oh, Richard —dijo con voz lastimera—. Lo siento mucho. No puedo.

Richard la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—No pasa nada. Te creo, Hermana. Sé que lo has intentado. Te has ganado un amigo.

Verna le devolvió el abrazo.

—Richard, tienes que marcharte de palacio.

El joven la hizo sentarse en la silla. Verna se pasó los dedos por los párpados inferiores.

—Dime qué ha ocurrido —pidió Richard, apoyándose sobre los talones.

—Hay Hermanas de las Tinieblas en palacio.

—¿Hermanas de las Tinieblas? ¿Qué son?

—Las Hermanas de la Luz trabajan para llevar la luz del Creador, su gloria, a sus semejantes. Pero las Hermanas de las Tinieblas sirven al Custodio. Nunca se ha probado su existencia. Presentar tal acusación sin prueba que la sostenga se considera un crimen. Richard, sé que no vas a creerme. Sé que parece que me haya vuelto...

—Esta noche he matado a la hermana Liliana. Te creo.

—¿Qué has hecho qué? —inquirió Verna incrédulamente.

—Liliana me dijo que me ayudaría a quitarme el collar e hizo que me reuniera con ella en el bosque

Hagen. Hermana Verna, trató de arrebatarme mi don para incrementar su poder.

—Es imposible. Una mujer no puede absorber el don masculino, ni tampoco a la inversa. Es imposible.

—Pues ella dijo que lo había hecho ya muchas veces. A mí me pareció muy posible mientras lo intentaba. Sentía como si me arrancara el don, la vida misma. Casi lo consigue. He estado a punto de morir.

La Hermana se apartó del rostro su pelo ondulado.

—No entiendo cómo...

—Usaba esto. —Richard le mostró la estatuilla—. El cristal empezó a relucir cuando lo hacía. ¿Sabes qué es?

Verna negó con la cabeza.

—Creo que lo he visto en alguna parte, pero no lo recuerdo. Hace mucho tiempo. Fue antes de que abandonara palacio. ¿Y qué pasó?

—En vista de que no funcionó, porque usé mi poder para impedirselo, Liliana conjuró una espada de las sombras. Quería dejarme indefenso. Me dijo que iba a desollarme vivo y luego robarme el don para ella. Trató de cortarme las piernas. Pero, de algún modo, logré neutralizarla.

»Hermana Verna, Liliana poseía Magia de Resta. Vi cómo la usaba. Y eso no es todo; alguien más intenta matarme. Presté mi manto rojo a Perry. Acaban de sacar su cuerpo del río. Fue apuñalado por la espalda con un dakra.

La Hermana hizo una mueca.

—Oh, Creador mío. —Verna entrelazó los dedos en el regazo—. La Prelada sabe que posees Magia de Resta. Te está utilizando para descubrir a los servidores del Custodio. Richard, yo no estoy totalmente libre de culpa —admitió, cogiéndole una mano—. Ya hace mucho tiempo que debería haber cuestionado cosas que no están bien, pero no lo hice. En vez de eso hice lo que creía correcto.

—¿Cuestionar el qué?

—Perdóname, Richard. Nunca debí haberte obligado a ponerte el rada'han. No era necesario. Me dijeron que en el Nuevo Mundo no quedaba ningún mago que pudiera ayudar a los nacidos con el don. Creí que sin nuestra ayuda estarías perdido. Pero tu amigo Zedd podría haber impedido que el don te perjudicara. La Prelada sabía que aún quedaban magos capaces de ayudarte, pero dejó que te raptáramos, que te alejásemos del lado de tus amigos y personas queridas por razones egoístas. Sin el rada'han no habrías muerto.

—Lo sé. Hablé con Nathan y me lo dijo.

—¿Fuiste a ver al Profeta? ¿Qué más te dijo?

—Que tengo más poder que ningún otro mago nacido en los últimos tres mil años. Pero no tengo ni idea de cómo usarlo. Y que tengo Magia de Resta. Según él, las Hermanas no pueden quitarme el collar.

—Siento mucho haberte puesto en esa situación, Richard.

—Hermana Verna, a ti te engañaron como a mí. Eres una víctima. Ambos hemos sido utilizados.

»Pero hay algo peor que eso. Según una profecía, Kahlan morirá en el solsticio de invierno. Tengo que impedirlo como sea. Y Rahl el Oscuro, mi padre, es un agente del Custodio y está en este mundo. Ya viste la marca que me grabó a fuego. Es un agente que puede romper el velo si tiene todos los elementos en el lugar adecuado, aunque lo dudo.

»Hermana Verna, tengo que irme de aquí. Debo atravesar la barrera.

—Te ayudaré. No sé cómo, pero te ayudaré a traspasar la barrera. Tu verdadero problema es el valle de los Perdidos. Ahora que el collar ha contribuido al desarrollo de tu Magia de Resta, atraerás los hechizos. Esta vez la magia te encontrará.

—Debo hallar el modo. Tengo que intentarlo.

La hermana Verna se quedó un momento pensativa.

—Si existe alguna posibilidad de que la profecía sobre su agente se cumpla, el Custodio tratará de detenerte. Las Hermanas de las Tinieblas harán lo posible por detenerte. Estoy segura de que Liliana no era la única.

—¿Quién la nombró maestra mía?

—La oficina de la Prelada es quien asigna las maestras, pero probablemente no se ocupó ella personalmente. Por lo general, de estos asuntos se encargan sus administradoras.

—¿Administradoras?

—Las hermanas Ulicia y Finella.

—Creí que eran sus guardianas.

—¿Guardianas? No. Tal vez lo son en un sentido burocrático. La Prelada es más poderosa que ellas y no necesita guardianas. Algunos de los muchachos las consideran así, porque siempre les impiden verla. Hacen parte de su trabajo en la oficina de la Prelada, aunque tienen sus propios despachos donde se encargan de asuntos administrativos.

—Quizá las Hermanas de las Tinieblas fueron a por mí y decidieron atacarme ahora porque habían sido descubiertas.

—No. La Prelada solamente me lo dijo a mí.

—¿Pudo haberos oído alguien?

—No, protegió la habitación.

—Hermana Verna, Liliana tenía Magia de Resta. Ningún escudo que alce la Prelada sirve de nada contra esa magia. Una de las administradoras me asignó a la hermana Liliana.

Verna inspiró bruscamente.

—Y a las otras cinco. Si una o ambas oyeron lo que sabe la Prelada, entonces la Prelada... ¡El despacho de la hermana Ulicia! ¡Allí es donde vi esta estatua!

Richard la agarró por la muñeca y la obligó a levantarse.

—¡Rápido! ¡Si trataron de matarme a mí, pueden tratar de matar a la Prelada antes de que avise a alguien más!

Ambos bajaron corriendo la escalera y salieron de la Residencia Guillaume. En la oscuridad cruzaron patios y corrieron por pasillos y corredores. El guardia de servicio no era Kevin, pero también conocía a Richard y no los detuvo. Las Hermanas tenían paso libre.

Richard supo que llegaban tarde al ver las puertas de la oficina de la Prelada chamuscadas y arrancadas de sus goznes. Frenó deslizándose sobre el suelo de mármol del pasillo. Había papeles y libros de contabilidad esparcidos por todas partes.

La hermana Verna aún corría por el corredor cuando Richard entró en la oficina con la espada desenvainada. Era como si dentro se hubiera desatado una furiosa tempestad. Lo que quedaba de la hermana Finella yacía en el suelo, detrás de su escritorio. El resto había salpicado toda la pared. El joven oyó la ahogada exclamación de la hermana Verna mientras abría de un puntapié el despacho de la Prelada.

Cuando la puerta se abrió, Richard entró ejecutando una voltereta. Al levantarse, sostenía la espada con ambas manos. En el despacho de la Prelada reinaba un caos aún mayor; el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de papeles. Era como si todos los libros de las estanterías hubieran explotado lanzando las hojas en todas direcciones. La pesada mesa de nogal yacía hecha añicos contra la pared más alejada. La única luz era la que entraba por el umbral a su espalda y por las puertas abiertas del jardín.

La hermana Verna encendió una brillante llama en la palma de la mano. Richard distinguió una figura en el extremo más alejado del despacho, cerca de la mesa volcada y destrozada. Una cabeza se alzó lentamente y unos ojos lo miraron fijamente. Era la hermana Ulicia.

Richard se zambulló a un lado para esquivar el rayo de luz azul que iba hacia él y abrió un boquete en la pared, a su espalda. La hermana Verna contraatacó con una ráfaga de fuego amarillo. Ulicia saltó hacia el jardín para evitar el fuego. Richard la persiguió, mientras la hermana Verna corría hacia la mesa volcada y empezaba a retirar los restos.

—¡Agáchate! —le gritó Richard.

Un retorcido relámpago negro devoró un pedazo de muro, justo encima de la cabeza de la Hermana, que se aplastó contra el suelo. Varios estantes con libros cayeron al suelo. A través del vacío creado por el relámpago negro Richard vio la habitación adyacente, y otras más. Yeso y listones se desplomaban levantando nubes de polvo.

Lleno de furia y sin pensar, Richard se levantó tan pronto como el relámpago hubo pasado y corrió hacia afuera. Distinguió una oscura figura que se alejaba por un sendero.

Otro relámpago negro hendió la noche. El serpenteante vacío peinó el patio, derribando árboles y rompiendo ramas. Un muro de piedra se desplomó cuando fue partido en dos. El ruido fue atronador.

Cuando cesó, Richard se puso en pie de nuevo y se disponía a emprender la persecución de la

hermana Ulicia cuando una mano invisible lo frenó y lo lanzó hacia atrás.

—¡Richard! —El joven nunca había oído gritar tan fuerte a la hermana Verna—. ¡Ven aquí!

Richard regresó al despacho de la Prelada.

—Tengo que ir... —dijo jadeando, deteniéndose junto a la Hermana.

Pero Verna se puso de pie de un salto y lo agarró por la camisa, esta vez con su mano real.

—¿Ir adónde? ¿A que te maten? ¿De qué serviría? ¿En qué ayudará eso a Kahlan? ¿La hermana Ulicia posee unos poderes que ni te imaginas!

—Pero va a escapar.

—Al menos tú seguirás vivo. Vamos, ayúdame a levantar la mesa. Creo que la Prelada sigue con vida.

—¿Estás segura? —inquirió Richard, esperanzado.

El joven empezó a retirar los pedazos de mesa y arrojarlos luego a un lado. El cuerpo estaba bajo el montón de escombros. La hermana Verna estaba en lo cierto; la Prelada seguía con vida, aunque estaba muy malherida.

Verna usó su poder para levantar los trozos más pesados de la mesa y los estantes, mientras Richard iba retirando cuidadosamente los restos más ligeros. La Prelada, totalmente cubierta de sangre, estaba encajada entre la estantería inferior y la pared.

Ann gruñó de dolor cuando Richard la cogió con suavidad y tiró de ella. Richard no daba nada por su vida.

—Necesitamos ayuda —dijo.

La hermana Verna recorrió con las manos el cuerpo de la Prelada.

—Richard, está muy mal. Noto algunas de sus heridas y son muy graves. Yo no puedo ayudarla y dudo que nadie pueda.

Richard cogió a Ann en brazos.

—No permitiré que muera —declaró—. Si alguien puede ayudarla, ése es Nathan. Vamos, ven conmigo.

El ensordecedor estrépito causado por la exhibición de poder de la hermana Ulicia había atraído a guardias y Hermanas. Richard no se detuvo a dar explicaciones. Mientras corría trataba de sostener a la Prelada suavemente, pero por sus quejidos se dio cuenta de que estaba sufriendo.

Nathan estaba en el patio cuando los oyó.

—¿Qué es todo ese ruido? ¿Qué pasa?

—Es Ann. La han herido.

Nathan los condujo al dormitorio.

—Ya sabía yo que esa terca mujer se estaba buscando problemas.

Richard dejó suavemente a Ann encima de la cama y se quedó cerca, mientras Nathan efectuaba un reconocimiento deslizando sobre ella los dedos extendidos. La hermana Verna miraba y esperaba en el umbral.

—Es grave —anunció el Profeta, arremangándose la túnica—. No sé si podré salvarla.

—¡Nathan, tienes que intentarlo!

—Pues claro que sí, chico. —Con un gesto de la mano los echó a ambos—. Vamos, esperad fuera. Tardaré un rato, al menos una hora, antes de saber si mis poderes bastan para ayudarla. Dejadme solo con ella. Aquí no hacéis nada.

La hermana Verna esperó sentada con la espalda muy recta, mientras Richard daba vueltas.

—Richard, ¿por qué te importa tanto lo que le suceda a la Prelada? Ella ordenó que te trajéramos, aunque era innecesario.

Richard se peinó el pelo hacia atrás con los dedos.

—Supongo que es porque tuvo la oportunidad de traerme aquí cuando era niño y no lo hizo. Dejó que creciera junto a mis padres, dejó que disfrutara de su amor. ¿Qué hay más importante en la vida que crecer rodeado de amor? Podría haberme privado de ello, pero no lo hizo.

—Me alegro de que no estés amargado.

Richard siguió dando vueltas mientras pensaba. Pero pronto se detuvo.

—Hermana, no puedo quedarme aquí sin hacer nada. Voy a hablar con los guardias. Tenemos que averiguar dónde están mis maestras y lo que se traen entre manos. Los guardias las buscarán si se lo pido.

—Supongo que no puede hacer ningún mal. Ve a hablar con ellos. Así el tiempo se te hará más corto.

Richard recorrió los oscuros corredores de piedra sumido en sus pensamientos. Tenía que averiguar el paradero de las hermanas Tovi, Cecilia, Merissa, Nicci y Armina. Una o todas ellas podían ser Hermanas de las Tinieblas. Quién sabía lo que planeaban hacer. Podrían estar buscándolo. Podrían...

Un apabullante dolor lo lanzó hacia atrás. Era como si le hubieran golpeado el rostro con un bastón. Richard se levantó tambaleándose. Todo le daba vueltas alrededor. Se palpó buscando sangre, pero no la halló.

Otro golpe, esta vez en la parte posterior de la cabeza. Richard se levantó apoyándose sobre las manos, tratando de descifrar dónde estaba. La mente le funcionaba lentamente. Pugnaba por comprender qué le estaba ocurriendo.

Una sombra oscura se cernía sobre él. Haciendo un esfuerzo, volvió a ponerse de pie con movimientos vacilantes. Buscó a tientas la espada, pero era incapaz de recordar con qué mano usarla. No lograba moverse a la velocidad normal.

—¿Dando un paseo, paleta?

Richard alzó la vista y vio a un sonriente Jedidiah, de pie con las manos metidas en las mangas. Por fin halló la empuñadura de la espada y lentamente trató de desenvainarla. Luchaba por conjurar la magia al tiempo que se tambaleaba hacia atrás.

Mientras la cólera invadía su nublado cerebro, Jedidiah extendió las manos. Sostenía un dacia. El mago alzó el brazo empuñando el puñal de plata. Richard se preguntó qué hacer y si era real. Tal vez despertaría y descubriría que sólo era un sueño.

Al alzar al máximo el dacia, los ojos de Jedidiah parecieron iluminarse con una luz interior. Lentamente primero y luego cada vez más rápido, Jedidiah se desplomó hacia adelante y dio de bruces en el suelo.

Una onda de terrible oscuridad recorrió el pasillo. Cuando la luz de las antorchas volvió a brillar, la hermana Verna estaba detrás del lugar que antes ocupaba Jedidiah. Empuñaba un dacia. Richard cayó de rodillas, tratando aún de recuperarse.

La hermana Verna se inclinó rápidamente y le puso las manos a ambos lados de la cabeza. Inmediatamente la mente de Richard volvió a estar alerta. Una vez de pie, bajó la vista hacia Jedidiah y vio un pequeño orificio redondo en la espalda.

—Pensé que sería buena idea ir a hablar con algunas de las Hermanas —le explicó Verna—. Pensé que cuantas más personas supieran de la existencia de las Hermanas de las Tinieblas, mucho mejor.

—Era él, ¿verdad? Jedidiah era el hombre al que amabas.

La Hermana se enfundó el dacia en la manga.

—Ya no era el Jedidiah que yo conocí. Mi Jedidiah era un buen hombre.

—Lo siento, hermana Verna.

La mujer asintió con aire ausente.

—Ve a hablar con los guardias. Yo haré lo mismo con las Hermanas. Nos reuniremos en la habitación de Nathan. Creo que será mejor que durmamos unas cuantas horas allí en vez de en nuestros dormitorios.

—Sí, tienes razón. Cuando amanezca, recogeremos nuestras cosas y partiremos.

Al oír que Nathan entraba en la habitación, Richard se incorporó y se frotó los ojos. La hermana Verna se levantó rápidamente del sofá, pero a Richard le costó más despertar.

Ambos se habían acostado muy tarde. La confusión se había apoderado del palacio. Lo ocurrido en el despacho de la Prelada era prueba más que suficiente de que las míticas Hermanas de las Tinieblas existían realmente. Los escépticos solamente tenían que echar un vistazo a los agujeros abiertos en una docena de paredes, o a los árboles y piedras cortados limpiamente, para convencerse de que se había usado Magia de Resta.

Richard había encomendado a los guardias que buscaran discretamente a las seis Hermanas: Ulicia y sus cinco maestras. Las demás Hermanas también las estaban buscando. Asimismo había ido a ver a Warren para explicarle lo ocurrido.

Richard estiró las piernas mientras se ponía en pie.

—¿Cómo está? ¿Va a recuperarse?

—Ahora descansa —contestó un demacrado Nathan—, pero es demasiado pronto para poder saberlo. Cuando haya descansado podré hacer más.

—Gracias, Nathan. Sé que Ann no podría estar en mejores manos.

El Profeta añadió un gruñido a su avinagrado gesto.

—Me estás pidiendo que cure a mi carcelera.

—Seguro que Ann te lo agradece. Tal vez reconsiderará incluso tu posición de prisionero. Y, si no lo hace, regresaré para ver qué puedo hacer.

—¿Regresar? ¿Es que vas a alguna parte, muchacho?

—Sí, Nathan, y necesito tu ayuda.

—Si te ayudo, se te puede meter en esa dura cabeza tuya lanzarte a destruir el mundo.

—¿Acaso las profecías dicen que has sido enviado para detenerme?

El Profeta lanzó un cansino suspiro.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—¿Cómo puedo atravesar la barrera? El rada'han me lo impide.

—¿Qué te hace pensar que yo lo sé?

Richard dio airadamente un paso hacia el imponente mago.

—Nathan, no juegues conmigo. No estoy de humor, y esto es demasiado importante. Tú la cruzaste. Fuiste con Ann a Aydindrill para recuperar el libro del Alcázar del Hechicero, ¿recuerdas?

El Profeta se bajó las mangas.

—Es sencillo; se trata de crear un escudo alrededor del rada'han. Ann me ayudó. La hermana Verna puede hacer lo mismo por ti. Yo le diré cómo.

—¿Y qué me dices del valle de los Perdidos? ¿Podré volverlo a cruzar?

Nathan negó con la cabeza, al tiempo que una penetrante mirada que nada bueno auguraba iluminaba sus ojos.

—No, has acumulado demasiado poder. El collar lo ha ayudado a crecer. Atraerías los hechizos. Y la hermana Verna tampoco puede volverlo a cruzar, pues sería ya la tercera vez. Además, también ella tiene demasiado poder. Después de haberlo cruzado dos veces y haber tomado el don de otras dos Hermanas, está prisionera en el Viejo Mundo.

—Entonces, ¿cómo conseguiste tú cruzarlo tres veces? Provienes de D'Hara, lo cual hace una; luego acompañaste a Ann al Nuevo Mundo y volviste, lo que suman la segunda y la tercera. ¿Cómo lo lograste?

El Profeta esbozó una astuta sonrisa.

—No crucé el valle las tres veces sino sólo una. —Nathan alzó una mano para acallar las protestas de Richard—. Ann y yo no cruzamos el valle, sino que lo rodeamos. Navegamos alrededor del área de influencia de los hechizos, en alta mar, y desembarcamos en la costa meridional de la Tierra Occidental. Es una travesía larga y complicada, pero lo conseguimos. Otros muchos no tienen tanta suerte.

—¡Por mar! —Richard miró a la hermana Verna—. No tengo tanto tiempo. Falta menos de una semana para el solsticio de invierno. Tengo que pasar por el valle.

—Richard, comprendo cómo te sientes —le dijo Verna con voz suave—, pero tardarás casi una semana en llegar al valle de los Perdidos. Incluso si hallas el modo de pasar, es imposible que llegues a tiempo.

El joven replicó, controlando su rabia:

—No tengo experiencia en lo de ser mago. No puedo contar con mi don. Y tampoco me interesa aprender a usarlo.

»Pero también soy el Buscador y en eso sí tengo experiencia. Nada me detendrá. Nada. Prometí a Kahlan que la protegería aunque tuviese que ir al inframundo y luchar contra el Custodio. Cumpliré esa promesa.

El rostro de Nathan se ensombreció.

—Ya te he avisado, Richard; si esa profecía no se cumple, el Custodio vencerá. No trates de impedirlo. Tienes el poder para entregar al Custodio el mundo de los vivos.

—No es más que un acertijo sin sentido —gruñó Richard, frustrado, aunque sabía que no era cierto.

Nathan frunció el entrecejo al modo de los Rahl, un gesto que Richard había heredado.

—Richard, la muerte y la vida son inseparables. Así lo dispuso el Creador. Si tomas la decisión

equivocada, todos los seres vivos pagarán el precio de tu obstinación.

»Y no olvides lo que te dije sobre la piedra de Lágrimas. Si la utilizas mal, para desterrar un alma a las profundidades del inframundo, destruirás el equilibrio universal.

—¿La piedra de Lágrimas? —inquirió la hermana Verna con recelo—. ¿Qué tiene Richard que ver con la piedra de Lágrimas?

—Se nos acaba el tiempo —fue la respuesta de Richard—. Voy a mi habitación a recoger mis cosas. Tenemos que partir enseguida.

—Richard, Ann ha depositado su fe en ti —dijo Nathan—. Dejó que disfrutaras del amor de tu familia, pensando que quizá de ese modo comprenderías mejor cuál es el verdadero significado de la vida. Por favor, tenlo en cuenta cuando te llegue el momento de tomar una decisión.

Richard clavó la mirada en Nathan.

—Gracias por tu ayuda, Nathan, pero no pienso permitir que la mujer a la que amo muera a causa de un acertijo contenido en un viejo libro. Espero que nos volvamos a ver. Tenemos mucho de qué hablar.

Richard vació el cuenco lleno de monedas de oro en el fondo de la mochila y luego embutió en ella el resto de sus cosas. Se dijo que, si ese oro le ayudaba a salvar a Kahlan, el palacio se lo debía como compensación por todo lo que le había hecho.

Con ese oro las Hermanas seducían a los muchachos y los empujaban a una vida de holganza. Tal como Nathan había dicho, mermaba su humanidad. Tal vez ésa era la razón por la cual Jedidiah había prestado atención a las promesas del Custodio.

Richard dudaba que alguno de los jóvenes magos, con la excepción de Warren, hubiese movido ni un solo dedo desde que llegaran a palacio, donde tenían un acceso ilimitado al dinero sin tener ni idea de su verdadero valor. Era una manera más que tenía el Palacio de los Profetas para destruir vidas. Richard se preguntó cuántos hijos habrían engendrado los aprendices de mago con ese oro.

Antes de marcharse salió al balcón para evaluar la situación. Vio patrullas de guardias, y también las Hermanas registraban diligentemente todos los edificios y corredores cubiertos. Tendrían que hallar el modo de neutralizar el poder de esas seis Hermanas de las Tinieblas, aunque Richard no tenía ni idea de cómo iban a lograrlo.

Al oír la puerta de la habitación contigua, supuso que sería la hermana Verna. Ya era hora de irse. Pero al dar media vuelta para mirar, no tuvo tiempo de reaccionar.

Pasha irrumpió en la alcoba hecha una furia. La joven alzó las manos y las puertas del balcón saltaron de sus goznes, volaron por encima de la baranda y cayeron casi diez metros hasta el adoquinado patio inferior.

El impacto del sólido muro de aire lanzó a Richard hacia atrás. Solamente la baranda impidió que cayera encima de las puertas destrozadas. El joven se había quedado sin aliento, y un punzante dolor en el costado le impedía respirar.

Mientras se alejaba tambaleante de la baranda, otro impacto volvió a lanzarlo hacia atrás, y esta vez se dio con la cabeza contra la barandilla de piedra. Antes de desplomarse sobre el suelo de pizarra, vio un abundante chorro de sangre que salpicaba la piedra.

Pasha chillaba, fuera de sí, pero para Richard sus palabras no eran más que un incoherente murmullo. Apoyándose en las manos se incorporó. Sangraba por la cabeza. Bajo su cuerpo se formó un charco de sangre. Se tambaleó y cayó a un lado.

Con gran esfuerzo logró incorporarse de nuevo y apoyar la espalda contra la barandilla.

—Pasha, ¿qué...

—¡Cierra tu sucia boca! ¡No quiero oírte!

Pasha estaba de pie en el umbral con las manos en los costados. En un puño sujetaba un dagra. Las lágrimas se le deslizaban por las mejillas.

—¡Eres el engendro del Custodio! ¡Eres su obsceno discípulo! ¡No haces más que hacer daño a las buenas personas!

Richard se llevó las manos a la cabeza. Al retirarlas las vio cubiertas de sangre. Se sentía tan mareado, que tenía que hacer esfuerzos por no devolver.

—¿De qué estás hablando? —logró musitar.

—¡La hermana Ulicia me lo ha dicho! ¡Me ha dicho que sirves al Custodio! ¡Has matado a la

hermana Liliana!

—Pasha, la hermana Ulicia es una Hermana de las Tinieblas...

—¡Ya me avisó que dirías eso! ¡Me contó cómo has usado tu perversa magia para matar a la hermana Finella y a la Prelada! Por eso insistías tanto en ir a verla. ¡Querías matar a nuestra líder en la Luz! ¡Eres escoria!

El mundo flotaba ante sus ojos. Veía a dos Pashas que no dejaban de moverse una en torno a la otra.

—Pasha... eso no es cierto.

—Ayer te salvaste sólo por los trucos del Custodio. ¡Diste a otro el manto rojo que a mí tanto me gustaba, sólo para humillarme! La hermana Ulicia me ha contado que oyes los susurros del Custodio.

»Debí haberte matado cuando te vi en el puente y nada de esto habría ocurrido. ¡Fui una tonta al creer que podría arrancarte de las garras del Custodio! Si hubiese cumplido con mi deber ahora esas dos Hermanas y la Prelada seguirían vivas. He fallado al Creador. Me engañaste para que matara a Perry en vez de a ti, pero eso no volverá a salvarte. ¡Tus sucios trucos del inframundo no te salvarán esta vez!

—Pasha, por favor, escúchame. Te han mentido. Por favor, escucha. La Prelada no está muerta. Si quieres, te llevo a verla.

—¡Quieres matarme también a mí! ¡Matar, matar, no piensas en nada más! ¡Nos profanas a todas! ¡Y pensar que creí que te amaba!

Pasha alzó el dagra y, lanzando un grito, se lanzó contra Richard. Éste logró de algún modo desenvainar la espada, mientras que, como atontado, se preguntaba a cuál de las dos Pashas debía tratar de detener. La cólera, la magia de la espada, infundió fuerza a sus brazos. Alzó el arma cuando Pasha se abalanzaba hacia él, dagra en mano. Las dos Pashas se convirtieron en una sola.

Pero la *Espada de la Verdad* nunca llegó a tocarla. Con un chillido, voló por encima de Richard y de la baranda. Su grito resonó durante toda la caída. Richard cerró los ojos cuando el grito cesó y se oyó el impacto contra los adoquines.

Al abrir los ojos, vio a un aturdido Warren en el umbral. Entonces recordó la caída de Jedidiah en la escalera.

—Oh, queridos espíritus, no —susurró Richard, mientras trabajosamente se ponía en pie y echaba un rápido vistazo hacia abajo. La gente corría hacia el cuerpo. Warren se acercaba lentamente a la baranda con expresión pétrea. Pero Richard lo detuvo antes de llegar.

—No, Warren, no mires.

Los ojos de Warren se llenaron de lágrimas. Richard pasó un brazo alrededor de los hombros de su amigo. «¿Por qué lo has hecho? —pensó—. Podía defenderme solo. Iba a detenerla. No era necesario que la mataras.»

Por encima del hombro de Warren vio a la hermana Verna en la habitación.

—Pasha mató a Perry —dijo Warren—. Oí cómo lo confesaba. Iba a matarte, Richard.

«Ya lo habría hecho yo —pensó Richard—, no tenías por qué matarla tú.» Pero lo que dijo fue:

—Gracias, Warren. Me has salvado la vida.

—Iba a matarte. —Warren lloraba encima del hombro de Richard—. ¿Por qué? ¿Por qué?

La hermana Verna le puso una mano en la espalda, tratando de consolarlo.

—Las Hermanas de las Tinieblas le mintieron. El Custodio le llenó la cabeza de mentiras. Prestó oídos a los susurros de la oscuridad. El Custodio consigue incluso que los buenos escuchen sus susurros. Has sido muy valiente, Warren.

—¿Por qué, entonces, me siento tan avergonzado? La amaba y la he matado.

Richard se limitó a abrazarlo mientras Warren lloraba.

La hermana Verna los condujo adentro e indicó a Richard que se inclinara para poder examinarle la cabeza. Goteaba sangre.

—Hay que curarte esto. Pero el daño es excesivo para hacerlo yo.

—Déjame a mí —sugirió Warren—. Soy bueno curando.

Cuando acabó, la hermana Verna hizo que Richard sostuviera la cabeza sobre la palangana mientras ella le echaba por encima agua para limpiarle la sangre. Warren, sentado al borde de una silla, se sostenía la cabeza entre las manos. Richard pensó que iba a necesitar la palangana.

Cuando la Hermana acabó, Warren alzó la cabeza.

—Creo que ya he descubierto cuál es esa norma de la que me hablaste; hay personas dispuestas a

creer una mentira porque quieren creer que es cierto o porque temen que lo sea. Por esta razón Pasha creyó esa mentira. ¿Tengo razón?

—Sí, Warren, así es.

Warren logró esbozar una débil sonrisa.

—¿Hermana Verna, me podéis quitar este collar?

Verna vaciló.

—Tendrás que pasar la prueba del dolor, Warren.

—Verna, ¿qué crees que acaba de hacer? —intervino Richard.

—¿A qué te refieres?

—Los jóvenes magos que regresan atravesando el valle logran pasar porque no poseen poder suficiente para atraer los hechizos; porque no son magos del todo. Zedd me dijo que los magos deben superar una prueba de dolor.

»Con el transcurso de los milenios, las Hermanas lo interpretaron como dolor físico. Pero creo que se equivocan. Creo que la prueba que Warren acaba de pasar ha sido más dolorosa que nada que las Hermanas pudieran hacerle. ¿Tengo razón, Warren?

El joven asintió y palideció de nuevo.

—Nada de lo que hayan podido hacerme hasta hora me ha dolido tanto.

—Hermana, ¿recuerdas cuando te conté que había vuelto blanca la espada y había matado a una mujer a causa de mi amor por ella? Tal vez eso fue también una prueba de dolor. Sé cuánto duele.

Verna extendió las manos, consternada.

—¿Me estás diciendo que los poseedores del don deben matar a alguien amado para superar la prueba? Richard, eso es imposible.

—No, Hermana, no tienen que matar a alguien amado. Pero deben demostrar que son capaces de tomar la decisión correcta. Deben demostrar que tienen lo que debe tener un mago para actuar en nombre del bien general. ¿Podría alguien con el don ser un buen servidor de tu Creador, de la esperanza de vida, si actuara por motivos egoístas?

»Infligir dolor a alguien como hacen las Hermanas no prueba nada, excepto que la víctima sobrevive. ¿No crees que la prueba de que esa persona sirve a la luz de la vida y al amor debe consistir en que demuestre que ha aprendido a escoger correctamente por propia voluntad, a tomar la decisión más adecuada movida por esa luz de vida y el amor hacia sus semejantes?

—Querido Creador —musitó Verna—, qué equivocadas hemos estado todo este tiempo. —La mujer se cubrió la boca con una mano un momento—. Y creíamos que estábamos llevando la Luz del Creador a esos muchachos.

La Hermana enderezó la espalda con súbita resolución. Anduvo hasta Warren, colocó ambas manos a los lados del rada'han y cerró los ojos. Se oyó un zumbido y el aire vibró. Tras un momento, el silencio se adueñó de la habitación. Luego Richard oyó un chasquido. El rada'han cayó al suelo.

Warren contempló aturdido el collar roto. Richard deseó que fuese tan sencillo en su caso.

—¿Qué vas a hacer ahora, Warren? —preguntó Richard—. ¿Abandonarás el palacio?

—Es posible. Pero me gustaría seguir estudiando los libros un tiempo más, si es que las Hermanas me lo permiten.

—Lo harán —le aseguró Verna—. Ya me encargaré yo de eso.

—Y luego me gustaría ir a Aydindril para estudiar los libros de profecías que me dijiste que se guardan en el Alcázar del Hechicero.

—Buen plan, Warren. Hermana, debemos partir.

—Warren, ¿por qué no nos acompañas hasta el valle? —sugirió la Hermana—. Ahora eres libre. Creo que te convendría alejarte de aquí un tiempo y pensar en otras cosas —añadió, echando un rápido vistazo al balcón—. Además, me iría muy bien tu ayuda cuando llegemos al valle, si es que Richard consigue atravesar la barrera.

—¿De veras? Me encantaría ir con vosotros.

De camino a los establos, acarreado todo su equipaje, tres guardias —Kevin, Walsh y Bollesdun— los vieron y corrieron a interceptarlos.

—Es posible que las hayamos localizado, Richard —declaró Kevin.

—¿Es posible? ¿Qué quieres decir? ¿Dónde están?

—Bueno, anoche el *Lady Sefa* zarpó. En los muelles nos han dicho que vieron a unas mujeres, que podrían ser Hermanas, embarcar. Casi todos coinciden en que eran seis y subieron a bordo en la oscuridad, justo antes de zarpar.

—Han zarpado —gruñó Richard—. ¿Cómo es el *Lady Sefa*?

—Es muy grande. Zarpó anoche con la marea. Nos llevan una buena ventaja y, por lo que he oído, no hay ningún barco en el puerto capaz de alcanzarlo ni de navegar por alta mar.

—No podemos perseguirlas y ocuparnos al mismo tiempo del otro asunto —razonó la Hermana.

Richard, irritado, se cambió la mochila de posición.

—Tienes razón. Si realmente eran ellas se nos han escapado. Pero sé adónde se dirigen. Ya nos ocuparemos de ellas más adelante. Al menos, el Palacio de los Profetas se ha librado de su presencia. Tenemos cosas más importantes que hacer. Vámonos ya.

## 35

Kahlan voló por los oscuros pasadizos de piedra y las cámaras semejantes a sepulcros. Los primeros rayos de sol salpicaban con manchas doradas las toscas paredes de granito gris, al lado opuesto de las ventanas. Kahlan ascendió a todo correr la escalera oriental. El corazón le latía desenfrenadamente por el esfuerzo. No había parado de correr desde que Jebra le comunicó que había visto luz en el Alcázar del Hechicero, lo que significaba que Zedd había regresado.

Recordaba aún lo que era correr con la melena al viento; el peso del cabello, el modo en que se le desparramaba por la espalda y flotaba con sus zancadas. Ahora ya no sentía nada de eso. Pero no importaba; la invadía un desesperado júbilo al saber que Zedd había vuelto. Hacía tanto que lo esperaba. Kahlan gritó su nombre mientras corría.

Entró en tromba en la atestada sala de lectura y se detuvo, jadeando. Zedd estaba tras una mesa llena de libros y papeles desparramados sobre ella, tal como la última vez que lo había visto, meses atrás. La luz de las velas daba un íntimo resplandor a la habitación. La única ventana de la estancia se abría al oscuro cielo occidental.

Un hombretón con cejas muy pobladas, pelo en su mayoría gris y rostro arrugado y curtido por los elementos desvió la mirada del bastón que estaba examinando. Adie estaba sentada en un lado y al oír sus pasos volvió la cabeza. Zedd la miró con expresión de curiosidad.

—¡Zedd! —exclamó Kahlan, tratando de recuperar el aliento—. Oh, Zedd, qué alivio volverte a ver.

—¿Zedd? —El anciano se volvió hacia el hombretón—. ¿Zedd? —El hombre asintió—. Pero me gusta más Ruben.

—¡Zedd! ¡Tienes que ayudarme!

—¿Quién está ahí? —preguntó Adie desde la silla.

—Adie, soy yo, Kahlan.

—¿Kahlan? —La mujer giró la cabeza hacia Zedd—. ¿Quién es esa Kahlan?

—No sé. Una chica bonita con el pelo corto. Parece que nos conoce.

—¿De qué estáis hablando? ¡Zedd, necesito ayuda! ¡Richard está en peligro! ¡Te necesito, Zedd!

El anciano mago frunció el entrecejo, totalmente perplejo.

—Richard... Me suena ese nombre. Creo que...

Kahlan se puso frenética.

—Zedd, pero ¿qué te pasa? —exclamó—. ¿Es que no me reconoces? Por favor, Zedd, te necesito. Richard te necesita.

—Richard... —El mago se frotó el suave mentón mientras clavaba la mirada en la mesa, cavilando—. Richard...

—¡Tu nieto! ¡Por todos los espíritus! ¿Ya no conoces a tu nieto?

Zedd seguía mirando fijamente la mesa, pensando.

—Nieto... Me parece recordar... no, no lo recuerdo.

—¡Zedd! ¡Escúchame! ¡Está con las Hermanas de la Luz! ¡Ellas se lo llevaron!

Kahlan se quedó en silencio, recuperando la respiración. Lentamente Zedd alzó hacia ella sus ojos color avellana y la miró fijamente. Su rostro perdió la expresión de curiosidad, mientras que unía las cejas para ensombrecer la mirada.

—¿Las Hermanas de la Luz tienen a Richard?

Kahlan había visto a magos enfadados, pero jamás había visto en ninguno de ellos una mirada como la que vio en Zedd.

—Sí —respondió. Kahlan se secó el sudor de las palmas en las caderas, mientras miraba fijamente una grieta en el muro a la espalda del mago—. Se presentaron y se lo llevaron.

Zedd apoyó los nudillos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Es imposible. No podrían haberlo hecho a menos que le pusieran al cuello uno de sus malditos collares. Richard jamás se pondría un collar.

Kahlan notó que las rodillas empezaban a temblarle.

—Lo hizo.

Zedd sentía tal cólera que podría inflamar el mismo aire.

—¿Por qué iba a ponerse Richard un collar al cuello, Confesora?

—Porque yo se lo pedí —contestó Kahlan con un hilo de voz.

Las velas colocadas en uno de los candelabros de la pared próximos al hechicero se fundieron de repente y, siseando, formaron charcos de cera en el suelo. Los brazos de hierro que sostenían las velas se doblaron hacia abajo, como una planta que necesita agua. El hombretón se encogió hacia una de las paredes cubiertas por librerías.

—¿Que hiciste qué, Confesora? —preguntó Zedd en un amenazador susurro.

El silencio resonó en la cámara. Kahlan temblaba.

—Él no quería. Tuve que hacerlo. Le dije que, si de verdad me amaba, tenía que ponerse el collar.

Kahlan creyó notar que se estrellaba contra la pared y no pudo entender qué hacía despatarrada en el suelo. Empezó a levantarse apoyándose sobre unos temblorosos brazos y ahogó un grito cuando una fuerza la levantó bruscamente y la lanzó de nuevo contra la pared.

Zedd estaba frente a ella y la miraba con ojos salvajes.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a Richard? —exclamó.

A la mujer le daba vueltas la cabeza. Cuando respondió, su propia voz le sonó muy lejana.

—Tú no lo entiendes. Tuve que hacerlo. Zedd, necesito que me ayudes. Richard me dijo que te buscara para decirte qué había hecho. Por favor, Zedd, ayúdalo.

Totalmente fuera de sí, el mago le propinó un bofetón con el dorso de la mano. Kahlan se despellejó las manos contra el suelo de piedra al caer. Pero Zedd la obligó a levantarse y la lanzó una vez más contra el muro.

—¡No puedo ayudarle! ¡Nadie puede! ¡Idiota!

—¿Por qué? —preguntó Kahlan, deshecha en lágrimas—. ¡Zedd, tenemos que ayudarle!

Cuando el mago alzó de nuevo la mano, Kahlan levantó los brazos frente a la cara para protegerse. Pero de nada sirvió; su cabeza volvió a estrellarse contra el muro. La habitación giraba a su alrededor. La mujer temblaba de los pies a la cabeza. Nunca había visto a un mago tan encolerizado y fuera de control. Sabía que iba a matarla por lo que había hecho a Richard.

—Idiota. Idiota y traidora. Ahora nadie puede ayudarle.

—Por favor, Zedd, tú sí puedes. Te lo suplico, ayúdalo.

—No, ni siquiera yo puedo. Nadie puede llegar hasta él. No puedo pasar entre las torres. Lo hemos perdido para siempre. He perdido lo único que me quedaba.

—¿Qué quieres decir con que lo hemos perdido? —Con dedos temblorosos Kahlan se limpió la sangre de la comisura de los labios, pero no se enjugó las lágrimas—. Volverá. Tiene que volver.

Zedd negó lentamente con la cabeza sin apartar ni por un instante los ojos de los de Kahlan.

—No mientras alguno de nosotros siga vivo. El Palacio de los Profetas está sujeto a un hechizo temporal. Richard pasará allí los próximos trescientos años, mientras lo entrenan. No volveremos a verlo nunca más. Lo hemos perdido.

Kahlan sacudió la cabeza.

—No. Queridos espíritus, no. No puede ser. Volveremos a verlo. ¡No puede ser cierto!

—Es cierto, Madre Confesora. Por tu culpa, nadie puede ayudarlo. Nunca más volveré a ver a mi nieto. Y tú tampoco volverás a verlo. Richard no regresará al Nuevo Mundo hasta dentro de trescientos años. Y todo por ti, porque le obligaste a que se pusiera ese collar para demostrar que te amaba.

Zedd le dio la espalda. Kahlan cayó de rodillas.

—¡Nooooooo! —gritó, golpeando el suelo con los puños—. Queridos espíritus, ¿por qué me habéis hecho esto? —Kahlan sollozaba desconsoladamente—. ¡Richard, mi Richard!

—¿Qué le ha pasado a tu pelo, Madre Confesora? —le preguntó Zedd con aire amenazador, dándole aún la espalda.

Kahlan se sentó sobre los talones. ¿Qué importaba ya eso?

—El Consejo me condenó por traición a ser ejecutada, decapitada. La gente lanzó vítores al oír mi sentencia de muerte. Todos querían asistir a la ejecución. Pero escapé.

Zedd asintió.

—La gente tendrá lo que desea. —El mago la agarró por lo que quedaba de su melena y empezó a arrastrarla fuera de la habitación—. Serás decapitada por lo que has hecho.

—¡Zedd! —gritó la mujer—. ¡Zedd! ¡Por favor, no lo hagas!

Pero Zedd usó su magia para arrastrarla por el pasillo como si fuese tan ligera como un saco de plumas.

—Mañana, en el festival del solsticio de invierno, la gente tendrá lo que desea. Verán caer la cabeza de la Madre Confesora. Como Primer Mago me aseguraré de ello.

Kahlan se quedó sin fuerzas. ¿Qué importaba? Los buenos espíritus la habían abandonado. Le habían arrebatado todo lo que le importaba. Y, lo que era peor, habían condenado a Richard a sufrir durante trescientos años aquello que más temía.

Deseaba morir. La muerte sería una liberación.

Con las manos en las caderas, Richard contemplaba en la distancia las negras nubes que los hechizos conjuraban sobre el valle de los Perdidos. A la luz del amanecer se veían hermosos, con bordes dorados y estrías de relucientes rayos. Pero el joven sabía que eran letales.

Du Chaillu le puso cariñosamente una mano sobre el brazo.

—En este día me siento orgullosa de mi marido. Va a devolvernos nuestra tierra, tal como está escrito.

—Ya te lo he explicado; no soy tu marido. Simplemente has malinterpretado lo escrito. Sólo significa que debemos hacerlo juntos; y aún no lo hemos conseguido. Ojalá que hubieras venido sola, sin traer a nadie más. Ni siquiera sé si va a funcionar. Podríamos morir.

La mujer le dio palmaditas en el brazo para tranquilizarlo.

—El *Caharin* está aquí. Él puede hacer cualquier cosa. Nos devolverá nuestra tierra. —Du Chaillu lo dejó sumido en sus pensamientos y echó a andar hacia el campamento—. Toda nuestra gente debe estar aquí. Están en su derecho. ¿Partiremos pronto, *Caharin*?

—Sí, muy pronto —respondió Richard con aire ausente.

—Cuando estés listo, me encontrarás junto a nuestra gente.

Toda la nación baka ban mana había acampado detrás de ellos. Miles y miles de tiendas se extendían por las colinas, como setas que hubieran brotado tras un mes entero de lluvia. Richard no había logrado persuadirlos de que no fueran, de que esperaran. Así pues, allí estaban, todos ellos.

El joven suspiró. ¿Qué importaba? Si se equivocaba y su plan fracasaba, no tendría que preocuparse de haberlos decepcionado, pues estaría muerto.

Warren y la hermana Verna se le acercaron por la espalda silenciosamente.

—Richard, ¿podemos hablar contigo? —dijo Warren.

—Pues claro, Warren. —El Buscador seguía con la mirada fija en las tempestades. Finalmente se volvió e inquirió—: ¿Qué es lo que te inquieta?

Warren metió las manos en las mangas de la túnica en un gesto que a Richard se le antojó muy propio de un mago. Algún día Warren llegaría a ser cómo, en opinión de Richard, debía ser un mago; sabio, compasivo y con un nivel de conocimientos que él mismo jamás podría alcanzar. Claro está, si no morían todos.

—Bueno, la hermana Verna y yo hemos estado hablando sobre lo que ocurrirá después de que

cruces el valle. Richard, sé lo que quieres hacer, pero no queda tiempo. La verdad es que nunca lo has tenido. Mañana es ya el solsticio de invierno. No lo conseguirás.

—El hecho de que no sepas cómo hacer algo no significa que no pueda hacerse.

—No entiendo.

Richard les sonrió a ambos.

—Ya lo entenderás dentro de unas horas.

Warren desvió la vista hacia el valle mientras se rascaba la nariz.

—Bueno, si tú lo dices...

La hermana Verna guardó silencio. Richard todavía no se había acostumbrado a que no discutiera con él cada vez que se negaba a dar una explicación meridiana. Tal vez la Hermana se contenía.

—Warren, acerca de la profecía, la que habla de la puerta y el solsticio de invierno. ¿Estás seguro de que se refiere a este solsticio? —Warren asintió—. Y si existiera un agente con una caja del Destino abierta y el hueso de skrin, ¿son los únicos elementos necesarios para abrir la puerta y romper el velo?

Una ráfaga de cálida brisa desordenó el cabello del joven aprendiz de mago.

—Sí... pero tú mismo me dijiste que Rahl el Oscuro está muerto. No hay ningún agente. —Era más una pregunta preocupada que una afirmación.

—¿Tiene ese agente que estar vivo? —preguntó la hermana Verna.

Warren apoyó el peso del cuerpo en la otra pierna.

—Bueno, en principio no, supongo. Podría serlo si hubiera logrado regresar a este mundo, aunque no me imagino cómo podría ser eso posible. Pero, sí, en ese caso sí.

Richard soltó un suspiro de frustración.

—¿Y ese espíritu agente podría hacer las mismas cosas que un agente de carne y hueso?

—Bueno, sí y no —repuso Warren, ahora con recelo—. Se necesitaría otro elemento. Un espíritu no puede satisfacer los requisitos físicos necesarios para cumplir todas las cláusulas. Necesitaría un ayudante.

—¿Quieres decir que el espíritu no podría realizar algunos de los pasos necesarios, por lo que necesitaría la ayuda de alguien de carne y hueso?

—Sí. Si tuviera un ayudante, un espíritu podría ser el agente. Pero ¿cómo podría haber regresado a este mundo? No veo cómo podría eso ser posible.

—Será mejor que se lo cuentes —dijo la hermana Verna, desviando la mirada.

Richard se levantó la camisa y mostró a Warren la cicatriz.

—Rahl el Oscuro me quemó con su mano cuando yo, sin querer, lo hice regresar a este mundo. Me dijo que había venido para romper el velo.

Warren abrió mucho los ojos, lanzó una rápida mirada de inquietud a la Hermana y luego a Richard.

—Si Rahl el Oscuro es un agente, como dices, y tiene a alguien que lo ayude, solamente un elemento nos separa de la destrucción: el hueso de skrin. Tenemos que descubrir si lo tiene o no.

Richard volvió a cubrirse con la capa del mriswith.

—Hermana Verna, ¿puedes ayudarme?

—¿Qué quieres que haga?

—La primera vez que me dijiste cómo debía tratar de tocar mi han, me concentré en una imagen mental de mi espada. Pero esa vez, la primera, me la imaginé sobre un fondo. Era algo que recordaba del *Libro de las Sombras Contadas*; un libro de magia del que ya te he hablado.

»Cuando traté de tocar mi han visualizando la *Espada de la Verdad* sobre ese fondo, ocurrió algo. De pronto me encontré en D'Hara, en el Palacio del Pueblo, donde están las cajas. Vi a Rahl el Oscuro allí. Él también me vio y me habló. Me dijo que me estaba esperando.

La Hermana alzó las cejas.

—¿Te ha vuelto a ocurrir?

—No. me asusté tanto que nunca más he vuelto a imaginarme ese fondo. Pero creo que, si ahora lo intentara, tal vez podría ver qué ocurre allí.

Verna cruzó las manos al frente.

—Nunca había oído nada igual, pero tal vez está relacionado con la Magia del Destino. No sería la primera vez que haces algo que me asombra. Podría ser real o nada más que un temor, como una pesadilla.

—Tengo que intentarlo. ¿Me ayudarás? Temo no poder regresar.

—Pues claro, Richard. —Verna se sentó en el suelo y levantó una mano—. Ven. No te dejaré solo.

Richard se envolvió con la capa del *mrswith* mientras se sentaba y cruzaba las piernas.

—Esta capa oculta mi han. Quizá servirá para evitar que Rahl el Oscuro me vea esta vez.

Richard cogió las manos de la hermana Verna y se relajó, imaginándose la *Espada de la Verdad* sobre el cuadrado negro con el borde blanco, como la primera vez. Al concentrarse, buscando su paz interior, algo empezó a ocurrir.

La espada, el cuadrado negro y el borde blanco empezaron a titilar, como si las viera a través de oleadas de calor. La espada fue perdiendo solidez hasta hacerse transparente, y luego desapareció. El fondo se disolvió. Nuevamente Richard se halló en el Jardín de la Vida, en el Palacio del Pueblo.

El joven escrutó la vaporosa imagen. Donde la vez anterior viera cuerpos quemados, sobre muretes, matorrales y tirados por la hierba, ahora vio huesos blancos. Se encontraban en la misma posición en que los recordaba, con la única excepción que ahora eran en su mayoría esqueletos.

Entonces vio la blanca y reluciente figura de Rahl el Oscuro, pero esta vez no estaba delante del altar de piedra, ante las tres cajas del Destino, sino cerca de un círculo que contenía arena blanca. En la visión anterior esa arena no estaba allí.

Había una mujer arrodillada a los pies de Rahl, inclinada sobre el círculo de arena. Vestía una larga falda marrón y blusa blanca. Con su fuerza de voluntad Richard se aproximó. La mujer dibujaba líneas en la reluciente arena de hechicero. Richard reconoció algunos de los símbolos que dibujaba; eran los mismos que Rahl el Oscuro había trazado antes de abrir la caja.

El joven vio cómo la mujer movía una mano lenta y cuidadosamente, dibujando las líneas de hechizos. Le faltaba el meñique de la mano derecha.

En el corazón del círculo, posado sobre la arena de hechicero, había un objeto. Richard se acercó más. Estaba totalmente tallado con bestias, justo como la Prelada había descrito.

Richard sintió deseos de gritar de rabia.

Justo en ese momento Rahl el Oscuro alzó el rostro y lo miró directamente a los ojos. Lentamente sus labios esbozaron una sonrisa.

Richard ignoraba si Rahl el Oscuro podía verlo, pero no esperó a averiguarlo. Haciendo un esfuerzo desesperado, borró de su mente la imagen de la espada y el fondo blanco y negro, como quien cierra una puerta de golpe.

A continuación se obligó a abrir los ojos. Respiraba agitadamente.

La hermana Verna también abrió los ojos.

—¿Richard, estás bien? Has tardado una hora en regresar. Notaba que lo estabas intentando y he tratado de ayudarte. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has visto?

—¿Una hora? —Richard todavía pugnaba por recuperar el aliento—. Vi a Rahl el Oscuro y el hueso de *skrin*. Había una mujer con él ayudándolo a dibujar hechizos en la arena de hechicero.

—Tal vez no era más que la visión de tus miedos —sugirió Warren—. Tal vez no era real.

—Es posible que Warren tenga razón —intervino la hermana Verna. A continuación se mordió el labio inferior, pensativa—. ¿Qué aspecto tenía la mujer?

—Pelo castaño ondulado hasta los hombros y más o menos tu estatura. Estaba inclinada hacia adelante, dibujando, por lo que no le pude ver los ojos. —Richard se apretó la frente con los dedos mientras pensaba—. La mano. Le faltaba el dedo meñique de la mano derecha.

Warren gruñó y la hermana Verna cerró los ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Era la hermana Odette —respondió Verna.

Warren también asintió.

—Hace casi seis meses que se marchó. Creí que iba a dar a luz.

—Malditos sean los espíritus —masculló Richard. Entonces se puso de pie de un salto—. Warren, corre a buscar a Du Chaillu. Dile que tenemos que irnos enseguida.

Richard se sentía frustrado. Había creído que tenía todo el tiempo que necesitaba. Bueno, bastaría si se daba prisa.

Du Chaillu parecía hallarse en estado de trance mientras Richard la arrastraba cogida de la mano.

En la otra empuñaba la *Espada de la Verdad*. También Richard se había sumergido en su propio mundo de cólera desatada, tan furiosa como las rabiosas nubes negras. Los hechizos los rodeaban como una jauría a su presa, enfadados y persistentes, pero guardaban las distancias mientras buscaban una abertura.

De la oscuridad brotaban briznas de luz que giraban alrededor de la pareja y descendían en espiral hasta desvanecerse en el aura que envolvía a Du Chaillu. Tal como la Hermana había dicho que ocurriría, Du Chaillu parecía absorber la magia. Juntos conformaban el vínculo completo que, según Warren, los viejos libros decían que contendría el poder y derrumbaría las torres.

A través de las oleadas de calor e hirviente bruma, Richard vio la primera torre y arrastró a Du Chaillu hacia adelante, hacia el refulgente muro negro que se alzaba hasta perderse en el oscuro cielo. Mientras corrían hacia la arcada de entrada se alzaron a su alrededor nubes de polvo y tierra. Los hechizos los perseguían, pero Du Chaillu se encargaba de neutralizarlos.

Richard actuaba sin pensar, sin ser consciente de qué le impulsaba a ir hacia adelante y sin tratar de detener el impulso. Si quería vencer, si quería salvar a Kahlan, tenía que guiarse por lo que llevaba en el interior. Tenía que confiar en que, si realmente poseía el don, reaccionaría instintivamente, tal como Nathan le había dicho, y haría lo adecuado.

Du Chaillu no pareció reparar en la centelleante arena negra que pisaban. Parecía sumida en un hechizo privado, en el poder transmitido hasta ella a través de los milenios por quienes construyeron las torres y arrebataron esta tierra a su gente. Hasta este momento ella había cumplido con su parte, que era protegerlo. Ahora le tocaba a Richard.

Actuando por instinto, levantó hacia lo alto la espada sin soltar la mano de Du Chaillu. El joven se sumergió en la furia de la magia y dejó que lo invadiera por completo. Sentía su calor en ese centro de calma dentro de sí que siempre buscaba. Ahora la cólera llenaba el vacío.

De la espada brotó un rayo que salió disparado hacia arriba, hacia la oscuridad, rebotó en los muros y los bañó en luz líquida. El ruido era ensordecedor.

El fuego recorrió la piedra negra de la torre hasta que toda ella relució, y la piedra se tornó blanca por efecto del calor del rayo.

Richard sentía como si el rayo también lo traspasara a él. Su poder ardía en su interior, se desbordaba con ímpetu y ascendía por la espada. Solamente la rabia que sentía le permitía soportar la violencia de la avalancha que brotaba de él mismo.

Titilantes redes de luz descendían en cascada por los muros y cubrían la negra arena, hasta invadirlo absolutamente todo. La arena se tornó blanca, como los muros. El mundo a su alrededor ardía con pulsátil fuego y luz latiente.

De repente cesó. El rayo se apagó, el fuego se extinguió y el ensordecedor sonido enmudeció, dejando tras de sí un resonante silencio. La piedra negra pulida de la torre brillaba con cegador resplandor blanco.

Du Chaillu seguía ajena a lo que la rodeaba. Richard tuvo que empujarla hacia adelante para completar el trabajo para el que ambos habían nacido.

En la torre blanca, al levantar la espada esperó que se produjera la misma descarga de calor y luz, pero no fue así. Lo que estalló fue justamente lo contrario, para crear el equilibrio.

Un rayo negro brotó hacia arriba, al tiempo que una sacudida hendía el aire. Fue tan fuerte que parecía capaz de arrancar la carne del hueso. El rayo creaba un vacío en la luz. Al igual que en la torre negra, Richard sintió la increíble fuerza del poder que emanaba de lo más profundo de su ser, como si naciera de su propia alma. El serpenteante vacío en la luz recorrió los muros y, con gran estruendo, abrió un vacío en la oscuridad superior.

Mientras el oscuro rayo se retorció hacia arriba, un manto de oscuridad fue descendiendo por los blancos muros, creando la ilusión de que se fundieran en las profundidades de la noche eterna. Al llegar al suelo, la negrura fluyó hacia ellos, empapó la arena blanca y la tornó negra.

Richard no pensó ni por un momento en tratar de huir del avance de la noche. Cuando los alcanzó, fue como si se sumergieran en el agua helada. Du Chaillu, con los ojos cerrados, tembló al notarlo. Richard también lo sintió, pero invadido por la cólera de la magia de la espada, no era más que una lejana sensación que alimentaba su ira.

Era como si ante él todo el mundo se hubiera desvanecido para siempre en una impenetrable oscuridad. Nada quedaba de la luz y la visión, ni siquiera su recuerdo.

Richard sintió cómo el ondulante y serpenteante rayo negro, el vacío en el mundo vivo, de pronto se quebraba. La algarabía fue reemplazada por el silencio. Se oyó a sí mismo respirar agriadamente, y también oyó a Du Chaillu. Del frío vacío brotaron luz y vida.

Fuera, a través de los arcos de reluciente piedra negra que antes había sido blanca, Richard distinguió la luz que iba atravesando la bruma, cada vez más tenue. El suelo, antes reseco y estéril, ahora era verde, cubierto por vegetación. A medida que el humo y la bruma se levantaban, Richard y Du Chaillu contemplaron bajo la arcada un mundo que nadie había contemplado en miles de años.

Cogidos de la mano salieron afuera y caminaron pisando la densa hierba bañada por los rayos del sol, respirando el fresco aire. Las tormentas de hechizos se habían disipado, las negras nubes que engendraban se habían evaporado. En el aire flotaba un aroma fresco y limpio. A su alrededor todo vibraba de vida.

En el valle que se extendía hasta la pálida línea azul de montañas, en la distancia, crecía una exuberante vegetación. A orillas de los ondulantes ríos se veían arboledas. Suaves colinas se superponían unas a las otras en variados matices de verde.

Entonces fue cuando Richard comprendió el anhelo de los baka ban mana por recuperar su tierra. Era un lugar donde cualquiera se sentiría como en casa, un lugar de luz y esperanza que había permanecido en el corazón de esas gentes durante todos esos sombríos siglos. No era que esta tierra perteneciera a los baka ban mana, sino que ellos pertenecían a esta tierra.

—Lo has conseguido, *Caharin* —dijo Du Chaillu—. Nos has devuelto nuestra tierra, perdida tras la bruma.

Allá a lo lejos Richard distinguió a algunas personas vagando; personas atrapadas en los hechizos desde quién sabía cuánto tiempo. Vagaban sin rumbo, confusas. Tenía que hallar a sus dos amigos.

La hermana Verna y Warren se acercaron a ellos al galope, llevando con ellos el caballo de Richard. Sin esperar a que se detuvieran del todo, el joven saltó a lomos de *Bonnie*. Du Chaillu le tendió una mano; quería ir con él. De mala gana Richard la izó.

—¡Richard, ha sido asombroso! —exclamó Warren—. ¿Cómo lo has hecho?

—No tengo ni la menor idea. Esperaba que tú pudieras explicármelo.

Richard lanzó a *Bonnie* al galope en la dirección que recordaba haber visto a Chase y a Rachel al cruzar el valle por primera vez. Warren y la Hermana lo siguieron. No pasó mucho tiempo hasta que los encontraron, sentados a orillas de un arroyo. Chase había pasado un brazo por encima de los hombros de Rachel y su habitual expresión de forzada paciencia brillaba por su ausencia. Parecía confuso.

Richard pasó una pierna por encima del cuello de *Bonnie* y desmontó de un salto.

—¡Chase! ¿Estás bien?

—¿Richard? ¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos? Te estábamos buscando. No cruces... —El guardián miró a su alrededor—. No cruces el valle. Zedd te necesita. El velo se ha rasgado.

—Lo sé. —Richard tendió las riendas a la hermana Verna y rápidamente hizo las presentaciones—. Mis amigos te lo explicarán todo. Rachel, ¿te encuentras bien? —preguntó a la niña, hincando una rodilla en el suelo frente a ella. La niña llevaba al cuello una cadena de la que pendía la piedra de Lágrimas de oscuro color ámbar, tal como la recordaba—. ¿Cómo te sientes?

Rachel alzó la mirada hacia él.

—Estaba en un lugar muy bonito, Richard.

—Éste también es bonito. Ahora todo irá bien. Rachel, ¿te dio Zedd esta piedra?

La niña asintió.

—Me dijo que te la guardara hasta que vinieras a buscarla.

—Por eso he venido. ¿Me la darás, Rachel?

La niña sonrió y se quitó la cadena por la cabeza. Richard la abrió y sacó la piedra de Lágrimas. Al sostenerla en una mano percibió su calor así como la presencia de Zedd.

La cadena era demasiado pequeña para él. Así pues, se la devolvió a Rachel, diciéndole que a ella le quedaba mucho mejor, y luego ensartó la piedra en la cinta de cuero que llevaba al cuello, junto al agiel y el colmillo del dragón. Por el rabillo del ojo distinguió a lo lejos un punto en el cielo que iba creciendo.

—Richard —dijo Warren—, después de presenciar lo ocurrido con las torres, no dudo ya de que puedas hacer lo que dices, pero no tienes tiempo para llegar adonde debes ir. Y, si no lo consigues, mañana el mundo se acabará. ¿Qué piensas hacer?

—¿Adónde vamos, esposo mío? —inquirió Du Chaillu.

—Tú no vas a ninguna parte. Tú te quedarás aquí, con tu gente —repuso Richard.

—¿Esposo? —Lentamente una ceñuda expresión se fue apoderando de la faz del guardián.

—No soy su esposo. No es más que una estúpida idea que se le ha metido en la cabeza. —Richard observó la figura escarlata que crecía en el cielo—. Mira, no tengo tiempo para explicártelo. La hermana Verna y Warren te lo contarán todo.

La hermana Verna dio un paso hacia él, recelosa.

—¿Qué piensas hacer? Warren tiene razón, ya es demasiado tarde.

En la distancia, el dragón extendió sus alas rojas al tiempo que se lanzaba en picado. Richard desató la mochila de la silla de *Bonnie* y se la puso a la espalda. A continuación se despidió de la yegua dándole un abrazo y se colgó del hombro la aljaba y luego el arco. Por el rabillo del ojo percibió el vertiginoso descenso del dragón.

—Tendré tiempo. Ahora debo irme, Hermana.

—¿Cómo que irte? ¿Cómo?

En el último segundo el dragón salió del picado. Con su largo cuello estirado y las alas completamente extendidas, se lanzó hacia ellos a increíble velocidad y pasó casi rozando el suelo.

—Mi única oportunidad para llegar a tiempo es ir volando.

—¡Volando! —exclamaron al unísono Warren y la Hermana.

Escarlata remontó el vuelo lanzando un rugido. Entonces los demás la vieron. El dragón batió sus inmensas alas para frenarse.

La súbita racha de viento hizo ondear todas las ropas y aplastó la hierba. Warren, la hermana Verna y Du Chaillu retrocedieron, sorprendidos. Escarlata se posó en el suelo.

—Richard —dijo la hermana Verna, sacudiendo lentamente la cabeza—, tienes unas mascotas realmente extrañas.

—Los dragones rojos no son la mascota de nadie, Hermana. Escarlata es una buena amiga.

Richard se acercó al leviatán rojo, cuyas escamas brillaban a la luz del sol. La dragona lo saludó con una pequeña nube de humo gris.

—¡Richard, qué alegría volver a verte! Puesto que me has llamado con tanta urgencia, usando mi colmillo, supongo que te has metido en un lío, para variar.

—Sí, en un buen lío. —Richard le palmeó una reluciente escama bermeja—. Te he echado mucho de menos, Escarlata.

—Bueno, ya he comido, así que supongo que podría darte un paseo por el cielo para abrir el apetito. Y luego te comeré.

Richard se echó a reír.

—¿Dónde tienes a tu pequeño?

—Cazando. —La dragona movió las orejas—. George ya no es ninguna cría. Te echa de menos y le encantaría volver a verte.

—Y a mí también, pero tengo una prisa terrible. Apenas me queda tiempo.

—¡Richard! —Du Chaillu corrió hacia él—. Yo también debo ir. ¡Mi deber es acompañar a mi esposo!

Richard se inclinó hacia la oreja de Escarlata. La dragona bajó la cabeza y clavó en él su mirada amarilla.

—Suelta una pequeña llamarada, Escarlata —susurró—. Sólo para asustarla. No le hagas daño.

Du Chaillu saltó hacia atrás chillando cuando una llamarada achicharró la hierba a sus pies.

—Du Chaillu, los baka ban mana ya han recuperado su tierra. Debes permanecer con ellos. Tú eres su guía espiritual y te necesitan. Quiero pedirte otra cosa. Guarda las torres que se alzan en vuestra tierra. Ignoro si pueden causar algún mal, pero como *Caharin* ordeno que nadie entre en ellas. Vigíladlas y no dejéis que nadie entre.

»Vivid en paz con todos aquellos dispuestos a vivir en paz con vosotros, pero continuad practicando con las armas para ser capaces de defenderos.

Du Chaillu se irguió en toda sus estatura. Las delgadas bandas de tela sujetas a su vestido de plegarias volaron en la brisa, así como su espesa melena negra.

—Eres sabio, *Caharin*. Me encargaré de que tus órdenes se cumplan hasta que regreses junto a tu

esposa y tu gente.

—Richard —dijo la hermana Verna con cara muy seria—. ¿Sabes dónde está Kahlan?

—En Aydindril. Seguro que ha ido allí; la profecía sucede ante su gente. Tiene que estar en Aydindril.

—Es el momento de elegir, Richard. ¿Adónde irás?

Richard y la Hermana se sostuvieron la mirada.

—A D'Hara —dijo al fin.

Tras evaluarlo en silencio un momento, Verna lo abrazó cálidamente y le besó en una mejilla.

—¿Y luego?

Richard se pasó los dedos por el abundante pelo.

—Impediré lo que va a ocurrir en D'Hara, aún no sé cómo, y luego iré a Aydindril antes de que sea demasiado tarde. Cuídate, amiga mía.

—Lo haré. Warren y yo nos ocuparemos de la gente que ha sido liberada de los hechizos. Se sentirá perdida. He sido Hermana de la Luz durante casi doscientos años. Mi único deseo ha sido siempre ayudar a quienes lo necesitaban. Pero tú no lo necesitabas. Nada justifica tu rapto, ni el de los otros chicos. Quiero intentar arreglarlo.

Warren abrazó a Richard con firmeza.

—Gracias, Richard. Gracias por todo. Espero que volvamos a vernos.

—Trata de evitar las aventuras —le aconsejó Richard, guiñándole un ojo.

—Yo voy contigo —declaró Chase.

—No. No, vete a casa, Chase. Lleva a Rachel con su nueva madre y sus hermanos. Emma debe de estar muerta de preocupación; hace mucho tiempo que te fuiste. Regresa a casa con tu esposa y tu familia. Yo volveré pronto al hogar.

»Tenemos que hacer algo con esas seis Hermanas —añadió, hablando a Verna—. Se dirigen a la Tierra Occidental. La gente de allí no podrá protegerse de su magia. Las Hermanas serán como zorros en un gallinero.

—Creo que tardarán bastante en llegar. Tienes tiempo de sobras, Richard.

—Bien. Kahlan querrá casarse en la aldea de la gente barro. Luego volveré para que me aconsejéis sobre el mejor modo de enfrentarme a esas seis Hermanas. Habla con Nathan y con Ann. Juntos decidiremos qué hacer.

—Ten cuidado —dijo Warren. El joven lo miraba estoicamente, con las manos metidas en las mangas de la túnica—. Y no me refiero sólo a ti. No olvides lo que Nathan y yo te hemos dicho. No olvides que el destino de todos depende de lo que hagas con la piedra de Lágrimas. Me temo que aún no te ha llegado el momento de elegir.

—Lo haré lo mejor que sepa.

Escarlata se agachó para que Richard pudiera montarse sobre sus hombros. El joven se agarró a las espinas de punta negra y se subió. Luego le palmeó una roja escama.

—A D'Hara, amiga mía. Volvemos a D'Hara.

Con un rugido acompañado por una llamarada Escarlata alzó el vuelo.

## 36

En la distancia, en la penumbra previa al amanecer, vio el resplandor verde. Emanaba del Palacio del Pueblo, a través del tejado de vidrio del Jardín de la Vida, como un faro. Richard solamente había visto esa tonalidad verde en un lugar: el inframundo.

El gélido viento le agitaba las ropas mientras Escarlata batía las alas con cadencia regular. El vuelo a D'Hara le había supuesto un agotador esfuerzo. La dragona comprendía la amenaza del Custodio, sabía que también ella sería engullida por el inframundo, y además odiaba a Rahl el Oscuro. Rahl le había robado el huevo y luego la había esclavizado haciéndole chantaje con él.

Mientras iniciaba el descenso, echó un vistazo hacia atrás y volvió las orejas hacia Richard.

—Tendremos tiempo, Richard. Llegaremos a tiempo a Aydindril. Ni siquiera ha amanecido aún.

—Sé que me llevarás hasta allí, Escarlata. Tranquila, no te dejaré descansar demasiado.

La dragona se ladeó hacia la izquierda e inició el descenso hacia el patio que ya conocía, donde podría aterrizar en la oscuridad sin miedo a herirse. El vasto amasijo de tejados y muros del palacio se aproximaba a ellos a una velocidad de vértigo. Richard sintió un hormigueo en los dedos de los pies al notar que flotaba hacia arriba, alejándose de la espalda de la dragona, que se lanzaba en picado.

De pronto, de la oscuridad de palacio surgió un cegador rayo, que explotó a su alrededor. Incluso después de desvanecerse Richard siguió viendo líneas amarillas. Antes de tener tiempo de reponerse, surgió otro.

Escarlata rugió de dolor y se desvió bruscamente a la izquierda. Dragón y montura cayeron en espiral hacia el suelo. Richard se agarró a las espinas del enorme animal, que trataba de recuperarse.

En los vastos escalones de abajo, que Richard veía girar a gran velocidad, vio a la mujer iluminada por el resplandor del siguiente rayo que lanzó. Nuevamente Escarlata rugió de dolor. Cuando el rayo se desvaneció, Richard ya no pudo ver a la mujer.

La dragona luchaba por frenar el incontrolado descenso. Richard era consciente de que un rayo más acabaría con ella. Así pues, cogió rápidamente el arco que le colgaba a la espalda y lo flechó.

—¡Escarlata! ¡Lanza fuego para que pueda verla!

Mientras Richard se aproximaba la cuerda del arco a la mejilla, Escarlata soltó un tremendo rugido de cólera y dolor. En su rojo resplandor el joven vio cómo la mujer volvía a alzar los brazos. Antes de poder apuntar, la espiral del descenso la alejó de su campo de visión.

—¡Escarlata! ¡Cuidado!

La Dragona retrajo el ala derecha y viró al otro lado. El rayo amarillo pasó volando a su izquierda, rozándolos. El suelo se aproximaba rápidamente.

A la titilante luz roja del fuego del dragón, Richard la vio levantar de nuevo las manos. Tensó el arco y torció el cuerpo para no perderla de vista.

Antes de que desapareciera atrajo al blanco hacia sí. Justo cuando lo sintió, disparó.

—¡Gira!

Escarlata batió el ala derecha, con lo que se bambolearon en el aire. El rayo amarillo pasó como una exhalación entre el cuello del dragón y un ala. Pero inmediatamente se desvaneció.

Una oleada de total oscuridad pasó sobre sus cabezas. La flecha había dado en el blanco. El Custodio había reclamado el alma de la hermana Odette.

Aterrizaron tan bruscamente, que Richard salió despedido y cayó al suelo. Inmediatamente se incorporó, sacudió la cabeza y se levantó de un salto.

—¡Escarlata! ¿Estás muy malherida? ¿Sigues viva?

—Ve —gruñó la dragona con su grave voz vibrante—. Date prisa. Elimínalo antes de que acabe con todos nosotros. —Escarlata señalaba con una temblorosa ala.

Richard le acarició el hocico.

—Volveré. Aguanta.

Mientras subía a todo correr la escalera, desenvainó la espada. No fue necesario que conjurara su cólera, pues lo invadía ya incluso antes de tocar la empuñadura del arma. Ciego de ira corrió hacia las puertas situadas entre las colosales columnas.

Al cruzarlas, un puñado de soldados surgió de la oscuridad y cargó contra él. Sin detenerse, Richard se abrió paso con la espada. El acero relucía a la luz de las antorchas que ardían en los vastos corredores interiores. Richard danzaba con los espíritus. Su espada se movía con fluida gracia, abatiendo soldados.

Al primero lo cortó por la mitad, peto incluido. Todos los asaltos eran frenados por su rápido acero. En pocos momentos los quince hombres yacían desperdigados por el sangriento suelo. Richard siguió adelante sin pausa.

Vaya recepción. La última vez que había estado allí, después de matar a Rahl el Oscuro, el ejército de D'Hara le había jurado lealtad. Tal vez los soldados no le reconocían aunque era más que probable que supieran quién era.

El joven tomó un pasillo que conducía al Jardín de la Vida. Tres balconadas daban a él. La mayor parte de las antorchas estaban apagadas. No vio a nadie al atravesar un patio de oración con arena blanca rastrillada en círculos alrededor de una roca.

En una escalera lateral aparecieron media docena de mord-sith. Todas ellas llevaban su típico uniforme rojo de cuero y empuñaban un agiel. Pese a la cólera que sentía, Richard se dio cuenta de que no podía usar la *Espada de la Verdad* contra ellas, pues en ese caso lo capturarían con la magia del arma. Estaba furioso. Tenía que llegar junto a Rahl el Oscuro. No tenía tiempo para enfrentarse a esas peligrosas mujeres.

De mala gana envainó la espada y sacó el cuchillo. En una ocasión Denna le dijo que de haber usado el cuchillo en lugar de la espada, no lo habría capturado. No iba a poder dejarlas atrás; tendría que matarlas para pasar.

La más alta, una rubia que iba en cabeza, extendió las manos cuando Richard fue a por ella.

—¡Lord Rahl, no!

Las otras cinco se detuvieron. Richard trató de apuñalarla, pero la mujer se tambaleó hacia atrás y se agachó, con las palmas de las manos extendidas a ambos lados.

—¡Lord Rahl, deteneos! ¡Estamos aquí para ayudaros!

Aunque había envainado la espada, tenía cólera propia de sobra. Era preciso que llegara donde estaba Rahl el Oscuro. Tenía que salvar a Kahlan.

—¡Ayudadme en la otra vida; ésta se os acabará muy pronto!

—¡No, lord Rahl! Me llamo Cara. Estamos aquí para ayudaros. No sigáis por allí; no es seguro.

Richard se quedó cuchillo en mano, jadeando.

—No te creo. Queréis capturarme. Sé perfectamente lo que hacen las mord-sith con sus prisioneros.

—Yo conocía a Denna, tu ama. Llevas su agiel. Las mord-sith ya no viven para torturar a sus prisioneros. Vos nos liberasteis. Nosotras nunca haríamos daño a nuestro libertador. Os reverenciamos.

—Cuando me marché ordené a los soldados que quemaran todos vuestros uniformes y os dieran ropa nueva. También les ordené que os quitaran los agiel. Si me reverenciáis, ¿por qué me habéis desobedecido?

Una leve sonrisa asomó a los labios de Cara, al tiempo que levantaba una ceja sobre un frío ojo azul.

—Porque no podéis liberarnos para esclavizarnos en el tipo de vida que decidáis para nosotras. Ahora somos libres para elegir. Vos lo hicisteis posible.

»Decidimos luchar para proteger a nuestro lord Rahl. Hemos jurado dar la vida por vos si es necesario. Los hombres de la Primera Fila no son los únicos capaces de protegeros. Hemos elegido convertirnos en vuestras guardaespaldas y ni siquiera ellos osan plantarnos cara. Solamente aceptamos órdenes de lord Rahl.

—¡Pues os ordeno que me dejéis solo!

—Lo siento, lord Rahl, pero no podemos acatar esa orden.

Richard no sabía qué creer. Podría tratarse de una trampa.

—He venido para detener a Rahl el Oscuro. Tengo que llegar al Jardín de la Vida. Si no os apartáis, tendré que mataros.

—Sabemos adónde os dirigís —replicó Cara—. Nosotras os llevaremos, pero no por ahí. No controlamos todo el palacio. Ese camino no es seguro. De hecho, toda esa sección está en manos de los insurgentes. La Primera Fila habría perdido a un millar de hombres para llegar hasta aquí. Les dijimos que lo haríamos nosotras, porque sería menos arriesgado para vos. Ésa fue la única razón por la que accedieron.

Richard fue dando vueltas alrededor de las mujeres.

—No te creo —declaró—, y no puedo arriesgarme a que me traicionéis. Es demasiado importante. Si tratáis de detenerme, os mataré.

—Si vais por ahí, lord Rahl, moriréis. Por favor, dejad que os susurre un mensaje al oído. —Cara tendió su agiel a una de sus compañeras—. Ahora estoy desarmada.

Richard la cogió del pelo con una mano y posó el agudo filo del cuchillo contra su garganta. Un solo movimiento y le cortaría el gáznate. Cara le acercó la boca al oído.

—Estamos aquí para ayudaros, lord Rahl. Tan verdad como que... las ranas no crían pelo.

Richard se irguió.

—¿Dónde has oído eso?

—¿Sabéis qué quiere decir? El comandante general Trimack me aseguró que es un mensaje cifrado

que le dio el gran mago Zorander para que supierais que os éramos leales. Me advirtió que solamente os lo dijera a vos.

—¿Quién es el general Trimack?

—El comandante general, Primera Fila de la guardia de palacio. Ellos os son leales. La Primera Fila es el círculo de acero que rodea a lord Rahl. El mago Zorander ordenó al general Trimack que guardara el Jardín de la Vida a cualquier precio.

»Pero hace dos días llegó la mujer mágica. Mató casi a trescientos de los nuestros para entrar en el jardín. Tratamos de detenerla pero fue imposible. No tenemos magia contra ella. Esta noche mató casi a cien para salir.

»La seguimos y la vigilamos desde una ventana del tercer piso. Vimos como lanzaba rayos para abatir al dragón. Y también vimos cómo la matasteis. Solamente el verdadero lord Rahl podría haberlo hecho.

»Por favor, lord Rahl, están sucediendo cosas terribles en el Jardín de la Vida. Permitidnos que os escoltemos hasta allí para que detengáis al espíritu maligno.

Richard no tenía tiempo que perder. Tenía que haber sido Zedd quien les transmitiera el mensaje. Tenía que confiar en ellas.

—Muy bien, vámonos. Pero tengo mucha prisa.

Todas las mujeres sonrieron. Cara recuperó su agiel y lo agarró por la camisa, encima del hombro. Otra de las mord-sith hizo lo propio al otro lado. Entonces echaron a correr, arrastrándolo con ellas. Cara le susurró que se estuviera quieto. Las otras cuatro se desplegaron al frente, abriendo camino.

Rápida pero silenciosamente lo condujeron por pequeños pasadizos laterales y oscuras habitaciones. Mientras las exploradoras ascendían por estrechas escaleras reservadas a la servidumbre, Cara y la otra mord-sith lo aplastaron contra la pared, se llevaron un dedo a los labios pidiendo silencio y esperaron hasta oír un breve silbido. Entonces salieron disparadas, tirando de él por la camisa.

Al llegar a lo alto de la escalera a punto estuvo de tropezar con el cuerpo de una de las exploradoras. Una espada le había abierto la cara. En el pasillo vio los cadáveres de ocho soldados de D'Hara, con armadura, crispados y con sangre que les manaba de las orejas. Habían muerto por efecto del agiel.

Una de las mord-sith les hizo señales desde el fondo del corredor para que avanzaran. Cara lo hizo doblar la esquina en la que se había apostado la exploradora y luego subir otra escalera. Richard se sentía como un saco de ropa sucia, zarandeado de un lado al otro, aplastado contra paredes y en esquinas, mientras las mujeres le abrían camino.

Corrían tan deprisa que apenas lograba mantener su paso, aunque lo continuaban agarrando por la camisa y tiraban de él. Tantas escaleras habían subido y tantas habitaciones habían cruzado, que Richard ya se había perdido. Algunas de esas habitaciones tenían ventanas y por ellas vio que el sol ya salía.

Cuando por fin reconoció el ancho pasillo en el que entraron, estaba exhausto. Centenares de hombres de uniforme, con cota de malla y reluciente peto hincaron una rodilla al verlo. El estruendo de las armaduras y las armas resonó en el ancho pasillo. Todos se llevaron un puño al corazón. Cuando se levantaron uno de ellos se adelantó.

—Lord Rahl. Soy el comandante general Trimack. Estamos muy cerca del Jardín de la Vida. Yo os conduciré.

—Sé dónde está.

—Lord Rahl, debéis apresuraros. Los generales rebeldes han lanzado un ataque. No sé si podremos mantener esta posición mucho tiempo, pero lucharemos hasta el último hombre mientras estéis detrás.

—Gracias, general. Vosotros contenedlos mientras yo envío al bastardo de Rahl el Oscuro de vuelta al inframundo.

El general lo saludó llevándose un puño al corazón. Richard corrió por el pasillo de brillante granito que recordaba y que le condujo hasta las enormes puertas cubiertas de oro del Jardín de la Vida.

Casi fuera de sí de rabia, abrió de golpe las puertas. Había amanecido y los primeros rayos del sol iluminaban las copas de los árboles. Richard avanzó por el sendero, pasó junto a los bajos muros cubiertos por enredaderas y llegó al prado.

En el centro del jardín vio un círculo de arena blanca, arena de hechicero. Alrededor del redondo hueso de skrin, situado en medio de la arena, se habían dibujado intrincadas líneas. Detrás se alzaba el

altar con las tres cajas del Destino; la puerta al otro mundo. Las tres cajas eran de una negrura tal que parecían absorber toda la luz del jardín.

De la caja abierta brotaba un haz de luz verde que atravesaba el techo de cristal y se perdía en el cielo. Rahl el Oscuro estaba abriendo la puerta de algún otro modo. Alrededor del haz de luz verde giraban ráfagas de reluciente luz azul, amarilla y roja.

La refulgente figura blanca de Rahl el Oscuro lo miró avanzar por el prado. Richard se detuvo frente a su adversario, al borde del círculo de arena de hechicero. Rahl esbozó una leve sonrisa.

—Bienvenido, hijo mío —siseó.

Richard sintió la cicatriz que le había dejado la mano de Rahl en el pecho. Los relucientes ojos azules de Rahl el Oscuro se posaron en la piedra de Lágrimas que pendía del cuello de Richard, y luego se clavó en sus ojos.

—He engendrado a un gran mago. Nos gustaría que te unieras a nosotros, Richard.

Richard guardó silencio. Bullía de rabia mientras contemplaba la sonrisa de Rahl, cada vez más amplia. A través de la furia, de la terrible cólera de la magia, observaba y buscaba el centro de calma en su interior.

—Podemos ofrecerte lo que nadie puede, Richard, ni siquiera el mismo Creador. Somos más grandes que el Creador. Únete a nosotros.

—¿Qué podéis ofrecerme?

Rahl el Oscuro extendió sus refulgentes brazos y respondió:

—La inmortalidad.

Richard estaba demasiado enfadado para reír.

—¿Cuándo sucumbiste al engaño de que creería algo de lo que dijeras?

—Es cierto, Richard —susurró Rahl—. Te lo podemos conceder.

—El hecho de que algunas Hermanas se hayan creído tus mentiras no significa que yo vaya a hacerlo.

—Somos el Custodio del inframundo. Controlamos la vida y la muerte. Podemos ofrecerte la inmortalidad, especialmente a alguien con tu magia. Podrías convertirte en el señor del mundo de la vida, lo que yo habría sido si no hubieras interferido.

—No me interesa. ¿Tienes algo mejor que eso?

La cruel sonrisa de Rahl el Oscuro se hizo más amplia y sus cejas se alzaron.

—Oh, pues claro que sí, hijo mío.

La figura trazó un arco con el brazo encima del círculo de arena. La reluciente luz formó la imagen de una persona arrodillada hacia adelante.

Kahlan.

Llevaba su vestido de Confesora y estaba arrodillada. Tenía el pelo corto, como en la visión que tuviera en la torre. Una lágrima se le escapó de los ojos, cerrados, cuando alguien le aplastó la mejilla contra el tajo del verdugo. Los labios de la mujer pronunciaron su nombre y dijo que le quería. Richard sintió cómo el corazón le latía con fuerza.

—El dragón está herido, Richard. No podrás llevarte a Aydindril a tiempo. No podrás llegar. Sólo la salvarás si te ayudamos.

—¿Qué quiere decir «ayudar»?

—Ya te he dicho que tengo poder sobre la vida y la muerte. Sin nuestra ayuda eso es lo que le ocurrirá esta tarde, ante su pueblo.

Nuevamente extendió una reluciente mano. El ancho filo del hacha brilló en el aire, sobre Kahlan. El hacha descendió hasta clavarse en el tajo, lanzando un chorro de sangre. Richard se estremeció.

La cabeza de Kahlan cayó. Bajo su cuerpo se formó un brillante charco de sangre que empapó la arena y el vestido. El cuerpo se inclinó a un lado.

—¡Nooooo! —chilló Richard, apretando los puños—. ¡Nooooo!

Rahl el Oscuro hizo un gesto sobre el cuerpo, que volvió a convertirse en centelleante luz y desapareció.

—Del mismo modo que he borrado la visión de lo que ocurrirá esta tarde, puedo borrar la realidad. Únete a nosotros y ambos seréis inmortales.

Richard se había quedado como aturdido. Por primera vez se dio cuenta de la realidad. Escarlata

estaba herida y no podría llevarlo a Aydindril. Era el día del solsticio de invierno, Kahlan moriría sin remedio. Notaba que se ahogaba.

Su mundo se derrumbaba.

Ése era el significado de la profecía. Si aceptaba la oferta, si elegía evitar la muerte de Kahlan, el mundo acabaría para todos.

Pensó en Chase, que llevaba a Rachel a casa para que conociera a su nueva madre. Pensó en toda la felicidad que la niña disfrutaría en esa vida de amor. También pensó en su propia vida, en el amor de su madre y su padre, en los tiempos en que juntos fueron felices y los que no lo fueron tantos, y lo mucho que había significado para él.

Pasó revista al tiempo que había compartido con Kahlan, en el gozo de estar enamorado de ella y en todas las personas que tenían derecho a disfrutar de ese gozo, y que lo disfrutarían en el futuro.

—Podríais estar juntos siempre, Richard, por toda la eternidad.

Richard levantó los ojos de la arena blanca.

—Juntos para siempre, sobre las cenizas de la muerte. Por toda la eternidad.

¿Qué pasaría con Kahlan, con el amor que sentía por él, si le ofrecía un destino tan egoísta? Se sentiría horrorizada. Cada vez que lo mirara vería un monstruo. Por siempre jamás.

Viviría para siempre con ella pero con su repugnancia, no su amor. Así pues, tratando de salvarla destruiría no sólo a todos los demás sino también el corazón de Kahlan.

Era un precio demasiado alto incluso para su amor.

Pero la otra opción significaba la muerte y el fin del amor.

La rabia lo consumía, y al mismo tiempo estaba calmado. Miró fijamente los relucientes ojos del mal.

—Envenenarías nuestro amor con tu odio. Tú ni siquiera conoces el significado de la palabra amor.

La cólera inflamó en su interior una terrible tempestad. Al menos sacaría algo de todo eso. Venganza.

El joven alzó la piedra de Lágrimas. Rahl el Oscuro retrocedió un paso.

—Richard, piensa en lo que estás a punto de hacer.

—Pagarás por esto.

El joven sacó un puñado de arena negra de hechicero del bolsillo y lo arrojó al círculo de arena blanca.

—¡No! ¡No, idiota! —gritó Rahl, agitando los brazos.

La arena blanca se retorció como si tuviera vida propia y sufriera. Los símbolos dibujados en ella se enroscaron sobre sí mismos. El suelo tembló y se abrieron humeantes grietas.

De la centelleante arena blanca brotaron relámpagos que recorrieron el Jardín de la Vida. El lugar retumbaba por el estruendo y la cegadora luz. La arena de hechicero se fundió hasta formar un charco de líquido fuego azul. El aire temblaba con violentas sacudidas.

Rahl el Oscuro alzó los puños al aire.

—¡No!

Entonces agachó la cabeza. Al ver a Richard que se le acercaba lentamente con la piedra de Lágrimas en una mano, se quedó inmóvil. Luego alzó una mano en gesto admonitorio.

Richard se tambaleó y se detuvo, incapaz de respirar por el dolor que sentía en la cicatriz en el pecho. Se sentía morir. Pero en el fondo de su ser se armó de valor y se obligó a moverse pese al tormento. Con cada paso que daba el dolor aumentaba. Era como si la carne se le quemara y se le desprendiera, y el tuétano mismo le hirviera. Pero en el punto de calma situado en el centro de la tormenta fue capaz de ignorar todo el dolor.

Entonces se quitó la piedra de Lágrimas pasándosela por encima de la cabeza y sostuvo la cinta de cuero en una mano. La piedra se balanceó ante los ojos de Rahl. Éste retrocedió.

—Llevarás esto por toda la eternidad en las profundidades de la muerte. Arrodíllate —le ordenó, aproximándose.

La reluciente forma se arrodilló. Sus ojos no se apartaban de la piedra, encima de él. Richard bajó la cinta de cuero dispuesto a colgarla al cuello del espíritu de su padre. Entonces se detuvo.

Por encima de la cabeza de Rahl el Oscuro, detrás de él, vio el altar sobre el que descansaban las tres cajas. De la abierta, en el centro, que contenía cosas que iban más allá de cualquier conocimiento,

brotaba la luz verde semejante a un faro.

Entonces recordó la advertencia de Ann, Nathan y Warren. Si usaba la piedra de Lágrimas por razones egoístas, movido por el odio, acabaría de romper el velo. Richard deseaba más que nada enviar a Rahl el Oscuro a los abismos del inframundo, castigarlo para siempre por lo que había hecho. Pero de ese modo pagaría un precio que ya había decidido no pagar.

Además, él había sido el causante de todo. No importaba que hubiera actuado sin mala intención. La vida no era justa, simplemente era. Si alguien pisaba accidentalmente una serpiente venenosa, ésta mordía. Las intenciones eran irrelevantes.

—Yo mismo soy el responsable de mi pesar y tengo que sufrir las consecuencias de mis actos —susurró Richard—. No puedo hacer pagar a otros por lo que yo he causado, intencionalmente o no.

El joven volvió a colgarse la piedra de Lágrimas al cuello. Rahl el Oscuro se levantó, muy alarmado.

—Richard... no sabes lo que dices. Castígame. Cuélgame la piedra alrededor del cuello. ¡Véngate de mí!

Pero Richard se volvió a medias hacia el corazón del Jardín de la Vida y extendió una mano. El hueso de skrin, situado en medio del charco de fuego azul, voló hasta su palma. Su magia lo protegía.

Entonces levantó el hueso a lo alto. Invadido por la cólera y también por la calma conjuró el poder, y éste brotó de su puño.

Un relámpago amarillo y cálido impactó en Rahl el Oscuro. Otro, negro y frío, también le dio. Ambos se enroscaron uno alrededor del otro en la cólera desatada del skrin.

Una oleada de total oscuridad recorrió el jardín y, cuando se hubo ido, ya no quedaba ni rastro de los relámpagos, ni de Rahl el Oscuro. El hueso de skrin descansaba, frío, en su mano.

La luz verde que emanaba de la caja brilló con más intensidad, haciendo zumbir el jardín interior. Richard se quitó del cuello la piedra de Lágrimas. La cinta de cuero se desprendió cuando la piedra se volvió negra sobre su palma.

Entonces alzó esa mano. La piedra de Lágrimas voló hacia la luz verde y flotó en ella un momento, girando en el haz. La luz verde se fue apagando a medida que la piedra se hundía en la caja y se iba haciendo más y más transparente, hasta que dejó de existir. La luz verde se desvaneció por completo. El Jardín de la Vida quedó en silencio.

Richard extendió la mano que sostenía el hueso de skrin y nuevamente brotaron de él los relámpagos gemelos, que retumbaron. Ráfagas de luz blanca y cálida así como negra y fría lo envolvieron. Cuando acabó y el silencio volvió a resonar en sus oídos, miró las tres cajas encima del altar.

Todas estaban cerradas.

El joven sabía que era imposible abrirlas sin el libro, y el libro existía únicamente en su cabeza. Las cajas del Destino, la puerta del inframundo, permanecerían cerradas para siempre.

Entonces oyó un chasquido metálico, sintió algo que le rozaba el cuello y caía al suelo.

Bajó la vista y vio el collar, el rada'han, a sus pies. Se le había desprendido. Era libre.

También el dolor había desaparecido. El joven se palpó el pecho. La cicatriz ya no estaba. Richard se quedó de piedra. No estaba seguro de lo que acababa de ocurrir. No tenía ni idea de cómo lo había hecho.

Había acabado.

Para él todo había acabado.

Ese mismo día Kahlan moriría.

Pero de repente echó a correr. El día aún no había acabado.

Al cruzar las puertas del Jardín de la Vida las cinco mord-sith lo rodearon. Pero Richard siguió corriendo. En el pasillo siguiente un sudoroso y sucio general Trimack esperaba con cientos de hombres, todos de aspecto tan sombrío como el suyo. Muchos se veían cubiertos de sangre.

Hasta donde le alcanzaba la vista, todos los soldados que ocupaban el humeante corredor cayeron de rodillas y se llevaron un puño al corazón, creando un tremendo estrépito. El general se puso de pie. Mientras daba tres pasos hacia Richard, Cara se colocó delante del joven para protegerlo.

—¡Apártate, mujer!

Cara no se movió.

—Nadie toca a lord Rahl.

—Yo quiero protegerlo tanto como...

—Basta ya. Callad los dos.

Cara se relajó y se hizo a un lado. El general Trimack agarró a Richard por los hombros.

—Lord Rahl, lo habéis conseguido. Habéis tardado, pero lo habéis conseguido.

—¿Conseguido qué? ¿Y qué quieres decir con que he tardado?

El soldado enarcó las cejas.

—Habéis estado allí dentro la mayor parte del día.

Richard sintió que se quedaba sin respiración.

—¿Qué?

—Resistimos ferozmente durante horas pero nos estaban obligando a retroceder. Nos superaban en diez o quince a uno. Pero entonces lanzasteis el rayo. Jamás había visto nada igual.

»El mago Zorander me dijo que el palacio es un enorme encantamiento dibujado en el suelo de la meseta, destinado a salvaguardar y aumentar el poder de lord Rahl. No lo hubiera creído de no haberlo visto con mis propios ojos. Todo el palacio cobró vida con ese rayo; recorrió todas las paredes.

»Todos esos generales renegados leales a Rahl el Oscuro fueron abatidos por el rayo. Y también las tropas rebeldes que seguían luchando fueron eliminadas. Pero los soldados que depusieron las armas y se unieron a nosotros no sufrieron ningún daño.

Richard no supo qué decir.

—Me alegro, general, pero no puedo atribuirme el mérito. Yo estuve allí dentro todo el tiempo. Ni siquiera estoy seguro de lo que hice allí y mucho menos de lo que ha pasado fuera.

—Nosotros somos el acero contra acero. Vos hicisteis vuestra parte, lord Rahl; fuisteis la magia contra magia. Todos nos sentimos orgullosos de vos. —El general dio a Richard una palmada en el hombro—. Sea lo que sea lo que hicierais, escogisteis bien.

Richard se llevó los dedos a la frente, tratando de pensar.

—¿Qué hora es?

—Como ya he dicho, os habéis pasado casi todo el día dentro, mientras nosotros luchábamos aquí fuera. No falta mucho para el atardecer.

—Tengo que irme —declaró Richard, apretándose el pecho.

Echó a correr, seguido por todos. Muy pronto se perdió en la maraña de enormes corredores. Se detuvo deslizándose sobre el resbaladizo suelo de mármol y se volvió hacia Cara, que corría a su lado.

—¿Por dónde?

—¿Adónde vais?

—A la salida. Por el camino más rápido.

—¡Seguidnos, lord Rahl!

Richard echó a correr detrás de las cinco mord-sith. Lo seguía lo que parecía todo el ejército de palacio. El estrépito de todas las armaduras y las botas resonaba en las paredes y en los altos techos. Columnas, arcos, escaleras, patios de oración y cruces de pasillos desfilaban veloces a ambos lados. Corrían y corrían sin descanso.

Casi una hora más tarde, cuando al fin cruzó la puerta situada entre las colosales columnas y salió al exterior, estaba agotado. Tras él salieron los soldados. Richard bajó los escalones de cuatro en cuatro.

Encontró a Escarlata tumbada de lado en la nieve. Sus relucientes escamas rojas subían y bajaban al ritmo de su forzada respiración.

—¡Escarlata! ¡Estás viva! —Richard le frotó el hocico—. Estaba muy preocupado por ti.

—Richard, ya veo que has logrado sobrevivir. No debe de haber sido tan difícil como creías. —Escarlata trató de sonreír al modo de un dragón, pero no pudo—. Lo siento, amigo mío. No puedo volar. Tengo un ala herida. Lo he intentado pero, hasta que se cure, me temo que estoy prisionera aquí.

Richard derramó una lágrima sobre su hocico.

—Lo comprendo, amiga mía. Tú me has traído hasta aquí. Has salvado al mundo de los vivos. Eres la heroína más noble que ha dado la historia. ¿Te recuperarás? ¿Podrás volar de nuevo?

Escarlata logró lanzar una débil risa.

—Volveré a volar. Pero todavía tardaré un mes, más o menos. Me repondré. No estoy tan mal como parece.

—Escarlata es mi amiga —dijo Richard a los oficiales—. Ella nos ha salvado a todos. Quiero que le

traigáis comida y todo lo que necesite hasta que se recupere. Protegedla del mismo modo que me protegeríais a mí.

Los oficiales se llevaron un puño al corazón.

Richard agarró al general por un brazo.

—Necesito un caballo, uno fuerte. Rápido. Y quiero que me indiques cómo llegar hasta Aydindril.

—¡Traed un caballo fuerte ahora mismo! —gritó el general a sus hombres—. ¡Tú, ve a buscar un mapa de cómo llegar a Aydindril para lord Rahl!

Los hombres salieron corriendo. Richard se volvió hacia el dragón.

—Lamento mucho que sufras, Escarlata.

La risita de Escarlata retumbó en lo más profundo de su garganta.

—La herida no es tan dolorosa. Mira aquí, a este lado.

La cabeza situada en el extremo del largo cuello lo siguió. Richard dio la vuelta y se quedó atónito al ver un huevo envuelto por la cola del dragón.

Un gran ojo amarillo lo taladró con la mirada.

—Acabo de dar a luz. Por eso estoy tan débil. Ya ves, de todos modos tendría que estar en tierra.

Escarlata lanzó fuego sobre el huevo y lo acarició tiernamente con las garras. Mientras observaba, Richard pensó en lo bella que era la vida y en lo alegre que se sentía de que otros pudieran seguir disfrutando de ella.

Pero no podía quitarse de la mente la visión del hacha que caía. Revivía ese horror una y otra vez. Las manos le temblaban. Podría estar sucediendo en ese mismo momento. Le costaba respirar.

Por fin llegó un soldado corriendo con un mapa. Lo extendió y señaló en él.

—Mirad, lord Rahl, aquí está Aydindril. Ésta es la ruta más rápida. Pero tardaréis varias semanas.

Richard se metió el mapa en la camisa mientras otro soldado aparecía galopando a lomos de un caballo. Richard recogió la mochila y el arco de la nieve, donde habían caído en el aterrizaje forzoso.

El general Trimack aguantó las riendas del musculoso caballo mientras Richard rápidamente sujetaba sus pertenencias a la silla.

—Tenéis provisiones en las alforjas, lord Rahl. ¿Cuándo regresaréis?

Richard tenía la mente nublada; los pensamientos se le agolpaban. Lo único que veía era el hacha que caía.

—No lo sé. —Montó de un salto—. Cuando pueda. Hasta entonces, te dejo al mando. Continúa custodiando el Jardín de la Vida; que nadie entre.

—Buen viaje, lord Rahl. Nuestros corazones están con vos.

Los puños golpearon los pechos mientras Richard espoleaba al fuerte caballo y cruzaba a todo galope las puertas.

## 37

Richard maldijo entre dientes cuando el caballo cayó muerto bajo él. Al acabar de rodar sobre la nieve se levantó y empezó a recoger sus cosas del animal muerto, cubierto de espuma. Sintió una punzada de pesar por el corcel que le había servido hasta la muerte.

Había perdido la cuenta de todos los caballos a los que había llevado a la muerte. Algunos simplemente se detenían tambaleantes y se negaban a dar ni un paso más, otros se ponían al paso y ya no corrían; y otros galopaban hasta que el corazón les fallaba.

Richard sabía que era demasiado duro con ellos y había tratado de imponerse un ritmo más moderado, pero no lograba ir lo suficientemente lento. Cuando un caballo moría o dejaba de correr, Richard siempre encontraba otro. Algunos dueños se mostraban reacios a vender, pensando en regatear, pero Richard se limitaba a arrojarles un puñado de monedas de oro y se llevaba al caballo.

Él mismo estaba extenuado. Apenas dormía, ni comía. En ocasiones caminaba para dar tiempo a la montura a recuperarse y, cuando tenía que encontrar otro caballo, corría.

Ahora se colgó la mochila a la espalda y empezó a trotar. Hacía dos semanas que había partido de

D'Hara y sabía que ya no podía estar muy lejos de Aydindril.

Extrañamente, el hecho de que ya habían transcurrido dos semanas desde el solsticio de invierno no pesaba tanto como su afán por llegar hasta Kahlan. Era como si creyera que si se daba la suficiente prisa, si se esforzaba al máximo, lograría que el tiempo lo aguardara y lograría salvarla. Se negaba a aceptar que ya fuera demasiado tarde.

En lo alto de una elevación en el camino se detuvo, jadeante. Delante de él se extendía Aydindril, bañada por los brillantes rayos del sol. En las montañas que se alzaban al fondo distinguió los muros grises del Alcázar del Hechicero. Richard siguió corriendo sobre la nieve.

Las calles se veían atestadas de gente que caminaba apresurada, tratando de huir del frío aire de la tarde, mientras quienes vendían sus mercancías golpeaban los pies en el suelo para mantenerlos calientes. Al darse cuenta de que lo miraban fijamente debido a la *Espada de la Verdad*, la ocultó con la capa del mriswith.

Había un vendedor ambulante apostado a un lado de la calle junto a un corto palo apoyado en el suelo. De un travesaño colgaban unas delgadas cuerdas. Al darse cuenta de lo que el hombre voceaba, la mente se le aclaró de repente.

—¡Pelo de Confesora! ¡Comprad un mechón de la Madre Confesora! ¡Cortado directamente de su pérfida cabeza! ¡Ya no me quedan muchos! ¡Mostrad a vuestros hijos el pelo de la última Confesora!

Los ojos de Richard se quedaron prendidos de la larga melena. Era el pelo de Kahlan. Arrancó todo lo que quedaba del travesaño y se lo guardó en la camisa. Cuando el vendedor trató de recuperarlo, Richard lo lanzó contra el muro, le agarró de la camisa y lo levantó del suelo.

—¿De dónde lo has sacado?

—El... el Consejo. Se lo compré para venderlo. Se lo compré justo después de que se lo cortaran. Es mío. ¡Ladrón! ¡Ladrón! —gritó, pidiendo ayuda.

Cuando la airada multitud salió en su defensa, hizo acto de presencia la espada. La gente se dispersó y el vendedor corrió para salvar la vida.

Pese a guardar la espada, Richard notaba que su furia crecía mientras se encaminaba al Palacio de las Confesoras. El edificio ocupaba una vasta extensión. Richard recordó que Kahlan le había hablado de su esplendor. Lo conocía casi como si hubiera estado en él. Recordó asimismo que Kahlan le había hablado de una mujer, una cocinera. No, cocinera no; la jefa de los cocineros. ¿Cómo se llamaba? Sand algo. Sí, Sanderholt. Señora Sanderholt.

Guiándose por el olfato llegó a la entrada de la cocina. Entró en tromba. Todos quienes trabajaban allí se estremecieron al verlo. Era evidente que nadie quería meterse en líos.

—¡Sanderholt! —gritó—. ¡Señora Sanderholt! ¿Dónde está?

La gente señaló nerviosa hacia un pasillo. Antes de haber avanzado por él una docena de pasos, una delgada mujer apareció corriendo desde la otra dirección.

—¿Qué pasa? ¿Quién me llama?

—Yo.

La expresión ceñuda de la mujer se tornó en otra de consternación.

—¿Qué puedo hacer por ti, joven? —preguntó incómoda.

Richard se esforzó por borrar de su voz el tono de amenaza, pero no le pareció que tuviera mucho éxito.

—Kahlan. ¿Dónde puedo encontrarla?

La faz de la mujer se puso casi tan blanca como su delantal.

—Supongo que tú eres Richard. Me habló de ti. Eres tal como te describió.

—¡Sí! ¿Dónde está?

La señora Sanderholt tragó saliva.

—Lo siento, Richard —susurró—. El Consejo la condenó a muerte. La sentencia fue ejecutada en el festival del solsticio de invierno.

Richard se quedó mirando a la menuda mujer. Trataba de decidir si era posible que estuvieran hablando de la misma persona.

—Creo que no me has entendido bien —logró decir al fin—. Yo me refería a la Madre Confesora. A la Madre Confesora Kahlan Amnell. Debes de estar hablando de otra persona. Mi Kahlan no puede estar muerta. He venido tan deprisa como he podido. Lo juro.

Los ojos del ama de llaves se estaban llenando de lágrimas. Parpadeó para quitárselas y luego alzó la vista hacia él mientras lentamente sacudía la cabeza.

—Ven, Richard —le dijo, colocándole sobre el brazo su mano vendada—. Creo que necesitas comer algo. Te prepararé una sopa.

Richard dejó caer la mochila, el arco y la aljaba al suelo.

—¿El Consejo Supremo la condenó a muerte?

La mujer asintió débilmente.

—Se escapó, pero la apresaron. El Consejo Supremo ratificó la sentencia ante el pueblo antes de cortarle... antes de que fuera ejecutada. Y luego todos los consejeros se quedaron de pie, sonriendo, mientras eran vitoreados.

—Tal vez volvió a escapar. Es una mujer de muchos recursos...

—Yo estaba allí —dijo ella con voz rota. Lloraba—. Por favor, no me obligues a contarte lo que vi. Conocía a Kahlan desde que nació. La quería mucho.

Tal vez había un modo de volver atrás y llegar a Aydindril a tiempo. Tenía que haber un modo. Richard sentía que ardía, y la cabeza le daba vueltas.

No. Era demasiado tarde. Kahlan estaba muerta. Tuvo que permitir que muriera para detener al Custodio. La profecía había vencido.

—¿Dónde está el Consejo? —preguntó, apretando los dientes.

Con esfuerzo la señora Sanderholt logró apartar los ojos de él, señaló con la mano vendada hacia el pasillo y le indicó cómo llegar.

—Por favor, Richard —dijo—, yo también la quería. Ya no puede hacerse nada. No conseguirás nada.

Pero Richard ya se había puesto en marcha. La capa del mriswith ondeaba tras él. El joven solamente se fijaba en lo que le rodeaba para seguir las indicaciones de la señora Sanderholt. Su avance hacia la cámara del Consejo era tan rápido e inexorable como una de sus flechas cuando atraía el blanco.

Había guardias por todas partes, pero Richard no les prestó atención. No tenía ni idea de si los guardias se fijaban en él, ni le importaba. Volaba resueltamente hacia su blanco. Percibía el revuelo que levantaba en los soldados a su paso, en los pasillos laterales. Los había también en las galerías, pero el joven apenas les echó un vistazo.

Al final de una galería flanqueada por columnas se abrían las puertas que conducían a la cámara del Consejo. Al verlo aparecer, los guardias se colocaron ante ellas para cerrarle el paso. Richard apenas los vio; su atención se concentraba en las puertas mismas.

Aunque aún no había desenvainado la espada, su magia ya recorría todo su cuerpo con furia desatada. Los soldados se cuadraron ante las puertas. Richard no se detuvo. Siguió avanzando con mirada iracunda y la capa negra ondeando tras él.

Los soldados hicieron el gesto de detenerlo. Richard siguió adelante. Los quería fuera de su camino. El poder acudió a él por instinto, sin hacer un esfuerzo consciente. Sintió la sacudida y por el rabillo del ojo vio sangre que salpicaba el mármol blanco.

Sin aminorar el paso, emergió de la bola de fuego por un agujero el doble de grande del espacio que ocupaban antes las puertas. Por el aire volaban grandes pedazos humeantes de piedra. Richard recibió una lluvia de escombros. Una de las puertas voló en el aire, dibujando un arco, mientras que la otra giró como una peonza al aterrizar en el suelo de la cámara del Consejo, junto con abolladas piezas de armadura y armas hechas añicos.

En el extremo más alejado de la sala, unos hombres sentados tras un escritorio de forma curva se levantaron airadamente. Mientras avanzaba implacablemente hacia ellos, Richard desenvainó la espada. Su característico sonido metálico resonó en la imponente cámara.

—¡Soy Thurstan, el Consejero Supremo! —dijo quien ocupaba el asiento central, el mayor de todos—. ¡Exijo saber la razón de esta intrusión!

Richard no se detuvo.

—¿Alguno de los presentes se opuso a la condena a muerte de la Madre Confesora?

—¡Fue condenada a muerte por traición! ¡Fue una sentencia legal y unánime de todo el Consejo!  
¡Guardias! ¡Lleaos a este hombre!

Los soldados acudieron corriendo a la llamada, pero Richard se hallaba ya muy cerca de la tarima.

Los Consejeros sacaron sus cuchillos.

Richard saltó sobre el escritorio lanzando un grito de rabia. La *Espada de la Verdad* partió a Thurstan por la mitad, de la oreja a la entrepierna. Con dos estocadas a derecha e izquierda cercenó algunas cabezas. Algunos Consejeros trataron de clavarle los cuchillos, pero no eran lo suficientemente rápidos. La espada atravesó a cualquiera ataviado con túnica, incluidos quienes trataron de escapar. Todo acabó en cuestión de segundos, antes de que los soldados hubieran cubierto la mitad de la distancia.

Richard saltó de nuevo encima del escritorio. Con la espada sujeta con ambas manos, se entregó a un acceso de cólera desenfundada, mientras esperaba a los guardias. Deseaba que se acercaran.

—¡Soy el Buscador! ¡Esos hombres asesinaron a la Madre Confesora y han pagado por su crimen! ¡Decidid si estáis del lado de estos asesinos o del lado de la justicia!

Los soldados frenaron su avance y se miraron unos a otros, sin saber qué determinación tomar. Al fin se detuvieron. Richard esperaba jadeante.

Uno de los soldados volvió la vista para mirar el agujero en la pared donde antes se hallaban las puertas, así como a los escombros desparramados por el suelo.

—¿Eres un mago?

—Sí —contestó Richard, mirando a ese hombre a los ojos—. Supongo que sí lo soy.

—Esto es asunto de magos —declaró el soldado, envainando su arma—. No nos corresponde a nosotros retar a un mago. No pienso morir por algo que no es mi trabajo.

Otro lo imitó. A los pocos segundos en la cámara resonó el sonido del acero al ser envainado. A éste le siguió el ruido de las botas contra el suelo cuando los soldados empezaron a desfilar. En pocos minutos la vasta cámara del Consejo quedó vacía, con la excepción de Richard.

El joven se bajó del escritorio de un salto y se quedó mirando fijamente el sitial, situado en el centro. Era la única pieza del mobiliario que no estaba cubierta de sangre. Seguramente era el sitial de la Madre Confesora; la silla de Kahlan.

Con gesto rígido Richard envainó la espada. Había acabado. Había cumplido con su deber.

Los buenos espíritus lo habían abandonado. Y también habían abandonado a Kahlan. Él lo había sacrificado todo por lo que era justo, y los buenos espíritus no habían movido ni un dedo para ayudarlo.

Al Custodio con los buenos espíritus.

Richard cayó de rodillas y pensó en la *Espada de la Verdad*. Era una espada mágica, por lo que no podía confiar en ella para hacer lo que tenía en mente.

Así pues, desenvainó el cuchillo que llevaba al cinto. Él ya había hecho todo lo posible.

Richard se acercó la punta del cuchillo al pecho.

Con fría precisión bajó la vista para asegurarse de que apuntaba al corazón. El pelo de Kahlan, el que le había arrebatado al buhonero, asomaba por la camisa. Richard se sacó del bolsillo el mechón que ella misma le había dado.

Se lo había entregado para recordarle que siempre le amaría. Richard deseaba únicamente poner fin a esa insoportable tortura.

—Está despierta —dijo el príncipe Harold—. Pregunta por ti.

Finalmente Kahlan apartó la mirada del fuego que ardía en la chimenea y lanzó un frío vistazo al mago, sentado junto a Adie en un banco de madera. Aunque Zedd había recuperado la memoria, Adie aún creía que era Elda y seguía ciega.

Kahlan cruzó el oscuro comedor. Cuando llegaron la posada estaba vacía, al igual que el resto de la ciudad, por miedo al avance de las fuerzas de Kelton. Esa ciudad desierta era un buen lugar para descansar en su huida de Aydindril. Después de dos semanas huyendo, todos necesitaban descanso y algo de calor.

A la semana de haber dejado Aydindril, el grupo —formado por Zedd, Adie, Ahern, Jebra, Chandalen, Orsk y Kahlan— había sido interceptado por el príncipe Harold. El príncipe y un puñado de sus hombres habían logrado escapar de la masacre de sus fuerzas en Aydindril y desde entonces esperaba. Cuando la reina Cyrilla fue sacada de los calabozos para ser ejecutada públicamente hizo una arriesgada incursión y, aprovechando la confusión de la gente que había acudido a presenciar la ejecución, arrebató a su hermana de manos del verdugo.

Cuatro días después del encuentro con el príncipe Harold, se toparon con el capitán Ryan y lo que

quedaba de su ejército; unos novecientos soldados. Habían aniquilado a la Orden Imperial. Habían pagado un alto precio por ello, pero habían cumplido la misión.

Pese a lo orgullosa que se sentía de ellos, ni siquiera así logró Kahlan recuperar la moral, aunque se cuidó mucho de demostrarlo.

Después de escurrir un paño en la palangana, Kahlan fue a sentarse al borde del lecho de su hermana. De vez en cuando Cyrilla se despertaba, aunque siempre acababa por sumirse de nuevo en su sopor. Cuando se hallaba en ese estado no veía nada, no oía nada y no decía nada. Simplemente miraba fijamente.

Kahlan se animó al ver sus lágrimas, lo que significaba que estaba consciente. En esos casos Kahlan era la única que podía hablar con ella pues bastaba con que viera a un hombre para que empezara a chillar o se hundiera de nuevo en su sopor.

Cyrilla la cogió con fuerza de un brazo, mientras Kahlan le pasaba el paño de agua fría por la frente.

—Kahlan, ¿has pensado en lo que te dije?

La aludida retiró el paño.

—No quiero ser la reina de Galea. Tú eres la reina, hermana.

—Por favor, Kahlan, nuestro pueblo necesita un líder. Y yo ahora no estoy en condiciones de serlo. —Cyrilla le apretó con más fuerza el brazo. Lloraba—. Kahlan, hazlo por mí, y por ellos.

Kahlan le enjugó las lágrimas con el paño.

—Cyrilla, todo saldrá bien, ya lo verás.

—Ahora no puedo guiar a nadie —declaró la reina, agarrándose el abdomen.

—Cyrilla, lo entiendo. Aunque no me hicieron lo mismo que a ti, yo también estuve en ese pozo. Lo entiendo. Pero te recuperarás. Te lo prometo.

—¿Serás la reina? Por nuestro pueblo.

—Si accedo, sería sólo temporalmente. Sólo hasta que recuperes las fuerzas.

—No... —gimió Cyrilla, y sollozó, escondiendo la cara contra la almohada—. No... por favor. Queridos espíritus, ayudadme. No...

La reina volvió a desmayarse; se perdió en sus visiones. El cuerpo le quedó lacio, como muerto, y sus ojos miraban fijamente el techo. Kahlan la besó en la mejilla.

El príncipe Harold esperaba fuera de la habitación, a oscuras.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó.

—Igual, me temo. Pero se recuperará.

—Kahlan, tienes que hacer lo que te pide. Ella es la reina.

—¿Por qué no puedes ser tú el rey? Sería más sensato.

—Yo debo luchar por nuestra gente y por toda la Tierra Central. Pero no podré dedicarme a ello si también debo llevar la carga de la corona. Yo soy un soldado, y como tal deseo servir; luchando. Ése es mi papel. Tú eres una Amnell, eres hija del rey Wyborn; debes ser la reina de Galea.

Kahlan hizo el gesto de echarse su larga melena sobre la espalda, sin recordar que ya no la tenía. Costaba olvidar las costumbres de toda una vida, recordar que le habían cortado el pelo.

—Pensaré en ello —replicó.

Al regresar al comedor volvió a ocupar su lugar frente al fuego, que era la única fuente de luz en la sala. Permaneció sola, pues todos la evitaban. La Confesora contemplaba las llamas, observaba como algo que había estado vivo se convertía en cenizas.

Al rato se dio cuenta de la presencia de Zedd a su lado. Todavía no se había acostumbrado a verlo vestido como un figurín.

—¿Quieres un sorbo de té con especias? —le preguntó el mago, tendiéndole su taza.

Kahlan respondió sin apartar los ojos del fuego.

—No, gracias.

El mago habló, haciendo rodar la taza entre las palmas.

—Kahlan, no puedes seguir culpándote. No fue culpa tuya.

—Mientes muy mal, hechicero. Vi la expresión de tus ojos cuando te conté lo que había hecho. ¿Lo recuerdas?

—Ya te lo he explicado. Ya sabes que me encontraba bajo el hechizo lanzado por las tres brujas, y que solamente una fuerte impresión podía romperlo. La ira puede conseguirlo, pero debe tratarse de un

acceso de ira totalmente incontrolado. Ya te he dicho cuánto lamento lo que te hice.

—Vi la expresión de tus ojos. Querías matarme.

Zedd la miró fijamente.

—Tenía que hacerlo, Madre Confesora...

—Kahlan. Ya te he dicho que no soy la Madre Confesora.

—Puedes llamarte como se te antoje, pero eres quien eres. Renegando de tu nombre no vas a cambiarlo. Y, como ya te he explicado, tenía que hacerlo. Para que un hechizo de muerte funcione la persona encantada debe estar convencida de que va a morir.

»Una vez que la ira me hizo recuperar la memoria, supe que tenía que utilizar un hechizo de muerte. Así pues, aproveché los acontecimientos para hacer lo necesario. Fue un acto desesperado. De no haberlo hecho de ese modo, la gente no hubiera creído que veía cómo te cortaban la cabeza.

Kahlan se estremeció al recordar ese hechizo. Mientras viviera nunca olvidaría el gélido toque del hechizo de muerte.

—Podrías haber usado tu magia para destruir al Consejo. Podrías haberme salvado matando a esos malvados.

—Y entonces todo el mundo hubiera sabido que seguías con vida. La locura del odio afectaba a todos. De haber hecho lo que sugieres, hubiésemos tenido todo el ejército y miles de personas tras nuestros pasos. Así nadie nos persigue y podemos hacer lo necesario.

—Hazlo tú. Yo he abandonado la causa de los buenos espíritus.

—Kahlan, ya sabes qué ocurrirá si abandonamos. Fuiste tú quien el otoño pasado viniste a la Tierra Occidental para buscarme y decirme que no podía abandonar. Tú me convenciste de que, si abandonamos el lado de la magia, de lo que está bien y dejamos de ayudar a los indefensos, estamos sirviendo al enemigo la victoria en bandeja de plata.

—Los espíritus me negaron su ayuda. No hicieron nada cuando entregué a Richard a las Hermanas de la Luz; dejaron que le hiciera daño, dejaron que se fuera de mi lado para siempre. Los buenos espíritus han escogido de qué lado están, y no es del mío.

—La misión de los buenos espíritus no es gobernar el mundo de los vivos. Somos nosotros quienes debemos hacer eso.

—Eso díselo a alguien a quien le importe.

—A ti te importa. Ahora mismo no te das cuenta. Yo también he perdido a Richard, pero sé que no puedo permitir que eso me impida hacer el bien. ¿Crees que Richard te amaría si fueras realmente el tipo de persona capaz de abandonar a quienes la necesitan?

En vista de que Kahlan nada respondía, Zedd insistió.

—Una de las razones por las que Richard te ama es por tu pasión por la vida. Te quiere, porque tú luchas por ella con todo lo que tienes, con el mismo ardor que él. Ya lo has demostrado.

—Él era lo único que nunca le pedí a la vida, lo único que pedí a los buenos espíritus. Y mira lo que le han hecho. Cree que le traicioné. Le obligué a ponerse al cuello un collar, algo que temía más que a la muerte. No sirvo para ayudar a nadie; solamente causo dolor.

—Kahlan, posees magia. Ya te he dicho que no debemos permitir que la magia muera. El mundo de los vivos necesita magia. Si se extingue, toda la vida se verá empobrecida y es posible incluso que se destruya.

»Nadie sabe con qué fuerzas contamos. Debemos ir a Ebinissia, algo que nadie espera, y unir todas las fuerzas de la Tierra Central para lanzar el contraataque. Nadie sabrá que hemos hecho renacer Ebinissia de las cenizas de la muerte.

—¡Muy bien! Si eso te hace callar, seré la reina. Pero solamente hasta que Cyrilla se recupere.

El fuego crepitaba. Zedd habló en un suave tono admonitorio.

—Sabes que no es eso a lo que me refería, Madre Confesora.

Kahlan guardó silencio y tuvo que morderse la parte interior de las mejillas para contener las lágrimas. No quería que Zedd la viese llorar.

—Los magos de antaño crearon a las Confesoras. Tú posees una magia única; posee elementos que ningún otro tipo de magia tiene, ni siquiera la mía. Kahlan, eres la última Confesora. Tu magia no debe morir contigo. Ambos hemos perdido a Richard. Así son las cosas; debemos aceptarlo y seguir adelante. La vida y la magia deben continuar.

»Debes tomar pareja y transmitir tu magia al mundo para el futuro.

Kahlan seguía con la vista clavada en el fuego.

—Kahlan —susurró Zedd—, debes hacerlo para demostrar el amor y la fe de Richard en ti.

Lentamente la mujer se dio la vuelta hacia el comedor. Orsk estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, junto a Chandalen. Solamente él la miraba con su único ojo; la cicatriz que le cruzaba el otro presentaba un aspecto especialmente desagradable a la luz de las llamas. Orsk no la perdía de vista. Todos los demás presentes trataban de parecer muy ocupados en sus propios asuntos.

—Orsk —lo llamó.

El gigantón se levantó de un salto y cruzó la sala. Luego esperó con los hombros encorvados a que le diera una orden, ya fuera llevarle una taza de té o matar a alguien.

—Orsk, sube a mi dormitorio y espérame.

—Sí, mi ama.

Cuando el hombre hubo subido los peldaños de tres en tres, Kahlan lentamente atravesó el comedor. Pudo oír cómo su cama crujía cuando Orsk se sentó en ella a esperarla.

Ya había colocado una mano encima del poste de arranque cuando Zedd la detuvo.

—Madre Confesora, no tiene por qué ser él. Seguro que puedes encontrar a alguien que te guste más.

—Eso no importa. Ya lo he tomado con mi poder. ¿Por qué hacer daño a otro innecesariamente?

—Kahlan, no estoy diciendo que tenga que ser ahora. Espera un poco. Yo sólo digo que tienes que tratar de aceptarlo y que con el tiempo seguro que lo consigues.

—Hoy, mañana, el año siguiente. ¿Qué más da? Me sentiré igual dentro de diez años. Los magos han usado a las Confesoras durante miles de años. ¿Por qué tendría yo que ser distinta a mis antecesoras? Cuando antes acabe con esto, antes estarás tú satisfecho.

Zedd la miró con ojos llorosos.

—Kahlan, te equivocas. Es la esperanza de vida.

La mujer sintió una lágrima que le corría por la mejilla. Podía ver el dolor reflejado en los ojos de Zedd, pero no mostró compasión por él.

—Llámalo como quieras. Eso no cambiará lo que es; una violación. Mis amigos lograrán hacer lo que mis enemigos no pudieron; violarme.

—Lo sé, querida. Lo sé muy bien.

Kahlan hizo ademán de subir, pero nuevamente la mano de Zedd la detuvo.

—Kahlan, te lo ruego, primero haz algo por mí. Ve a dar un paseo para pensártelo y pide a los espíritus que te guíen. Reza a los buenos espíritus, pídeles orientación.

—No tengo nada que decir a los buenos espíritus. Son ellos quienes desean esto; te han enviado a ti para que me «guíes».

La delgada mano del mago acarició los cortos cabellos de la joven.

—Entonces, hazlo por Richard.

Kahlan se quedó observándolo fijamente. Finalmente, miró por la puerta trasera al pequeño jardín helado situado junto a la posada. Acababa de anochecer.

—Bueno, por Richard.

## 38

Sentado en el sitial de Kahlan, Richard acariciaba los largos mechones de su pelo. Se los había sacado de la camisa, porque no quería clavarse el cuchillo a través de ellos. No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado, acariciando el pelo de Kahlan, perdido en sus recuerdos, pero al mirar por las ventanas se dio cuenta de que estaba anocheciendo.

Dejó cuidadosamente el pelo encima del brazo del sitial y volvió a coger el cuchillo. Aturdido y angustiado, posó la punta encima de su corazón. Lo aferraba con tal fuerza, que tenía los nudillos blancos.

Había llegado el momento.

Por fin todo acabaría. El dolor cesaría.

De pronto frunció el entrecejo. ¿Qué era lo que había dicho la señora Sanderholt? ¿Que Kahlan le había hablado de él? Se preguntó si Kahlan habría dicho a su ama de llaves algo más. Tal vez le había dado un último mensaje antes de morir. ¿Qué mal podría hacer preguntarle? Luego, se mataría.

Así pues, la sacó de la cocina, la empujó hacia una pequeña despensa donde se guardaban provisiones y cerró la puerta.

—¿Qué has hecho, Richard?

—He matado a sus asesinos.

—Bueno, no puedo decir que lo lamente. Esos hombres no deberían haber estado en el Consejo. Déjame que te traiga algo de comer.

—No, no quiero nada. Señora Sanderholt, dijo que Kahlan le habló de mí, ¿cierto?

La mujer no parecía muy dispuesta a desenterrar recuerdos, pero al fin inspiró hondo y asintió.

—Cuando regresó al que era su hogar las cosas habían cambiado. Kelton...

—No me interesa lo que ocurrió aquí. Sólo quiero saber de ella.

—El príncipe Fyren fue asesinado. Ella fue acusada injustamente de ese crimen y de una larga lista de otros, incluida la traición. El mago que estaba al cargo la condenó a... a muerte.

—A ser decapitada.

La mujer asintió con renuencia.

—Pero ella escapó con la ayuda de algunos amigos, mató al mago y luego se escondió. Pero me envió un mensaje y fui a verla. En una de esas visitas me contó todo por lo que había pasado. Me habló de ti. No quería hablar de nada más.

—¿Por qué no huyó? ¿Por qué se quedó en Aydindril?

—Dijo que tenía que esperar a un mago llamado Zedd y que tenía que ayudarte.

Richard cerró los ojos. El dolor que sentía en el corazón se hizo más intenso.

—Así pues, la atraparon mientras esperaba.

—No. No fue así como ocurrió. —Richard se quedó mirando fijamente el veteado del suelo mientras ella hablaba—. El mago que esperaba regresó. Fue él quien la entregó.

Richard levantó la cabeza.

—¿Qué? ¿Zedd vino aquí? Zedd jamás entregaría a Kahlan para que fuera ejecutada.

—Pues lo hizo. Estaba de pie en la tarima ante la multitud que vitoreaba y ordenó que le cortaran la cabeza. Yo estaba allí cuando ese malvado mago dio la orden al verdugo.

Richard notó que la cabeza le daba vueltas.

—¿Zedd? Un hombre anciano y enjuto con pelo largo blanco y ondulado que siempre va despeinado.

—Ese mismo. El Primer Mago Zeddicus Zu'l Zorander.

Por primera vez una chispa de esperanza prendió en el joven. No lo sabía todo de Zedd, pero sí sabía que no era capaz de algo similar. ¿O acaso sí?

—¿Dónde está enterrada? —preguntó, agarrándola por los hombros.

La señora Sanderholt lo condujo afuera, a la oscuridad, hacia el solitario patio en el que eran enterradas las Confesoras. Entonces le contó que el cuerpo de Kahlan había sido incinerado en una pira funeraria, supervisada por el Primer Mago. Luego le dejó solo junto a la enorme lápida alzada sobre las cenizas de la última de las Confesoras.

Richard pasó los dedos sobre las letras grabadas en el granito gris. KAHLAN AMNELL, MADRE CONFESORA. NO ESTÁ AQUÍ, SINO EN LOS CORAZONES DE QUIENES LA AMAN.

—No está aquí —leyó Richard en voz alta. ¿Podría ser un mensaje? ¿Y si estaba viva? ¿Había sido un truco de Zedd para salvarla? Pero ¿por qué?

Tal vez para evitar que la persiguieran.

Richard cayó de rodillas en la nieve delante del monumento. ¿Osaría tener esperanzas, se arriesgaría a verlas destruidas?

El joven unió las temblorosas manos e inclinó la cabeza.

—Queridos espíritus, sé que he cometido actos malvados, pero siempre he intentado hacer el bien. He luchado por ayudar a mis semejantes y defender vuestros principios de honestidad y bondad.

»Os lo suplico, queridos espíritus, ayudadme.

»Nunca os había pedido algo hasta hoy. Jamás os he suplicado nada con tanto anhelo. Por favor, aunque nunca más vayáis a ayudarme, ayudadme ahora.

»Os lo ruego, queridos espíritus, no puedo seguir adelante si no lo sé. Lo he sacrificado todo a la causa del bien. Por favor, concededme esto. Hacedme saber si está viva.

Con la cabeza gacha y llorando, vio en el suelo destellos de luz.

Alzó la vista y vio sobre él a un reluciente espíritu.

Al reconocer quién era, se quedó de piedra.

Kahlan había paseado por ese jardín en innumerables ocasiones. Si titubeaba era, en parte, porque temía la confirmación de sus miedos. Al fin se arrodilló y unió las manos al frente encima de una roca. Entonces inclinó la cabeza y oró.

—Queridos espíritus, sé que no soy digna de ello, pero os lo ruego; tengo que saber si Richard está bien. Necesito saber si aún me ama.

La mujer tragó saliva, tratando de extinguir el ardor que sentía en la garganta.

—Tengo que saber si volveré a verlo algún día.

»He sido irrespetuosa, lo sé, y no tengo excusa, excepto la de no ser mejor persona. Si me concedéis este deseo, haré cualquier cosa que me pidáis.

»Pero, por favor, queridos espíritus, tengo que saber si volveré a ver algún día a mi Richard.

Kahlan lloraba con la cabeza gacha. De su rostro goteaban lágrimas. Ante ella, en el suelo, brillaron unos destellos luminosos.

Alzó el rostro y vio la faz de un reluciente espíritu que flotaba sobre ella. Una cálida sonrisa de serenidad se dibujó en ese rostro que Kahlan conocía. Lentamente, sin darse cuenta, se puso de pie.

—¿Eres realmente... tú?

—Sí, Kahlan, lo soy. Soy Denna.

—Pero... tú te entregaste al Custodio. Hiciste tuya la marca que Rahl el Oscuro puso en Richard. Fuiste al inframundo en su lugar.

La radiante sonrisa de paz llenó de gozo el corazón de Kahlan.

—Al Custodio le repelió mi sacrificio y me rechazó. Así pues, me reuní con lo que tú llamas buenos espíritus.

»Del mismo modo que con mi sacrificio me gané una paz que jamás pude esperar, por haberos comportado tan generosamente con vuestros semejantes, y haberos sacrificado el uno por el otro, tanto tú como Richard os merecéis la misma paz que yo. Puesto que ambos poseéis ambos lados de la magia y estáis unidos a mí por mis actos, antes de cruzar el velo se me ha otorgado el poder de reuniros por un breve espacio de tiempo, en un lugar situado entre ambos mundos.

Denna, envuelta en una larga y suelta túnica, extendió los brazos. Los luminosos pliegues de las mangas pendían hasta el suelo.

—Ven, pequeña. Ven a mis brazos y te llevaré con Richard.

Temblando, Kahlan cayó en brazos de Denna.

La luz de Denna lo fue envolviendo al tiempo que sus brazos los rodeaban cariñosamente. El mundo desapareció en esa claridad. Richard ignoraba qué debía esperar. Sólo sabía que deseaba más ver a Kahlan que la vida misma.

El cegador fulgor blanco se convirtió en un suave resplandor. Kahlan apareció ante él. La mujer emitió una exclamación entrecortada y se lanzó a sus brazos. Mientras lo abrazaba con fuerza gemía su nombre.

Se abrazaron sin decir nada, simplemente sintiendo la presencia del otro. Richard notaba el calor de Kahlan, su respiración, su temblor. No quería dejarla ir nunca más.

Se dejaron caer sobre la suave base que los sostenía. Richard no sabía qué era, ni le importaba; sólo contaba que era suficientemente sólida para aguantarlos. Quería sentir los brazos de Kahlan alrededor de su cuerpo por siempre jamás. Por fin ella dejó de llorar y apoyó la cabeza contra el hombro de Richard, que la seguía estrechando contra sí.

Cuando alzó la cabeza, el joven sintió la intensa mirada de esos hermosos ojos verdes.

—Richard, lamento tanto haberte obligado a ponerte ese collar...

El joven la acalló poniéndole un dedo sobre los labios.

—Fue por una buena razón. Me costó tiempo entender lo estúpido que había sido yo y lo valiente que tú eres. Eso es lo único que importa. Aún te quiero más al saber que te sacrificaste por salvarme.

Pero Kahlan sacudía la cabeza.

—Mi Richard. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Recé a los buenos espíritus y se me apareció Denna.

—A mí también. Denna también se sacrificó por ti; tomó para sí el poder de la marca, para que vivieras. Denna me devolvió tu vida. Ahora está en paz.

—Lo sé. —Richard le pasó los dedos por la cabeza—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—Un mago me lo cortó.

—Un mago. Bueno, en ese caso supongo que un mago tendrá que devolvértelo.

Richard le acarició tiernamente el pelo y recordó cómo Zedd se había acariciado la barbilla para hacerse crecer una barba. Era como si por el simple hecho de habérselo visto hacer a Zedd ya supiera cómo hacerlo. A cada movimiento de su mano, el cabello de Kahlan crecía.

Richard extraía el poder del centro de calma en su interior. Cuando el cabello de Kahlan ya era tan largo como antes, paró.

La mujer se cogió un largo mechón y lo miró asombrada.

—Richard, ¿cómo lo has hecho?

—Tengo el don, ¿recuerdas?

Kahlan le dirigió su especial sonrisa, esa sonrisa cómplice que reservaba para él. Entonces le pasó la mano por el mentón.

—Lo siento, Richard, pero debo decirte que no me gusta nada tu barba. Me gustabas más antes.

Richard enarcó una ceja.

—¿De veras? Bueno, considerando que tú vuelves a ser la que eras, tendré que hacer lo mismo conmigo.

El joven se pasó la mano por el mentón y nuevamente extrajo poder de su centro de calma.

Kahlan lanzó una exclamación de asombro.

—¡Richard! ¡Ya no está! ¡Tu barba ha desaparecido! ¡La has hecho desaparecer! ¿Cómo lo has logrado?

—Poseo el don para ambos tipos de magia.

—¿También para la Magia de Resta? —Kahlan no daba crédito—. Richard, ¿es real o estoy soñando?

El joven le dio un beso largo y apasionado.

—A mí me parece bastante real —dijo, sin aliento.

—Richard, tengo miedo. Tú estás con las Hermanas. Nunca más podremos estar juntos. No me siento capaz de continuar si vas a estar...

—Ya no estoy con las Hermanas. Estoy en Aydindril.

—¡Aydindril!

—Sí. Abandoné el Palacio de los Profetas. La hermana Verna me ayudó. Luego fui a D'Hara.

Richard le contó todo lo ocurrido desde que se separaran, y ella también le explicó sus andanzas. Richard apenas daba crédito a sus oídos.

—Estoy muy orgulloso de ti —declaró—. Eres verdaderamente la Madre Confesora. Eres la más grande Madre Confesora que nunca haya existido.

—Regresa a la galería que conduce a las cámaras del Consejo y verás los retratos de Confesoras que fueron mucho mejores de lo que yo llegaré a ser nunca.

—Lo dudo, amor mío.

Nuevamente la besó. Fue un beso ardiente y apasionado. Kahlan le devolvió el beso con desesperación, como si lo único que necesitara en la vida fuera estar en sus brazos y besarlo. Richard posó una lluvia de besos en sus mejillas, orejas y cuello. Kahlan se apretó contra él y gimió.

—Richard, la cicatriz, la marca de Rahl el Oscuro, ¿ha desaparecido de verdad?

El joven se abrió la camisa para mostrárselo. Kahlan le acarició el pecho.

—Sí, es cierto —susurró.

Tiernamente le besó el pecho. Lo acariciaba al tiempo que cubría de besos el lugar donde antes

estaba la marca, y finalmente, posó los labios sobre un pezón.

—Esto no es justo —protestó un jadeante Richard—. Yo también quiero besar todo lo que tú me beses a mí.

Kahlan lo miró a los ojos mientras se iba desabrochando la camisa.

—Trato hecho.

Kahlan empezó a quitarle la ropa, mientras él dejaba un rastro de húmedos besos sobre la suave carne femenina. Con cada beso la respiración de Kahlan se hacía más entrecortada.

—Kahlan —logró decir Richard, apartándose un poco—. Es posible que los buenos espíritus nos estén observando.

Pero ella lo tumbó de espaldas y le besó.

—Si realmente son espíritus buenos, seguro que se tapan los ojos.

El tacto de la cálida carne femenina le hacía perder la cabeza, y al palpar sus formas gimió de deseo. Alrededor de ellos el delicado resplandor latía al ritmo de su respiración. Parecía haberse convertido en una extensión de su ardor.

Richard se colocó sobre ella, se perdió en sus ojos verdes y le dijo:

—Te quiero Kahlan Amnell, ahora y siempre.

—Y yo a ti, mi Richard.

Mientras los labios de ambos se encontraban, Kahlan le rodeó el cuello con los brazos y entrelazó sus piernas con las de su amado.

En ese espacio vacío entre los dos mundos, bañados por el suave resplandor de un lugar en el que el tiempo no existía, fueron uno.

## 39

Kahlan regresó a la posada dando un paseo. En el extremo del pasillo que conducía al comedor esperó a oscuras. Aún se sentía embargada por el cálido resplandor así como una abrumadora dicha y el recuerdo del éxtasis. Al oír sus pasos todos alzaron la vista.

—¡Kahlan! —Zedd se levantó de un salto—. ¡Córcholis, muchacha! ¿Dónde te has metido toda la noche? Te fuiste al atardecer y no regresaste. Hemos registrado toda la ciudad. ¿Adónde fuiste?

La mujer se volvió y extendió una mano.

—He estado en el pequeño jardín de la parte de atrás.

Zedd se puso hecho una furia.

—¡De eso nada! ¡No estabas en el jardín!

—Bueno —sonrió Kahlan con aire soñador—, estaba al principio, pero luego fui a reunirme con Richard. Zedd, ha escapado de las Hermanas. Está en Aydindrill.

Zedd se detuvo.

—Kahlan, sé que lo has pasado muy mal. Seguramente tuviste una visión basada en tus deseos.

—No, Zedd. Recé a los buenos espíritus. Entonces ella se me apareció y me llevó junto a Richard a un lugar entre los mundos.

—Kahlan, es imposible que...

Se interrumpió cuando la Confesora salió de las sombras y la luz del fuego la iluminó. El mago abrió mucho los ojos.

—¿Qué... qué le ha pasado a tu pelo? —susurró—. Vuelve a ser largo.

Kahlan sonrió de oreja a oreja.

—Richard lo arregló. Tiene el don, ya sabes. Me dio esto —dijo, mostrándole el agiel que le colgaba al cuello—. Me dijo que ya no lo necesitaba.

—Pero... tiene que haber alguna otra explicación...

—Me dio un mensaje para ti. Dijo que gracias por no cerrar la caja del Destino abierta. Añadió que se alegraba de que su abuelo tuviese la sabiduría suficiente para no violar la Segunda Norma de un mago.

—Su abuelo... —Las lágrimas se deslizaron por la arrugada faz del mago—. ¡Lo has visto! ¡Lo has

visto de verdad! ¡Richard está a salvo!

Kahlan le arrojó los brazos al cuello.

—Sí, Zedd. Todo se arreglará. Devolvió la piedra de Lágrimas al lugar que le corresponde y cerró la caja del Destino. La llamó la puerta. Me explicó que para ello tuvo que usar Magia de Suma y también de Resta, o hubiera destruido toda la vida.

El mago la agarró por los hombros y la apartó de sí.

—¿Richard posee Magia de Resta? Imposible.

—Llevaba barba y la hizo desaparecer. Para recordarte la lección que le diste, dijo que solamente la Magia de Resta podría lograrlo.

—Es realmente asombroso. —El mago fijó en ella su aguda mirada y comentó—: Estás empapada de sudor, muchacha. —Con una enjuta mano en la frente comprobó si estaba enferma—. No, no tienes fiebre. ¿Por qué estás sudando?

—Es que... hacía calor en el otro mundo. Mucho calor.

—Hmmm. —El mago se fijó en su pelo—. Y tienes el pelo enmarañado. ¿Qué clase de mago te daría una melena revuelta? Yo te lo hubiera hecho crecer peinado. Ese chico tiene mucho que aprender. No lo hizo nada bien.

Kahlan desvió la mirada para decir:

—Créeme, lo hizo perfectamente.

El mago volvió la cabeza y la escrutó con un solo ojo.

—¿Qué habéis estado haciendo toda la noche? Porque habéis pasado toda la noche juntos. ¿Qué habéis hecho?

Kahlan notó que las orejas le ardían. Por suerte, la melena se las volvía a cubrir.

—Bueno, no sé. ¿Qué hacéis tú y Adie cuando pasáis toda la noche juntos?

—Bueno... —El mago carraspeó—. Bueno, nosotros... —Entonces levantó el mentón y señaló hacia lo alto con un dedo—. Hablamos. Sí señora, eso hacemos, hablar.

Kahlan se encogió de hombros.

—Pues eso mismo hemos hecho nosotros, como tú y Adie. Nos hemos pasado la noche charlando.

Zedd esbozó una astuta sonrisa y a continuación la estrechó con fuerza entre sus delgados brazos, dándole palmaditas en la espalda.

—Me alegro mucho por ti, querida.

El mago la cogió de las manos y bailó con ella por la sala. Ahern sonrió, sacó una pequeña flauta y los acompañó con una alegre melodía.

—¡Mi nieto es un mago! ¡Mi nieto será un gran mago como su abuelo!

La celebración se prolongó varios minutos más. Todo el mundo se unió a las risas y acompañó la música con palmas.

Pero una persona se mantenía aparte, Adie, sentada en una mecedora en la esquina. Escuchaba la música con una sonrisa de tristeza.

Kahlan se dirigió hacia la anciana, se arrodilló frente a ella y le cogió sus frágiles manos.

—Me alegro por ti, pequeña —dijo Adie.

—Adie, los espíritus te mandan un mensaje.

La anciana sacudió la cabeza con pesar.

—Lo siento, pequeña, pero no lo entendería. No recuerdo nada de esa Adie.

—Prometí que te lo daría. Alguien del otro mundo ha insistido mucho. ¿Quieres oírlo?

—Bueno, dímelo, aunque lamentablemente no lo entenderé.

—Es un mensaje de alguien llamado Pell.

La sala se quedó en silencio y la mecedora en la que se sentaba Adie dejó de balancearse. La anciana se enderezó ligeramente. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿De Pell? —preguntó, apretando con fuerza las manos de Kahlan—. ¿Tienes un mensaje de mi Pell?

—Sí, Adie. Quiere que sepas que te quiere y que está en un lugar de paz. Me encargó que te dijera que sabe que nunca lo traicionaste, que sabe que le amas y que siente mucho que sufieras tanto. Descansa en paz sabiendo que reina la armonía entre vuestros espíritus.

Adie clavó en Kahlan sus blancos ojos, de los que se le escapaban las lágrimas.

—¿Mi Pell sabe que no lo traicioné?

—Sí, Adie. Lo sabe y te quiere, como siempre.

Adie atrajo a Kahlan hacia sí y la abrazó mientras lloraba.

—Gracias, Kahlan. No te imaginas lo que esto significa para mí. Me lo has devuelto todo. Me has devuelto el sentido de la vida.

—Sé cuánto significa, Adie.

Adie le acarició la cabeza, manteniéndola muy apretada.

—Sí, pequeña, es posible que sí.

Jebra y Chandalen se encargaron del desayuno mientras el resto hablaba y trazaba planes. Aunque limpiar Ebinissia de todos los cadáveres sería una tarea realmente atroz, al menos era aún invierno, pues con buen tiempo hubiese sido mucho peor. Después de Ebinissia, volverían a unificar toda la Tierra Central.

Kahlan les dijo que Richard trataría de reunirse con ellos en la capital de Galea y que posiblemente tendría que regresar junto con Zedd a la Tierra Occidental para ocuparse de las Hermanas de las Tinieblas. Pero, por el momento, éstas seguían en el mar.

Después de dar cuenta de un buen desayuno acompañado por una animada charla, durante el cual reinó una alegría ausente desde hacía mucho tiempo, empezaron a hacer el equipaje. Chandalen, con gesto de preocupación, se llevó a Kahlan a un aparte.

—Madre Confesora, quisiera preguntarte algo. Se lo preguntaría a otra persona, pero no sé a quién.

—¿Qué es, Chandalen?

—¿Cómo se dice «pechos» en tu lengua?

—¿Qué?

—¿Que cuál es la palabra para decir pechos? Me gustaría decirle a Jebra que tiene unos bonitos pechos.

Kahlan, sintiéndose muy violenta, hizo rodar los hombros.

—Chandalen, lo siento, tendría que haber hablado contigo sobre esto mucho antes. Supongo que con todo lo que ha pasado se me fue de la cabeza.

—Pues habla ahora. Quiero decirle a Jebra cuánto me gustan sus pechos.

—Chandalen, entre la gente barro eso es un cumplido, pero en otros lugares se considera una grosería. Decir eso es muy grosero, hasta que las dos personas ya se conocen bien.

—Yo ya la conozco bien.

—No lo suficiente. Confía en mí en este asunto. Si realmente te gusta, no le digas eso o tú no le gustarás a ella.

—¿Es que a las mujeres de aquí no les gusta oír la verdad?

—No es tan sencillo. ¿Le dirías a una mujer barro que te gustaría verle el pelo limpio de lodo, aunque sea la verdad?

El hombre barro levantó una ceja.

—Ahora te entiendo.

—¿Te gustan otras cosas de ella?

El guerrero asintió con entusiasmo.

—Sí. Me gusta todo de ella.

—Pues entonces dile que te gusta su sonrisa, o su pelo, o sus ojos.

—¿Cómo sabré qué partes puedo alabar y cuáles no?

Kahlan suspiró.

—Bueno, por ahora límitate a cualquier parte que no esté cubierta por ropa y no te equivocarás.

El hombre asintió, pensativo.

—Eres una mujer sabia, Madre Confesora. Me alegro de que Richard vuelva a ser tu pareja, porque de otro modo no dudo que habrías elegido a Chandalen.

Kahlan se rió y lo abrazó. Chandalen le devolvió el abrazo.

Luego salió para hablar con los soldados —el capitán Ryan, el teniente Hobson, Brin, Peter y otros que conocía—. También ellos se contagiaron de su sonrisa y su buen humor.

Seguidamente fue a los establos para ver a *Nick*. Chandalen lo había robado al abandonar Aydindril. El gran caballo de guerra relinchó débilmente al verla.

Kahlan le acarició el hocico gris y el corcel frotó la cabeza contra ella.

—¿Cómo estás, *Nick*? —El caballo relinchó—. ¿Te gustaría llevar a la reina de Galea al palacio de Ebinissia?

*Nick* sacudió la cabeza con entusiasmo; estaba impaciente por abandonar los establos y salir afuera, al nuevo día.

Del borde del tejado de los establos colgaban carámbanos de hielo, que empezaban a fundirse. Kahlan contempló las colinas. Iban a tener uno de esos excepcionales días cálidos de invierno. Pero pronto llegaría la primavera.

La señora Sanderholt se quedó muy sorprendida cuando Richard tomó otro cuenco de sopa acompañado por otro pedazo de pan.

—Señora Sanderholt, prepara la mejor sopa picante del mundo, después de la mía.

En la cocina todo el mundo estaba muy atareado preparando los desayunos. El ama de llaves cerró la puerta.

—Richard, me alegro de que estés mejor. Anoche temí que hicieras algo terrible llevado por la pena. Pero el cambio es demasiado grande. Ha tenido que ocurrirte algo para que pasaras de ese estado de total abatimiento al buen humor que muestras esta mañana.

Richard alzó la vista hacia ella, sin dejar de masticar. Tras engullir el pan replicó:

—Se lo diré si promete guardar el secreto, por ahora. Pero no debe decírselo absolutamente a nadie; sería peligroso.

—Lo prometo.

—Kahlan no está muerta.

La señora Sanderholt se quedó mirándolo, sin comprender.

—Richard, estás peor de lo que creía. Yo misma vi cómo...

—Sé lo que vio. El Primer Mago es mi abuelo. Usó un hechizo para hacer creer a todos que Kahlan había sido ejecutada, para que no la persiguieran y pudiera escapar. Kahlan está a salvo.

La mujer le lanzó los brazos al cuello.

—¡Oh, alabados sean los buenos espíritus!

—No sabe usted cuánto —replicó el joven con una pícaro sonrisa.

Richard se llevó el cuenco de sopa afuera para contemplar el amanecer. No podía estar encerrado entre cuatro paredes sintiendo tal dicha. Así pues, se sentó en los vastos escalones y contempló el espléndido palacio que lo rodeaba. Torres y chapiteles se alzaban hacia el cielo, bañados por la tenue luz del alba.

Mientras se comía la sopa observó una gárgola colocada en el borde de un enorme friso que descansaba sobre columnas estriadas. La luz que atravesaba las rosadas nubes perfilaba la grotesca forma encorvada.

Richard se acababa de llevar una cucharada de sopa a la boca cuando le pareció que la gárgola inspiraba hondo. Inmediatamente dejó el cuenco en el suelo y se levantó, sin apartar ni por un instante los ojos de la oscura figura. Ésta se movió ligeramente.

—¡Gratch! ¿Gratch, eres tú?

La figura no reaccionó. Tal vez no era más que su imaginación. Pero Richard abrió los brazos.

—¡Gratch! Por favor, si eres tú, perdóname. Gratch, te he echado mucho de menos.

La figura permaneció inmóvil un segundo más, pero entonces desplegó las alas, saltó de la cornisa del edificio y descendió en picado hacia Richard. El enorme gar aterrizó sobre los escalones, muy cerca de él, batiendo las alas.

—¡Gratch! ¡Oh, Gratch, cuánto te he echado de menos! —El gar lo miraba con sus relucientes ojos verdes—. No sé si me entiendes, pero quiero que sepas que no lo dije en serio. Solamente trataba de salvarte la vida. Por favor, perdóname. Richard quiere a Gratch.

El gar batió las alas. De entre sus largos colmillos brotó una nube de vaho, y enderezó las orejas.

—Grrrratch quierrrrg a Raaaach aaarg.

El gar se lanzó a los brazos de Richard, al que tumbó de espaldas. El joven estrechó con fuerza a la peluda bestia, mientras que Gratch lo envolvía con brazos y alas. Ambos acariciaron la espalda del otro y ambos sonrieron, a su modo.

Cuando finalmente se sentaron, Gratch se inclinó hacia Richard, clavando la mirada en su rostro. Con el dorso de una enorme garra, le acarició la barbilla. Richard también se llevó una mano a su rostro, ahora lampiño, y sonrió.

—Ya no está. Nunca más llevaré barba.

Gratch arrugó la nariz en gesto de desaprobación y lanzó un gorgoteante gruñido.

Richard se echó a reír.

—Ya te acostumbrarás, Gratch. —Juntos contemplaron en silencio el amanecer—. Soy un mago, ¿sabes?

Gratch se rió a su peculiar manera y frunció el entrecejo, dubitativo. Richard se preguntó cómo era posible que un gar supiera qué era un mago. El gar nunca dejaba de asombrarlo con sus conocimientos y su capacidad de comprensión.

—Va en serio; soy un mago. Mira, te lo demostraré. Encenderé fuego.

Richard extendió la palma de la mano y apeló al poder que guardaba en su interior. Pero por mucho que se esforzó nada ocurrió. Ni siquiera pudo conseguir una chispa. Suspiró mientras Gratch se reía a mandíbula batiente, celebrando la broma con un poderoso aleteo.

Entonces recordó algo, algo que le había dicho Denna. Él le había preguntado cómo había hecho todas esas cosas en el Jardín de la Vida usando magia. Denna lo había mirado con esa sabia sonrisa de paz y le había respondido: «Siéntete orgulloso de haber elegido bien, Richard, de haber tomado las decisiones que han permitido que ocurriera lo que ocurrió. Pero no caigas en la arrogancia de creer que todo ha sido obra tuya».

El joven se preguntó dónde estaba la línea y se dio cuenta de que aún le quedaba mucho por aprender antes de ser verdaderamente un mago. Ni siquiera estaba seguro de querer serlo, pero ahora aceptaba quién era. Alguien nacido con el don, nacido para ser el guijarro en el estanque, el hijo de Rahl el Oscuro que había tenido la gran suerte de ser criado por gente que lo quería. Notó la empuñadura de la espada contra su codo. Esa espada había sido forjada para él.

Era el Buscador. El verdadero Buscador.

Nuevamente sus pensamientos se centraron en el espíritu que le había dado mucha más felicidad que el dolor que le causara en vida. Se sentía profundamente satisfecho de que Denna hubiera hallado la paz. No hubiera podido desear nada mejor para ella, para alguien a quien amaba.

Richard despertó de sus reflexiones y palmeó el brazo de Gratch.

—Espera aquí un momento. Te traeré algo.

Richard corrió a la cocina y cogió una pata de cordero. Al verlo llegar, Gratch se puso a bailar de contento apoyándose primero sobre una pata y luego sobre la otra. Juntos se sentaron de nuevo en los escalones. Richard comía su sopa y el gar devoraba la carne.

Al acabar —Gratch no había dejado ni el hueso—, Richard sacó un largo mechón del pelo de Kahlan.

—Esto pertenece a la mujer a la que amo. —Gratch se quedó pensativo, tras lo cual alzó la mirada y extendió cuidadosamente una zarpa—. Toma, quiero que te lo quedes. Le hablé de ti y de nuestra amistad. Te querrá tanto como yo, Gratch. Ella nunca te echará de mi lado. Podrás estar con nosotros siempre que quieras y tanto tiempo como desees. Devuélvemelo un momento.

Gratch le tendió el mechón de cabello. Richard se quitó la cinta de la que pendía el colmillo de Escarlata. Ya no le serviría, pues ya lo había usado para llamarla una vez. Ató el mechón a la cinta y luego se la colgó al cuello.

—Voy a reunirme con ella. ¿Te gustaría acompañarme?

Gratch asintió con entusiasmo, movió las orejas y batió las alas.

Richard posó la mirada en la ciudad que se extendía a sus pies. Vio tropas que se movían por ella. Muchas tropas. De la Orden Imperial. No tardarían mucho en armarse de valor para investigar la muerte del Consejo, aunque hubiese sido a manos de un mago.

El joven sonrió.

—En ese caso será mejor que vaya a buscar un caballo y nos pongamos en marcha. Debemos irnos.

Miró por última vez el día que nacía. Una brisa que contenía la promesa de calor hizo ondear la capa de mriswith. Pronto llegaría la primavera.